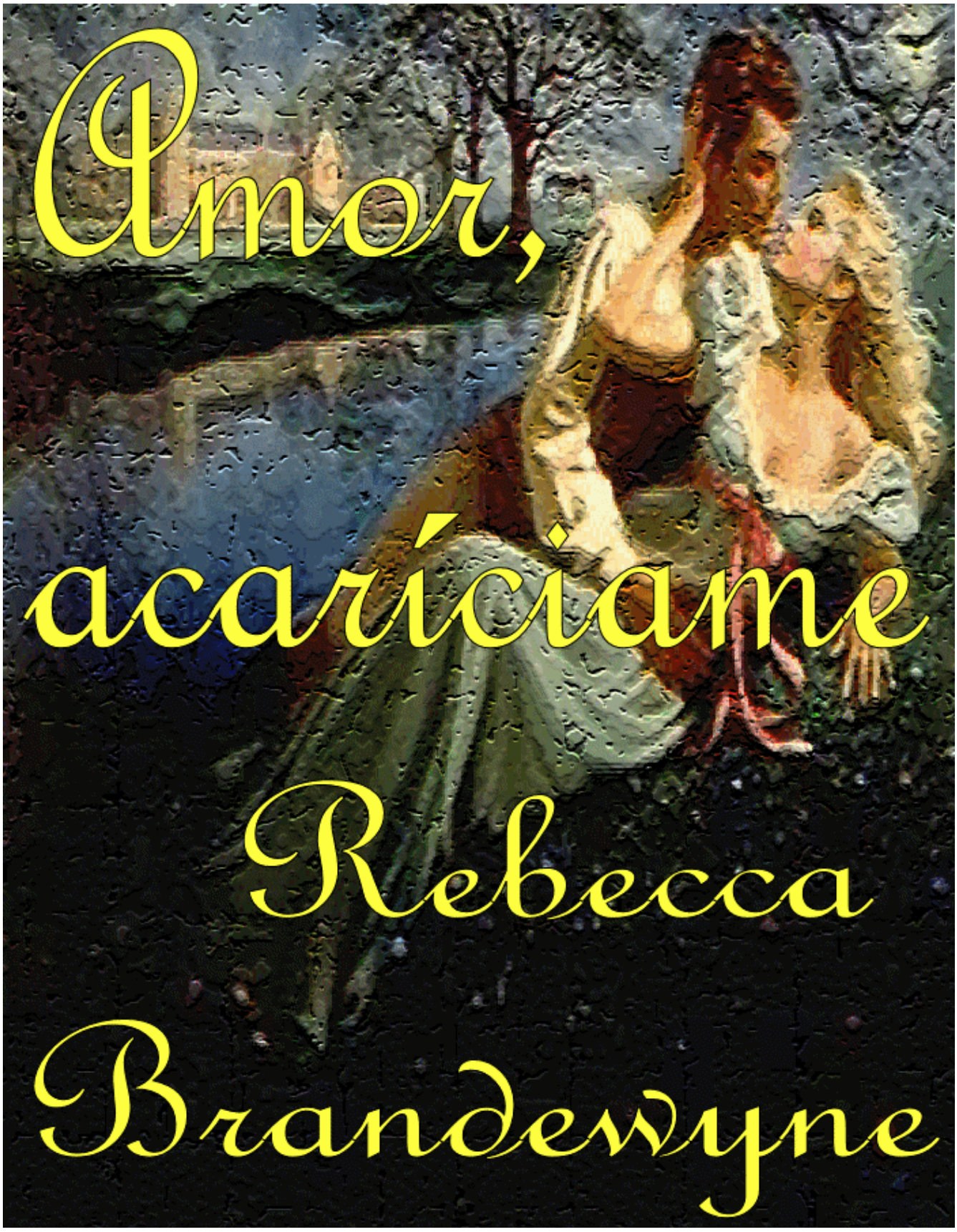
AMOR, ACARÍCIAME
REBECCA BRANDEWYNE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Gene,
mi director artístico,
que abrió las puertas de Warner,
diseña portadas tan espléndidas
y soporta con paciencia el Pony Express;

A Fredda,
mi correctora, que aceptó mi primer manuscrito, para comenzar,
y corrige mi obra con amable espíritu
y que, con cada libro, me ha hecho mejor escritora;

Para Elaine,
mi artista,
que pinta mis héroes audaces, mis heroínas románticas
y mis ambientes históricos con tanta belleza,
siempre exactamente como los imaginé;

y muy especialmente para Max,
mi agente,
quien creyó en el karma
y en los esfuerzos de una joven escritora,
que soporta sin quejarse los humores
temperamentales de la autora
y sin cuya ayuda
mi obra jamás habría sido publicada.

PERSONAJES

EN VAILLANCE
Storm Lesconflair, una belleza sureña
Mammy, esclava

EN TIERRA ROSA
Gabriel North, ranchero
Sus hijos: Joe Jack
Cathy
Ross Stuart, peón

EN GORDA VACA
Ma Barlow, jefa de una banda
Sus hijos forajidos: Luther
Zeke
Elijah
Billy
El Lobo, pistolero

EN EL LLANO ESTACADO
Tabenanika, comanche
Sus esposas:
Mujer-del-Viento-Fuerte
La-que-Busca-Sabiduría
Masitawtawp, hermano de las esposas de Tabenanika
La-que-Ríe-Como-Arroyo-Montañés, primera esposa de Masitawtawp

Guerreros comanches:
Invasor-de-la-Luna
Niño-Soldado-Loco, hijos de Ekakura
Caminante-del-Fuego, hijo de Kwasia
Sombra-del-Halcón
Naukwahip, hijos de Masitawtawp
Hermano-del-Lobo, hijo de Tabenanika

EN LA TABERNA BON TON
Brett Diamond, apostador

INDICE

Libro primero: Del río a la llanura
Libro segundo: Un lobo salvaje
Libro tercero: Luna comanche
Libro cuarto: Oh, dulce dolor
Libro quinto: Amor, acaríciame

AMOR, ACARICIAME

Del río a la llanura
Viajó mi corazón.
Cambié mi lecho blando
Por el duro suelo.
Enaguas y pistolas
He tenido
En mi vida.

Un toro, un fullero,
Una comadreja
Y un lobo salvaje
pidieron mi mano.
Con labios febriles
Grabaron su marca
En mi vida.

Uno murmuraba
Palabras ardientes.
Otro sonreía
En taberna ajena.
Uno me abrazó
bajo luna india
En mi vida

Luego, aullantes vientos
De deseo y vergüenza
Con burlas y escándalos
Lo asolaron todo
E hirieron mi nombre
En mi vida

Oh, dulce dolor
Que ahora apenas quema.
Pero nunca olvido,
Al correr los años, Una aurora amarga
Con rosas y lágrimas
En mi vida.

Amor, acaríciame.
Aleja la pena,
Todos los ayeres
Que intento olvidar,
Esta pena sorda
Que aún me persigue
En mi vida.

LIBRO PRIMERO

Del río a la llanura

Librodot

Tierra Rosa Texas, 1866

Había llegado el momento.

Storm contempló con amor al hombre que dormía tan apaciblemente a su lado. No había necesidad de palabras entre ellos, de informarle su decisión. Él sabría que estaba tomada en cuanto la mirara a los ojos, al despertar. Sabría también lo dolorosa que había sido y cuánto le costaba. Sí, él comprendería todo eso... y más.

Alargó una mano para apartar con suavidad un mechón de pelo que acariciaba la mejilla del hombre. Estaba allí. Era real. Era suyo, ese hombre, para siempre. Ahora sólo la muerte podría separarlos, pero habían vivido con la muerte por tanto tiempo que no le temían. Era tan parte de ellos como las sombras que ambos arrojaban bajo el fiero sol de Texas.

El hombre percibió que Storm ya no dormía a su lado. Se removió, estirando un brazo fuerte y fibroso para atraerla una vez más. Ella se apretó contra la longitud de su cuerpo desnudo, apoyándole la cabeza en el hombro. Ese era su lugar, el que le correspondía desde siempre: al amparo de su cálido abrazo. ¿Cómo había podido pensar alguna vez otra cosa? El hombre se envolvió los dedos en la nube de guedejas negras que se enredaban sobre las almohadas. Inhaló profundamente la dulce fragancia de rosas, murmurándole al oído, ardiente el aliento contra la cara de Storm. Una mano le acarició lánguidamente la piel sedosa: la garganta, los pechos, la curva de su esbelta cintura, las caderas. Su boca dejó un rastro de besos tiernos en un hombro desnudo antes de buscar los labios carmesíes, para separarlos con una suave insistencia que ella no podía rechazar, que no quería rechazar.

-Storm -susurró, con voz ronca-. Storm.

Ella abrió los ojos y se encontró con los de él, oscurecidos por la pasión. El hombre comprendió entonces por qué estaba despierta. El pasado no la dejaba dormir. Sus manos se pusieron tensas contra el cuerpo menudo, pues temía por ella.

-Estoy aquí. -Su voz era grave.- Siempre estaré aquí. Ella no necesitaba otra garantía.

-Lo sé.

De pronto él le alzó bruscamente el rostro encantador. Su boca se apretó a la de ella, pero la ternura había desaparecido. Sus labios eran duros, hambrientos, exigentes, como si le dejaran para siempre su marca en el alma. Le hundió la lengua, asaltándole la boca seguro de que estaba en su derecho. Saboreaba, salvaje en su deseo. Ella era suya. Sólo él la poseía. Mataría a cualquier hombre que tratara de arrebatársela.

Ella recibió con ansias esos labios ardientes, sin preocuparse porque la magullaran, pues reconocía ese humor violento y primitivo y lo comprendía bien. El beso se le deslizó por la mejilla hasta la oreja y luego por el cuello, hasta el hombro. Chispas de fuego le recorrieron el cuerpo al sentir los dientes que mordisqueaban apenas la piel satinada que se unía a la nuca en una curva grácil. Gimió, retorciéndose debajo de él. El vello suave que cubría el pecho viril le hizo cosquillas en los senos, en tanto él continuaba el lento ataque a sus sentidos. Sintió que los pezones rosados se le endurecían contra él. Los dedos del hombre jugaron con esas pequeñas cumbres tensas, llevándolas a nuevas alturas antes de bajar la boca para envolver una punta rosada con los labios. Su lengua trazó diminutos círculos alrededor del capullo, despertando escalofríos que se expandieron en todas las direcciones. Ella arqueó las caderas contra él y encontró lista su virilidad. Frotó la humedad de sus flancos contra la longitud de su vara, pero él no respondió a su invitación. En cambio inclinó la cabeza para besar su palpitante montículo, lamiendo su miel hasta que ella emitió un sonido ahogado, una exclamación primitiva que se desgarró de ella como si él se la hubiera arrancado del fondo mismo. El no se detuvo; continuó llevándola a un éxtasis glorioso, una y otra vez, gozándose del poder que en ese momento ejercía sobre ella, electrizado por la seguridad de que sólo él le había provocado semejante rapto.

-¡Ahora, esposo mío, ahora! -Sus brazos lo buscaron frenéticamente.

Por una fugaz eternidad pareció que él iba a resistirse a sus súplicas; esa negativa la inflamó aun más. La envolvieron oleadas de pasión. La urgencia de sentirlo en ella alcanzó una altura febril. Gritó. Con un gruñido sofocado, el hombre se arrojó sobre ella, penetrándola rápido con un limpio impulso que le arrancó una exclamación ahogada; se aferró estrechamente a sus anchas espaldas. Los músculos poderosos se movieron bajo sus manos; ella lo envolvió con las piernas largas y ágiles, para impedir que escapara. Una y otra vez, el esposo se hundió en ella, murmurándole al oído palabras de amor y sexo excitándola hasta lo increíble. Sacudida por estremecimientos, Storm estalló como un volcán bajo las caderas que giraban. Por las venas le corrían ríos de lava fundida. Le hervía la sangre. Se estaba quemando y no era bastante.

Sin embargo, él era fuerte. Le dio placer hasta dejarla exhausta, hasta que el sudor del tenso acto de amor le brilló en la piel como fina capa de rocío, marcándola como suya. Entonces acabó a su vez, aferrado a la perfumada masa de ébano que cubría las sienes de su mujer. Se estremeció sobre ella y, por fin, quedó quieto.

Descansaron entrelazados; sólo quebraba el silencio el latir de los dos tizones y el leve jadeo de ambos, que esperaban descender en un suave flotar de la vertiginosa exalta exaltación. El

hombre acarició la cascada de rizos; luego la besó con dulzura.

-Así, cuando te vayas, te llevarás una parte de mí.

-¿No vienes conmigo? .

-No, amor mío. Esto es algo que debes hacer sola.

Ella lo pensó en silencio por un rato y comprendió que era así. Lo aceptó sin cuestionamientos, mientras él la retenía entre sus brazos protectores, adivinando su preocupación, pero sin decir nada más. Si ella lo necesitaba de verdad, allí estaría. Bastaba con que Storm lo pidiera. Pero ella no lo hizo y el hombre se sintió orgulloso de su coraje. Cuando la vio levantarse, le atrapó la mano y oprimió acaloradamente la boca contra su muñeca.

-Te amo, Storm.

Ella sonrió. Fortalecida por esa seguridad podía conquistar el mundo. Se desperezó, como un gatito sinuoso; se acercó al alto ropero apoyado contra una pared del dormitorio. El esposo se recostó entre las almohadas, encendió un cigarro y la observó en silencio, con un brillo apreciativo en los ojos que recorrían la silueta desnuda.

Storm abrió el ropero, apartó las ropas que pendían adentro y se inclinó hacia los arcones, para retirar un vestido de seda gris, sencillo, pero hermoso, me bordes de satén negro. El corpiño tenía un gran escote en forma de corazón con mangas cortas y cintura estrecha, desde la cual se abrían metros y giros de vaporosa tela, en una ancha falda fruncida. La falda tenía bordes graciosamente festoneados y recogidos en pliegues con cintas de seda gris, para mostrar aplicaciones interiores de satén negro. Había una chaqueta haciendo juego, con puños ceñidos que se abrochaban hasta los codos con botones de ébano; allí se ensanchaban en mangas abullonadas hasta los hombros, ligeramente acolchados. La chaqueta se ensanchaba a partir de la cintura y se abotonaba hasta el cuello con las mismas piezas de ébano que adornaban los puños. En cada hombro tenía una charretera de la que pendía una trenza de satén negro formando dos curvas.

El atuendo estaba algo pasado de moda y Storm lo sabía, pero se lo guardaba bien protegido entre capas de papel de seda, en el fondo del baúl de cedro. No tenía una costura raída ni un solo punto gastado, aunque necesitaba plancha. Lo depositó cuidadosamente en la cama, recordando la última vez que se lo había puesto. El marido chupó su cigarro y exhaló una nube de humo hacia el cielo raso. El también recordaba. Aquello había sido diez años antes. ¿Era posible que hubiera pasado tanto tiempo? Storm se volvió una vez más hacia el ropero, para sacar y desenvolver el sombrero, los guantes y los zapatos que lo acompañaban. El sombrero también era de seda gris con bordes de satén negro; a cada lado pendía una ancha cinta negra; en la parte delantera se enmarañaba un vaporoso velo negro, a la espera de que su dueña lo usara para cubrir la cara. Los guantes y las botas eran de suave cabritilla negra.

Storm había diseñado personalmente todo el conjunto. Aunque costaba una fortuna, el gasto no la preocupó. Lo que importaba era la posibilidad de que el atuendo no llegara a tiempo. Lo había comprado para un funeral: el suyo propio.

Se detuvo a estudiar su silueta en el gran espejo, enviado desde el Este. Tenía treinta y cuatro años, pero la imagen que le sostenía la mirada no mostraba huellas, exceptuando unas pocas líneas alrededor de los ojos límpidos. El pelo, brillante y renegrido, caía como catarata hasta sus caderas, sin vetas aún del incipiente gris que parecía atacar a tantas mujeres en el Oeste. Storm deslizó los dedos por la enmarañada cabellera húmeda, tratando de imponerle algún orden. Luego se cubrió los pechos con las manos. El duro trabajo había impedido que esos montículos maduros cayeran, como le ocurría a casi todas las mujeres después del parto. Mantenía el vientre plano y tenso. Las caderas, aunque suavemente redondeadas, eran esbeltas. Su piel aún tenía el rubor dejado por el acto de amor con su esposo. Esbozó una sonrisa, mirándose a los ojos. Llamó a Pilar, su criada.

Cuando la silenciosa muchacha mexicana se hubo llevado a planchar el conjunto y las enaguas necesarias, Storm se ocultó tras un biombo pintado a mano que zigzagueaba ante un complicado armario, a un costado del fuego. La puerta del armario, una vez abierta, quedaba contra el suelo, mostrando un complejo ornamento de mosaicos en la cara interior. De ese armario Storm retiró una bañera de bronce que depositó en el cuadrado de mosaicos. La gran tina, el espejo y su esencia de rosas eran las únicas extravagancias y recordatorios del pasado juvenil que Storm se permitía. Por lo demás, el Este y el Sur habían quedado atrás para siempre.

Llenó la bañera con cántaros de agua humeante, sacados de la gran caldera negra que Pilar había puesto a hervir sobre el fuego algo más temprano. Vertió en el agua una pequeña cantidad del perfume que contenía un frasco de cristal. Después de introducirse en el agua, alargó la mano hacia una barra de jabón suave y una esponja, guardados en los estantes del armario, y empezó a enjabonarse vigorosamente. Para cuando acabó de secarse y esparció la cabellera ante el fuego, para secarla, Pilar ya había regresado con la ropa recién planchada. Cuando la criada cerró la puerta tras de sí, Storm estudió las prendas con aire ceñudo.

Diez años. Hacía diez años que Storm no iba a la ciudad, a Santa Rosa; pero había llegado la hora. Ella podía limitarse egoístamente al nido que había tejido para sí, pero los varones

necesitaban conocer la vida fuera del rancho y del Oeste. Y también Anna, su hijita, que descansaba en otra habitación. Tenían que conocer el Este, el Sur y Europa, que a Storm le había sido negada. No era justo privar a sus hijos de eso. Claro que ella les había enseñado a leer, a escribir y a calcular; pero necesitaban más que eso o acabarían siendo poco más que paganos; Storm sabía que algunos los llamaban así. Sus hijos eran bellos y animosos animales, que crecían altos y morenos bajo el sol de Texas; tenían el pelo tan negro y rebelde como el de su madre. Storm los amaba a los tres con fiereza, tal como amaba al hombre que los había engendrado, su esposo. Impulsivamente se levantó del banquillo puesto junto al fuego y lo besó, para asegurarse de que era de verdad.

- *Je t'aime* -susurró.

Después de secarse el pelo, Storm lo recogió en un austero moño a la altura de la nuca y comenzó a vestirse lentamente. El hombre continuaba observándola en silencio, pero sabía que ella no recordaba su presencia allí. El pasado la reclamaba otra vez. Estaba a diez años de distancia... o más. El también recordó el comienzo. Ya entonces ella era orgullosa y desafiante. Y él la había ganado en un juego de naipes.

Storm se vistió con el conjunto de seda gris con adornos de satén negro. Sólo le faltaba el sombrero. Lo recogió con dedos trémulos, se lo puso y clavó enérgicamente el alfiler. Luego bajó la máscara de redecilla negra sobre el semblante, cruzó las cintas en el cuello y ató los extremos en un lazo, a un lado de la barbilla. Las manos estremecidas se demoraban en el nudo. Habría podido ser una cuerda...

Aspiró hondo, sacudiéndose mentalmente. Era morboso entretener esos pensamientos; era estúpido, pues esa tarde necesitaría hasta la última pizca de coraje y orgullo.

Storm se puso los guantes y salió de la habitación. Se movía como un prisionero apenas liberado de la cárcel; sólo su esposo sabía el precio que había pagado por su libertad.

Él encendió otro cigarro y rezó porque ella no volviera con las terribles cicatrices de su pasado abiertas, mostrando las heridas que yacían abajo, heridas que habían tardado diez años en cicatrizar. Mientras oraba lo invadió una extraña paz. Sí, ella era fuerte. Sobreviviría. Siempre había sido una sobreviviente. Por eso la amaba tanto. En el silencio habló en voz alta, pero sólo Storm habría comprendido sus palabras, y ella ya no estaba.

La casa en donde vivían Storm y su esposo era sólida, grande y acogedora. Para formar la estructura amplia, en forma de L, se habían superpuesto troncos de mezquite toscamente aserrados y habían rellenado las hendijas con arcilla horneada o adobe, como la llamaban los nativos, para sellar el exterior. Tres grandes chimeneas de piedra sobresalían del techo de tabillas, al que años de intemperie habían dado un tono gris opaco. Una ancha galería con barandilla rodeaba toda la L, interrumpiéndose en varios sitios para formar los peldaños que llevaban al prado. En el Oeste el vidrio era raro y poco práctico, pero las amplias ventanas estaban cubiertas con el más puro de los cueros curados y, cuando se abrían las persianas, dejaban pasar una luz suave, agradablemente filtrada. Adentro, el suelo estaba cubierto con tablas pulidas de verdad, en vez de la tierra apisonada que servía a tantos.

Sí, era una buena casa, una casa construida con reciedumbre y orgullo. Sin embargo, Storm no dudaba que, para algunos, adolecía de graves carencias. Ella misma hubiera pensado así... en otros tiempos.

"Es extraño", pensó, "cómo nos cambia el tiempo a todos."

Caminó por el pasillo, cruzando las arcadas que conducían al salón, de altas vigas y puertas ventanas que abrían a la galería trasera. En un extremo de la galería pendía un columpio amorosamente tallado y pulido, suspendido de gigantescos ganchos de carnicería, con una pesada cadena de hierro que había servido para el ancla de un barco hundido durante la Guerra Mexicana de 1846. Storm se meció perezosamente en ella por un momento, reuniendo sus pensamientos y acariciando los brazos del columpio. Había fuerza en esos brazos, como en los de su esposo. Se llevó a los labios un cazo de agua fresca que había retirado del pozo practicado junto a la cocina, para calmar la sed provocada por el amor de su esposo. Lo bebió a pequeños sorbos, sabiendo por experiencia pasada que quienes bebían a grandes tragos en el calor estival vomitaban el agua o la eliminaban en cuestión de minutos. No hacía falta eso para que el ardiente sol la arrancara muy pronto del cuerpo, convertida en sudor.

La brillante bola anaranjada ardía calurosamente en el cenit, castigando fieramente el vasto territorio de la Meseta Edwards. La esfera llameante era implacable con su puño de fuego, como si quisiera quemar la vida misma de la tierra o, cuanto menos, eliminar a quienes no eran dignos de sobrevivir. Por cierto, sólo los más fuertes conservaban la vida en el oeste de Texas. Storm era uno de ellos.

Perdió la mirada por sobre las extensas planicies, donde los pastos duros se entremezclaban con dunas, donde los resistentes cactos se erguían desafiantes de la arcilla roja y la arena dorada; el ferocactus, de rígidas y agudas espinas, bordes toscamente definidos y flores diminutas, cuyo color variaba entre el amarillo intenso y el púrpura más acentuado; la cholla, el equinocacto, el

ariocarpo, de rosetas casi sin espinas y capullos blancos, crema, amarillos y magenta; el céreo, que florece de noche; el velludo cefalocéreo y la prolífica chumbera.

Aquí y allá, las pitas se achaparraban en el suelo, con sus pulposas hojas ahusadas. Sus primas, las coronadas yucas, más altas, se erguían majestuosamente, como orgullosos reyes que marcharan a la batalla, contra el horizonte desnudo y estéril. Matas de salvia de muchas ramas, con su follaje en forma de cuña, centelleaban con un gris plateado a la distancia, entre el enredado chaparral y los oscuros matorrales de creosota que brotaban toscamente, en desordenada profusión. Una o dos bolas de hierba seca yacían, pardas y sin vida, allí donde los vientos de la pradera los habían dejado al morir, en la primavera. Las estrechas hojas oliváceas de los mezquites se enroscaban en los bordes, quebradizas; sus densos racimos de flores color crema parecían marchitos. Los manojos de largas vainas amarillentas pendían lacias en el calor estival. Hasta los álamos blancos, de corteza plateada, que anidaban desoladamente en los ribazos, lucían desaliñados y sedientos.

Hacia el oeste, las últimas estribaciones de las Montañas Rocosas y las primeras de la Sierra Madre, majestuosas y purpúreas, vigilaban la vacía y árida sabana, con aire burlón, tentando a los habitantes de la planicie con sus fríos picos nevados.

Una palma ahuecada viajó hasta la frente de Storm, protegiendo los ojos del fulgor solar. Vio a sus dos hijos en el corral: Luke y Beau. ¡Qué parecidos a la tierra eran: silvestres y salvajes! El verlos fortaleció su decisión. Se levantó.

-Luke.

Su hijo mayor levantó inmediatamente la cabeza al oír su voz, arrojando a un lado el paño con que había estado lustrando su montura sobre la cerca del corral. Era un niño duro, silencioso, como de acero; a la edad de nueve años asumía ya sus responsabilidades como un hombre. Bueno, las aguas quietas son las más profundas, como se dice; Storm tenía más motivos que nadie para saber la verdad del refrán. Luke también se puso de pie, protegiéndose los ojos como lo había hecho su madre, y echó a andar hacia la casa. Beau siguió a su hermano con un paso desenvuelto y grácil; ya comenzaba a bambolearse, imitando a los rudos hombres que trabajaban en el rancho. Con sus siete años, el menor de los varones era un niño inquieto, de sonrisa endiablada, que disimulaba bien su carácter temerario y arriesgado, su temperamento vivo. Ella no dudaba que llegaría a ser un vagabundo rompecorazones; posiblemente acabaría mal.

Se detuvieron ante ella, mirándola con incredulidad.

-Estás hermosa, mamá. -Beau sonrió con desenvuelto encanto; sus ojos brillaban de orgullo, especulando sobre ese atavío.

-La barbacoa de los Shiloh es la semana próxima, mamá -aclaró secamente Luke, pensando que ella se había equivocado de fecha-. ¿Te olvidaste?

-No, Luke, no me olvidé. Quiero que enganches la yunta. Vamos a la ciudad.

-¡A la ciudad! -exclamaron los niños, incrédulos.

-¿Pa' qué? -El mayor entró inmediatamente en sospechas.- Tú nunca has ido a la ciudad, mamá.

-Claro que he ido, Luke. Sólo que... llevo algún tiempo sin hacerlo. Y no digas "pa' qué". Realmente, habláis peor que los vagabundos, niños, pese a todo lo que he tratado de enseñaros. Para eso vamos a la ciudad. Voy a enrolaros en la nueva escuela de la señorita Patton.

-En la escuela -gimieron ellos.

-Ya está decidido, así que ve a enganchar la yunta. Maintenant1 ¡Ya!

Luke giró en redondo para obedecer, con aire mohíno. Sabía que no era posible discutir con su madre cuando ella hablaba en francés. Cuando estuvieron fuera de su vista, ella oyó que Beau daba un grito de entusiasmo. Sonrió brevemente para sus adentros antes de entrar para despertar a Anna, la niña de cinco años.

Cuando todos estuvieron en la calesa, Storm irguió la espalda con orgullo, la mirada fija hacia adelante. Los niños le echaron una mirada aguda entre los párpados entrecerrados. No recordaban haberla visto nunca con la columna apoyada en el respaldo de una silla; con frecuencia se preguntaban si tendría una vara de acero a lo largo de la espalda. Ella comenzó a esbozar los planes que tenía para ellos, con voz suave y cultivada, pero decidida. Los niños presentaron todos los argumentos imaginables contra su proyecto, pero toda resistencia era inútil. Cuando Storm decidía algo ni una estampida de ganado podía hacerla cambiar de idea.

-¡Eres más terca de lo que te conviene, mamá! -reconoció Beau por fin, riendo melancólicamente.

Storm le dedicó una irónica sonrisa. Sus ojos vivaces chisporrotearon por un momento.

-Eso me han dicho -respondió.

Guardaron silencio por el resto del largo y caluroso trayecto. Storm tenía aprensiones en cuanto a entrar en Santa Rosa; aunque trataba de no demostrarlo, su nerviosismo debía de haber afectado a los hijos. Luke parecía muy incómodo al conducir a los caballos por la ancha y polvorienta calle real de la población. Anna se mantenía serena, como siempre, con una serenidad

que disimulaba su carácter caprichoso de niña malcriada, pero el labio inferior le temblaba, petulante, y había chispas en sus ojos oscuros. Hasta Beau se mostraba extrañamente callado.

Santa Rosa era una ciudad pequeña y perezosa, de quinientos cuarenta y siete habitantes; se alzaba a unos doscientos cincuenta kilómetros de San Antonio, por el oeste. Sus pobladores originales habían sido de ascendencia mexicana, pero tras los disturbios de 1846 había sido tomada por las hordas de colonos blancos que iban a Texas para probar suerte como ganaderos, pese a los brotes de cólera y fiebre amarilla que siguieron a la guerra mexicana. Los que fracasaron en la cría (o el robo) de ganado se dedicaron al juego, al comercio o a la herrería, a fin de sobrevivir. Santa Rosa había dejado de ser un manojo de chozas de adobe con una iglesia para convertirse en una ciudad bastante decente, para los usos del Oeste. Tenía varias tiendas, dos tabernas, un establo y hasta un hotel pasable. La diligencia pasaba una vez al mes, aunque el Pony Express había sido eliminado en 1861, y el juez del circuito llegaba hasta allí cada seis semanas, para atender los casos de quienes estaban detenidos en la cárcel local. Storm hizo lo posible por no pensar en eso.

Aquí y allá holgazaneaba un uniforme en azul marino y bronce, haciéndole pensar en la Guerra Civil, que había terminado poco antes, aunque sus desastres apenas llegaron a esa parte de Texas, al oeste del río Las Nueces. Storm supuso que los soldados estaban allí simplemente porque no sabían qué hacer, una vez terminada la lucha. Le habían dicho que el Sur estaba devastado; se preguntó si Vaillance se habría perdido, tal como antes Belle Rive. Se esforzó por no pensar tampoco en eso.

La calesa continuaba calle abajo. A su paso, la gente se detenía en las aceras de madera y se volvía a mirar a sus cuatro ocupantes. Storm vio que por el cuello de su hijo menor iba trepando un opaco rubor de enojo.

-¿Qué diablos miran? -preguntó Beau.

Storm prefirió ignorar el comentario.

-Detente en el almacén del señor Goldschmidt, Luke -indicó serenamente, aunque las manos le temblaban un poco en el regazo-. Vais a necesitar ropa nueva para la escuela.

Frente a la taberna Crystal Palace, al otro lado de la calle, había dos hombres reclinados en sendas sillas, con los pies apoyados en el palenque y los sombreros calados sobre la cara; de pronto levantaron la vista con interés, al ver que los dos niños ayudaban a la madre y la hermanita a bajar del estribo. Aunque Storm llevaba largo tiempo sin verlos, los reconoció de inmediato: eran Farley Smith y Dirk Benteen. Se estremeció, sintiéndose débil y descompuesta. ¿Cómo olvidarlos jamás? Los recordaba a todos: cada uno de esos rostros feos, burlones, contraídos por el odio, de la muchedumbre que había ido a lincharla aquella noche horrible; sus pullas viles y vulgares, sus voces altas y furiosas. Sainte Marie...

-¡Dios bendito! -oyó exclamar a Farley-. ¡Mira eso, Dirk! ¡Es ella! Han pasado nueve o diez años, pero juraría sobre la tumba de mi pobre papá que esa es Storm en persona.

Dirk los miró por un momento, entornando los ojos.

-Sí, me parece que tienes razón, Farley. ¡Maldita sea! No lo creería si no lo estuviera viendo con mis propios ojos.

Farley cambió de lugar la bola de tabaco que estaba mascando y escupió a la ruta, asqueado.

-No estaba seguro de que aún viviera. Hace años que nadie la ve, salvo esos rancheros chiflados. No entiendo que esos cerdos puedan siquiera saludarla después de lo que ha hecho. Aunque tuviera la sangre tan azul como aseguran. Debe de ser por ese asunto del derecho sobre el agua. ¡Demonios, parece que con dinero se compra cualquier cosa! Hasta la respetabilidad, por muy bajo que uno haya caído. ¡Échale un vistazo, hombre! Se da muchos aires, ¿no? ¡Sangre azul, mi abuela! Nunca me expliqué que Gabriel eligiera a esa fracasada. ¡Al fin y al cabo, no es más que una mujerzuela barata! ¡Mierda! Hasta las chicas de la taberna son mejores que esa basura, con toda su sangre azul. Las hay con un corazón de oro. Y ese demonio de la Storm no tiene nada parecido, no señor. Puede dar gracias al Cielo de no haber acabado con ese cuello estirado en la punta de una cuerda. Todavía creo que deberíamos colgarla, Dirk.

La cara de Storm se puso carmesí ante esas palabras hirientes. Irguió el cuello con una arrogancia que no sentía, decidida a no permitir que los dos hombres notaran hasta qué punto la habían alterado, sabiendo que eso era lo que deseaban al hablar.

-¡Verdad! -continuó Dirk-. Bueno, nadie sabe con seguridad qué fue lo que pasó. Y nadie lo sabrá jamás, supongo, salvo ella y Cathy Stuart. Estoy convencido de que lo hizo Storm, pero uno nunca sabe, qué diablos.

-Eso es cierto, amigo. Eso es muy cierto -asintió Farley, clavando enérgicamente el cuchillo en su pedazo de madera para tallar-. Pero estoy de acuerdo contigo, Dirk. Creo que Storm mató a ese muchacho, como que estoy aquí sentado. Qué coraje, venir a mostrar la cara en la ciudad.

-¡Dios del cielo! -Dirk quedó súbitamente boquiabierto por segunda vez en otros tantos minutos.- ¡Ahora sí que va a haber problemas!

Y sacudió el pulgar hacia la ruta, por donde se acercaba lentamente una mujer rubia,

llevando de la mano a dos pequeños.

Farley silbó por lo bajo. Luego pronunció con intención: -Dicen que no se hablan desde que ocurrió aquello. Storm echó una mirada calle abajo.

¡Cathy, oh, Cathy! El corazón le dolió en el pecho al verla. ¡Si ellos supieran!

Tomando aliento bruscamente, Storm recogió sus faldas para subir a la acera; súbitamente cayó en la cuenta de que, si ella podía oír a los dos hombres con tanta claridad, también sus hijos los habrían escuchado. No quería que esos chismes escandalosos pudieran afectarlos antes de que ella les contara lo que habría debido decirles mucho tiempo antes.

La otra mujer vaciló al reparar en la presencia de Storm; después cuadró orgullosamente los hombros y, enfrentándose sin vacilar a la clara mirada de Storm, Cathy continuó la marcha con sus hijos, rehusándose a ceder el paso.

Storm notó vagamente que sus propios hijos se ponían a sus costados; Luke tenía las manos en los hombros de Anna; Beau se mostraba desafiante, con los brazos en jarras. Ella miró a Cathy Stuart como evaluándola. Había pasado una década y el pelo rubio tenía un leve toque de gris, pero Cathy llevaba bien su edad; conservaba las pecas y el fino cigarro pardo en la boca demasiado ancha.

En ese momento los años volaron hacia atrás para las dos, como si el tiempo se hubiera detenido bruscamente por un momento fugaz, en la polvorienta acera de esa población calurosa. Entre los espectadores no se movía una pestaña; nadie respiraba. Y las dos mujeres seguían mirándose.

Luke tragó saliva con dificultad; aunque no comprendía lo que estaba pasando, percibía la tensión en el ambiente. Los hijos de Storm nunca habían visto a Cathy Stuart. Beau echó un vistazo a la niñita que la mujer llevaba de la mano y vio que ella lo estudiaba con timidez. La pequeña desvió la vista; luego volvió a observarlo y le sonrió. Beau respondió con una amplia sonrisa. El hermano mayor de la niña lo fulminó con una mirada hostil.

Storm observó el breve intercambio de los niños sin ver nada, en realidad. Aún estaba atrapada por las manos del tiempo, recordando el día en que ocurriera aquello, viéndolo todo como en aquel verano, tantos años atrás, oyendo el horrible ruido de los disparos que se repetían una y otra vez en su mente, sintiendo la sangre caliente, roja y pegajosa sobre su piel en el calor sofocante. ¿Cuál de ellas había gritado? Ya no importaba.

Las dos mujeres nunca habían sido amigas y jamás lo serían, pero aun así cada una despertaba en la otra un renuente respeto y admiración. Por eso, aunque ninguna de las dos dijo una palabra, Storm y Cathy intercambiaron una orgullosa inclinación de cabeza, satisfechas por el trato hecho tanto tiempo atrás, y continuaron su camino. Zumbó una mosca. Un caballo sacudió la cola. La gente de la ciudad volvió a respirar.

-¿Quién era esa, mamá? -preguntó Luke cuando pudo volver a hablar, conteniendo apenas la curiosidad.

Al principio creyó que su madre no lo había oído, porque tardaba mucho en responder. Luego dijo, siempre mirando hacia el pasado, con los ojos brillantes de lágrimas:

-Cuando lleguemos a casa, Luke, hazme acordar que debo contaros a todos una historia muy larga, tonta y muy triste.

Una vez más, se dijo que había llegado el momento de contar a sus hijos la historia de Cathy Stuart y ella misma, ambas mujeres fuertes, de corazón valiente; una de ellas, asesina.

Nueva Orleáns; Louisiana, 1848

Quizás en algún lugar el tiempo estuviera inmóvil, pero no en Vaillance, en aquella noche de verano de 1848. Las altas columnas blancas de la vieja plantación brillaban por las luces deslumbrantes de la fiesta, que brotaban a raudales por las chispeantes ventanas, cuyos vidrios plomizos no tenían una sola mancha. Los balcones negros, de hierro forjado, resonaban con las alegres carcajadas y el ondular de melodiosa música que flotaba en la noche. Las cuerdas de los violines armonizaban bellamente con el reclamo quejoso de los sinsontes y el perezoso zumbar de las langostas. Al suave tintineo del cazo, que iba llenando y rellenando las copas de cristal de dulce licor de menta, se agregaban las voces graves de los negros que se movían por entre la multitud, dentro del amplio salón de baile, para asegurarse de que a ningún invitado le faltara nada.

En cada extremo del salón, una larga mesa gruñía bajo el peso de su carga: platos colmados de carne ya fría, jamón y pollo sobrante de la barbacoa disfrutada esa tarde; judías hervidas lentamente por horas enteras con sal, rodajas de cebolla, lonjas de tocino y jamón; espigas asadas de dulce maíz, que se mantenían calientes gracias a las mechas de queroseno encendidas bajo las elegantes vasijas de plata, y bizcochos tan calientes que exudaban mantequilla. Había también tartas y pasteles. Las creaciones de chocolate, cerezas y ananás llamaban tentadoramente, al igual que el crocante pastel de manzana con canela que casi humeaba junto a frescos merengues de limón e invitantes melocotones horneados con cubierta de masa. Galletas y tartas rodeaban una vasija congelada llena a desbordar de helado de vainilla.

Las puertas giraban suavemente sobre sus aceitados goznes, en tanto el incesante desfile de

negros iba y venía con bandejas cargadas; algunas llevaban sabrosos bocados cuidadosamente dispuestos para remplazar los que ya habían sido comidos; en otras se apilaban los platos sucios. No hubo siquiera un tenedor que cayera al suelo, un invitado que recibiera un roce en la pista de baile: desde los niños más pequeños, que espantaban gansos y pollos del patio delantero, hasta los peones de campo que cosechaban el algodón y el arroz, incluyendo al virtual ejército de morenos que servía en la enorme casa, los esclavos de Vaillance estaban muy bien adiestrados.

Uno de esos negros, llevando una gran bandeja de plata con anchas copas de coñac, pasó sin llamar la atención hacia las azuladas nubes de humo que entraban por las puertas ventanas, desde la terraza. Allí, un grupo de finos caballeros debatía temas no aptos para los oídos de las damas. En una esquina del salón, un grupo de matronas chismosas ahuyentaban el humo con paciencia, tratando de adivinar de qué hablaban sus esposos afuera.

Esa noche de verano era calurosa y húmeda. Sólo el constante vaivén de las pantallas de palma, manejadas por las negras, evitaba que se desmayaran muchas de las señoras presentes, pues la combinación del sofocante calor con los corsés ajustados era abrumadora. Más de una mujer se llevaba un coqueto pañuelo perfumado a las sienes y las muñecas, húmedos de sudor, pero ninguna pensaba en retirarse al piso alto, donde su elegante atuendo resultar desapercibido.

Las rígidas crinolinas susurraban provocativamente bajo metros de colorida muselina, suave batista, hilo de trama fina, leves gasas y complicados encajes. Las zapatillas de baile marcaban el compás de la música con un vivaz golpeteo en el duro suelo de roble, lustrado hasta refulgir, que aún oía a la fresca cera de abejas aplicada esa mañana por varias manos negras. Las parejas coqueteaban, palmoteando y gritando al ejecutar los intrincados pasos de una viva danza escocesa que hacía temblar los muros de Vaillance.

La amplia mansión había sido, en sus tiempos, escenario de muchas fiestas grandes, pero nadie habría esperado que su joven ocupante se mostrara tan poco conmovida por ese acontecimiento. No había mejor modo de celebrar el compromiso de la muchacha que ese largo salón ornado de flores, lleno a reventar de gente bulliciosa; pero la melancólica fragancia de los capullos no hacía sino sofocarla y el alboroto de los festejos le provocaba un terrible dolor de cabeza. Pese a ser la favorita del baile y aunque *Mesdames Fontaine y Poitiers* (solteronas, en verdad, pero firmes pilares de la sociedad de Nueva Orleáns) declararan que era la prometida más encantadora de la temporada, la invitada de honor sólo ansiaba con fervor la tranquila soledad de su dormitorio. Su cortés sonrisa parecía habérsele congelado en la cara; temía romper en lágrimas en cualquier momento, pues el corazón se le estaba haciendo pedazos.

"¡Oh, André! ¿Cómo puedes dejar que nos hagan esto?", habría querido gritar, para llamar de algún modo la atención del joven. Sin embargo, entre todos los finos caballeros del salón sólo él parecía inmune a los encantos de la niña; aunque muchos jóvenes galantes se agolpaban junto a ella, la invitada de honor deseaba desesperadamente poder escapar sin ser vista.

Sin embargo, eso era muy improbable. A los dieciséis años, Storm Aimée Lesconflair ya atraía todas las miradas, con ese tipo de belleza sensual que acelera el corazón de los hombres y hace que las mujeres hiervan de celos apenas contenidos. Hundida entre cortejantes, pese a su compromiso, estaba arrebatadora con su vestido de encaje e hilo color de rosa. El escote con volantes dejaba entrever apenas sus pechos maduros. El corselete de terciopelo rodeaba una cintura que cualquiera de esos hombres habría podido abarcar con las manos. Tenía esa piel de crema que tanto apreciaban y protegían las mujeres sureñas. Sus mejillas de melocotón relumbraban de atractivo rubor, pero era imposible decir si este se debía al apretujamiento reinante en el salón, a los halagos de sus pretendientes o a sus propias emociones en conflicto. El largo pelo sedoso, negro azulado como ala de cuervo que brilla en la lluvia de primavera, caía en rebelde cascada de rizos contra su espalda. La nariz clásica se levantaba con altanería cada vez que un enamorado se tornaba demasiado audaz. La boca invitante como pimpollo de rosa, con ese tinte escarlata que los hombres encuentran tan irresistible, se torcía en las comisuras con mohines infantiles.

Sus ojos eran los que mantenían las miradas fijas en su semblante. Eran grandes y expresivos, bajo un par de altas cejas renegridas; con pestañas gruesas y oscuras, tan densas que parecían empujarle los párpados hacia abajo en las comisuras, levemente caídas. Los ojos de Storm eran tan tempestuosos como el huracán que había estallado la noche de su nacimiento, al cual debía su nombre: "tormenta". Con su gris siempre cambiante, podían posarse con la suavidad de la niebla en reposo, arremolinarse oscuros como la lluvia en el enojo, brillar como el rocío matinal con la risa o ensombrecerse en el dolor como elusivos fantasmas. En ese momento, empero, relumbraban ominosos como el frío caño de una pistola, en tanto ella cerraba su abanico con un áspero ademán, tras haber fracasado en su intento de llamar la atención de su primo, André-Louis Beauvallet. Con un velado agitar de pestañas y una sonrisa que disimulaba su desesperación, Storm se volvió hacia su prometido y los otros hombres que la acompañaban.

El aire temblaba de miradas tensas en tanto los hijos de los plantadores de Nueva Orleáns rivalizaban por la atención de la muchacha. Ya se habían dicho palabras duras, pues sus pretendientes no lograban comprender que la bella de cinco condados hubiera preferido a un

ranchero texano, veinticuatro años mayor, a uno de su clase. Furiosos, ofendidos y confusos, estaban decididos a averiguar la razón. Para impedir que eso ocurriera y para proteger su herido corazón de preguntas indiscretas, Storm coqueteaba escandalosamente con todos, enfrentándolos unos a otros. Las matronas que chismorreaban en el rincón preveían, excitadas, que en cualquier momento estallaría una riña. Los caballeros de la terraza, riendo por lo bajo, se divertían observando a sus deslumbrados hijos y, en secreto, apostaban a cuál de ellos sería el primero en hacer que el futuro esposo de Storm perdiera los estribos.

Gabriel North, el prometido de la muchacha, tenía plena conciencia de la carga emocional que reinaba en el ambiente. Apoyó una mano posesiva en el brazo de su novia, resentido por los rubores violentos que comenzaban a oscurecer la cara de los jóvenes. No sentía sino desprecio por esos hijos de plantadores, que le parecían blandos y perezosos. No habría vacilado en disparar contra cualquier tonto capaz de desafiarlo a duelo (ya había matado a uno de ese modo), pero no podía arriesgarse a otro escándalo de esos, cuanto menos por el momento. Quizás en ese caso Pierre Beauvallet, el tío de Storm, no tendría escrúpulos en revelar cómo había obtenido Gabriel la mano de la muchacha.

Con ojos duros y calculadores, dijo:

-Señores: si nos disculpáis, creo que mi prometida tiene necesidad de aire fresco.

La palabra "señores" sonó a insulto. Muchos de los animosos espadachines se pusieron rígidos; el anuncio fue recibido con gestos ceñudos y no con las bromas intencionadas que habría provocado normalmente. Aun así los jóvenes se apartaron para abrir paso a la pareja, recordando súbitamente que había allí otras señoritas casaderas y sin compromiso.

Storm habría protestado por el insolente gesto de Gabriel, pero la mano del hombre le apretó el brazo como advertencia. Ella cerró los labios entreabiertos, sabiendo que esos duros dedos dejarían un cardenal.

Aunque renuente a aceptar la sugerencia, la muchacha descubrió que la alegraba escapar de ese salón atestado, al fin de cuentas. Ese año el verano había llegado temprano a Louisiana, pero en los jardines hacía fresco. Una leve brisa traía la humedad penetrante de los ribazos del río Mississippi.

-¿Puedo fumar? -preguntó Gabriel, cortésmente.

-Como usted guste.

El novio encendió un cigarro, mientras los dos caminaban por los senderos de piedra, diseñados con esmero, que serpenteaban por entre las exuberantes flores, interrumpidos aquí y allá por discretas pérgolas con bancos de mármol y enrejados blancos, en los cuales abundaban los rosales trepadores de Yvette Beauvallet. Los árboles de magnolia y mimosa se mecían suavemente al viento, con las ramas cargadas de musgo entre los capullos blancos y rosados, que llenaban los sentidos y el aire nocturno de una fragancia dulce y embriagadora, desafiada sólo por los jazmines del Cabo, las camelias y las rosas, por supuesto. Había miles de estas: rojas, blancas, amarillas y las favoritas de Storm: las de color rosado oscuro. Eran esas las que cortaba cuidadosamente para aplastarlas en el mortero; luego maceraba los pétalos durante varios días, para procurarse la esencia almizclada que usaba siempre. Esa noche Nevaba rosas, prudentemente despojadas de espinas, entrelazadas a su masa de bucles negros; un pimpollo se encaramaba seductoramente tras la oreja izquierda. Si las rosas de su tía eran encantadoras, las de Aimée Lesconflair, su madre, habían sido famosas en toda Louisiana. Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas al pensar en *maman*, que había muerto.

El ruido del salón se perdió en la noche al alejarse Storm y Gabriel por los jardines silenciosos, donde resonaba alguna aguda risita ocasional, provocada por un meloso cumplido susurrado junto a alguna oreja alentadora. La muchacha sonrió irónicamente para sus adentros. Al parecer, sus admiradores no habían perdido tiempo en consolarse. Con el corazón dolorido, se preguntó si André estaría entre ellos.

Tina llamaba a su rebelde hijo desde la puerta de su choza.

-A ver si entras, Moses. ¿Qué haces ahí afuera, niño? ¿Quieres que te agarre el hombre de la bolsa?

Una fuerte palmada en el trasero del niño subrayó el regaño. Luego se oscureció abruptamente la luz de la cabaña.

En las perreras un galgo se rascaba afanosamente una pulga en la oreja; aulló gravemente a la luna, que pendía del cielo como un halo de plata. En los establos relinchó un caballo, nervioso.

"Una de las yeguas está en celo", pensó Storm.

De pronto los jardines le parecieron abrumadores por su aromática sensualidad. Echó una mirada a Gabriel North.

Gabriel... ¡Qué nombre apropiado! Era un hombrón corpulento, de pelo rojo como el fuego, barba y bigote poblados y una voz que sabía atronar como las trompetas. Sus ojos pardos chispeaban al mirarla, pero Storm no se dejaba engañar. ¡Era estúpido y perverso! Tan estúpido y perverso como cualquiera de esos toros de los que hablaba sin cesar: toscos y carnosos de hombros

inmensos, muslos fibrosos y grandes manos encallecidas por años de duro trabajo. Esas manos eran fuertes. Y anchas, de gruesos dedos cubiertos por pequeños felpudos de vello rojo. Storm se estremeció al imaginarlas sobre su cuerpo, en sus pechos.

La joven estaba al tanto de lo que ocurría entre hombre y mujer, aunque bien podría haberlo ignorado, si hubiera corrido por cuenta de su tía explicar el asunto. Yvette Beauvallet ni siquiera había hecho el intento. Fue Mammy quien preparó a Storm para ese aspecto del matrimonio.

-Yo no sé qué les pasa a los blancos, señorita Storm. Se portan como si el amor fuera una vergüenza, algo que sólo disfrutan los hombres y para las mujeres es una carga, nada más. No vaya a creerlo, niña. No he conocido hombre que quisiera acostarse con un cadáver. Hay que aprender a manejar al hombre, tesoro. Eso está bien. Si usted no aprende a hacerlo feliz, el marido se le escapará sin darle tiempo a averiguar qué salió mal -profetizó Mammy, sombría.

-No preste atención a lo que chismorrean las mujeres en las fiestas. En eso no hay nada sucio ni anormal. Cuando una encuentra al hombre adecuado, el cuerpo sabe lo que debe hacer, lo sabe muy bien. No vaya a preocuparse, señorita Storm. Usted deje que la naturaleza haga lo suyo y todo saldrá bien, tesoro, muy bien. Si su hombre quiere placer, tesoro, usted se quita todos esos cuentos viejos de la cabecita y hace lo que su hombre quiere. Lo que no hace daño no tiene nada de malo. -Mammy movió sabiamente la cabeza. Acuérdese bien de lo que le digo, corderito, ¿quiere?

Storm se estremeció al recordar esas palabras. No lograba imaginarse sometiéndose a Gabriel North. ¡Grandote como era, probablemente la aplastaría! Al pensarlo se limpió las palmas húmedas en los costados del vestido. El futuro marido observó su gesto nervioso y sonrió perversamente para sus adentros, en la oscuridad.

-Usted debería estar cubierta de diamantes, señorita Lesconflair -ronroneó suavemente, dejando vagar una mirada apreciativa por la silueta esbelta-. Cuando sea mi esposa le pondré tantos diamantes alrededor de ese cueto bonito que no podrá dejar de sonreír.

-*Au contraire, Monsieur North* -replicó Storm, glacial-: cuando sea su esposa no tendré absolutamente ningún motivo para sonreír.

Gabriel se limitó a bufar audiblemente, pues ambos sabían que ella lo despreciaba y ambos sabían por qué.

"Oh, *maman*, papá, ¿qué ha sido de mí?", exclamó en silencio el corazón de la niña.

Pero sus padres no respondieron. Habían muerto. La horrible fiebre amarilla se los había llevado un año antes, dejando sola a Storm.

Aún recordaba el espantoso olor sulfúrico de los cántaros de brea que ardían en las calles de Nueva Orleáns, el día en que ella regresó, frenética, de la escuela en la que estaba pupila, en la Costa Este. De cualquier modo, la urgente convocatoria había llegado demasiado tarde. Sus padres ya habían sido llevados a remo al leprosario, frente a las costas de la ciudad, para que murieras allí. Buen Dios, ¿no olvidaría jamás ese maldito día?

Yvette, la hermana mayor de *maman*, recibió a Storm en Vaillance, pues era inconcebible que la niña de quince años viviera sola en Belle Rive, la plantación que, virtualmente desierta, se había convertido en su prematura herencia. En un principio, Storm, que era hija única, agradeció a sus tíos que tomaran todas las decisiones necesarias durante su período de duelo. También a su primo André-Louis, a quien amaba profundamente y a quien estaba prometida desde su nacimiento, estaba allí para consolarla y aliviar su dolor. Sólo gradualmente fueron cambiando las cosas.

Storm tuvo una primera sospecha de que no todo era como debía ser cuando le informaron que no había dinero para que ella regresara a la costosa academia del Este ni para que hiciera una gira por Europa al graduarse, como se le había prometido. Su padre, al morir, estaba muy endeudado: eso le explicó tío Pierre, evitando cautelosamente la mirada confusa de su sobrina. Los Beauvallet harían lo posible por retener Belle Rive, continuó, pero era preciso vender a todos los esclavos, exceptuando a su fiel Mammy.

Storm quedó espantada por la noticia, - pero no pudo creerla. Paul-Eduard Lesconflair había sido un plantador meticuloso, prudente y efectivo. De lo contrario, ella se habría enterado, pues tenía una gran intimidad con su padre. Aun así no tenía motivos, por entonces, para sospechar que su tío mentía. Eso llegó después.

En los meses siguientes fueron desapareciendo los bellos y ornamentados muebles de la antigua plantación; por fin se perdió la misma Belle Rive. Por entonces Storm había descubierto la amarga razón por la que no tenía un centavo: no era culpa de su padre en absoluto, sino a causa de tío Pierre. Su tutor no era sino un alcohólico derrochón, cuya afición al juego lo había llevado al borde de la ruina, junto con su familia y su hogar. Sólo la herencia de Storm había impedido que todos ellos se vieran arrojados a una abyecta pobreza, pero ni siquiera eso bastó.

Las pocas ganancias que Pierre Beauvallet logró obtener de la herencia de su sobrina desaparecieron muy pronto en un mal negocio tras otro. Aunque los amigos eran demasiado caballerosos para exigirle la devolución de sus préstamos, el banco actuó de otro modo: le envió una desagradable carta, amenazándolo con la ejecución de su hipoteca si no pagaba en el plazo de

treinta días.

En su desesperación, el tío de Storm se entregó a una partida de póquer que duró toda la noche, en un salón del *Vieux Carré*. Allí perdió todo lo que aún poseía frente a Gabriel North, un ranchero de Texas que traía su ganado a Nueva Orleáns y a quien Pierre conocía un poco.

Gabriel North tenía cuarenta años; estaba orgulloso de haber hecho fortuna por sus propios medios y acostumbrado a salir siempre con la suya. Por sobre todas las cosas deseaba a Storm Lesconflair, la bella de cinco condados; la deseaba desde que la viera por primera vez, en la barbacoa de los Robitaille. Cuando los presentaron, ella lo desdeñó deliberadamente, como si lo considerara indigno de atención. Su falta de interés no hizo más que inflamar los ardores de North, en vez de enfriarlos. ¡Ninguna mujer lo rechazaba impunemente! .

Como el texano era una oveja negra, expulsada de su familia, comprendió que los Beauvallet jamás consentirían en que cortejara a su sobrina; de cualquier modo, ella había dejado bien en claro que no lo recibiría. Ahora, empero, las cosas cambiaban. Gabriel tenía a Pierre Beauvallet a su merced; justamente para eso había inducido al francés a participar del juego.

-Bueno, señor Beauvallet. -Se reclinó en su silla con una gran sonrisa -Aquí tengo un bonito montón de pagarés suyos. Pero soy justo. Le propongo algo: una oportunidad más de recobrar lo perdido. A todo o nada. ¿Qué le parece?

-Yo... me temo que no me queda nada que apostar, *monsieur*.

-¿No? -Gabriel enarcó una ceja con aire extrañado.- Creo recordar que usted tiene una sobrina muy bonita.

-¡*Monsieur*! ¡Supongo que... es una broma!

-¡Oh, demonios! No tiene por qué encocorarse como una solterona remilgada a quien cuestionan su virginidad. No me refería a eso que está pensando. Si gano tengo toda la intención de casarme con la niña.

-Pero... pero está comprometida con mi hijo. Y... ¿y mis pagarés? ¡De cualquier modo yo quedaría arruinado!

Gabriel le clavó una mirada sarcástica.

-Olvídese de su hijo, señor Beauvallet. Dudo que él ponga objeciones a la boda... si se realiza. Puedo perforar el ojo a un búfalo a setenta y cinco metros de distancia. En cuanto a lo otro... ¡por Dios! ¿Me cree usted capaz de permitir que la familia de mi esposa pase hambre?

-Pero... pero...

-Juguemos, señor Beauvallet.

Después de la desastrosa partida de póquer, la primera idea de Pierre fue matarse con una de sus pistolas para duelo. Sin embargo, por entonces estaba tan ebrio que la mano le temblaba violentamente; la bala no hizo sino rozarle el cráneo.

-¡Eres un fracasado hasta cuando tratas de matarte! -siseó Yvette, a quien el ruido del disparo había hecho correr al estudio, donde encontró a su esposo encorvado sobre el escritorio, con aire abyecto-. ¡Pensar que eras el plantador con quien querían casarse todas las muchachas de Nueva Orleáns! ¡*Sacrebleu*, suerte la de ellas! ¿Qué pasa ahora? ¿Es la bebida o el juego?

-Ahora no, *madame, s'il vous plaît*! -gimió Pierre, con el cuerpo consumido por desgarradores sollozos-. Estamos en desgracia, arruinados, completamente destruidos. Oh, esa pobre niña, esa pobre niña...

-¿Qué... qué quieres decir? -En la voz de Yvette chillaba una horrible trepidación.

-Lo... lo he perdido todo. ¡Todo! Incluida nuestra sobrina. Oh, Cristo, ¿qué voy a decirle a nuestro hijo? ¿Qué voy a decirle a nuestro hijo?

-*Mon Dieu, mon Dieu*!

Storm, mortificada al pensar que había sido la apuesta de un juego de naipes, dijo a su esposo que prefería verlo en Under-the-Hill, la barriada pobre de Nueva Orleáns, antes que casarse con Gabriel North. Pero pronto comprendió que no tenía alternativa, si no deseaba terminar también allí. Por parte de padre no tenía parientes conocidos; los de su madre y su tía habían perecido durante la epidemia de fiebre amarilla; el tío era ignorado por los suyos desde hacía tiempo, por su mala conducta. No había nadie a cuya misericordia recurrir. Si Storm no se casaba con el ranchero texano se vería tan en la miseria como los Beauvallet, que estaban quebrados.

-Oh, Mammy, Mammy, ¿qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? -al enterarse por su tío de lo ocurrido, la niña lloró a mares hasta bien entrada la noche.

-No sé, mi corderito, mi niñita preciosa. No sé. Qué día miserable este, qué día... Tiene una carga pesada de llevar, hija, una carga pesada. Me parece que tendrá que casarse con ese hombre, señorita Storm. Si no va a pasar hambre y esta pobre negra vieja va a ser vendida río abajo.

-¡Oh, no, Mammy, no! -Storm abrazó con fuerza a su regordeta niñera, con la garganta apretada de sollozos convulsos.- No permitiré que hagan eso, Mammy. ¡No! Oh, Mammy, Mammy, ojalá me muera.

-¿Morirse? No, no, nada de eso. No diga nunca esas cosas, tesoro. Trae mala suerte. Se la puede llevar el diablo malo. El señor North... no es tan malo, corderito. -Mammy hacía lo posible

por suavizar el duro golpe. -Dicen que proviene de una buena familia de Kentucky. Además, tiene buenos modales. ¿No le trajo flores y una caja de bombones cuando vino a visitarla? Sí, señor. Una mujer necesita esas pequeñas atenciones, hija. Bien puede haber un caballero bajo esa cháchara texana. Porque habla a lo grande, ¿no, querida? Se ve que está muy orgulloso de sí mismo. Bueno, dicen que tiene dinero para arrojar al techo, así que tiene motivos para jactarse. Dicen que tiene una granja grande allá en el Oeste, con muchos toros y vacas y todo eso. Dicen que viene a Nueva Orleáns una vez al año para venderlos. Y dicen que...

-¿Quién dice, Mammy? ¿Quién dice todo eso de ese hombre horrible?

-Caramba, señorita Storm, ¿no tiene memoria? Toda la ciudad sabe que ese caballero arruinó al señor Raiford, pobre viejo, jugando a las cartas, y cuando el hijo lo retó a duelo, él le voló la cabeza de un balazo.

-*Jésus* -susurró la muchacha-. ¡Ese Monsieur North! Sabiendo eso de él, Mammy, ¿cómo voy a casarme? ¡Pero si Tommy Lee Raiford era uno de mis pretendientes!

-Sí señor, y a usted le importaba un comino de él, pobre muchacho. Ni siquiera derramó una lágrima en el funeral, cuando lo vio en su ataúd. Además, no recuerdo que usted se haya afligido mucho cuando el señor André mató al esposo de la pobre señorita Letty por acusarlo de hacer trampas con los naipes. -Mammy se había puesto severa.- Y voy a decirle algo más, corderito: si está perdida por el señor André, será mejor que se lo quite de la cabeza. Ya sé que lo ama y que él la ama a usted, pero ahora no pueden casarse, tesoro. Usted no tiene dinero y él tendrá que conseguir una esposa rica para sacar a su familia de este problema.

-¡Oh, no, Mammy! ¡Te equivocas, te equivocas! André no es capaz de semejante cosa. ¡Estoy segura! Ya verás. El no va a permitir que hagan esto.

Por la mañana, empero, André-Louis anunció durante el desayuno que iría a hacer una visita a Clarisse Martinique. Storm tuvo la sensación de que el suelo se hundía bajo sus pies y quiso morir. Mammy estaba en lo cierto. André no tenía intenciones de impedir su casamiento con Gabriel North. Si ella no aceptaba la boda, el ranchero texano arruinaría financieramente a los Beauvallet y el antiguo apellido caería en la deshonra. André no podía permitir eso. Su padre ya había hecho demasiado daño. No: Storm tendría que casarse con Gabriel North y André, buscar una novia rica; de lo contrario todos quedarían en la pobreza. Era una verdadera lástima, pero *c'est la vie.*

-Lo siento, *chérie* -se disculpó André, incómodo, después de explicar el asunto-. Pero ya ves cómo son las cosas.

-Oh*, oui*, ya veo -respondió Storm, amargamente-Lo veo perfectamente. ¡Qué poco amor me tenías, primo! Es una suerte haberme librado de él.

La muchacha regresó con un respingo a los jardines de Vaillance, en el momento en que su prometido arrojaba súbitamente el cigarro y la guiaba con destreza hacia una de las glorietas más retiradas e íntimas. Con dolor y fastidio, ella notó que era la que solía compartir con André-Louis en el atardecer.

-¡Suélteme! -protestó, forcejeando frenéticamente con su futuro esposo-. Esto es muy indecoroso, Monsieur North, como bien sabe usted. Por favor, suélteme de inmediato y regresemos a la casa antes de que noten nuestra ausencia.

Gabriel se limitó a reír.

-Todo el salón sabe dónde estamos, qué diablos. Es lo que esperan. Nos creen enamorados. Y no crea que su lengua rebelde y un poco de resistencia van a poder conmigo, jovencita. Me gustan las mujeres de carácter, como ya le he dicho. Sí, voy a disfrutar mucho domándote, salvaje potranca francesa. Déjame probar lo que me ha sido prometido y así no tendré que usar demasiado el látigo y las espuelas. ¡Cristo, cómo te quiero! Creo que eres la muchacha más bonita de este lado del Río Grande.

-*Mon Dieu*! -Storm apretó los labios con indignación. -¿Acaso cree que me interesan sus halagos? -Su voz chorreaba desprecio.- ¿Cómo se atreve a tocarme? ¡Quite inmediatamente las manos de mí! ¡Pero si no es más que... que un vaquero con una... una granja vieja, vaya a saber una en qué lugar perdido del oeste!

-Puede ser. -Él la estudió especulativamente.- Pero esa "granja", como usted dice, será su hogar antes de que pase un año, señorita Lesconflair.

-Tendrá usted que conformarse con haber tenido mucha suerte en el juego aquella noche, Monsieur North. -Storm agitó la cabeza con arrogancia, tratando de desasirse.- Le aseguro que, por lo que a mí respecta, no la tendrá igual en el amor.

-¿Eso crees, eh? Bueno, no importa. De cualquier modo te quiero por esposa y nadie va a salvarte de eso, ni esta noche ni en ninguna otra.

Abruptamente le sujetó la cabellera con una mano para torcerle la cara hacia él y le aplastó la boca contra los labios. Su lengua abrió los labios que se resistían, invadiendo y asolando, tomando lo que ella se negaba a dar. Storm se sentía a punto de desmayarse. No era la primera vez que la besaban, pero nadie, ni siquiera André-Louis la había besado nunca así. La sangre le cantaba

violentamente en los oídos, en tanto se debatía contra él. El corazón le latía salvajemente en el pecho, apretado al del hombre. Oh, Dios, ¿Cuántas mujeres había besado él para aprender lo que le estaba haciendo con la boca?

-Bueno. -El la apartó bruscamente, jadeante y mirando con hambre la silueta estremecida en la oscuridad.- Llévate eso a la cama, pequeña mírame-y-no-me-toques, y piensa en lo que pasará cuando me tengas acostado contigo-

Storm giró en redondo y echó a correr, aún temblando de pies a cabeza por las extrañas sensaciones que ese hombre había desatado en ella. Furiosa y asustada, se limpió los labios como si pudiera, de algún modo, erradicar la marca a fuego que Gabriel North acababa de dejarle. ¡Qué *cochon*, qué bruto! ¡Lo odiaba! Decidió que cualquier destino era preferible a casarse con él. Demasiado tarde, Storm recordó las repetidas advertencias de Mammy: 'Ten cuidado con los deseos cuando estés enojada, hija, que se te pueden cumplir."

Por la mañana, Gabriel partió de Vaillance sin ver a Storm. No había necesidad. Ya se había asegurado de que su llegada a Texas fuera inminente. El día anterior, en la intimidad del estudio de su tío, había quemado la mitad de los pagarés incriminatorios, pero quedaba la otra mitad, para que la misma Storm los destruyera después de la boda, que se realizaría en el rancho de Gabriel antes de que pasara un año. A los Beauvallet no les gustó la idea, pero él se mostró inflexible. Ya había entregado el dinero para la compleja fiesta de compromiso en Nueva Orleáns. Con eso bastaba. Quería que la boda se realizara en su propio territorio. Estaba mortalmente asqueado de la altanera gente de Louisiana; ya había pasado demasiado tiempo entre esos malditos sureños. Le recordaban demasiado a su padre, aquel que lo había desheredado después de una acalorada discusión, expulsándolo de su plantación de Kentucky para que se abriera paso en el mundo por su propio esfuerzo.

Se detuvo en la ciudad para retirar los regalos que había encargado para sus hijos: un vestido para Cathy, aunque dudaba de que ella se lo pusiera, y un libro para Joe Jack, aunque era difícil que el muchacho lo leyera. ¡Qué furiosos se pondrían cuando descubrieran que él tenía intenciones de volver a casarse! Bueno, bien se lo merecían, esos malcriados desagradecidos. No hacían más que esperar su muerte para poder echar mano del rancho, ¿no? Pues bien, ahora tendrían que andarse con cuidado en su presencia. Con una nueva esposa en el escenario, lo bastante joven como para darle otro hijo, podía privarlos completamente de la herencia, si así se le antojaba. ¡No, esos dos buitres no se alegrarían mucho por la boda! Gabriel reía para sus adentros al imaginar la cara de sus hijos cuando se enteraran. ¡Storm Lesconflair las iba a pasar negras como madrastra!

Joe Jack era un holgazán inútil, con una astucia que disimulaba con su sonrisa insolente. Se creía muy seductor; en realidad, Gabriel estaba seguro de que, en el rancho, muchas de las mujeres se habían rendido a su fácil encanto. Joe Jack le gustaba a todo el mundo. Cathy, por el contrario, era una hembra arrogante, con andar y modales de hombre. No cuidaba su aspecto en absoluto; vagaba por el rancho con un par de pantalones de montar y una camisa vieja de su hermano, un sombrero de ala ancha colgando a la espalda y un cigarro pardo bamboleándose en la comisura de la boca. Gabriel suspiró al evocar la imagen de su hija, pero no podía hacer nada con ella; sus labios se apretaron en una línea adusta al recordar por qué.

Aquello había ocurrido quince años atrás, pero la verdadera historia se iniciaba aun antes. Su mente retrocedió hasta el comienzo.

Cathy no había nacido aún cuando él llegó a Texas con Louise (su primera esposa) y Joe Jack. ¡Texas! Gabriel tenía curiosidad por conocer el sitio desde que escuchó ese nombre por primera vez. Después de la discusión con su padre, recogió a su familia y se puso en marcha por la vasta extensión de tierra que bordeaba el río Grande y que reclamaban dos naciones: Estados Unidos y México. Le llevó largo tiempo hallar el lugar que deseaba; por fin lo descubrió trescientos kilómetros al noroeste de San Antonio, en las afueras de una polvorienta ciudad de una sola calle, conocida con el nombre de Santa Rosa. ¡Santa Rosa! El nombre lo hacía reír: ¡era absurdo! La ciudad no era entonces sino un manojo de escuálidas chozas de adobe y una pequeña iglesia, es decir, una misión. La santa, si existía y estaba enterada de eso, debía de estar ofendida. ¡Pero por Dios! Al atardecer, en todas las direcciones, la tierra parecía casi viva, bañada en el rosado vibrante y flamígero sol poniente.

A Gabriel no le importó que la tierra perteneciera ya a una familia mexicana, más pobre que las ratas. Los expulsó de allí y se instaló en la cabaña de adobe que ellos habían construido. También conservó el nombre que ellos daban al lugar: Tierra Rosa. Ese fue el principio.

Allí nació Cathy, ese año, y Louise murió al darla a luz. Gabriel jamás perdonó a su hija por eso. Compró algunas vacas y un toro; cuando Cathy cumplió los dos años, Gabriel era ya uno de los rancheros más ricos de Texas. Mandó buscar en Galveston la madera más fina y, no contento con la casa de adobe, construyó una enorme mansión con pilares.

Tres años después (aún recordaba ese día) volvió la familia mexicana, orgullosa, desafiante y agitando en la mano un título de propiedad por el que mucho habían luchado: la escritura de las

tierras de Gabriel. Sólo que no eran suyas. Algún tiránico funcionario de gobierno, que conocía los derechos de los colonos y quería respetar al pie de la letra las restricciones impuestas a las fincas texanas, se había encargado de eso, estampando el documento con un sello perfectamente legal para la ley mexicana, pero que nada significaba para Gabriel.

Vio todo rojo y, en su ira, bramó como un toro.

-¡Maldito hijo de puta! Ya hace tres años que estoy aquí. ¿Crees que con ese pedacito de papel vas a sacarme de este lugar que levanté con tanto esfuerzo? ¡Hay que tener coraje!

Por entonces los peones del rancho se habían reunido alrededor para presenciar la escena. Empero, Gabriel no reparaba en ellos ni tampoco en su hija, que se había acercado a ver qué ocurría. La niña tenía cinco años.

El mexicano no se dejó intimidar.

-Esta tierra es mía-dijo, señalando los amplios terrenos-. Tú me la robaste. Ahora tengo un papel para demostrarlo. Tú y tus hombres se van de aquí. ¡Ahora mismo! -Y blandió su mosquete, amenazante.

Gabriel se limitó a reír con un ruido feo y breve.

-¿Habéis visto eso, muchachos? Este cerdo grasiento me amenaza. No parece correcto, ¿verdad?, que el hijo de cualquier puta mexicana apunte con un revólver a un hombre blanco.

-No, patrón, no parece -asintieron todos, sonriendo.

Antes de que el mexicano reconociera el peligro que corría, Gabriel sacó la pistola y le disparó entre los ojos. El hombre cayó a tierra, manando sangre por la herida mortal. Su esposa, llena de horror, corrió hacia el cadáver con un alarido de angustia. El hijo permanecía clavado en tierra, estupefacto y aterrorizado, como si no pudiera creer aquello.

-¡Bastardos, cabrones! -gritó la doliente mujer, levantando hacia los hombres los ojos chorreantes de lágrimas-. ¡Asesinos de mi esposo! ¡Os voy a matar!

De pronto corrió hacia Gabriel, con los dedos curvados como garras feroces. Al sujetarle las muñecas él vio los pechos oscuros que palpitaban, allí donde los volantes de la blusa descendían reveladoramente. Una gota de sudor corría por el hueco, entre los montículos redondos como melones bajo el fuerte sol del veranillo indio.

-¡Cristo, qué mujer de agallas! Siempre se ha dicho que las putas mexicanas sois sabrosas, sí. ¿Qué dices, tortilla humeante? ¿Es cierto eso? -La miró al fondo de los ojos asustados. Entonces observó, sobresaltado, que eran muy azules, como zafiros.- ¡Por dios! No eres mexicana, sino blanca. ¿Qué blanca es capaz de casarse con un cerdo de estos?

-Sólo una Camera, patrón. -Los hombres de Gabriel se mostraban abiertamente lascivos.- Vamos a divertirnos con esta zorra. Si se abrió de piernas por el cerdo mexicano, bien puede hacerlo por nosotros.

-Sí. -Gabriel se relamió ante la idea, con los ijares excitados por la mujer forcejeante y el asesinato que acababa de cometer.- Creo que tenéis razón, muchachos.

Los otros rieron estruendosamente al ver que, en su lujuria, desgarraba la blusa de la mujer para exponer los pechos. Con la mano libre abarcó cruelmente uno y frotó el pezón con codicia, haciendo daño.

-¡No, señor! -la mujer, frenética, trató de desasirse. -Por favor, no haga acto tan terrible. Nos iremos para no volver. Quédese usted con la tierra. Quédesela. ¡Oh, por favor, por favor! Mi niño...

Con los ojos brillantes de miedo, señalaba con la cabeza al niño callado.

Gabriel no prestó atención a los suplicantes sollozos, la: arrojó a la dura tierra para levantarle rudamente la falda y las enaguas. El último recuerdo de la mujer sería la imagen de ese hombre erguido sobre ella, burlón, antes de que se aflojara los pantalones para violarla salvajemente. Cuando hubo terminado la entregó a los peones del rancho, que la utilizaron con tanta crudeza como su patrón. Tardaron un rato en darse cuenta de que la mujer había muerto. Luego repararon en el hijo que seguía allí, vomitando silenciosamente en el suelo. El niño levantó lentamente la cabeza. Sus ojos se encontraron con los de Cathy, la hija de Gabriel, que continuaba agazapada e inmóvil en la galería de entrada.

-Eh, patrón -preguntaron los hombres-, ¿qué hacemos con el chico?

¿Lo matamos también?

-No, es sólo un niño -replicó Gabriel, hundiendo la mano en el bolsillo del mexicano muerto, tan concentrado en retirar la escritura fatal que no prestó mucha atención a la pregunta de sus hombres-. ¿Qué puede hacer? ¿Contar todo? ¿Quién va a creerle a un pequeño bastardo mestizo?

Gabriel se guardó el papel en el chaleco y se volvió hacia la casa. Fue entonces cuando vio a su hija, testigo del feo episodio. Echó a andar hacia ella, pero la niña retrocedió, horrorizada. Por primera vez en su vida Gabriel sintió asco de su propia conducta.

-¡Cathy, Cathy! -Le alargó los brazos, avanzando a ciegas, pero era demasiado tarde. La niña ya había huido de él.

Gabriel jamás supo con certeza cuánto recordaba su hija de aquel día brutal. Pero de vez en cuando sentía sus ojos clavados en él: ojos arrogantes, altaneros, de un pardo liquido, que centelleaban de desprecio y repugnancia cuando lo miraban. Si él la amonestaba por su mala educación, diciéndole que debía ser más respetuosa, ella curvaba la boca con desdén y se alejaba, riendo despectivamente y balanceando los brazos como un hombre.

Gabriel no tardó en comprender que estaba muy afectada por lo que recordaba de aquello; lo despreciaba y aborrecía por eso y no había nada que hacer al respecto. El daño estaba hecho.

Por lo tanto volcó todo su afecto en el hijo varón, Joe Jack, que nada sabía del bárbaro asunto. Cuando se enteró, sonrió con astucia y aseguró que su padre había hecho lo correcto.

-Lo único que lamento es no haber estado allí para recibir mi parte de esa carne, papá -pronunció perezosamente, con los ojos brillantes de especulación.

El comentario irritó a Gabriel.

-¡No habrías sabido qué hacer con ella, muchacho!

Joe Jack perdió la sonrisa, pero puso cuidado en apartar el rostro para que su padre no viera el dolor provocado por la pulla. Gabriel le inspiraba sentimientos conflictivos. Por una parte lo admiraba y quería ser como él; por otra, carecía de su fuerza toruna y lo odiaba por ser más hombre que él. Joe Jack era ladino y astuto, empero, y juró superar algún día al viejo en uno de esos encuentros, ya que su padre no soportaba ser derrotado en nada.

Y ahora Gabriel cabalgaba hacia Tierra Rosa con dos de los peores regalos que habría podido escoger para sus hijos, simplemente porque no comprendía a ninguno de los dos. Quería borrar el dolor y el espanto que aún acechaban en los ojos de Cathy, verla vestida como una señorita, para variar. Quería que Joe Jack conociera del mundo algo más que el rudo territorio texano. En el fondo, Gabriel sabía que ninguno de sus hijos habría sido aceptable para la sociedad sureña que él había dejado en Kentucky. Aunque no lamentaba su decisión de partir, habría querido que Tierra Rosa adquiriera algo de la majestuosa gracia que tenía la plantación de su padre. Sólo por eso y por su deseo de poseerla obligaba a Storm Lesconflair a casarse con él. Para Gabriel North era motivo suficiente.

Storm y Mammy habían viajado en barco desde Nueva Orleáns hasta Galveston. Ahora se bamboleaban a lo largo de una ruta polvorienta, en la diligencia que habían tomado esa mañana en Houston para que las llevara hasta San Antonio, donde las esperaba Gabriel. Las altas ruedas del vehículo parecían caer en todas las huellas y los hoyos del camino. Storm, habituada a viajar en vapor, estaba decididamente incómoda. Apretó los dientes con fuerza ante las sacudidas del carruaje y se llevó el pañuelo perfumado a la cara, una vez más, tratando de no inhalar el polvo que levantaban las ruedas. Lamentaba con fervor no haberse puesto un velo más denso. Presionó la espalda cansada contra el asiento acolchado, alegrándose de que esa fuera casi la última etapa del largo viaje. Ya no había modo de echarse atrás. En pocos días sería la esposa de Gabriel North. El corazón le dolía amargamente al pensar en eso y en la vil traición de André-Louis.

La anciana pareja sentada enfrente observaba con curiosidad a la muchacha y a Mammy. Storm cerró los ojos para evitar las miradas. La señora Thatcher dio un codazo disimulado a su esposo.

-Pobre niña. Parece horriblemente desdichada, Henry -susurró, frunciendo el entrecejo-. ¿Será por esa vieja negra? ¡Parece un monstruo formidable, por cierto!

-Vamos, vamos, Naomi. No creo que sea asunto nuestro. -El señor Thatcher se limpió el sudor de la frente y acomodó las gafas, que se le resbalaban hacia abajo por la nariz, debido al calor. Era de esperar que su esposa no se entrometiera. Naomi era aficionada a dirigir vidas ajenas. -Además, la morena es esclava. Bien lo sabes. Dudo mucho que sea la causa de la aflicción de esa joven. Calla, Naomi, calla. Demasiados problemas tenemos sin husmear en los de otra gente.

-Sí, supongo que tienes razón -reconoció la esposa, aunque nada satisfecha.

Storm abrió los ojos. Los pasajeros sentados al otro lado continuaban estudiándola. Formaban una pareja extraña. El esposo era bajo y calvo; tenía un tic nervioso en la mejilla y sus manos nunca se estaban quietas; no dejaba de sacar la cabeza por la ventanilla, con expresión preocupada. La esposa era alta, de huesos grandes, pero con ese tipo de belleza que, según Storm descubriría después, predominaba en el oeste: la que brota de los tiempos difíciles, del sol ardiente, de la serenidad que trae el aceptar ambas cosas.

La muchacha suspiró audiblemente.

-¿Cómo dice usted? -preguntó la señora Thatcher.

-Eh... perdone -se disculpó Storm, cortés-. No hice más que suspirar.

-La señorita Storm es una dama. No habla con desconocidos que no le hayan sido debidamente presentados -declaró enérgicamente Mammy, proyectando el labio inferior el doble de lo normal en gesto de desaprobación.

-No tiene importancia, Mammy. -Storm se apresuró a enmendar la grosería de su niñera.- Es obvio que esta buena señora no tenía malas intenciones.

-No, por cierto, querida mía. -La señora Thatcher sonreía amablemente, pero su voz era

firme, como si no estuviera dispuesta a tolerar discusiones. -Acabáis de llegar desde el Este, sin duda. Ya veréis que en el Oeste las costumbres difieren mucho.

Storm sabía que era mala educación continuar conversando, pero estaba ansiosa por conocer mejor a Texas, que sería su nuevo hogar. Y tal vez allí las cosas eran distintas, en verdad. Por lo tanto, pasó por alto la mirada belicosa de Mammy y volvió a hablar.

-En realidad... somos del Sur. De Nueva Orleáns. Me llamo Storm Lesconflair. Ella es Mammy.

-Encantada de conoceros a ambas, querida. -La señora Thatcher inclinó graciosamente la cabeza, aunque Mammy le inspiraba alguna reserva, Nosotros somos Henry y Naomi Thatcher, de San Antonio. Nueva Orleáns es una ciudad encantadora. Henry y yo la visitamos con frecuencia, porque mi esposo realiza allí todas sus operaciones bancarias. ¿Este es vuestro primer viaje al Oeste?

-Sí, sí, en efecto -parloteó Storm-. Todo parece tan... tan extraño y... abrumador... Temo que sabemos muy poco de esto. Espero que usted perdone nuestra ignorancia.

-Por supuesto, querida. Comprendo lo que siente. Texas requiere cierto acostumbramiento, sí, pero creo que acabará por conquistarle el corazón. Caramba, me acuerdo de cuando vinimos, en 1836. Yo temía asarme, morir de sed o que los indios me arrancaran el cuero cabelludo.

-¡*Sainte Marie*! -susurró Storm.

-Oh, no era mi intención asustarla, señorita. -La mujer se permitió otra pequeña sonrisa.- En realidad no es tan terrible. Al calor una se acostumbra. Y como hay muchos ríos y fuentes, no es posible morir de sed. Nosotros tenemos un pozo en nuestra propiedad, como casi todo el mundo. En cuanto a los indios, el gobierno los ha obligado a retirarse más hacia el oeste, de modo que los ataques a las ciudades son raros. Son más posibles en la pradera, donde los fuertes no están tan cerca... y los peligrosos son mayormente los apaches y comanches. Pero hasta ellos han tenido que abandonar parte de sus tierras.

-Pero eso... ¿no es una crueldad? -preguntó Storm, vacilante y sin deseo de ofender.

-¿Una crueldad? Caramba, querida, son sólo salvajes, bárbaros. Si usted viera a esos demonios rojos... Brincando y aullando, todos pintados, con plumas por todas partes y hediendo a grasa de oso, pieles de -animales y sabe Dios a qué más. Entonces comprendería que apenas se los puede considerar humanos, aunque algunos de ellos se han adaptado bastante bien a la civilización y hasta comercian con los tejanos, como nos llaman. No, no es más cruel que la esclavitud que se practica en el sur, se lo aseguro, señorita.

Como Storm, por su crianza, no creía que la esclavitud fuera mala, no volvió a pensar en los indios expulsados de sus hogares. En cambio preguntó:

-¿Es cierto que... que arrancan el cuero cabelludo?

- Claro que sí, aunque no entiendo para qué necesitan más pelo. ¡Algunos lo llevan hasta por debajo de la cintura! Pero no hay por qué preocuparse, querida. El gobierno la protegerá.

Mammy resopló como si eso le pareciera muy poco probable, pero la señora Thatcher prosiguió, sin dejarse amilanar.

-Además están los Rangers de Texas, por supuesto. Ellos son nuestros agentes de la ley. ¡Y que Dios proteja al tonto que irrite a uno de ellos! -Hizo una pausa, pensativa. -Sí, hemos sobrevivido y nos va bien en el Oeste. Aquí hay oportunidades de sobra... para quienes no teman aprovecharlas. Vea usted: allá en Boston Henry era sólo un empleado oficinista, pero en San Antonio es dueño de su propio hotel. -El amplio busto de la señora Thatcher se ensanchó de orgullo.- ¿No es cierto, Henry?

Henry murmuró por lo bajo y se secó la frente, empujándose otra vez las gafas hacia arriba; luego echó otro vistazo por la ventana, sin dejar de retorcerse nerviosamente las manos en el regazo. Storm vio que entrelazaba los dedos, los separaba y los volvía a cruzar. Se preguntó si ese hombre se relajaría alguna vez.

Mammy, junto a la muchacha, guardaba un pétreo silencio, con la implacable crítica escrita en el semblante mohíno. Por fin gruñó por lo bajo:

-Baje ese visillo, señorita Storm. Ese sol malvado le va a llenar la piel de pecas. Y aquí no hay loción de frutillas ni puré de pepinos para que yo se las borre. Sospecho que ni leche con crema debe de haber. No he visto lugar peor; no hay más que ese sol ardiente y ese polvo que está por sofocarme. Sí señor, siento que me baja por el pecho. Y le digo, señorita, que es un horror. Ni siquiera puedo respirar con tanto polvo y tanto calor.

"¿Para qué vinimos a este lugar horrible, señorita Storm, querida mía? No hay como Nueva Orleáns. Mírese usted, parloteando con dos viejos desconocidos. Y ese hombre no es más que un portero con pretensiones, aunque sea dueño de un hotel. Le juro que su pobre mamá se daría vuelta en la tumba si supiera lo mal que la he criado. ¿No tiene educación, niña? Yo no le enseñé a hablar con desconocidos que nadie le haya presentado. Usted es una dama, señorita Storm, no como esa basura blanca que se mezcla con las ratas del pantano. Sospecho que en cuanto me descuide usted se va a fugar con esos indios de los que esta hablaba. Y cuando quiera acordarme, mi pobre

corderita no tendrá un solo cabello en esa bonita cabeza. Sí señor, este es un día horrible, de lo peor, y se lo voy a decir al señor North en cuanto lo vea. ¡Por Dios, señorita Storm, baje ese visillo ahora mismo!

-¡Silencio, Mammy! Cállate de una vez, que van a oírte los Thatcher –siseó Storm por lo bajo, mortificada. Impaciente, bajó el visillo con un leve chasquido. Luego dedicó una semisonrisa a la señora Thatcher, que la miraba con aire extrañado. Después de carraspear, la muchacha inquirió en voz demasiado alta: -¿Cuánto faltará?

-Bastante, me temo -respondió la señora Thatcher-. Texas es un estado muy grande.

Su voz contenía una evidente frialdad que no había expresado antes. Storm tuvo la certeza de que la mujer había oído los comentarios de Mammy.

Algunos momentos después, tras echar una mirada tímida a la vieja negra, Henry volvió a enrollar el visillo y asomó una vez más la cabeza por la ventana. Tenía ganas de acogotar a su mujer, pero Naomi lo tenía petrificado. El día anterior había recogido una enorme suma de dinero, transferida por su banco de Nueva Orleáns a Galveston, desde donde él debía llevarla a su hotel de San Antonio. Suplicó a Naomi que esperaran hasta conseguir una escolta armada que los acompañara a su casa junto con el dinero, pero ella se rió de sus miedos, igual que en los doce años anteriores, asegurando que en la diligencia estarían perfectamente a salvo. Después de todo, dijo, era tonto llamar la atención hacia ellos. ¿A qué buscar problemas? Dijo que deseaba llegar a su casa cuanto antes. Que estaba cansada de Galveston. Hasta entonces nadie los había molestado. Y su marido era una ardilla asustadiza.

Como Henry se parecía a una ardilla, en verdad, resopló por la nariz. Gravemente afrontado en su digna virilidad, sacó los dos pasajes, sin dejar de decir a su esposa que lamentaría no haberle prestado atención. El estaba seguro de que, tarde o temprano, se les acabaría la increíble buena suerte que habían tenido al transportar los fondos para su hotel.

Naomi, por el contrario, pensaba que Henry era un tonto, temeroso de su propia sombra. ¡Dios del cielo! ¡Pero si Henry no habría tenido agallas para abrir el hotel, para empezar, a no haber sido por ella! No: él se habría conformado con seguir como empleado de oficina, sin progresar nada con respecto a la posición que ocupaban en Boston. Había sido idea de Naomi que Henry pidiera un ascenso; cuando lo despidieron por su presunción, fue ella quien quiso ir al Oeste, pese a todos sus reparos y a los horribles relatos que había escuchado. Sí, la del coraje era ella, Henry no pasaba de ser una ardilla asustadiza. No lograba recordar qué había visto en él. ¿Quién podía saber que ellos transportaban ese dinero? ¿Quién?

Luther Barlow entornó los ojos contra el resplandor del sol, cambiando de sitio la bola de tabaco que estaba masticando y escupió en el suelo.

-Zeke -graznó a su hermano-, ¿ese tipo estaba seguro de que el viejo venía en la diligencia?

-Como que estoy aquí sentado, Luther. -Zeke Barlow se rascó con una mano sucia la cara sin afeitar; luego se limpió de la barbilla un hilo de saliva manchada de amarillo. No tenía tanta puntería como su hermano.

-Espero que no te equivoques -gruñó Elijah Barlow-. ¡No quiero arriesgar el pellejo por nada!

-¡Cállate, Lij! -Luther le echó una mirada áspera.- Aunque seas mi hermano, te voy a ubicar una bala en la espalda si te pones a disparar a lo loco, como la última vez.

-¡Ja! -resopló Elijah, sin dejarse impresionar-. ¡Mamá te pondría dos metros bajo tierra!

-Bueno, que esto sea rápido y limpio. -Hablaba Billy, el menor de los hermanos Barlow.- Necesito un poco de buen licor y una mujer desenvuelta... si me entendéis.

Luther le clavó una mirada dura.

-¿No sabes pensar en otra cosa? ¡Pedazo de tonto! Será mejor que en este trabajo no pierdas la cabeza, Billy. Te lo advierto. No he visto cachorro más tonto que tú. No sé cómo mamá pudo permitir que participaras.

-Porque soy tan hijo de ella como tú. -Billy sonrió con toda la cara, sin avergonzarse.

Los otros hicieron gestos de disgusto.

-Eres un inútil, mocoso. No lo olvides -se burló Elijah.

-¡Quietos, tontos, que allí viene! -ladró Zeke.

Los Barlow no eran tan inteligentes como para planificar por su cuenta golpes complicados, pero con su madre como cerebro de la banda habían cometido algunos de los crímenes más horribles registrados en el territorio. En varias comisarías del estado de Texas había carteles donde se los mostraba bajo la leyenda: "Buscados, vivos o muertos". Cada uno de los Barlow tenía la cabeza a precio, un precio que muchos hombres de ley habían tratado inútilmente de cobrar.

Se cubrieron con los pañuelos las feas caras, sacaron las pistolas y partieron al galope detrás de la diligencia.

Storm había logrado dormitar bajo el calor, en el rítmico balanceo de la diligencia, pero fue abruptamente despertada por el ruido de disparos y el repiqueteo de cacos que marcaban un redoble furioso en la tierra recocida.

-*Mon Dieu*! ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué vamos tan aprisa?

Ante la conmoción, la cara de ardilla de Henry Thatcher tomó un espantoso tono blanquecino.

-iTe lo advertí, Naomi, te lo advertí! -chilló con aguda voz de alarma, sin molestarse a responder a la pregunta de Storm-. ¡Nos matarán a todos! ¡Te digo que nos van a matar! ¡Te lo advertí, Naomi, pero no quisiste prestarme atención! Me decías que yo era una ardillita temerosa, ¿no? "Nunca nos han atacado, Henry", decías. "Nadie sabrá lo del dinero, Henry", decías.

-¿Dinero? ¿Qué dinero? -logró preguntar Storm.

Por entonces el vehículo se bamboleaba a un paso tan peligroso que Storm apenas podía sujetarse en el asiento. Rebotaba en el acolchado como un trozo de madera en el oleaje; de pronto se sintió muy descompuesta.

-A veces Henry traslada grandes cantidades de dinero entre Galveston y San Antonio. Para el hotel, ¿comprende usted? -La piel bronceada de la señora Thatcher se había puesto tan pálida como la de su esposo.

-¿Dice usted que alguien... que alguien nos persigue para... para atacarnos por ese dinero? -Storm aún no había captado lo que significaban los disparos.

-Temo que así es, querida.

La muchacha ahogó una exclamación de horror al ver pasar por la ventanilla el cuerpo del jinete que servía de custodia armada a la diligencia. Agitaba espásticamente los brazos y vertía sangre por una herida fatal en el pecho.

-*Jésus*!-exclamó la muchacha-. *Jesús*!

Trató de asomar la cabeza por la abertura para ver qué había sido de él, pero Henry la sujetó con un chillido nervioso.

-¿Quiere matarse, jovencita? ¡Échese al suelo! Échese inmediatamente al suelo de la diligencia.

-¡Oh, por Dios, señorita Storm! ¡Oh, por Dios, señorita Storm! ¡Nos van a matar a todos! -balbuceó Mammy, quitando del asiento su considerable mole para acurrucarse en el suelo junto a los otros, apretados entre los asientos como bombones en caja-. ¡Nos van a matar a todos! ¡Oh, Dios, Oh, Dios, ten misericordia! Ya sabía yo que en este horrible lugar no podía sucedemos nada bueno. Primero ese calor endemoniado... y el polvo, que quería ahogarme... y ahora esto... Esa vieja no le dijo nada de esto, señorita Storm. Se la pasó hablando de los indios que te arrancaban el pelo de la cabeza y de que no había que preocuparse porque el gobierno te protegía. Pero no dijo una palabra de esto. No, señor. Ya sabía yo que no nos estaba diciendo la verdad sobre este sitio horrible, esa inútil casada con un portero con pretensiones, que quizá ni siquiera es el dueño del famoso hotel. ¡Oh, Señor, Señor! Este es el día más miserable de mi vida. ¡De lo peor, sí! Señorita Storm, jamás voy a perdonarle que me trajera a este lugar horrible. No señor, claro que no. Yo...

-Oh, cállate, Mammy, ¡cállate! -le espetó Storm, temblando de terror. Nada en su vida la había preparado para algo como eso. ¡Pensar que en Nueva Orleáns la gente se reía de lo que contaban sobre el Salvaje Oeste! -No creo que nos hagan daño. ¡Tres mujeres y un anciano indefenso!

-Debemos... debemos tratar de ser valientes, querida -gimió la señora Thatcher.

Los sollozos se ahogaron en la garganta de Storm al mirar los ojos grandes y aterrorizados de la mujer.

-i*Sacrebleu*!

Oyó varios golpes fuertes en el techo y vio que dos caballos sin jinete corrían como enloquecidos, alejándose del vehículo, pero sólo comprendió lo que eso significaba cuando la diligencia se detuvo lentamente. El corazón le palpitaba en el pecho con violencia; sus guantes de cabritilla estaban empapados de sudor.

-Eh, los de adentro. Salid con las manos en alto -ordenó ásperamente una voz ronca.

Storm miró a Ios Thatcher, indefensa. El tic nervioso contraía con tanta celeridad la mejilla de Henry que parecía tener un depósito de nueces acumuladas adentro. La mano que acercó a la portezuela temblaba visiblemente. Echando a su esposa una mirada de absoluta desesperación y reproche, se apeó y la ayudó a bajar. Storm los siguió como pudo y se volvió para prestar auxilio a Mammy, que estaba emergiendo con dificultad.

Había cuatro forajidos. Storm no había visto en su vida gente tan sucia y tosca como esos cuatro hombres. Ni siquiera los peones del puerto ni las ratas de los pantanos eran tan sucias en Nueva Orleáns.

-¡Bueno, qué sorpresa! -Uno de ellos se adelantó con aire de perdonavidas. ¿No son el hombre del hotel y su esposa, los de San Antonio? -Agitaba el revólver ante ellos, insolente.- Bien, vamos, viejo, que no tenemos tiempo. ¿Dónde está la pasta?

-Yo... no sé de qué me habla -tartamudeó Henry, nervioso.

-Ya han oído, muchachos-anunció el hombre a los otros-. Cara de Ardilla dice que no sabe de qué estoy hablando.

-Tendrías que refrescarle un poco la memoria, Luther -replicó uno de ellos, con una sonrisa libidinosa en la horrible cara.

-Eso es cierto, Zeke. Eso es muy cierto. -Luther fingió analizar el asunto por un momento.- ¿Qué piensas que hará falta para que el viejo hable sin hacernos perder tiempo?

Antes de que ninguno de ellos pudiera responder, otro de los hombres apuntó su arma contra el conductor de la diligencia, que estaba de pie a un lado de los pasajeros, y apretó el gatillo. Se produjo un rugido ensordecedor. El conductor cayó lentamente a tierra, en un charco de sangre.

-¡Maldito seas, Lij!-gritó Luther, iracundo- ¡Te lo advertí!

Storm se quedó mirando como una estúpida el cuerpo del conductor, sin aprehender la sangre que se filtraba lánguidamente por el suelo, en un hilo de carmesí borboteante. Luego dejó escapar una pequeña exclamación, rápidamente sofocada por el pañuelo perfumado de rosas que se llevó a los labios trémulos, antes de volverse para proteger la vista de ese odioso espectáculo.

-¿Y qué? -se burló Elijah-. ¿Por qué no te fijas si ahora ese tonto se acuerda?

Luther se volvió hacia Henry.

-¿Y bien?

-Por favor. -Henry se enjugó la frente y retrepó las gafas con dedos estremecidos.- Si... si os digo dónde está el dinero, ¿nos dejaréis ir sin hacernos daño?

Luther mascó su bola de tabaco; luego escupió directamente al polvo, entre los pies de Henry.

-Claro, Cara de Ardilla, claro. -Sonrió.

-En mi.. en mi maleta... arriba de... de la diligencia. Tiene... doble fondo-tartamudeó Henry, apresurado-. El dinero está allí. Luther hizo un ademán con el revólver.

-Sube, Billy, a ver si este viejo cabrón está diciendo la verdad.

El miembro más joven de la banda desmontó y trepó por el costado del vehículo. Storm, espantada, lo vio arrojar desde allí sus baúles, que se abrieron al caer, esparciendo sus ropas. Enrojeció de vergüenza al ver en el polvo sus corsés con volantes, sus pantaletas y enaguas, pero los hombres no les prestaron atención. Al cabo de un momento Billy rió de placer.

-¡Hurra! Aquí está, como el viejo decía-croó, arrojando el dinero al aire como si se hubiera vuelto loco.

-¡Idiota! -le espetó Luther, cortante. Recoge eso. Bueno, Cara de Ardilla, parece que decías la verdad, al fin y al cabo.

-Ahora usted... nos dejará ir, ¿no?, tal como prometió -inquirió Henry, retorciéndose las manos.

-Claro, Cara de Ardilla, tal como te prometí.

Los hombres comenzaron a cargar el dinero en sus mochilas. Storm comenzaba a respirar con más tranquilidad.

-¡Qué poco hombre eres! -siseó Naomi al oído de su esposo-. ¿Vas a quedarte sin hacer nada mientras esos forajidos mugrientos nos roban todo? ¡Allí hay seis meses de fondos! ¡Perderemos el hotel y todo lo que ganamos con tanto trabajo! ¡Me das asco! ¡No sé por qué me casé contigo!

Henry juntó coraje:

-¡Porque... porque te gusta intimidar a la gente, Naomi!

-¡Bueno, Henry Thatcher! No sé cómo puedes decir semejante cosa. ¡Si soy uno de los seres humanos más bondadosos de la tierra! ¡Dono mi ropa vieja a los necesitados, preparo pasteles para la feria de la iglesia y organizo un baile de caridad todos los años!

-También buscas hogares a los gatitos abandonados, pero aun así eres entrometida y autoritaria. Si no fuera por ti no estaríamos en este lío.

-¡Y si tú fueras un poco más hombre sacarías esa pequeña pistola que llevas en el bolsillo del chaleco, para matar a esos sucios delincuentes antes de que toquen un centavo de lo que tanto nos costó ganar!

-¿Poniendo en peligro la vida de todos?

-iNo seas tonto, Henry! ¿Cómo puedes creer que esos hombres nos dejarán ir? ¡Ya mataron al conductor y al guardia! ¡Saca esa pistola! ¡Por Dios que si no lo haces tú, lo haré yo!

-iNo, Naomi! ¡No, no!

-¡Cuidado, Luther! ¡El viejo tiene una pistola!

Luther giró en redondo, elevó su revólver e hizo volar la cabeza calva de Henry Thatcher.

-¡Oh, Dios mío, Dios mío! -aulló Naomi-. ¡Henry, Henry! -El cerebro y la sangre de su esposo salpicaban la pechera de su vestido y le chorreaban de las manos extendidas.- ¡Animales, cerdos, asesinos! -Súbitamente echó a correr hacia Luther, gritando y gimiendo, con los dedos curvados en garras punitivas con las que le desgarró salvajemente la cara, arrancándole el pañuelo protector.- ¡No voy a olvidarme de ti! -sollozó-. ¿Me oyes? ¡No voy a olvidarme de ti!

-¡Maldita sea! -juró Luther, tratando de apartarla, mientras los otros lo observaban con risitas burlonas.

Luther tomó a la mujer por los brazos, sujetándoselos detrás de la espalda. Sus ojos se entrecerraron de furia. Una mano palpó tímidamente la carne desgarrada que los arañazos le habían dejado en las mejillas. Aquellos pequeños surcos ardían como el demonio.

-Parece que no aprecias mucho el pellejo, ¿verdad, zorra? -Le aplicó un golpe resonante. -Esa no es manera de tratar a un hombre, tesoro, pero estás tan vieja que ya olvidaste cómo se hace. ¡Dios! -La apartó de un empellón, asqueado.- ¡Apuesto a que el viejo Cara de Ardilla se moría por escapar!

-Oye, Luther -llamó Billy-. Quítale a la otra ese estúpido sombrero de velo, para que le echemos un vistazo. No parece tan higo seco.

-¡Nada de eso! ¡No se atreva a tocar un cabello a mi corderita! -advirtió Mammy, acercándose protectoramente a Storm, con un brillo marcial en los ojos-. ¡No sois más que basura blanca y la señorita Storm es una dama!

-¿Oyes eso, Luther? -aulló Zeke, indignado-. ¡Esa negra piojosa nos llamó basura blanca!

-Sí señor, y lo repito. Ya tenéis lo que buscabais, así que ¡en marcha, hombres, a lo vuestro! Ya habéis matado a tres caballeros. No quedamos más que tres pobres viejas que no pueden haceros ningún mal.

-¿Oyes eso, Luther? -bufó Zeke otra vez-. Esa negra nos está dando órdenes.

-Sí señor, claro que sí. ¡Hala, hala! ¡En marcha, hombres, que pierdo los estribos!

-¿Oyes eso, Luther? -

-¡Oigo, sí, oigo! Cállate, Zeke. Déjame pensar.

-Eh, Luther, ¿no ibas a quitarle el sombrero de velo a la pequeña? -protestó Billy, con un mohín-. Nunca he montado a una verdadera dama.

-¿No oíste lo que acabo de decir a Zeke? Cierra la boca, mocoso.

-Bueno, no veo qué puede importar que la monte o no. Te han visto la cara, Luther. Bien sabes que habrá que matarlas a ellas también.

-¡Dios todopoderoso! -Mammy captó súbitamente el significado de esa declaración. Con todas sus fuerzas, levantó su bolsa y la descargó contra la cabeza de Luther.- ¡Corra, señorita Storm! ¡Corra, niña! ¡Corra cuanto pueda!

Storm, acostumbrada desde siempre a obedecer a Mammy, no esperó más. Giró en redondo y corrió tan deprisa como las piernas se lo permitieron, esperando recibir un disparo en la espalda en cualquier momento. Oyó que los forajidos maldecían, discutiendo tras ella. Luego le llegó a los oídos un ruido de fuertes pasos. Un par de manos recias la sujetaron por la cintura, arrojándola a tierra. Sintió sobre el cuerpo todo el peso de Billy, que la dejó sin aliento. La respiración del hombre le quemó la mejilla. Jadeante, lo miró a los ojos y vio en ellos una lascivia acechante. El muchacho no podía tener más de veinte años. Con un grito de victoria, le arrancó el sombrero de velo, haciendo que el pulcro moño de Storm se deshiciera, esparciendo hebillas; los rizos le cayeron por la espalda en una masa de ébano.

-¡Cristo, Cristo! -balbuceó Billy-. ¡No esperaba nada como tú!

-Por favor. -Storm se mordió el labio.

El bajó la boca para besarla, pero lo interrumpieron otros dos disparos. Storm se puso tensa y levantó la cabeza, temerosa.

-¡Mammy, Mammy! -Aulló.

-Creo que tu negra se ha reunido con su creador, niña -se burló Billy, imitando la pronunciación de Mammy, mientras a Storm se le partía el corazón en el pecho-. Y también esa otra vieja. Elijah no soporta a las mujeres. Pero te propongo algo, bonita: si mantienes la boca cerrada, trataré de salvarte. -Luego sonrió de oreja a oreja.- Me viene bien una mujer como tú. ¡Hurra! Nunca tuve una como tú. -De un brusco tirón, puso a Storm de pie.- Ahora recuerda no abrir la boca. Deja que yo hable.

La muchacha lo siguió, estremecida. Sabía para qué sería usada. Oh, Dios, prefería morir a someterse a ese criminal mugriento. Tal vez todos se turnarían para tomarla. La idea la horrorizó más aún.

"Oh, Santa María", rezó, "haz que me maten, por favor... ¡y pronto!

-Aparta eso -dijo Billy a Elijah, señalando el revólver aún humeante, mientras Storm hacía lo posible por no mirar los cadáveres de Mammy y la señora Thatcher, grotescamente despatarrados en el polvo.

"Oh, Mammy, Mammy, diste la vida por mí. ¡Y no pude siquiera despedirme!"

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas. Tenía en la garganta un nudo tan grande que se sintió atragantada.

-A esta no la vas a matar, Lij -continuó Billy, en tanto las gotas de cristal mojaban las mejillas de Storm.

-¿Te has vuelto loco, idiota? ¡Claro que la voy a matar! -Elijah miró a su hermano menor con incredulidad primero y con perverso interés después.

-No, no, nada de eso. La quiero, ¿me entiendes? Y me la llevo.

-Mira, Billy -intervino Luther, iracundo-: no podemos llevar a esa mujer con nosotros. Es peligroso. Esta es un... ¿cómo se dice?... un testigo material de todo el episodio.

-No me importa. -Billy plantó los pies, empecinado.- La quiero. Qué diablos, podemos compartirla, si ese es el problema.

-*Mon Dieu* -sollozó Storm por lo bajo, al oír esas palabras.

-¿Mon qué? ¿Qué es eso? -preguntó Billy, dándole un pequeño sacudón-. ¿Te estás burlando de nosotros, mujer? ¿Qué te pasa? ¿Te crees muy para tipos como nosotros? ¿Es eso? ¡Eh, responde, mujer!

Pero Storm estaba profundamente conmovida y ya no le importaba lo le hicieran.

-¿Por qué no me matas de una vez? -suplicó.

Billy pasó eso por alto.

-Oíd, esta ricachona cree estar muy por encima de nosotros. ¿Vamos a dejar que se salga con la suya, muchachos?

Luther lo fulminó con la mirada. Viendo que era imposible razonar con su hermano, jugó astutamente la carta que se traía en la manga. -A mamá no le va a gustar.

-Menos le va a gustar que nos estemos aquí, discutiendo por una mujer, hasta que nos atrape la policía -replicó Billy con serenidad, ya seguro de haber ganado.

-Tiene razón, ¿no? -Zeke echó un vistazo a la ruta, nervioso.- El jefe de estación ya debe de haber informado que la diligencia no llegó. ¡Que el chico se quede con esa zorra, demonios! Cuando se canse de ella habrá tiempo de liquidarla. Además -agregó, recorriendo la silueta de Storm con una mirada lasciva- no me disgustaría probar esa carne fresca.

Elijah murmuró por lo bajo ante esa decisión. Luego escupió en el polvo.

-Pues cuidad de que esa no se me cruce en el camino, hermano. En cuanto trate de escapar, la liquido.

.....-¡Hurra! Ven, dama -Billy descargó sarcásticamente la última palabra, en tanto montaba a caballo y subía a la muchacha frente a él.

A Storm le dolió la axila por la fuerza del movimiento. El la estrechó con fuerza con un brazo alrededor de la cintura, para que no cayera. Sus dedos ya iban trepando para acariciar los pechos a través de la fina tela del vestido. La muchacha se estremeció. Sabía que todos la violarían a la primera oportunidad para matarla después. ¡Oh, Dios!

Cuando se alejaron al trote no miró hacia atrás. Pero en su vida olvidaría la imagen de la cabeza calva de Henry Thatcher hecha astillas, las manchas rojas en el pecho de Mammy y en el de Naomi Thatcher ni las oscuras sombras de los buitres que volaban en lentos círculos bajo el sol ardiente, en tanto ella y los forajidos se alejaban a la distancia.

Cathleen Elizabeth North clavó la mirada en su imagen reflejada en el espejo y suspiró. Era una mujer alta, casi tanto como Joe Jack, su hermano, que llegaba al metro ochenta. El pelo rubio, fino y lacio, le llegaba a los hombros y estaba descolorido por el sol. También eran claras las pestañas que rodeaban sus grandes ojos pardos, ojos que se fundían como melaza, pero sin chispear. Los ojos pardos nunca chispeaban. Tenía las mejillas planas y angulosas. Cruzaba la nariz, algo respingada, una salpicadura de pecas color de miel que se destacaban aun más cuando ella pasaba demasiado tiempo al sol. La. boca, roja y generosa, era demasiado ancha para la cara delgada, pero sabía sonreír atractivamente cuando así lo deseaba (lo cual no ocurría con mucha frecuencia). La piel tenía un cálido tono dorado. Los pechos eran pequeños y firmes; insolentes, había dicho alguien. Por lo demás, nadie habría podido encontrar defecto alguno en sus miembros, largos y esbeltos, ni en la delicadeza de manos y pies. Por otra parte, los hombres rara vez notaban que, en realidad, no era bonita. Tenía una sensualidad extraña y graciosa, que traía por la fuerza. Sólo al estudiarla con atención y sentido crítico caía uno en la cuenta de que, con toda la amabilidad del mundo, no era posible considerarla hermosa... y Cathy se estaba estudiando a sí misma con atención y sentido crítico.

Suspiró otra vez, contemplándose ataviada con el vestido que su padre había traído de Nueva Orleáns. Era encantador, lleno de volantes y frunces, pero Cathy no estaba hecha para puntillas. Más aún: el amarillo claro de la seda la hacía parecer desvaída, lavada. La boca parecía un manchón carmesí. Comprendió que con ese vestido era un esperpento; peor aún: se sentía tonta. Enojada, comenzó a desabrochar los pequeños botones, con dedos algo trémulos de ira y frustración. Su padre debería haber notado que ese estilo y ese color no le sentaban bien a ella. También habría debido saber que a Joe Jack no le interesaban los libros. ¡Todo mal, todo mal! Todo lo que papá hacía estaba mal, porque no comprendía a sus hijos y no se esforzaba en intentarlo. Sólo se interesaba por sí mismo y sus propios deseos. Papá no era otra cosa que un egoísta.

Cathy se arrancó el vestido y lo arrojó al suelo, pisoteándolo con ensañamiento al estirarse en busca de sus pantalones y su camisa a cuadros desteñidos. Había sido una estúpida al probarse el vestido. ¿A quién trataba de impresionar? ¿A la futura esposa de su padre? Cathy estuvo a punto

de soltar una carcajada ante la idea. La futura esposa de su padre: una muchacha cuatro años menor que ella misma y, por lo que papá decía, toda una encumbrada señorita de la alta sociedad del Sur. Cathy habría querido darse de puntapiés en el trasero por ser tan tonta, pues a diferencia de la mayoría, era franca consigo misma. Y en verdad había tratado de impresionar a Storm Lesconflair, la muchacha a la que ni siquiera conocía. El solo intentarlo estaba mal. Ella sólo podía ser lo que era, y lo era con sus gastados pantalones de montar y las camisas que desechaba su hermano. Cathy se vistió apresuradamente con su atavío de costumbre. Si a la novia no le gustaba, que se fuera al demonio.

Estaba convencida de que su padre había perdido el tino con esa idea de casarse con una jovencita menor que su propia hija, pero ni ella ni Joe Jack habían podido hacerle entender razones. Cuando Gabriel North se empecinaba en algo, se aferraba a eso como un perro viejo al hueso.

-Storm Lesconflair es una dama -había dicho-. Una verdadera belleza sureña. Ella dará distinción a esta casa, el toque de mujer que le falta.

-Yo soy mujer, papá -apuntó Cathy, ofendida y a la defensiva.

-¡Ja! -resopló Gabriel-. A poco estuve de creerlo.

Cathy hizo una mueca agria al recordar esas palabras. Luego encendió uno de sus foros cigarros y bajó sigilosamente la escalera para salir por la puerta principal. Joe Jack estaba de pie en la galería. Se volvió al salir ella, frunciendo las cejas.

-¿No te dijo papá que te pusieras ese vestido?

Cathy levantó la cabeza en ademán desafiante, con el cigarro bamboleándose en la comisura de la boca.

-Eso dijo. Y yo no me lo puse.

-No le va a gustar, Cath. -El hermano sonrió.- Ya sabes lo empecinado que está el viejo en impresionar a su novia.

-Hum. -Los labios de Cathy se curvaron en la familiar mueca burlona. -Podrían ser padre e hija. ¡Pero si ella es más joven que tú y que yo! ¿Qué puede buscar una niña así con un viejo como el nuestro?

-Dinero. -La voz de Joe Jack sonó dura.

-¿Eso crees? Papá dice que la familia de la novia tiene una de las mejores plantaciones de Nueva Orleáns.

-Eso no quita que pueda estar hipotecada hasta el último rincón. Ya conoces a papá. Puede haber mentido. O quizá la muchacha es tan fea que nadie la quiso, pero en ese caso no sé por qué la eligió él. El viejo nunca ha rondado una falda que no tuviera una cara bonita como complemento.

-Tú tampoco -señaló Cathy, brusca, pues empezaba a ponerse muy nerviosa.

-En verdad, mujer, si no endulzas un poco esa lengua acabarás convertida en una solterona avinagrada.

Cathy se mordió los labios y le volvió la espalda, herida. El hermano sabía que su punto débil era la soltería y no perdía la oportunidad de recordárselo. Arrojó el cigarro al suelo, aplastándolo deliberadamente con la puntera de su bota. Joe Jack, haciendo centellear los blancos dientes, se rió de su repentina consternación.

Cualquier desconocido habría adivinado que eran hermanos. Joe Jack tenía, como ella, el pelo rubio, los ojos pardos y la boca generosa; pero las mismas facciones que en Cathy eran casi feas daban al joven cierta reciedumbre, una expresión astuta, aunque bastante atractiva. Cathy, en sus momentos de rencor, solía compararlo con una comadreja. Joe Jack siempre se reía también de eso, asegurando que había incursionado en varios gallineros a espaldas de sus propietarios. Como respuesta, ella resoplaba de disgusto. Sabía a qué tipo de gallinas se refería su hermano: esas no ponían huevos, por cierto. Lo asombroso era que no hubiera sembrado medio estado de Texas de vástagos ilegítimos.

Sin embargo, Joe Jack sabía cuidarse y en esa oportunidad también lo hizo. No convenía irritar a Cathy. Tal vez más adelante necesitara de su ayuda.

-Anda, hermana, lo siento. -Extendió las manos en un gesto conciliador, exhibiendo la sonrisa que tantos corazones derretía.

Ella no se dejó engañar.

-¡¿Qué? ¿Quieres repetir eso, por favor? Creo que tengo algo en el oído. Me pareció oír que te disculpabas.

-Oh, Cathy, vamos. Ahora que papá vuelve a casarse, tú y yo tenemos que estar unidos. Ese viejo es muy capaz de legar Tierra Rosa a su nueva mujer y a sus hijos, si llega a tenerlos.

Rara vez Cathy estaba de acuerdo con su hermano, pero en esa oportunidad le dio la razón. Oh, sabía que Joe Jack era capaz de robarle su herencia sin pensarlo dos veces, pero ella tenía sentido común; sabía que era capaz de manejarlo y que necesitaría de su astucia para impedir que la nueva esposa se apoderara de todo. Asintió con la cabeza.

-De acuerdo. Declaremos una tregua.

Joe Jack volvió a sonreír.

-Siempre dije que la sangre llama.

-Pero que no se te metan ideas raras en la cabeza, hermano -le espetó ella.

El pasó la advertencia por alto.

-¿Qué demonios demora tanto a papá? Ya deberían estar aquí. Entornó los ojos contra el fulgor del sol, buscando alguna señal de su padre a la distancia. La muchacha volvió a suspirar.

-Si no llegan jamás, no los echaré de menos.

-Oye, Petey, ¿ves algo? -preguntó Joe Jack al vigía apostado sobre el alto arco de entrada, en la cerca de palos blanqueados que rodeaba los terrenos de la casa.

-No, todavía no, Joe... Espera un minuto. ¡Espera un minuto! ¡Allí viene el patrón! ¡Allí viene el patrón! Pero algo le ha pasado. ¡Viene como si lo persiguiera una jauría de indios! -aulló Petey.

Joe Jack y Cathy se adelantaron para mirar mejor, pero no vieron sino la nube de polvo que levantaba el caballo de Gabriel.

-¡Toca la campana, Cath! -ordenó Joe Jack, súbitamente rápido y alerta-. El polvo no es tanto como para que sean indios, pero el viejo ha de estar furioso para exigir a Buck de ese modo.

La muchacha se escabulló hasta el extremo del corredor delantero y, con un cilindro de metal macizo, golpeó el triángulo de hierro que allí pendía. Lo hizo resonar varias veces y corrió a reunirse con su hermano.

-¿Qué habrá pasado? -se preguntó en voz alta.

-No sé. -Joe Jack volvió a entornar los ojos para protegerlos del sol. Pero no veo a Hilton con la calesa. ¡Tal vez le dieron un plantón! -Y se echó a reír.

Sin embargo, no reía minutos después, cuando Gabriel entró como una tempestad, gritando órdenes furiosas a los peones del rancho, que habían respondido a la convocatoria del triángulo.

-¡Asaltaron la diligencia! -Gabriel tiró violentamente de las riendas-. ¡Montad todos, hombres! ¡Se han llevado a Storm!

Luego espoleó cruelmente los flancos espumantes del animal y partió al galope.

-¡Cristo! -susurró Joe Jack-. ¡La chica debe de ser algo grande si papá corre así tras los forajidos! -y corrió en busca de su caballo.

Poco después no quedaba un alma en la casa, exceptuando a Cathy y unos pocos sirvientes. Después de presenciar la partida de su hermano tras el padre, entró con una expresión horrorizada en el dorado semblante. Ella no quería tener allí a la novia de papá, pero tampoco le deseaba nada malo. Estremecida, apartó de su mente las sombrías imágenes de lo que esos hombres eran capaces de hacer con una muchacha. En ese momento no le habría gustado estar en el lugar de Storm Lesconflair.

Storm, por su parte, habría querido estar en el lugar del último perro. Le dolía la espalda por la silla de montar. Sentía la cara en llamas por efectos del Sol. Sospechaba que tenía los pechos azules y morados por los ladinos pellizcos que Billy les había aplicado en la implacable cabalgata. Habría vendido el alma por un sombrero y un trago de agua fresca. El polvo que levantaban los cascos de los caballos le había dejado la garganta dolorida y reseca; los ojo lagrimeaban sin cesar. ¡Todo eso no podía ser realidad! Tarde o temprano despertaría sana y salva, en su cama de Belle Rive, ante el insistente llamado de Mammy; entonces descubriría que todo eso era sólo una horrible pesadilla; la epidemia de fiebre amarilla, la muerte de sus padres, la pérdida de su hogar, el dolor y la desilusión sufridos en Vaillance, al saber de la perfidia de su tío, la propuesta de Gabriel North; la traición de André-Louis; el polvo, el calor, su frenético intento de huir de los forajidos; el pecho amplio y consolador de Mammy, manchado de sangre. Y ahora, esto. ¡Esto!

Oh, claro que no podía ser verdad. Storm ya había soportado demasiado. No podía tolerar más. Era mucho pedir de ella, demasiado pedir. Aturdida, paralizada de espanto y pena, echó la cabeza atrás, gimiendo. Quería morir. Habría sido cien veces preferible quedar tendida junto a la diligencia, con ojos cerrados para siempre, a soportar esta cabalgata torturante hacia... ¿Hacia dónde? ¿Al infierno?

Iban más y más lejos; la muchacha pensó que los caballos caerían muertos de puro agotamiento. Las bestias estaban cubiertas de espuma blanca y resoplaban en vez de respirar.

Por fin, cuando Storm ya creía no resistir más, se puso el sol. Los hombres aminoraron el paso, rodeando las colinas, a tropezones por un gastado sendero en la oscuridad, hasta detenerse por completo. La muchacha, sentada en el caballo de Billy con el brazo del joven criminal rodeándole la cintura, tardó en darse cuenta de lo que ocurría. Sólo notó que las terribles sacudidas habían cesado. Luther miró en derredor, con cautela. Luego emitió un silbido grave. Lejos, a la distancia, alguien repitió el sonido. Entonces las sacudidas volvieron a empezar.

Por fin Storm vio la tosca vivienda, con su única lámpara relumbrando apenas en la oscuridad. Se estremeció. ¿Qué sería de ella cuando entraran? No soportaba siquiera pensarlo.

-¿Sois vosotros, muchachos? -preguntó desde el umbral la áspera voz de una mujer.

-Sí, mamá -replicó Luther.

La mujer bajó la carabina que tenía en las manos. -¿Por qué os demorasteis?

-Tuvimos un pequeño problema, mamá -respondió Zeke, pues al parecer nadie lo hacía.

-¡Cállate, Zeke! -espetó Billy, nervioso, arrancando a Storm de la silla.

La empujó reciamente hacia la choza. Una vez adentro la muchacha pudo echar su primera mirada a mamá Barlow. La mujer era aun más terrorífica que sus hijos: tan ancha como alta, de escaso pelo gris. Sus ojos pequeños y malignos parecían penetrar hasta el alma. La cara gorda y arrugada estaba llena de cicatrices dejadas por la viruela. Las manos rollizas parecían de hombre, al igual que los fuertes músculos que se movían en sus brazos. Desde la comisura de los labios perversos, manchados de amarillo, goteaba una baba oscurecida por el tabaco. Escupió antes de hablar.

-¿Quién es esa, Billy?

El joven se removió, inquieto; frente a frente con su madre había perdido la bravuconería con que decidiera traer a la muchacha. -¡Te hice una pregunta, Billy!

-No sé cómo se llama, mamá. La saqué de la diligencia que asaltamos esta tarde.

-¿Ah, sí? ¿Eso hiciste? -La mujer imitó el tono gimoteante de su hijo. Luego volvió abruptamente a su voz ronca.- ¿Y en qué estabas pensando, pedazo de idiota? ¿Cuántas veces te lo he dicho? ¡Nada de testigos! Si te ven la cara, los matas. ¿Quieres ver tu cara en esos malditos carteles de "Buscado" que pegan por todas partes? ¿Eso es lo que quieres?

-Bueno... no, mamá.

-Maldito idiota. Si esta perra escapara podría dar a los Rangers una buena descripción de todos vosotros. El trabajo era muy fácil: vosotros, todos enmascarados; ellos, tan asustados que no recordarían lo visto. Como en las tabernas donde todo el mundo está demasiado borracho para recordar bien las caras. ¡Qué idiota eres, Billy!

Giró bruscamente y le dio un golpe resonante en la oreja. Billy cayó al suelo como un venado bajo el hacha.

Storm ahogó una exclamación.

-¿Y en qué pensabas tú, Luther? -Mamá se volvió fríamente hacia su hizo un gesto de miedo al verla acercarse.- ¿Cómo permitiste idiota, con su poco seso, trajera a la zorra? No se pudo evitar, mamá -tartamudeó Luther, apartándose un poco para quedar fuera del alcance de los puños maternos-. Pensé que debíamos irnos antes de que llegara la policía.

-Pensaste, pensaste -se burló mamá-. ¿Con qué, si no tienes nada en la cabeza? Ninguno de vosotros tiene sesos. ¿Cuántas veces os he dicho que no hay uno inteligente entre vosotros? ¡Aquí la única que piensa soy yo!

-Sí, mamá-dijeron al unísono los hermanos Barlow.

-Tú, niña -Mamá miraba a Storm con dureza.- Ven aquí.

Storm la miró estúpidamente. Su cerebro se negaba a captar la orden. En toda su vida nadie le había hablado así. Mamá gruñó, furiosa, y aferró a la el brazo para ponerla a la luz.

-¿Eres sorda? -preguntó, dándole una violenta sacudida.

-N...no. -Por fin Storm logró hablar, irguiéndose con algo de dignidad, para que esa vieja bruja no viera su desesperado miedo.

Ma gruñó:

-¿Cómo te llamas, niña?

-Storm. Storm Lesconflair.

La vieja le pellizcó el brazo con crueldad.

-No tienes mucha carne en esos huesos, niña. Sin embargo, supongo que un poco más limpia no serías tan fea.

"¡Tan fea!" ¡A la bella de Nueva Orleáns! Eso fue demasiado para los nervios de Storm. Se echó a reír y rió histéricamente hasta que mamá Barlow le aplicó una sonora bofetada. La nariz de Storm manó sangre. Billy le entregó Un pañuelo mugriento.

-Límpiate la nariz, muchacha, y no des más problemas. -Se volvió hacia su madre. -La quiero, mamá. Nunca he tenido una mujer como ella. ¡Es de alcurnia, una dama! iSi la hubieras visto cuando la sacamos de la diligencia, toda emperifollada y con tan rico olor!

Mamá volvió a gruñir, pensando furiosamente. Habría preferido que sus hijos no tuvieran mujeres, aunque sabía que con frecuencia se iban con las rameras en sórdidas tabernas. Sabía también que su actitud había llevado a Elijah a detestar anormalmente a todas las mujeres, salvo a ella, pero se negaba a admitirlo aun ante sí misma. Pero el incidente de esa noche... ¡Caramba, era abierta rebelión! Y mamá no podía permitir eso. Estaba envejeciendo. Los muchachos podían volverse contra ella y entonces no podría manejarlos.

Por un momento pensó retener a Storm para pedir rescate. Billy había dicho que la muchacha era de alcurnia; por cierto, ese vestido no era de ramera. Pero desechó la idea, tan

abruptamente como se le había ocurrido. Así era como caían los tontos; mamá Barlow no había organizado a sus hijos en una banda implacable sólo para que los atraparan. Llevaba cuarenta años como cerebro de las operaciones. Llevaba cuarenta años burlando a los policías más astutos de la región.

Tomó una decisión. Dejaría que Billy se quedara con la muchacha. Si cedía ante sus hijos en cosas pequeñas podría salirse con la suya en lo que realmente importaba.

-Está bien, Billy. Pero te la llevas a la ciudad. Aquí no la quiero. Y en el nombre de Dios, mantenla fuera de la vista. Y no abras la boca sobre lo que pasó hoy.

Billy soltó un inmenso suspiro de alivio. Salió a la noche, arrastrando a Storm, feliz de escapar a la mirada penetrante y la lengua afilada de mamá, por no mencionar sus carnosos puños.

-Seguidlos, muchachos -dijo mamá a sus otros hijos, cuando Billy hubo salido-. Cuando él acabe con la zorra, la matáis.

-No te preocupes, mamá. -Elijah sonrió malignamente. -Yo me encargo de esa maldita ramera.

-Pero que no os ataque la manía de disparar en la ciudad -advirtió ella-. Cuando se mata mucho, la banda se hace mala fama. Luther, tú y Zeke dejad aquí el resto del dinero antes de salir. Supongo que ya habéis tomado algo para vuestros gastos.

Ellos movieron los pies contra el suelo, acobardados. Mamá respiró con fuerza, otra vez algo asustada. En otros tiempos ellos no se habrían atrevido a tocar un centavo. Luego sonrió.

-No importa, hijos. Aunque sabéis que siempre os he cuidado bien, ¿no?

-Sí, mamá -dijeron ellos.

-Bueno, no lo olvidéis. Y que no se os ocurran ideas raras. -Los miró severamente una vez más.

-No, mamá -murmuraron ellos.

Eso la dejó muy poco satisfecha. Cuando sus hijos salieron, se dejó caer en una silla, quejosa. Esos extraños dolores de pecho habían vuelto a empezar.

Storm no creía haber visto nunca un agujero tan mugriento como la pequeña población a la que Billy la llevó. Se llamaba Gorda Vaca y era apenas una fila de casuchas sucias, refugio de criminales. Casi todos sus habitantes tenían precio puesto a sus cabezas. Ningún policía que apreciara el pellejo se atrevía a aventurarse en ella. El último valiente que lo intentó fue prontamente colgado de un árbol. A los desconocidos se los solía matar a primera vista, sin que nadie hiciera preguntas. Los habitantes mantenían la boca cerrada; los forajidos que usaban la población como escondrijo hacían otro tanto. La muchacha comprendió que no recibiría ayuda de nadie, si alguien la veía por casualidad, y la chispa de esperanza murió en su pecho antes de haber podido alzar llama.

-Ven, pequeña. -Billy la bajó de la montura; en ausencia de su madre había vuelto a ser una persona risueña.- ¡Hurra, cómo nos vamos a divertir esta noche!

Storm se estremeció. No lograba entender de dónde sacaba el muchacho energías siquiera para pensar. Ella estaba a punto de caer de puro cansancio; en el fondo sabía que no estaba en condiciones de resistirse a ese joven criminal. El iba a violarla sin que ella pudiera impedirlo. La llevó a la rastra al interior de la taberna, sin que ella protestara. El muchacho, en su ansiedad, desoía las órdenes de mamá.

Cuando las puertas se cerraron detrás de Storm y Billy, la taberna estallaba de carcajadas y ruido. Un pianista tocaba con aire indiferente en un rincón de la sala, sin fallar una nota, ajeno a las riñas que a veces iniciaban algunos parroquianos. Mujeres pintadas hacían mohínes, riendo como niñitas al pedir a los hombres que les pagaran una copa. Storm vio a algunas que subían una escalera desvencijada, llevando a remolque a sus ebrios clientes. Sus ojos se demoraron en el sucio pasillo de la planta alta. Allí la llevaría Billy. Y con el bullicio reinante en la taberna no habría quien la oyera si gritaba... o quien se preocupara si la oía.

Billy la condujo hacia el mostrador.

-Lo que necesitas es una bien fuerte -dijo.

Storm hizo un gesto de terror. Mamá Barlow ya le había dado una bien fuerte. De eso era testigo su cara hinchada. Instintivamente se llevó la mano a la mejilla. Billy vio el ademán y comprendió.

-No, no me refería a eso. Mamá tiene un derechazo poderoso, ¿no? -observó, palpándose medrosamente la oreja, que le palpitaba-. Decía que necesitas una copa de algo bien fuerte.

La muchacha suspiró con alivio. ¡Cuanto menos, él no pensaba golpearla! Era algo que agradecer.

-Una botella de whisky y dos vasos -bramó Billy, golpeando el mostrador con una mano. Luego giró en redondo para estudiar el salón, con una sonrisa de puro deleite. -No hay prisa -dijo a Storm-. Disponemos de toda la noche. La recorrió con una mirada lujuriosa. -Sí, señora, toda la noche. Te sentirás mejor con un poco de whisky en la barriga.

Storm tomó el vaso que él le entregaba. En su casa papá le había permitido tomar bebidas alcohólicas de vez en cuando, al igual que tío Pierre, pero sólo ocasionalmente y apenas unos sorbos. En esa oportunidad levantó el vaso y tragó el ambarino liquido de una sola vez. Inmediatamente se ahogó, hizo una arcada y sintió el escozor de las lágrimas en los ojos. Billy le dio fuertes palmadas en la espalda.

-Epa, muchacha, ¡una dama no bebe así! No tienes cabeza para aguantar esto. -Frunció el entrecejo.- Y no quiero que te emborraches, ¿me entiendes?

La muchacha asintió, fatigada. No quería que ella se emborrachara, claro. Quería que se resistiera; probablemente disfrutaría con eso, riéndose de sus ruegos.

"Me voy a emborrachar", pensó. "Me emborracharé a tal punto que ya no importará. Nada importará. Tal vez ni siquiera guarde memoria de este horrendo forajido y sus manos mugrientas. Después me las compondré para robarle el revólver y lo mataré. Y finalmente me suicidaré", decidió fríamente, con calma. Hacía siglos que no se sentía tan bien.

Tomó otro gran trago del vaso que él había vuelto a llenar y tosió otra vez. Billy le quitó la bebida.

-¿No me has oído? -preguntó, impaciente.

-Lo... Lo siento -logró pronunciar la joven- Es que... tengo tanta sed...

De inmediato se mordió la lengua por haber pedido disculpas al criminal. Aun así, él ablandó su expresión y pidió al tabernero un vaso de té, de los que servía a las muchachas del salón (cuando ellas lo pedían) para impedir que se embriagaran tanto como sus clientes. A pesar de sí misma, Storm recibió con gratitud la bebida fresca y la bebió a grandes tragos; era como si su garganta reseca no tuviera nunca lo suficiente. Billy le hizo servir un poco más y se acercó a una mesa donde estaban jugando al póquer.

-¿Puedo jugar? -preguntó, deseoso de utilizar parte de su botín e igualmente deseoso de ganar un poco más de dinero.

Todos los de la mesa lo miraron sin interés, diciendo que podía. Billy apartó una silla y se sentó, cuidando de mantener a Storm muy junto a él, para que los otros no creyeran que la había llevado para espiar las cartas ajenas. Además, no quería que ella escapara, aunque parecía mantenerse en pie a duras penas.

Fue entonces cuando reparó en el hombre sentado frente a él y maldijo mil veces su suerte. ¡Mierda! ¡El Lobo en persona! El joven forajido gimió por lo bajo, arrepentido de haberse sentado a jugar. Mamá tenía razón al tildarlo de idiota. El Lobo era uno de los hombres más peligrosos de Texas, probablemente de todo el Oeste, incluido México. Un pistolero, a veces cazador de recompensas, capaz de caminar por ambas márgenes de la ley como se le antojara. El Lobo desenfundaba como un relámpago lubricaba y, por añadidura, tenía una puntería endemoniada. Billy no tenía ningún deseo de jugar a las cartas con él, pero ya era demasiado tarde. Si abandonaba la mesa quedaría como un cobarde, y esa reputación no haría ningún bien a la banda de los Barlow: ¡todos los policías de la región irían pisándoles los talones! Con una calma que no sentía, Billy sonrió a todos los presentes y arrojó su apuesta.

Storm se dejó caer al suelo, a su lado, con las manos enroscadas a las patas de la silla; de inmediato cayó en un sueño inquieto. No reparó en los otros hermanos Barlow, que entraban discretamente y ocupaban una mesa al otro lado del salón. Sólo se alegraba de esa pequeña postergación. Sabía cómo eran los hombres cuando apostaban: en su afán de ganar se olvidaban del tiempo y de todo lo demás. Antes de cerrar los ojos, Storm rogó que ocurriera eso con Billy; que se olvidara de ella por un ratito, tan sólo.

La noche pasaba lentamente y Billy seguía jugando. Era un excelente jugador; uno a uno, los otros participantes se fueron retirando, maldiciendo su mala suerte y los fondos perdidos. Pronto sólo quedaron Billy y el pistolero Lobo. El joven forajido cambió de posición en la silla dura, tratando de hallar una posición más cómoda. El movimiento hizo que Storm despertara con un respingo. Por un momento no pudo recordar dónde estaba; luego recordó demasiado de súbito. Levantó la vista hacia la mesa. Por lo que podía ver, en esa mano se jugaba una suma enorme. Con un vuelco en el corazón, cayó en la cuenta de que era la última mano, pues Billy estaba empujando hacia adelante el resto de su efectivo. Las primeras vetas rosadas de la aurora se filtraban ya por el cielo. Storm no pudo creer que hubiera dormido toda la noche apoyada en una vieja silla de madera, pero agradeció a Dios que así fuera. Gracias a Dios, Billy no la había forzado... todavía.

-Respaldo esa apuesta y pongo mil más -dijo suavemente el hombre sentado frente a Billy.

El joven delincuente miró al Lobo con agudo horror. ¡No era justo, no era justo! ¿No sabía ese hombre que ya no le quedaba dinero? Oh, no poder usar sus cartas por falta de fondos... Tenía una flor. Se mordió el labio, muy pensativo.

-Temo... temo no tener fondos. -Sonrió, abatido.- Pero tengo este reloj de oro. -Billy ofrecía el objeto robado a un difunto.

El Lobo echó una mirada de acero a la ofrenda sin mayor interés.

-Ya tengo reloj -pronunció-, y ese no vale mil dólares. Juega o paga. -Sus dedos fuertes y

delgados empezaron a recoger el dinero puesto en la mesa.

-Espera, ¡espera! -exclamó Billy, poniendo una mano en el brazo del hombre.

El mortífero destello en los ojos del pistolero hizo que retirara los dedos de inmediato.

-¿Y bien? -el Lobo enarcó una ceja, sereno, a la expectativa.

-Tengo... tengo esta muchacha. -Billy alargó la mano para tirar de Storm hacia arriba, poniéndola a la luz.- Está un poco sucia y todo eso, pero cuando se acicala es muy bonita. Gente de calidad, además. Tiene que valer mil dólares. ¡Caramba, si se paga eso por un buen negro!

Storm ahogó un grito, indignada al ver que se regateaba por ella como por una esclava. ¡Una vez más la apostaban al caer de un naipe! Los fríos ojos del pistolero la observaron con grosería, insultantes. De pronto ella cobró conciencia de lo horrible que debía de ser su aspecto, con el vestido desgarrado y mugriento, el pelo negro enredado y suelto, la cara quemada por el sol y la hinchazón provocada por el tremendo golpe de mamá Barlow. Los ojos se le llenaron de lágrimas. ¡Era demasiado!

-No -susurró, con voz quebrada.

En el duro semblante del hombre, el suave llanto de la joven agitó algo. Storm descubrió que lo estaba mirando de verdad por primera vez.

Vestía completamente de negro y plateado. Calzaba botas negras, con relucientes espuelas de plata. Los negros pantalones de montar se ajustaban a su cintura merced a un cinturón de cuero, del mismo color, adornado con una compleja hebilla de plata tallada y una vaina, en la que chispeaba perversamente un cuchillo de plata. La camisa de seda negra, con botones de ébano perlado circundados de metal plateado, se abría parcialmente, descubriendo el felpudo oscuro de vello que cubría el pecho amplio. Un pañuelo negro le rodeaba flojamente el cuello; usaba encasquetado hasta los ojos el sombrero negro de ala recta. Llevaba la pistolera en la parte de la cadera, cargando dos relucientes pistolas de caño negro con culatas de nogal. Ambos revólveres tenían elaboradas incrustaciones de plata y, grabadas en los cilindros, imágenes de combates indios.

Cuando se desperezó apenas en la silla, Storm cobró conciencia de su gran estatura, de los músculos que se tensaban en brazos y muslos como sinuosos cordeles, dándole la sugestiva apariencia de una pantera negra al acecho. Casi se podía sentir la violencia física enroscada en ese hombre, como una mortífera serpiente.

Su semblante cobrizo era duro, impasible, como cincelado en piedra. Tenía la nariz recta, orgullosa y dilatada; los pómulos eran altos sobre mejillas planas y enjutas. La boca burlona y disoluta ofrecía a un tiempo una advertencia... y una promesa. La proyección de su mandíbula expresaba seguridad en sí mismo. La melena de ébano lustroso, mal cortado y rebelde, parecía haber sido azotada libremente por un viento feroz. Le caía por debajo de los hombros; las puntas parecían haber sido cortadas a cuchillo... tal como podía hacerlo un salvaje.

Lo que no entiendo es para qué necesitan más pelo. A algunos les llega hasta por debajo de la cintura." La muchacha recordó con un estremecimiento las palabras de la señora Thatcher. Tal vez el pistolero fuera uno de esos. Un indio adaptado a la civilización... y no tanto como Storm había sido inducida a creer, a juzgar por su aspecto.

Con un estremecimiento de miedo, vio que él continuaba mirándola atentamente por debajo del ala del sombrero. *Jesús*!, ¡qué ojos! Ella nunca los había visto parecidos. Se hundían profundamente bajo las cejas negras y densas, rodeados de densas pestañas oscuras, magnéticos y penetrantes, con el azul medianoche más extraño que la muchacha viera nunca. Y eran implacables, duros como clavos.

Storm tembló al notar que la recorrían, la violaban y la encontraban insatisfactoria.

El pistolero chupó lentamente el fino cigarro negro que tenía apretado entre los dientes; luego se volvió hacia Billy y dijo, con engañoso tono de seda:

-¿Por qué crees que voy a aceptar tus sobras?

La cara joven de Billy se encendió de rápido enojo. Llevó la mano al revólver, pero se detuvo en el aire, imponiendo la cautela a sus agitadas emociones. El no era tan rápido ni tan tonto como para liarse con El Lobo. Trató de volver a sonreír.

-No la he tocado. No tuve tiempo. -Hizo un mohín y su cara volvió a iluminarse.- Eso sí, me muero de ganas. ¡Es una dama!

El Lobo echó otra mirada a Storm. Pese al miedo escalofriante que sentía, por la espalda de la muchacha corrió un extraño cosquilleo de fascinación y nerviosismo.

-¿Es cierto... que no te ha tocado? -preguntó el pistolero.

Storm asintió mudamente, sin saber que con eso cambiaba el curso de su vida.

-Está bien -dijo el Lobo al joven forajido-. Acepto a la... dama... en reemplazo de dinero.

Billy gritó de júbilo, seguro de que había ganado la partida. Exhibió su flor con seguridad y quiso retirar el dinero de la mesa. El pistolero lo detuvo lenta y deliberadamente.

-¿No quieres ver mis cartas? -preguntó, baja la voz.

Las mostró sin esperar respuesta. Billy ahogó una exclamación que se convirtió en gruñido.

Allí, en la madera quemada y marcada a cuchillo de la mesa, había cinco espadas negras: una escalera real. El Lobo sonrió burlonamente mientras plegaba los billetes para guardarlos con cuidado, sereno. Storm, empero, no captó el significado exacto de todo eso hasta que él la asió del brazo. El contacto la sacudió como un relámpago. Levantó la vista hacia esos fríos ojos azules y comprendió que ahora era de él.

Fue entonces cuando Elijah Barlow, aún sentado al otro lado de la habitación, se levantó de un salto, tumbando la silla en su prisa, y gritó:

-¡Billy, pedazo de idiota!

Un momento después Storm oyó una terrorífica explosión y sintió un dolor quemante en el brazo. Se quedó mirando sin comprender la sangre que goteaba de la herida, manchándole el vestido. El pistolero la empujó rudamente hacia el mostrador y se puso frente a ella. Tenía las dos pistolas relucientes en las manos, fuertes y seguras; uno de los dos cañones humeaba todavía. ¡Santa María! ¿De dónde había sacado esos revólveres con tanta celeridad? Elijah Barlow estaba despatarrado en el suelo, tan feo y malo en la vida como en la muerte. Los disparos habían sido dos, casi simultáneos.

-¿Cuál de vosotros quiere acompañar a vuestro hermano, muchachos? -preguntó el Lobo, burlón, en el silencio mortal que había caído en la habitación.

Luther y Zeke desenfundaron deprisa, murmurando y maldiciendo por lo bajo, mientras Billy se apartaba lentamente de la mesa, que se había volcado en la reyerta. No estaba dispuesto a que lo mataran por una mujer. Pero se las vería negras cuando mamá descubriera sus andanzas de esa noche.

-Guardad las armas, Zeke, Billy --ordenó Luther, renuente, mientras volvía a enfundar cuidadosamente la suya, para demostrar al Lobo que no planeaba utilizarla-. No queremos más problemas -aseguró precipitadamente al pistolero-. Recogeremos el cadáver de Lij y nos iremos tranquilamente. Vaya usted; llévese a la muchacha. Se la ha ganado en buena ley.

-Me llevo también el cadáver de tu hermano -anunció secamente el Lobo-. Creo que ofrecen una recompensa por él... vivo o muerto.

-Pero... pero... -tartamudeó Zeke.

-Déjalo, hombre. -Luther ya marchaba hacia la puerta, nervioso y arrastrando los pies-. Está muerto, ¿no? Ya no podemos hacer nada por él.

Los tres hermanos restantes se fueron. El pistolero se volvió hacia Storm y le desgarró la manga del vestido, dejando al descubierto la pequeña herida abierta en el brazo. Ella hizo un gesto de miedo ante el movimiento súbito y trató de apartarse, interpretando mal sus intenciones; por fin él le lanzó una maldición por lo bajo y pidió una botella de mescal. Después de arrancar el corcho con los dientes, le vertió el fiero liquido en la carne sangrante. La muchacha ahogó un grito al sentir el escozor del alcohol en la herida y levantó la vista con asombro. El hombre se quitó el pañuelo negro del cuello y le vendó el brazo dolorido.

Luego se acercó a la mesa para recoger el poncho que había dejado en el respaldo de la silla y se lo puso. También era negro. Por adelante y en la espalda se veía la cabeza de un lobo plateado, mostrando los dientes. El ruedo tenía largos flecos de color gris plateado. El Lobo se volvió nuevamente hacia Storm, la contempló con expresión divertida en los gélidos ojos azules y, después de dedicarle una sonrisa irónica, meneó la cabeza, emitiendo un suave chasquido de lamentación por la comisura de la boca. Por fin, sin volverse a mirarla, se cargó al hombro la considerable mole de Elijah Barlow y, entre el repiquetear de sus espuelas, se dirigió sin palabras hacia la puerta.

Storm lo siguió con la vista: tan sereno, tan dominado... Y de pronto, irracionalmente, la joven que había sido la bella de Nueva Orleáns sintió un ardiente destello de orgullo ofendido. ¡El hombre la dejaba! ¡Ni siquiera tenía interés en ella! Después de todo el dolor, la degradación y las humillaciones que la habían hecho sufrir, ese pistolero desdeñoso no se dignaba siquiera mirarla. Ningún hombre había tratado así a Storm Aimée Lesconflair. Apretó los dientes y, con la cabeza en alto, paseó una mirada furiosa por el salón. Súbitamente desapareció su cansancio. Aunque tenía un miedo desesperado, las miradas curiosas, lascivas y algo hostiles de los parroquianos, así como las risitas apagadas y burlonas de algunas mujeres pintarrajeadas, hicieron que la muchacha enderezara la espalda, llena de firmeza. No se dejaría abandonar en ese sitio horrible, a merced de esos asesinos. Entornó los ojos grises, que brillaban como acero en el salón, cada vez más iluminado por el día. Sus labios se curvaron en una línea adusta; no era el mohín de la niña malcriada, sino un gesto nuevo, mortífero, que centelleaba como los diamantes y era igualmente duro.

"Mis padres han muerto", pensó; "he perdido para siempre a Belle Rive. André-Louis aprecia su apellido y el dinero de Clarisse Martinique más que a mí. No puedo volver a Nueva Orleáns. Los Beauvallet se sentirían obligados a enviarme de nuevo a Texas, para cumplir con ese horrendo ranchero. No, no tengo en el mundo adónde ir, como no sea a casa de Gabriel North. ¡Gabriel North! El es el único culpable de todo esto. Si no fuera por él, a estas horas me habría casado con André, Mammy estaría viva y yo no me encontraría en este agujero mugriento.

¡*Sacrebleu*! Ni siquiera sé dónde estoy. ¡Lo odio! Odio a Gabriel North, el *taureau*, el *canaille*. Jamás voy a someterme a él. Alguien encontrará la diligencia. Allí están mis baúles. Cuanto menos, sabrán que yo viajaba en ella. Supondrán que fui raptada y violada, que probablemente me mataron después. Se lo dirán a Gabriel North. El no podrá culpar de eso a los Beauvallet. Vaillance quedará a salvo y el nombre de Beauvallet no caerá en desgracia. Gabriel North me creerá muerta y me veré libre de él para siempre. No me ama. Probablemente no se molestará siquiera en buscarme si no encuentran mi cadáver. ¡No, no iré a él, cerdo vil! ¡Nunca jamás me dejaré usar por ningún hombre, sea mi tío, André-Louis o Gabriel North! Prefiero morir... que es, con toda seguridad, lo que pasará si no salgo de este lugar terrible... cuanto antes. ¡*Mon Dieu!* ¡Y no tengo un centavo! ¿Qué voy a hacer, qué voy a hacer?

"Me llevaré también el cadáver de tu hermano. Creo que hay una recompensa por él, vivo o muerto."

"Aquí sobran las oportunidades... para quienes no tienen miedo de aprovecharlas."

"Me llevaré también el cadáver de tu hermano. Creo que hay una recompensa por él, vivo o muerto."

"Aquí sobran las oportunidades... para quienes no tienen miedo de aprovecharlas."

Apresuradamente, sin darse tiempo a cambiar de idea, Storm salió a la carrera, deteniéndose sólo para apartar de una palmada la mano de un borracho lascivo, que se arrojó deliberadamente hacia ella. Ya afuera vio que el pistolero había atado el cadáver de Elijah a lomo de un caballo de carga y estaba montando en un enorme potro overo. El corazón le palpitaba frenéticamente en el pecho al pensar en lo que estaba por hacer, pero no le quedaba otra alternativa. Debía elegir entre ese hombre o la chusma reunida dentro de la taberna. Cuanto menos, el pistolero era limpio.

-Eh, usted... -Plantó las manos en las caderas y separó los pies, imitando la pose que había visto adoptar a sus pretendientes cuando buscaban reyerta.

El Lobo echó un vistazo por la calle; luego bajó la vista hacia ella como si fuera sólo una mosca fastidiosa.

-¿A mí me habla... señora?

Storm aspiró profundamente, sintiendo que el torrente de coraje se le escapaba bajo la inspección de esos ojos azul medianoche.

Luego pensó: "Ayer sobreviví al asalto de la diligencia, la muerte de Mammy y esos sucios forajidos, que iban a violarme y asesinarme, sin duda alguna. ¡Debo de ser capaz de esto!" Y prosiguió, temeraria.

-Le oí... le oí decir que hay una recompensa por ese hombre. -Señaló al difunto Elijah, cuya cabeza se bamboleaba junto al flanco del caballo de carga.

-Sí, ¿y qué?.

-Reclamo la mitad de ese dinero -le dijo Storm, desafiante-. Al fin y al cabo, ese hombre no habría estado en la taberna a no ser por mí.

El Lobo la miró fijamente, como si no pudiera creer a sus oídos. ¡Cielos! Esa buscona, sacada por Billy Barlow de quién sabía dónde, le exigía la mitad de la recompensa. Miró al fondo de esos ojos grises y, por un momento, vio la desolada desesperación que acechaba tras la fachada de audacia. En las gruesas pestañas negras temblaban las lágrimas. Ella las borró apresuradamente. El pistolero comprendió que la muchacha hubiera muerto antes que dejarle ver su horrible miedo. A su mente volvieron imágenes de otra cara, con ojos como esos: orgullosos, amargos, ojos que pedían, pero se negaban a suplicar. Pertenecían al niño que se había convertido en el hombre apodado Lobo.

Fue el hombre quien alargó la mano, pero lo hizo por el niño que había sido.

Storm estudió esa mano por largo rato. Era oscura, fuerte, pero también curiosamente suave, de dedos largos y esbeltos. Esa mano había sacado un revólver de su pistolera con tanta celeridad que ella ni siquiera la vio. Esa mano había matado a un hombre por ella. Esa mano le había limpiado la herida, vendándola con un pañuelo negro. ¿A qué clase de hombre pertenecía y por qué se alargaba hacia ella? La asió lentamente y sintió que se cerraba con firmeza alrededor de la suya, antes de izarla a la montura.

Momentos después volaba en el amanecer por la ruta polvorienta de Gorda Vaca, saboreando las lágrimas agridulces en sus labios. El pistolero la llevaba ceñida por la cintura y el cadáver de Elijah saltaba contra el caballo de carga, detrás de ellos. Pronto la ciudad desapareció y sólo quedó la aurora, la fresca brisa matinal que sacudía su negra cabellera suelta y el brazo del Lobo que la ceñía. Todo eso le decía que era libre.

¿Libre?

No: pertenecía ahora al moreno y salvaje pistolero. ¡Y no sabía siquiera su nombre!

LIBRO SEGUNDO

Un lobo salvaje

En la pradera texana, 1848

Se llamaba Rafael Bautista Delgados y Aguilar, pero no había alma viviente que lo supiera. Y había dejado muchos años antes de ser el niño al que perteneciera ese nombre. Los Ojos Blancos, texanos y mexicanos lo apodaban El Lobo y le temían. Los comanches lo llamaban Hermano-del-Lobo y lo amaban. El hombre, cuando pensaba en sí mismo, se consideraba guerrero comanche.

Pertenecía al tipo de hombre más peligroso: ese a quien no le importa vivir o morir. No siempre había sido así. En su secreto y misterioso pasado hubo un tiempo en el que conoció la risa; después vino la muerte, con sus helados dedos negros, para llevarse con mucha crueldad las cosas que el niño amaba. En los rincones más oscuros de su mente llevaba grabadas a fuego imágenes de muerte, muerte violenta, muerte dolorosa. Cada vez que la triste y lenta curación del tiempo se arrastraba por él, el pistolero se obligaba a recordar la muerte; entonces los destrozados recuerdos de su alma le endurecían el corazón y reforzaban su odio. En otros tiempos la muerte había ido en su busca. Ahora era él quien salía a buscarla.

De vez en cuando lo asolaban todavía imágenes dispersas del dulce niño que había sido, pero esas también eran, en su mayor parte, dolorosas.

Quedó huérfano a edad temprana y, tras la pérdida de sus padres, no volvió a la pequeña casa de adobe que había sido su hogar. Tampoco buscó la misión donde asistía a la escuela y que le hubiera ofrecido socorro y consuelo con sólo pedirlos. En cambio, el niño silencioso y devastado por el dolor, que estudiaba devotamente para dedicarse al sacerdocio, perdió la fe en su Dios y huyó.

Temeroso, tropezando a ciegas, sin esperanzas en las praderas texanas, dormía cuando tenía

deseos y se alimentaba de las raíces que arrancaba o de los pequeños animales que lograba matar con su única arma: un cuchillo de cazador. Luego fue hecho prisionero por una banda de indios comanches, conocidos como los Kwerharehnuh del Llano Estacado. Recordaba bien ese año, porque una gran lluvia de meteoros cayó del Cielo; a partir de entonces los indios denominaron a esa temporada "el Invierno en que Cayeron las Estrellas".

Por entonces había siete grandes bandas de Newmernuh (el pueblo, como se llamaban a sí mismos): los yamparikuh, los kutsuehka, los nawkoni, los tanima, los tenawa, los pehnaterkuh y los kwerharehnuh (también llamados kwahadi). Había también ocho o diez bandas menores, algunas de las cuales ya habían sido asimiladas por grupos más numerosos y fuertes. Ya en esa época otras habían desaparecido por completo de la tierra; otras, como los poboi, no eran sino shoshonis desplazados, primos de los comanches.

De todos ellos los kwerharehnuh, los que tomaron prisionero al niño, eran los más orgullosos, fieros y arrogantes de la tribu que reinaba suprema en el vasto territorio en forma de corazón, conocido como Comanchería. De ellos surgiría el último y poderoso jefe guerrero Kwanah, a quien los Ojos Blancos llamarían Quanah Parker; sería él quien condujera a los kwerharehnuh a su amargo y doloroso final contra sus enemigos, pues los kwerharehnuh se aferrarían a las antiguas costumbres y serían, entre los comanches, los últimos en rendirse.

¿Quién sabe por qué esa banda permitió que el niño siguiera con vida? Tal vez fue por su juventud o por lo oscuro de su piel cobriza y su pelo renegrido; tal vez por el gran coraje que demostró cuando lo llevaron a su campamento, en las alturas de Palo Duro y Tules, para matarlo. Allí lo golpearon cruelmente con garrotes, lo ataron a una estaca y lo azotaron sin misericordia; por fin lo rodearon de ramas secas a las que prendieron fuego, sin dejar de provocarlo salvajemente. En cada una de esas horribles torturas, el niño que había perdido la fe en su Dios no pronunció una palabra de protesta, no lanzó un grito de miedo; en verdad recibía de buen grado la muerte brutal que le ofrecían los comanches, pues lo confirmaba y fortalecía en su creencia de que Dios lo había abandonado. Sin embargo los kwerharehnuh, que respetaban profundamente el valor, quedaron impresionados por esa silenciosa y estoica aceptación del destino. Antes de que las llamas pudieran quemarlo vivo, lo desataron y lo aclamaron como a uno de ellos.

Por el rosario que el niño llevaba al cuello y que no se había decidido a quitarse, aun después de descartar a su Dios y su religión, los comanches lo llamaron Hisusanchis, el Pequeño Español, asociándolo con los Túnicas Negras, que llevaban esas cuentas en la mano. Junto con el nuevo nombre, también le dieron un nuevo credo: el Nermernuh, el pueblo.

Fue adoptado por Tabenanika, el *puhakut* de la banda, cuyo último hijo varón sobreviviente había muerto en un ataque. Era un hombre solemne y reflexivo, dotado de una gran penetración psicológica. Aunque de estatura mediana, el chaman aún lucía alto y majestuoso cuando se sentaba ante la fogata de su tipi, cruzado de piernas. Su piel roja relumbraba a la luz parpadeante. El humo de su awmawtawy se elevaba en pequeños remolinos grises durante su sobria contemplación del niño; sus ojos oscuros y penetrantes estudiaban al nuevo hijo con atención e interés. ¿Qué veía en el alma de Hisusanchis, tras los inescrutables ojos azul medianoche? ¿Un espíritu afín? ¿Alguien que también conocía el dolor y los sufrimientos, que ya había aprendido a odiar? Tal vez nadie lo sabría jamás. Sin embargo, Tabenanika habló por fin; su cuñado Masitawtawp, que entendía el idioma de los Ojos Blancos, actuó como intérprete.

-En otros tiempos los Nermernuk, el Pueblo, eran fuertes y numerosos -comenzó Tabenanika lentamente, al terminar su pipa-. Vagaban libremente por la Tierra, cazaban muchos búfalos, daban muchos golpes, mataban a muchos enemigos y arrancaban muchos cueros cabelludos. No había mayor gloria que la del Pueblo.

"Después llegaron a la Tierra hombres extraños: los Túnicas Negras, que llevaban cuentas en las manos y oraban a un dios raro, colgado de palos cruzados. Ellos querían que El Pueblo abandonara su propio dios para orar a ese Gran Espíritu Blanco. Construyeron albergues para su dios y excavaron la Tierra para sembrar maíz, asegurando que la Tierra les pertenecía. Pero El Pueblo sabía que la Tierra no es de hombre alguno. Los Túnicas Negras eran débiles y su dios no tenía medicina. Así que los echamos.

"Vinieron más extranjeros, cazadores que hablaban por la nariz, con palabras que resonaban como arroyos de montaña. Traían gigantescas garras de metal para atrapar animales pequeños y llevaban largas varas que hablaban fuego. Traían también muchos regalos: cuentas y cuchillos para El Pueblo, a cambio de pieles de búfalo. Pero El Pueblo no se dejó engañar. La medicina de los cazadores era mala. Los expulsamos también.

"Yo tenía tres hijos, tres bravos hijos varones, audaces guerreros y buenos cazadores. Yo estaba orgulloso de tener hijos como ellos. Pero entonces llegaron más extranjeros: los tabeboh, Ojos Blancos, con perros-dioses que tiraban de tipis sobre aros redondos y los llevaban por toda la Tierra. Con ellos vino una medicina muy mala: la Enfermedad de las Manchas. Mucha gente del Pueblo cayó enferma con esas llagas que no cicatrizaban. Pese a mis plegarias y a mi poder,

murieron muchos. Entonces sólo me quedaron dos hijos.

"El Pueblo echó a los tabweboh, tal como había echado a los otros, pero los Ojos Blancos no eran como los Túnicas Negras o los cazadores. Regresaron trayendo Soldados Azules. Construyeron muchos albergues rodeados de postes afilados. Excavaron la Tierra y ahuyentaron a los búfalos con sus varas de fuego. Dieron al Pueblo un agua que sabía a fuego; extraviaba el espíritu y enfermaba la barriga. Quisieron que El Pueblo hiciera marcas en trozos de papel. Muchos lo hicieron. Pero quienes hicieron esas marcas las hicieron sólo por sí, pues ningún hombre puede hablar por otro. Los tabeboh no comprendieron esto. Dijeron que los papeles habían sido rotos. Llevaron a sus perros-dioses a la batalla contra los del Pueblo y los mataron con sus varas de fuego. A partir de entonces me quedó un solo hijo.

"Vinieron aun más Ojos Blancos, los texanos, con más varas de fuego. Ahora no tengo ningún hijo varón. Te pido que seas mi hijo, Hisusanchis, que seas uno del Pueblo. Hay odio en tu corazón, lo veo. Y deseas morir, porque también hay dolor. Pero no es así como actúa un tehnap, un hombre. No es así como actúa El Pueblo. El Pueblo debe vivir y luchar por mantener libre a la Tierra y a su gente. ¿Lo harás, Hisusanchis, mi *tua*?

-Sí, lo haré -dijo el niño, que había escuchado y aprendido. Ese día dejó su pasado para convertirse en comanche.

Tabenanika era bondadoso con él, pero de un modo extraño. Puso a Hisusanchis a trabajar inmediatamente, percibiendo que el niño sufría aún de una enfermedad del espíritu y necesitaba mantenerse ocupado, para que se iniciara el tiempo purificador de la curación. Al principio sólo le asignó tareas nimias, las que habitualmente hacían las jovencitas y los esclavos. Como era nuevo en la banda, Hisusanchis no comprendió que debía rebelarse contra esos trabajos. Y acarreaba agua, recogía nueces y bayas o encendía fogatas tal como se le indicaba. Debido a esto era objeto de mucho desprecio y ridículo por parte de los indios, y también de la desesperación de su padre. Tabenanika esperaba que el niño protestara ante semejante trato y exigiera sus derechos de *tuibitsi*, hombre joven. Pero como Hisusanchis no lo hacía, su padre lo observaba en silencio, meneaba la cabeza tristemente y se retiraba sin decir nada a su hijo. El niño, sin quejarse, cumplía con sus deberes en silencio, incansable; demostraba a los otros su desprecio ignorándolos; sólo se dignaba hablar con los miembros de su familia, una vez que hubo dominado el idioma de los comanches. Orgullosos y estoicos, ellos nada le decían de su desilusión al verlo aceptar mansamente su suerte.

Su madre, la esposa principal de Tabenanika, Mujer del Fuerte Viento, estaba al principio demasiado hundida en su duelo como para prestar mucha atención a Hisusanchis. Al saber de la muerte de su hijo se cortó el pelo y se abrió tajos en la carne con un cuchillo. Apenas reparaba en el niño que su esposo había recogido para llenar el espacio vacío en la vida de ambos. Sin embargo, su hermana menor y segunda esposa de Tabenanika, La Que busca Sabiduría, a quien el niño también llamaba pia, madre, siguiendo la costumbre comanche, acabó por compadecerse de Hisusanchis y buscó preciosos momentos para pasar con él. Si él deseaba hacer trabajo de mujeres, ella se encargaría de que supiera hacerlos bien, cuanto menos.

Lo educó sobre las plantas y las hierbas que se podían encontrar en los bosques y las llanuras: cuáles eran comestibles y buenas para sazonar guisos espesos y fragantes, cuáles debían ser evitadas por venenosas. Le enseñó a cosechar patatas indias, cebollas silvestres, rábanos, girasoles y bulbos de sego; a buscar placamineros, moras, bayas de espino, ciruelas silvestres, uvas, grosellas negras, frutas de enebro, higos chumbos y suma; a recoger pecanas y, en tiempos difíciles, bellotas del roble de Mariland. Le mostró cómo se recogía miel silvestre para endulzar. A medida que el niño progresaba en sus estudios, ella le enseñó a cocinar, a curar carnes, a aplastar las tiras de charque para mezclarlas con maíz triturado (si lo había), bayas silvestres, cerezas, ciruelas, nueces, piñones y pecanas para hacer pemmicán y a preservar la mezcla con sebo y grasa de médula, a fin de guardarla sin que se echara a perder en muchos años. Lo instruyó sobre la curtiembre de cueros y cómo hacerlos flexibles, pero fuertes; cómo ahumarlos para que fueran impermeables; cómo cortar y coser las pieles para hacer prendas de vestir y tipis. Lo adiestró en la debida construcción de esas tiendas, de modo tal que no se llenaran de humo por la fogata encendida adentro, y sobre cómo empacarlos para un viaje de muchos kilómetros.

Tras un año de cuidadosa y paciente enseñanza, lo consideró bien adiestrado y listo para iniciar los estudios que le correspondían como *tuibitsi* de los comanches, a fin de prepararse para el día en que se convirtiera en *tehnap'*.

-Hisusanchis, no está bien que continúes con trabajos de niña si eres un jovencito fuerte, a punto de hacerte hombre -le dijo un día, severamente-. Los otros se burlan de ti y te pierden el respeto que te ganaste en la estaca, al demostrar tanto valor.

-No me importa, *pia*. -El niño se encogió de hombros con indiferencia, pero mentía, pues le importaba mucho.- *Ap'* en persona me ha fijado estas míseras tareas. Si él no me considera digno de aprender lo que me correspondería, ¿qué puedo hacer?

-Mi esposo lo hace para ponerte a prueba, *tua* -lo regañó suavemente La-que-busca-sabiduría, con un chisporroteo en los ojos, habitualmente serios, ante la obvia incomodidad del

muchacho-. Ya deberías haberte dado cuenta. No inclines la cabeza como un cobarde en la derrota. Has aprendido con paciencia 'y bien las cosas que yo podía enseñarte, pero son las tareas de una niña que va a convertirse en mujer; tu calzado no debería seguir ese camino. Ya es hora de que ocupes el lugar que te corresponde en El Pueblo. Demuestra a tu padre que eres digno de ese puesto, para que esté orgulloso de ti. Entonces mi hermana dejará de llorar por Oso Negro, que era su hijo favorito.

-¿Cómo, *pia*? ¿Cómo puedo hacerlo?

-Busca a mi hermano Masitawtawp. Es un gran cazador y guerrero. Sé con seguridad que él te ayudará. Te dará un arco y flechas; te enseñará los deberes de *tuibitsi*. Tal vez lo haga en secreto, para que los otros no vayan a reírse de tus errores. Si Masitawtawp no está en su tipi, puedes tomar de sus pertenencias lo que desees, sin permiso de él, siempre que lo devuelvas después. Es tío y tal es la costumbre de El Pueblo. Su primera esposa, La-que-ríe-como-arroyo-de-montaña, te mostrará dónde los guarda. Ahora ve, *tua*, para que yo sepa que mis sabias palabras no han sido vanas. Yo acabaré de juntar leña.

Hisusanchis fue al tipi de Masitawtawp. Al entrar él, La-que-ríe-como-arroyo-de-montaña inclinó la cabeza y le sonrió con timidez, pues era una mujer dulce.

-*Hihites, paha*. -El muchacho saludó cortésmente a su tía, pues no la conocía bien, aunque fuera la hermana de su padre.

El Pueblo tenía leyes estrictas con respecto a la conducta entre hermanos varones y mujeres, a fin de impedir que se formaran relaciones incestuosas. Un hombre podía matar a su hermana sin castigo si ella violaba cual quiera de esas reglas.

-Estoy cansado de trabajar con las mujeres. Debo demostrar a mi padre que soy un verdadero tuibitsi, a punto de convertirme en *tehnap'*, digno de ser un poderoso guerrero de El Pueblo. Busco un arco, flechas y cualquier otra cosa que yo pueda necesitar para eso. La-que-busca-sabiduría ha dicho que puedo tomarlos sin permiso de Masitawtawp, si los devuelvo después.

-Sí, es cierto, *paha*. Me alegro de que ella haya hablado contigo. Ya no soportaba que se burlaran de ti, pues el corazón me dice que eres un joven valiente; algún día serás un buen hombre, fiero guerrero del Pueblo. Te traeré de inmediato lo que deseas.

Después de tomar lo que ella le ofrecía, Hisusanchis se escabulló hasta un sitio retirado en los cañones, para aprender a manejar las armas. Durante todo el día practicó con el arco y las flechas, pero su dominio resultó más difícil de lo que esperaba. Le dolían los músculos del brazo derecho de tanto tirar de la cuerda; la muñeca izquierda palpitaba dolorosamente, despellejada por el instrumento. Cuando estaba a punto de renunciar, alguien lo asió rudamente desde atrás y lo arrojó al suelo. La punta del afilado cuchillo de su tío se le apretó suavemente al cuello; el asustado muchacho se encontró frente a los ojos oscuros de Masitawtawp.

"*Pia* y *paha* me mintieron para hacerme pasar por tonto", fue su primer pensamiento. "¡No me quieren ni un poquito!"

Aun así logró decir con calma:

-Lamento haberte enojado, *ara*, pero me dijeron que podía tomar tus cosas sin permiso. Iba a devolvértelas esta noche.

-Ah, me alegro de que me trates como a familiar, Hisusanchis, *ara* mío -replicó Masitawtawp con una sonrisa.

Se incorporó, envainando el cuchillo, y alargó una mano para ayudar al niño.

-No... no comprendo. ¿No estás... no estás enojado? -tartamudeó Hisusanchis, confundido.

-¿Enojado? No, *ara*. ¿Por qué? Tienes derecho a utilizar mis pertenencias cuando gustes.

-Entonces... ¿por qué hiciste algo tan terrible? ¿Atacarme subrepticiamente y amenazarme con un cuchillo?

-Fue sólo la primera de las muchas lecciones que debes aprender, si quieres ser un guerrero del Pueblo. ¡Mantén los oídos alerta! Si yo hubiera sido un *tabeboh* o un *inde* apache, ¡cerdos todos ellos!, a estas horas no estarías vivo.

-Sí... sí, comprendo. Lamento haberte cuestionado, *ara*. Eres mucho más sabio que yo.

-Este fue mi primer arco. -Masitawtawp levantó el arma caída y la acarició con cariño, recordando su propio adiestramiento juvenil. -La-que-ríe-como-arroyo-de-montaña hizo bien en dártelo. Debo darle las gracias cuando volvamos al campamento: Te estaba observando desde hacía un rato, Hisusanchis: desde que mi esposa principal me dijo que habías ido a nuestro tipi y para qué. Tienes buena vista, pero te falla la puntería porque eres impaciente. ¿Y por qué no te has puesto la muñeca? Mira cómo te has despellejado con esa cuerda.

-Oh, no lo sabía. ¿Para eso sirve ese trozo de cuero?

-No importa. Ya aprenderás. Volveremos mañana, *ara*, cuando hayas descansado. Por hoy has trabajado mucho. Ven; caminaremos juntos hasta el campamento y allí podrás elegir uno de mis dioses-perros. Todo *tuibitsi* debe tener su propio pony.

-¡*Hu*! ¿Lo dices de verdad, ara?

Librodot

-*Si-ichka tab-be kaesop*. El sol de mediodía no miente.

En los meses siguientes Hisusanchis estudió con diligencia, pues su tío resultó ser un instructor bondadoso, pero severo. Sin embargo, el niño pronto cobró cariño a Masitawtawp; habría hecho cualquier cosa por obtener su aprobación. Aprendió a domar los ponies que los comanches conseguían por trueque, capturándolos o robándolos; aprendió a montar en pelo, utilizando solo un cordel pasado alrededor del belfo del animal para servir de brida; a conducir su montura con la más leve presión de las rodillas, a fin de tener las manos libres para manejar sus armas; a trenzar su soga en las crines del ani0al, a fin de formar un lazo por el que podía pasar la pierna, para quedar solo bajo el vientre del corcel, donde estaba protegido y hacía creer a los enemigos que el animal iba sin jinete; aprendió a ser una sola cosa con su pony.

A diferencia de otros indios, los comanches eran en su mayoría torpes y faltos de gracia en el suelo; a caballo, empero, no tenían igual en el mundo. El muchachito aprendió a disparar sus flechas con tanta puntería que podía partir a lo largo el asta de una flecha con la otra, si quería dar dos veces en el mismo sitio. Aprendió a manejar el cuchillo en el combate cuerpo a cuerpo; s ser rápido y ágil sobre sus pies, a hacer fintas y a esquivar la hoja de su adversario. Aprendió a arrojar su *werpitapu'ni* y a deslizarse silenciosamente por la hierba, como una serpiente, para descargar su hacha de guerra contra la cabeza de la desprevenida víctima. Aprendió a arrojar su lanza de guerra o la de cazar a grandes distancias, con velocidad e infalible exactitud. Aprendió a planificar incursiones, a hacer la guerra, a asaltar, matar y arrancar el cuero cabelludo a sus enemigos: los tabeboh, los texanos, los mexicanos y los *indes* apaches.

El niño aprendió a cazar búfalos, antílopes, venados, alces y osos; logró un gran triunfo al derribar sin ayuda alguna a un búfalo albino. Su padre, Tabenanika, usaba con orgullo la rara piel.

Tres años después Masitawtawp dijo al muchacho que había llegado la a de que saliera al descampado en busca de su visión.

-Es tu prueba final, Hisusanchis, ara mío. No vuelvas hasta que hayas eso que debes buscar o fracasarás. Que el Gran Espíritu camine a tu lado y te dé fuerzas.

A gran altura en Palo Duro y Tules, Hisusanchis aguardó que llegara su visión. Pasó cuatro días esperando, sin alimentos ni bebida para sustentar la vigilia. Y la visión no venía. Lleno de oscura desesperación, al quinto día se levantó para rezar nuevamente al Gran Espíritu, al Padre Sol, y a la Madre, pidiendo guía y asistencia en su búsqueda. Esa noche sus plegarias tuvieron respuesta; al día siguiente volvió al campamento para relatar su visión a los otros. Los comanches se reunieron alrededor de la fogata, deseosos de escuchar su relato.

-Según nuestra costumbre -comenzó-, abandoné nuestro campamento y caminé hacia el oeste, hacia terrenos salvajes, hasta llegar a un sitio que parecía convocarme. Allí me senté para elevar mis plegarias y mis ofrendas al Gran Espíritu, al Padre Sol y a la Madre Luna; les hablé de mi búsqueda y les imploré una visión. Pero por cuatro soles no respondieron; el corazón me pesaba en el pecho. Por fin, en el crepúsculo del quinto sol, apareció mi visión. He aquí lo que he visto.

"En mi visión vi una tierra extraña y estéril, desnuda y vasta, una tierra que sólo estaba llena de fuego.

Los otros, que escuchaban atentamente, ahogaron una exclamación. Hisusanchis levantó una mano para acallar los murmullos; luego continuó:

-En el horizonte oriental de la tierra de fuego apareció un Ojos Blancos, un cazador, un hombre gigantesco que caminaba entre llamas tan rojas como la tierra misma: el Gran Demonio Blanco de los tabeboh. -Hubo más exclamaciones.- El Espíritu Maligno llevaba en las manos una gigantesca garra metálica, que abrió y sepultó en la arena. Luego se alejó a esperar.

"En el horizonte sur de la tierra de fuego apareció un pequeño lobo gris. El Lobo era joven e ignorante. Corrió sin tino a través de la arena, directamente a las agudas garras de la gigantesca zarpa metálica, que saltó de su escondite y se cerró en la pata del lobo. Por más que el animal lo intentó, no pudo escapar de la garra, que sólo parecía cerrarse con más fuerza con cada forcejeo del lobo.

"Pasaron muchos soles, lunas, inviernos, y el lobo no podía liberarse de la garra. Se hizo más viejo, más sabio. Por fin comprendió que debía esperar el retorno del que había puesto la garra. Y esperó. Y mientras tanto, las llamas de la tierra de fuego se iban acercando. Pronto llegaron a chamuscar el pelaje del lobo. Pero el lobo era bravo y paciente. Y finalmente el Gran Demonio Blanco de la tierra de fuego volvió a aparecer. El Espíritu Maligno vio el aprieto del lobo y se echó a reír. Rió tanto que temblaron los cielos. Esto molestó al Gran Espíritu, al Padre Sol y a la Madre Luna, que se enojaron. Miraron desde el cielo y vieron que el cazador se erguía sobre el lobo, preparándose para matarlo con su poderosa vara de fuego. Se compadecieron de él y abrieron los cielos para verter un torrente de lluvia sobre el Gran Demonio Blanco y la tierra de fuego. Al terminar la tempestad sólo quedaba el lobo.

"Se despejaron las nubes y del claro surgió otro lobo. El liberó al primero de la gigantesca garra metálica y lamió la pata de su compañero hasta que la herida que había supurado por tantos inviernos quedó curada. Y el primer lobo volvió a ser sano.

"Esa fue mi visión."

Hisusanchis guardó silencio, esperando que hablara Ekakura, el jefe de paz de su familia.

Por fin Ekakura dijo:

-Es un sueño extraño, Hisusanchis, esta visión de la que hablas. Nuestro chaman, Tabenanika, nos la interpretará. Adelántate, oh sabio *puhakut*, y comparte con nosotros tus palabras de conocimiento.

Tabenanika se levantó lentamente.

-La visión parece extraña tal vez porque Hisusanchis es y no es uno de los nuestros. No obstante es una verdadera visión y su sentido está claro. La tierra de la que habla es nuestra tierra; el fuego, la sangre de los comanches, que ha sido derramada por los tabeboh, el Gran Demonio Blanco. Nosotros somos el joven lobo que, en su ignorancia, no adivinó el astuto poder de los Ojos blancos y así fue atrapado en las agudas zarpas de la gigantesca garra metálica. Pero al final, en la batalla definitiva, prevaleceremos con la ayuda del Gran Espíritu, el Padre Sol y la Madre Luna. Y los tabeboh serán destruidos.

El segundo lobo es el mismo Hisusanchis, que salió de un claro de nubes oscuras para trabar amistad con el primer lobo, El Pueblo. Cuando Hisusanchis vino a nosotros sufría de una enfermedad del espíritu. Ahora está curado y es en verdad uno de nosotros. Os digo que, desde este sol en adelante, será conocido como Hermano-del-lobo, hermano del Pueblo. Yo, Tabenanika, he hablado.

El niño Hisusanchis murió esa noche. Tomó su lugar el bravo comanche Hermano-del-Lobo. Una semana después, el hombre se mudó a su propio tipi, hecho para él en su ausencia por sus madres, Mujer-del-fuerte-viento y La-que-busca-sabiduría, y por la esposa principal de Masitawtawp, La-que-ríe-como-arroyo-de-montaña. Esa tarde su hermano (según la costumbre comanche) Caminante-del-fuego, que nunca lo había querido, se burló desdeñosamente de él.

-¡Mirad! -rió el hijo de Kwasia-. El niño que hace trabajos de *naibi* se cree tan hombre como para tener su propio tipi.

-Sí, es cierto. -Hermano-del-Lobo trató de contestar con calma, pues no quería problemas.- Ya no soy un *tuibitsi*, sino un *tehnap* que merece su propio tipi.

-¡Un tehnap, tú! ¡Antes bien, una *herbi*! ¿Dónde está tu falda, pequeña *naibi*? O quizá prefieras a otros *tuibitsis*. ¿Es así? ¿Quieres que te consigamos una vestimenta de *berdache*?

Ante eso Hermano-del-Lobo perdió los estribos. Con un grito de ira que se parecía extrañamente al aullido de un lobo, atacó al otro joven. Rodaron juntos en el duro suelo, entre un creciente anillo de espectadores, que reataban a los dos con sus gritos y comenzaban a apostar sobre el resultado de la lucha. Ante eso Hermano-del-Lobo perdió los estribos. Con un grito de ira que se parecía extrañamente al aullido de un lobo, atacó al otro joven. Rodaron juntos en el duro suelo, entre un creciente anillo de espectadores, que reataban a los dos con sus gritos y comenzaban a apostar sobre el resultado de la lucha. Caminante-del-fuego o era más pesado que Hermano-del-Lobo, pero la vida dura lo había hecho más flaco y recio. Obtuvo la ventaja amoratando un ojo a su hermano; luego lo golpeó brutalmente en el vientre. Caminante del Fuego se dobló en dos, emitiendo un quejido de dolorosa sorpresa, pero se recuperó rápidamente y, en medio de un súbito y aturdido silencio, sacó un cuchillo. Sin embargo, Hermano-del-Lobo esperaba alguna treta salvaje y estaba preparado. Derrumbó una vez más a su adversario, desviando el cuchillo hacia el cuello de quien lo blandía. La punta apretó suavemente la carne.

-Sabe, Caminante-del-Fuego -gruñó Hermano-del-Lobo con los dientes apretados-, que en este día he luchado contra ti y, habiendo ganado, te dejo vivir según la costumbre de los miembros del Pueblo cuando luchan entre sí. No trates de atormentarme otra vez.

Luego se apartó del cuerpo del joven; por el odio que veía en los ojos de Caminante-del-fuego, estaba seguro de haberse creado un adversario para toda la vida. Por cierto, el otro quiso matarlo en cuanto él volvió la espalda, pero Atacante-de-la-Luna, el hijo mayor de Ekakura, detuvo la mano enfurecida que iba a arrojar el tomahawk.

-¡Cobarde! -le espetó Atacante-de-la-Luna-. La lucha fue justa y perdiste. Acéptalo con dignidad, como guerrero, pues sé que lo eres.

-Quien es capaz de atacar a un hermano por la espalda no es guerrero. -La voz de Sombra-del-Halcón estaba llena de desprecio.

-Y Hermano-del-Lobo es un hermano, además de ser un hombre-agregó Soldado-Loco.

-Bajo este sol lo ha demostrado -agregó Naukwahip.

Caminante-del-Fuego bajó su arma, avergonzado por el disgusto que veía en los ojos de todos sus parientes, y se alejó. Atacante-de-la-luna se volvió hacia el resto de la banda.

-Sabed todos que en este sol, el hijo de Tabenanika combatió bien y demostró misericordia a uno del Pueblo. En verdad es nuestro hermano.

Hermano-del-Lobo levantó la vista, sorprendido, pues hasta entonces Atacante-de-la-Luna lo había tratado con tanto odio como los otros. Entonces comprendió que, al guardar silencio, se había ganado en verdad el desprecio del Pueblo. Al defenderse recobró su respeto. Su visión y el

combate que acababa de librar le conquistaban la plena aceptación del Pueblo. Por fin pertenecía a ellos.

Esa primavera tomó una esposa comanche. Bienamada-de-la-Selva tenía dieciséis años; era dulce y tímida, de piel pardo-rojiza, pelo renegrido y ojos negros que relucían como el azabache. Hermano-del-Lobo tenía ya diecisiete años; su conocimiento de las mujeres estaba limitado a las pocas cautivas que había tomado en incursiones contra otras tribus indias. Al principio fue rudo con ella, pero la muchacha le enseñó una suavidad que rara vez había sentido en su vida. Antes de que acabara el año su frío corazón había aprendido nuevamente a amar y Bienamada-de-la-Selva llevaba en el vientre a su primer hijo.

Sin embargo, si algún amor comenzaba a florecer en su corazón, murió el día en que Hermano-del-Lobo volvió a casa del combate para encontrar a su esposa de apenas once lunas tendida en la helada tierra de invierno, con la dulce cara retorcida por el color y el tormento de la muerte. Había sido brutalmente golpeada y violada. El vientre abultado por el hijo estaba abierto por obra de un afilado cuchillo. El echó la cabeza hacia atrás y gimió con el aullido penetrante del lobo, derramando amargas lágrimas por Bienamada-de-la-Selva y su vástago, un varón que jamás llegaría a ver la luz.

Hermano del Lobo se cortó la cabellera y tajeó su carne en señal de luto. Por siete días después del entierro no habló con nadie. Ni un bocado de alimento, ni un sorbo de agua pasaron por sus labios mientras se lamentaba, a solas, en el tipi que había sido el hogar de ambos. Nadie, ni siquiera Tabenanika, se atrevía a perturbarlo. Al séptimo día Hermano del Lobo abrió la solapa de su solitaria vivienda y cruzó el campamento hacia el tipi de su padre, sin prestar atención a las miradas curiosas y cargadas de respeto de los demás. Se detuvo afuera.

-Entra, tua mío -dijo Tabenanika-. Te estaba esperando.

Hermano del Lobo se sentó, aceptando silenciosamente la awmawtawy que el padre le ofrecía. Por fin comenzó a hablar.

-Ap': el corazón me pesa en el pecho por la tristeza. No comprendo quién hizo algo tan terrible ni por qué. Comparte conmigo tus palabras de paz y sabiduría, oh sabio puhakut, para que mi espíritu encuentre consuelo en este momento de dolor.

Tabenanika fumó pensativamente su pipa antes de replicar, golpeándose en el pecho:

-También mi corazón siente el peso, tua mío. No sabemos más que tú sobre quién hizo esta cosa terrible ni por qué. Bienamada-de-la-Selva había ido al arroyo en busca de agua. Rato más tarde, algunos de los niños la oyeron gritar, pero cuando llegaron allí su espíritu ya se había unido al Gran Espíritu. -Dejó colgar la cabeza, entristecido, y guardó silencio por un momento antes de continuar:- Una vez más sufres de una enfermedad del espíritu, tua mío. Te digo que el tiempo cura todas estas heridas. Como lo hizo antes contigo, volverá a hacerlo.

-Debo irme, Ap' -suspiró Hermano del Lobo, con desesperación-. Ha llegado el momento en que deseo saber más del mundo y sus costumbres.

-Lamentaré que te vayas, Hermano del Lobo. -Los ojos de Tabenanika se llenaron de pena.- Pero debes hacer lo que tu espíritu desea. Ahora ve en paz, tua mío. Que el Gran Espíritu camine a tu lado y te dé fuerzas.

Hermano del Lobo se sentía extraño e incómodo con sus ropas nuevas, tan distintas de las holgadas prendas de piel a las que estaba acostumbrado. Las pistoleras le pesaban en las caderas. Solo en la pradera, practicó diariamente con los revólveres por meses enteros, hasta que sus manos fueron rápidas y firmes al desenfundar; sus ojos, agudos y certeros en el objetivo, tan exactos como lo habían sido con el arco y las flechas primitivos.

En un día caluroso y polvoriento llegó a una pequeña ciudad, junto a la frontera mexicana, y entró en la taberna para pedir una botella de mescal; las palabras inglesas le sabían tan extrañas en la lengua como las prendas en el cuerpo. Comprendió entonces que le llevaría algún tiempo volver a familiarizarse con el idioma y también con el español materno. Cuando el tabernero empezó a servirle la copa, un hombre parado junto al mostrador, con un pie en la barandilla, giró lentamente.

-¿Te crees capaz de vértelas con eso, mestizo? -preguntó, burlón.

Hermano del Lobo miró al hombre con fijeza; sus ojos azul medianoche centellearon de cautela.

-¿Se dirige a mí, míster?

-¡A quién, si no! -contestó el insultante desconocido-. Yo no bebo con indios mestizos.

-En ese caso, le sugiero que vaya a otra parte.

El hombre juró a todo pulmón y quiso echar mano de su pistola. Hermano del Lobo giró en redondo, emitiendo su grito de guerra indio (ese salvaje aullido de lobo) y disparó al hombre en pleno pecho antes de que él lograra siquiera sacar el revólver de su pistolera. El desconocido era un delincuente por quien se ofrecía una recompensa, vivo o muerto. Hermano del Lobo la cobró. Fue ese día cuando comenzó la leyenda de El Lobo.

Habían pasado diez años; tenía veintisiete, pero parecía mayor. La dura vida de pistolero

había dejado sus marcas en las finas arrugas que rodeaban sus ojos fríos y calculadores, sus labios burlones. Siempre peleaba limpio, si bien es cierto que pocos tenían alguna posibilidad contra su mortífera y rápida puntería; cuando se le acababa el dinero se dedicaba a cazador de recompensas, acechando a los criminales que tenían puesto precio a su cabeza. Era una ley por sí, al estilo comanche, pues aún mostraba las señales de su crianza india en su silenciosa manera de caminar y en la habitual impavidez del rostro. Esto último le sirvió de mucho en más de un partido de póquer. Hombre de pocas palabras, rara vez hablaba o sonreía: nunca vestía otra cosa que el atuendo negro y plateado, su característica, salvo cuando visitaba a su familia comanche.

Actuando como comanchero, El Lobo iba hasta el campamento de Kwerharehnuh varias veces por año, llevándoles provisiones y armas; siempre los hallaba, por mucho que se mudaran. En cada oportunidad Tabenanika meneaba tristemente la cabeza, sabiendo que su hijo aún no había descubierto la paz de ánimo que buscaba.

Impulsado por su dureza y su decisión, El Lobo dudaba de hallarla jamás. El consuelo buscado parecía deslizársele por entre los dedos como un alma elusiva, cada vez que creía tenerlo al alcance. Por eso la muerte no le causaba miedo alguno. Habría recibido de buen grado esa dulce liberación. Eso lo tornaba peligroso y, con frecuencia, cruel.

Su brazo ciñó como acero la cintura de la muchacha que sostenía. La cabellera negra desmelenada contra su espalda le recordó desagradablemente las guedejas oscuras de Bienamada-de-la-Selva. Por un momento apenas volvió a ser un joven valiente cabalgando contra el viento con su esposa comanche. Entonces recordó que Bienamada-de-la-Selva había muerto; esa muchacha no era sino una cualquiera que había ganado en una partida de naipes, en Gorda Vaca. Apretó los dientes. Si ella no tenía ninguna importancia para él, ¿por qué la había aceptado?

Los Barlow se acercaron como un trueno al cobertizo que tenían por hogar, sin molestarse en lanzar el acostumbrado silbido de advertencia; esa falta de precaución estuvo a punto de costarles la vida cuando mamá Barlow salió apresuradamente, disparándoles con su carabina. Gracias a Dios le estaba fallando la vista y no dio en el blanco.

-¡No dispares, mamá! -chillaron ellos-. ¡Somos nosotros!

-Bueno, ¿y por qué demonios no silbasteis? -inquirió ella, furiosa-. ¡Podría haberos volado esas cabezas tontas! ¿Dónde está Elijah?

-Ha muerto, mamá, y fue por culpa de Billy -informó Luther, desmontando.

-¡No es cierto! -contraatacó Billy, nervioso.

-¿Que ha muerto? -Mamá parecía atónita e incrédula.

-Entremos. -Zeke echó una mirada nerviosa a su alrededor. No había modo de saber si El Lobo los había seguido.

Entraron en la casa y se sentaron. Mamá respiraba con pesadez. Se llevó una mano al pecho, donde el corazón volvía a revolotearle extrañamente. ¿Que uno de sus muchachos había muerto? ¡No era posible!

-¿Qué sucedió? -logró preguntar-. Todo fue culpa de esa cualquiera, ¿no? Ya sabía yo que no nos traería nada bueno -agregó, girando hacia Billy.

-No fue culpa mía, mamá. -El muchacho alejó su silla para ponerse a del alcance.- Con esas cartas yo tenía que ganar. ¡El Lobo debe de haberme hecho trampa!

-¿El Lobo? -interrogó mamá, áspera-. ¿Qué tiene que ver El Lobo con esto? ¿Cuántas veces os he dicho que no os acerquéis a ese hombre? Algo feo lo carcome; no le importa vivir o morir. ¡Esa clase de hombres es peligrosa!

-Bueno, las cosas pasaron así, mamá -trató de explicar Zeke, puesto que Luther y Billy no podían, obviamente-: Billy llevó a la chica a la taberna, aunque tú le habías dicho que la mantuviera fuera de la vista; se emborrachó y se lió en una partida de póquer con El Lobo. Yo, Luther y... y Lij entramos y los mirábamos desde un rincón. Bueno, Billy se quedó sin dinero y apostó a la chica.

-¡Tenía una flor, demonios! -interrumpió Billy-. Pero El Lobo debe de haberme engañado, mamá, porque sacó una escalera real de primera, todas espadas, el maldito.

Zeke continuó:

-El caso es que El Lobo ganó a la muchacha. Cuando iba a llevársela, Lij se levantó de un salto, para cumplir con tu orden de matarla, mamá, y disparó contra la zorra. La hirió, pero entonces ese diablo de El Lobo sacó sus armas y mató a Lij antes de que nadie se diera cuenta de lo que pasaba. ¡Qué rápido es ese hombre, demonios! ¡Y qué puntería tiene! Atravesó a Lij bien por el corazón.

-Pero vosotros erais tres, cobardes -se burló mamá-. Podríais haberlo matado. Pero no: ¡apuesto a que todos teníais un miedo terrible de que os tocara el turno!

Los hombres frotaron los pies contra el suelo, intimidados y sin atreverse a levantar la vista.

"Bueno, ¿qué diablos hacéis aquí sentados? ¡Ved por ellos y traed a esa zorra! -aulló mamá.

Entonces se levantó a medias de la silla, desgarrándose con las manos el corpiño del vestido harapiento; respiraba a jadeos rápidos. Los hijos, horrorizados, vieron que hacía una arcada y caía a

tierra con un fuerte ruido.

-¡Mamá! -gritaron los tres, levantándose de un salto.

-Es inútil. -Luther, que se había arrodillado junto al cuerpo despatarrado de su madre, se levantó lentamente.- El golpe la mató.

¿Mamá, muerta? ¡No, no podía ser! ¡No era posible! ¿Qué harían sin mamá? Ella era el cerebro de todo. Mamá siempre había planeado todos sus golpes y los cuidaba. ¡No podía haber muerto! Sin embargo así era. Y ahora tendrían que sepultada.

Los tres hijos de mamá Barlow tuvieron que unir fuerzas para levantar el cadáver y ponerlo en el hoyo poco profundo que habían cavado para ella.

-¿No tendríamos que leer algo de la Biblia? -preguntó Billy.

-¡Cállate! Tú la mataste, como si le hubieras disparado un balazo –bramó Luther.

-¡No es cierto! ¡No es cierto! -gimió Billy.

-De cualquier modo no tenemos Biblia -señaló Zeke, práctico-. Además, aquí nadie sabe leer. -Después de una pausa volvió a hablar. -Mamá: tú sí que eras inteligente. Fuiste la mejor mamá que uno pudo tener, qué demonios, aunque de vez en cuando nos pegabas. Y qué derechazo tenías. Te vamos a echar de menos, mamá, pero no vamos a fallarte. Los traeremos a los dos, aunque muramos en el intento, porque esa fue tu última orden, mamá.

Los tres hermanos Barlow sepultaron a la madre. Después montaron para cabalgar tras Storm y El Lobo. Ni una sola vez se volvieron a mirar atrás.

Storm arrugó la nariz. Deseaba con fervor su pañuelo perfumado de rosas, que había quedado atrás cuando los forajidos se la llevaron. Cada vez que se levantaba brisa le llegaba a la nariz el olor del cuerpo en putrefacción de Elijah. Aun así no se atrevió a sugerir al pistolero que se deshiciera del cadáver. No: el difunto Elijah sería su involuntario boleto de entrada a un sitio en esa tierra nueva y recia. Además, el pistolero parecía indiferente al olor.

Era un hombre extraño, silencioso. Storm dormitaba de vez en cuando, dejando que su cabeza se bamboleara contra el hombro del jinete, pero él no había dicho una sola palabra desde que abandonaran esa horrenda ciudad. Se preguntó por un instante si no habría cometido una tremenda tontería al correr detrás de un hombre del que no sabía absolutamente nada, pero decidió que no había alternativa. Sólo Dios sabía qué habría sido de ella si hubiera permanecido en ese lugar espantoso.

La muchacha abrió los ojos una vez más, sabiendo que no podría volver a dormir en todo el día, bajo ese sol que castigaba. Vio adelante una pequeña arboleda y se le ocurrió que sería muy grato descansar un momento a su sombra fresca e invitante. Casi como si el pistolero hubiera adivinado su deseo, condujo a los animales hacia los grandes pinos y los sofrenó allí. Después de desmontar, bajó a Storm. Ella estaba tan tiesa y dolorida que estuvo a punto de caer. El hombre alargó una mano para sostenerla. Cuando la muchacha logró sentarse contra el costado de un gran baúl, él regresó junto a su potro y, después de desatar una de las cantimploras aseguradas a la silla de montar, sacó un pequeño saco de entre los bultos que llevaba el caballo de carga y fue a reunirse con ella. Sentado en cuclillas, la observó en silencio.

La muchacha hizo una mueca al ver que él desataba el pañuelo atado a su brazo. La pequeña herida ya no le molestaba, pues era sólo un rasguño, pero dolió cuando la sangre coagulada se desprendió junto con el pañuelo. Sin decir nada, el hombre limpió la herida y le entregó la cantimplora. Storm la asió con gratitud y bebió precipitadamente, dejando que el agua chorreara por la pechera de su vestido. Para sorpresa suya, el pistolero le arrancó la vasija con un gruñido furioso. Ella lo miró espantada, preguntándose qué habría hecho.

-De a poquito -le espetó él, secamente-, si no quieres enfermarte. Y tampoco tenemos agua para malgastar mojando esos harapos que usas.

Storm asintió con la cabeza, algo asustada por la dureza de sus ojos. Cuando él le devolvió la cantimplora, hizo lo indicado, aunque apenas podía contenerse, tan grande era su sed. Luego el pistolero le entregó algo que parecía un trozo de corteza. La muchacha lo miró, interrogante.

-Charque. Come.

Ella mordió un bocado con vacilación. Era duro y había que masticar con lentitud, pero por fin logró tragarlo; se sintió un poco mejor con eso en el estómago vacío, pues no había comido nada desde la mañana anterior. El hombre acabó su propia merienda de carne seca, se permitió algunos sorbos de agua y giró hacia la muchacha.

-¿Cómo te llamas?

-Storm. Storm Lesconflair, *monsieur*.

-¿Francesa?

Ella asintió.

"Francesa", pensó el pistolero. "Cazadores que hablaban por la nariz, con palabras que resonaban como arroyos montañeses."

-¿Por qué no me dices qué hacías con los hermanos Barlow y por qué trataron de matarte?

-¿Eran... eran los Barlow? -musitó Storm, estremecida. -Yo sólo sabía sus nombres de pila.

Ellos... asaltaron ayer la diligencia en que yo viajaba, mataron a los otros, pero a mí me llevaron con ellos porque... porque...

-Ya imagino el resto -dijo el pistolero, para alivio de la muchacha.

"¡Qué condena!", pensó. Sin duda los Barlow los seguirían pisándoles los talones para recuperar a la muchacha... si acaso decía la verdad. El Lobo volvió a preguntarse por qué había aceptado llevarla consigo. Seguramente estaba borracho... o momentáneamente loco.

-¿Adónde ibas? -preguntó.

-A ninguna parte -mintió Storm. Gabriel North era en Texas un ranchero rico y conocido. Ese hombre quizá tratara de devolverla a su novio o, peor aún, retenerla para pedir rescate. Al fin y al cabo, ¿qué sabía de él? Quizá la deseara para sí. La muchacha se estremeció al pensarlo. -Andaba por ahí, *monsieur*.

El la estudió con curiosidad. El vestido parecía fino, pese a estar hecho jirones. "Debe de ser robado", decidió el hombre, "si ella es una vagabunda, como dice."

-Pero no... no me ha dicho usted su nombre, *monsieur* -señaló Storm, con tanta curiosidad como la que ella despertaba en el pistolero. Estaba decidida a saber más de él.

-¿Mi nombre? -Enarcó una ceja, como si se divirtiera. Luego pronunció: -Tengo muchos, pero casi todos me llaman El Lobo.

-El Lobo. -La muchacha probó en la lengua las palabras españolas. - ¿Así debo llamarlo? ¿El Lobo?

-Lobo, simplemente. O Wolf, si prefiere la versión inglesa. No sé cómo se dice en francés.

-*Loup.*

-Bueno, como quieras.

Volvió a observarla en silencio, maldiciéndose una vez más por haberla traído consigo. Caramba, no era siquiera bonita. Pues bien: cumpliría su promesa de darle la mitad de la recompensa. Y luego se desharía de ella.

-Vamos.

-¿Tan pronto? -Storm sentía el cansancio hasta los huesos.

-A menos que quieras quedarte a esperar a los Barlow.

-¿Le parece que... que vendrán a por mí? –La idea la aterrorizó.

-No tengo ninguna duda, señora.

A mediodía se dieron otro breve respiro y dos horas después llegaron a otra ciudad. Goliad era mucho más grande que Gorda Vaca y no tan sucia, por cierto. Al echar un vistazo a su alrededor, a Storm le pareció respetable; al menos se veían ciudadanos decentes. Soltó un pequeño suspiro de alivio. Si Wolf (se había decidido por ese nombre) se mostraba allí sin temor, no podía ser un hombre buscado, como ella sospechara a medias. El detuvo a los caballos frente a la oficina del comisario, lo cual confirmó a la muchacha en su deducción de que no era un forajido, y la ayudó a desmontar y sacó de sus alforjas un papel plegado.

El comisario Yancey estaba sentado ante su escritorio, con los pies en alto y la cabeza bamboleante sobre el pecho. Al oír el portazo y el tintineo de espuelas contra el suelo despertó sobresaltado y entornó los ojos. Escupió una bula de tabaco hacia la salivadera del rincón y falló; después de jurar por lo bajo, dijo con voz gruñona:

-Hola, Lobo.

-Hola, comisario.

-Hace mucho que no te veo. ¿Qué te trae por Goliad, esta vez?

El comisario echó un vistazo disimulado a Storm y, reparando en la cara hinchada y el vestido hecho jirones, resopló por lo bajo. Otra de las zorras de frontera de Lobo, sin duda. Tal vez la muchacha había tratado de robarle y Lobo, al despertar, la había abofeteado un poco antes de entregarla a la ley. Por fin el comisario decidió que no se trataba de eso. Lobo no molestaba a la policía por esas nimiedades.

-¿Y bien? -Al comisario no le gustaba esperar.

-Afuera tengo el cadáver de Elijah Barlow. -El Lobo desplegó el letrero de "Buscado" y lo deslizó por el escritorio.- Vine a cobrar la recompensa.

El comisario frunció el entrecejo, disgustado. Ahora tendría que pasarse el resto de la tarde redactando informes.

-¿Estás seguro de que es Barlow? -preguntó. De inmediato habría querido morderse la lengua. A Lobo no se le hacían esas preguntas. -Perdona, pero es el reglamento -se disculpó con una sonrisa astuta, ante la fría mirada del pistolero-. Bueno, vamos a echar un vistazo a ese cabrón.

Salieron para acercarse al caballo de carga. El comisario Yancey asió por los cabellos al cadáver de Elijah y levantó bruscamente la cabeza hinchada.

-Sí. -Escupió en el polvo.- Es Barlow, sin duda. Cuanto menos se ajusta la descripción. En cuanto al resto, tendré que aceptar tu palabra. Más feo fue un susto, ¿no? -Dejó caer la cabeza con un ruido seco. -Mandaré a algunos muchachos para que lo descarguen.

Nuevamente adentro, el comisario Yancey abrió su caja fuerte y contó mil dólares, la suma

de la recompensa, sin dejar de maldecir por lo bajo. Sólo Dios sabía cuándo le sería reembolsada por la empresa de diligencias, que había ofrecido ese dinero. ¡Ese maldito correo era tan lento!

-El funeral. ¿Cuánto? -quiso saber El Lobo.

-Quince dólares, como siempre.

El pistolero retiró la cantidad debida del fajo de billetes. -Creo que sus hermanos no tardarán en venir, comisario -dijo. -¿Vivos o muertos?

-Vivos. Haría bien en estarse preparado -advirtió El Lobo. Luego tomó a Storm por el brazo.

Cuando se hubieron ido, el comisario Yancey se sentó a llenar los formularios y a redactar el informe, maldiciendo en su murmullo a todos los cazadores de recompensas. Ahora no sólo tendría que perder tiempo con esos papeles, sino también prepararse para enfrentar a la banda de los Barlow.

-Toma. -El Lobo contó quinientos dólares y los entregó a Storm. -Tu parte, señora.

Luego dio un cortés papirotazo a su sombrero, montó y, llevando por la brida a su caballo de carga, trotó calle abajo hacia la caballeriza.

Storm lo siguió con la mirada, pensativa. ¡No podía permitir que se fuera! Ella no sabía cómo sobrevivir en esa tierra salvaje y no conocía a nadie, aparte de ese tal Wolf. Por añadidura, comprendió que no tenía manera alguna de defenderse si los hermanos Barlow la perseguían. Wolf sí sabría hacerlo. Ella lo había visto manejar sus revólveres en esa horrible ciudad. Sin embargo, algo le dijo que, si echaba a correr tras él como una niña asustada, él no se dignaría siquiera mirarla. Storm cuadró los hombros y miró a su alrededor para orientarse. Se encaminó hacia una tienda de ramos generales. La puerta, al cerrarse detrás de ella, hizo sonar una diminuta campanilla que atrajo a un hombre menudo y fibroso. Su mueca de disgusto y sus modales abruptos indicaron perfectamente a Storm lo malo de su aspecto.

-Debes de ser nueva en la ciudad -apuntó el hombre-. La gente como tú compra en Witherspoon, calle abajo. Esta es una tienda respetable.

La muchacha lo miró fríamente de arriba abajo, con su expresión más altanera y arrogante.

-¿Es usted el propietario de este establecimiento, *monsieur*? -Sí. ¿Por qué?

-En ese caso, tenga la bondad de echar un vistazo por la ventana. ¿Ve usted a ese hombre -señaló-, el que va hacia la caballeriza? -Sí, es ese pistolero... El Lobo.

-En efecto. Es mi.. mi esposo -mintió Storm.- Y no creo que se alegre mucho cuando se entere de que usted se negó a atenderme.

El tendero abrió la puerta y sacó a empujones a la muchacha.

No creas que puedes entrar aquí y engañarme con cuentos como ese, jovencita. Ya conozco a las de tu clase. Witherspoon, calle abajo. ¡Fuera de aquí! Storm estaba furiosa. Que la tomaran por una vulgar ramera y la expulsaran de esa tienda fue la gota que desborda el vaso.

-¡Wolf, Wolf! -llamó, enojada.

El pistolero se volvió, a tiempo de ver que el propietario arrojaba a la joven a la acera. Para alivio de la muchacha, se encaminó hacia la tienda con lenta determinación.

-Bueno, ¿qué ocurre ahora? -Los ojos entornados la estudiaban con irritación. Por un momento Storm volvió a tenerle miedo. Pero reunió coraje una vez más.

-Este hombre... este hombre se niega a dejarme entrar en su tienda - tartamudeó, nerviosa ante el ceño impaciente.

El Lobo se inclinó hacia atrás en la silla de montar y dio un leve papirotazo al sombrero, para mirar mejor al comerciante.

-¿Es cierto eso? ¿Qué pasa? ¿El dinero que te di no sirve?

-No, no, señor. No, señor Lobo -intervino el propietario, apresuradamente-. Es sólo un pequeño malentendido, nada más. Se lo aseguro. Caramba, con el aspecto que tiene la damisela y... Lo siento mucho, señor. No... no sabía que fuera su... su esposa.

-¡Mi esposa!

-Oh, *mon cher*, esto es horrible -exclamó Storm, apresuradamente, antes de que El Lobo pudiera agregar nada más-. Te dije que estaba hecha un horror. Y este hombrecito grosero e impertinente no me dio siquiera tiempo de explicarle lo de nuestra fuga y que me golpeé la cara en el antepecho de la ventana al escapar y que toda la casa se despertó y que cuando nos descubrieron tuvimos que dejar todas mis cosas y que mi pobre papá, de puro enojado, nos persiguió casi diez kilómetros...

-Oh, claro... yo... ejem... comprendo, comprendo. -El tendero se pasó las manos húmedas por el delantal, más desconcertado que nunca.

El Lobo contrajo la comisura de los labios apenas por un instante, pero Storm tuvo la certeza de haber visto un destello de sonrisa en la boca carnosa. Lanzó un leve suspiro de alivio al oírle decir:

-Bueno, señor...

-Quigley, señor.

-Bien, señor Quigley: creo que usted no tendrá ahora ninguna objeción en vender a mi... a mi esposa lo que ella desee.

-Oh, no, señor. Ninguna objeción, por cierto.

-Tenga usted buenos días, señor Quigley. No gastes todo tu dinero en un solo lugar, *paraibo*. -Los ojos de El Lobo se demoraron en la silueta de Storm, algo trémula, hasta que ella enrojeció furiosamente; ese pistolero insufrible parecía saber cómo era ella sin ropas. Casi como si le adivinara el pensamiento, El Lobo pronunció:

"Nada de corsés, *paraibo*." -Y se alejó.

-Paraibo -repitió el señor Quigley-. ¿Qué significa eso, señora Lobo?

-Me temo que... que no lo sé, *monsieur*.

-¿Usted no habla comanche? Bueno, no importa. Sin duda su esposo no tardará en enseñarle. Dicen que es más indio que blanco. ¡Oh, mil perdones, señora Lobo! -balbuceó el comerciante, aún preocupado por lo que consideraba un roce con la muerte-. Tengo uno de los vestidos más bonitos que usted haya visto en su vida -agregó, cambiando rápidamente de tema-. Creo que es de su talla. ¿Se molestaría en pasar por aquí?

Storm quedó momentáneamente aturdida.

-¿Qué? Ah, sí. Sí, por supuesto. Pero no me interesan los vestidos, señor Quigley. El estado del que llevo puesto me ha demostrado lo poco práctico que es ese atuendo en el Oeste.

Siguió al hombre al interior de la tienda, aún estupefacta por aquellas palabras: "más indio que blanco". ¡Wolf era un salvaje, un mestizo! ¡Santa María! ¡Sólo por milagro no le había arrancado el cuero cabelludo! ¡Oh, pensar que uno de esos "demonios rojos", como decía la señora Thatcher, era su única persona conocida en ese territorio espantoso y cruel! ¡Pensar que se veía obligada a pedirle ayuda! Habría querido morir, pero tenía que elegir entre Wolf o los hermanos Barlow. Y Wolf, cuanto menos, no había hecho intento alguno de molestarla. Pensó en los ladinos pellizcos que le había dado Billy Barlow, con intención muy evidente. Oh, Dios, ¿qué sería de ella?

-Bueno, ¿en qué ha pensado, señora Lobo? -El tendero la devolvió al presente con un respingo.

La muchacha se mordió los labios.

-Pantalones de montar, señor Quigley.

-¡Pantalones de montar!

-Pantalones de montar -repitió Storm, sin dejar sitio a dudas.

-Bueno... no sé si tendremos algo de su tamaño, señora Lobo. -El comerciante, disimulando su horror, estudió la silueta de su clienta con celeridad profesional. -Veremos qué se puede hacer.

Con el mismo ojo para los detalles que había permitido a Storm memorizar un vestido en cualquier baile de Nueva Orleáns para copiarlo después, se dedicó a imitar el atuendo de El Lobo. Con la ayuda del señor Quigley, halló tres pantalones y cinco camisas que parecían hechas para un quinceañero. Los pantalones eran demasiado ceñidos y las camisas algo grandes, pero el señor Quigley no podía ofrecer nada mejor. El hombre desapareció con una tosecita discreta, dejando que la joven eligiera varias camisolas y calzones; obediente a las indicaciones de El Lobo, pasó por alto los corsés. Sus palabras siempre habían sido sensatas. Esas prendas, tan ajustadas que dificultaban la respiración, no le permitirían hacer ningún esfuerzo, y algo le decía que jamás volverían a servirla en todo, como en Nueva Orleáns. Tuvo un breve momento de pena por la vida regalada que había perdido para siempre, pero apartó la idea de sí. De nada servía pensar en el pasado y en lo que podría haber sido. No podría regresar a su casa. Era preciso olvidarse de Nueva Orleáns y hacer lo necesario para sobrevivir en esa horrenda tierra, en su nueva vida. Con una decisión algo medrosa, la muchacha continuó eligiendo su vestuario.

El señor Quigley volvió para ayudarla a probarse las botas. Storm tuvo que decidirse por un par hecho para niños, por lo pequeño de sus pies. Empero, el sombrero escogido le sentaba bien; los guantes y las medias eran perfectos. También compró algo que, según el señor Quigley, era un poncho para abrigarse por la noche, dos mantas indias y un par de espuelas de plata.

Luego pasaron a la vitrina de las armas. Storm se prendó instantáneamente de un revólver llamado "pistola Walker". Su aspecto era letal.

-¡Oh, no, señora Lobo, ese no le conviene! -exclamó el señor Quigley-. ¡Es el revólver más pesado de cuantos se fabrican! Bastaría el recule para derribarla al suelo. ¡Estoy seguro de que su esposo no le aconsejaría -ese! A ver, pruebe esto.

Le entregó un pequeño Derringer con culata de nácar, que disparaba dos proyectiles.

-No, esto no me servirá- Storm sacudió la cabeza- Quiero dos revólveres, Señor Quigley, preferiblemente, de seis disparos cada uno. Mi... mi esposo se dedica a asuntos peligrosos y debo estar en condiciones de defenderme.

-Oh, señora Lobo, no creo que alguien quiera hacer daño a una mujer inocente como usted. -El señor Quigley estaba horrorizado.

-Espero que no, señor Quigley... pero usted comprenderá: no puedo arriesgarme. -Storm se estremeció al pensar en los hermanos Barlow.

-Claro, claro, por supuesto. Bueno, eche un vistazo a estos Dragon Colt, que salieron a la venta apenas este año. Aunque me parece que serán muy pesados para usted, señora Lobo.

-Ah, son como los de mi... mi esposo, aunque los de él tienen un recubrimiento plateado.

-Sí, bueno... eso habría que hacerlo por encargue, señora Lobo. Sin duda su esposo los hizo traer de la misma fábrica que el señor Colt tiene en el este. Pero estos son muy buenas armas. Fíjese: el seguro es nuevo. El viejo Colt, del que se deriva este modelo (es decir, la pistola Walker que a usted le gustó tanto) tenía un seguro a resorte. Este es mucho más eficaz. Si necesita un par de revólveres, le aconsejo que lleve estos.

-Perfecto. Envuélvalos, por favor, junto con las municiones necesarias y todo lo que haga falta.

-Hay cajas ya preparadas, señora Lobo. Veinticinco dólares en total.

-Está bien.

Storm compró también una pistolera de cuero negro, un cuchillo de aspecto mortífero, dos cantimploras y, obedeciendo a un impulso, unos polvos de arroz, un frasco de loción y una redoma con esencia de rosas; la fragancia le trajo dolorosos recuerdos de Nueva Orleáns. También compró algunas cosas esenciales, como peine y cepillo.

Tras echar un vistazo al montón de paquetes, cruzó cautelosamente la calle hasta el hotel. Un rato después estaba en su habitación, sumergida en una tina de agua caliente. Se frotó vigorosamente, usando con generosidad el jabón comprado. Hundió la cabeza en el agua para lavarse también el pelo. La mugre que la cubría fue desapareciendo lentamente, mientras se disolvía la rigidez de sus miembros cansados y doloridos. Cuando acabó de bañarse ya habían traído la comida y el agua de pozo helada.

Storm engulló las viandas deprisa, sintiendo apenas una punzada de remordimientos por lo que le habría dicho Mammy, si la hubiera visto: "¡Las damas no comen como los cerdos!" Luego sumergió una pequeña toalla de mano en el agua fría y presionó el paño contra la cara, con la esperanza de aliviar la hinchazón. Cada vez que el paño perdía su frescura, ella repetía el procedimiento, pensando con nostalgia en los enormes bloques de hielo que sus padres hacían traer hasta Belle Rive por el río Mississippi, cada vez que ofrecían Una fiesta. ¡Si hubiera tenido siquiera un trocito, una astilla! Suspiró.

Cuando acabó de comer, Storm se lavó los dientes y se secó el pelo a toalla; lo cepilló, haciendo lo posible para desenredarlo, pues hasta entonces había sido Mammy quien se encargara de esa tarea. El recuerdo le llenó los ojos de lágrimas, que enjugó apresuradamente. Fue un placer comprobar que, en verdad, la hinchazón de la cara había desaparecido casi por completo. Sólo quedaba un leve moretón, como recordatorio del temible puñetazo de mamá Barlow. La muchacha se untó con un poco de loción la cara quemada por el sol; luego la retocó discretamente con polvos de arroz. Eso ayudaría a disimular la marca purpúrea y el enrojecimiento. Al examinar la diminuta herida de su brazo no detectó nada alarmante, así que la dejó como estaba y empezó a vestirse.

Los pantalones eran cómodos y se le ceñían a las piernas esbeltas, exhibiendo las graciosas curvas de las pantorrillas. También eran demasiado largos, pero ella lo solucionó metiendo la parte inferior dentro de las botas. Como la camisa era algo grande, ató los extremos en un nudo sobre el vientre. Se ajustó la pistolera a la cintura, se puso las espuelas y los guantes y se encasquetó el sombrero, inclinándolo apenas sobre un ojo. Luego se cruzó al pecho las otras cartucheras. Como toque final, enfundó las pistolas y el cuchillo. Por fin estaba lista.

-Con este aspecto podrías asustar a una rata del pantano - dijo con orgullo al espejo.

Echó una mirada anhelante a la cama, pero no se atrevió a demorarse siquiera para una breve siesta, pese a su agotamiento. ¡Wolf podía partir sin ella! Storm reunió el resto de sus cosas y se encaminó a la caballeriza, agradablemente sorprendida al descubrir la libertad de movimientos que le permitía su ropa nueva. "Si todas las mujeres descubrieran esto", pensó, "no se dejarían mandar por la moda, encerrándose en corsés, miriñaques y metros de tela amontonada."

Cuando llegó a la caballeriza echó una mirada veloz por los pesebres; fue un alivio ver que los caballos de Wolf aún estaban allí. No obstante, supo por instinto que el pistolero no pasaría la noche en Goliad; tenía que estar lista para partir cuando él lo hiciera.

-Quiero comprar un caballo -dijo al encargado de la caballeriza, que se adelantó deprisa al verla.

El se rascó la cabeza, mirándola groseramente. La muchacha iba a preguntarle si era sordomudo, pero luego comprendió que el pobre tipo la había tomado, a primera vista, por un hombre. Sin duda era la primera vez que veía a una señorita así ataviada. Pero al fin reaccionó, señalando un ruano en uno de los pesebres.

-Puedo venderle ese -ofreció. Storm abrió la media puerta para entrar; palpó las patas del caballo y le miró la dentadura. Por fin sacudió la cabeza, renuente.

-No, temo que este no me sirva. Es demasiado viejo -aseguró.

El encargado de la caballeriza, que había creído poder engañarla, quedó desconcertado al ver que sabía de caballos. Desde luego, el hombre no sabía que el padre de Storm, propietario de los

purasangres más finos de Louisiana, había insistido en que su hija aprendiera a reconocer las características de una buena monta.

-Lo siento, señora. No tengo ningún otro disponible, salvo esa pequeña yegua de allí. Y no creo que le convenga. Es sólo una árabe; aquí no sirve de mucho.

La joven arrojó un vistazo a la yegua gris moteada que el encargado señalaba. Después de observarla, decidió:

-La llevo.

Por las conversaciones con su padre, sabía que los caballos árabes eran resistentes al cansancio y podían recorrer largas distancias sin agua, lo cual sería una ventaja en esa tierra escarpada; obviamente, el encargado de la caballeriza no sabía nada de eso.

-Le daré cien dólares por la yegua y una silla de montar... de hombre.

Storm no tenía intenciones de recorrer un solo trecho de ese duro territorio texano sentada de costado en una silla para dama. El hombre se rascó la cabeza una vez más, renuente, pues la muchacha no parecía tan entendida en caballos como en un principio.

-Bueno, no sé...

-Usted dijo que la yegua no servía para nada -señaló Storm. No le daré un centavo más.

Por fin cerraron trato. El encargado se dijo que tal vez no fuera prudente discutir con una mujer vestida de pantalones y armada de dos revólveres intimidantes. Storm, segura de ser la más beneficiada con el negocio, hizo que el hombre ensillara a la yegua y guardara su equipaje en una alforja, detrás de la silla. Luego condujo al animal afuera y se quedó esperando a Wolf.

Al salir al sol, descubrió que el encantador gris moteado de la yegua era casi azul. Acariciando suavemente el hocico aterciopelado del animal, para familiarizarse con su nueva montura, decidió llamarla Madame Bleu. Aún estaba hablándole en francés cuando vio que Wolf se acercaba por la calle, con su paso lento y sigiloso. Una vez más le hizo pensar en una pantera negra al acecho. Al verla él se detuvo abruptamente; sus ojos azul medianoche le recorrieron el cuerpo en toda su longitud, de ida y de vuelta. La mirada glacial se entornó. A su pesar, estuvo a punto de sonreír. ¡Por Dios! ¿Cómo había podido creerla fea? Era hermosa, ahora que se había quitado la mugre y la hinchazón del rostro. Se preguntó cómo había logrado eso último. Además, había que admirar su modo de vestirse. Parecía un mohíno bandolero mexicano. Por mucho que quisiera ignorarla, El Lobo se descubrió diciendo:

-¿Qué pasa? ¿Ya te has gastado toda tu parte de la recompensa?

-Sé regatear cuando es necesario -contraatacó Storm, respirando con más facilidad, pues no había pasado por alto el destello apreciativo de sus ojos ni su lucha interior antes de hablar.

-En ese caso, supongo que te queda algún dinero.

-Quiero hablar con usted... por favor. -Storm lo miró de modo implorante, por entre las pestañas gruesas y negras, provocativamente entornadas.

-¿Sí? -El enarcó una ceja.- ¿Sobre qué, paraibo?

-Paraibo. ¿Qué significa eso?

-Esposa principal.

-¡Oh! -La muchacha tuvo la decencia de ruborizarse, culpable. -Disculpe... discúlpeme usted por eso, pero ese hombrecito insolente...

-No tiene por qué disculparse, señora. Un comanche siempre cuida de su mujer.

¡Conque era cierto! ¡El era indio! A medias, cuanto menos.

-Yo no soy su mujer -pronunció Storm, apretando los dientes-, y no hay necesidad de que me eche en cara la mentira. -Le indignaba que sus encantos no parecieran dar resultado con ese pistolero arrogante y pétreo.

-Como quieras. Bueno, ¿de qué querías hablarme? -La miraba especulativamente, con alguna impaciencia.- No dispongo de todo el día.

¡Oh, qué hombre despreciable! ¡Nadie le había hablado así en la vida! Habría querido empinar la cabeza y cantarle cuatro frescas como se lo merecía, pero no se atrevió. Quería que él la ayudara; lo necesitaba desesperadamente.

-Lo he visto... lo he visto usar esos revólveres, en esa ciudad horrenda...

-Gorda Vaca.

-Sí, bueno, como se llame. No me importa si usted es un asesino o no. Quiero que me defienda de los Barlow. Estoy... estoy dispuesta a pagar. -Hizo una pausa, algo sofocada.

-Asesino, ¿eh?... Bueno, supongo que es cierto. Soy pistolero, señora, pero no estoy habituado a trabajar para hembras. Y no creo que usted pudiera pagar lo que yo cobro.

Wolf giró para entrar en la caballeriza.

-¡Espere! -exclamó Storm, sintiendo nuevamente un miedo corrosivo. -¡No puede dejarme aquí! ¡Esos hombres me van a matar y usted lo sabe!

-Probablemente. Pero pareces bien preparada. -El señalaba las pistolas enfundadas junto a las caderas de la muchacha.

Ella se mordió el labio.

-En realidad... no sé usarlas -confesó.

-Me lo imaginaba. -Wolf sacó a sus caballos.- En tu lugar, yo no diría eso a los hermanos Barlow -le advirtió mientras montaba. Luego se levantó cortésmente el sombrero, como antes, y se alejó.

Storm lo siguió con la vista por un momento. Juró furiosamente por lo bajo. *Par Dieu*! ¡No se dejaría abandonar allí! Montó a Madame Bleu y salió al galope de la ciudad, siguiéndolo. Cuando se le puso a la par, Wolf le echó una mirada de irritación.

-Te dije que no estaba disponible, señora - le espetó secamente. Ella levantó el mentón con altanería.

-Estamos en un país libre. Puedo cabalgar por donde quiera.

-No soy estúpida, sólo ignorante -replicó Storm, iracunda, a punto de perder los estribos y rompiendo en llanto-. Además, ya eres responsable de lo que me pase. -Con eso se jugaba la carta oculta.- Apostaste mil dólares por mí. ¿0 lo has olvidado? ¡Tendrás que soportarme hasta que pueda comprar mi libertad!

Ante eso él sofrenó reciamente a su potro pinto; su mirada fría recorrió la figura esbelta de la muchacha con súbito interés, intencionalmente vulgar. ¡Demonios! Si los ojos no hubieran sido negros, sino grises, habría podido ser Bienamada-de-la-Selva, mirándolo fieramente en la noche de bodas, preguntando con enojada timidez si no sabía ser suave con las doncellas.

-¿Quieres que te tome la palabra? -la acicateó, burlón.

Storm se ruborizó violentamente bajo su mirada lasciva y quemante; de pronto se sentía muy extraña y confundida. Con el corazón palpitándole extrañamente, apartó la cara.

-Ya me parecía que no -concluyó Wolf. Y aplicó espuelas a su caballo.

La muchacha hizo otro tanto. En esa oportunidad no se le puso a la par, pero estaba decidida a no perderlo de vista. Al fin y al cabo, él era todo lo que tenía.

Gabriel North se cubrió los ojos del resplandor para mirar mejor el pequeño cobertizo de allí abajo. No soplaba una brisa y en la cabaña no había señales de vida.

-¿Qué le parece, señor North? -preguntó el comisario Martin, vacilante, mientras los hombres de Gabriel y los policías que se les habían agregado se movían en las sillas, inquietos.

-Aquí termina el rastro, Lonnie. Tienen que estar allí.

-No sé, papá -intervino Joe Jack-. Me parece que está desierta.

-Su muchacho tiene razón, señor North -coincidió el comisario. Gabriel clavó en ambos una mirada seca.

-Bueno, bajemos a ver.

Descendieron lentamente por la senda escarpada que conducía a la casa. Llevaban los fusiles listos para disparar en caso necesario, pero nadie los detuvo. El mismo silencio del lugar era espectral, aun a plena luz del día. Y el olor a muerte que flotaba en el aire hacía que hasta a Gabriel se le erizara la piel. Abrió con cautela la puerta del cobertizo. La cabaña estaba desierta. Echó una mirada alrededor, reparando en los platos abandonados en la mesa, después de una comida apresurada. Había una taza volcada y una mancha de café en el suelo. Una horda de hormigas cubría un mendrugo de pan, olvidado o no querido. Una gran cucaracha se escabulló junto a la pata de una silla. Gabriel hurgó en los armarios con curiosidad. Estaban vacíos, exceptuando unos pocos utensilios de cocina y algunos viejos recortes de periódico que él hojeó.

ASALTO A DILIGENCIA:
SE SOSPECHA DE LA BANDA BARLOW

Ayer por la tarde fue asaltada una diligencia de Carstairs. El vehículo, que viajaba desde Houston a Goliad...

TRES MUERTOS EN TIROTEO
CON BANDA BARLOW

Tres personas murieron ayer en un tiroteo con la banda de los Barlow en la taberna Last Chance. Mae Laroux, propietaria del local, dijo que la reyerta estalló cuando...

EMPRESA OFRECE RECOMPENSA POR CAPTURA DE LOS BARLOW

La Compañía de Diligencias Carstairs ha establecido una recompensa a quien capture a los miembros de la banda Barlow, vivos o muertos. El señor Carstairs, presidente de la línea, dijo que...

BANDA BARLOW ATACA BANCO SAN ANTONIO:

SIETE MUERTOS

Siete personas, incluido Tom Rathbone, gerente del banco, murieron ayer como consecuencia de...

Gabriel arrojó el resto de los recortes a la mesa, ceñudo.

-Bueno, al menos sabemos quiénes se la llevaron -dijo a los hombres que lo habían seguido al interior de la cabaña-. Es la banda de los Barlow, Lonnie, tal como pensabas.

El comisario Martin carraspeó.

-En ese caso, señor North, probablemente han ido a Gorda Vaca. Cuanto menos parece que no van a regresar aquí.

-¡Papá! ¡Eh, papá! Gabriel salió de la casa apresuradamente. -¿Qué pasa, Joe Jack?

-Mira esto, papá. -Joe Jack señalaba la tumba recién cubierta que había encontrado a poca distancia del cobertizo.

Gabriel sintió que el corazón le daba un vuelco.

-¡Dios mío! A ver, hombres, venid todos. Quiero que descubráis esta tumba. Tengo que asegurarme...

-Por Dios, papá, ¿estás bromeando? -El muchacho miraba a su padre con aire incrédulo.

-Tengo que saber si es ella o no. ¿No comprendes? -gritó Gabriel, furioso.

De mala gana, sus hombres buscaron algunas palas. Por fin encontraron las mismas que habían utilizado los hermanos Barlow y comenzaron a cavar en silencio. Joe Jack miraba la escena, irritado.

"¿Qué diablos le pasa al viejo?", se preguntó. "Está peor que cuando su toro premiado enfermó y murió. ¡Ese toro parecía ser lo único que le interesaba en la vida! Bueno, si es su prometida, cuanto menos podremos volver a casa. Estoy harto de pasarme el día a caballo, sin otra comida que un poco de charque y sin licor, para colmo de males."

-Señor North.

Gabriel contempló la cara hinchada y marcada de viruelas que sus hombres habían logrado descubrir. Sacudió la cabeza. -No es ella, gracias a Dios.

Joe Jack gruñó audiblemente, Gabriel se volvió hacia él, furioso.

-¡Ya me tienes harto, Joe Jack! ¡Vete a casa si no quieres que te curta el pellejo!

-Oh, papá...

-Eh... señor North -intervino el comisario Martin, apresuradamente-... Sería mejor que todos volviéramos a San Antonio. Lo siento, señor, pero no creo que encontremos a su noviecita, sobre todo si esos hombres se la han llevado a Gorda Vaca. ¡Cristo, si no hay un alguacil que pise esa ciudad! ¡Ni siquiera los Rangers de Texas!

El ranchero echó una mirada a los ceñudos alguaciles y comprendió que el comisario tenía razón. El también había oído hablar de Gorda Vaca.

-Pago mil dólares a cada uno de los que me sigan -ofreció.

-Lo siento, señor North.

-No vale la pena, señor.

-Tengo que pensar en mi familia, señor North.

Uno a uno, los hombres le volvieron la espalda.

-¡Dos mil dólares! -Gabriel subió su oferta, pero aun así sus acompañantes continuaban optando para retirarse.- Cuando vuelvas a San Antonio, Lonnie, anuncia una recompensa por mi novia. Pagaré cinco mil dólares a quien me la devuelva o por cualquier información sobre su paradero.

-Claro, señor North. Lamento que no podamos serle de más ayuda. -¿Volvemos a casa, papá? -preguntó Joe Jack, esperanzado.

-Sí -rugió Gabriel, comprendiendo que estaba momentáneamente derrotado.

Aplicó furiosamente espuelas a Buck y partió al galope, seguido en silencio por sus hombres.

Al día siguiente, los hermanos Barlow entraron en Goliad. Sorprendieron al comisario Yancey tomando su café matinal y lo interrogaron a punta de pistola sobre Storm y El Lobo. Luego lo encerraron, junto con su alguacil, en uno de los calabozos, donde nadie los descubrió. Esa noche los Barlow se emborracharon y acribillaron la taberna a balazos, matando a tres personas e hiriendo a cinco más, hasta que un ciudadano decente logró escapar hacia la oficina del comisario, donde encontró y liberó a los dos alguaciles. Sin embargo, cuando Yancey llegó a la taberna, la banda Barlow ya había huido. Esa misma mañana Gabriel North fue a San Antonio para asegurarse de que el comisario Martin hubiera puesto carteles anunciando la recompensa. En ausencia de su padre, Joe Jack sedujo a una de las mexicanas que trabajaban en Tierra Rosa. Se dejó arrojar al heno, riendo como una tonta y gorjeando: "Oh, señor..." Era nueva en el rancho y no conocía aún la reputación de Joe Jack. Se sentía honrada por prestar servicio al hijo del patrón. Cathy, como de costumbre, fumaba su fino cigarro pardo sin decir nada.

Wolf echó una mirada por sobre el hombro. Como esperaba, la muchacha francesa aún iba detrás de él. A su pesar, comenzaba a concebir un renuente respeto admirativo por su determinación. El había establecido un paso rápido, suponiendo que ella pronto se cansaría de seguirlo; empero, aunque debía de estar cansada hasta los huesos, continuaba siguiéndolo. Por añadidura, la pequeña yegua que la muchacha había comprado tampoco daba muestras de flaquear. Eso asombraba un poco a Wolf, pues muy pocos caballos eran capaces de mantener el paso de Pahuraix, su potro pinto. Hizo una pausa para tomar un sorbo de su cantimplora y continuó la marcha.

Storm apretaba los dientes, furiosa, para no gritar. ¡Maldito hombre! ¿No sabía lo que era la compasión? Le dolía el trasero por la desacostumbrada posición en la silla de montar. Estaba segura de que el incesante movimiento le había despellejado las piernas. Sentía calor, sed y cansancio, tanto cansancio que por dos veces se había quedado dormida en la silla, sólo para despertar con un respingo, con el corazón latiendo frenéticamente, al sentir que caía. No obstante, no se había atrevido a detenerse para descansar, por miedo a perder al pistolero; apenas logró echarse un par de sorbos de agua cada vez que él se detuvo para eso. Si hubiera tenido alguna posibilidad de dar en el blanco, Storm habría disparado de buena gana contra ese hombre empecinado.

Cuanto menos, Madame Bleu parecía estar resistiendo bien. La muchacha alargó una mano para dar unas palmadas agradecidas al gracioso cuello de la yegua. Luego se limpió el sudor de la cara y la nuca, jurando que al día siguiente se recogería el pelo. Lo sentía insoportablemente pegajoso y húmedo contra el cuello y la espalda, donde se adhería a la camisa húmeda, pegada a sus omóplatos. Levantó la vista hacia el sol quemante y se lamió los labios resecos, tratando de humedecerlos un poco con la lengua.

"Voy a morir", pensó, súbitamente abrumada y en derrota. "No puedo seguir así. No nací para esto, como ese salvaje. Oh, Santa María, ten piedad. No sé qué hice para disgustarte, pero no creo merecer esto. No quiero morir. Tengo que mantenerme despierta. Tengo que seguir adelante; de algún modo debo seguir adelante..."

Ante ella se extendían las planicies, desnudas y brutales en su verdor, pero también lozanas y apasionadas. Eran como una mujer madura y lánguida, recia e indómita, tendida en suaves y silvestres ondulaciones bajo el feroz sol amarillo en el cielo de azur: intactas e incivilizadas como el pistolero a quien Storm seguía. Nunca se había sentido tan sola e indefensa como al contemplar esa tierra que se extendía eternamente en todas direcciones. Por comparación se sentía pequeña: pequeña y humilde. Sin embargo, a no ser por su miedo, el panorama podría haberle alegrado el corazón, llenándoselo de júbilo, pues en esa tierra se podía respirar; allí era posible erguirse, salvaje y libre, bajo el interminable sol del verano, como si se estuviera en la palma del propio Dios. Sí, ese territorio era de Dios, pero Storm no se conmovía ante la escarpada belleza de las vastas planicies. Estaba acostumbrada a los limpios patios cerrados de las casas francesas que se sucedían con elegancia en el Vieux Carré; a los bonitos empedrados de las calles Bourbon y Royal, con su repiqueteo de lustrosos purasangre y de costosos carruajes, en los que siempre se erguía un lacayo negro de almidonado uniforme; al suspiro quejoso del viento que llegaba del río Mississippi, susurrando entre los árboles de magnolia y las dulces mimosas cargadas de musgo; al canto repetitivo de los saltamontes en la campiña, donde las casas de columnatas blancas montaban guardia junto a plantaciones de algodón y arroz; al jubiloso cantar de los morenos, ya entrada la noche, al terminar la jornada de trabajo.

Su dolorido corazón echaba de menos todo lo querido y familiar, en tanto galopaba por una tierra extraña y desconocida, para ella temible. Se sentía perdida, arrojada a la deriva; para sobrevivir sólo contaba con su ingenio: su ingenio y el pistolero alto y moreno, que cabalgaba implacablemente a la vanguardia. Era él quien la asustaba más que nada, pues le resultaba tan extraño y desconocido como la tierra. ¿Cómo había podido depositar su fe en semejante hombre? ¿Y cómo no hacerlo? Se limpió el sudor de la frente con el dorso de una mano y continuó la marcha.

El día se arrastró hasta que, por fin, el sol comenzó a descender hacia el horizonte occidental. Por primera vez Texas atrapó a Storm en su puño. El aliento se le detuvo en la garganta. ¡El mundo entero parecía en llamas! El fulgor flamígero habría podido llenarle los ojos de lágrimas con su belleza, la única belleza que había descubierto en esa tierra dura. La echó de menos cuando acabó; más aun cuando la noche siguió al crepúsculo y la oscuridad trajo el aire frío que había pasado todo el día esperando su liberación. Storm, aterrada, cayó en la cuenta de que ya no distinguía la alta silueta de Wolf a lomos de su potro, a la distancia.

"¡No debo perderlo!", pensó frenéticamente, mientras avanzaba a ciegas. "¡No debo perderlo!"

La silvestre oscuridad no tardó en aterrorizarla más aun cuando salieron los animales, bestias hambrientas cuyos ojos relumbraban bajo el claro de luna, detestables criaturas que aullaban al plateado cuarto creciente.

Ella continuaba sin pausa por entre la densa maleza, exigiendo a Madame Bleu tanto como

se atrevía, para escapar a las chispas de esos ojos que se fundían en las sombras, a esos sonidos gemebundos y temibles. A la distancia vio una luz que parpadeaba en la pradera de manera extraña. Galopó hacia ella, agradecida, y en su prisa estuvo a punto de pisotear las brasas de la fogata.

Madame Bleu se alzó de manos con un relincho, levantando fragmentos de hierba y polvo. Storm, manteniéndose en la silla a duras penas, luchó por dominar a la bestia.

-Eso fue una estupidez -la regañó Wolf, saliendo de la oscuridad con las armas en la mano-. Podría haberte matado. -Volvió a enfundar los revólveres y, sujetando a la yegua por la brida, arrancó a Storm de la montura.- ¿Y si este campamento no hubiera sido mío? ¿No se te ocurrió pensar en eso, tonta? -La sacudió apenas.

Ella ahogó una exclamación de miedo ante ese rudo contacto y se apartó de él, buscando alguna protección.

-Tenía miedo de... de los lobos.

-¿De cuál? -se burló él, entornando bruscamente los ojos ante ese juego de palabras con su nombre.

-Por favor. -Los labios de la muchacha se entreabrieron apenas. -Me... me siento tan... tan rara...

Y se desmayó en sus brazos.

Wolf, jurando por lo bajo, la llevó hacia la fogata y la depositó en el suelo. Luego revolvió en su mochila, buscando los cristales de sal que siempre llevaba consigo. Levantó la cabeza a la muchacha, metiéndole por la fuerza algunas astillas en la boca, y le hizo tragar agua de su propia cantimplora. Muy pronto Storm abrió los ojos. Vio que estaba tendida en tierra y que Wolf, en cuclillas a su lado, la miraba con su actitud de costumbre, peculiar y silenciosa.

-¿Te sientes mejor?

Ella asintió con la cabeza.

-Creo... creo que sí.

-No has comido nada, ¿verdad?

-No.

-Con el sudor perdiste la sal del cuerpo. Por eso te desmayaste. Y ahora ¿tienes hambre?

-Sí.

Ella se sentó, sin molestarse en mirar el bulto pequeño que se asaba sobre el fuego, y tomó el cuenco de hojalata que él le ofrecía, lleno de carne y habichuelas humeantes.

-Allí tienes café, si quieres. -Señalaba un jarro que siseaba entre las brazas.- Anda, come. Yo me ocupo de tu yegua.

-Necesito... necesito un tenedor, monsieur.

El la miró con ironía.

-Me temo que mi equipaje no incluye cubiertos. Tendrás que usar los dedos.

Y se alejó llevando a Madame Bleu por la brida.

Storm nunca había comido con los dedos, pero no parecía haber otra opción, salvo morir de hambre. Con un estremecimiento, levantó con los dedos la carne y las habichuelas calientes y se las metió en la boca, de una manera muy poco digna de una damisela.

"Es un salvaje", se repitió. "¡Ni siquiera me ofreció una cuchara! Debo de haber estado loca para cabalgar tras él. ¡Loca! Estamos completamente solos, él y yo, en el medio de la nada. Sólo Dios sabe qué es capaz de hacerme...

Dejó a un lado su plato vacío, con dedos trémulos, y bebió otro sorbo de la cantimplora de Wolf. Luego puso una mano cautelosa sobre la culata de una pistola.

"Si trata de tocarme le dispararé", decidió. "A esta distancia nadie puede fallar."

Mientras aguardaba el regreso de Wolf, el corazón le latía de manera extraña; al verlo aparecer se le subió a la garganta. Con un vuelco en el estómago, Storm comprobó que él aún estaba armado.

"Jamás tendré la rapidez necesaria para matarlo", pensó, desesperada. "Oh, ¿qué hice, qué hice?"

Wolf no pareció reparar en su nerviosismo. Arrojó a un lado el equipo de la muchacha y se sirvió una taza de café. Se sentó a un par de metros de Storm, estirado en el suelo, con la espalda apoyada en su silla de montar. Encendió casualmente uno de sus cigarros y despidió una nube de humo hacia las estrellas; por fin dijo:

-Señora, eres peor que una pulga en un perro.

Storm se puso tiesa. Por Dios, bien podía estar planeando asesinarla allí mismo para enterrarla en esa pradera solitaria, donde jamás la encontrarían. Sus dedos ciñeron la culata de un revólver.

-Ya... ya le he dicho mi nombre, monsieur -dijo, reuniendo coraje y lamentando que ese hombre le provocara tanto miedo-. Bien podría tratar de usarlo. ¿Tiene que mostrarse tan sarcástico sólo porque logré seguirlo, aunque usted pensaba que no podría?

De inmediato lo vio entornar apenas los ojos y comprendió que había dado en el blanco; otro escalofrío de miedo le congeló la espalda. *¡Sacrebleu*! ¿Por qué trataba deliberadamente de provocarlo, si lo sabía más mortífero que una serpiente? Sin duda se había insolado. Sí, eso era: ese sol horrible le había afectado el cerebro.

-¿Qué hace por aquí una novata como tú? -preguntó Wolf, con el mismo tono engañosamente suave que había usado para hablar con Billy Barlow-. Hablas como las rameras francesas de alto precio. ¿Te sacaron de alguna ciudad montada en una viga? ¿Es por eso que vienes de la nada y no vas a ninguna parte, como dijiste?

Storm se indignó. A no ser por su miedo, habría tratado de matarlo allí mismo.

-No soy ramera, monsieur; hágame usted el bien de no repetir más ese insulto. Le aseguro que soy una mujer de buena crianza y que no estoy habituada a escuchar ese lenguaje. En cuanto al resto de mi pasado... no es algo que le incumba.

Wolf pitó serenamente su cigarro.

-Todo lo tuyo me incumbe, señora, si vas a pegarte a mí como un abrojo. Será mejor que comiences a darme respuestas ahora mismo.

-Los caballeros no hacen esas preguntas a una dama, monsieur.

-Yo nunca dije que fuera caballero. -Su voz era grave, sedosa y amenazante. De pronto arrojó su cigarro y se levantó de un salto, amenazador. -Soy un comanche, señora. A las mujeres insolentes como tú les arranco el cuero cabelludo.

Aterrorizada, Storm dio un alarido y desenfundó una de sus pistolas, con las manos tan estremecidas que apenas pudo levantar el revólver para apuntarlo hacia el pecho del mestizo. Wolf ni siquiera parpadeó.

-Eso no estuvo muy bien -apuntó-. Podría haberte matado seis veces antes de que lograras desenfundar esa pistola.

-¡No te me acerques -gritó la muchacha, al ver que él caminaba sigilosamente hacia ella-. ¡Voy a disparar!

-¡Oh, por Dios! ¡Esa porquería no está siquiera cargada! -exclamó Wolf, desdeñoso.

Sobresaltada y confusa, pues estaba segura de que el señor Quigley se la había cargado, Storm bajó la vista a la pistola que aferraba convulsivamente. El la tomó por sorpresa con un súbito y gracioso movimiento felino: le arrancó el revólver de un puntapié y cayó sobre ella con un gruñido furioso. Storm ahogó un grito al sentir a lo largo de su cuerpo el impacto de su peso, cálido, duro y musculoso. Trató de resistirse, pero no era rival para esa fuerza de acero. Wolf le sujetó con facilidad las manos que intentaban arañarle la cara. Luego le inmovilizó las muñecas por sobre la cabeza y se apartó apenas a un lado, con una pierna apretándola todavía contra el suelo y la mano libre apoyada en su vientre. Sacó deliberadamente su cuchillo y oprimió la hoja contra el cuello de la joven; centellaba frío y plateado en el claro de luna.

-No, por favor -sollozó Storm-. No me mate, por favor...

Se mordió el labio y le clavó una mirada suplicante, con los ojos grises llenos de lágrimas. El era tan fuerte, tan salvaje, tan imponente... De algún modo supo por instinto que copularía como los animales, fiera y exquisitamente. Ese apuesto mestizo no tenía ningún parecido con los sucios Barlow.

"¡Se trata de tu vida, Storm!", se dijo. "El es todo lo que tienes. Tal vez te trate bien. Antes él que los Barlow. ¿Qué importa, si salvas la vida?"

-Yo... haré lo que sea, monsieur, lo que sea...

Wolf la miró fijamente; sus impenetrables ojos de medianoche se llenaron súbitamente de deseo.

-Se me ocurren muchas cosas que podría hacer contigo, antes que matarte. Nunca me he acostado con una señora blanca. Y ya que estás tan bien dispuesta...

Con un murmullo grave, arrojó el cuchillo y le sujetó la cara con una mano dura, levantando hacia él la invitante boca de botón de rosa. Sus labios se cerraron posesivamente contra los de ella; su lengua se abrió paso hacia el interior, explorando la dulzura que allí había, arrebatándole hasta el alma. ¡Oh, Dios, cómo la besaba, encendiendo en la sangre de Storm un fuego que le corrió hasta la cabeza para latir allí, dejándole un extraño mareo! Se sentía impotente bajo esa boca, barrida por el puro éxtasis. Eso la aterrorizó. No se trataba de un caballero sureño de buena crianza, con el que una pudiera coquetear, provocándolo con sus besos, segura de que él se retiraría cortés, aunque desilusionado, cuando se le ordenara detenerse. No: ese hombre era un mestizo pagano, salvaje como el oeste, un hombre que tomaba lo deseado sin pensarlo dos veces.

La muchacha tembló bajo sus manos y cerró los ojos con más fuerza, agitado el aliento, tratando de prepararse para la violación. Aquellos labios abandonaron su boca para cruzarle la mejilla, ardientes como hierro de marcar, en tanto las manos comenzaban a tironearle los botones de la camisa. Una lágrima solitaria se deslizó entre la negra pluma de las pestañas: Storm esperaba el ataque violento. Wolf degustó aquella gota cristalina que viajaba como un arroyuelo por el costado de la cara. Era tan agridulce como las que él había derramado por sus padres, por su esposa

y su hijo muertos. Para sorpresa de Storm, la soltó con un súbito juramento.

-Bueno, esto me aclara cuanto menos una duda -dijo, ceñudo, tratando de dominarse, pues no había calculado lo mucho que lo afectaría ese beso brutal-: no eres una ramera.

Storm lo miró con incredulidad, con los labios aún trémulos, hinchados y magullados.

-¿No va usted a... a...?

-¿A violarte? -preguntó él directamente. La muchacha se ruborizó, mortificada, y se abotonó la blusa con dedos temblorosos. -No. -Se levantó para devolverle el revólver.- No vuelvas a apuntarme con eso a menos que estés bien preparada para usarlo. Y sé prudente, porque está cargado.

-Oh... -Storm se sintió burlada.- Me... me engañó.

El le echó una seca mirada.

-Alégrate de eso, señora. De otro modo habría tenido que matarte.

-¿Me... me habría matado? ¿De veras?

-Sí.

Esa fría respuesta la estremeció.

-¿Y... y me habría arrancado también el cuero cabelludo?

-Bueno, habría sido una pena desperdiciar esa bonita cabellera negra, ¿no te parece?

-*Mon Dieu, mon Dieu*!

-No hables en francés -ordenó él, ásperamente-. No lo entiendo.

-Oh, lo siento. Dije: "Dios mío, Dios mío."

-El Dios de los Túnicas Negras no tiene medicina, señora. Harías mejor en rezar a la Madre Luna. -Wolf señaló la hoz plateada del cielo.

Storm se extrañó ante su tono amargo. Cuando hablaba de Dios casi parecía sufrir.

-¿Los Túnicas Negras, monsieur?

-Así llaman los comanches a los sacerdotes católicos. Y no sigas diciéndome "monsieur". Suena rarísimo. Ya sabes mi nombre.

-Y usted sabe el mío, monsieur, pero aún no le he oído usarlo.

-De acuerdo, señorita Lesconflair. Supongo que eres señorita, ¿no? Sería mejor que comenzaras a hablar. Me gusta saber a qué atenerme.

Storm se estudió nerviosamente las manos por un momento. Sería inútil y tonto ocultarle información. Ese hombre podía cambiar de idea y violarla, arrancarle los datos a golpes o matarla. Aspirando hondo, comenzó por el principio y le dijo todo... salvo el nombre de Gabriel North, pues aún temía que Wolf tratara de obligarla a regresar con su prometido. Al terminar suspiró, extrañamente aliviada. Al fin y al cabo, le había hecho bien sacarse del pecho todo eso.

-Una cosa así no habría podido ocurrir hace diez años, tal vez cinco, porque entonces la sociedad francesa de Nueva Orleáns era muy rígida en sus reglas y cerrada a los forasteros. Pero al crecer el distrito, cuando les *américains* se volvieron ricos y poderosos, tuvimos que recibirlos en nuestros hogares y entregarles nuestras... nuestras mujeres. Dejó de ser una deshonra casarse con un hombre de esos, como iba a hacerlo yo. Pero yo no lo amaba; no podía. Ahora no puedo ir a mi casa ni a la de él, ¡ese *canaille*! No tengo a quién recurrir, Wolf. Si tú no me ayudas, estoy perdida -concluyó simplemente.

-Ese primo tuyo, André-Louis, no parece ser muy hombre. Ningún comanche hubiera permitido que le quitaran a su mujer sin luchar. ¿Sigues enamorada de él? -preguntó el pistolero con indiferencia, aunque la idea le provocaba una extraña punzada de celos.

-No sé. Han ocurrido muchas cosas a la vez. Apenas he tenido tiempo de pensarlo. Pero no parece que mi historia te horrorice. -¿Debería horrorizarme?

-¿Tu gente también se juega las mujeres a los naipes, como hizo mi tío?

-Ocasionalmente son objeto de una apuesta, sí, pero nunca a los naipes ni con alguien de afuera. De cualquier modo perteneces a ese ranchero. Y yo no tengo tiempo que perder con gente como tú o como los hermanos Barlow.

-¡Oh, por favor, no me obligues a ir con él! ¡Preferiría morir! Lo odio; es un cerdo arrogante. Puso a André contra mí y mató a Mammy, tanto como si esa bala la hubiera disparado él. ¡Oh, Wolf, por favor, te lo suplico! Yo... sé lo que eres y, aunque me asusta, no te desprecio por serlo. Haré lo posible por no causarte dificultades. Prometo trabajar mucho y no quejarme. Oh, Wolf, por favor. Haré cualquier cosa...

El se inclinó, aferrando un puñado de pelo negro, con la cara oscura muy cerca de la de ella, tan cerca que ella podía sentir su aliento, cálido y oloroso a los buenos cigarros que fumaba.

-Conque no me desprecias, ¿eh? ¿Y me prefieres a tu novio? Tanto que te entregarías a mí como una vulgar ramera, ¿no? ¿Aunque después te murieras de vergüenza? Oh, sí, he visto a blancas bonitas como tú, después de haber sido poseídas por demonios rojos como yo: blancas perras altaneras que apartan las faldas cuando se cruzan conmigo en la acera, temerosas de que mi contacto pagano ensucie su blancura de lirios. Y me he acostado con prostitutas blancas que me cobraron doble, porque yo no era digno siquiera de ellas. Pero tú dejarías que te pusiera las manos

encima, ¿no?, a cambio de que te llevara conmigo y te salvara el pellejo. ¡Respóndeme, por favor!

-¡Sí, si eso es lo que quieres! -exclamó ella, azorada.

-¿Sí? Bueno, uno de estos días voy a aprovecharme de eso.

Miró a Storm con dureza, una vez más, bizqueando especulativamente a la luz de la luna. Ella, ruborizada, apartó la cara, inquieta. Esa actitud indefensa y vulnerable despertó en él al indio salvaje; de pronto le atrajo la idea de tener a su completa merced a esa encantadora blanca. Despreciaba a las prostitutas blancas que se abrían de piernas para él y le cobraban sin dejar de odiarlo; despreciaba a las blancas ricas que lo desdeñaban como si estuviera contaminado, y más que a nada despreciaba a los pomposos rancheros blancos que se habían quedado con la Tierra, matando al Pueblo. Sí, llevaría consigo a esa bella y desesperada señora blanca y antes de que todo terminara ella vendría a buscarlo de buena gana, deseándole, suplicándole que la hiciera suya. Eso los vengaría a todos: a las rameras blancas que se reían de él, a las blancas señoras que lo miraban como si no existiera y a los rancheros blancos que pisoteaban la Tierra, escupiendo con asco a sus orgullosos habitantes.

-Será mejor que hagas tu cama y duermas un poco. Mañana nos espera un trayecto largo, si queremos poner distancia entre tú y los hermanos Barlow.

-¿Eso... eso significa que vas a ayudarme? -Supongo que sí.

-Gracias. Oh, gracias, Wolf.

Por primera vez desde el asalto a la diligencia, Storm comenzó a respirar con más tranquilidad. Si hubiera conocido el motivo de esa súbita aquiescencia habría sentido miedo e indignación, pero no la conocía; por eso se encendió en su pecho una chispa de esperanza.

-Ahórrate el agradecimiento hasta estar segura de que lo sientes –apuntó él--. Sospecho que acabarás odiándome.

-¿A qué... a qué te refieres? -Ya verás -profetizó, ominoso.

Y Storm tuvo que contentarse con eso.

Sacó sus mantas de la alforja y preparó una cama, usando la silla de montar por almohada, como Wolf le indicó.

-Pon tus revólveres bajo el borrén posterior -le dijo él-; de ese modo los tendrás siempre a la mano. Te conviene comenzar bien, aunque todavía no sepas usarlos.

-No parece muy cómoda -dijo, estudiando su obra. -Bueno, esto no es un hotel para bellezas sureñas.

La muchacha se sintió aplastada por su sarcasmo y, por un momento horrible, tuvo deseos de huir en la oscuridad. Sólo la idea de enfrentarse a lobos mucho más peligrosos que el pistolero la disuadió de una loca fuga. -Wolf... necesito... un momento de intimidad -tartamudeó. Misericordiosamente, él decidió ceder a su pedido.

-Voy a traer más leña para el fuego. No te alejes del campamento. Ya sabes que allí afuera hay lobos -dijo, como si le hubiera leído la mente-, pero también hay víboras de cascabel.

Storm asintió con la cabeza. Cuando él se hubo ido, se lavó la cara y las manos con un poquito de agua de su cantimplora y se limpió los dientes. Vaciló al desvestirse, recordando el modo en que Wolf la había besado rato antes. Si él hubiera continuado, ¿cuánto habría protestado ella, hasta qué punto lo hubiera lamentado después?

"¡Jesús! ¿Qué estoy pensando?", se dijo, horrorizada.

Se dejó la camisola y los calzones, con el poncho arriba para estar más abrigada y protegida. Luego de reptar entre las mantas, inició la ardua tarea de cepillarse el pelo, que era una masa de enredos gracias al viento y la humedad.

-¿Ya estás decente?

-Sí -respondió, cubriéndose apresuradamente con una manta; la sostuvo con una mano, en aras del pudor, mientras hacía lo posible por completar su higiene con la otra.

Wolf dejó caer la leña en tierra y alimentó la fogata. Terminó de limpiar los cacharros y los guardó prolijamente. Por fin, después de encender otro cigarro, se volvió hacia Storm, que seguía luchando con sus crenchas.

-¿Te molestaría... ayudarme con este pelo? -inquirió la muchacha, tímidamente-. Es demasiado largo y no estoy... habituada a cepillármelo sola. Perdí todas mis horquillas y no se me había ocurrido comprar otras en Goliad. Por eso está así. Y temo que este calor también hizo lo suyo.

-No soy una doncella. Arréglate sola.

Storm bajó la mirada para disimular el súbito dolor que la ensombrecía. "Jamás le pediré nada", pensó, malhumorada, sintiéndose más indefensa y miserable que nunca. "Y en cuanto mate a los Barlow me libraré de él. Entonces ya no me hará falta. De algún modo, como sea, aprenderé a sobrevivir aquí. Aprenderé aunque me cueste la vida. Y algún día me pagará por ser tan perverso conmigo. ¡Mon Dieu! ¡Ya tendría que escucharme, este condenado, si no me hiciera tanta falta!"

Enfurruñada y furiosa, tironeó de sus enredos hasta que le dolió el cuero cabelludo y los ojos se le llenaron de lágrimas.

-¡Oh, demonios! ¡Dame ese maldito cepillo! -gruñó Wolf, después de observarla por un rato.

Storm obedeció en silencio. El usó con aire experto las rígidas cerdas en la masa de pelo, tratando de no recordar cuántas noches había hecho lo mismo con Bienamada-de-la-Selva, después del acto de amor. La francesa tenía el pelo negro azulado y sedoso, igual que el de su esposa muerta. Por un instante la mano de Wolf se puso tensa en la cascada de rizos.

-Toma. -Dejó caer groseramente el cepillo en el regazo de Storm. -Por la mañana hazte dos trenzas, como las mujeres comanches. De ese modo no necesitarás horquillas.

-Yo no soy una mujer comanche -replicó Storm, muy tiesa. Ni por asomo pensaba darle las gracias por esa ayuda, prestada tan a regañadientes.

-No, pero si tuvieras la tez oscura y un vestido de piel de venado, podrías pasar por mestiza.

Ella se acostó sin responder y se envolvió en la manta, mientras Wolf se acercaba para armar a un lado su propia cama. Lo estudió estoicamente; otra vez se sentía algo intranquila.

-Wolf -empezó, vacilante-, ¿no vas a... a...?

-¿A meterme en la cama contigo? -Su voz había vuelto a ser burlona. - No, a menos que me invites. Toma. -Desenvainó el cuchillo. -Duerme con eso, si te tranquiliza. Se me ocurrió que estarías más abrigada y segura entre mi cama y el fuego. A veces a las víboras de cascabel les gusta meterse entre las mantas, por la noche.

-Oh... -Storm sintió una súbita vergüenza y le devolvió el cuchillo. - Con... confío en ti -tartamudeó, enrojeciendo en la oscuridad.

Wolf rió por primera vez desde que ella lo conocía; no era una risa jubilosa ni agradable, sino el eco burlón de un demonio que hacía destellar dientes blancos y parejos a la luz de la luna.

-Además, ya tienes un cuchillo, ¿cierto?

-Sí -admitió ella, mansamente.

El empezó a desabotonarse la camisa, sacando los faldones, y se pasó una mano por la oscura mata de vello que tenía en el pecho.

-Duérmase, señorita Lesconflair... a menos que prefiera ver cómo me desvisto. -Una ceja se desvió hacia arriba, cruelmente divertida.

Con un gritito apagado, la muchacha le volvió la espalda y se cubrió la cabeza con la manta. Habría querido estar en cualquier otro sitio que no fuera la solitaria llanura, con ese hombre que obviamente la despreciaba, aunque se hubiera ofrecido de mala gana a ayudarla. Largo rato después de que ella cayera en un pesado sueño de agotamiento, Wolf permanecía despierto, fumando un cigarro, con la vista perdida en el fuego. La imaginaba desnuda, reluciente con la transpiración del acto de amor, bajo una luna comanche.

-Señorita Storm, en verdad usted es la niña más perezosa que he visto. Levántese de esa cama ahora mismo, ¿me oye? El señor Sol ya está alto y brillante. Y usted sigue aquí, malgastando esta mañana preciosa. Levántese ahora mismo, señorita Storm, ¿me oye?

La voz de Mammy se esfumó en el pasado. Los ojos de Storm se abrieron bruscamente para encontrarse con el azul oscuro de los de Wolf, que la sacudía sin miramientos.

-Levántate -le ordenó, seco.

Ella se incorporó con un respingo, aferrándose a esos brazos fuertes. En el primer momento no supo dónde estaba. El abrupto contacto los sorprendió a los dos y él la sujetó por instinto, con la cara tan cerca de la de ella que hubiera podido volver a besar esos labios escarlata, entreabiertos de loca confusión. Luego la apartó lentamente.

-Oh -jadeó, echándose el pelo atrás-. Por un instante creí... creí que estaba otra vez en Belle Rive y que Mammy me sacudía para despertarme. Me asusté al verte -explicó-. No sabía qué estaba haciendo un hombre desconocido en mi habitación.

Y se mordió los labios, horrorizada por su equivocación.

-En el fuego hay café, si quieres. Pero date prisa.

Ella recordó entonces que la seguían los hermanos Barlow; ella y Wolf tendrían que cubrir ese día un largo trayecto. Esperó a que él se fuera para levantarse; entonces se desperezó con un bostezo. Orinó detrás de una mata, mirando rápidamente a su alrededor para asegurarse de que Wolf no la estuviera observando. Luego se acercó al fuego. Allí encontró una taza de hojalata en la que vertió un poco de café. Lo sorbió de a poco, vacilante. Estaba caliente y amargo, pero al menos la revivió. Al terminar lavó la taza y la guardó pulcramente en la alforja de Wolf, como le había visto hacer a él la noche anterior.

-Anda, enjuaga también la cafetera -dijo él, apareciendo tras ella-, pero guarda la borra. Hay una lata para eso.

-Oh, me sobresaltaste. -Storm trató de cubrirse por completo con el poncho agachándose; la ruborizaba pensar que él le había visto los calzones.

-Señorita Lesconflair. -La voz de Wolf tenía otra vez esa horrible nota burlona.- Tendremos que viajar juntos, rápido y duro. Comprendo que usted es una damisela de buena crianza, pero temo que ese pudor suyo va a resultar muy poco práctico. No puedo andar volviéndome de

espaldas para ahorrarle un posible bochorno. Tendrá que acostumbrarse a disponer de menos intimidad. Le aseguro que un ocasional vistazo a sus prendas interiores no me inducirá a... eh... ninguna conducta perversa. Y ahora levántate. Estás ridícula.

La muchacha se puso de pie. Las cosas parecían algo tontas dichas de ese modo, pero ella no podía evitar el rubor carmesí que le manchaba las mejillas. Wolf continuó con sus tareas como si no se diera cuenta. Storm se apresuró a limpiar la cafetera, echando la borra en la lata que él le había indicado. Se cepilló el pelo y lo peinó en dos trenzas, atando los extremos con unos cordeles que Wolf le dio. Por fin se vistió. Estaba a punto de calzarse las botas cuando Wolf dio un grito furioso y corrió a quitárselas de las manos.

-¡Por el amor de Dios, mujer! ¡Por la mañana tienes que sacudir siempre las botas antes de ponértelas!

-¿Por qué?

El sacudió vigorosamente una bota y luego la otra, sin molestarse en responder a la pregunta. De la segunda cayó una horda de cucarachas. Storm se quedó mirando con horror esas detestables bestias, pues eran de un tamaño monstruoso.

-¿Qué son?

-Cucarachas -dijo Wolf, aplastándolas con su bota-. Traen enfermedades de todo tipo.

Algo asqueada, Storm deslizó tímidamente los pies en las botas, estremeciéndose sin querer. Hizo un rollo con la ropa sucia, el poncho y las mantas indias y lo ató prolijamente. Wolf la observaba con aprobación.

-Aprendes pronto. Me alegro. Ahora levanta tu silla.

-¿Pretendes... pretendes que levante eso? -se asombró la muchacha.

-Y que ensilles a tu yegua -agregó él, serenamente.

-¡Pero si en mi vida he ensillado un caballo!

-Yo no soy su esclavo, señorita Lesconflair -pronunció él, algo impaciente-. Y si nos encontramos en un aprieto no tendré tiempo de ensillarle la montura. Por eso le dije que se ahorrara el agradecimiento, que acabaría por odiarme.

Storm, viendo que hablaba en serio, recordó con un suspiro su promesa de no quejarse. Llevó a la rastra la pesada silla de cuero hasta el sitio donde Madame Bleu esperaba, paciente.

"Pon primero la manta. Nunca te olvides de eso; de lo contrario tu yegua tendrá llagas en el lomo antes de que acabe el día y no podrás montarla".

La muchacha hizo un gesto de asentimiento y tendió el cuadrado de lana sobre el animal. Eso, cuanto menos, era fácil. Se agachó para levantar la silla. No pudo moverla un centímetro. Echó una mirada indefensa a Wolf, pero por la firmeza de su mandíbula era obvio que no acudiría en su ayuda. Por el contrario, parecía hallar un perverso deleite en atormentarla. ¡Qué maldito! Por fin, después de varios intentos inútiles, Storm se puso en cuclillas y logró levantar la pesada carga hasta su regazo. Forcejeó para ponerse de pie, tensando en los brazos, la espalda y los hombros músculos cuya existencia no conocía siquiera. Jadeaba rápidamente por el desacostumbrado esfuerzo, con la cara convertida en una dura mueca de concentración.

"¡Ya verá este cerdo!", pensaba."¡Ya verá que no soy tan inútil como él piensa!"

Pujó hacia arriba con gesto decidido y la silla cayó en el lomo de Madame Bleu.

-Como ves, eres más fuerte de lo que pensabas -señaló Wolf-. Ahora arroja el estribo izquierdo hacia el otro lado y busca la cincha debajo del vientre. Bien. Pásala por ese aro y cíñela bien. Que la ciñas bien, dije. -Calló por un momento.- Holgazana, la muchacha.

-¿Quién? ¿Yo? Creía estar trabajando bien.

-Así es. Me refería a tu yegua. ¿Cómo se llama?

-Madame Bleu.

-Bueno, esta mañana no quiere ganarse la avena. ¿Ves cómo hincha los flancos?

Storm dio un paso atrás; en verdad, la yegua había hinchado los flancos como si estuviera preñada.

-¿Por qué hace eso? ¿Está enferma?

-No, pero no quiere que la ensillen. Es una treta vieja. Si subes a un caballo que ha sido ensillado estando así, acabas colgando debajo de la panza. Levanta la rodilla y apriétasela al costado con fuerza. No le dolerá. Al mismo tiempo tira de la correa con fuerza.

Storm hizo lo indicado. Madame Bleu soltó una gran bocanada de aire y sus flancos se redujeron al tamaño normal. De inmediato, antes de que la yegua pudiera inflarse otra vez, la muchacha ajustó la cincha tanto como le fue posible.

-Ahora átala -ordenó Wolf

Cuando la joven terminó, él revisó la silla para comprobar que no se deslizara.

-¿Está bien? -preguntó Storm, aún jadeante.

-Pasable.

Nunca en su vida había trabajado tanto como esa mañana. Cuando la yegua estuvo ensillada y la alforja detrás del asiento, Wolf le enseñó a acomodar el equipo en el pequeño caballo gris, que

se llamaba Asenap, de modo que el peso quedara distribuido de manera equilibrada. Luego aprendió a apagar el fuego a puntapiés, cubriéndolo de tierra.

-Asegúrate siempre de haberlo apagado bien -le dijo Wolf-. Los incendios de pradera son una de las cosas más peligrosas del Oeste.

Por fin estuvieron montados y listos para partir. Storm echó un vistazo alrededor, intrigada.

-Caramba, si no hubiera pasado la noche aquí no sabría que en este sitio hubo un campamento.

-Esa es la idea: cubrir el propio rastro tanto como se pueda.

Storm guardó esa información previsoramente, junto con las otras cosas aprendidas esa mañana. Ya sentía la cabeza a punto de estallar: ¡había tanto de que acordarse! ¿Qué habría hecho sin ese hombre? Comprendió que tenía suerte, mucha suerte. Aunque él fuera un pistolero, un asesino, al menos no lo buscaba la justicia, como a esos sucios forajidos, y no la violaría para luego, degollarla; si esa hubiera sido su intención, lo habría hecho la noche anterior. Storm acicateó un poco a Madame Bleu para seguir el rápido paso de su compañero.

-¿Adónde vamos, Wolf?

-A Corpus Christi.

-¿Queda lejos?

-A unos ciento cincuenta kilómetros, a vuelo de pájaro.

-¿Por qué... por qué huimos, Wolf? ¿Por qué no nos quedamos a esperar a los Barlow? ¿No sería mejor que los mataras, simplemente?

-Mira que eres sanguinaria, ¿eh? No estamos huyendo. En Corpus Christi tengo asuntos que atender. Y yo no tengo nada contra los hermanos Barlow. Es a ti a quien buscan. Oh, no te preocupes. -Al ver que Storm ensanchaba aprensivamente los ojos emitió esa risa breve, áspera y demoníaca.- Me encargaré de ellos si nos alcanzan, sí. Te he dado mi palabra. Y la palabra de un comanche es sagrada.

-Creo... creo que te he causado muchos problemas -suspiró ella.

-Bueno, sí, pero no son los primeros que tengo. Y aún estoy vivo.

Storm no estaba habituada a arduos viajes a caballo; al promediar la tarde era evidente, pese a todos sus intentos por disimularlo. Las tensiones de los últimos días se cobraban finalmente lo suyo; descubrió que se quedaba cada vez más atrás con el correr del día; cada salto en la montura parecía peor que los anteriores, al punto que debía apretar los dientes con fuerza para no gritar de puro tormento. Pronto el cuerpo le dolía de un modo insoportable; comprendió que no podía continuar un kilómetro más. Acalorada, exhausta y dolorida de pies a cabeza, se dio finalmente por vencida y sofrenó a Madame Bleu, gimiendo.

Al cabo de un rato Wolf cayó en la cuenta de que la muchacha ya no lo seguía y se volvió apenas en su montura para ver qué había sido de ella. Con la boca apretada de impaciencia, retrocedió para ver qué pasaba.

-¿Y bien? -Enarcó una ceja, con ese horrendo gesto que la hacía sentir como si valiera poco más que el polvo.

-Lo... lo siento, pero no puedo avanzar un paso más. Sé que... que prometí no quejarme, pero ¿no podemos acampar un rato antes, sólo por esta vez, por favor?

Por un momento horrible creyó que él iba a negarse y a dejarla allí, simplemente, pero al fin el pistolero asintió con sequedad, señalando un grupo de árboles a varios metros de distancia.

-Acamparemos allí.

Cada movimiento era como una exquisita tortura. La muchacha descendió de la silla, colgándose del pomo para no caer, pues las rodillas no le respondían, demasiado entumecidas para sostener su peso. Wolf, al percibir sus apuros, la tomó por la cintura para dejarla en el suelo, sin ceremonias; desató sus mantas y se las arrojó.

-Puedes hacerte la cama, cuanto menos -estableció secamente, antes de llevarse a Madame Bleu.

Demasiado cansada para protestar, Storm deshizo el rollo y extendió una de las coloridas mantas; gateó lentamente por ella hasta estirarse con cautela. Pocos momentos después dormía profundamente. Rato después la despertaron las manos de Wolf, que le quitaban las prendas hasta dejarla sólo en ropa interior. Aturdida y físicamente debilitada por la dura prueba, ella no tuvo fuerzas para resistirse y quedó despatarrada junto a él, gimiendo apenas.

"No importa", pensaba. "Si me viola, no importa. Jesús, estoy demasiado cansada para preocuparme. Sólo espero que se dé prisa en terminar."

Sin embargo, para sorpresa de Storm, él no hizo intento alguno de forzarla; se limitó a masajearle las articulaciones y los miembros doloridos. Al principio, la fuerte presión de sus dedos dolió ferozmente, pero poco a poco la tensión de espalda, brazos y piernas comenzó a ceder. Storm notó que los dolores abandonaban su cuerpo bajo ese masaje experimentado. Ningún hombre la había acariciado tan íntimamente; en el fondo ella sabía que debía sentirse mortificada, pero en tanto sus manos continuaban recorriéndola de manera casi impersonal se descubrió demasiado

Librodot

agradecida por el alivio como para quejarse. Una o dos veces sintió una extraña inquietud en la entrepierna, pero la reprimió de prisa, sin atreverse a pensar en eso. Por fin volvió a quedarse dormida, sin prestar atención a la presencia de Wolf.

Con el correr de los días y las noches, Storm iba viendo a Wolf, no ya como mestizo salvaje, sino como hombre. Pese a sus dudas iniciales, el pistolero exudaba un magnetismo viril difícil de ignorar. Como viajaban juntos y dormían lado a lado, la muchacha disponía de poca intimidad para pudores; aunque Wolf rara vez la tocaba, ella sentía su mirada fija en ella: fríos, duros, especulativos ojos azul de medianoche, que la estudiaban en silencio, a veces con apetito, haciéndola volverse de espaldas con un estremecimiento extraño. A veces ella también lo observaba con disimulo, sin poder contenerse; por la mañana, cuando él se afeitaba, no podía dejar de contemplar su torso desnudo. Estudiaba el juego del sol en su piel cobriza, el movimiento de sus ágiles músculos en la espalda y en los brazos, y sentía unas ansias extrañas, no muy distintas de lo que había experimentado durante aquel relajante, pero perturbador masaje. En esas ocasiones se ruborizaba, espantada por sus pensamientos, y se regañaba mentalmente; pero su severa crianza parecía haber quedado muy atrás; con frecuencia le resultaba difícil recordar las normas aprendidas. Las costumbres sureñas eran allí tan inútiles que el sentido común declaraba inservibles también las reglas morales. Storm descubrió que, poco a poco, iba descartando sus escrúpulos con el correr del tiempo. Disculpaba su conducta diciéndose que Texas era caluroso, que las noches eran demasiado húmedas para dormir completamente vestida, que en su casa habría dormido aun más ligera de ropas, que muchas europeas, en prendas íntimas, recibían en sus alcobas a los hombres que las ayudaban a completar su tocado. Pronto dejó de parecerle malo presentarse ante Wolf a medio vestir, sin siquiera la protección de su poncho, sin saber que ceder un paso equivale, a veces, a ceder un kilómetro.

El observaba con secreta diversión esas luchas interiores, en tanto caían, una tras otra, las barreras de la intimidad; no pasaría mucho tiempo sin que la tuviera en su lecho. La cortejaba con tanta habilidad y sutileza que Storm, habituada a los francos galanteos de los caballeros sureños, apenas sabía por qué él la atraía cada vez más. Su modo de tratarla, frío y arrogante, le hirió la vanidad en más de una ocasión, tal como él quería; casi sin darse cuenta, decidió conquistarlo con sus muchos encantos, empleando todas las triquiñuelas de coqueta que había aprendido en Nueva Orleáns, ignorando que estaba cayendo en sus manos.

"¡Qué pillo despreciable!", pensaba, furiosa, cada vez que él la atravesaba con la mirada por haber cometido algún error. "¡Ya le enseñaré!"

Si él le ordenaba que se mantuviera erguida en la silla, Storm convertía su columna en una vara, con los pechos tensos contra la fina tela de la blusa, hasta asegurarse de que él lo notaba y la deseaba.

Por las noches, cuando se bañaba, se ponía las prendas interiores con la piel aún mojada, a fin de que el fino tejido se adhiriera de modo revelador y los ojos de Wolf brillaran con ese apetito cálido y pagano, que a ella le aceleraba la sangre.

"¡Ya le enseñaré!", se repetía, una y otra vez, con el correr de los días. "Haré que se enamore de mí y luego le romperé el corazón. Así aprenderá, el muy pillo."

Por desgracia, rara vez se le ocurría pensar que Wolf no estaba a sus órdenes, como los jóvenes de Nueva Orleáns; una vez que hubiera desatado sus pasiones, apenas reprimidas, ese hombre no aceptaría negativas; Storm estaba jugando con un fuego que no podría dominar, una vez que ardiera fuera de todo control. Ella sólo sabía que esas extrañas relaciones volaban hacia algún destino desconocido, como nubes de tormenta por el cielo antes de la tempestad.

Dos semanas después, al promediar la mañana, llegaron al río Nueces, justo al norte del lago Corpus Christi. Sé lo veía azul, fresco e invitante; el agua moteada ondulaba suavemente bajo las ramas de los álamos blancos que bordeaban sus ribazos.

-Vamos a cruzar -dijo Wolf-. Así podremos seguir el río hasta Corpus Christi y tendremos agua fresca en abundancia. ¿Sabes nadar? -La miró con aire dubitativo.

-Oui, Monsieur -replicó Storm con acritud, irritada como de costumbre por la enfurecedora arrogancia de ese hombre-. Eso lo sé. Nadie se pasa la vida junto al Mississippi sin aprender a nadar. Me enseñó mi primo.

-Bien. Probablemente no haga falta, pero al menos no te ahogarás si te lleva la corriente. -El pistolero echó un vistazo apreciativo a la pequeña yegua.- Reconozco que ese caballito tuyo es mucho más fuerte de lo que parece. No creo que tengas problemas. Acicatéala para que entre y aférrate bien al pomo de la montura.

-Como tú digas -respondió ella, con más seguridad de la que sentía, estudiando el agua que un momento antes le parecía tan tentadora. Súbitamente ya no era así.

"Tengo que hacerlo", decidió. "No quiero ser una carga más pesada para él. Podría enfurecerse y abandonarme, después de todo, aunque me desee para... para eso."

Aspiró hondo, clavó los talones en los flancos de Madame Bleu y se sumergió. El río estaba helado; tras el impacto inicial del agua fría, Storm se desprendió flotando de la montura y se

sumergió, en tanto la yegua adelantaba las patas delanteras para nadar. La muchacha salió a la superficie, aspirando el aire a bocanadas, y se lanzó hacia adelante para aferrarse del pomo de la silla, tratando de evitar los mortíferos cascos en movimiento. Sus dedos se aferraron del cuero mojado; se sintió tironeada hacia arriba y hacia abajo, una y otra vez, por el avance de la bestia. Madame Bleu resoplaba y sacudía la cabeza, tratando de librar de agua sus fosas nasales, en tanto nadaba hacia el otro lado. Storm parpadeó rápidamente para quitarse las gotitas que la cegaban, adheridas a sus pestañas, pero fue inútil. La fina llovizna levantada por la yegua caía directamente sobre ella. Sólo supo que habían llegado a destino cuando se sintió arrastrada sobre suelo firme. Aturdida y exhausta, se soltó del pomo y cayó a tierra, jadeante.

-Sobrevivirás -comentó Wolf, sarcástico, chorreando agua sobre ella al acercarse con aire impaciente.

La muchacha se levantó apresuradamente para montar a Madame Bleu, para no provocar nuevos comentarios burlones.

Después del río el trayecto parecía más fresco, pues allí crecían densamente árboles de todo tipo, que proporcionaban una grata sombra. A eso se sumaba lo mojado de las ropas; aunque ya se habían secado cuando Storm y Wolf se detuvieron para almorzar, llevaba muchos días sin sentirse tan a gusto.

Entre las ramas gorjeaban los pájaros; aquí y allá, ardillas parloteantes y tímidos conejos asomaban curiosamente de sus escondrijos, para escurrirse de prisa a la menor alarma. Por la planicie, a la distancia, los rebaños de venados levantaban majestuosas cornamentas para mirar con solemnidad el paso de los dos viajeros. A veces oían, lejos, el grito salvaje de una pantera o un puma a los que algo había arrancado del pesado sueño al sol. En cierta oportunidad vieron un oso, pero se alejó pesadamente tras echarles apenas una mirada. Storm se sorprendió de ver tantos animales a poca distancia. Con excepción de caballos y galgos, había tenido poco contacto con las bestias de la naturaleza.

Anochecía cuando Wolf, por fin, dijo que podían acampar. Storm se deslizó por la silla con un gemido de alivio y cayó al suelo hecha un bulto sin vida. El oscuro semblante de Wolf lucía esa horrible expresión divertida al arrojarle la caja de yesca.

-Levántate y enciende el fuego. Luego pon el café y las habichuelas a hervir. Después desensillas a Madame Bleu, la frotas y le das comida y agua. Cuando acabes con todo eso puedes preparar tu cama.

-Bestia vil y sin corazón -gimió Storm, arrojándole la lata-. Me duele la espalda y nunca en mi vida encendí fuego.

El esquivó la caja de yesca que pasaba junto a su cabeza.

-Bueno, eso es porque he sido blando contigo en estas semanas. Ya has tenido tiempo suficiente para que tu espalda se acostumbre a este tipo de vida. Desde ahora en adelante tendrás que demostrar lo que vales. -Storm hizo un mohín aniñado, negándose a responder. El la estudió fríamente por un momento. Luego pronunció:- Tenía entendido que usted deseaba mi ayuda, señorita Lesconflair, pero ya veo que me equivoqué.

Ante eso la muchacha se levantó de inmediato, temiendo una vez más que él se enojara y la abandonara a merced de los Barlow. El le indicó cómo encender la fogata, aunque Storm lo había visto hacerlo muchas veces. El Lobo recogió su rifle y se alejó a grandes pasos.

-¿Adónde vas? -preguntó Storm, nerviosa, a la silueta que se alejaba.

El giró en redondo, con la boca estirada por el desdén.

-A cazar, por supuesto. ¿Estás de acuerdo, paraibo?

Storm enrojeció, pues habría debido darse cuenta. Esperó a que él se fuera para lanzar furiosos juramentos por lo bajo. ¿Cómo se atrevía ese hombre a tratarla como a una esposa inoportuna? ¡Porque esa era su intención, sin duda! Sin dejar de maldecir a ese secuaz de Lucifer, enviado para torturarla sin misericordia, empezó a buscar la lata de yesca entre la maleza, aterrorizada por la posibilidad de encontrarse con una mortífera serpiente de cascabel. Por fin halló la lata sin contratiempos. Sacó su cuchillo y cavó en el suelo una pequeña indentación, como Wolf le había indicado; amontonó en el hoyo pasto seco y los trocitos de leña caída que logró reunir y pasó casi una hora tratando de arrancar una chispa al pedernal. Por fin prendió una llama. Sopló con suavidad en la pequeña chispa, temiendo que volviera a apagarse, pero pronto la tuvo ardiendo bien. Entonces juntó unas cuantas piedras y las puso en un pulcro círculo alrededor del fuego, para que no se extendiera.

Hecho eso arrastró su cansado cuerpo hasta Asenap, para desempacar los alimentos y los trastos que usaban para cocinar. Clavó dos horquetas y puso el espetón entre ellas. Llenó con agua dos cacerolas y agregó el café y las habichuelas.

Desensilló a su yegua y la frotó enérgicamente con la manta de lana. Midió una generosa porción de avena para el animal, sin saber con cuánto bastaría, y la vertió en el suelo, formando un montículo. Llenó un cántaro hasta la mitad con agua del río, para que la bestia bebiera. Cuanto menos sabía que no debía permitirle beber agua a toneladas. Lo había aprendido en Belle Rive, la

única vez en su vida que vio a su padre golpear a un esclavo. El muchacho había permitido que el potro cansado de Paul-Eduard Lesconflair tragara todo un cántaro de agua en el curso de unos pocos minutos. Momentos después, el caballo cayó con el vientre horriblemente hinchado y calambres estomacales. Sólo las rápidas medidas de su padre habían impedido que el animal muriera.

Echó una mirada vacilante a las bestias de Wolf, pero apretó los labios, pensando con ira: "¡Que los atienda él, pedazo de monstruo!"

Por fin preparó su cama para esa noche. La miró con ansias, pero no se atrevía a cerrar los ojos ni para una brevísima siesta. Ya había oscurecido y los animales nocturnos empezaban a moverse. Storm miró a su alrededor, con cautela, y se consoló apoyando la mano en una de sus pistolas, deseando que Wolf regresara de una vez. ¿Cómo se atrevía ese patán a dejarla sola de ese modo? ¡Jesús! ¡Era capaz de no regresar, el muy cerdo! El ruido de un disparo, a la distancia, le hizo dar un respingo. Al cabo de un minuto de alarma, comprendió que Wolf debía de haber cazado algo para la cena.

-¿Cómo hace? -musitó en voz alta-. ¡Sacrebleu! Ese hombre tiene ojos de gato, si ve en la oscuridad.

Momentos después quedó petrificada al sentir que la aferraban desde atrás. Una mano recia le cubrió la boca. Forcejeó salvajemente hasta que la voz sedosa de Wolf le susurró al oído.

-Soy yo, señorita Lesconflair.

-Bueno, ¿por qué demonios te acercas así? -chilló Storm, furiosa-. ¡Me diste un susto de muerte!

-Esa era mi intención -replicó él, sereno-. Si yo hubiera sido un bandolero o un indio apache, a estas horas no estarías viva, probablemente. -Aún recordaba con claridad las palabras de su tío Masitawtawp.- Cuando estés en la pradera no bajes la guardia ni por un instante. Aprende a mantener los oídos alerta.

-¡Podrías habérmelo dicho! -le espetó la muchacha, aún asustada y furiosa.

-Al demostrártelo te di una lección mucho más valiosa, que recordarás mejor -explicó él, arrojando al suelo su rifle y la res de un conejo silvestre-. Algún día eso puede salvarte la vida.

La joven se mordió los labios, contrita, sabiendo que él decía la verdad.

-Trae tu cuchillo. Voy a enseñarte a desollar conejos. Y tengo una sorpresa para ti.

-¡Una sorpresa! -exclamó Storm, animada como un niño por la palabra-. ¿Qué es?

-No, no. Después de que desuelles el conejo.

-¡No quiero tocar a ese pobrecito! -Storm miró con tristeza la patética bestezuela muerta.

-Pero lo harás, ¿verdad, señorita Lesconflair? Sería una pena que los Barlow te mataran como yo maté a este conejo.

Cuando ella acabó la tarea, el animal (o lo que de él restaba) era una masa sanguinolenta. No se parecía en absoluto a las pequeñas reses pulcras que ella había visto asarse en el espetón las noches anteriores. De cualquier modo, en los huesos quedaba carne suficiente para una comida; lo ensartó en el palo ahusado y lo suspendió sobre la fogata, mientras Wolf se ocupaba de Pahuraix y Asenap. Por fin él terminó y vino a sentarse a su lado.

-Bueno, la sorpresa... -Ella le sonrió lentamente, a la expectativa.

Wolf aspiró bruscamente al ver ese gesto; en ese momento la muchacha estaba adorable, con la cara relumbrante por la luz de la fogata y una chispa de expectativa en los ojos grises; sus blancos dientes eran como pequeñas perlas en la oscuridad. Por un momento fugaz agitó en él sentimientos que había creído muertos para siempre. Eso lo sobresaltó. Para disimular su consternación, rebuscó dentro de su camisa y sacó tres hojas verdes, largas y gruesas, con pequeñas espinas a los costados.

-¿Esta es la sorpresa? -Storm miraba con desilusión las hojas que se le ofrecían.

-¡Por Dios! -gruñó él, con más aspereza de la que pensaba-. Eres la mujer más ingrata del mundo. Si te callas por un momento, te diré qué se hace con ellas.

-Disculpa -susurró la muchacha, sofocada, bajando la vista para disimular las bruscas lágrimas que allí centelleaban.

Wolf estaba en lo cierto. No tenía por qué soportarla; la había aceptado cuando ella no tenía adónde ir y estaba tratando de enseñarle a sobrevivir en esa tierra salvaje.

-Toma una de esas cacerolas y tritura estas hojas con una piedra, hasta que salgan los jugos y formen una especie de pasta. Son de una planta especial, buena para la piel. El sol te la ha quemado mucho y empieza a desprenderse.

Storm no podía creerlo. El hombre al que ella tenía por monstruo y pagano había reparado en lo quemado que estaba su hermoso cutis bajo el ala del sombrero. Lo miró con gratitud, confundida por esa inesperada amabilidad.

-Gracias.

Un momento después habría querido morderse la lengua, pues la respuesta fue:

-Como retribución puedes remendar algunas de mis camisas.

Después de la cena, Storm se untó la cara con la pasta y se sentó, resentida, a coser las desgarraduras abiertas en las prendas de Wolf. "Es como si él me hubiera comprado", rabió en silencio. "Me trata peor que a una esclava, como si yo fuera una cualquiera recogida en una taberna."

Desgraciadamente, recordó que ese era el modo en que él la había conocido. La mortificación hizo que punzara con iracundia la fina seda de la camisa, lamentando no tenerlo a él bajo la aguja. En su frustración sólo consiguió pincharse un dedo. Se chupó la pequeña herida con furia, odiándolo aun más. Al terminar la tarea le arrojó las camisas, o poco menos. De inmediato se arrepintió, pues él la miraba fríamente.

-Quiero... quiero darme un baño -dijo, desafiante pese a aquella ira de acero.

-Bien. Ya que estás, puedes lavar la ropa.

Wolf le dedicó una sonrisa burlona, destinada a insinuar que se estaba cobrando aquel modo de arrojarle las camisas. Storm habría querido borrarle la sonrisa de una bofetada, pero no se atrevió. Se limitó a seguirlo hasta el río, muda, aunque murmurando para sus adentros cosas muy poco dignas de una dama.

-Vuélvete de espaldas -le ordenó con fastidio. Como siempre, temía que él se sentara en el ribazo a observarla. Si bien no le molestaba que la viera con la ropa interior mojada, otra cosa era mostrarse completamente desnuda. Sin embargo, él le volvió la espalda y se estiró contra el tronco de un árbol, a fumar un cigarro.

-No te alejes demasiado -indicó, aunque no hacía falta-. Ya sabes que los mocasines entran en actividad por la noche.

Storm se estremeció, lamentando que él se lo hubiera recordado. Lavó apresuradamente la ropa sucia; luego se desnudó para bañarse, sin atreverse a sentarse en el agua. Al terminar se puso una camisola y calzones limpios. La ropa mojada pesaba mucho, pero por entonces Storm había aprendido a no pedir ayuda a Wolf. Sin decir palabra, se cargó el bulto sobre la cadera.

-Mira bien dónde pisas cuando estás descalza -advirtió él, con aire indiferente-. Sígueme de cerca.

Tal vez porque el baño, aunque breve, había reanimado su espíritu, Storm le espetó, impertinente:

-Sí amito, señor Lobo. Como usted mande, señor Lobo. ¿Algo más, amito?

El le miró con intención, recorriéndola con ese brillo grosero en los ojos que la hacía sentir desnuda y vulnerable.

-Algo más habrá, señorita Lesconflair, si su comportamiento no mejora.

Ella tragó saliva con dificultad, comprendiendo que había estado a punto de excederse, y lo siguió hacia el campamento, caminando con cautela entre los árboles, en medio de la oscuridad. Tan atenta estaba al camino que, cuando Wolf se detuvo abruptamente, fue a chocar contra él.

-¿Qué? ¿Qué ocurre?

-Tenemos visitas, señorita Lesconflair. -Hablaba en voz baja.- No hay motivos para alarmarse. Son amigos, kiowas. Pero quiero que hagas exactamente lo que yo te diga. Nada de preguntas ni de quejas. Si haces algo que me desmerezca ante ellos sufrirás después las consecuencias. ¿Entendido?

-Sí.

Había nueve hombres sentados alrededor de la fogata, esperando. Storm se estremeció al verlos, oscuros y fieros, con sus chaquetas de piel con flecos y sus pectorales de hueso; todos llevaban armas de fuego, cuchillos y tomahawks. Wolf dejó caer su rifle y se les acercó a grandes pasos, haciendo gestos con las manos, mientras hablaba rápidamente en comanche. Al cabo de un momento, uno de los guerreros replicó en un idioma que parecía el mismo, a los oídos no preparados de la joven, y utilizando también las manos para aclarar sus palabras. Luego todo el mundo sonrió y Wolf se sentó delante de la fogata, con las piernas cruzadas.

-Paraibo. -Se dirigía a Storm; lo hizo primero en comanche, pero continuó en inglés.- En mi alforja encontrarás una pipa y algo de tabaco. Tráemelos de inmediato. Luego saca el resto de los platos y prepara algo para que coman nuestros amigos.

Storm se apresuró a dejar caer la ropa mojada e hizo lo que se le indicaba; las manos no dejaban de temblarle mientras buscaba entre las cosas de Wolf. Los kiowas parecieron impresionarse ante la pipa, pues hicieron ruidos y gestos de gran respeto, parloteando entre sí con aire de aprobación, en tanto Wolf la llenaba y encendía. Dio varias pitadas y la pasó al guerrero que parecía encabezar el grupo. El indio le dio una chupada, solemne, y la pasó a sus compañeros de tribu, quienes siguieron su ejemplo. Mientras tanto, Storm cortaba apresuradamente en grandes trozos lo que restaba del conejo, patéticamente pequeño, que había desollado y cocinado antes. Mezcló la carne con las habichuelas, que eran abundantes, y llenó los platos.

-Mantén la mirada pudorosamente gacha cuando sirvas -ordenó Wolf-. ¡Y no digas nada!

Ella asintió con la cabeza y se acercó a los kiowas, vacilante. Les fue entregando los platos en el mismo orden con que habían fumado la pipa, sin atreverse a mirar a nadie, aun cuando uno

de ellos levantó hacia ella una mirada especulativa, se echó a reír y dijo algo a Wolf, quien respondió amablemente. El guerrero continuó riendo; como si estuviera envalentonado por el licor que los indios habían sacado de sus mochilas y pasaban de mano en mano, hizo un gesto enfático, señalándose a sí mismo y luego, a Storm.

Entonces Wolf sacudió la cabeza negativamente.

-No -respondió en comanche, con firmeza. Hasta la muchacha comprendió que se negaba al pedido del guerrero, obviamente relacionado con ella.

-Termina tus tareas, paraibo, y vete a la cama -indicó Wolf-. No te preocupes por los platos. Puedes lavarlos por la mañana.

La muchacha tendió lentamente la ropa lavada. Aquello no le gustaba nada. Los kiowas se tornaban más bulliciosos y desmandados a medida que consumían más y más licor, del que parecían tener una provisión interminable. Uno de ellos había sacado un par de dados y ahora todos, incluido Wolf, estaban dedicados a apostar, mientras se turnaban para sacudir los cubos, canturreando, y arrojarlos al suelo. Había gruñidos y maldiciones; gritos de júbilo y grandes anuncios; el dinero y otros artículos iban cambiando rápidamente de mano.

Después de cepillarse el pelo, Storm se acurrucó bajo sus mantas, aterrada, con calor y sin poder dormir. Nunca había visto así a Wolf. Participaba de los desenfrenados gritos y de las risas tan libremente como los otros.

"El también debe de estar ebrio", pensó la joven, aprensiva. "Es siempre tan silencioso y dominado... ¡Dios mío! ¿Y si decidiera apostarme en una jugada contra esos demonios rojos? Oh, no, no es posible. Dijo que los comanches no jugaban a sus mujeres, cuanto menos con extraños. Pero tal vez se refería sólo a los blancos y a los mexicanos, no a otros indios; además, en realidad yo no soy su mujer. Oh, Santa María, ten piedad de mí."

Por fin, tras varias horas de risas, chillidos, alcohol y tabaco, Wolf se quitó parte de la ropa y, arrastrando su silla de montar y sus mantas hasta donde estaba Storm, se metió entre los cobertores de la muchacha, para sorpresa de ella, encerrándola entre sus brazos fuertes. Ella le apoyó la cabeza contra el pecho, demasiado asustada para protestar por esa actitud.

-Estuviste muy bien -le susurró él al oído, acariciándole el pelo para calmarla, pues sentía que su cuerpo temblaba de pies a cabeza-. Te dije que no había por qué asustarse, pues eran amigos. Son aliados de los comanches. A un par de ellos los conozco desde hace mucho. Se irán por la mañana.

Storm notó entonces que los kiowas estaban extendiendo sus mantas en el suelo, a poca distancia. Algunos ya se habían despatarrado en el suelo; al parecer, estaban desmayados desde rato antes.

-¿Qué pasa? -preguntó Wolf-. ¿No podías dormir?

-No. Tenía... calor.

-Sí, sin duda. -Su voz era densa, ronca y gangosa.- Yo también.

La muchacha enrojeció recorrida por una chispa eléctrica al cobrar conciencia de la dura virilidad apretada contra ella. Trató de liberarse del abrazo, pero él se limitó a estrecharla con más fuerza.

-¡No, Wolf! ¡Déjame!

-No, pequeña -murmuró él.

-Pero...

-Soy hombre, pequeña. No puedo evitar el excitarme. Por otra parte, ¿no era eso lo que buscabas en estas últimas semanas? No es la primera vez que veo tretas como las tuyas. Eres una provocadora, pequeña. Te gusta provocar a los hombres, pero no das nada a cambio, ¿cierto? No querrás que el viejo Caballo Cojo piense que lo prefieres a mí, ¿verdad? Deberías darme las gracias, pequeña. Le dije que eras mi esposa. De lo contrario en este momento podría ser él quien estuviera entre tus mantas. Hummm... ¡qué bien hueles! A rosas. Mi madre solía cultivar rosas. Cielos, también es grato tocarte.

Ciñó con las manos la cintura de Storm, mientras enterraba la cara en su nube de pelo negro. Luego sus dedos se escurrieron hasta los lazos de la camisola, tironeando con impaciencia de los cordones de seda.

-¡No, Wolf, no! -exclamó la muchacha, mortificada al saber que él había descubierto sus pequeñas tretas y las interpretaba así.

-Calla, pequeña.

Le sujetó la cara, volviéndola hacia él. Sus ojos azul medianoche centelleaban como tinta negra; la besó lentamente en la boca, acallando sus exclamaciones susurradas, en tanto volvía a hurgar en su camisola, apartando los bordes ya desatados para descubrirle los pechos.

-Tienes una bonita piel, pequeña, como yo esperaba.

Storm gimió suavemente bajo la exigente presión de sus labios y la invasión de su lengua dentro de la boca. Un escalofrío extraño, medio asustado, medio emocionante, pareció apoderarse de ella, haciéndole temblar el cuerpo entero, en tanto él encerraba en una mano posesiva un

montículo maduro, incitando con el pulgar el pezón que se endurecía al contacto, como si tuviera voluntad propia. Del pequeño pico volaron extraños cosquilleos en todas direcciones. En lo hondo de ese sitio blando y secreto, entre sus muslos, Storm sintió que se encendía un dolor lento y quemante, que se extendía como incendio de bosques por su ingle. La boca de Wolf viajó por su cuello, presionando besos calientes y rápidos a lo largo de la esbelta columna; mientras tanto murmuraba algo en comanche, excitándole la carne con el aliento cálido, hasta que sus labios se cerraron sobre el diminuto pimpollo rígido del pecho que lo esperaba ansiosamente. Succionó con lánguida deliberación, haciendo girar la lengua para provocarla, mientras Storm se retorcía bajo él, gimiendo por lo bajo. Una vez más hizo un intento poco serio de liberarse, pero estaba atrapada bajo Wolf y él tenía una mano enredada a su cabellera, impidiéndole la huida. Su boca le quemó el pecho de un seno al otro; sus dientes mordisquearon apenas la punta rosada para mantenerla erguida, en tanto su lengua iba y venía y la rodeaba y sus dedos seguían acariciando la cresta hinchada que sus labios habían excitado momentos antes. Por fin apoyó la mejilla morena sobre la curva satinada del hombro de Storm.

-Dulce. Dulce -susurró, antes de que ella cayera en la cuenta de que estaba dormido. Presa ahora de un calor diferente, confundida y temblando de pies a cabeza, deseosa de algo que no se atrevía a nombrar, sintiéndose extrañamente destrozada, Storm ahogó un sollozo de desencanto en la oscuridad y se mordió los labios. Pasó largo rato antes de que ella también cayera en un sueño pesado.

Por la mañana, cuando la muchacha despertó, el sol iniciaba su lento ascenso por el cielo y los kiowas ya se habían ido, tan silenciosamente como llegaran. Se movió suavemente, preguntándose por qué no podía levantarse; entonces notó que aún estaba estrechamente envuelta por los brazos de Wolf. Una de sus fuertes manos descansaba sobre un pecho que aún asomaba entre el encaje de su camisola. Permaneció muy quieta, tratando de no pensar en eso; aun así el pezón se le puso duro y sensible bajo la leve presión de aquellos dedos, al recordar lo ocurrido por la noche. Ningún hombre la había usado nunca así; aunque horrorizada, había en ella algo más: ese deseo que no se atrevía a enfrentar. El pistolero continuó durmiendo, ajeno a las extrañas sensaciones que, una vez más, provocaba en el cuerpo de la joven. Cambiando de posición, sepultó la cara más profundamente contra el hombro de ella y apretó la mano al montículo que retenía. Entre sueños murmuró algo. Storm se puso tensa, con una pequeña exclamación de sorpresa. ¡Bienamada! Eso era lo que creía haberle oído decir. ¡Bienamada!

Ese pequeño grito lo despertó al instante. Por un momento pareció casi joven otra vez, tal como debía haber sido antes de que la vida lo hiciera duro y cruel. Al reconocer a Storm sus ojos se llenaron de dolor y desilusión. De inmediato volvió la máscara fría y burlona. La soltó, destrozando en ella la sensación de expectativa que había sentido al preguntarse a quién llamaba 'bienamada".

-Se han ido -señaló, inexpresiva.

-¿Quiénes? Ah, los kiowas. Sí, se fueron hace un par de horas. Me pareció que a nosotros dos nos vendría bien dormir un rato más.

-Lo sé. Yo... no dormí mucho. Estaba muy asustada. Y tú, ebrio y... y...

-No tan ebrio que me haya olvidado, si a eso te refieres -pronunció él, malignamente, enarcando una ceja-. Te mantuve a salvo, ¿no? ¿Quieres que me disculpe por haber tratado de hacerte el amor... o por no acabar lo que había comenzado?

-¡Oh! -La muchacha enrojeció, mortificada.- ¿Cómo te atreves a mencionármelo? No es cosa de caballeros...

El se levantó para desperezarse, como si no reparara en el rubor indignado que le manchaba las mejillas.

-¿No habíamos decidido ya que yo no soy un caballero? Aún no has respondido a mi pregunta, Storm.

-Conque ahora soy Storm, ¿no? Primero me obligas a someterme a las indecentes libertades que te tomas...

-Y que tú disfrutaste tanto como yo.

-¡Oh!

-¿Debo entender que, si volvemos a tener visitas, prefieres compartir tus mantas con otro?

-¡No! Te dejo. ¡Hoy mismo! Debo de haber estado loca para confiar en ti. Eres como todos los hombres que he conocido en mi vida. ¡Sólo quieres usarme!

Wolf se encogió de hombros, enfureciéndola aun más.

-Como gustes -dijo.

Ella se incorporó, sosteniendo una de las mantas contra el pecho, y lo estudió disimulado mientras el se afeitaba a la primera luz de la mañana. Era realmente hermoso, a su estilo salvaje. Desnudo hasta la cintura, con la piel cobriza casi refulgente, en agudo contraste con las leves cicatrices blancas que le marcaban la carne aquí y allá quemaduras, heridas de cuchillo, agujeros

de bala... Sólo Dios sabía cuántas había allí. Contra la mata de vello negro que le cubría el pecho pendía el rosario de ébano que siempre usaba. Su crucifijo de plata maciza lanzaba destellos a la luz del sol. Sus músculos ondulaban sinuosamente en los brazos y en la espalda a cada movimiento, asemejándolo a un antiguo dios pagano.

-Tenía entendido que adorabas a la Madre Luna -observó ella, curiosa, buscando algo que decir.

-¿Qué? Ah, lo dices por el crucifijo. Me lo dio mi madre.

-¿Por qué? ¿Ella no era comanche?

-No.

-Por eso eres indio sólo a medias, ¿no? -persistió la joven.

-Sí -respondió él, secamente, sin molestarse en explicar que era comanche por adopción-. Si te vas, será mejor que te des prisa. Esos kiowas podrían volver a buscarte.

Storm adivinó que lo decía sólo por asustarla, pero aun así comenzó con sus tareas matutinas. Ya no esperaba la orden de ensillar su yegua: ahora lo hacía por su cuenta, todas las mañanas, al terminar de vestirse (sin olvidarse de sacudir las botas, como si fuera posible olvidarlo después de ver esas horribles cucarachas) y de limpiar el campamento. Una vez más, cuando terminaron no quedaban señales de su estancia allí.

-Bueno, creo que... debo despedirme -dijo Storm, al montar-. Quiero agradecerte que me hayas ayudado hasta aquí. Lamento... mucho que no hayamos podido ser amigos.

Wolf se limitó a sonreír, con esa mueca amarga y burlona, y se levantó cortésmente el sombrero. Ante eso, los ojos de Storm lanzaron un destello de acero y apretó la boca. Sin una palabra más, clavó talones a Madame Bleu y partió al galope, maldiciendo por lo bajo al pistolero.

Era un buen día para cabalgar. Soplaba un ligero viento del este. Era fresco y tenía regusto a sal.

"Es el golfo", pensó Storm, con una súbita punzada de nostalgia, al recordar las frecuentes brisas del río Mississippi, que tenían el mismo sabor áspero. "Debo de estar cerca del Golfo. Bastará con que siga este río hasta Corpus Christi. Ahora tengo dinero y tal vez alguien me dé trabajo. Soy inteligente... y atractiva. Y tal vez los Barlows no me sigan, después de todo. Tal vez este pagano inventó eso sólo para asustarme. ¡Ese demonio es muy capaz! Sí, seguramente quería asustarme para que me viera obligada a acompañarlo; de ese modo tenía quién le calentara las mantas por la noche. Debería haberme dado cuenta, pese a que me trataba con tanto desprecio como si no me quisiera. ¡Bueno, ya le enseñaré! ¡Le enseñaré lo bien que puedo defenderme sola, si es preciso!

Por desgracia, Storm no podría cumplir con esa meta. En ese momento su yegua se detuvo tercamente, agitando el testuz y bailoteando con un relincho asustado.

-¿Qué te pasa? -gruñó la muchacha, irritada, tirando de las riendas-. Vamos, Madame Bleu, camina si no quieres que te dé un azote.

Storm trató de que la bestia avanzara, pero el animal alzó sus patas delanteras, con un agudo relincho de miedo. La joven, tomada por sorpresa, se vio arrojada de la silla. Sintió un dolor desgarrante en el tobillo, que se torció bajo el cuerpo despatarrado. El tormento del esguince le llenó los ojos de lágrimas cuando trató de arrastrarse hasta su montura. Fue entonces cuando oyó el horrible repiqueteo y el siseo que tanto había asustado a Madame Bleu. Storm levantó la vista y se encontró cara a cara con una mortífera serpiente de cascabel. La muchacha quedó petrificada, llena de horror; tragó saliva; el corazón le palpitaba temiblemente en el pecho.

-Oh, Mon Dieu -sollozó. Y comenzó a retroceder tan lentamente como pudo, sabiendo que el animal atacaría en cualquier momento.

-¡No! ¡No te muevas, Storm!

Era Wolf. ¡Oh, gracias a Dios, estaba allí! El sofrenó a su potro en silencio, a algunos metros de distancia, mientras la muchacha esperaba inmóvil, clavada la vista en los negros ojos como cuentas de la víbora, que continuaba siseando y agitando amenazadoramente el cascabel. Una fracción de segundo después chasqueó el rifle de Wolf y la cabeza de la bestia amenazante desapareció limpiamente. El cuerpo voló hacia arriba por el impacto del disparo y se retorció en el aire por un momento, antes de caer a tierra con un golpe seco, agitándose espasmódicamente. Storm dio un grito y otro y otro más, hasta que Wolf la tomó en sus brazos, apretando la cara llorosa contra su pecho, en el intento de calmar su cuerpo aterrorizado y trémulo.

-¡Oh, en mi vida me alegré tanto de ver a alguien! -exclamó ella, con voz estrangulada-. ¡Me salvaste la vida! ¡Oh, Wolf, Wolf!

-Calla, Storm, calla. Ya todo pasó. Todo pasó, pequeña. Calla. Todo está bien.

El pistolero se acercó al caballo de carga y sacó una botella de ese extraño licor que había bebido con los kiowas. Introdujo por la fuerza un par de sorbos entre los labios de Storm. Quemaba; ella tosió, algo calmada la histeria, pero aun así tardó casi media hora en serenarse.

-Esa bebida es horrible -comentó cuando pudo volver a hablar, haciendo muecas-. ¿Cómo se llama?

-Mescal. ¿Estás bien?

-Sí, creo que sí, salvo por mi tobillo. Me lo torcí al caer. ¡Dios, cómo duele el demonio!

-Déjame ver. -Wolf le sacó la bota y la media, con toda la suavidad posible, para examinar con cuidado la coyuntura.- No hay fractura, sólo una fuerte distensión. ¿Puedes caminar?

Con su ayuda, Storm logró ponerse de pie, pero descubrió que no podía sostener peso alguno sobre ese pie. Se aferró de él, indefensa y temiendo caerse.

-No... no puedo, Wolf. Duele demasiado.

-Abrázate de mi cuello.

La levantó con facilidad, pues ella era una pluma para sus fuertes brazos. Por un momento se miraron a los ojos; de pronto se hizo entre ellos un pequeño silencio de suspenso y los brazos de Wolf la estrecharon. El corazón de Storm volvió a palpitar extrañamente al recordar la noche anterior, el sabor de su boca en la oscuridad, el contacto de sus manos y sus labios en los pechos. Bajó la vista ante su mirada penetrante y ocultó la cabeza contra su pecho para no mirarlo otra vez, temiendo que él leyera y comprendiera demasiado bien la confusión claramente escrita en su cara. El la llevó hasta su yegua y la sentó en la silla.

-Supongo que ahora te sería muy difícil viajar sola, con ese tobillo.

-Sí -replicó Storm, que de pronto sentía deseos de romper nuevamente en llanto.

Tenía en la garganta un nudo tan grande que temió ahogarse. ¡Oh, por qué ese maldito orgullo la había hecho abandonar el campamento! Al fin y al cabo Wolf no la había violado; tal vez sólo el mescal lo hizo comportarse de modo tan... poco caballeresco. Sabía Dios que cualquier otro la hubiera forzado mucho antes. Sobre esos sucios forajidos no cabían dudas, por cierto. ¡Y eran blancos! Para ser salvaje, Wolf se había comportado con bastante decencia. Y... y ella lo provocaba, sí. Claro que sí. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? Sin él no hubiera podido viajar por ese horrible territorio. En verdad, habría muerto si él no se hubiera presentado a salvarla, apenas quince minutos después de su partida. ¿Qué le habría pasado en una hora, un día, un mes sin él? Storm se estremeció ante la sola idea. Sí, lo necesitaba, ahora lo necesitaba más que nunca.

Wolf caminó hasta su potro, montó y azuzó a la bestia para que siguiera a la joven.

-Wolf... -comenzó Storm. Y se mordió los labios, avergonzada de suplicarle que la aceptara otra vez.

Con aire indiferente, él dijo:

-He decidido enseñarte a hablar comanche. Dije a los kiowas que eras una cautiva blanca y que te había tomado por esposa. Como eran amigos, anoche no les molestó que te hablara en inglés, pero otros indios podrían desconfiar.

Storm sólo se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento cuando dejó escapar el suspiro de alivio. El no la abandonaría. ¡No la abandonaría! Lo miró con los ojos brillantes de gratitud.

-¿Cómo se dice "amigo" en comanche? -preguntó con suavidad.

El la estudió en silencio por un momento, tratando de comprender qué era lo que esa blanca despertaba en él tan fieramente, por qué se alegraba de haberla recuperado.

-Haints -dijo, haciendo el símbolo con las manos.

-Haints -repitió la muchacha, repitiendo la señal con elegancia.

Lo miró buscando aprobación y la encontró en su cara. Le sonrió a modo de prueba y, por primera vez desde que lo conocía, él le devolvió la sonrisa, lentamente, con naturalidad, sin burla. De algún modo cedió la tensión que había entre ellos. Storm sintió en el corazón una extraña y animosa alegría, en tanto continuaban el viaje hacia Corpus Christi.

Corpus Christi estaba en la boca del río Nueces, protegida del golfo de México por las islas Mustang y de los Padres, como si la vida difícil le hubiera inculcado humildad y cierto respeto sobrecogido por el Oeste. Fundada en 1838 por el coronel Henry Lawrence Kinney, como puesto comercial, durante la Guerra Mexicana la ciudad había sido escenario de diversas escaramuzas. Resultaba obvio que aún estaba tratando de recuperarse de la devastadora batalla. Por añadidura, con frecuencia la azotaban los huracanes que llegaban desde el golfo, lo cual explicaba gran parte de la reconstrucción que se estaba llevando a cabo, según vio Storm al trotar lentamente con Wolf por la hollada calle real. Aquí y allá había indios (tonkawas "civilizados", los llamó Woli) holgazaneando en las aceras como aturdidos o en estado de estupor. Algunos fumaban estoicamente. Otros se arracimaban en la ruta para apostar. También se veía a varios mexicanos, dedicados a las tareas más serviles; pero la mayor parte de la población era blanca. Para gran sorpresa y consternación de la joven, tanto ella como Wolf recibían de ellos miradas hostiles.

-Wolf -preguntó Storm, en voz baja-, ¿por qué todos nos miran tan... tan groseramente?

-Porque aquí no quieren mucho a los indios... ni a los mexicanos. Esta gente se ha pasado la vida combatiendo con ambos. Antes los tonkawas dominaban esta porción de la Tierra y aún es así, en algunos lugares; eran una tribu guerrera y feroz, que tampoco tenía amistad con los comanches, en realidad. Cuando los Ojos Blancos lograron matar o "civilizar" a muchos de ellos,

estalló la guerra mexicana y esta ciudad fue muy afectada también por ella. Ya ves cómo son aquí las cosas. -Señaló la calle con un gesto pétreo. -Los togkawa no saben adónde ir, qué hacer ni cómo arreglárselas, ahora que los blancos han destruido su modo de vida. Están tratando de adaptarse a una civilización extraña; eso les resulta difícil, porque los blancos los odian. Bueno, a veces alguno de ellos trabaja como explorador o rastreador para un comisario - o un ranchero, pero eso es todo. Los mexicanos consiguen trabajo, siempre que sean pobres y sepan mantener su lugar, demostrando el debido respeto al patrón o la patrona blancos que condescienden a emplearlos.

-Pero... pero yo no soy india ni mexicana.

-No, pero yo sí. Peor aún: soy mestizo. En Texas todos lo saben. Hasta indios y mexicanos me desprecian, de vez en cuando. -Entonces... ¿tienes parte de mexicano?

-En cierto modo.

-Debes de sentirte muy solo.

-A veces. A veces tengo la sensación de haberme pasado la vida solo.

Ese fue uno de los pocos vistazos que Storm pudo echar al hombre oculto tras la máscara. La conmovió profundamente, pues ella sabía lo que era estar solo... y sentirse solitario.

"Así vive él", pensó la muchacha, contemplando a Wolf, "igual que estos paupérrimos indios y mexicanos: odiado y despreciado por lo que es. Por eso estaba en esa horrible ciudad de Gorda Vaca. Tiene que alternar con ese tipo de gente porque los demás no lo aceptan. No me extraña que odie a los blancos."

En un esfuerzo por aliviar el humor sombrío que había caído sobre él, dijo:

-Ahora me tienes a mí, Wolf.

El le echó una mirada especulativa, con ojos extrañamente lúgubres. -Sí, te tengo a ti. Ven. Será mejor buscar dónde hospedarnos para poder atenderte ese tobillo.

-Allí hay un hotel. Parece decente.

-No podemos entrar allí.

-¿Por qué?

Wolf señaló un gran letrero en la ventana. Decía, en grandes letras negras: PROHIBIDA LA ENTRADA A INDIOS. Sin decir palabra, Storm lo siguió calle abajo.

Por fin llegaron a una casa grande, edificada junto a una de las callejuelas laterales, en las afueras de Corpus Christi. En la planta baja tenía una taberna; Storm quedó espantada al ver que arriba funcionaba un burdel. ¡Un prostíbulo! ¡Wolf quería hospedarse en un prostíbulo! ¡Par Dieu! ¡Eso le pasaba por permitirle tantas libertades!

-No quiero entrar allí, Wolf.

-¿Qué otro sitio sugieres? -Como ella no respondiera, agregó tranquilamente:- Iré a ver si tienen un par de cuartos.

Desmontó como si no viera la indignación y la inquietud de Storm.

-¡No! Un solo cuarto -tartamudeó ella. Enrojeció al ver que él enarcaba satíricamente una ceja. -No quiero estar sola en este lugar.

-Como quieras -pronunció él, recorriéndola con esa mirada suya, deliberadamente grosera-. Si alguien te molesta mientras yo esté adentro, dispárale. Apunta y aprieta el gatillo. A corta distancia, ni siquiera tú puedes fallar.

La muchacha asintió, tragando saliva con nerviosismo y mirando a su alrededor, inquieta.

Wolf empujó audazmente las portezuelas del salón y entró a paso bamboleante. Como apenas comenzaba la tarde, el bar estaba desierto, exceptuando a un viejo mexicano que barría los desechos de la noche anterior. Aunque hacía casi un año que el pistolero no visitaba la Gulf Coast (o "lo de Mimi", como se la llamaba habitualmente), Pedro lo reconoció sin dificultad y detuvo el movimiento de su escoba, iluminando la cara gorda y arrugada con una sonrisa de placer.

-¡Señor Lobo! ¡Qué alegría, volver a verlo! Pase, pase. Siéntese. En seguida le aviso a Madame que usted está aquí. ¡Juanito! ¿Dónde está ese niño holgazán? ¡Juanito! Trae al señor Lobo una botella de mescal. ¡Pronto! ¡No lo hagas esperar! Es mi hijo, señor. -Pedro se volvió hacia Wolf como pidiendo disculpas, abriendo las manos.- Es un buen niño, ¿no? Pero se pasa el día haciendo la siesta, si lo dejo. Madame se pondrá muy contenta de verlo.

-Lo dudo -pronunció Wolf, secamente.

Pedro se encogió de hombros sin comprometerse.

-Es cierto que no le gustan los indios, señor, pero no hay nadie que le caiga bien. De cualquier modo, a quien tenga dinero lo trata como amigo, ¿no? Ahora voy a buscarla, señor, para que no se enoje con el pobre Pedro.

Salió apresuradamente; al cabo de un momento apareció Mimi La Roche, propietaria de la Gulf Coast. Era una mujer alta y bien proporcionada, de pelo teñido de rojo ígneo y ojos verdes rasgados, cubiertos de denso maquillaje a cualquier hora del día. Su nacionalidad era indeterminada, pero había adoptado el apellido de su amante francés, el que le instalara esa taberna antes de morir en un tiroteo en el mismo local. La mesa en la que había muerto estaba

siempre reservada para Mimi y sus invitados; ella nunca permitió que se restregara la vieja madera de roble para quitar las manchas de sangre. Se decía que, desde la muerte de su amante, odiaba a todos los hombres, pero como era una actriz consumada, si eso era cierto lo disimulaba bien. Su prostíbulo era uno de los más prósperos y exclusivos de todo Texas... y muy costoso. Allí acudían conocidos rancheros blancos, desde varias millas a la redonda, a mezclarse en la oscuridad con algunos de los forajidos más buscados del territorio. Los ricos hacendados mexicanos se sentaban codo a codo con apostadores franceses, que usaban puños de encaje, o con indios adornados de flecos. Mimi los recibía a todos, sin que le importaran raza, credo ni color, mientras pudieran pagar. Y si los despreciaba secretamente, nadie lo sabía ni se preocupaba por eso. Su licor era excelente; sus muchachas, las más elegantes y exóticas entre las de su clase.

Mimi se detuvo por un momento en el pasillo que conducía desde su oficina privada a la taberna; dio unas palmaditas expertas a su peinado y se adelantó, con las manos extendidas en bienvenida hacia Wolf y una sonrisa brillante, aunque artificial. Odiaba a los pistoleros (había sido uno de ellos el que matara a su querido Henri), pero sólo un hombre tan astuto como Wolf podía adivinar lo que se escondía bajo su calma exterior y su actitud algo coqueta.

-¡Lobo! ¿A qué debo el placer de esta inesperada visita, mon ami?

Le permitó que le rozara apenas los labios con los suyos, cosa que él hizo con irónica diversión, adivinando las emociones que guerreaban en su pecho. Se había acostado con ella en más de una ocasión y sabía que ella lo odiaba más que a los otros, por ser un pistolero mestizo que no sólo podía pagar su alto precio, sino que la torturaba exquisitamente en la cama, obligándola a suplicarle que la poseyera.

-Necesito un cuarto, Mimi: un cuarto privado. Cambia de habitación a una de tus muchachas, si es preciso.

-Caramba, Lobo, no me digas que estás harto y aburrido de las mujeres. -Mimi hizo un mohín provocativo.

-Guarda esa actuación para otro, Mimi. -El pistolero se reclinó en la silla, recorriéndola con una mirada lasciva.- Es decir... a menos que me estés invitando a tomarte por cuenta tuya.

Ella cerró el abanico con un chasquido furioso. Por un momento cayó su máscara, atractivamente compuesta.

-¡Mestizo sucio y barato! -le escupió.

-Puedes guardarte también los insultos. ¿Me das ese cuarto o no?

-Sí, te doy el cuarto, pero te costará el doble, pedazo de...

-Era lo que esperaba. -Lobo puso un fajo de billetes en la mesa. -Haz que suban un baño caliente y una jarra de agua fría -ordenó, antes de levantarse-. Y no te comprometas para esta noche -agregó, burlón, antes de marchar a grandes pasos hacia las celosías de la puerta.

-Juanito -llamó Pedro, apareciendo de la nada, como si no hubiera estado escondido en el pasillo para escuchar toda la conversación-, ocúpate de los caballos del señor.

-Sí, padre.

Una vez afuera, Wolf bajó a Storm de su montura para llevarla adentro y, subiendo la escalera, al cuarto que Mimi les estaba haciendo preparar. A su pesar, Storm miró a su alrededor con interés, pues nunca había entrado a un prostíbulo. Era preciso admitir que el local tenía cierta distinción vulgar. La taberna tenía suelos de madera muy encerada; abundaban las salivaderas y los planteros de bronce, con verdes plantas altas y frondosas. Las mesas eran de roble macizo, así como las generosas sillas y el largo mostrador, con su apoyapié de bronce, que se extendía a lo largo de toda una pared. Por encima del bar se veían espejos con vetas de plata y estantes llenos de botellas y copas, tan limpios y chispeantes como las lámparas de aceite instaladas en cada rayo de las enormes ruedas de carreta que pendían del techo. Las otras tres paredes estaban recubiertas de papel dorado con flores de lis de terciopelo rojo. Una alfombra de felpa roja cubría la escalera que llevaba a la planta alta y continuaba por el pasillo y los cuartos de arriba, al igual que el empapelado. Aquí y allá, a lo largo del corredor, ardían lámparas de aceite estratégicamente instaladas; en cada alcoba pendían lámparas de dos globos, a la manera de balanzas. Wolf dejó a Storm en la cama de bronce que les habían asignado, mientras la muchacha observaba a Mimi, que rondaba la puerta con aire hostil. Storm tuvo la certeza de que la mujer se teñía el pelo; tampoco había visto en su vida un maquillaje tan denso ni un vestido tan escandaloso.

-Deberías haberme dicho que querías a una de tu clase, Lobo. -La propietaria hablaba con ironía, contrayendo las fosas nasales.- Podría haberte buscando una. Las mestizas se venden por docenas.

Storm ahogó una exclamación y clavó en Wolf una mirada interrogadora, sintiendo la tensión en el aire como un cuchillo. ¡Esa mujer la tomaba por una mestiza... como Wolf! Quiso protestar, confundida por la actitud odiosa y la suposición de la madame, pero Wolf la acalló con un gesto.

-Cuida la lengua y los modales, Mimi, que la señorita Lesconflair es una dama.

-¡Ja! -resopló Mimi, como si eso le pareciera muy poco probable-. No le veo mucha traza

de serlo. Con que francesa, ¿eh? ¿Cuánto quieres por ella? Bañada y vestida como corresponde, podría cotizarse hasta por quince dólares. Tiene buenos huesos. Y a muchos de mis clientes les gusta un toque de salvajismo en sus mujeres. Sobre gustos, claro, no hay nada escrito. Por mi parte, nunca les encontré el atractivo. Mexicanas, indias, blancas... creo que todas son lo mismo, cuando se trata de lo que tienen entre las piernas.

Storm volvió a exclamar por lo bajo, indignada por la grosería de la mujer

-¡Te dije que te callaras la boca, Mimi! -le espetó Wolf bruscamente, con tono sedoso y amenazador-. La señorita Lesconflair no está en venta... ni por todo el dinero del mundo. ¿Dónde diablos está el baño y el agua fría que pedí? Y tráenos algo de comer y una botella de... -Echó una mirada a Storm, frunciendo el entrecejo. Que sea coñac francés.

-Conchita, Ramona, ya oísteis a Monsieur Lobo. -Mimi se volvió hacia las dos silenciosas mexicanas que habían preparado la habitación y ahora permanecían a un costado, calladas.

Las mujeres corrieron a cumplir la orden, mientras Wolf quitaba a Storm la bota y la media de la pierna lastimada para examinarle otra vez el tobillo.

-¿Duele, pequeña?

Storm asintió con la cabeza, sin atreverse a hablar, deseando que esa horrible pelirroja se fuera. Empezaba a dolerle la cabeza; no quería otra cosa que acostarse a descansar. Mimi los observaba en silencio, hirviendo por dentro, pero llena de curiosidad, pues nunca había sabido que el pistolero viajara con una mujer; tampoco lo había visto exhibir nunca tanta ternura. Wolf, sin prestarle atención, quitó a Storm la otra bota.

-¿Qué... qué haces? -preguntó ella, preocupada.

-Te desvisto, para que puedas darte un baño. -La miró con alguna sorpresa, pues había supuesto que ella querría bañarse; siempre se esforzaba mucho por estar limpia.- Después de eso comerás y pondrás ese pie en agua fría. Así podrás descansar.

-Que esa... mujer se vaya -ordenó ella, imperiosa y arrogante, como si despidiera a una criada poco grata-. No me gusta su presencia en esta habitación.

Mimi entornó los ojos, irguiendo inquisitivamente las orejas al oír la voz de la muchacha: su entonación era culta y hablaba inglés con el acento de los franceses de alta cuna. La propietaria iba a replicar con un comentario cortante a la altanería de la joven, pero Wolf se lo impidió diciendo abruptamente:

-Eso es todo... hasta esta noche, Mimi.

Ante ese recordatorio de que él había reservado sus servicios para esa noche, la mujer abandonó la alcoba con actitud furiosa, estudiando la posibilidad de negarle acceso a su lecho, pese a la pérdida monetaria. Pero se estremeció al recordar la única oportunidad en que lo había intentado. El pistolero, borracho y malhumorado, le había puesto un cuchillo contra el cuello, amenazando matarla, para luego poseerla fría y exquisitamente; después arrojó al suelo el doble de lo que ella cobraba habitualmente. Mimi jamás volvió a rechazarlo. Sabía que él encontraba un perverso placer en acostarse con ella, pues odiaba a los blancos tanto como ella a los hombres. Cada vez más iracunda al verse obligada a satisfacer al pistolero por ser ambos lo que eran, marchó a su oficina, descargando al pasar un sonoro coscorrón en la oreja del durmiente Juanito.

Cuando ella se hubo ido, Storm se volvió hacia Wolf, enojada, sin rastros del gozo que antes le había causado su proximidad.

-¿Cómo te atreves a traerme a este lugar horrible y, por añadidura... hacerme insinuaciones delante de esa mujer espantosa, haciéndole creer que no soy mejor que ella?

-Yo no hice nada de eso. -Wolf la miraba con impaciencia.- Y cuanto menos esta noche dormirás en una cama.

-¿Contigo?

-Fuiste tú la que pediste un solo cuarto. Y ahora deja de quejarte o no podré quitarte estas ropas. Quieres darte un baño, ¿no?

-¡No! ¡No me toques, pedazo de... de bárbaro! Bien oí lo que dijiste. ¡Tienes una cita con esa... esa prostituta! Sin duda pretendes dormir con las dos, ¡grandísimo animal!

-¿Es eso lo que te molesta? ¡Por Dios, Storm! Antes te enojaste porque quise hacerte el amor; ahora te enojas porque no lo intento. ¿Por qué demonios no te decides? Y ahora quítate esa ropa. Esas muchachas traerán el agua en un momento.

-¡Nol ¡No quiero bañarme! ¡Usas eso como excusa para aprovecharte otra vez de mí!

-Oh, por amor a Dios. Si hubiera querido violarte ya lo habría hecho. Ahora quítate esa ropa si no quieres que te la arranque. -No serías capaz...

Wolf apretó los dientes, tensando un músculo del mentón.

-No me provoques, pequeña. De un modo u otro vas a desvestirte de inmediato. Tengo que hacer en la ciudad y no voy a pasarme el día discutiendo contigo. Está bien: te lo buscaste -le advirtió, viendo que ella proyectaba tercamente la barbilla, sin moverse ni contestar.

Con un gruñido sordo, la inmovilizó contra la cama y empezó a arrancarle las prendas del cuerpo, pese a sus gritos y su resistencia. Las dos muchachas mexicanas, que habían vuelto con

hervidores de cobre llenos de agua humeante, vacilaban en la puerta, inquietas y sin saber qué hacer. Wolf les habló rápidamente en español, mientras forcejeaba con Storm, y ellas se lanzaron a cumplir la orden, llenando la tina de bronce con toda celeridad. Luego dejaron la jarra de agua fría en el tocador, con tanto nerviosismo que volcaron un poco en la alfombra. Por fin salieron casi corriendo y cerraron la puerta con firmeza. Wolf desnudó a Storm y la ciñó con los brazos por un momento, antes de levantarla sin ceremonias para arrojarla a la tina. Ella tartamudeaba, indignada por ese tratamiento y encogiéndose en el agua, en un inútil intento de ocultar su desnudez a aquellas miradas apreciativas. Por fin Wolf le arrojó un estropajo y una barra de jabón perfumado.

-Date prisa... si no quieres que te bañe yo.

Enarcó una ceja como si la idea le gustara. Storm se apresuró a restregarse con vigor, enrojecida, mortificada, llena de horror y vergüenza. ¡Habría querido morir! Nunca en su vida se había mostrado así a un hombre. Ni siquiera su esposo (si se hubiera casado con un caballero sureño) la habría visto jamás completamente desnuda; le habría hecho el amor al abrigo de su camisón, sin soñar siquiera en arrancarle brutalmente las ropas como ese hombre acababa de hacerlo.

Cuando acabó de bañarse y de lavarse la cabellera, él la sacó de la tina y se la sentó en el regazo para secarla con una toalla, inmune a sus chillidos y protestas. Pese a la ira y el bochorno, la joven sintió que se le endurecían los pezones al contacto de sus manos; un extraño estremecimiento le recorrió el cuerpo cuando él le secó la cara interior de los muslos y las nalgas. Wolf sonrió burlonamente, sintiéndola temblar entre sus manos, súbitamente acalorada y confundida como la noche anterior; una vez más, Storm tuvo deseos de abofetearlo.

Después de envolverla en una diáfana bata que sacó de la cómoda, el pistolero llenó un aguamanil con el agua fría de la jarra y puso allí el tobillo de Storm. Por entonces las mexicanas ya habían vuelto trayendo la comida y el licor. Dejaron todo en la mesa, con aire tímido, y se marcharon igual que antes.

Wolf arrojó la toalla a un lado y, sin dejar de sonreír perversamente, se dejó caer en una silla frente a Storm. Abrió el coñac, sirvió una pequeña medida para la muchacha y luego le llenó el plato de humeantes tortillas rellenas de carne, arroz a la española y frijoles. Ella guardaba un pétreo y afrentado silencio, con una mano en el cuello para que no se le abriera la fina bata, sin hacer esfuerzo alguno por comer.

Al cabo de un minuto de incómodo silencio, él preguntó.

-¿También tengo que obligarte a comer?

Ella tragó saliva con dificultad.

-No.

Levantó el tenedor y tomó un bocado de arroz, pero estuvo a punto de ahogarse. ¿Cuánto tiempo llevaba sin comer con cubiertos? De pronto se echó a llorar.

-¡Cristo! -juró Wolf, arrojando estruendosamente su propio tenedor-. ¿Qué pasa ahora?

-¡Que eres perverso y bestial! -sollozó ella.

-¿Sí? Bueno, no era eso lo que pensabas esta mañana, cuando te salvé la vida -le recordó él, ceñudo.

-¡Ojala no lo hubieras hecho! ¡Ojalá me hubiera muerto! Me siento tan... indefensa y miserable... ¡Odio este lugar espantoso! ¡Odio esta tierra horrible y calurosa! ¡Y a ti te odio más que a nada!

-¿Sí? Pues es una verdadera lástima, pequeña, porque me necesitas. -Wolf apartó su silla con aire amenazador y se acercó a ella. Le sujetó con una mano el pelo húmedo y la obligó a levantar la cara para mirarlo. -Bien agradecida deberías estar de que te haya aceptado y protegido sin cobrar por mis servicios.

Sus fríos ojos azul medianoche le recorrieron lentamente el cuerpo antes de volver a posarse en su cara. Storm se estremeció. ¿Era posible que apenas esa mañana hubieran sido amigos?

-Lo... lo siento. No sé lo que digo. Me duele el tobillo y tengo jaqueca.

El la soltó sin decir nada y se sentó a terminar de comer. Después fumó uno de sus finos cigarros negros, mientras la muchacha mantenía la vista clavada en su coñac.

-¿Cómo está tu pie?

Storm lo retiró del agua para examinarlo con cautela. -Creo que mejor.

-Deja que lo vea.

El tanteó con suavidad la articulación. Luego sacó una sábana del arcón puesto a los pies de la cama y la desgarró en tiras para vendarla.

-Veo que sabes muy bien dónde se guarda cada cosa -comentó ella, sarcástica-. No sé por qué, pero tengo la impresión de que no es la primera vez que vienes.

-¿Te parece? -La llevó a la cama. -Desde aquí puedes mirar por la ventana. Si quieres, haré que una de las chicas te traiga algo para leer.

-¿Por qué? ¿Te vas? -Storm no pudo disimular su preocupación.

-No te aflijas. Volveré. Te dije que tenía asuntos que atender en la ciudad.

Wolf sacó las armas de sus pistoleras y las revisó mecánicamente, como si lo hubiera hecho cien veces. Storm ló observaba con sorpresa. De pronto comprendió cuáles eran esos asuntos.

-Vas y... vas a matar a alguien, ¿verdad? -preguntó, horrorizada. Hasta ese punto no había cobrado conciencia de lo que significaba ser pistolero. Lo había visto matar a Elijah Barlow, pero en defensa propia; a los ojos de Storm era muy diferente de un asesinato a sangre fría.

-Si lo hallo, sí.

-Pero ¿por qué?

-Porque ayudó a los Ojos Blancos a rastrear y matar a seis bravos comanches heridos. -Se acercó a la cama y le dio un fugaz beso en los labios. Para que me traiga suerte, pequeña -dijo, antes de salir.

Storm pasó largo rato tendida en la cama, tratando de ordenar sus caóticos pensamientos.

"¿Qué tiene este hombre que me confunde así?", se preguntaba. "Debería odiarlo y despreciarlo por la perversidad con que me trata, tomándose libertades que ningún hombre decente se atrevería a tomar. Sin embargo... lo necesito. Cuando me toca sé que debería desear la muerte, pero me hace sentir cosas extrañas, ajenas a mí. Me palpita el corazón y... lo deseo... ¡a un mestizo asesino! Oh, si al menos fuera simplemente cruel, podría despreciarlo sin dificultad. Pero ha sido bondadoso conmigo de muchas maneras; no puedo negarlo. Sin él a estas horas yo habría muerto. Y quiero vivir. Y él está tan solo, tan solo... De algún modo siento que él también me necesita. ¡Oh, Mammy, Mammy! ¿A esto te referías al decir que, cuando yo encontrara al hombre de mi vida, mi cuerpo lo sabría? Es muy distinto de los hombres que he conocido hasta ahora. ¿Es eso lo que me fascina? ¡Oh, Mammy! Si busco en mi corazón, ¿hallaré la respuesta? Cierro los ojos y trato de pensar en André-Louis, a quien amaba, pero ya no recuerdo su rostro. Sólo existe Wolf; sus helados ojos azul medianoche; su sonrisa amarga y sarcástica; su piel oscura y cobriza; los músculos duros que ondulan bajo su carne como si fuera un antiguo dios pagano: prohibido, sacrílego, misterioso e irresistible. En él hay una tristeza que brota de su pasado, tal como el mío está lleno de dolor. A veces, cuando me mira, querría acunarle la cabeza contra el pecho y aliviar ese dolor que lo atormenta. ¿Por qué, Mammy, por qué? No es nada para mí: un extraño, un salvaje. Sin embargo... siento que de algún modo nos parecemos, él y yo, y eso me asusta. Temo que, dada la oportunidad, desate en mí algo salvaje y caprichoso que no quiero enfrentar. Sí, ese hombre exigiría hasta lo último de mí, hasta que todo lo mío fuera también suyo, y no podría liberarme de él por el resto de mi vida. ¡No puedo permitir que eso ocurra! Me usaría... como me han usado todos los hombres que conocí. Y yo sería nada, una tempestad fiera, peligrosa, eléctricamente viva por un tiempo, antes de morir con un mero gemido, para no existir más. ¡No! ¡No permitiré que ocurra! ¡No lo permitiré! En cuanto esto acabe voy a abandonarlo.

"Sí, lo abandonaré en cuanto esto acabe", se repitió Storm, mientras se quedaba dormida, sólo para soñar con Wolf, erguido bajo una centelleante luna llena. Wolf, como un joven guerrero salvaje, como un dios pagano, desnudo hasta la cintura, con los ojos azules casi negros, arrodillado a la luz del globo plateado para hacerla suya.

Cuando despertó ya era la mañana. Wolf estaba acostado junto a ella, rodeándola con los brazos, como si ya estuviera habituado a estrecharla contra sí mientras dormía. Por un momento, Storm no pudo recordar si ese acto de amor había sido realidad o sólo un sueño.

"No, fue sólo un sueño"; se dijo, "nada más."

Se movió suavemente, deslizándose de entre sus brazos en silencio, para no despertarlo. Probó a apoyar su poco peso en el tobillo torcido y tuvo el placer de comprobar que la pierna la sostenía, aunque aún doliera un poco. Entonces se envolvió con la bata para acercarse a la ventana. Aunque el cielo estaba claro, en el horizonte se amontonaban nubes oscuras, presagiando una tormenta. Ya resonaban los truenos a la distancia y algunas gotitas de lluvia salpicaban el vidrio en el que Storm había apoyado la cara.

Un fuego se encendió en la penumbra, sobresaltándola. Wolf prendió un cigarro y exhaló una nube de humo hacia el techo.

-Vuelve a la cama, pequeña -le dijo con suavidad-. Ya no iremos a ninguna parte. Parece que amenaza una verdadera tempestad.

Como aturdida, la muchacha obedeció la indicación, volviendo a la cuna de sus fuertes brazos. Le apoyó la cabeza en el amplio pecho desnudo y el crucifijo se le apretó contra la mejilla. Wolf pasó un rato fumando sin hablar, pensando en lo bien que se ajustaba el cuerpo de Storm al suyo, como si ese fuera su sitio. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que una serena paz le invadía el alma. Corría por él, lenta y segura; de pronto, sin que Wolf se diera cuenta, la cautela tensa que siempre había formado parte de él desapareció de su cuerpo como si nunca hubiera existido. Storm percibió ese extraño cambio al sentir que los músculos del hombre se estremecían para luego relajarse. Suspiró, soñolienta, acurrucándose en el hueco del brazo que la ceñía. El echó una última pitada a su cigarro y lo aplastó, acercando a la joven contra sí, en tanto la lluvia comenzaba a tamborilear en el techo con un sonido rítmico y tranquilizador.

Librodot

No intentó siquiera hacerle el amor, extrañamente satisfecho con sólo estrecharla de ese modo. Al cabo de un rato conversaron en voz baja, mientras afuera estallaba la tormenta, envolviéndolos en un suave capullo, como si no existiera nadie más en el mundo. Wolf olía a cigarros finos y a licor: un olor limpio y viril, como el que Storm había asociado siempre con su padre, el hombre que la amaba y protegía. Ya no la atemorizaba la proximidad del mestizo; en el fondo, se sentía tan cuidada y protegida entre sus brazos como entre los de Paul-Eduard Lesconflair cuando niña. Cosa extraña: tampoco experimentaba vergüenza por la semidesnudez de ambos, pues Wolf no hacía intento alguno de tocarla como amante. Había entre ellos cierta unidad, un sencillo compañerismo que Storm no había sentido desde la muerte de sus padres; Wolf apenas lo conocía.

La muchacha lo interrogó sobre su pasado. Curiosamente, él respondió, contándole algunas cosas de su vida con los comanches, los kwerharehnuh. -¿Qué significa eso?

-Antílope -tradujo él, con una sonrisa-. Te dije que iba a enseñarte a hablar comanche. Español también, si te portas bien.

-Entonces yo te enseñaré el francés. ¿Me mostrarás también los símbolos?

-¿Qué símbolos? Ah, mawtakwoip, el lenguaje de las manos. Sí. Mira esto. -Le hizo una demostración.- Es una serpiente que retrocede; significa "comanche". En general, los de mi tribu no son muy adeptos al lenguaje de las manos, porque casi todos los indios de la llanura hablan comanche.

-Me has hablado de Tabenanika y sus esposas, que te recogieron al morir tus padres. ¿Tienes hermanos?

-Sí, pero no en el sentido que tú les das. Entre los comanches se considera que los hijos de los tíos paternos son también hermanos.

-¿Por qué?

-Porque cuando muere un hombre, sus hermanos de sangre suelen heredar sus esposas y su familia. De ese modo, los hijos de ambos pasan a ser hermanos y no primos, como tú dirías.

-¿Es eso lo que ocurrió cuando murieron tus padres?

-En cierto modo.

La cara de Wolf había vuelto a endurecerse. Storm comprendió que su pregunta había sido indiscreta.

-¿Y los tíos maternos? -inquirió cambiando apresuradamente de tema.

-Se los llama "ara", y ellos, lo mismo a ti. Son amigos y compañeros especiales. En general, el ara es tu maestro y el que te disciplina. De ese modo, los "tuas", hijos varones, no acaban odiando al "ap" padre, por desprecios reales o imaginarios, y ningún jefe debe preocuparse de que su hijo intente matarlo para ocupar su sitio.

-Es todo muy confuso -dijo la muchacha, con un suspiro.

-Eres inteligente, Storm. Ya aprenderás. Yo te enseñaré. Te enseñaré muchas cosas, muchas -le susurró una vez más, con la cara muy próxima a la de ella, antes de inclinarse para besarla en la boca.

Storm, tomada por sorpresa, no hizo intento alguno de resistirse, atrapada en la intimidad del momento. Los labios de Wolf la besaron con suavidad, sin exigir nada, a diferencia de los besos duros e invasores que le había dado por la fuerza. No tuvo miedo: sólo un extraño anhelo de ternura... y amor.

Se preguntó si él habría besado así a Mimi la noche anterior, si le había hecho el amor como estaba planeado. En todo caso, antes de volver junto a Storm parecía haberse quitado el denso perfume de Mimi. Sorprendida, sintió en el alma la punzada de algo parecido a los celos; no quería imaginar a Wolf en los brazos de otra mujer. Llevó las manos hacia arriba para enredarlas en el pelo negro y largo del pistolero, acariciando los lustrosos mechones que pendían basta debajo de los hombros. De pronto él se apartó con un suave juramento.

-No me tientes, pequeña, si no estás dispuesta a terminar con lo que empiezas.

Si Storm hubiera hecho un solo movimiento, él la habría poseído en el acto. Pero como ella no lo hizo, Wolf se levantó para vestirse en silencio.

Momentos después la muchacha estaba sola, con el tamborileo de la lluvia en el tejado por toda compañía.

Storm pasó el día sin hacer nada, aún tratando de entenderse a sí misma, a Wolf y la extraña relación que había surgido entre ellos.

"¡Santa María!", pensaba. "No hace siquiera un mes que lo conozco y ya podría ser mi amante. Es escandaloso y en Nueva Orleáns no lo permitirían. Pero ni esto es Nueva Orleáns ni Wolf es un caballero francés. Oh, ¿qué debo hacer? Par Dieu! ¡Si no lo necesitara tan desesperadamente! ¡Si al menos su presencia no me perturbara tanto! ¿Por qué no ha tomado simplemente lo que desea de mí, como lo hizo la noche en que los kiowas vinieron a nuestro campamento?"

Por fin, como no hallaba respuesta a sus preguntas, se levantó a terminar su arreglo. Luego

se sentó a la mesa, pues Conchita y Ramona acababan de traer la comida. En esa oportunidad los platos picantes y especiados no se le atascaron en la garganta; sabían bien y eran nutritivos. Pasó el resto de la tarde y las primeras horas de la noche leyendo una vieja revista de modas y varios panfletos horribles (pero excitantes), que más adelante recibirían el nombre de "folletines".

Después, sin encontrar nada que la entretuviera, hizo algo que siempre había deseado en secreto: fumar un cigarro. Wolf había dejado un par en la mesilla; con deleite culpable, la muchacha encendió uno y echó varias pitadas. De inmediato empezó a toser y hacer arcadas. Con los ojos llenos de lágrimas, trató de disipar el humo, aún sofocada. Alargó la mano hacia los restos del coñac de la noche anterior y lo tragó apresuradamente.

-¡Jesús! juró en voz alta, cuando recuperó el aliento-. ¡Estas cosas son horribles! ¡No me extraña que las mujeres no fumen!

Oyó pasos pesados en el pasillo y un tintineo de espuelas. Pensando que era Wolf y que se enfadaría con ella, Storm apagó precipitadamente el cigarro e intentó frenéticamente de disipar el humo. Por fin, ciñéndose la bata sobre la camisola y los calzones (pues no había visto motivos para vestirse), caminó en puntillas hasta la puerta y abrió una hendija para mirar, extrañada de que Wolf aún no hubiera entrado.

Un hombre extraño estaba de espaldas a ella, apoyado contra el muro del corredor, llevándose a la boca una botella de whisky. Después de echarse varios tragos, bajó la botella y se limpió los labios con el dorso de la mano. Dio algunos pasos tambaleantes por el corredor y, deteniéndose junto a otra puerta, levantó una mano para llamar. Fue entonces cuando giró la cara hacia la luz y Storm lo reconoció.

-Mon Dieu! -exclamó, petrificada de miedo.

Zeke Barlow la miraba directamente y comenzaba a sonreír con malignidad, mostrando los dientes manchados de tabaco.

Storm trató de cerrar la puerta, pero él fue más veloz. Un momento después entraba por la fuerza en el cuarto. La muchacha dio un grito agudo y retrocedió hasta quedar apretada contra una pared.

-¡Pero si es la "dama" de Billy! -exclamó Zeke, con una mueca burlona, mientras se le acercaba amenazadoramente-. ¡La dama de Billy, en un prostíbulo! -Reía a carcajadas, como si la idea le pareciera muy divertida: Anda, grita, tesoro. Abajo hay tanto ruido que nadie te oirá.

Storm comprendió, horrorizada, que eso era muy probable.

-¿Qué... qué busca usted? -preguntó, nerviosa, tratando de ganar tiempo con la esperanza de que Wolf se apresurara a regresar.

-Bueno, bueno, me parece que ya lo sabes, querida. -La miraba lascivamente.- Te estábamos buscando... mis hermanos y yo. ¿Qué pasa? ¿Él viejo Lobo se cansó de ti y te vendió a Mimi? ¡Qué cerdo, el mestizo! ¿Cómo no te diste cuenta de que era una basura, tesoro? Una verdadera basura, ese indio de porquería. -Comenzó a deslizarse hacia ella. -Ahora ven aquí, ven con el viejo Zeke. Yo te voy a tratar bien, hija, muy bien. No vas a darme problemas, ¿cierto?

Con un pequeño gemido, Storm puso la mesa entre ella y el forajido. ¡Oh, si lograba llegar hasta sus pistolas, que estaban en la cómoda! ¡Cómo no se había acordado de ellas antes de abrir! El corazón le batía furiosamente y tenía las palmas húmedas de sudor. Se pasó la lengua por los labios.

-Será mejor que salga, monsieur. Wolf volverá en cualquier momento, y lo matará -amenazó.

Zeke rió otra vez.

-¿De veras? Mira, tesoro, no te creo. Lobo no se interesa mucho por las mujeres, sobre todo si son blancas. No, mira: imagino que se revolcó contigo unas cuantas veces y te arrojó aquí, en lo de Mimi, por unos cuantos dólares. A estas horas debe de estar en México o en el norte, con sus parientes indios.

-¡No, no es así! -exclamó Storm-. ¡Él me quiere! ¡Le aseguro que está aquí, monsieur! ¡Entrará en cualquier momento!

Zeke se limitó a soltar otra carcajada y se acercó otro poco. Febrilmente, la muchacha empezó a arrojarle cosas: su plato, su copa, la botella de coñac medio vacía; pero el forajido lo esquivaba todo con destreza y continuaba avanzando. En su desesperación, Storm se arrojó hacia la cómoda, manoteando en busca de sus revólveres, su cuchillo, cualquier cosa. Sus dedos llegaron a tocar la culata de nogal de un revólver antes de que Zeke la asiera por la cintura y, arrastrándola a través de la habitación, la arrojara al lecho. Storm se debatió fútilmente con el criminal, que se arrojó sobre ella con una mueca ebria y cruel, lanzándole a la cara el aliento maloliente de whisky y tabaco de mascar, en tanto comenzaba a arrancarle la bata y la ropa interior. Ella gritó y volvió a gritar, histérica, hasta que él se quitó del cuello el sucio pañuelo manchado de sudor para metérselo en la boca. Luego la montó a horcajadas para mantenerla quieta y, arrancando el cinturón de los pantalones, le ató las muñecas a uno de los barrotes de la cabecera.

-Tú y yo tenemos un asunto que liquidar, perra -gruñó, jadeando pesadamente.

Sus dedos desgarraron la camisola bajo la bata abierta. Se aferró codiciosamente a los pechos desnudos, sobándolos y estrujando, con una gran sonrisa, ante los ojos despavoridos de Storm. Por entre las negras pestañas de la muchacha escaparon las lágrimas; gimió, sofocada por el trapo mugriento que tenía entre los labios.

-Te gusta, ¿no, tesoro? Sí, el viejo Zeke sabe tratar a sus mujeres.

Una mano fue a desabrochar el cinturón, mientras la otra seguía tocando brutalmente a Storm. Dejó la pistolera en la cama, luchando con los botones del pantalón, en pocos minutos tenía en la mano su órgano hinchado.

-¿Ves esto, Nena? Es lo que el viejo Zeke te va a poner adentro. Lo voy a meter bien hondo y, antes de que termine, estarás rogándome que te lo haga otra vez, perra. -Apartó las piernas a Storm con las rodillas y con ambas manos, partió los calzones por el medio, descubriéndole la feminidad. - Apuesto a que ese pomponcito tuyo está bien caliente y jugoso de sólo pensarlo, ¿eh, tesoro?

Storm sollozaba en silencio, temblando de terror y vergüenza. Cerró los ojos con fuerza, pidiendo la muerte, en tanto esperaba el ataque violento y cruel. Momentos después oyó un sonido extraño, gorgoteante, y algo caliente y pegajoso le goteó en los pechos y el vientre desnudos. Abrió los ojos justo a tiempo de ver que el cuerpo de Zeke Barlow caía a un lado, con un gran tajo en el cuello, aún manando sangre a chorros sobre Storm, la cama y la alfombra, hasta que se despatarró en el suelo y quedó inmóvil.

-No mires, Storm -ordenó Wolf, ceñudo.

Su cara morena y delgada era más feroz y salvaje que nunca a la luz de la lámpara. Pero ella no podía apartar la mirada. Lo vio inclinarse con fría intención, levantar con rudeza la cabeza de Zeke, medio degollada, y retirar con experta vehemencia el cuero cabelludo del forajido.

Storm hizo una arcada. En cuanto Wolf la desató y le quitó el pañuelo de la boca, ella caminó a tropezones hasta la bacinilla y vomitó violentamente. Vomitó una y otra vez, mientras él le estrechaba el cuerpo estremecido, limpiándole la cara y los labios con un paño mojado, hasta que las náuseas pasaron. Se sentía helada y descompuesta; no protestó cuando él acabó de desvestirla y la levantó en brazos, para sumergirla en el agua ya fría de la tina, que las dos muchachas mexicanas no habían retirado aún. La frotó de pies a cabeza, mientras ella se acurrucaba en el agua helada, con los dientes castañeantes y los ojos cerrados, temiendo ver por descuido el cadáver de Zeke Barlow, brutalmente mutilado. Al terminar, Wolf la frotó con una toalla y le puso las ropas; por las reacciones mecánicas de la muchacha, sabía que había caído en un estado de shock casi catatónico. La obligó a tomar casi media botella de mescal y le dio una suave sacudida. Como no hubo respuesta, le dio varias bofetadas hasta que ella se echó a llorar por lo bajo.

-Storm. Escúchame, Storm. Voy a llevar a Zeke hasta la oficina del comisario. Mientras tanto, quiero que limpies esto y prepares todas tus cosas. La lluvia ha cesado. Nos iremos de aquí esta misma noche.

-¿Porqué?

-No querrás quedarte, ¿verdad? Luther y Billy deben de estar en este mismo piso -le recordó él, con crueldad, en un intento de hacerle recobrar el sentido-. Además, Rickie Lee Halfhad va camino a Fort Brown y quiero atraparlo antes de que llegue a México.

-¿Quién... quién es Rickie Lee Halfhad? -preguntó Storm, aún aturdida.

-El hombre que busco. Yo creía que estaba aquí, pero ya se fue. Como sabe que voy tras él, debe de estar viajando a buena velocidad. -¿Cómo lo sabes?

-Es un mestizo tonkawa. Yo... eh... convencí a uno de su tribu para que me lo dijera. Me llevó un rato. Por eso tardé tanto. ¿Cómo sabía Zeke que estabas aquí?

-Porque... creí que eras tú el que venía caminando por el pasillo y abrí la puerta. No se me ocurrió que esto era un... un burdel, con otros... clientes. -Storm volvió a llorar, estremecida.

-Bueno, ese cerdo ya ha muerto y no volverá a molestarte.

¿Era... necesario que lo... que le arrancaras el cuero cabelludo, Wolf?

-Trató de violarte, pequeña. Se merecía eso y mucho más. Nadie puede tocar a la mujer de un comanche y salir con la suya.

Por primera vez Storm no trató de negar que era la mujer de Wolf. Por primera vez quería serlo, saber que él se interponía entre ella y el resto del mundo, para el cual parecía tan mal preparada.

-¡Oh, Wolf, fue horrible! ¡Horrible! ¡Quise... quise morir! Oh, gracias a Dios viniste. ¡Gracias a Dios viniste!

-No pienses más en eso -le ordenó él, áspero-. Te necesito. Ahora muéstrame ese coraje que tienes en el fondo.

-Tra... trataré. -Storm se enjugó los ojos y trató de sonreír.

-Así me gusta. Limpia bien esto y prepárate para partir. Volveré en un minuto.

Wolf marchó hasta la ventana y la abrió. Luego arrastró el cadáver de Zeke Barlow y lo arrojó por sobre el antepecho. Storm oyó que rodaba por el tejado saliente de la planta baja, antes

de golpear la tierra húmeda con un ruido seco. Wolf pasó una pierna por el hueco de la ventana.

-Cierra la puerta con llave, pequeña. No abras a nadie. Yo volveré por donde me voy.

Ella hizo un gesto de asentimiento; el terror la apresaba una vez más, como si Wolf se llevara consigo todo su coraje. Se apresuró a sofocar sus emociones como pudo. Después de correr a echar la llave, se movió con rápida eficiencia para limpiar el cuarto; restregó vigorosamente la cama y la alfombra, para retirar la sangre antes de que se fijara, obligándose a no pensar en lo que estaba limpiando. En pocos minutos el agua fría del baño era un charco rojo. Al terminar hizo la cama, aunque las sábanas estaban muy húmedas; luego recogió todo lo que había arrojado contra Zeke Barlow o volteado durante el forcejeo. Tomó el aguamanil e hizo varios viajes entre la tina y la ventana para echar el agua a la calle. Terminado eso, empacó las pertenencias de ambos y se sentó a esperar, aferrando una pistola entre las manos. Tuvo la sensación de esperar horas enteras, tratando de bloquear lo que había ocurrido en el cuarto, de que su mente quedara en blanco. De nada sirvió. Una y otra vez oía la voz burlona de Zeke Barlow, describiendo las cosas horribles que planeaba hacerle; veía su cara de barba crecida, con una sonrisa lasciva, y las manos callosas que le desgarraban la ropa para estrujarle los pechos. Los sollozos le subieron a la garganta; los sofocó con dificultad, en tanto los minutos pasaban como arrastrándose. Cuando Wolf volvió por fin, los nervios de la muchacha eran un alarido silencioso y estaba temblando otra vez, sin poder dominarse. Las botas y las espuelas del pistolero rasparon el tejado antes de llegar a la ventana. Sobresaltada por el súbito ruido, Storm lanzó un grito y se volvió, asustada, apuntándole al pecho con el revólver. El quedó petrificado en la penumbra.

-Soy Wolf, pequeña -dijo en voz baja-. Soy Wolf -repitió con lentitud, como si se dirigiera a un niño estúpido.

Por fin ella pareció reconocerlo y bajó el revólver, dejando que se deslizara al suelo antes de correr hacia él. Wolf la tomó en sus brazos para estrecharla contra el pecho por un segundo.

-Ya pasó, pequeña -la arrulló suavemente, acariciándole el pelo con suavidad-. Es como con la serpiente de cascabel. Ya todo pasó.

-Deberías ser un... caballero de armadura. --Storm trató de sonreír valerosamente.

El le devolvió el gesto, tierno.

-¿Porque me la paso rescatando a cierta damisela en apuros? Es parte del papel, pequeña. ¿Te sientes capaz de bajar por el tejado? Billy Barlow está sentado en la taberna, apostando. En cuanto a Luther, Dios sabe dónde está. Pero preferiría no arriesgarme a cruzar el pasillo para utilizar la escalera de atrás.

-¿Y por qué no... matarlos ahora a los dos?

-Porque no sé qué clase de amigos pueden tener aquí y tampoco confío en Mimi. Es muy capaz de dispararme por la espalda. Además, al comisario no le alegró mucho ver cómo había trinchado a Zeke Barlow.

-Pero en Gorda Vaca...

-Eso fue distinto, pequeña. A nadie le gustan los malos perdedores que tratan de matar al ganador, aunque sea un cazador de recompensas, si el juego ha sido limpio y justo. Pero hay muchos que quieren verme muerto, Storm, y en un sitio como este siempre hay un par de cobardes afectos a disparar por la espalda. Si yo entrara a la taberna y retara a los Barlow a duelo, me pondría en el papel de pistolero, de cazador de recompensas, y a nadie le importaría un comino que me enviaran a reunirme con mi Creador, fuera como fuese. Se dirían que corrí un riesgo y perdí. En esta profesión uno no sobrevive haciéndose el héroe, Storm. Además, ahora tengo que pensar en ti. ¿Qué sería de ti si me mataran? Vamos, pequeña. -Dejó un poco de dinero en el tocador y arrojó el equipaje por la ventana.- Salgamos de aquí. -Echó un vistazo alrededor para asegurarse de que no hubiera huellas de lo ocurrido. -Lo hiciste bien. El cuarto parece muy limpio.

Storm se estremeció. El la ayudó a cruzar el antepecho de la ventana y a deslizarse por el techo, que sobresalía desde la parte trasera del salón, hasta que saltaron al suelo, desde una altura relativamente escasa. El impacto le hizo doler el tobillo distendido, pero apretó los dientes y logró renguear hasta el establo de la parte trasera, donde Wolf ya tenía los caballos ensillados. El pistolero cargó los bultos y la ayudó a montar. Pocos minutos después galopaban a lo largo del golfo; Corpus Christi era sólo un resplandor de luces nocturnas a la distancia.

Cuatro horas después se detuvieron a acampar. Cuando acabaron con las tareas, Storm estaba tan exhausta que cayó en las mantas y se quedó dormida en cuanto tocó la silla de montar con la cabeza. Sin embargo, su sueño fue inquieto y rato después despertó gritando; había revivido el ataque de Zeke Barlow tan vívidamente que parecía casi realidad. Forcejeó frenéticamente en los brazos de Wolf, asiendo con terror la mano con que él le cubría la boca para acallar sus gritos de miedo.

-Fue sólo un sueño, pequeña. -Lo repitió, consolador, hasta que ella se tranquilizó. Le dio unos sorbos de mescal y le dijo que volviera a dormir.

-¿Eso es un curalotodo de los comanches? -inquirió la muchacha, soñolienta, después de tragar el licor. Luego suspiró, satisfecha, reconociendo que estaba a salvo en los brazos de Wolf, y

murmuró:- ¿Sabes que podría tomarle gusto a eso?

Wolf se encontró con que ya estaba dormida.

La estudió en la oscuridad, reparando en las sombras que caían sobre sus mejillas, donde las gruesas pestañas se curvaban suavemente hacia abajo; en la nariz recta, algo respingona; en la leve curva de su dulce boca; en el lento subir y bajar de sus pechos bajo la camisola. Al verla dormir tan apaciblemente, confiada en su protección, se sintió muy conmovido. En muchos aspectos ella era demasiado frágil y delicada, pero también de acero, como el sauce llorón, cuyas raíces penetran en la tierra, fuertes. Le recordaba a sí mismo, cuando estaba perdido y solo. Sí, Storm y él eran parecidos. De pronto recordó la visión que había proclamado su condición de hombre: el segundo lobo que salía de la tormenta para curar al primero. Eso lo llenó de extraños anhelos que no sentía desde la muerte de su esposa.

Sin previo aviso pareció sentir la presencia de Bienamada-de-la-Selva; ella lo miraba desde el cielo, tal como había sido en vida: bella al punto de quitar el aliento, con los ojos desbordantes de amor y comprensión. Alargó una mano para tocarla, pero ella eludió su contacto como un fuego fatuo.

-Ha llegado el momento de que nos separemos, esposo mío -le susurró.

El comprendió con tristeza.

-Bésame, Bienamada. Bésame por última vez antes de despedirnos.

Por una fugaz eternidad la estrechó contra sí, degustando sus lágrimas, hasta que ella se apartó con una sonrisa trémula, levantando graciosamente una mano en la señal de la separación. Tiernamente, con la bendición de Bienamada-de-la-Selva, Wolf dejó caer el recuerdo de su esposa y ciñó los brazos alrededor de Storm Lesconflair.

En la costa del golfo, donde el viento llegaba desde las aguas para compensar lo caluroso del sol, el clima era más fresco. Además, el otoño ya se hacía sentir, aunque Wolf dijo que tendrían un veranillo indio. Avanzaban a buen paso. Después del incidente con Zeke Barlow, el adiestramiento de Storm se hizo severo. En las muchas semanas siguientes la muchacha fue cambiando; la novata y asustada belleza sureña se convirtió en una mujer del Oeste, serena y capaz, que conocía bien a Texas y sus costumbres. Wolf le daba una buena enseñanza, la misma que había recibido de su madre, La-que-Busca-la-Sabiduría, y su tío Masitawtawp. Si al principio Storm tardaba casi dos horas en encender una fogata, poner la comida a cocinar, desensillar, frotar y dar agua y alimento a los tres caballos y hacer ambas camas, ahora podía hacer todo eso en menos de cuarenta y cinco minutos. Los trabajos pesados la hicieron fuerte. Cuando levantaba su silla de montar, sin señales de esfuerzo, reía al pensar en que antes apenas podía arrastrarla por tierra. Aprendió a reconocer las raíces comestibles, a fin de complementar las comidas con las que arrancaba de la dura tierra, separando las hojas como bocado especial para los caballos. A otras las secaba y conservaba para más adelante, pues las poblaciones eran escasas y estaban muy apartadas entre sí, por lo que no era fácil conseguir provisiones. Quien guarda siempre tiene: ese era el lema del oeste y Storm lo aprendió bien, como aprendía todo lo que Wolf le enseñaba.

Descubrió qué plantas eran medicinales y se podían utilizar para curar, como la que usaba para hacer una pasta para su piel, que pronto se bronceó bajo el sol de Texas. Aprendió qué plantas eran venenosas al punto de que una flecha, previamente sumergida en ciertos jugos, provocaba la muerte instantánea; que determinadas hojas, trituradas y esparcidas sobre la comida o en una infusión, causaban un fin lento y torturante. Wolf le habló de una planta que sólo se encontraba en ciertas zonas del sudoeste y en México, un cactus que provocaba vómitos y alucinaciones; los comanches lo utilizaban para ciertos ritos especiales de los que también le habló, sumergiéndola en la religión y las tradiciones de su tribu para instilarle gradualmente las perspectivas y los valores de los comanches. Sólo se apartaba de sus tradiciones al enseñarle lo que correspondía a un guerrero y no sólo las tareas de las mujeres.

Caía sobre ella cuando menos lo esperaba. De ese modo Storm aguzó el oído, acostumbrándolo a captar el más leve rumor de la espesura Aprendió a deslizarse por la alta hierba de la pradera sobre el vientre, impulsándose con los codos sin hacer ruido alguno. La muchacha refulgió de orgullo el día en que Wolf dijo:

-No podrás burlar a un comanche, pero los blancos no te oirían. -Y agregó, vanidoso, que su tribu era la más silenciosa en el ataque. -Podemos infiltrarnos en los campamentos de los Ojos Blancos mientras duermen y, aunque tengan las riendas de los caballos atados a las muñecas, cortamos las cuerdas y robamos los animales sin despertar a nadie.

Le enseñó a usar el cuchillo y el tomahawk.

-¡Atácame! -ordenaba.

Ella elegía un arma y trataba de matarlo, siguiendo sus órdenes. La primera vez se sintió aterrorizada, pero Wolf se limitó a reír.

-Cuando sea realmente peligroso que me ataques, pequeña, ya no hará falta practicar.

Por la noche la llevaba a cazar, enseñándole a usar la lanza, el arco y las flechas, a cargar y

Librodot

amartillar sus dos revólveres, a disparar.

-Si puedes dar en el blanco en medio de la oscuridad, a la luz del día no fallarás nunca -le decía.

La adiestraba sin tregua, en tanto dejaban atrás Fort Brown y cruzaban el vasto río Grande en busca de la presa. En México descubrieron que Rickie Lee Halfhand los había eludido otra vez.

-No trates de desenfundar tan de prisa. De nada sirve, si después no das en el blanco al que apuntas. Primero, exactitud. Luego, velocidad.

Storm se mordía los labios, asentía y lo intentaba una vez más.

-¡No dejes de mirarme a los ojos, pequeña! Puedo sonreírte, echar una pitada a mi cigarro, aplastarlo, cambiar de posición y enganchar los pulgares en el cinturón. Y mientras tú miras todo eso, puedo matarte. Pero los ojos nos denuncian siempre, Storm. Cuando alguien está por atacarte, sus ojos cambian de pronto, por una fracción de segundo. Es entonces cuando desenfundas. Inténtalo otra vez.

Así siguieron, día tras día, noche tras noche.

-Si el enfrentamiento es al aire libre, dale la espalda al sol. Si es bajo techo, mantén la espalda contra una pared o contra el mostrador, y vigila los espejos por el rabillo del ojo. ¡Muévete, pequeña! Muévete al disparar. El blanco móvil es más difícil de alcanzar.

Storm se movía, esquivaba y aprendía a apartar el cuerpo como un rayo, a arrojarse al suelo, rodar y estar de pie en cuestión de segundos. Lo hacía todo... con una excepción: se negó a aprender a arrancar el cuero cabelludo.

-No puedo, Wolf. Es demasiado... demasiado...

-¿Salvaje? -El enarcó una ceja, divertido, pero no la obligó a hacerlo, comprendiendo que no había tenido la crianza necesaria para aceptarlo como cosa natural.- También los Ojos Blancos lo hacen, Storm. En realidad, ellos comenzaron. En algunos lugares el gobierno paga por los cueros cabelludos de los indios.

-Bueno, no me importa quién lo haga: es inhumano. Lo digno es enterrar a una persona intacta.

-El muerto, muerto está. No sé qué importancia tiene. Me parece pura vanidad de tu parte, pequeña.

Le asió un puñado de pelo y la obligó a tenderse a su lado, esparciendo la masa de ébano sobre la tierra y aquietando sus forcejeos para besarla lentamente en la boca. Después se envolvió el cuello con los mechones sedosos, murmurándole suavemente al oído. El corazón de Storm palpitaba de prisa; se sintió laxa, acalorada y estremecida de expectativa, pero él no insistió.

Sus ojos relucían con apetito a la luz de la luna; la miraban en silencio, esperando, deseando; el deseo desnudo era evidente en su cara morena. Storm tragó saliva con fuerza y le volvió la espalda. Aún no estaba lista para entregarse por completo a él, aunque en las semanas transcurridas habían intimado mucho más. En muchos sentidos, ese hombre seguía siendo un enigma; nunca le había hablado de amor, sino sólo de deseo. Era un vagabundo, un hombre que vivía huyendo, persiguiendo o perseguido. Storm quería algo más que eso. Quería raíces, un hogar propio, hijos.

-Wolf... ¿nunca has pensado... en casarte y formar un hogar? -preguntó, vacilante.

El encendió un cigarro, evaluándola secamente. -Estuve casado... con una mujer comanche.

Esas palabras la sorprendieron. No lo sabía y su corazón dio un vuelco extraño.

-¿Y qué pasó?

-Fue violada y asesinada. Por entonces llevaba en el vientre mi hijo por nacer.

-¡Oh, Wolf, qué horror! -exclamó Storm por lo bajo. Ahora comprendía por qué él no la había forzado nunca, por qué la fría crueldad con que mutilara el cadáver de Zeke Barlow. -Lo siento. ¿Fue... fue un blanco el que lo hizo?

-No sé. Jamás lo supe.

-Y ella ¿era muy hermosa? ¿La amabas mucho?

-Sí a ambas preguntas. Pero eso pasó hace mucho, Storm. Hace diez años que murió. Sólo tenía dieciséis años cuando la mataron: la misma edad que tú. Yo tenía diecisiete. Fue entonces cuando dejé a los comanches. Desde entonces he aprendido mucho sobre la vida. Soy mayor, más duro. Tal vez algún día vuelva a echar raíces, pero antes... tengo que saldar una vieja cuenta, como se dice. Mientras no lo haga no seré jamás verdaderamente libre de mi pasado, de lo que soy: un vagabundo solitario. No quiero que te formes falsas ilusiones sobre mí, Storm -le advirtió con intención-. No voy a cambiar. Ni siquiera por ti, pequeña.

La muchacha hizo un gesto afirmativo y le volvió la espalda una vez más, preguntándose qué fantasmas lo acosaban así, por qué de pronto tenía ganas de llorar.

A Storm le encantó México, pues en las montañas el aire era fresco y, por la noche, las estrellas se veían tan cerca como si uno pudiera arrancarlas del cielo con sólo estirar una mano. Además, aunque Wolf era conocido en muchos sitios y el nombre de El Lobo despertaba temor, los mexicanos no lo trataban con desprecio, sino como a uno de los suyos. El estaba menos tenso,

aunque siempre cauteloso, pues la tierra por la que viajaban era asolada con frecuencia por diversas bandas de feroces apaches y extraños indios yaquis. También había bandoleros que vagaban por las colinas y podían atacar con celeridad de relámpago, aterrorizando y asesinando a sus víctimas con tan poca merced como los indios. Storm y Wolf ya no acampaban en sitios abiertos, sino en arroyos resguardados, en lo alto de las rocas, donde contaban con cierta proyección contra los ataques. Con frecuencia Wolf se detenía en el crepúsculo, inmóvil; recorriendo con la vista las mesetas y el amplio territorio de abajo, alerta a los sonidos del atardecer, con la nariz algo dilatada para captar los olores que traía el viento. A veces no encendían fogatas y la orden era guardar silencio. A la mañana siguiente encontraban huellas recientes de caballos que habían pasado silenciosamente en la oscuridad; entonces Storm se maravillaba ante el sexto sentido que Wolf tenía para el peligro.

Sin embargo, esa noche no fue así. Esa noche el fuego ardía alegremente en el pequeño hueco a manera de caverna que habían encontrado, rodeado de matorrales, en un rincón de la meseta; Wolf salió a cazar, dejando sola a Storm. Al principio la muchacha protestó, aduciendo que podían pescar en el arroyo cercano, pues desde su partida de Nueva Orleáns no había vuelto a comer pescado fresco. Se le hacía agua la boca al pensar en un pez gordo, asado entre las brasas hasta que estuviera blando y crocante, pero Wolf dijo que el pescado era tabú para los comanches y que él no comería lo que ella atrapara. Storm, con un suspiro, se tragó la desilusión, respetuosa de sus creencias, aunque estaba harta de los conejos y otros pequeños animales que Wolf cazaba para la cena; se negaba a matar venados u osos, porque ellos dos no podían consumir una bestia tan grande; la mayor parte de la res se habría desperdiciado.

La muchacha limpió y cortó en rodajas algunas raíces para complementar la comida. Luego las puso a hervir. Después holgazaneó por un rato, molesta. De pronto se levantó con un brinco decidido. Ella no tenía motivos para no comer pescado, si lo deseaba. No contaba con caña, anzuelo ni carnada, pero si actuaba con mucha discreción y astucia podría "robar" un pez, tal como lo hacía en su infancia con André-Louis. La idea le gustó; caminó de prisa hasta el arroyuelo, para poner en práctica su plan. Después de quitarse las prendas exteriores, vadeó con suavidad, tratando de no agitar más de lo imprescindible las aguas ondulantes. El arroyo estaba frío, pero refrescante; el agua, limpia. Storm se inclinó para sumergir lentamente las manos, conteniendo el aliento al ver un pez de buen tamaño. Avanzó con cautela hacia él, olvidada de lo que la rodeaba por centrar su atención en la presa; con eso olvidó la primera ley del oeste. No tuvo tiempo de capturar a la bestezuela rápida y escurridiza, porque en ese momento la asieron bruscamente desde atrás; un brazo fuerte le rodeó la cintura y una mano callosa ahogó sus gritos. Momentos después la sacaban a la rastra del agua, con el frío cañón de un arma apretada a la sien.

Una voz de acento extraño gruñó, en inglés: -No me obligues a matarte, bonita.

Storm asintió con la cabeza, tratando de indicar que no iba a causar problemas, y dejó de forcejear. La soltaron lentamente. Entonces se volvió hacia su captor. Era un joven alto y musculoso, que vestía una extraña mezcla de prendas indias y de blanco; en su oscura cara cobriza se fundían facciones de ambas razas. La miraba en silencio, evaluándola con sus ojos pardos; los blancos dientes centellearon cuando, de pronto, sonrió apreciativamente.

-Eres la mujer de Hermano del Lobo, ¿no?

-Sí -replicó Storm, nerviosa, al reconocer el nombre comanche de Wolf.

-¿De qué tribu te robó, pequeña mestiza?

-No me robó, monsieur. Y no soy india, sino francesa.

El hombre se encogió de hombros, alargando una mano para tirarle de una trenza.

-No importa. Debe de haberte adiestrado bien.

-¿Qué... qué quiere usted, monsieur?

-Matar a tu hombre, bonita. De ese modo tal vez pases a pertenecerme, ¿no? Ven.

Con una brusca sacudida del revólver, le indicó que caminara adelante hacia el campamento. Storm echó un vistazo prudente a sus ropas y a las pistoleras que había dejado en el suelo, pero comprendió que sería tonto tratar de tomar sus pistolas, si su captor ya le estaba apuntando con un arma. El reparó en su mirada y se inclinó para apartar los tentadores revólveres, colgándose al cinturón del hombro.

-Recoge el resto de tus cosas -ordenó.

Ya en el campamento, esperaron en silencio el regreso de Wolf. Storm se devanaba los sesos buscando un modo de ponerlo sobre aviso, pero no lo había. Su secuestrador le había dicho, tranquilamente, que la mataría al primer grito. Por fin, tras un rato que pareció ser de varias horas, reapareció Wolf. Captó la situación a la primera mirada. Para sorpresa de la muchacha, se limitó a arrojar al suelo los dos perros de las praderas que había cazado y pronunció:

-¡Vaya, pero si es Rickie Lee Halfhand!

Sólo entonces notó Storm que al desconocido le faltaban el anular y el meñique de la mano izquierda: halfhand, "media mano". Sin duda, cansado de huir, había decidido enfrentarse a Wolf.

El secuestrador saludó a su enemigo:

Librodot

-Me dijeron que querías verme, Hermano del Lobo. Aquí estoy.

-Bueno, tardaste lo tuyo.

-Este no es asunto de los Ojos Blancos, Hermano del Lobo. No quise que me mataran a tiros, a la manera de los Ojos Blancos. Combatiré contigo, pero será de hombre a hombre, mano a mano, al modo indio.

Wolf asintió secamente. Después de quitarse el cinturón de las pistolas, lo arrojó a un lado y se desnudó hasta la cintura. Su adversario hizo lo mismo.

Storm los observaba con nerviosismo, comprendiendo que los dos se disponían a combatir y que la batalla sería a muerte. De pronto se sintió descompuesta de miedo.

"Eso es Wolf, se dijo, severa: "Un pistolero, un matador. Este es su modo de vivir y no puedes hacer nada por cambiarlo. Es bueno en lo suyo. De lo contrario no habría sobrevivido hasta ahora."

Aun así no la alivió saber que, en pocos momentos, él podía estar tendido en tierra y ella, a completa merced de Rickie Lee Halfhand. Cosa extraña: lo que más la hacía sufrir era la primera posibilidad. De pronto supo, sin lugar a dudas, que había llegado a amar a ese salvaje pistolero llamado El Lobo.

"Oh, ¿por qué no se lo dije antes? ¿Por qué me mostré tan empecinada, tan temerosa de sufrir?" El era su salvador, su protector, su maestro, su amigo. Habría podido ser su amante, con que ella le hubiera extendido los brazos de buena voluntad. Y ahora... tal vez fuera demasiado tarde.

Wolf se acercó a su alforja y sacó una larga tira de cuero, que solía emplear para conducir al caballo de carga. Después de desenrollarlo, arrojó un extremo a Rickie Lee Halfhand, quien lo atrapó diestramente en el aire y se lo puso entre los dientes. Wolf mordió con fuerza el otro extremo y ambos desenvainaron sus cuchillos. Los aceros centellearon bajo la luna llena, fríos y plateados, en tanto los dos comenzaban a rondarse cautelosamente, apenas a un metro de distancia, voluntariamente limitados por el tiento.

Los puñales desgarraron el aire con suaves sonidos sibilantes, como si alguien estuviera haciendo girar un lazo en la oscuridad. Ambos se inclinaban un poco hacia adelante, protegiendo el pecho y el vientre de la hoja enemiga, en tanto los cuchillos volaban una y otra vez en veloces arcos. Varias veces se entrechocaron, resonando en el arroyo con ecos extraños, como un tañido de muerte; los dos hombres danzaban con ágiles pies felinos, sin soltar el tiento. Una o dos veces se acercaron peligrosamente al fuego y llegaron a patear algunas de las brasas, en el intento de arrojarse mutuamente a las llamas. Entonces el combate se convertía en un tironeo inmóvil, en el cual ambos se enfrentaban con gesto adusto. Wolf cambiaba el cuchillo de una mano a otra, con tal celeridad que su oponente no podía saber si atacaría con la derecha o con la izquierda. Luego, con saltos y chillidos entre dientes apretados, el duelo se reiniciaba con tortuoso suspenso.

Los nervios de Storm gritaban en silencio al presenciar aquello. Cada vez que en la carne de Wolf aparecía una fina raya de sangre, ella se apretaba una mano contra la boca para no gritar. Por fin pareció que el pecho y el abdomen de su protector eran una red carmesí. Rickie Lee Halfhand también tenía varios tajos brillantes; la muchacha empezó a temer que ambos se desangraran lentamente hasta morir antes de que el combate terminara. Echó un vistazo a sus revólveres, que yacían a un lado, pero algo le dijo que Wolf jamás la perdonaría si se interponía disparando contra Rickie Lee Halfhand. Entonces se mordió con fuerza los nudillos pálidos para ahogar los sollozos, mientras las lágrimas marcaban arroyuelos por sus mejillas.

El fin fue tan rápido que la tomó desprevenida. No esperaba el horrible golpe de la hoja al hundirse en un vientre, atravesando la carne y los órganos internos, deliberadamente retorcido. Rickie Lee Halfhand dejó caer su puñal, aferrando con ambas manos la empuñadura que asomaba por su abdomen. Luego ahogó una exclamación y, soltando su extremo del tiento, cayó hacia atrás, muerto.

Por un momento Storm no sintió nada. Había visto morir a muchos hombres (demasiados, tal vez) desde que abandonara Nueva Orleáns; tal vez estaba ya encallecida a ese espectáculo. Sólo sabía que Wolf seguía con vida. Lo demás no importaba. Con un pequeño gemido de alivio, corrió hacia él. El pistolero arrojó a un lado el tiento, recuperó su acero y la recibió en sus brazos, estrechándola contra la piel ensangrentada. De pronto, con un pequeño gruñido, le alzó salvajemente la cara para apretarle la boca contra los labios, abriéndoselos por la fuerza, asaltando la dulzura que esperaba adentro. Storm sintió el sudor que le cubría el cuerpo, el ondular de los músculos que aún temblaban con el poder de la muerte, y percibió el hambre de su lujuria. El la empujó hacia las mantas y cayó sobre ella, ciego. Tres veces había matado por ella. Tres veces había resultado victorioso, protegiéndola de todo peligro. "Los despojos pertenecen al vencedor". Iba a poseerla y, en esa oportunidad, Storm comprendió que no podía negarse.

Ahogó un grito ante los besos quemantes que él hizo llover sobre su boca y su cuello; sujetó con destreza cada una de sus trenzas y cortó el cordel que lo ataba, para liberar la cascada de ébano; sujetando grandes manojos con una mano, la obligó a mirarlo, a ceder al cuchillo apretado

contra su vientre. Storm temblaba de miedo y entusiasmo; él movió el filo hacia arriba, cortando brutalmente las ataduras de su camisola para descubrirle los pechos. Luego arrojó el cuchillo a un lado; sus ojos azules estaban casi negros de pasión y deseo. Storm temblaba, pues no había nada caballeresco en esas ascuas oscuras que le recorrí!}n el cuerpo, bebiendo con apetito el gris súbitamente ahumado de sus ojos, hasta que ella los entrecerró sensualmente; el pequeño temblor de sus labios hinchados; el pulso que palpitaba rápidamente en el hueco de su cuello; los pezones enrojecidos que ya se habían endurecido por cuenta propia, llenos de expectativa.

Ella quiso hablar, decirle que no tenía experiencia, que estaba asustada, que tenía miedo de ser lastimada por su parte salvaje, pues sabía que Wolf se había vuelto puramente indio, y que temía desilusionarlo, orgulloso y arrogante como era. Abrió la boca para susurrar sus temores, pero era demasiado tarde. El ya le estaba besando otra vez los labios entreabiertos, haciendo volar la lengua caliente en su boca, explorando cada curva que se estremecía bajo sus labios exigentes. Asoló su dulzura como un experto, hasta dejarla gimiendo y jadeante. Entonces ella le ciñó los brazos al cuello y le devolvió los besos febrilmente, como arrebatada por un viento salvaje y caprichoso, del que no se pudiera escapar.

Comprendió, difusamente, que una parte de ella deseaba eso; lo había deseado desde la noche misma en que él, ebrio de licor y lascivia, la había recorrido con las manos como si tuviera el derecho de hacerlo, excitándola lenta, exquisitamente, para luego dejarla ansiosa e insatisfecha. Ahora sabría qué era lo que tanto había deseado aquella noche. Ahora descubriría esos misterios sobre los que apenas había oído murmullos secretos, interrumpidos por risitas solapadas. Ahora descubriría esas cosas a las que Mammy sólo una vez había hecho alusión, recordando a último momento que "la señorita Storm" era una dama.

"¡Está mal! No nos hemos casado", pensó, frenética. "¡Mon Dieu! Este hombre es casi un desconocido. Sin embargo, por algún motivo es como si lo conociera desde siempre, como si toda mi vida lo hubiera querido, necesitado y amado. El Sur ya ha quedado atrás para siempre. Ya no puedo volver jamás a casa. Y a no ser por Wolf, estoy tan sola... Oh, Jesús... Abrázame, Wolf, abrázame. No me sueltes jamás..."

La joven se erizó de excitación una vez más, en tanto la boca de Wolf le quemaba la mejilla hasta una sien, donde sepultó la cara en su pelo, entre roncos murmullos en comanche, español e inglés, todo mezclado en un peculiar lenguaje propio, rudo, pero claro. Storm se estremeció, como si de pronto la tierra se hundiera bajo su cuerpo. Sabía que eso habría debido horrorizarla, esas cosas que comprendía apenas a medias. Por el contrario, esas palabras primitivas la excitaban en algún plano instintivo, por mucho tiempo reprimido, que se precipitaba a tomar el mando de ella.

Las manos de Wolf encontraron sus pechos, apartando la camisola desgarrada, que dejó de formar parte de ella. Sus dedos encerraron posesivamente los montículos maduros, acariciándolos con provocación, hasta que inclinó la cabeza y cubrió una cima rosada con los labios, succionando para despedir chispas de mercurio que corrieron por las venas de Storm; aquella lengua se movía en redondo, acariciadora, y sus dientes la mordisqueaban con suavidad. Atrapada en las extrañas sensaciones que él le estaba provocando en el cuerpo, apenas tuvo conciencia de que él le quitaba los calzones, impaciente, arrancándoselos hasta dejarla completamente desnuda bajo él; una pierna le estaba separando los muslos, abriéndola para la invasión de una mano, en tanto la boca de Wolf se trasladaba al otro pecho, presionando diminutos círculos en torno del pico rígido y moviendo la lengua contra el capullo. Sus dedos le buscaron la feminidad, rozándola íntimamente. Ella lanzó una exclamación de protesta, pero Wolf la acalló con otro beso, silenciando sus gemidos incoherentes, mientras acariciaba su terciopelo palpitante, rítmico, tironeando de los rizos sedosos y siguiendo las lomas de piel satinada, hasta dejarla caliente y mojada a su toque.

Sus labios viajaron hacia abajo una vez más, murmurando contra su cuello y mordisqueando el hombro antes de encontrarle nuevamente los pechos. Como un rastro de fuego, continuó hasta el vientre; la lengua hurgó en el ombligo, para luego deslizarse a revolotear apenas sobre el montoncito estremecido. Storm ahogó un grito de espanto y deleite, enredando los dedos en el pelo de Wolf para atraerlo instintivamente hacia ella, sin poder resistir. ¡Oh, Dios! ¡Era indecente... lo que ese hombre le estaba haciendo! Pero no podía ni quería impedirlo. Y el ombligo, para luego deslizarse a revolotear apenas sobre el montoncito estremecido. Storm ahogó un grito de espanto y deleite, enredando los dedos en el pelo de Wolf para atraerlo instintivamente hacia ella, sin poder resistir. ¡Oh, Dios! ¡Era indecente... lo que ese hombre le estaba haciendo! Pero no podía ni quería impedirlo."¡Lo amo, sí!", pensó, salvajemente. "¡Lo amo! De lo contrario no permitiría que me hiciera estas cosas. Sin embargo no es como lo que sentía por André-Louis, dulce, suave, como un cuento de hadas. No, claro que no. Los cuentos siempre terminan con un beso y aquí hay muchísimo más. Quiero saber. ¡Oh, Mammy, tú dijiste que yo me daría cuenta! ¿Wolf es el hombre adecuado para mí? ¿Esto es amor? ¡Sí, sí!" -Oh, Dios, Wolf...

Una y otra vez él degustó en toda su longitud los suaves pliegues de miel, mientras ella se retorcía y se impulsaba contra sus labios, sintiendo en el fondo de su cuerpo un dolor quemante, allí donde la lengua de Wolf revoloteaba, buscando su centro fundido. Una mano se movió para

aliviar la ciega sensación, llenándola con los dedos, explorándola al principio lentamente, luego con más celeridad, en tanto su boca continuaba provocando la palpitante flor de feminidad, despidiendo terremotos por todo su cuerpo, cada vez más potentes, hasta que ella arqueó frenéticamente las caderas contra él, sintiendo que un millón de estrellas fugaces estallaban en su interior. Gritó una y otra vez, hasta que Wolf se incorporó de rodillas, enorme junto a ella bajo el claro de luna, y se desabrochó el cinturón. Luego se puso de pie para quitarse los pantalones de montar. Alto, orgulloso, desnudo, plantó los pies entre los muslos de Storm, separándolos un poco más, para luego arrodillarse y, tomándole las manos, levantarla hacia sí, guiándole los dedos por su cuerpo.

"¡Lo amo, sí!", pensó, salvajemente. "¡Lo amo! De lo contrario no permitiría que me hiciera estas cosas. Sin embargo no es como lo que sentía por André-Louis, dulce, suave, como un cuento de hadas. No, claro que no. Los cuentos siempre terminan con un beso y aquí hay muchísimo más. Quiero saber. ¡Oh, Mammy, tú dijiste que yo me daría cuenta! ¿Wolf es el hombre adecuado para mí? ¿Esto es amor? ¡Sí, sí!"

-Oh, Dios, Wolf...

Ella tocó la oscura mata de vello de su pecho, palpó los músculos bajo la piel cobriza, siguió los contornos de viejas cicatrices que relumbraban en la carne, blancas, y los arañazos frescos hechos rato antes en el vientre tenso, antes de que sus dedos asieran, vacilantes, la dura virilidad. El le enseñó el movimiento y, mientras ella lo repetía por su cuenta, le asió la cabellera con una mano para besarla brutalmente, invadiéndola con la lengua. La otra mano volvió a deslizarse entre sus muslos, hacia adentro. Poco a poco la obligó a bajar la cabeza, hasta que ella comprendió que debía tomar su virilidad entre los labios.

Vacilante, temerosa de enojarlo o desencantarlo, Storm cerró la boca alrededor del tallo audaz, imitando con la lengua los giros y las caricias provocativas con que él la había atormentado rato antes. Minutos después él la apartó, empujándola hacia las mantas, y se mantuvo por un momento suspendido sobre ella. Su espada encontró la vaina, atravesándola salvajemente con un solo impulso. Storm sintió una punzada de dolor quemante y dejó escapar un grito estrangulado, preguntándose por qué la lastimaba así. Levantó la vista hacia él, confusa y súbitamente asustada, pues él la miraba intensamente; en los ojos le brillaba un triunfo extraño al comprobar que él era el primero.

-No, Wolf -susurró ella, con el corazón acelerado.

Y comenzó a resistirse, tratando de echarse atrás. Era demasiado tarde. Ya no había poder sobre la tierra que pudiera detenerlo.

Los dedos del hombre se enredaron en la masa de ébano que se abría en sus sienes, inmovilizándola para besarla, ahogando sus pequeños gritos de miedo.

Por un rato permaneció inmóvil sobre ella, acostumbrándola a sentirlo en su interior, mientras la saqueaba con los labios, dilatando apenas las fosas nasales para aspirar su embriagador perfume de rosas. Después comenzó lentamente a moverse en ella, levantándose deliberadamente, sin prestar atención a los esfuerzos que ella hacía por apartarlo. Por fin Storm dejó de presionar con las manos contra su pecho y le ciñó los brazos a la espalda, sintiendo los músculos que se tensaban bajo sus manos, en tanto él pujaba en ella más y más, con una furia apasionada que todo lo consumía.

-Envuélveme las piernas con las tuyas, pequeña -gruñó con voz ronca contra su cuello. Y luego: -Bruja, bruja. Me has hechizado.

Temblando de pies a cabeza, Storm obedeció, aturdida. La cabeza le daba vueltas a toda velocidad. El le mordió con suavidad ese sitio sensible donde el hombro se une con la nuca. La entrepierna de la muchacha volvía a agitarse, tumultuosa como una masa de nubes de tormenta que se acumularan, hasta que un relámpago estalló en ella, cegándola, conmoviéndola hasta el fondo del alma.

Casi simultáneamente, Wolf se lanzó dentro de ella por última vez, con todo el cuerpo tenso de emoción por una loca y exaltadora eternidad, mientras emitía ese grito extraño y salvaje, solamente suyo. Luego quedó inmóvil.

Debajo de él, Storm yacía débil y exhausta, mental y físicamente agotada, con el cuerpo laxo, aunque su corazón aún latía demasiado de prisa. Sintió que el pecho de Wolf palpitaba contra el suyo, hasta que él se incorporó poco a poco sobre un codo para estudiarla en la oscuridad. La vio tal como una vez la había imaginado: desnuda y reluciente con el sudor de su amor, pero lo extraño fue que eso no le produjo ninguna sensación de victoria. La venganza había sido olvidada. La besó lentamente en la boca y se dejó caer a un lado, acunándola tiernamente entre los brazos. Ya no podía hacerle daño: ella acababa de entregarse en demasía.

-Mira. -Señaló el globo plateado en el cielo de México.- Es una luna comanche, luna para un ataque guerrero o para hacer namaer' emuh, algo juntos. ¿Por qué te resististe a mí, pequeña?

-Porque... me hacías daño.

-La primera vez siempre duele, Storm. Ahora sólo sentirás placer. Te lo prometo.

Volvió a poseerla, ya con más suavidad. Y era cierto: sólo hubo una lánguida sensación de contento, de estar a salvo, de pertenecerle sólo a él, mientras él se movía en su interior, despertándole otra vez el cuerpo, llevándolo nuevamente a un éxtasis glorioso. Entretanto, le sonreía a los ojos y le susurraba palabras de amor. Por un rato Storm tuvo la certeza de que el tiempo se había detenido, de que sólo existía ese momento. Sólo existían ella y Wolf, abrazados bajo el cielo estrellado: dos contra el mundo.

-Te amo, Wolf-dijo, agitada, preguntándose si las palabras de su compañero habían sido veraces-. Ahora soy tu mujer.

-Sí, paraibo -respondió él suavemente, acariciándole el pelo-. Ahora eres mi mujer.

Como un rosado rubor en las mejillas de una mujer, la aurora se deslizaba subrepticiamente por el cielo. Cuando despertaron, el sol estaba convirtiendo en oro el cuerpo bronceado de Storm y hacía relumbrar su pelo negro azulado con su contacto acariciante, como el de Wolf. El envolvió las hebras de ébano a su cuello y volvió a degustar la carne dulce que la noche anterior había conocido tan íntimamente. Storm, intimidada por la luz del día, iba a negarse a su urgente necesidad, pero él le sujetó la barbilla entre los dedos fuertes y la miró a los ojos, diciendo con aspereza:

-No me rechaces jamás, pequeña.

Ella se estremeció un poco pese a la ternura de la posesión, comprendiendo que se había entregado a él en cuerpo y alma. Y Wolf no era hombre que se dejara mandar por una mujer. Le daría amor y protección, pero jamás sería su esclavo.

Después caminaron juntos hasta el arroyo para bañarse, salpicándose mutuamente entre carcajadas. Wolf dejó que Storm se lavara la cabellera mientras él sepultaba a Rickie Lee Halfhand y los dos perros de las praderas que no habían comido, después de todo. Storm se alegró de que Wolf no dejara el asunto en sus manos, como en el caso de Zeke Barlow; para alivio suyo, no vio señales de que su amante hubiera arrancado el cuero cabelludo al infortunado Rickie Lee Halfhand. Después de acabar con sus tareas, se aproximó tímidamente al pistolero.

-Wolf... -comenzó, vacilante.

-¿Sí, pequeña?

-Debemos buscar a algún cura.

-¡Un cura! ¿Para qué?

-Bueno... para que nos case, por supuesto -tartamudeó Storm, nerviosa. De pronto sentía el estómago revuelto, convencida de que había interpretado mal las intenciones de Wolf para con ella. -¿O acaso pensabas que...? ¿Después de lo de anoche...? Pensé que...

-Lo mismo que yo. ¿No te tomé de buena gana, como tú a mí? ¿No te dije después que eras mi paraibo? Y tú ¿no te entregaste sin protestar?

-Bueno, sí, pero supuse que buscaríamos alguna iglesia para que un sacerdote nos diera su bendición.

-¡No me hables de sacerdotes, mujer! -pronunció Wolf, ásperamente. Súbitamente su voz se había vuelto fría; su oscura tez volvía a ser una máscara dura. -He dormido contigo y he dicho que eres mi esposa, sin que tú lo negaras. No necesitamos ningún papel de los Ojos Blancos. Estamos casados. ¡Con eso basta! Es la costumbre comanche. Cuando lleguemos a Llano Estacado lo anunciaré al Pueblo. Mi padre nos dará su bendición, si así lo deseas.

-Pero Wolf... -protestó Storm, horrorizada-. Yo... yo soy católica...

-Eres la esposa de un guerrero comanche. Las mujeres comanches no discuten con sus esposos. Ahora ve a buscar tus cosas.

-¡Pero Wolf! ¡No es legal!

El la recorrió con gélidos ojos entornados.

-Lo es, en lo que a mí concierne. No te equivoques, pequeña: eres mi esposa. Me perteneces. Si alguna vez te sorprendo con otro hombre te mataré. ¿Comprendes?

Storm asintió lentamente, estremecida al imaginar la ira asesina de Wolf vuelta contra ella. Como si él percibiera su repentino miedo, la abrazó para besarla posesivamente, con una mano apoyada en la base del cuello.

-Anoche dijiste que me amabas. Esta mañana ya empiezas a volverte contra mí -gruñó.

-iNo, Wolf! ¡Te amo de verdad! Es que... no comprendo, eso es todo. Oh, por favor, no te enojes conmigo. ¡No lo soporto! -En las pestañas le chispeaban las lágrimas al suplicar.

La cara del pistolero se ablandó. La besó con más suavidad.

-Lo siento. No estoy enojado, Storm. Es que abriste una vieja herida de mi pasado. No es culpa tuya. No podías saberlo.

¿Saber qué? -preguntó ella, trémula.

-Que en un tiempo yo estudiaba para sacerdote.

Los ojos grises de la muchacha se ensancharon de sorpresa.

-¿De veras? ¿Y qué pasó?

-Quizás algún día te lo cuente, pero hoy no. Se hace tarde. Vamos.

En silencio, ella hizo lo que se le ordenaba, con el corazón dolido y lleno de confusión al preguntarse si llegaría a conocer a ese extraño que ahora la llamaba esposa.

Casi una semana después cruzaron el Paseo de los Indios, un conocido vado del río Grande, no lejos de la ciudad de Laredo, fundada en 1755 por Don Tomás Sánchez de la Barrera y Gallardo, con un puñado de colonos. Cuando entraron en la ciudad, Storm se bebió el panorama con ansias, pues en muchos sentidos la plaza de San Agustín, centro principal de actividad, le recordaba a Nueva Orleáns. Tal como su ciudad de origen era una mezcla de estilos francés y americano, Laredo era una mezcla de México y Texas, curiosamente entretejidos, lo antiguo y lo nuevo. Allí "los diablos texanos", como llamaban los mexicanos a los llaneros de Texas, que habían dado el triunfo a Samuel Colt al adoptar su revólver Patterson Colt de 1836, andaban por las calles, junto con prósperos rancheros blancos y pequeños agricultores mexicanos. De vez en cuando se veía a algún indio o un negro que habían logrado escapar de sus amos; también había hombres que, por su aspecto, eran poco más que bandoleros, ya blancos o mexicanos. Storm apenas les echó una mirada, pues había adquirido confianza en sí misma y en su capacidad. Además, Wolf iba a su lado. Lo estudió disimuladamente por entre las pestañas, en tanto trotaban calle abajo, ajenos a la atención que solían despertar, pues eran una bella pareja, orgullosa y arrogante. Exceptuando el color de sus ojos, parecían cortados por el mismo molde; la muchacha lucía ahora la misma cautela de acero que caracterizaba el semblante cincelado de Wolf.

Sólo por un momento cambió la expresión de Storm, encendiéndose de nostalgia y deleite ante un escandaloso vestido rojo que se exhibía en un escaparate. ¿Cuánto hacía que no se ponía un vestido? Y qué atrevidamente delicioso era ese. El escote era muy bajo; tenía pequeñas mangas fruncidas que dejaban los hombros casi al descubierto. El ruedo, arremolinado y fruncido, también estaba adornado de volantes y rodeaba los pies del maniquí con gracioso garbo.

"Con él podría lucir los tobillos", pensó Storm, melancólica, "y una buena porción de las piernas también."

Apartó la cara, a desgano, y estuvo a punto de chocar con Wolf, que había sofrenado a su potro frente a la tienda. Con la tierna cortesía que le demostraba desde que la había declarado su esposa, la ayudó a desmontar y la acompañó adentro. Una gorda y sonriente mexicana acudió al tintineo de la campanilla colgada en la puerta.

-Buenas tardes, señor, señora. -Los saludaba simpáticamente con la cabeza, hablando en español.- ¿Cómo están ustedes?

-Muy bien, gracias. ¿Y usted?

-Ah, muy bien también, señor. ¿En qué puedo servirlo? ¿Necesita municiones para las pistolas? ¿Un par de botas nuevas? ¿Algunas peinetas para la adorable señora?

La mujer se mostraba muy humilde y ansiosa de complacer. Storm echó un vistazo por la diminuta tienda; era muy pobre, pero se habían hecho grandes esfuerzos para dar todo el atractivo posible a sus magras mercancías. Los estantes estaban meticulosamente limpios, como si los desempolvaran dos o tres veces al día; el suelo, impecable. De los muros colgaban decorativos serapes mexicanos; había hermosos sombreros hechos a mano, junto a botas de cuero repujado y relucientes espuelas de plata. En un estante pequeño se vetan más vestidos, junto a otro con camisas y pantalones de hombre. Una mesa ocupaba el centro de la habitación, cargada con metros y metros de telas coloridas. En una vitrina se exhibían revólveres y puñales, joyas finas y rosarios. Aquí y allá, amontonados en el suelo, atractivos cestos de trama compleja y vasijas de arcilla.

-A mi esposa le gustaría ver el vestido rojo del escaparate, señora -dijo Wolf, impasible. Pero sus ojos chisporrotearon al oír la pequeña exclamación de placer que lanzó Storm.

-¡Pero por supuesto, señor! -replicó la mujer, como si lo hubiera sabido desde un principio. Se alejó de prisa, moviendo el cuerpo regordete con extraña ligereza sobre los diminutos pies. Volvió en segundos, trayendo en los brazos el vestido rojo. -¿Quiere probárselo, señora? En la trastienda tengo un pequeño cuarto donde tendrá intimidad.

-¡Oh, sí! -exclamó Storm con entusiasmo, rogando que la prenda fuera de su talla.

Minutos después se mostraba envuelta en volantes de satén, con los pechos asomando tentadoramente del corpiño y las piernas descubiertas hasta las pantorrillas.

-¡Es perfecto para usted, señora! -La mexicana estaba radiante. De pronto, como sobresaltada, rió por lo bajo.- Un momento, señora.

Hizo señas a Storm de que no se moviera y desapareció, para volver una vez más con los brazos cargados.

-Tome usted. -Le entregó un par de medias de seda negra y dos ligas rojas. -Póngase también esto. ¡Dios, qué pies pequeños tiene! Pero creo que estas servirán, ¿no? -sugirió, mostrando un par de zapatillas rojas. -Cuando mi esposo las compró le dije que había malgastado el dinero que tanto nos costó ganar, que nadie podría ponérselas. Pero ya veo que nuestro Señor obra de maneras misteriosas, ¿verdad, señora? ¡A usted le quedan justas! No lo puedo creer. Ahora le enseñaré a ponerse la peineta en el pelo y a colocarse esta mantilla. Así parecerá una

verdadera dama española, ¿no?

Destrenzó hábilmente la cabellera de Storm y, después de cepillarla, acomodó la encantadora peineta con su encaje rojo. Luego inclinó un poco la cabeza para estudiar a la muchacha con aire crítico. Por fin frunció el ceño, impaciente.

-No, esto no sirve. Usted tiene un misterio en los ojos, como si fueran de humo; han visto de la vida mucho más de lo que verán jamás los de una dama española. ¿Es verdad? Sí: tienen un toque gitano, secreto e indómito, como si en usted acechara una pasión salvaje. Hummmm, sí. Espere un momento, señora.

Cuando regresó nuevamente traía en las manos una sola rosa, de pétalos rojos diestramente hechos con satén almidonado; las hojas verdes eran de terciopelo. Con aire experto, la mujer enhebró el tallo en la peineta y la colocó sobre la oreja derecha de Storm y asintió otra vez.

-Sí, ese es el efecto para usted, señora. Y sin embargo... aún falta algo.

¡Espere, ya sé!

La mujer se desvaneció una vez más, para reaparecer con un par de pendientes de plata en forma de aros y varios brazaletes de plata. Por fin quedó complacida con el aspecto de Storm.

-Sí, creo que ya estamos listas para que la vea su apuesto caballero, ¿no? Ya está impaciente, ese, como una pantera. ¡Oh, los hombres! No entienden cuánto cuidado debe poner una si quiere estar hermosa para ellos, ¿no? Aquí está, señor -anunció la mujer, dando a Storm un pequeño empellón hacia adelante. -Valía la pena esperar, ¿no?

La muchacha se irguió en silencio, con los ojos brillantes, aguardando la aprobación de Wolf. Los ojos de medianoche la recorrieron con intensidad, posesivamente.

-Sí, señora. Bien valía la pena esperar -pronunció, con voz ronca de deseo.

Storm se ruborizó un poco al pensar en las muchas noches que había pasado ya en su cálido abrazo, bajo la boca que la quemaba con exigencia, apretada apasionadamente al cuerpo fuerte y musculoso, como si él nunca se cansara de poseerla. Desde aquella primera vez la tomaba dos o tres veces por noche, bajo las estrellas, y él le enseñaba a hacer el amor con tanta destreza como le había enseñado a sobrevivir en la dura y salvaje belleza de Texas y México.

-Elige todo lo que te guste, paraibo -le dijo-, que la señora lo envolverá todo junto.

Storm seleccionó algunas cosas esenciales, lociones y agua de colonia; a último minuto agregó, impulsivamente, un rosario negro y plateado parecido al de Wolf, pues sus relaciones con el amante eran un peso grande en su conciencia. Pese a la declaración del pistolero, a Storm le costaba creer que estuvieran realmente casados si ningún sacerdote les había dado su bendición. Tal vez si oraba a Santa María conseguiría el perdón por haber dado la espalda a la Iglesia para vivir en pecado.

-Ahora que tiene un traje tan bonito, señora -sugirió la mexicana, interrumpiendo los preocupados pensamientos de la joven-, necesita un lugar para lucirlo. Esta noche daremos una fiesta para celebrar el cumpleaños de mi nieto. Somos gente pobre y nuestra casa es humilde, pero sería un placer recibirlos, a usted y a su esposo.

Para sorpresa de Storm, Wolf dijo que asistirían con mucho gusto y, tras averiguar el nombre y la dirección de la mujer, salieron de la tienda en busca de alojamiento donde prepararse para la fiesta. Por fin se aposentaron en un cuarto sobre una cantina mexicana. Era pequeño, pero estaba limpio; Storm tuvo la certeza de que las muchachas que trabajaban en la cantina solían hacerlo también arriba, pero al menos la taberna no funcionaba abiertamente como prostíbulo. Había una tina de hojalata en la que logró bañarse, antes de que les subieran una comida humeante, con una botella de mescal y una vasija llena de café caliente y amargo. Storm descubrió que empezaban a gustarle la comida mexicana y el mescal; engulló con toda la decencia posible, recibiendo de buen grado el cambio después de los habituales platos preparados en la fogata del campamento. Wolf la observaba divertido.

-Espero que no pienses engordar, Storm -murmuró, después de encender el cigarro-. Tendría que divorciarme de ti.

-¿Entre los comanches también hay divorcio? -preguntó ella, curiosa.

-Sí.

-Bueno, ¿vas a decirme cómo se hace? De ese modo, si alguna vez decides deshacerte de mí, no me llevaré una sorpresa tan grande como al enterarme de que estábamos casados.

-¿Cómo sabes si en verdad lo estamos?

-¿Qué? -chilló Storm, horrorizada al pensar que, sus relaciones podían no estar consagradas siquiera al estilo pagano.

Wolf estuvo a punto de ahogarse con el mescal.

-Sí que estamos casados, Storm -se apresuró a asegurar-. Sólo estaba bromeando. Además, ¿importaría mucho si no fuera así?

-A mí me importa. Todo lo que amaba me ha sido quitado. Me gustaría pensar que, cuanto menos, no soy una... una...

-¿Una perdida? -insinuó él, enarcando una ceja con indiferencia-. No te conviene serlo,

pequeña.

-Bien sabes que no lo soy -contestó Storm, indignada.

-Lo sé. De otro modo no me habría casado contigo.

-¿Por qué hablas de casamiento? Ibas a explicarme cómo se divorcian los comanches.

-He cambiado de idea -dijo él, levantándose de la mesa-. No pienso dejarte. Tampoco toleraría que te divorciaras de mí. -Atrapó una guedeja larga para atraerla hacia sí.- Ven aquí, pequeña.

Storm se estremeció de excitación, enrojecida por la timidez, mientras él aflojaba la toalla en la que ella se había envuelto después del baño. La esponjosa tela cayó al suelo, dejándola desnuda en sus brazos. El le levantó la cara para besarla profundamente en los labios, mientras le encerraba el pecho con una mano, acariciándole el pezón con el pulgar. Deslizó los dedos hasta ponerlos tensos contra la cadera de la muchacha; luego, con un gruñido grave y gutural, la llevó a la cama. Storm lo miró fijamente, sin moverse, mientras él se quitaba los pantalones de montar para tenderse sobre ella. Comenzó a besarla y acariciarla toda, como si quisiera conocer hasta el último matiz de su cuerpo con toda la intimidad posible. Le besó los párpados, las sienes, el lóbulo de las orejas, la punta de la nariz, la boca escarlata. Sus labios descendieron por la nuca hasta los hombros, los pechos y aun más allá: hasta los suaves rizos que se entrelazaban entre los muslos, antes de que su boca ascendiera, quemante, para sepultarse en la nube de ébano del pelo. Y mientras tanto movía las manos, buscando, explorando, y tomaba las palmas pequeñas de la muchacha para guiarlas, para que ella lo tocara y lo descubriera de idéntico modo, como si fuera la primera vez, todas las veces, como si jamás fueran a cansarse el uno de la otra.

-Dime que me amas, pequeña -murmuró contra el cuello de Storm-. Quiero oírtelo decir. Dime que me amas como a nadie has amado en la vida.

Era como si tuviera más apetito de su amor que de su cuerpo, como si nunca nadie lo hubiera querido de verdad y estuviera hambriento de afecto. Storm lo sentía con frecuencia, sobre todo en momentos como ese, cuando él le exigía palabras tranquilizadoras. Volvió a preguntarse cuál era ese oscuro y misterioso pasado. ¿Quién o qué lo había herido tan profundamente? ¿Por qué? ¿Quién lo había convertido en lo que era? ¿Quién le había arrancado el amor que debía de haber conocido para ser tan suave con ella, aun cuando la poseía con tanta urgencia, casi cruel en su pasión? ¿Quién lo había transformado en ese hombre fuerte, extraño, duro, acosado, que deseaba tan desesperadamente su amor, que podía olvidar el orgullo en su abrazo y pedírselo, obvios en sus ojos el deseo desnudo y las ansias de ella?

-Te amo, Wolf -susurró-. Te amo como nunca he amado en mi vida…

El le apartó las piernas con un quejido, hundiéndose fieramente en ella, como temiendo que Storm pudiera retirar sus palabras, como si por la simple fuerza de su voluntad pudiera hacerla suya para siempre, encarcelarla con el caliente y viril impulso de su virilidad, en tanto descendía girando en ella hasta hacerle gritar su rendición, su deseo de él, y sentir el súbito caudal de metal fundido que le corría por la sangre, incendiándola con su fulgor liquido.

-¡Mon Dieu, mon Dieu! jadeó, sofocada, en tanto le clavaba las uñas en la espalda y descendía hasta sus caderas, abriéndole en la piel pequeños surcos mellados.

El la instó a seguir, con las manos bajo su cuerpo para estrecharla aun más, mientras volvía a pujar rápidamente, una y otra vez, deslizándose por el dulce terciopelo hasta que llegó tumultuosamente su propia liberación, dejándolo sudoroso, febril, húmeda la melena lustrosa sobre los hombros. La miró, volvió a besarla y, finalmente, se apartó para liberarse del enredo de sus piernas.

Después la abrazó con ternura; parecía comprender la necesidad que Storm tenía de ser acunada, de que le hablara consoladoramente, asegurándole su amor, tal como él lo había necesitado durante el acto de amor. Le acarició los rizos enredados, apartándoselos de los labios trémulos y los ojos llenos de humo. Levantó un mechón posado sobre un pecho y tomó posesión del maduro montículo con una mano, para acariciar su cresta rosada.

-Jamás tendrás a otro que no sea yo -dijo-. Nadie más te conocerá como yo, de este modo. -Señalaba su desnudez, recorriéndole el cuerpo con dedos celosos.- Eres mía, sólo mía.

La besó una vez más. Luego se levantó para empezar a vestirse, mientras Storm lo observaba en silencio, temblando bajo su mirada feroz.

"Lo dice en serio", pensó. "Bastará que yo mire a otro hombre para que me mate". ¡Jesús! tiene un demonio dentro de él. Gracias a Dios, no es mi enemigo.

Ya había oscurecido cuando se encaminaron al jacal de la señora Ramírez, pero las estrellas iluminaban el camino. Por añadidura, el pequeño camino de tierra que conducía hacia la casa estaba bordeado de velas puestas en pequeños sacos de arena.

"Luminarias", pensó Storm, con una súbita punzada de nostalgia, al recordar que, todas las Navidades, solía dirigir con su padre la iluminación del largo camino de entrada de Belle Rive.

El jacal era pobre, en verdad, como la mujer les había advertido, pero ella los hizo sentir a

gusto. Se adelantó con una ancha sonrisa en la cara arrugada y querúbica, extendiendo los brazos para llevarlos al círculo reunido en la calle, pues la casa no tenía corredor ni patio y en sus magras habitaciones no había sitio para todos. Sin embargo, a nadie parecía molestarle eso; los que encontraban demasiado lleno el jacal de la señora Ramírez abrían sus propias casas, también humildes. Era como si todo el vecindario estuviera presente. Todos se conocían entre sí. Storm se ocultó a medias, tímida, hasta que la mujer comenzó a presentarlos.

-Atención, todos. Estos son mis amigos, el señor Lobo y su esposa, Storm. Por favor, hagan que se sientan a gusto, ¿quieren?

Entre gritos y risas, los mexicanos exhibieron su hospitalidad, tradicionalmente generosa. Pronto la muchacha dejó de sentirse extraña; saludaba con la cabeza, sonreía y observaba con orgullo a Wolf, que conversaba en rápido español con los otros. Sus lecciones de idioma habían progresado al punto que lograba entender varias palabras, aquí y allá, y hablar lentamente cuando alguien la abordaba. Atrajo muchas miradas admirativas con su vestido nuevo, aunque las otras jóvenes vestían de manera similar, pero puso cuidado en no coquetear con ninguno de los hombres que se arracimaban junto a ella, por miedo a que Wolf se enfureciera. En realidad, la cara morena se endureció un par de veces al ver que algún pretendiente se excedía en audacia. Por fin, cuando los mariachis iniciaron otra melodía vivaz, se llevó a Storm pese a las fuertes protestas de sus alegres caballeros.

Por entonces la muchacha había bebido varios vasos de buen vino tinto y se sentía bastante embriagada. El la guió hacia la calle, entre las parejas que bailaban. El suelo duro temblaba con el taconeo de botas y zapatillas; el aire palpitaba de guitarras y repiqueteo de castañuelas. Los espectadores batían rítmicamente las palmas, al compás de la música, y gritaban frases de aliento, que los bailarines contestaban con desafío, girando cada vez más raudos. Storm, sin aliento, se encontró girando con los otros; los movimientos terrestres y primitivos parecían surgir naturalmente, sensuales, sin necesidad de pensar ni de experiencia previa. Se movía como las mestizas de Nueva Orleáns, como se mueven desde siempre las mujeres, cuando no las limitan los dictados de la sociedad; nunca había soñado que pudiera sentirse tan libre de restricciones. Cerró los ojos y dejó que el ritmo se apoderara de ella, invadiendo su mismo ser con su esencia caprichosa y palpitante. Los volantes de su vestido se le arremolinaban a las piernas, ondulando para mostrar un destello de muslo. Los tacones de sus zapatos repiqueteaban como tambores; su cuerpo ondulaba; levantó los brazos con la gracia del cisne, alargándolos hacia Wolf en gesto implorante.

No sabía que estaba bailando sola, pues los otros se habían retirado a observar a la bonita francesa que hablaba un español tan delicioso y bailaba de manera tan encantadora. Una vez más, era la bella de la fiesta, pero por primera vez en su vida eso no le importaba. Para Storm no había sino la música que le palpitaba en el alma, arrancándole la vida, llevándose los dolores del pasado para llenarla de amor y esperanzas en el futuro. Cada pesar que había conocido encontró el camino hasta su rostro, donde se borró suavemente; la liberación le iluminaba el semblante de puro gozo. Nueva Orleáns estaba a millones de kilómetros. Los últimos vestigios de la Storm Lesconflair, la que bailaba hermosos valses en los salones de las plantaciones, se evaporaron ante el salvaje oeste, que reclamaba a la mujer de Wolf, de una vez y para siempre.

Para él bailaba: para el duro y salvaje pistolero mestizo que la había aceptado, enseñándole a sobrevivir y arrancándole la niñez para convertirla en su mujer. Fue entonces cuando comprendió que en Nueva Orleáns había vivido medio muerta: una bonita muñeca de porcelana que sonreía y decía lo correcto. ¡Ahora, allí, estaba viva! Por primera vez en su vida estaba viva. La vida que cosquilleaba en las venas, corriéndole por la sangre hasta la punta misma de los dedos, latiendo en su cabeza hasta intoxicarla.

"¡Estoy viva!", quería gritar al mundo. "¡Estoy viva! Esto es lo que Gabriel trató de decirme sobre el oeste, pero yo no comprendí. A esto se refería al decir que aquí el hombre podía respirar. ¡Ah, Gabriel North, grandísimo taureau, me has hecho un favor, después de todo! Creíste poder domesticarme y sólo conseguiste hacerme libre."

De pronto abrió los ojos.

-¡Oh, Wolf, Wolf!

Buscó palabras para explicarse, pero no hacían falta.

-Lo sé, paraibo, lo sé -dijo él con suavidad, antes de tomarla en sus brazos entre el entusiasta aplauso de los otros.

Como se estaba haciendo tarde, después del baile los niños se reunieron para romper la piñata que alguien había colgado de una viga saliente. La señora Ramírez les fue vendando los ojos por turno, uno a uno; después de hacerlos girar varias veces, los dejaba en libertad y les entregaba un sólido palo con que golpear el colorido burro, alegremente decorado. Los niños reían de júbilo cada vez que un participante lanzaba un golpe al azar y erraba. Los adultos los observaban con cariño, alentándolos con exclamaciones.

Como correspondía a la ocasión, fue el nieto de la señora Ramírez quien finalmente rompió

la piñata, esparciendo los dulces y baratijas que contenía; amorosamente envueltos. Entre chillidos de placer, los niños corrieron a recolectar los tesoros; ninguno volvió a su casa con las manos vacías.

Después de eso, Storm y Wolf agradecieron a su anfitriona el estupendo rato pasado y volvieron a la cantina. Mientras caminaban por las oscuras callejuelas de Laredo, la muchacha tuvo una sensación inquietante. Una o dos veces se detuvo para echar un vistazo nervioso por sobre el hombro.

-Sí, yo también lo oigo, pequeña -dijo Wolf en voz baja-. Nos siguen.

De pronto, sin previo aviso, empujó velozmente a Storm hacia un portal y se apretó contra ella en las sombras, cubriéndole la boca con una mano para silenciar cualquier grito que ella pudiera dar. Así estuvieron por un tiempo que pareció de horas, sin respirar, inmóviles, aguardando, con los corazones palpitantes en la estrellada oscuridad. Wolf había desenvainado su puñal, que despedía mortíferos reflejos allí donde una llovizna plateada del cielo tocaba el acero. Pero nadie vino. Quienquiera fuese, ya no estaba.

Al cabo de un rato Wolf sacó a Storm del portal y envainó el cuchillo.

-Tal vez no haya sido nada, pequeña -le dijo en voz baja. Pero la intranquilidad de la muchacha persistía.

Storm despertó por la mañana, cuando Laredo comenzaba a moverse. Permaneció quieta por un momento, escuchando los ruidos de la ciudad que volvía a la vida: el rumor de las ruedas de carreta; el clip-clop de los cascos en las duras rutas de tierra; el ocasional relincho de un caballo; el murmullo de voces que hablaban en inglés, español y diversos idiomas indios; gritos y risas cuando una mujer gritó al recibir salpicaduras en su vestido (si provenían de una salivadera o de una bacinilla, Storm no pudo saberlo); golpear de puertas. Sonrió para sus adentros, pues los ruidos le hacían pensar en Belle Rive por las mañanas. Era grato saber que algunas cosas nunca cambiaban.

Se volvió, incorporándose sobre un codo para contemplar a Wolf, que estaba durmiendo, pese al bullicio de abajo. La muchacha volvió a maravillarse de lo joven y apuesto que parecía en reposo. Con una mano acarició la melena larga y revuelta, apartándole un mechón de la cara antes de inclinarse a besarlo en la boca, con suavidad.

De inmediato él abrió los ojos y la asió, echándola sobre su cuerpo, con una sonrisa en los labios.

-iOh, pícaro! -le espetó Storm, tratando de fingirse indignada, aunque ya asomaban hoyuelos en las comisuras de su boca-. ¡Estabas despierto!

-Así es -dijo él, siempre con una sonrisa traviesa.

Ella notó que ahora sonreía con facilidad; el gesto ya no era amargo y burlón, como antes, como si le provocara dolor, sino natural y jubiloso.

-Te he hecho feliz, ¿no, Wolf? -preguntó, algo ansiosa, pues necesitaba asegurarse de haberlo complacido.

-Sí, paraibo, me has hecho muy feliz -replicó él, antes de besarla, enredando las manos en las guedejas de ébano para acercarla a sí-. Anoche estabas muy hermosa. Fui la envidia de todos los hombres presentes. En Nueva Orleáns debes de haber sido la favorita del baile. ¿Lo echas de menos, Storm?

-Ahora que te tengo, ya no. Abrázame, Wolf. Hazme el amor. Quiero saber que soy tu mujer, ahora y para siempre.

Los ojos del pistolero se oscurecieron, casi tan negros como la tinta, al hundirla entre las almohadas, con su boca en la de ella, abriéndole los labios con la lengua para buscar la suavidad interior. Ella alzó los brazos para ceñírselos al cuello, envolviendo una mano en su melena, en tanto lo besaba con ansias, deseándolo, algo estremecida al sentir la exigente presión de aquella boca. Hasta cierto punto la asustaba tanto como la excitaba, pues tenía siempre en el fondo de la mente la noción de que él era un asesino; esos labios que la besaban con tanto apetito podrían haberse curvado en la mueca brutal que ella le viera; las manos que le exploraban el cuerpo podrían haber blandido contra ella un cuchillo o un revólver. Los músculos de Wolf se tensaron bajo sus dedos, haciéndole sentir toda su potencia, aunque la abrazaba con suavidad. Ella se estremeció de extraña vulnerabilidad en su abrazo. Wolf le encerró posesivamente los pechos, caliente su boca contra los pezones. Pequeños cosquilleos de placer recorrieron el cuerpo de Storm, en tanto aquella lengua giraba contra los picos hinchados, haciéndose un festín. Por fin suspiró de placer y sepultó la cara entre los suaves montículos, para escuchar el rápido latir del corazón.

El bajó la mano para hurgar entre sus muslos, acariciándola lentamente, mientras le abría las piernas con las suyas. Ella emitió una exclamación ahogada al sentirse tocada allí; abrió los ojos y se encontró con que él la miraba con fijeza, estudiando las expresiones que pasaban por su semblante.

-No. No me mires -protestó ella.

Pero él, sin prestarle atención, continuó mirándola mientras movía los dedos dentro de ella.

-Me gusta verte -murmuró, con voz ronca de pasión-. Me gusta saber qué sientes cuando te toco, cuando te saboreo.

Inclinó la cabeza para apretar los labios contra el bulto de miel que palpitaba con pequeños estremecimientos, ante el toque deliberado de su lengua, sin dejar de observarla. Storm dejó escapar un pequeño grito, apartando el rostro para no tener que soportar la intensidad de su mirada, pero no pudo escapar a la intimidad que él le imponía: él le atrapó las manos y se las llevó hacia abajo, para que sintiera la cálida humedad de sí misma, sin interrumpir el ataque con la lengua a su feminidad. No sólo invadía su cuerpo, sino su alma misma, hasta hacerle sentir que conocía sus pensamientos más íntimos, sus más oscuros secretos y deseos. Ya no era una consigo misma. Le pertenecía sólo a él. Tuvo la sensación de que era arcilla y él la modelaba, dándole forma, pues súbitamente parecía no tener huesos ni voluntad propia. Sólo existían Wolf y lo que estaba haciendo con ella, su contacto, su olor que la envolvía, cegándola a todo lo que no fuera él. Era como azogue en sus manos, cada vez más caliente, derritiéndose bajo él en ríos fundidos que corrían por sus venas como si hubieran roto una represa. Arqueó las caderas contra él, sólo para descubrir que ya no estaba allí. Gimió con suavidad y volvió a abrir los ojos.

Wolf estaba de rodillas entre sus muslos; se irguió brevemente antes de lanzarse sobre ella con un gruñido grave; su dura virilidad la penetró velozmente, con un empuje profundo que la dejó sin aliento, hasta que gritó su rendición y se entregó, salvaje, caprichosa, aferrándose a él, que se hundía en ella una y otra vez, aferrando las masas de pelo junto a sus sienes, llevándola a las cumbres del éxtasis.

-Bruja -murmuró contra su cuello-. Bruja. -Y luego: -¡Cristo, oh, Cristo!

Cuando todo acabó, Storm permaneció quieta entre sus brazos, esperando que el cuarto dejara de girar, que su corazón volviera a su ritmo normal. El sudor de Wolf brillaba en su piel, mezclado con el propio; el aroma del amor era penetrante y la hacía sentir como si aún fueran cada uno parte del otro. Wolf la besó lentamente y encendió un cigarro. Estrechándola contra sí, exhaló una nube de humo hacia el techo.

-Te amo -dijo ella, con la cabeza apoyada en su pecho.

El ciñó el brazo que la rodeaba y la miró con aire extraño, con ojos duros y hambrientos, recorriendo su desnudez.

-Lo dices con tanta facilidad, con tanta confianza... -gruñó-. ¿No temes que un amor así te haga daño?

-¿Quieres hacerme daño, Wolf?

-No, pero la experiencia me ha enseñado que el amor sólo hace sufrir.

-¿Es por eso que no lo dices?

-¿Decir qué?

-Que me amas.

-Te lo he dicho, pequeña.

-Cuando hacemos el amor, sí, pero entonces hablas de... de amor físico. ¿Es eso lo único que tienes por mí en el corazón? ¿Lujuria?

-Por supuesto que no.

-Entonces ¿por qué no me lo dices?

-No sé, Storm. Me cuesta expresar lo que siento. No me enseñaron a mostrar las emociones. No es costumbre de los comanches, pero te amo.

-Dímelo.

-¡Bruja! -La sujetó por el pelo, obligándola con rudeza a mirarlo. Pero ante su expresión el semblante oscuro se ablandó.- Está bien. Te amo. Amo tenerte junto a mí de este modo; amo tu manera de montar a Madame Bleu, erguida y alta; amo el brillo de tu piel a la luz del fuego y en el claro de luna; amo las muecas que haces cuando bebes mescal; amo ese humo que te empaña los ojos cuando te miro de cierta manera, como ahora -susurró intensamente, apagando el cigarro para besarla con fuerza.

-No me hagas daño, Wolf -susurró ella, dilatando los ojos, súbitamente vulnerable.

-Jamás, pequeña -aseguró él, con voz grave.

Y volvió a poseerla con un suave juramento.

Más tarde, Wolf partió para ocuparse de ciertos asuntos. Storm decidió volver a la tienda de la señora Ramírez para agradecerle el rato maravilloso que habían pasado la noche anterior. La muchacha había notado que la mexicana usaba un chal muy raído, aunque en su tienda tenía bonitos rebozos de encaje. Se le ocurrió comprar uno para dejárselo a la señora Ramírez como regalo. Después de bañarse en el agua caliente que Wolf le había hecho subir antes de irse, se vistió y revisó sus pistolas, pues esa parte de Laredo era bastante violenta. Bajó a la taberna y, sin prestar atención a las miradas especulativas que le echaron varios parroquianos, salió a la calle. Como Storm tenía una memoria excelente, de inmediato encontró el camino hacia la pequeña tienda.

La señora Ramírez quedó encantada al volver a verla; conversando alegremente, le sirvió

Librodot

una taza de café y un trozo de pan mexicano; luego le mostró los chales, parloteando satisfecha sobre la fiesta.

-Oh, señora Lobo, anoche usted rompió muchos corazones, ¿sabe? Estaba tan hermosa con su vestido rojo, bailando como una gitana... Su esposo es muy apuesto y está orgulloso de usted, pero tiene mucho carácter, ¿no? Vi cómo le relampagueaban los ojos cuando los caballeros se pusieron demasiado audaces y me persigné, dando gracias a la Madre de Dios porque no hubo muertos. Es muy bueno con las pistolas, ¿no?

-Muy bueno, sí. ¿Cuál de estos rebozos le gusta más, señora?

-Oh, para mí preferiría el plateado, pero para usted... el rojo, señora. Hará juego con su vestido.

-Pero no es para mí, señora Ramírez -explicó Storm, pagando el precio del chal plateado-. Es para usted, como agradecimiento por una velada encantadora.

-Oh, señora... no sé qué decir. -La mexicana se enjugó los ojos. -Es demasiado. No puedo aceptarlo.

-Acéptelo, por favor. Mi esposo y yo queremos que tenga un recuerdo nuestro.

-Oh, señora Lobo, si lo dice así se me hace muy difícil rechazarlo. Muchas gracias, entonces, para todo el mundo.

-De nada, señora. Soy yo quien debe darle las gracias. -Vaya con Dios, señora.

-Usted también, señora Ramírez. Por favor, desee a su nieto un feliz cumpleaños en nombre nuestro. Adiós.

Al salir de la pequeña tienda Storm se sentía como si tuviera alas en los pies. Las exclamaciones gozosas de la mujer aún le resonaban en los oídos. Le costaba creer que, pocos meses antes, no se habría molestado en entrar en un local como el de la señora Ramírez; mucho menos se le habría ocurrido comprar algo para regalarlo a la propietaria.

"Buen Dios, qué ignorante era", pensó, mientras caminaba hacia la cantina por los tortuosos callejones. "¿Qué más me perdí por ser la jovencita bella de Nueva Orleáns? La fiesta de anoche, por cierto, era mucho más animada que esos aburridos bailes de allá. ¡Porque eran aburridos, sí! Ahora me pregunto cómo pudieron parecerme interesantes. ¡Pero si en Nueva Orleáns nunca habría podido bailar como anoche! ¡Apuesto a que todo el Barrio Francés se desmayaría si me viera ahora, con la tez color castaña y pantalones de montar que muestran la forma de mis piernas! André-Louis no me reconocería siquiera. Más aún: ¡me importaría un bledo! ¡Qué tonto y afeminado me parece ahora, comparado con Wolf! Wolf, que me marea de deseo."

Tan absorta estaba Storm en sus pensamientos, en lo que iba descubriendo sobre sí misma y en su placer por haberlos "burlado a todos", a su modo de ver, que no reparó en los dos hombres agazapados en un portal del callejón, con los sombreros sobre la cara. Sólo percibió el peligro cuando estuvo junto a ellos y los hombres se le acercaron amenazadoramente. Por entonces ya estaba en sus manos y era demasiado tarde para sacar sus revólveres. Reconoció don un grito a Luther y a Billy Barlow; se debatió como un gato salvaje, con mordiscos, arañazos y puntapiés, utilizando por instinto todas las tretas que Wolf le había enseñado en los últimos meses. Alcanzó a Billy en la entrepierna con la bota y el muchacho cayó hacia atrás, doblado en dos de angustia.

-Perra maldita -gruñó-. ¡Dale, Luther! ¡Dale!

-¡Zorra de mierda! juró Luther, abofeteando a Storm con fuerza.

El golpe la arrojó al suelo, despatarrada. Al caer arrastró a Luther, que aún la tenía aferrada por una mano; forcejearon en el polvo, respirando a jadeos. Durante la lucha Storm logró sacar el cuchillo y apuñalar a su atacante, pero la hoja resbaló en la clavícula por la celeridad con que ambos se movían.

Sin embargo, la muchacha logró aprovechar la sorpresa de Luther y se deslizó bajo él, rodando a un lado.

Como los gatos, en un momento estaba de pie y había echado a correr cuando Billy, ya repuesto, la asió por la manga de la camisa, desgarrándole la pechera al derribarla; el puñal voló por el aire. Storm oyó que la hoja golpeaba contra un jacal de adobe y comprendió vagamente que lo había perdido. Pero no tuvo tiempo de pensar en eso, pues Billy ya estaba a horcajadas sobre ella, inmovilizándole las manos por sobre la cabeza.

-Maldita ramera -insultó una vez más.

Y le aplicó otro golpe resonante, mientras Luther se acercaba a tropezones, con una mano apretada al hombro para detener la sangre que le manaba de la herida.

-¡Por el amor de Dios, Billy! ¿Qué estás esperando? Mata a esa zorra de mierda antes de que vuelva a escapar. ¿O quieres que ese mestizo cabrón acabe contigo como lo hizo con Zeke?

-No. Sólo quiero dar a esta zorra algo para que me recuerde en el camino al infierno -se burló Billy.

Desgarró las ropas de Storm y le quitó el cinturón con las pistolas. Después de arrojarlo a un lado comenzó a tironearle de los pantalones. -¡Sujétalo las manos, Luther! ¡Dios mío, mira esas tetas! Me gustaría saber si el viejo Zeke pudo probarlas antes de morir.

-¡Basta, basta! -aullaba Storm.

Billy la abofeteó otra vez, gritando:

-¡Por Dios, Luther, métele algo en la boca para que se calle o nos caerá encima una horda de mexicanos!

-Lo haría si pudiera aflojarme los pantalones. Date prisa, Billy. Yo también quiero probarla, cuando termines.

-En un minuto -dijo Billy, tratando de separar las piernas de Storm mientras le bajaba los pantalones-. Sería muchísimo más fácil si dejaras de forcejear, bonita. Ya sabes que al final te gustará, cuando la tengas adentro.

-Wolf te matará por esto -gimió la muchacha, con la cara llena de lágrimas-. Te va a matar y a arrancar el cuero cabelludo, tal como hizo con tu hermano.

-¿Eso crees, eh? Bueno, para él también tenemos una pequeña sorpresa

-Anda, Billy, deja de parlotear y móntala de una vez. Y si no, te apartas, hombre -ordenó Luther rudamente, mientras manoteaba los botones de su bragueta-. No puedo esperar mucho más.

-¡Es que no puedo quitarle estos condenados pantalones!

-A ver: tú la sujetas y yo lo intento.

-Bueno, pero recuerda que el primer turno es mío.

Storm quiso morir al ver que intercambiaban puestos. Luther pasó a luchar con sus pantalones, mientras Billy proponía quitarse los suyos y usar, mientras tanto, la boca de la muchacha. Ella gritó a todo pulmón al ver que él le aplastaba el órgano contra la cara, tratando de introducírselo entre los labios. Iba a vomitar, sin duda. Lo que había hecho amorosamente y de buena gana por Wolf no podía hacerlo por ese forajido mugriento.

-¡No quiero! ¡Tendrás que matarme antes!

Giraba la cabeza de un lado a otro, tratando desesperadamente de esquivarlo; ya sentía convulsiones en el estómago. En ese momento oyó voces que gritaban amenazas y golpes de botas en el duro camino de tierra. Varios de los caballeros a los que había conocido la noche anterior acudían a rescatarla. Los Barlow la soltaron.

Luther le dio un par de brutales puntapiés en las costillas. -Esto es para que no nos olvides, puta.

Luego, él y Billy corrieron a toda prisa. Mientras algunos mexicanos los perseguían, otros ayudaron a Storm a levantarse. Ella se tambaleó, buscando frenéticamente apoyo. Trató de darles las gracias, llorando y cerrándose cuanto pudo las prendas desgarradas.

Fue eso lo que vio Wolf al girar en la esquina, buscándola y preguntándose por qué aún no había regresado a la cantina. El parloteo excitado se borró en un tenso silencio: todos lo habían visto al mismo tiempo y los caballeros comenzaban a retroceder, cautos, ante la ira asesina que le llenaba los ojos.

-¡Wolf! jadeó Storm, con la respiración dificultada por la paliza de Luther-. ¡Espera! Deja que te explique. No es... como piensas.

Otro hombre podría haber comenzado a disparar sin escucharla, pero Wolf no era de esos.

-Dime entonces qué pasó, pequeña -recorriéndola con ojos duros como clavos.

Entre jadeos, ella le explicó lo ocurrido. Rezó por no ver nunca más la expresión de su rostro al escuchar. Era terrorífica; Luther y Billy Barlow podían darse por muertos. Si hasta entonces Wolf no había tenido motivos para matarlos, ahora los tenía. Storm sintió que la sed de sangre le corría torrencialmente por las venas, en tanto la estrechaba contra sí, agradeciendo a los mexicanos el haber intervenido para defenderla. Los hombres lo saludaron con la cabeza y se dispersaron rápidamente, temerosos de la horrible expresión que lucía su ceñudo semblante.

En un terrible silencio, Wolf acompañó a Storm hasta el cuarto de la taberna y allí la dejó, tras informarle ásperamente que no lo esperara por algún tiempo. Ella asintió con la cabeza para indicar que comprendía, tratando de no pensar en el horrible destino que esperaba a los hermanos Barlow y rogando que Wolf no muriera en el proceso. ¡Dios! ¿Era eso lo que cabía esperar por el resto de su vida? ¿Verlo salir sin saber si volvería? ¡Era demasiado cruel! Sin poder soportarlo, corrió hacia la puerta y tironeó del pomo, pero este no cedió. Wolf la había dejado encerrada bajo llave. Storm golpeó con los puños contra la madera, frenética, pero si alguien oyó no le prestó atención. Pronto cesó en sus intentos de escapar y se dejó deslizar a lo largo de la puerta hasta el suelo, desesperada. De su cuerpo se apoderaron sollozos convulsivos, dificultándole aun más la respiración, por el dolor que sentía en el flanco, donde había recibido los puntapiés de Luther Barlow. Al cabo de un rato comprendió que debía levantarse y atender sus dolores, que se estaban haciendo insoportables.

"¡Maldito seas, Wolf! ¡Podrías haberte ocupado primero de mí!". Pero cayó en la cuenta de que, en su ira asesina, él se había olvidado de todo lo demás. Por otra parte, ella misma le había dicho que estaba bien.

Se desvistió cautelosamente y apretó con suavidad el sitio dolorido, tratando de determinar si tenía alguna costilla fracturada. Por suerte parecía intacta, aunque muy amoratada. Logró

desgarrar una sábana en tiras para hacerse un fuerte vendaje, con el que alivió en parte el dolor. Se revisó la cara en el espejo. También allí empezaban a aparecer manchas azules y purpúreas donde los Barlow la habían golpeado, pero al menos no había hinchazón. Al parecer, los forajidos no tenían el puño tan potente como su madre.

Storm se acostó en la cama, con un paño mojado sobre la cara. Exhausta como estaba, se quedó dormida.

Wolf tardó siete horas en hallar a los hermanos Barlow. Habían logrado escapar de los mexicanos que los perseguían, aunque Billy tenía una herida de bala en el brazo. Luther, como los animales, presintió que corrían peligro si se quedaban en Laredo. Sabía que El Lobo no perdería tiempo en rastrearlos. Pero Billy gemía y se quejaba por la cantidad de sangre que manaba de su herida, e insistió en que se ocultaran por un tiempo en su ruinoso alojamiento de las afueras. No hubo modo de hacerle entrar en razones; como Luther tenía muy arraigado el sentido de la solidaridad familiar, abandonar a su hermano le resultaba inconcebible; acabó por ceder a las protestas del menor, aunque de mala gana y con muy malos presentimientos.

-No me gusta, Billy--bramó, paseándose por el cuarto como una pantera enjaulada-. Ese condenado mestizo estará pisándonos los talones antes de que acabe la noche. ¡Bien lo sabes, cachorro llorón! -Miraba a su hermano con disgusto.- Al fin y al cabo, yo perdí más sangre que tú por la punzada que me hizo esa zorra de mierda. Te dije que la mataras sin perder tiempo.

-Es que esta es la primera vez que me hieren, Luther. No estoy habituado como tú a este dolor horrible. Y cuando es tu propia sangre la que chorrea por todas partes te afecta de otro modo. Además, ¿cómo iba yo a saber que los mejicanos se nos vendrían encima como una jauría de perros, sólo por una ramera como esa? ¡Te dije que la hicieras callar! No, de nada sirve que me regañes, Luther. Tenías tantas ganas de montarla como yo, una vez que me viste desvestirla. ¡Dios, qué mujer! ¿No? Me gustaría saber si Zeke pudo servirse una porción antes de morir.

-No creo que a esta altura importe mucho. Ha muerto, ¿no? Degollado por ese pagano hijo de puta que en este mismo instante nos está buscando.

-¿Y qué? No creo que El Lobo, con toda su puntería, pueda salvarse de los barriles de pólvora negra que conseguimos, ¿eh, Luther?

-¡Primero tendremos que hallar el modo de usarla, tonto! ¿O crees que El Lobo se va a quedar quietecito mientras se la volcamos toda encima y le prendemos fuego? ¡Pero Billy, demonios, fíate adónde arrojas la ceniza! ¿O quieres que estallemos como un montón de petardos?

-Bueno, no, Luther, claro que no. Es que no me di cuenta.

-Ese es el problema contigo. Mamá tenía razón: ¡ninguno de nosotros tiene dos dedos de frente! Bill y Zeke ya no existen. Y aquí estamos tú y yo, esperando que ese condenado salvaje venga a buscarnos.

-¡Bueno, Luther, qué joder! Si tanto te preocupa, ¿por qué no sales a buscarlo y le plantas un balazo en la espalda, antes de que pueda darse cuenta?

-No es tan fácil, no, disparar por la espalda a un hombre como ese. Si se descuidara así no habría sobrevivido hasta ahora. Pero creo que voy a salir a echar un vistazo.

-Me gusta la idea. ¡Por Dios, cuando te pones nervioso eres peor que mamá! Voy abajo a buscar otra botella de whisky, para que me distraiga de este maldito dolor.

-¡Te quedas aquí, Billy! ¡Ni siquiera pienses en emborracharte, mientras ese mestizo cabrón anda por ahí, esperándonos!

-Oh, Luther, vete al diablo. Contigo no hay modo de divertirse. ¡Tengo más puntería estando borracho que sobrio, carajo!

-Eso es lo que tú piensas. Y ya sabemos que para pensar no sirves. Así que no te mueves de aquí. ¿Entendido?

-Oh, bueno.

Después de echar a su hermano una áspera mirada de advertencia, Luther abrió la ventana del burdel donde se alojaban y se deslizó hasta la saliente del tejado. Se deslizó sigilosamente por las tejas y bajó por un poste del extremo, para luego apretarse contra la sombra del edificio. Al otro lado del patio, Wolf lo observaba con frialdad, preguntándose si no sería mejor matar a Luther de inmediato y ahorrarse muchos problemas. Se acordó del atentado contra Storm y la ira volvió a invadirlo. Un balazo era demasiado dulce para los Barlow; eran escoria y merecían lo peor. En silencio, se tendió de bruces para escurrirse por el patio.

En la planta alta, Billy esperaba con impaciencia el regreso de su hermano, cada vez más inquieto con el correr de los minutos. El tiempo parecía arrastrarse y el brazo le dolía cada vez más. Bebió las últimas gotas de su botella de whisky. ¡Demonios! Luther había hecho muy mal al dejarlo así, con tanta sed y dolores tan fuertes. Poco le importaba lo que él pensara: ¡tenía más puntería borracho que sobrio, sí! Se levantó de la cama, mareado. Después de sacudir un poco la cabeza para despejarse, comenzó a bajar la escalera.

-¿Adónde vas, vaquero?

Miró estúpidamente a la muchacha que estaba de pie en el pasillo; la transparente bata no

ocultaba nada. Su cabellera negra le recordó a Storm. Billy volvió a sacudir la cabeza y sonrió.

-A tu cuarto, bonita, si tienes una botella de whisky y algo que me calme el dolor del brazo.

-Seguro, vaquero, seguro.

Afuera, Luther rodeó subrepticiamente la fachada del burdel para ver qué caballos estaban amarrados en la calle. No había señales del pinto del comanche. Claro que El Lobo era demasiado astuto para dejarlo a la vista. Luther giró en la esquina y cruzó el patio a la carrera, hacia los establos. Después de echar un vistazo a su alrededor, para asegurarse de que nadie lo mirara, levantó la tranca y se escurrió al interior. En ese momento Wolf acababa de trepar por el poste al tejado y se acurrucaba allí, en silencio, escuchando con atención.

Convencido ya de que el cuarto de los Barlow estaba desierto, entró por la ventana y se dejó caer levemente al suelo, manteniendo el cuerpo gacho para no arrojar sombras contra la cortina, pues la lámpara de aceite brillaba como si se hubieran olvidado de cortar la mecha. Mientras paseaba una mirada cautelosa por la habitación, tratando de decidir qué haría, sus ojos se posaron en los dos pequeños barriles que ocupaban el rincón. ¡Pólvora negra! Con que esa era la pequeña sorpresa que los Barlow le reservaban. Con una sonrisa demoníaca que habría estremecido a Storm, abrió uno y comenzó a trazar un rastro de cristales de ébano a lo largo del suelo. La habitación estaba en la esquina; si calculaba bien, no causaría demasiados daños al resto del burdel. Dejó el barril medio vacío a un lado y, quitando la tapa al restante, continuó vertiendo pólvora hasta salir al pasillo. Volcó el resto de los cristales contra el zócalo del corredor, deteniéndose sólo para recostarse contra la pared, ocultando el rostro, al ver que un borracho subía la escalera abrazado a una bulliciosa pelirroja. La pareja desapareció en un cuarto, algo más allá, y Wolf se apresuró a completar el rastro, que llegaba hasta una ventana, en el extremo del corredor.

Arrojó el barril a un lado, abrió los vidrios y salió al tejado. Desde allí caminó hasta la esquina del edificio, donde podría ver con claridad la parte trasera.

Por fin vio que Luther trepaba por el poste para entrar subrepticiamente en su habitación. De Billy no había señales. Wolf volvió a la ventana y echó un vistazo al pasillo, para asegurarse de que Luther no abandonara el cuarto y por si Billy regresaba. Pocos minutos después Luther salió bruscamente por la puerta, como avispa furiosa, y corrió a la planta baja. Regresó con la misma celeridad, para golpear con los puños contra otra puerta. Wolf oyó una carcajada y la voz alcohólica de Billy, que chillaba algo a su hermano. Con una violenta palabrota, Luther volvió a su habitación.

"Bueno, Billy se salva", pensó Wolf, resignado, "pero puedo liquidar a Luther." Encendió tranquilamente un cigarro, dio unas cuantas pitadas y metió la mano por la ventana, para arrimar la brasa a la larga serpiente de cristales negros que bordeaba el pasillo. La pólvora despidió una chispa y comenzó a arder. Momentos después estallaba la esquina de la planta alta, lo que había sido el cuarto de Luther; los dos muros exteriores se desprendieron limpiamente.

-Sorpresa, sorpresa - murmuró Wolf, enarcando una ceja demoníaca. Luego corrió por el tejado, se dejó caer al suelo y se alejó caminando tranquilamente, entre la confusión de los gritos y los pasos apresurados.

Cuando llegó a la cantina estaba cerca el amanecer. Después de echar un vistazo a la figura dormida de Storm, la despertó con una brusca sacudida. Le dio apenas unos minutos para que reaccionara antes de espetarle, furioso:

-¿Por qué me dijiste que estabas bien?

-Es... es cierto. Sólo tengo algunos golpes y cardenales -aseguró ella, nerviosa, cubriéndose con la sábana los vendajes de las costillas.

-No vuelvas a mentirme, pequeña -le advirtió él, fríamente-. Necesitas un médico.

-No, de veras, estoy bien, Wolf. Esos hombres... ¿los mataste?

-Billy escapó. En cuanto a Luther, deben de estar despegando sus restos del techo. Storm se estremeció en silencio y no hizo más preguntas.

Por la mañana Wolf insistió en llevar a Storm a un médico, aunque ella protestaba que no era necesario. El facultativo que la examinó, un bondadoso alemán que no parecía ver nada extraordinario en ella ni en su compañero, confirmó esa opinión.

-Es como su esposa dice, Herr Lobo -aseguró el doctor Hoffmeier, mientras guardaba sus complicados instrumentos-. Sólo tiene fuertes contusiones. Puede tener una o dos costillas fisuradas, por supuesto, pero le aseguro que no hay fractura. Los vendajes que ella misma se ha puesto serán suficientes, hasta que ya no sienta dolor. Puedo darle algo de láudano para el dolor, Frau Lobo, si lo desea, pero en realidad bastaría con una pequeña copa de coñac antes de acostarse, a menos que los dolores sean muy fuertes. En verdad, Herr Lobo, usted debería cuidar mejor a su esposa. Estamos en un lugar recio y temo que aquí no hay ley. Dejar a una mujer entre semejantes rufianes...-Emitió unos chasquidos con la lengua.- ¡Mein Gott! Terrible, terrible. Yo lo sé. Perdí a mi esposa por gente así en Fredericksburg, donde nos habíamos establecido varios de nuestro pueblo. Entraron en nuestra casa y... ah, bueno, eso fue hace mucho tiempo. Ya no pude quedarme allí, como ustedes comprenderán, y vine a esta ciudad. No haga esfuerzos por un

tiempo, Frau Lobo, hasta que pase el dolor. Y usted también me comprende, Herr Lobo, ¿verdad? Bien. Dentro de unas semanas todo estará bien.

Storm se ruborizó al comprender que el médico les estaba aconsejando restringirse en el acto de amor hasta que ella estuviera curada. Echó una mirada discreta a Wolf, entre las pestañas entornadas, pero él estaba impasible; estrechó la mano al médico y le dio las gracias.

Una vez afuera rodeó a la muchacha con un brazo, dedicándole una sonrisa irónica.

-Qué frustración, ¿no? -preguntó con picardía, haciéndola enrojecer aun más.

-Oh, Wolf, ya sabes que no pude evitarlo.

-Lo sé. ¡Demonios! Esto nos impide seguir viaje por un tiempo. A estas horas Billy Barlow ha de estar muy lejos.

-En... en realidad no tiene importancia, Wolf -adujo ella, en voz baja y tratando de no temblar.

-Para mí la tiene. Pero estoy seguro de que volveremos a cruzarnos con él, tarde o temprano.

-¡Oh, Wolf, debes dejar de hacer esto! Me aterroriza que puedan matarte. Quiero que formemos un hogar, en una casa propia, y tengamos un par de hijos.

El la estudió por un momento, pensativo.

-Te dije que no iba a cambiar, Storm. Pero está llegando el otoño. Ya se lo huele en el aire. Y será corto, porque hemos tenido un veranillo indio. El invierno estará aquí antes de lo que piensas. Cuando estés bien te llevaré con El Pueblo, al Llano Estacado, y allí pasaremos algún tiempo juntos. ¿Te gustaría?

-Sí, si eso significa que no nos pasaremos la vida viajando, persiguiendo o huyendo.

-Así soy yo, pequeña. Bien lo sabes.

-Bien lo sé, sí. Pero yo quiero algo más.

-¿Sí, pequeña? Bueno, tal vez lo tengas algún día, pero no voy a hacerte promesas. He llevado una vida demasiado larga y dura para pensar en mañanas.

-¿Qué es lo que tanto te asedia de tu pasado, Wolf? -preguntó la muchacha, impulsivamente. De inmediato lo lamentó, pues la máscara desdeñosa que ahora rara vez veía cayó sobre el semblante pétreo de su compañero.

-No me pidas que te hable de eso, pequeña -replicó él, seco-. Duele demasiado. Hay cosas que no puedo compartir, Storm, ni siquiera contigo.

A ella le dolió que él la dejara afuera, pues nada deseaba tanto como ayudarlo, pero se mordió estoicamente el labio y no dijo nada más.

Dos semanas después partieron de Laredo, no solos y a caballo, como habían llegado, sino con cinco carretas y un grupo de mexicanos de aspecto rudo. "Bandoleros", dijo Wolf, cuando Storm lo interrogó; eran hombres que asolaban las vastas planicies de Texas, dedicados al asesinato, la violación y el saqueo; para luego retroceder por la frontera, adentrándose en las montañas de México, con lo que capturarlos era casi imposible. Eran recios y toscos, malvajetes de lo peor, hombres que no temían matar, morir ni faltar a la ley por convertirse en comancheros por un tiempo, siempre que se les pagara bien por la molestia.

Storm los detestaba y temía, pero cuando protestó por su presencia Wolf afirmó, secamente, que los necesitaban para llevar provisiones, armas y municiones al Pueblo, en lo alto del Llano Estacado.

-Estamos en territorio apache, pequeña -pronunció-, y quiero cruzar sano y salvo.

La muchacha se estremeció ante la posibilidad de caer cautiva de alguna tribu enemiga, pues sabía que los apaches no le tendrían misericordia, por ser la mujer de un comanche. Pero eso no alivió el temor que le inspiraban los bandoleros, muchos de los cuales la miraban con interés y le hacían ofrecimientos o comentarios lascivos, a espaldas de Wolf.

El territorio por el que viajaban también era hostil, diferente de las suaves praderas de la parte oriental, con sus bosques y sus frescos ríos. Ese suelo era árido y escarpado, casi desértico. Aunque a la distancia se levantaban montañas, altas mesetas y escarpas que cortaban un borde mellado en el cielo, casi toda la zona era interminablemente plana y yerma. En muchos kilómetros a la redonda, la arena dorada se mezclaba con arcilla roja hasta dar la impresión de que todo lo verde, fértil y encantador había sido resecado por las llamas y jamás volvería a existir. Era extraño y atemorizante. Storm se sentía súbitamente transportada a otra época, a otro planeta. Por la noche observaba las estrellas para asegurarse de que aún estaba en la Tierra. De otro modo las constelaciones habrían tenido un aspecto diferente.

Wolf estaba silencioso y reservado, sin esa risa fácil que habían compartido en las últimas semanas. Su cuerpo ágil estaba tenso y cauteloso como un látigo cuando Storm lo tocaba, necesitaba de la sensación de seguridad física que su presencia le proporcionaba siempre. Ella sabía que su sueño, si acaso dormía, era liviano e intranquilo; despertaba en un instante. El tampoco confiaba en los comancheros, pero Storm comprendía que no se preocupaba por sí mismo, sino por ella. Nunca la dejaba sola, si podía evitarlo; si acaso él debía adelantarse para

inspeccionar el terreno, ella desenfundaba las pistolas y se las ponía en el regazo. Al principio, uno de los hombres se rió de eso, poniendo escépticamente en duda su capacidad de utilizarlas, con una gran sonrisa burlona en la cara.

Muy alto, pero al alcance de una bala, un halcón volaba en lentos círculos.

-Mátalo -ordenó secamente Wolf, que había llegado a tiempo para oír el desdeñoso comentario.

-Pero...

-¡Mátalo!

El disparo era difícil, pero Storm tomó un revólver y apuntó. Momentos después el ave caía aleteando. A partir de entonces los bandoleros se mantuvieron a distancia; nadie volvió a bromear sobre la puntería de la joven.

Aun así, Wolf no descuidaba su seguridad. Al anochecer, cuando ella quería bañarse, la acompañaba hasta el arroyuelo o la fuente junto a la cual hubieran acampado y montaba guardia; ella se lavaba apresuradamente y volvía a vestirse, con los dientes castañeteantes en la oscuridad, pues las noches ya eran frías. Después de acostaban juntos, bajo una de las carretas, a distancia de los otros. Wolf la estrechaba contra sí, compartiendo con ella el calor de su cuerpo, que siempre era mayor.

De cualquier modo, Storm no estaba tranquila, pues los comancheros eran diez contra ella y Wolf; con frecuencia se preguntaban por qué no lo mataban para apoderarse de ella, como tan obviamente deseaban. Descubrió la respuesta una noche en que fueron rodeados por una banda de indios comanches, de los que con frecuencia se adentraban por el sur de Texas y México. A no ser por Wolf, probablemente todos habrían muerto. La banda no estaba formada por su gente, pero reconoció en él a un hermano y dejó en paz al grupo, después de enviar saludos a la familia y los jefes de Wolf.

A diferencia de otras tribus, los comanches no guerreaban entre sí. Los que pertenecían a una banda eran aceptados sin cuestionamiento por las demás. Era ese espíritu de unidad tribal, aunque las bandas se mantenían aparte, lo que hacía de ellos adversarios tan poderosos y formidables; por eso también serían, entre los indios de la planicie, los últimos en ser conquistados por los Ojos Blancos. Storm sabía que por eso los comanches despreciaban a todos los apaches, con excepción de los apaches-kiowas, que eran aliados suyos. Las bandas apaches (lipans, jicarillas, mescaleros y chiricahuas) a veces luchaban entre sí. Los comanches los despreciaban por eso y porque comían carne de caballo; también odiaban a los tonkawas, de quienes se decía que practicaban el canibalismo.

Cuando los indios se fueron, la muchacha soltó un suspiro de alivio; pero estaba desconcertada, pues esos hombres no se parecían en nada a Wolf. Eran menos altos y más robustos, carentes de su gracia de movimientos; se los veía torpes en el suelo. Sólo a caballo le recordaban a Wolf, con su elegancia y su sigilo de pantera. También eran más morenos y curtidos que el pistolero. Por fin decidió que eso tenía algo que ver con su condición de mestizo y no volvió a pensar en el asunto. Simplemente se alegró de descubrir por qué los bandoleros no se volvían contra ambos: necesitaban a Wolf para salir vivos del oeste de Texas, territorio aún no domesticado por el hombre blanco, donde las poblaciones eran pocas y estaban alejadas entre sí. Wolf, con su vasto conocimiento de los indios del llano y de los idiomas que hablaban, era un bien del que los comancheros no podían prescindir fácilmente.

Una vez más, los días de Storm se asentaron en el patrón de los páramos, en tanto avanzaban con rumbo nordeste hasta Goliad, donde Wolf cobraría la recompensa por Zeke Barlow con el documento que el comisario Zachary le había dado en Corpus Christi, para que probara legalmente su derecho a la recompensa. Desde allí continuarían hasta San Antonio, donde Gabriel North había esperado la llegada de Storm, tantos meses antes que ya parecían años. En San Antonio comprarían más provisiones para los comanches antes de continuar hacia Montell, San Felipe del Río y, finalmente, a Llano Estacado.

Todas las mañanas Storm se levantaba con la rosada aurora y alimenta la fogata (si Wolf le había permitido encenderla), para calentar café amargo y habichuelas, y la carne que restara de la cena. Después, dejando que los hombres se sirvieran solos, se ocupaba de su yegua, que estaba atada tras la carreta en la que ella viajaba todos los días. Desde un principio, la joven había elegido el vehículo del Aguda como medio de transporte, pues de todos los mexicanos era el que más le recordaba a su esposo. Era alto y musculoso, de facciones aquilinas y bigote renegrido, bien recortado, bajo el cual centelleaban los blancos dientes. A diferencia de los otros, a quienes Storm sospechaba descendientes de campesinos mezclados con indios, El Águila era de noble estirpe. Provenía de una casa española muy antigua, de la que había sido expulsado por sus malas costumbres; en la desgracia había cambiado su nombre, aunque no sus hábitos, para proteger a su familia. Aún era muy caballero, a su modo, y sólo él entre los bandoleros trataba a Storm como a una dama digna de respeto, tal vez porque ella le recordaba sus orígenes.

Conocía a Wolf desde hacía muchos años, aunque no quiso decir a Storm cómo habían

Librodot

trabado relación; se limitó a aclarar que eran primos.

-No sabía que Wolf tuviera parientes mexicanos.

-Quizás son muchas las cosas que usted no sabe sobre El Lobo -observó El Águila, suavemente-. El no es mexicano de verdad, señora, aunque reconoce como suyo tanto a ese país como a Texas. La estirpe de la que usted habla es española; claro que, para los norteamericanos, hay poca diferencia.

-¿Eso significa que Wolf también tiene sangre noble? -preguntó la muchacha, con curiosidad, decidida a descubrir lo que pudiera sobre el pasado de su esposo-. ¿Por eso tiene un aspecto tan... majestuoso, a diferencia de los otros, los mestizos?

-Sí, señora, así es. Su madre era una castellana pura. Su familia fue, en otros tiempos, tan conocida y respetada en el Viejo Mundo como la mía.

-¿Y qué ocurrió, Águila? ¿Su familia emigró al Nuevo Mundo? Su verdadera madre... ¿fue tomada cautiva por los comanches?

El español se encogió de hombros.

-Es El Lobo quien debe hablarle de su madre, señora. En cuanto a lo otro... pasaron muchas cosas. Hombres que eran líderes de confianza cayeron en desgracia y tuvieron que huir para salvar la vida. Pero todo eso es parte del pasado. Y al pasado es mejor olvidarlo, ¿no? Sí, es mejor no hablar de esas cosas. A veces los recuerdos son demasiado dolorosos.

-Eso es lo que dice Wolf.

-Sí, y el Lobo tiene razón.

-El Lobo. Ese no es su verdadero nombre, ¿verdad? ¿Sabe usted cuál es el verdadero, Águila?

-Ah, eso tampoco puedo decirlo yo, señora, tal como El Lobo no le diría el mío si usted se lo preguntara. Lo siento.

Y Storm tuvo que contentarse con eso, sin poder arrancar más datos al Águila, que se movía incómodo en el duro asiento de la carreta, como temiendo haber dicho demasiado. Fue un intrigante vistazo al pasado de Wolf, que inspiró en la muchacha una nueva decisión de averiguar qué lo asediaba de ese modo. Pese al mutuo amor aún había barreras entre ellos. Storm tenía la certeza de que se debían al misterioso pasado de Wolf. Si al menos pudiera descubrir qué demonio era el que lo impulsaba, estaba segura de que él podría amarla sin restricciones y echar raíces. El comisario Yancey no había cambiado. De hecho, parecía haberse congelado en el tiempo desde la última vez que Storm lo viera, pues aún estaba sentado en su escritorio, con los pies apoyados en la mesa y un bolo de tabaco en la boca. Mascó lentamente por un minuto cuando ella y Wolf entraron en su oficina; luego escupió deliberadamente; en esa oportunidad acertó a la salivadera con un ruido resonante.

-Hola, Lobo.

-Hola, comisario.

-Bueno, ¿qué pasa ahora?

Wolf metió la mano en el bolsillo y sacó un papel arrugado.

-Aquí tengo un documento del comisario Zachary, de Corpus Christi, que me acuerda la recompensa ofrecida por Zeke Barlow.

El comisario Yancey gruñó al tomar la hoja que Wolf le entregaba. -Con esto sólo quedan dos, ¿no?

-Uno. Luther tuvo un... una desdichada experiencia con un par de barriles de pólvora negra.

El comisario rió sin alegría.

-Supongo que puedo atribuirte ese también, ¿eh?

-No tengo con qué probarlo.

-No importa. La Compañía de diligencias Carstairs no lo sabrá. Supongo que, cuando sepan que los Barlow están fuera de actividad, se pondrán tan contentos que no les importará el coste. Además, ya que tengo que hacer un informe completo, lo mismo me da agregar el nombre de Luther. Aquí tienes. Dos mil dólares al contado.

Muchas gracias, comisario.

-De nada, Lobo. Dime, ¿no es esa la muchachita que venía contigo la última vez que estuviste en Goliad?

-Sí. Es Storm, mi esposa.

El comisario entornó especulativamente los ojos.

-Encantado de conocerla, señora Storm. Es un nombre raro, ¿no? No parece indio.

-Mi esposa es francesa -aclaró Wolf, fríamente.

-¿De veras? -Yancey, sin dejarse intimidar, continuaba mirando groseramente a la joven.

-Oui, monsieur -intervino rápidamente ella, temiendo que Wolf se enfadara por el entrometimiento del comisario-. La noche en que nací soplaba un huracán. Por eso maman, mi madre, me bautizó Storm, "tormenta".

-Por esta zona no hay muchos franceses. Les gustan más las zonas del golfo: Houston,

Galveston, Corpus Christi. ¿De dónde es usted, señora, si no le molesta mi pregunta?

-Yo estaba convencida de que en Texas nunca se interrogaba a una persona sobre sus antecedentes, comisario -replicó Storm cortésmente. Empezaba a sentirse inquieta sin saber por qué.

El comisario Yancey la estudió con atención por un momento. De pronto soltó una carcajada ruidosa y descargó una palmada contra su rodilla.

-Así es, señora, y me ha puesto en mi lugar, sí señor. -Carcajeó por lo bajo y aspiró hondo.- Bueno, lo felicito, Lobo, por haber conseguido una mujer bonita. Hasta pronto, ¿eh?

Cuando ellos se fueron, el comisario se incorporó ásperamente en su siga giratoria y abrió un cajón de su escritorio. Se apresuró a desplegar el letrero que el comisario Martin le había enviado desde San Antonio, varias semanas antes, donde se ofrecía una recompensa. Lo examinó con atención por un momento, tironeándose de los exiguos bigotes, y por fin llamó a su asistente con un ladrido:

-¡Cal! Quiero que vayas a Tierra Rosa y entregues un mensaje a Gabriel North.

-Pero... eso me llevará más de quince días, comisario.

-Tómate el tiempo que necesites, Cal. Pero asegúrate de que el señor North reciba esta carta.

En el nacimiento del río San Antonio, en la escarpa de Los Balcones, se levantaba la ciudad de San Antonio, fundada en 1718 por una expedición militar española iniciada en Monclova. En un principio había sido edificada en la orilla oeste del río, en el sitio que ocupaba una aldea de indios Coahuiltecas. En 1731, ciertos colonos de las islas Canarias expandieron la población; con el correr de los años llegó a convertirse en una de las ciudades más grandes de Texas, superada sólo por Galveston. Era famosa por su Misión San Antonio de Valera, comúnmente conocida como El Alamo, por los árboles que abundaban en San Antonio. Allí habían muerto Jim Bowie y David Crockett, junto con los otros soldados que, durante la revolución de Texas, en 1836, defendieron el puesto contra el general Santa Ana y sus tropas mexicanas, hasta el último hombre.

Storm recorrió los frescos salones de piedra del Alamo, imaginando que oía aún los gritos de quienes habían sido tan brutalmente masacrados, aun doce años después de que batallaran con tanto valor hasta el fin, tal vez cambiando para siempre el curso de la historia. San Antonio era una ciudad antigua, una de las más antiguas de Texas. Tal vez por eso no se podía desconocer su herencia. Storm se sentó en el ribazo del río, pensando en las muchas personas que habían recorrido las calles de la ciudad hacia el oeste, a través de los páramos de Texas, o con rumbo este, hacia los puestos comerciales franceses de Louisiana. Allí, como en ningún otro sitio de Texas, el indomable coraje que había hecho falta para construir un estado tan grande invadió su ser, su conciencia; entonces empezó a comprender a hombres como Wolf, Aguila y Gabriel North, hombres que vivían de la tierra, arrancándola a su salvajismo y domesticándola para someterla a su voluntad. Allí, a no ser por los Barlow, Storm se habría encontrado con Gabriel para viajar a Tierra Rosa y casarse con él.

Vagó por las calles adoquinadas, entre coquetas tiendas de tejados rojos, cavilando sobre lo diferente que podría haber sido su vida si la diligencia en la que viajaba no hubiera tenido un fin tan prematuro. Mirando subrepticiamente a los peatones, se preguntaba cuántos de ellos eran amigos o conocidos de Gabriel; cuántos habrían viajado los trescientos kilómetros hacia el norte para bailar en su boda; cuántos habían enviado sus condolencias al enterarse de su desaparición. Escuchando el murmullo de voces en diversos idiomas, se preguntó si Tierra Rosa sería igualmente políglota, si Gabriel contrataba a los mismos que merecían su desprecio: negros, mexicanos e indios.

Perdida en sus ensoñaciones, no habría podido decir cuándo cobró conciencia de los desteñidos letreros que se exhibían aquí y allá, en las calles: algunos, desgarrados y sucios; otros, arrugados y mojados por la lluvia; muchos eran ya casi ilegibles. Sin embargo reconoció su retrato, copiado por un artista del daguerrotipo que ella había dado a Gabriel North. Por una horrible eternidad, la tierra pareció moverse bajo sus pies. ¡Una recompensa! ¡Gabriel había ofrecido una recompensa por su aparición o por cualquier dato que revelara su paradero! ¡Buen Dios! Nunca se le había ocurrido que él pudiera buscarla, preocuparse siquiera por lo que había sido de ella.

La muchacha subió al asiento de la carreta, estremecida; por las miradas especulativas de los comancheros y los labios apretados de Wolf, comprendió que todos habían reconocido el retrato de los carteles. Los otros no le importaban. Era por Wolf que se preocupaba; por Wolf, que apenas la miró durante el trayecto hasta un hotel de la ciudad, ruinoso, pero decente. Ese pétreo silencio la puso nerviosa, pero no se atrevió a hablar delante de los otros sin saber lo que él podía decirle; era muy capaz de volverse contra ella. Y Storm no quería ser humillada delante de los demás. ¡Sacrebleul!. ¿Qué estaría pensando ese hombre? En su rostro frío y moreno no se revelaba pensamiento alguno. Otra vez se había vuelto completamente indio.

Wolf no dijo nada durante toda la cena; comió poco y bebió mucho, mientras miraba

impasiblemente a Storm, como si nunca la hubiera mirado con atención. Los otros conversaban y reían entre sí, pero conteniéndose y mirando con curiosidad a la pareja. Nadie hizo mención a los carteles, al menos delante de la muchacha. Ella se preguntaba, frenética, si cinco mil dólares eran incentivo suficiente para que los bandoleros los entregaran a ambos. El Aguardaba, como si estuviera pensando lo mismo, se mantenía cautelosamente junto a ella, entornados y vigilantes los ojos negros. La joven agradecía esa presencia, pues se daba cuenta de que, si ocurría lo peor, él la protegería hasta del mismo Wolf.

Pasaban las horas. Los otros parroquianos habían abandonado el comedor mucho antes, pero nadie se movía. Todos parecían estar esperando. ¿Esperando qué? Por fin Storm se levantó.

-Estoy muy cansada. Si a ustedes no les molesta, caballeros, les doy las buenas noches.

Wolf seguía sin decir nada.

-La acompaño a su cuarto, señora. -El Aguila llenó con discreción el pequeño vacío.

Wolf enarcó una ceja demoníaca, pero no hizo ademán alguno de acompañar personalmente a Storm ni de impedir que su primo lo hiciera.

Ella se encontró temblando al subir la escalera y cruzar el corredor penumbroso hacia su cuarto. Con dedos trémulos, hizo girar la llave en la cerradura y abrió la puerta.

-¡Oh, Aguila! -Ya no soportaba más.- ¿Por qué no dice algo? ¡Al fin y al cabo, no he cometido ningún crimen!

-No, por supuesto. -El español se encogió de hombros.- Pero tal vez tenga sus razones. Debe de ser muy perturbador descubrir que otro hombre (muy rico y conocido, por añadidura) ofrece una recompensa por la mujer de uno. El Lobo ha de estar preguntándose por qué usted lo prefirió a Gabriel North.

-¡Pero él es mi esposo! ¡Lo amo!

-Como usted diga, señora -respondió el Aguila, sin comprometerse.

-¡Oh, Aguila! Usted también piensa que él no me va a creer, ¿cierto?

-No soy yo quien debe decirlo. Buenas noches, señora.

Wolf pareció tardar horas en subir al cuarto. Storm se había acostado mucho antes, pero no podía dormir. Se incorporó, cubriendo su desnudez con la sábana, y encendió la lámpara de aceite, que parpadeó en la penumbra. Wolf comenzó a desvestirse, arrojando a un lado el cinturón con las pistolas y desabrochando sin el menor cuidado los botones de ébano de la camisa. Al inclinarse para tirar de sus botas se tambaleó un poco. Storm cayó en la cuenta, con un vuelco en el corazón, de que estaba ebrio, ebrio como nunca lo había visto. ¿Tan posesivo era, tan celoso, que enloquecía con sólo pensar que otro hombre la quería? ¿O eran el rango y las riquezas de Gabriel lo que lo alteraban? Gabriel, uno de los rancheros blancos que Wolf despreciaba tanto por haber pisoteado La Tierra y escupido con asco sobre sus orgullosos habitantes. Storm necesitaba saber. Eso no podía quedar así.

-Wolf...

Fue todo lo que alcanzó a decir antes de que él bramara, con su extraño rugido de lobo:

-¡Gabriel North, Gabriel North! -Escupía las palabras con amargura. Luego rió con aspereza, burlándose.- ¡Con razón nunca quisiste decirme su nombre! Uno de los blancos más ricos de Texas. Y te quiere a ti, pequeña. Todavía te está buscando. Cinco mil dólares, pequeña. Es mucho dinero. Cuatro mil más de los que yo ofrecí, para ser exactos. ¡Pensar que todo este tiempo he tenido en mi cama a la mujer de Gabriel North, sin saberlo! ¡Cristo, qué ironía! Debería haberme atenido a los planes que tenía en un principio para ti, pequeña, pero supongo que aún estoy a tiempo.

Marchó hacia ella con aire amenazador. Storm se encogió bajo su frágil cobertura, sin comprender sus palabras ni la ira que lo impulsaba.

-¿Qué pasa, Wolf? ¡Es a ti a quien quiero y amo!

-¡Y me hablas de amor! ¿Crees que ahora podría existir algo así entre nosotros? -La miró con disgusto y algo más, algo que Storm no pudo definir, y le arrancó la sábana de las manos aterrorizadas, exponiéndola en toda su desnudez.- La mujer de Gabriel North -murmuró despectivamente, antes de arrojarse sobre ella con crueldad de borracho.

Hedía a cigarros y a mescal; sus manos le hicieron daño al moverse sobre ella con rudeza, apretadas a su carne, en tanto clavaba su boca a la suya con un salvajismo que la asustó. Ella se debatió desesperadamente, con el deseo de aclarar las cosas entre ambos, sabiendo que acabaría odiándolo si él la poseía así, brutalmente, sin consideraciones.

-¡No, Wolf, no! -exclamó, jadeante-. ¡Por favor, así no! ¡Si lo haces voy a odiarte!

-¿Sí? Tal vez me odiaste desde un principio. Me mentiste, me usaste y te reíste de mí a mis espaldas, como las otras blancas que he conocido.

-¡No, no es cierto! ¡Tienes que saber que no es cierto!

El no le prestó atención, como si no la oyera, como si no quisiera oírla. Sus ojos centelleaban oscuramente, casi negros a la luz de las lámparas. De alguna manera todo era más insoportable al saber que ambos podían verse, mientras él le imponía sus toscas intimidades, sin el

amor y la suavidad de antes. La asió dolorosamente por el pelo para inmovilizarle la cara. Ella intentó hablar una vez más, evitar la exigente presión de sus labios ardorosos y su lengua invasora. Cuando empezó a descender hacia el cuello y los pechos, castigó aquel torso con sus puños diminutos, lanzándole salvajes manotazos hasta que él le inmovilizó las muñecas por sobre la cabeza.

La mente de Storm se llenó con las imágenes de los hermanos Barlow haciendo lo mismo; sintió asco cuando él encerró entre los dedos un seno maduro, acomodándolo para su boca. La estaba usando tal como la habrían usado esos sucios forajidos. Tal como la habían usado todos los hombres de su vida. El cerró los labios codiciosos contra el pezón enrojecido y movió la mano libre hacia el otro pecho para apretarlo posesivamente, acariciando la punta hasta convertirla en un pico tenso. Storm quiso protestar otra vez, casi histérica, forcejeando inútilmente por liberarse de su peso, pero iba perdiendo rápido las fuerzas contra esa potencia de acero. Cuando las rodillas de Wolf comenzaron a separarle los muslos, gritó. El le cubrió la boca con la mano, en un movimiento diestro, dejándola sin aliento.

-¿Preferirías que los comancheros tomaran mi lugar? -siseó. Storm sacudió muda la cabeza, horrorizada ante la mera sugerencia. -Entonces calla, bruja, y ábrete de piernas para mí.

Sin aliento, aterrorizada y físicamente exhausta, ella obedeció la suave orden. quiso morir mil veces cuando aquella mano abandonó su boca para deslizársele entre los muslos, dejándola caliente y húmeda contra su voluntad. La provocaba sutilmente con los dedos, acariciando, llenándola por adentro, excitándola hasta la fiebre, mientras el cuerpo de Storm respondía a pesar de ella, contra los silenciosos gritos de su mente. El le soltó las muñecas para besarla en el lugar secreto, pero cuando ella iba a aprovechar la oportunidad para golpearlo, volvió a sujetarle las manos con una fuerza capaz de romperle los huesos.

-No se te ocurra, pequeña -le advirtió, sedoso-. Recuerda que soy un salvaje. Puedo hacerte sufrir de maneras que ni siquiera imaginas.

-iMon Dieu! -gimió ella. Y se dejó caer hacia atrás, quejosa.

El rió con una carcajada grave, burlona (como un demonio, pensó Storm, enloquecida), pues la risa no llegó a las astillas de sus gélidos ojos oscuros.

Sus manos la sujetaron por las caderas, en tanto su boca degustaba por fin la dulce miel de Storm, tocando con la lengua la flor palpitante de su femineidad, experta y exquisitamente, torturándola hasta que ella se estremeció con un dolor ardiente que se esparcía como un incendio de bosques por su cuerpo, pidiendo la satisfacción final, ansiándola con apasionada locura. Lo amaba, lo odiaba, quería sentirlo en ella.

Una y otra vez, la lengua de Wolf la llevó hasta el límite del orgasmo para retirarse luego, dejándola ciega e indefensa de deseo sin saciar. ¡Jesús! ¿Qué estaba haciendo con ella? ¿Quería enloquecerla? Por fin comprendió vagamente lo que él buscaba: que ella le suplicara; quería que ella, una dama, una blanca, la prometida de Gabriel North, le implorara a él, el comanche, el salvaje, el pagano mestizo, que la hiciera suya.

"¡No, no lo haré!", pensó. Pero lo hizo y se odió por ello. Despreció a Wolf por obligarla a suplicar y a gritar su rendición, mientras la miraba triunfalmente a la cara.

La poseyó con celeridad, descendiendo en el suave calor satinado una y otra vez, mientras ella se estrechaba a él y arqueaba las caderas para recibirlo, envolviéndole las piernas a la espalda.

-¡Te odio! -susurró, ahogándose con las palabras.

Pero él continuó pujando con fuerza, profundamente, sepultado el rostro en la nube de cabellos negros. Y ella no pudo saber si la había oído o no.

Entonces ya no quedó nada, salvo las oleadas de pasión que ascendían para tragarla como una tempestad: enloquecedoras, arremolinadas, tempestuosas olas que la hacían sentir embriagada y caprichosa, como si hubiera perdido todo dominio de sí, como si el tumultuoso mistral la arrastrara hacia el mar, para traerla otra vez, suavemente, hasta depositarla en las arenas doradas.

Wolf también yacía inmóvil, con la respiración agitada. Sólo cuando se apartó de ella, al ver las lágrimas que le manchaban las mejillas, sintió las primeras punzadas de vergüenza de toda su vida. Aquellos grandes ojos grises, que antes sólo mostraban amor y confianza en él, estaban ahora llenos de dolor. Lo miraban con pesar, heridos, ciegos, sin comprender. ¡Buen Dios! ¿Qué había hecho? Aturdido, trató de despejar la cabeza y abrió la boca para disculparse, pero ya era demasiado tarde. El daño estaba hecho. Había destruido el poco amor que compartieran. Aun mientras alargaba la mano para estrecharla contra sí y tratar de explicarse, los ojos de la muchacha se endurecieron como diamantes, fríos, desdeñosos, inalcanzables. Lo había dejado afuera, apartándolo de su corazón.

-Maldito... mestizo... mugriento.

Dijo cada palabra con lentitud y claridad, para que no hubiera errores. Cayeron en los oídos de Wolf como un toque de difuntos. Luego le dio una bofetada. El chasquido de su mano contra la mejilla fue como un disparo en el silencio de la habitación. Por un momento él quedó inmóvil hasta que el enojo se apoderó de él una vez más. Alargó hacia ella una mano iracunda, pero Storm

lo eludió, utilizando todas las tretas que de él había aprendido. Los dedos de la muchacha se curvaron contra la empuñadura del cuchillo que asomaba de su cinturón, colgado a los pies de la cama. Mientras forcejeaban entre las sábanas, ella arrancó el acero de su vaina y lo impulsó hacia arriba. Con un leve grito de horror y súbita conciencia, experimentó la horrible sensación de la punta afilada que hacía contacto con la carne y se desviaba al chocar con una costilla. Instintivamente retiró el cuchillo y vio, horrorizada, que él se apretaba el flanco con una mano para detener la hemorragia. Sus ojos eran insondables a la luz de la lámpara.

-Aprendiste bien, pequeña -reconoció suavemente-. Creo que ya no necesitamos practicar.

-Santa María -murmuró Storm, sin poder creer que lo hubiera apuñalado. Retrocedió con cautela, llevándose las pistoleras. Asustada, temiendo que él la matara, sacó un revólver y lo apuntó hacia el pecho del hombre. -No te muevas, Wolf, a menos que quieras estar bien seguro de eso.

Se vistió apresuradamente, sin perderlo de vista. El no hizo intento alguno de detenerla; estaba demasiado ocupado en detener la sangre que manaba de su cuerpo, manchando la cama. Cuando Storm hubo terminado de reunir sus cosas, revisó la camisa de Wolf y tomó la mitad del dinero que él había recibido del comisario Yancey. El la estudiaba impasiblemente, muriendo por adentro, sabiendo que lo abandonaba sin que él pudiera impedirlo.

-Llévatelo todo, si quieres -dijo en voz baja.

Ella se limitó a sacudir la cabeza y le volvió la espalda, para ocultarle las lágrimas que habían vuelto a llenarle los ojos.

-Creo... que esta es la despedida -susurró.

El la escuchó.

-Te seguiré, Storm. Lo sabes.

-¿Para matarme, Wolf?

-No: para reconquistarte.

-¡No quiero verte nunca más, nunca más! ¡Eres igual que todos! ¡Te odio!

Retrocedió lentamente hacia el pasillo. Miró hacia todos lados para asegurarse de que estuviera desierto antes de correr hacia la escalera y salir a la noche.

LIBRO TERCERO

Luna comanche

Librodot

San Antonio, Texas, 1848

Nadie detuvo a Storm cuando entró en el establo, en la parte trasera del hotel, para ensillar a Madame Bleu, siempre alerta a cualquier movimiento de afuera, pues Wolf había apostado a dos de los bandoleros para que vigilaran las carretas, alineadas en el callejón. Por suerte, los dos hombres estaban muy enfrascados en su conversación y habían escamoteado una botella de licor al hotel, para mantenerse contentos y abrigados. No prestaron atención a la muchacha que conducía sigilosamente a la yegua por la calle estrecha, escondiéndose entre las sombras hasta donde le era posible. En una oportunidad Madame Bleu relinchó suavemente, pero Storm la acalló apoyando una mano en el aterciopelado hocico del animal, como Wolf le había enseñado. Sólo cuando estuvo bien lejos del hotel montó y se alejó de la ciudad al galope. Los cascos de Madame Bleu marcaron un rítmico clip-clop en los adoquines, que se convirtió gradualmente en un golpeteo seco, a medida que Storm dejaba a San Antonio atrás, cruzando la pradera con rumbo oeste.

No tenía idea de adónde iba. El único pensamiento que le llenaba la mente era alejarse... alejarse de Wolf. Tenía dinero; no estaba en la miseria, pero aun así se sentía miserable, más miserable que nunca en su vida. Era como si alguien le estuviera arrancando el corazón del pecho. No podía respirar. No podía pensar. Marchaba como en deslumbramiento, sin darse cuenta de que había comenzado a llover; tampoco se dio cuenta de que estaba llorando hasta que sintió las lágrimas salobres en los labios.

Cabalgó sin meta por varios días, como una marioneta; comía y dormía mecánicamente, sola en la pradera, y vivía de la tierra, tal como Wolf se lo había enseñado. ¡Dios! Él le había enseñado tantas cosas... Casi todo lo que hacía lo había aprendido de él; cada vez que cazaba un conejo silvestre o una codorniz, cada vez que recogía raíces y pacanas, se acordaba de él.

El territorio también había cambiado; volvía a ser fértil y boscoso. Contra el cielo de azur se erguían viejos cipreses, tan viejos y enormes que diez hombres juntos no habrían podido abarcar cada tronco; a la distancia se henchían otra vez las colinas. Robles y pacaneros, altos pinos y álamos blancos se enmarañaban junto a burbujeantes ríos, alimentados por la primavera, que descendían claros, frescos y azules por los cañones. En las pendientes brotaban profusos placamineros y cerezos silvestres, madroños y cedros, que descendían hasta las praderas y los barrancos, donde se aferraban tenazmente helechos, musgos y plantas de las rocas.

Storm vadeó los ríos Sabina] y Frío; tras cruzar el Frío Seco, llegó a la pequeña población de Montell. Allí pidió algunos días de protección en la Misión Nuestra Señora de la Candelaria; los pasó arrodillada en la capilla y rezando, mientras contaba las décadas en el rosario que Wolf le había comprado en Laredo.

¡Wolf! No lograba quitárselo de la mente. Pasaba las noches despierta, echando de menos el contacto de su cuerpo junto al de ella, su calor; sus brazos fuertes que la estrechaban, protegiéndola del mundo; su boca dura y exigente que la marcaba para siempre como suya. Lo que había temido era ya realidad: sin él sólo vivía a medias.

Continuó su viaje, inquieta y sin destino. En cierta ocasión cruzó tierras de Gabriel North por una esquina, sin saber que estaba invadiendo Tierra Rosa; sólo al llegar a San Felipe del Río comprendió que, inconscientemente, había estado siguiendo la ruta de Wolf hacia Llano Estacado, que él le había mostrado un día en el mapa.

"Iré por ti, Storm. Bien lo sabes."

¿Actuaba acaso con la esperanza de que él lo hiciera?

La muchacha siguió hacia el norte el río del Diablo, en tanto los días se acortaban y las noches se hacían más largas. La vasta expansión de la pradera volvió a cambiar, volviendo a ser árida, plana e interminable. Pese a todo Storm sobrevivía, hasta que una noche oscura, mientras viajaba bajo las estrellas, ocurrió lo inconcebible.

"No engañarías a un comanche..."

Eran comanches, sí. Estaba segura, pues se parecían a los que habían ido aquella noche al campamento para hablar con Wolf; además, los flecos de sus mocasines eran muy largos; Wolf le había dicho que eso era una señal indudable. Eran cinco y estaban pintados como para un ataque. Habían acampado junto a un pequeño arroyo, sin encender fogata que delatara su presencia. Aunque la joven marchaba de prisa y en silencio, los sensibles oídos de los indios habían percibido sus movimientos. Aparecieron como salidos de la noche y la rodearon en un momento. Antes de que pudiera recobrarse de la imagen y escapar, uno de ellos la había arrebatado de su caballo de las trenzas y le sobó groseramente los pechos bajo el poncho, en tanto ella forcejeaba inútilmente; luego, riendo, hizo algún comentario a los otros. Después de ver al indio Storm soltó un pequeño suspiro de alivio y dejó de luchar, era comanche, en verdad.

A modo de prueba, levantó una mano en el tradicional gesto de saludo -Hihites, haints.

Hizo el símbolo de la serpiente que retrocede, rogando que no pertenecieran a la banda Waw'ai, de quienes se decía que practicaban el incesto.

El indio que la apresaba la miró con sorpresa.

-¿Cómo es que hablas nuestro lenguaje, herbi? ¿Llevas acaso nuestra sangre?

-No -respondió Storm, veraz, sabiendo que los comanches detestaban a los mentirosos-. Pero mi kumaxp es uno del Pueblo. Soy su paraibo.

El indio la estudió silenciosamente.

-¿A qué banda pertenece? Tal vez yo lo conozca.

-A los Kwerharehnuh.

-¡Mientes, herbi! -le espetó el indio, sacudiéndola rudamente-. Yo soy de los Kwerharehnuh y entre mi gente no hay ningún hombre casado con una mujer como tú.

-¿No consideras a Hermano del Lobo como uno de los tuyos? -preguntó Storm, nerviosa, tratando de no perder la calma.

El indio aspiró bruscamente y apretó las manos que la sujetaban.

-Una vez más, mientes, herbi. -Sacó el cuchillo y se lo apoyó contra el cuello. -Te cortaré esa lengua hendida para que no puedas decir más falsedades.

-¡Espera! -ordenó otro indio, ásperamente-. Primero escucharemos lo que la mujer tenga para decir, Caminante del Fuego. Ella aduce parentesco con El Pueblo y nosotros no hacemos daño a los nuestros. Además, si en verdad es la esposa de nuestro hermano, él se enojará muchísimo si se la devolvemos sin lengua.

-iHu, Atacante de la Luna! ¿Quién te asegura que no nos dará las gracias? -bromeó un tercer indio.

-Calla, Naukwahip -ordenó el llamado Atacante de la Luna. Se volvió hacia Storm. -Bueno, herbi, estamos esperando.

-Es cierto que soy la esposa de Hermano del Lobo.

-¿Dónde está él, pues? -Caminante del Fuego volvió a sacudirla. La muchacha descubrió que no podía enfrentar su mirada penetrante.

-Es que... reñimos y yo escapé -admitió por fin.

-iHu, Atacante de la Luna! ¡Te dije que él nos daría las gracias por cortarle la lengua! -tronó Naukwahip, triunfante.

-Calla, Naukwahip -repitió Atacante de la Luna, irritado-. Si has abandonado a nuestro hermano, herbi, según la ley de los comanches ya no eres su paraibo.

-¡Oh, no! -exclamó Storm, horrorizada. Si los indios creían que ella se había divorciado de Wolf no pondrían reparos en violarla; por lo visto, su método de divorcio era tan simple como la ceremonia de casamiento-. ¡El no me dijo eso! Estoy segura de que en este momento me está buscando y me castigará por mi desobediencia.

-Bien que corresponde -observó Atacante de la Luna, severo. -Entonces ¿pensabas volver a él?

-Sí -mintió desesperadamente Storm, rogando que le creyeran-. Pero tenía mucho miedo. El... amenazó con cortarme la nariz -continuó, faltando a la verdad, pues Wolf le había contado que muchos guerreros comanches castigaban de ese modo a sus mujeres.

-Ya ves, Atacante de la Luna. La nariz, la lengua, ¿qué diferencia hay? -preguntó alegremente Naukwahip, con una gran sonrisa.

-¡Calla, hermano! -advirtió Sombra del Halcón-. ¡Ya es suficiente! Estás enfadando a Atacante de la Luna.

Ante esto, el quinto indio, que había observado toda la escena canturreando suavemente para sus adentros, alzó la voz.

-Sólo hay un modo de saber si la mujer dice la verdad. La llevaremos con nosotros al Llano Estacado y esperaremos a Hermano del Lobo. Si él no la reclama, sabremos que ha mentido y Caminante del Fuego podrá cortarle la lengua.

-Haré más que eso -gruñó el nombrado-. Recordad, hermanos, que yo fui el primero en verla.

-Sí, muy bien, pero ahora suéltala -indicó Atacante de la Luna-. Aún no es tuya y, si es verdad lo que dice, la ira de nuestro hermano será asesina si descubre que le has puesto las manos encima. Que sea como ha sugerido Soldado Loco. La llevaremos al campamento de invierno y esperaremos allí. ¿Cómo te llaman, herbi?

-Storm. Mi nombre es Storm.

Por algún motivo, ante eso los comanches intercambiaron una mirada extraña, como si ese nombre tuviera algún significado importante para ellos, pero nadie dijo nada.

-¿Hermano del Lobo no te ha dado un nombre en nuestro idioma?

-No. ¿Por qué?

Atacante de la Luna se encogió de hombros, como si eso no tuviera importancia.

-No importa. Sin duda esperaba que su padre aprobara vuestro casamiento.

-Sí, sí. Dijo que lo anunciaría al Pueblo y pediría la bendición de Tabenanika.

Caminante del Fuego lanzó un iracundo juramento al oír esto y se alejó a grandes pasos en la oscuridad, disgustado. Por lo visto, eso lo había convencido de que Storm era lo que aseguraba ser.

Atacante de la Luna se limitó a sonreír con el primer gesto cálido que mostraba a la muchacha.

-Bienvenida a nuestro campamento, esposa de nuestro hermano. Nos complace que te unas a nosotros. Acércate. ¿Tienes hambre?

-Muchísima. -Storm le devolvió la sonrisa, muy aliviada.

-¿Cómo estaba Hermano del Lobo cuando lo dejaste? Confío en que estuviera bien.

De pronto la muchacha recordó la herida abierta en el flanco de su esposo, el torrente de sangre que había manchado las sábanas en que la poseyera tan violentamente. Por primera vez desde su partida se le ocurrió que él podía haber muerto. Oh, ¿cómo no lo había pensado antes? El dolor la había cegado a la posibilidad, sin permitirle pensar en su esposo: sólo en ella misma. Quedó pálida. ¡Buen Dios! ¡No podía haber muerto, no! Al fin y al cabo, Wolf había sobrevivido a heridas mucho peores. No, no había muerto; Storm no podía permitirse creer semejante cosa. Si Wolf estaba muerto no podría reclamarla como esposa. Aun vivo, tal vez estuviera tan enfurecido que no quisiera reconocerla. Pero Storm cayó en la cuenta de que no deseaba su muerte, aunque él ya no la quisiera.

-¿Ocurre algo, Storm?

-¿Qué? No, oh, no. Lo siento. Es sólo que intercambiamos palabras muy duras. Lo... lo había olvidado, hasta que tú me lo recordaste. Mi kumaxp estaba bien, Atacante de la Luna -concluyó la muchacha, rezando por que esto fuera verdad.

Storm no tenía miedo de los comanches, como lo hubiera tenido cualquier otra blanca en su lugar. Wolf le había inculcado demasiado a fondo el conocimiento y las costumbres de su tribu. Aunque los indios eran feroces guerreros, ella sabía que no le harían daño mientras la consideraran esposa de Wolf. En condición de cautiva, las cosas habrían sido diferentes. Caminante del Fuego la habría forzado brutalmente; quizá también los otros. Después, si no le encontraban utilidad, la habrían matado o, a lo sumo, convertido en poco más que una esclava. Sin embargo era raro que los comanches violaran a sus propias mujeres; eso se castigaba con la muerte. Por eso, aunque Storm trabajaba mucho, los hombres no le asignaron otras tareas que las que habrían encargado a sus propias mujeres, si ellas hubieran estado allí.

Corrían las semanas. La muchacha cocinaba, limpiaba y cosía (las principales tareas que se le asignaban), comportándose en un todo como correspondía a una comanche decente, y se ganó la aprobación de los indios. Guardaba silencio mientras no se le dirigiera la palabra; en todo momento respetaba a los hombres; comía sola, cuando ellos acababan de hacerlo, y al viajar cabalgaba tras ellos a la distancia debida. Estaba decidida a no darles motivos para que se quejaran de ella a Wolf, cuando llegaran a Llano Estacado.

Por la noche dormía sola, con frío, pero sin que nadie la molestara. Sólo una vez se sintió algo intranquila: fue al descubrir que Caminante del Fuego la miraba especulativamente, con los ojos llenos de odio y apetito desnudos. ¿Por qué la despreciaba y la deseaba al mismo tiempo? Storm no lo sabía, pero se consideraba a salvo mientras los otros estuvieran presentes; por eso cuidaba de no quedarse a solas con él.

Atacante de la Luna era quien la trataba con más bondad. Claro que tenía más muertes que ninguno y, por lo tanto, podía permitirse esa blandura sin que nadie pusiera en duda su coraje ni su fuerza. Le contó que era hermano de Wolf; también le relató la historia de la doble pipa de Wolf, que tanto había impresionado a los kiowas aquella noche, meses antes.

-Se la llama "doble lomo de caballo", Storm -explicó una noche, mientras fumaba su propia awmawtawy-. Conmemora el acto heroico de un guerrero que ha cabalgado por el fuego enemigo para rescatar a un compañero herido, subiéndolo a lomo de su dios-perro. Hermano del Lobo me salvó la vida así, durante una batalla con los apaches, y por eso recibió el honor. Es un bravo guerrero y ha contado muchas muertes. Debes estar orgullosa de que te haya elegido como paraibo. Entre las mujeres de nuestro campamento hay muchas que compartirían con gusto las mantas de él. ¿No lo echas de menos, en estas noches de invierno?

-Sí, Atacante de la Luna, haints mío -respondió Storm, veraz.

-Ah, como yo pensaba. Si te sientes demasiado sola en este viaje, Storm, puedes recurrir a mí sin temor. Es deber de un comanche atender a las esposas de su hermano cuando él está ausente... en todo sentido, si ellas así lo desean. No se reclamarán nanehwokuh, daños.

-Comprendo, Atacante de la Luna, y me siento honrada, pero entre mi pueblo una mujer pertenece sólo a su esposo.

-Sí, eso pensé que dirías. No te preocupes, Storm; no me has ofendido. Sé que es Hermano del Lobo quien posee tu corazón. "Sí", pensó la muchacha, "pero ¿lo quiere aún? ¿Y podré perdonarlo si es así?"

Era ya diciembre cuando llegaron al Llano Estacado y el campamento invernal de los Kweharehnuh, en Palo Duro y Tules, a buena altura. El frío ya era intenso, pues los helados vientos del norte barrían sin piedad esa zona de Texas y las circundantes, trayendo una fina capa de escarcha blanca, a la que a veces seguía una densa manta de nieve. Storm, que sólo había visto

nevar una vez en su vida, agradecía que La-que-busca-La-Sabiduría le hubiera dado, a su llegada al campamento, un largo y abrigado vestido de venado y una capa de peludo búfalo. El tipi que compartía con la segunda esposa de Tabenanika era igualmente abrigado; por la noche, cuando pasaban los salvajes vientos con sus extraños y escalofriantes gemidos, ella agradecía encontrarse a salvo y protegida dentro de la vivienda de pieles, con la fogata bien encendida.

La familia de Wolf había aceptado su presencia casi sin hacer comentarios; como los guerreros, reservaban su decisión final para cuando llegara Wolf. Se mostraban corteses para con ella y cuidaban de que no le faltara nada por lo demás, era como si ella no existiera. Sólo le hablaban cuando era necesario, a la vez que Storm trataba de interrogarlos sobre Wolf v su misterioso pasado, ellos la evadían. Si algo sabían de su historia no tenían intenciones do compartirlo con ella. Ese silencio aumentaba su curiosidad. La verdadera madre de Wolf, la castellana, ¿habría sido tomada cautiva por El Pueblo? ¿Habría sido su padre un bravo guerrero comanche que la hizo suya, tal como su hijo a Storm? Y la castellana ¿se habría arrojado en sus brazos voluntariamente, como ella, o raptada contra su voluntad durante un ataque, quizás arrebatada de sus jardines? "Mi madre solía cultivar rosas..." ¿Quiénes habían sido, cómo habían muerto esos dos, que nada dejaron detrás de sí, salvo ese mestizo, duro y asediado por espectros?

Storm lo ignoraba; quienes podrían habérselo dicho no lo hacían. Los comanches rara vez hablaban de sus muertos; en todo caso, no mencionaban sus nombres. La vida era para los vivos; los espíritus de los muertos eran sagrados y no se los debía perturbar. Hermano del Lobo, cualquiera fuese su origen o su sangre, era ahora un guerrero comanche (Tabenanika había hablado) y por eso Storm continuaba ignorando el pasado de su esposo.

Todos los días esperaba su llegada, pero él no venía. Trabajaba mucho para que los indios no la consideraran una carga. Algunas de las mujeres le tomaron una intensa antipatía. Unas pocas la maltrataban. Una llegó a atacarla. El adiestramiento de Wolf permitió que Storm ganara la lucha y en adelante no hubo más amenazas contra su persona. La muchacha caminaba por el campamento siempre erguida y orgullosa; muchos murmuraban que Hermano del Lobo había elegido bien. Varios guerreros la miraban con abierta admiración, pero como Storm no los incentivaba, pronto dejaron de tentarla a compartir sus mantas. Sólo Caminante del Fuego seguía observándola en silencio, ardiendo de apetito y odio. Y esperaba, como Storm, que Wolf llegara al campamento de invierno.

Era una vigilia solitaria, la de la joven; muchas noches lloraba en silencio en la oscuridad, sofocando sus sollozos para que La-Que-Busca-La-Sabiduría no oyera sus torturadas lágrimas. Pasaba las noches despierta, con el corazón quebrado de angustia, preguntándose si su esposo vivía aún y si aún la querría. En la oscuridad, oraba sin palabras por él, por su extraño y meditabundo pistolero, pues lo amaba, pese a lo que había hecho. Se juraba que, si la reconocía como esposa al llegar, lo perdonaría por su tratamiento brutal y le pediría que la aceptara otra vez, cualquiera fuese el precio a pagar por ello.

Era casi Navidad cuando los jubilosos gritos de saludo revelaron a Storm que Wolf estaba vivo y acababa de llegar. Se estremeció al oír los gritos de bienvenida, pues estaba segura de que era él y de que por fin llegaba el momento de ser aceptada o rechazada. ¡Oh, la reconocería, sin duda! ¿No le había dicho que iría por ella? Aun así, se quedó atrás mientras los otros se arracimaban alrededor de las carretas de los comancheros, recibiendo a Wolf entre ellos. Fue sólo al sorprender la mirada de Caminante del Fuego (dura y cruelmente ansiosa) que ella también avanzó hacia su esposo. Los comanches, al verla llegar, se retiraron para abrirle camino; la masa expectante hizo súbito silencio. Por un momento la muchacha temió que le fallaran las rodillas al avanzar lentamente hacia Wolf, sintiendo sus ojos de medianoche clavados en ella. De algún modo logró llegar y se detuvo ante él, con la cabeza inclinada en señal de respeto, esperando que él hablara.

Tuvo la sensación de que pasaban horas enteras. Por fin él le alzó la cara, diciendo:

-Se te ve bien, paraibo. Confío en que mi familia se haya ocupado de ti.

-Si kumaxp, han sido muy amables.

-Bien. -Entonces se volvió hacia su padre.- Una vez más, ap', traigo provisiones, armas y municiones para El Pueblo. Estos hombres -señalaba a los bandoleros- vienen en paz y te presentan sus saludos.

-Son bienvenidos; tua -entonó Tabenanika-. Masitawtawp indicará a nuestros apreciados huéspedes dónde pueden alojarse. Ven, Hermano del Lobo. Tenemos mucho de que hablar.

-Sí, ap'. Paraibo, ocúpate de mi tipi. Mis madres te ayudarán con lo que no entiendas.

-Sí, kumaxp -murmuró Storm, sofocada. Wolf no había vuelto a mirarla. Su voz, al hablar con ella, era la de un cortés desconocido.

Bueno, ¿qué pretendía ella, después de haberlo apuñalado y abandonado? Tenía suerte de que la reconociera aún como su esposa. Bien habría podido guardar silencio, abandonándola a merced de los comanches. La joven apartó la cara; las lágrimas que no permitía asomar le escocían en los ojos cuando buscó a Mujer-del-Fuerte-Viento y La-que-Busca-la-Sabiduría para

que la ayudaran a armar la vivienda de Wolf. Cuando por fin el tipi estuvo debidamente erguido, ella encendió una fogata en el centro y puso a cocinar un guiso espeso y fragante, sin saber si Wolf tendría hambre. Luego guardó pulcramente el equipo del viajero y preparó las camas para la noche. Por fin se acurrucó en el suelo helado del interior, nerviosa, esperando que apareciera su esposo.

Era ya muy tarde cuando al fin vino a ella, pero Storm no dormía. Se detuvo un momento a la entrada, estudiándola; dejó caer deliberadamente la solapa del tipi en su lugar, aislándose del resto del mundo. Se había cambiado de ropa y, por un momento, la muchacha no lo reconoció, pues nunca lo había visto vestir otra cosa que sus prendas negras y plateadas. Ahora llevaba el atuendo de toda comanche: pieles de venado con flecos. Se había recogido el negro pelo en una sola trenza, al costado de la cara, y una pluma solitaria pendía sobre su nuca, con la punta hacia abajo. Storm dejó escapar un pequeño grito de terror al verlo y se apresuró a desenvainar su cuchillo, confundiéndolo con Caminante del Fuego. Sólo cuando él avanzó hacia la luz del fuego cayó en la cuenta de que era su esposo.

El se puso en cuclillas, sin decir palabra, contemplando sin alterarse la hoja reluciente.

-Veo que no has perdido tu inclinación por los puñales, pequeña -pronunció perezosamente, como si la idea no lo preocupara-. Si pretendes volver eso contra mí, harías bien en pensarlo mejor. En este momento soy lo que se interpone entre tú y esos indios de allí afuera. Vuelve a clavármelo en las tripas y, te lo aseguro, antes de que mi familia haya terminado terminado contigo estarás suplicando que alguien te dé muerte.

-Lo... lo sé. Perdona. Creí... que eras Caminante del Fuego.

Ante eso Wolf entornó fríamente los ojos, lanzando astillas en la oscuridad. -¿Ese cerdo te ha puesto la mano encima?

-No. Nadie me ha tocado. Pero... no parecías sorprendido de encontrarme aquí.

-Porque no lo estaba. Hallé tu rastro a la salida de San Antonio y lo seguí hasta que te uniste a los otros. Sabía que eran ellos los que te habían atrapado porque encontré una pluma de flecha. Reconocí en ella las marcas de Atacante de la Luna y supuse que estarías aquí. Me dije que sabías hablar comanche lo suficiente como para explicar que eras mi esposa.

-Sí. Gracias por... por reconocerme. Creo que, de lo contrario, me habría encontrado en una posición muy incómoda.

-¿Incómoda? Habría sido horriblemente desagradable, pequeña -corrigió él, ceñudo-. Si yo hubiera decidido no reconocerte, a estas horas podrías estar muerta.

-¿Por qué... por qué lo hiciste?

-Porque eres mi esposa, sí. Y porque te llevo en la sangre, Storm. Con lo de San Antonio creí que llegaría a odiarte, pero no pude. Y si tú me odias, pequeña, lo siento mucho, porque tendrás que acostumbrarte. No pienso dejarte ir.

-¡Oh, Wolf! -Storm dejó escapar una exclamación angustiada.- ¿Por qué? ¿Por qué me... me trataste como si... como si yo no fuera nada para ti? ¿Y cómo podrás perdonarme por lo que te hice? ¡Pude haberte matado! Esa noche pudiste haber muerto sin que a mí me importara. ¡A tal punto te odiaba!

El la estudió en silencio por un instante. Luego juró por lo bajo.

-Supongo que no pude soportar la idea de que otro hombre tuviera derechos sobre ti, pequeña. Mucho menos un hombre como Gabriel North. Estaba ebrio... borracho perdido, y lo siento. No hiciste otra cosa que defenderte para que no te hiciera daño. No te condeno por eso. Demonios, en tu lugar habría hecho lo mismo. -Emitió una risa breve, amarga, burlona.- ¡Cristo! -gruñó. Sacudió la cabeza, torciendo sardónicamente hacia abajo una comisura de la boca. -Fuimos demasiado felices demasiado pronto, ¿no, pequeña?

-Sí -suspiró ella, con voz quebrada.

La palabra cayó torpe, suplicante, en el pequeño silencio que descendió, estrangulándolos a ambos en su puño; cada uno trataba de comprender, de perdonar, y se atrevía a confiar en que aún era posible recuperar lo perdido. Los ojos oscuros de Wolf se encontraron con los de ella, de un extremo a otro del tipi.

-Te amo, Storm -le dijo.

-¡Oh, Wolf! ¡Yo también te amo! -exclamó ella, antes de arrojarse sollozando en sus brazos extendidos.

Se envolvieron estrechamente a su alrededor, como temiendo que ella fuera un sueño y se les escurriera. Wolf sintió los sollozos convulsivos que le sacudían el cuerpo y la cara enterrada en su amplio pecho, tal como sentía las lágrimas que le mojaban la carne. La apretó contra sí, acariciando la maraña de pelo suelto para tranquilizarla.

Poco a poco le volvió la cara hacia él.

-Bruja -murmuró-. ¡Bruja! ¿Qué me has hecho?

Sus manos se pusieron tensas en la cascada de ébano; sus labios buscaron los de Storm con una pasión que ella no habría creído posible.

Storm entreabrió ansiosamente la boca, sintiendo la punta de aquella lengua que empezaba a buscarla y se disparaba hacia el interior de la boca expectante, a explorar la dulzura interior como si no la conociera. Suave, su lengua acarició la de ella, vacilando al principio para luego girar con una presión más exigente, al no hallar resistencia alguna a su invasión. De todas las maneras en que una lengua de hombre puede conocer una boca de mujer, Wolf descubrió una vez más la de Storm, incitándola a seguirlo y a hacer otro tanto.

Era como si se besaran para siempre. Sólo más tarde, mucho más tarde, descartaron sus ropas para revelarse mutuamente en desnudez.

Las manos de Wolf tocaron la blanca piel satinada, en tanto la llevaba a las mantas que ella había extendido en el suelo helado. Pero Storm no tuvo frío ni entonces ni después, cuando los dedos de su compañero le recorrieron la carne, deslizándose por la cara, el cuello y los hombros hasta los pechos, donde se demoraron provocativamente. El tiempo volaba sin que los amantes le prestaran atención, pues su mundo era atemporal e infinito, medido sólo por el deseo y la necesidad. Los pezones de Storm enrojecieron como la aurora en el cielo, endureciéndose en pequeños picos que hociqueaban la palma de Wolf, invitantes. El bajó la cabeza para besarlos con levedad, hasta que se pusieron más rígidos entre sus labios y cosquillearon bajo sus suaves mordiscos y los giros de su lengua.

Storm perdió las manos en la melena desaliñada, instándolo con pequeños gemidos de placer y estrechándolo contra los suaves montículos que se curvaban en su pecho, redondos y maduros. Y él la tomó, saboreándola y amándola como nunca antes, hasta que su lengua se deslizó hacia abajo para conquistar el lugar secreto entre los muslos. Sus dedos tironearon apenas de los negros rizos húmedos, preparando el camino. Ella se estremeció al sentir que la besaba allí, en esa dulce flor de feminidad cuya fragancia sólo él conocía, en ese oscuro y profundo pozo de néctar del que sólo él había bebido, mareada de placer.

La embriaguez lo envolvía, lo llamaba con un canto de sirena del que no podía ni quería escapar. Capturó con la mano su esencia, despertando su hechicera melodía una y otra vez, hasta estar seguro de conocer cada nota, hasta escuchar por fin el dulce y gorjeante acorde que buscaba.

Storm lanzó una suave exclamación, en tanto el crescendo de aquella música corría caudaloso por sus venas, una y otra vez, muriendo en suaves ecos para elevarse nuevamente.

Y Wolf seguía pulsándola como a un instrumento, girando el cuerpo lentamente a su alrededor, para que ella pudiera unírsele en una armonía que hizo ahogar un grito de gozo, dos, antes de que el ritmo de los labios, la lengua y los dedos de Storm le hiciera palpitar la cabeza en un ritmo intoxicante, pulsar las ingles según un modo primitivo, que nunca sería olvidado.

Las manos de la joven treparon para seguir la suavidad del vientre, marcada aquí y allá por las blancas cicatrices del pasado y la nueva herida en forma de arco, que ella misma le había hecho. Una vez más, los ojos se le llenaron de lágrimas al recorrer la pequeña media luna casi sin cicatrizar; se deslizaron por los muslos fibrosos hasta encontrar otra vez su dura vara, donde su boca aún se movía con tierna pasión.

El ahogó un grito más y se apartó de ella antes de llegar al compás final, acomodándose para arrojarse en lo profundo de su centro mismo. La poseyó fieramente y Storm lo recibió con la misma fiereza, trabando las largas piernas por encima de su espalda para atraerlo aun más dentro de sí misma. Abajo, abajo, hasta la miel aterciopelada, más y más rápido hasta que, por un momento glorioso y triunfante, ella fue toda de él, toda de él, arqueando las caderas contra su hombre y clavándole las uñas en la carne.

-Wolf, oh, Wolf! -susurró con voz quebrada.

Por una fugaz eternidad, cesó de respirar por completo, en tanto un millar de galaxias estallaban dentro de ella, cegándola con el feroz brillo de sus estrellas.

Tan sofocado como ella, Wolf se le unió para ascender en espiral hacia los cielos, en alas de su éxtasis para encontrar el propio. En ese momento eran uno. Storm supo, mucho antes de las primeras señales que se lo confirmarían con certeza, que esa noche él le había dado un hijo.

Cal Tyree, con el maltrecho sombrero en la mano, frotaba nerviosamente el suelo con los pies, mirando a su alrededor con respeto casi religioso. Sus espuelas rasparon el suelo de mármol blanco, haciendo que el magnífico vestíbulo de Tierra Rosa resonara con un eco extraño. De inmediato quedó inmóvil y miró cautelosamente hacia abajo, para asegurarse de no haber dejado marcas. Con un suspiro de alivio, comprobó que los mosaicos aún brillaban con un suave lustre sin mácula. Aunque muy finos, no podían ser tan frágiles como parecían. Avanzó en puntas de pies, vacilante, hasta detenerse en el primer peldaño de la amplia escalera que ascendía hasta el balcón saliente del piso alto. Sus botas se hundieron en la alfombra roja, que ahogó el tintineo de sus espuelas. Recostado contra la sólida balaustrada de roble, estudió el papel de la pared, dorado y con rosas de terciopelo rojo, y la inmensa araña de cristal que pendía desde el techo, mucho más arriba: sostenía mil velas, cuanto menos. Cal se preguntó cómo se haría para llegar hasta allí y encenderlas. Mil velas (las había contado para asegurarse) ¡para una sola habitación! Pensó en la única lámpara de aceite con que se arreglaba toda la familia en su infancia, en los pantanos del río

Librodot

Brazos, y lo sobrecogió la vasta riqueza de Gabriel North.

-Señor Tyree. -El mayordomo, un negro uniformado, salió silenciosamente de la nada.- El señor North ya puede recibirlo. Si quiere seguirme... Por aquí, por favor.

Cal dio un respingo y se apartó apresuradamente de la escalera, enrojecido de culpa, como si lo hubieran sorprendido cometiendo un pecado imperdonable al poner un pie en las alfombras que conducían a las habitaciones privadas del piso alto. Sin embargo, el semblante del moreno seguía impasible al conducir a Cal por la entrada y a través de un pasillo serpenteante, hasta el estudio de Gabriel.

-El señor Tyree, amo -anunció el negro-. ¿Algo más, señor?

-No, Abel. Puedes irte. Siéntese, Tyree -ordenó Gabriel, cuando el negro se hubo retirado.

-Gracias, señor.

-¿Le sirvo un coñac?

-Oh, gracias, señor. No me vendría mal.

Gabriel le entregó una delicada copa de cristal con una pequeña medida de líquido ambarino, y encendió un cigarro.

-Ahora bien, Tyree: tengo entendido que usted me trae información sobre el paradero de mi novia, la señorita Lesconflair.

-Sí, señor, así es. Cuanto menos, eso es lo que parece pensar el comisario Yancey. Está todo aquí, señor, en esta carta.

Gabriel alargó una mano por sobre el gran escritorio, hacia la hoja arrugada. Fue una sorpresa y un leve disgusto descubrir que le temblaban un poco los dedos al desplegar la misiva para leer su mal redactado contenido. Después guardó silencio por un rato tan largo que Cal volvió a ponerse nervioso. Carraspeó con tanta discreción como pudo, para que Gabriel recordara su presencia.

Cuando el ranchero por fin levantó la vista, Cal vio que sus ojos estaban duros como clavos. Se estremeció por un segundo bajo esa mirada penetrante.

-¿Esto es todo?

-Sí, señor.

-¡Maldición! Si ese tonto de Yancey sabía que la muchacha era mi novia, ¿por qué demonios no la retuvo, encarcelando al pistolero Lobo?

-Eh... con su perdón, señor North, el Lobo es hombre peligroso, realmente fantástico con las pistolas y todo eso. Y no ha cometido ningún delito, que nosotros sepamos.

-¡No sea idiota, Tyree! ¡Ese maldito cabrón secuestró a mi prometida!

-Eh... me disculpo otra vez, señor North, pero los que hicieron eso fueron los hermanos Barlow, como cualquiera puede imaginar. Cómo tropezó el Lobo con su muchachita es algo que no sabemos, pero cuando él dijo que estaban casados ella no se opuso. Tampoco parecía que él la tuviera prisionera ni nada de eso.

-¡Casado estará su trasero, Tyree! La señorita Lesconflair es una dama. ¿Cree usted que puede casarse con un mestizo de porquería, sabiendo que yo la estoy esperando? ¡Por Dios! ¿Me cree estúpido? Ese bastardo la tiene cautiva, le digo. No entiendo por qué no se ha puesto en contacto conmigo para pedir rescate.

-Yo... no sé, señor, pero ese hombre es muy raro. Callado y mortífero como una serpiente. No sé si usted me entiende.

-¡Y ustedes dejaron que se llevara a mi prometida!

-Bueno, señor, ¿cómo íbamos a saber que usted aún la querría, sabiendo lo que había pasado? Ya se sabe lo que hacen esos indios con las mujeres. Caray, señor North, haría bien en olvidarse de esa muchachita y buscarse otra... una que no esté tan usada. Demonios, si debe de haber pertenecido también a los Barlow...

-iCállese la boca, Tyree! ¡Por Dios que los voy a despellejar, a usted y a Yancey, si se les escapa una palabra de este asunto! Dígaselo al comisario. -Sí, señor.

-Ahora vaya volando a San Antonio. Que el comisario Martin reúna a un grupo de hombres y algunos rastreadores indios. Si tiene algún interés en ganar las próximas elecciones, lo quiero aquí ¡pronto!

-Sí, señor. Como usted diga.

-Nada más, Tyree.

-Pero... pero señor... ¿y el dinero de la recompensa?

-Dígale a ese condenado comisario suyo que, si hubiera sabido hacer su trabajo, a estas horas mi novia estaría sana y salva en Tierra Rosa. ¡Y ahora salga de aquí!

Cuando el tartamudeante alguacil se hubo ido, Gabriel apretó los puños con fuerza y descargó uno contra el escritorio. ¡Una prostituta! Storm Lesconflair era una prostituta. La palabra se le atascó en el gargüero. ¡Tyree tenía razón! No había modo de saber qué habían hecho con ella los Barlow o ese pistolero mestizo. ¡Oh, qué ganas tenía de echar mano de Storm Lesconflair! ¿Cómo osaba convertirlo en el hazmerreír de Texas al huir con semejante hombre? Aunque los

Barlow la hubieran poseído primero, era obvio que ella había logrado escapar de ellos. ¿Por qué no buscó llegar a Tierra Rosa? La respuesta no era difícil: ella lo despreciaba, por supuesto. ¡Prefería a un maldito mestizo antes que a él! Era un insulto que no pensaba tragar. Recuperaría a esa ramera aunque fuera lo último que hiciera en su vida. ¡Era suya! Pertenecía a él, a Gabriel North, uno de los rancheros más ricos de Texas, tanto como le pertenecía todo en varios kilómetros a la redonda. Jamás la dejaría escapar, aunque ya no fuera la impoluta damisela que había pensado desposar.

Ramera o no, lo que importaba era el principio. Por ella había apostado una considerable suma del dinero que tanto le costara ganar. Y había gastado mucho más en su indigna familia. Las bellezas sureñas no se vendían a diez centavos la docena, sobre todo para una oveja negra como Gabriel North, a quien el Sur le había cerrado la puerta en las narices. Sí, había pagado bien por Storm Lesconflair; aunque la mercancía estuviera dañada, sería suya. ¿Qué importaba si ya no era una virgen ruborosa? Claro que le habría gustado ser el primero, qué demonios. Pero a lo hecho, pecho. Y aún la quería. Quería esa estirpe francesa sin diluir, su crianza de alcurnia; quería la piel satinada y blanca que escondía bajo tantos metros de crinolina y encaje. Le dolían las ingles al pensar en ella. Sí: rastrearía a Storm Lesconflair y, después de matar a su arrogante pistolero, le haría olvidar que alguna vez hubiera pensado vengarse de él compartiendo el lecho de un mestizo cualquiera. Tal vez fuera mejor así; de ese modo ella no se mostraría tan altanera, tan mírame-y-no-me-toques, ahora que había sido usada por los Barlow y por ese salvaje. Talvez el diablo rojo le hubiera enseñado también algunas triquiñuelas. Gabriel ha poseído a una sola india, pero la pequeña perra pagana era un demonio. Si, recuperaría a Storm Lesconflair aunque muriera en el intento. Tierra Rosa tendría a su señora, su bien ganada belleza sureña; él se encargaría de eso. Era rico. Acallaría todo, pasaría una mano de lustre y presentaría a Storm como viuda respetable o algo así. Nadie se atrevería a poner su historia en tela de juicio ni a desairar a su novia. ¡Sus derechos sobre el agua eran demasiado valiosos!

Se reclinó en la gran silla giratoria, sonriendo con crueldad al imaginar a Storm, la damisela, honrando los majestuosos salones de Tierra Rosa. Y a Storm, la ramera, desnuda y jadeando en el lecho, bajo él.

Era la víspera de Navidad y Wolf no lo había olvidado. Storm echó una mirada amorosa al regalo que él le había dado para celebrar la ocasión: un unto de falda y blusa larga, de piel de venado decolorada hasta el blanco puro; estaba decorado con millares de cuentas de colores brillantes, plumones y plumas largas, algo que los comanches rara vez usaban y que daban mayor precio a las prendas. Acarició maravillada los suaves pliegues, tratando de grabarse en la mente hasta el último detalle. Sería su traje de bodas, muy diferente del que había imaginado en Nueva Orleáns, tanto como el extraño rito al que pronto se sometería. Sin embargo, si alguien le hubiera dado a elegir entre esas ropas y el vestido de bodas de su madre, adornado con sus perlas diminutas y su encaje de Bruselas, Storm habría preferido ese atuendo indio. Era el estilo comanche, el sendero que había escogido para su vida.

Se pasó cuidadosamente la blusa por la cabeza; luego se puso la falda, alisando las arrugas hasta que el ruedo desigual, característico de las mujeres comanches, llegó graciosamente hasta el suelo; los largos flecos susurraban con suavidad cuando ella se movía. Se ató las prendas a la cintura y agregó el peplo, un corselete que escondía el tiento. Había también dos paneles de cuero blanco que se usaban sobre la falda, adelante y atrás. Estaban teñidos con un intrincado diseño de eles invertidas en azul oscuro; cada una simbolizaba un honor de guerra que Wolf hubiera ganado en el pasado. Storm se enorgulleció de que fueran tantas, pues su número indicaba la bravura de su esposo en la batalla; cuantos la vieran sabrían que Wolf había contado muchas muertes. Como era invierno, agregó perneras del mismo color, que se usaban bajo la falda.

Después de vestirse se desató el pelo para cepillarlo y volvió a peinárselo en dos trenzas pulcras. Se rodeó la frente con una estrecha cinta de cuero blanca, tan minuciosamente trabajada como el resto del conjunto y con una sola pluma puesta hacia abajo. Calzaba botas de suave cuero blando con flecos y adornos similares.

Por fin Storm terminó.

Había llegado la hora. Salió silenciosamente del tipi. Wolf la esperaba ante la fogata central. Sola, sin cortejo, caminó hacia él. Wolf la tomó de la mano y giró hacia su gente.

-Ante el Gran Espíritu, el Padre Sol y la Madre Luna, y ante vosotros, el Nermemuh, el Pueblo, reclamo a esta herbi como mi paraibo -dijo. Luego sacó su cuchillo para abrir un tajo en la palma de Storm y otro en la suya; ambos unieron las manos para que la sangre se mezclara. -Ap' mío -agregó, arrodillándose con reverencia ante Tabenanika y arrastrando a la muchacha consigo-: ¿nos darás tu bendición?

Lentamente, el puhakut comenzó a cantar, agitando su calabaza y entonando palabras comanches tan antiguas que Storm no pudo entenderlas. Por fin les indicó que se levantaran.

-Tua mío: ¿recuerdas la visión que te proclamó tenap, la tormenta que se abatía sobre la tierra de fuego y traía al segundo lobo, para que curara al primero?

-Sí, ap' mío, recuerdo.

Tabenanika emitió un breve sonido de aprobación.

-Es bueno que el hombre sepa que ha hallado el destino buscado. He mirado en tu espíritu, tua mío. Está curado. Esta herbi, tu paraibo, lo ha lavado y está limpio. Desde este día en adelante se la conocerá con el nombre de Ojos Como Lluvia de Verano, hermana del Pueblo. Id en paz, Hermano del Lobo y Ojos Como Lluvia de Verano. Que el Gran Espíritu camine a vuestro lado y os dé fuerzas. Yo, Tabenanika, he hablado.

-Está hecho, paraibo -le dijo Wolf, suavemente-. Ahora ningún hombre podrá separarnos. Ven, mi esposa india, pues compartiré tus mantas para reclamarte de otra manera, mucho más antigua que esta de los comanches.

Storm supo quiénes eran mucho antes de que los hombres llegaran al campamento invernal de los Kwerharehnuh. Fue como si algún extraño presentimiento le hubiera advertido que venían. Trémula de aprensión, los vio avanzar por los cañones hasta los altos barrancos de Palo Duro y Tules, como un ejército de hormigas negras contra la nieve que se apretaba sobre Llano Estacado. Cuando estuvieron casi en el campamento, ella se volvió con el corazón acelerado para correr hacia el tipi que compartía con Wolf.

¡Venía Gabriel! Ni siquiera a la distancia podía dejar de reconocer esa melena flamígera, la fiera barba y el bigote. ¡Oh, Dios! ¡Había viajado hasta allí por ella! Se cubrió la cara con las manos, llorando en silencio. Oh, ¿por qué no la dejaba en paz? ¿No comprendía que ella no lo quería?

Los ojos de Wolf se entornaron al estudiar el pequeño grupo que se había detenido a algunos metros del campamento.

-Gabriel North. -Pronunció el nombre en voz alta, con un bramido de ira y disgusto.

Aun así había en sus ojos un placer extraño, como si lo hubiera desafiado a combate un enemigo cuya sangre ansiara y estuviera saboreando ya el triunfo.

Hubo algunas discusiones entre los hombres. Por fin se adelantaron los dos exploradores indios que los acompañaban. No había miedo en sus caras estoicas, pues eran comanches, miembros de la banda Itehta'o, a juzgar por su aspecto.

"El cabrón es astuto", pensó Wolf. "si no fuera por esos dos, a estas horas estaría muerto. Me gustaría saber cómo logró convencerlos para que buscaran el rastro."

Uno de los exploradores indios interrumpió sus cavilaciones diciendo: -Hihites, haints. Soy Nayia, de los Itehta'o. Este es mi hermano chikobe. Venimos en paz y traemos presentes para nuestros hermanos, los Kwerharehnuh. Buscamos al pariabo conocido como Ekakura.

-Ekakura soy yo. -El jefe de paz de la familia se adelantó fríamente. - ¿Cómo es que nuestros hermanos, los Itehta'o, cabalgan con los Ojos Blancos y los conducen al campamento invernal de los Kwerharehnuh?

-El tabeboh nos ofreció muchos palos de fuego y municiones. Vienen en paz -repitió Nayia-, con una misión de gran importancia para el jefe blanco, Pelo de Fuego. Piden conferenciar con el poderoso Ekakura, cuyos bravos golpes como guerrero del Pueblo son conocidos en toda la Comanchería. Ellos son pocos; vosotros, muchos. Traen regalos para los Kwerharehnuh -insistió-. ¿Qué daño puede haceros escuchar? Si os disgustan, matadlos. No han traído consigo Soldados Azules.

-Muy bien. -Ekakura asintió, por fin.- Que se acerquen.

Gabriel miró disimuladamente el campamento mientras marchaba hacia el tipi de Ekakura, pero no vio señales de Storm. ¡Esa perra! ¿Cómo se atrevía a esconderse de él? Tenía la certeza de que ella estaba allí; así se lo habían dicho los comancheros que él y sus hombres habían encontrado en las planicies nevadas, creyendo que serían recompensados por la información. Pero Gabriel no les dio nada, pues por entonces la noticia ya era vieja. Sólo el que llamaban Aguila no había dicho nada sobre la muchacha, limitándose a aconsejar a Gabriel y a sus hombres que tuvieran la prudencia de regresar. Gabriel no le había hecho caso, por supuesto; era uno de esos inútiles bandoleros mexicanos, sin lugar a dudas.

En el tipi de Ekakura hacía calor. Gabriel esperó hasta que el pariabo le hizo señas de que se sentara. Entonces se dejó caer al suelo, cruzando con dificultad las gruesas piernas musculosas, a la manera india. Se quitó los guantes, soplando en sus dedos helados para revivirlos, y luego los estiró con gratitud hacia el fuego, mientras sus hombres empezaban a desempacar lo que traían para los comanches. Pronto hubo montones de cuentas, mantas, cuchillos, armas y municiones esparcidas en la tierra. Ekakura contempló los regalos en complacido silencio. Sacó su pipa, la llenó con algo del tabaco que Gabriel le ofrecía y, después de encenderla, pitó sobriamente. Cuando la entregó al tabeboh, Gabriel pitó también varias veces y pasó la pipa al siguiente en el círculo.

Por fm Ekakura habló:

-Has viajado por dos lunas hasta La Tierra del Pueblo, tú al que llaman Pelo de Fuego, y hasta traído muchos bellos regalos a los Kwerharehnuh. ¿Qué buscas a cambio de tu audacia y tu

generosidad?

-Busco a una mujer, oh poderoso jefe de paz de los Kwerharehnuh: a la mujer con la que iba a casarme. La diligencia en la que ella viajaba hacia mi rancho fue asaltada y unos forajidos, Ojos Blancos malos, la tomaron prisionera -explicó Gabriel, mientras Nayia y Chikoba traducían-. De algún modo logró escapar de ellos. Ahora pertenece a otro, uno de tu pueblo al que llaman Lobo.

Los ojos oscuros de Ekakura centellearon.

-Sí, hay entre nosotros alguien a quien los Ojos Blancos y los mexicanos conocen por ese nombre. Es hermano del Lobo, hijo de nuestro puhakut, Tabenanika. ¿Es su mujer la que buscas?

-Sí, gran jefe de paz. He venido a negociar su regreso a los suyos, los Ojos Blancos. Me había sido prometida y su lugar no está entre los comanches. Lo sabes, sin duda.

Ekakura gruñó, impasible.

-No soy yo quien debe decir eso, Pelo de Fuego. Esta mujer por la que preguntas es la esposa de Hermano del Lobo. Es él quien debe decidir si la dejará ir contigo. Atacante de la Luna, tua mío, ve y trae a tu hermano hasta mi tipi.

-Sí, ap'.

Wolf estaba esperando la convocatoria de Ekakura. No lo sorprendió que su hermano Atacante de la Luna lo llamara desde afuera y entrara a su vivienda.

-Hihites, hermano mío, mi padre te pide que vayas de inmediato a su tipi. Hay un asunto que los Ojos Blancos quieren discutir contigo.

Wolf se levantó con un gesto afirmativo, echando una mirada tranquilizadora a Storm antes de seguir a Atacante de la Luna hasta la vivienda de Ekakura. Levantó la solapa y se detuvo deliberadamente a la sombra de la entrada, antes de entrar a suaves pasos de pantera para sentarse cruzado de piernas ante el fuego, a la derecha de Ekakura.

-He venido, ap', en respuesta a tu llamada. ¿Qué deseas de mí?

El jefe de los Ojos Blancos, al que llaman Pelo de Fuego, quiere hablar contigo, tua mío. Pregunta por tu paraibo, Ojos Como Lluvia de Verano.

Wolf se volvió lánguidamente hacia Gabriel North; su semblante moreno no revelaba los pensamientos que corrían por su mente al estar tan cerca del odiado ranchero. Gabriel no esperaba, por cierto, encontrarse con un mestizo tan alto y esbelto, capaz de observarlo con tan fría arrogancia y una leve sonrisa burlona en las comisuras de la boca. Los gélidos ojos azul medianoche parecieron penetrarle hasta el alma misma; pese al calor de la fogata, Gabriel se estremeció apenas. En ese pagano había algo que le importunaba. No le gustaba, no le gustaba ni un poquito.

-¿Eres el pistolero Lobo? -preguntó.

-Algunos me llaman así, en efecto -concordó Wolf en perfecto inglés, para sorpresa del ranchero.

Claro que, al fin y al cabo, el hombre era mestizo; tal vez era de esperar que dominara así el idioma. Gabriel hizo saber que ya no hacían falta los intérpretes; Nayia y Chikoba bajaron la voz, traduciendo en tono apagado sólo para beneficio de los otros comanches presentes, que en su mayoría no hablaban inglés.

-¿Posees a una mujer llamada Storm Lesconflair?

-Entre los míos se llama Ojos Como Lluvia de Verano -respondió Wolf-. Y es mi esposa.

-Así me lo ha dicho el jefe de paz de tu familia. Esa mujer me pertenece. Me fue prometida como esposa. No sé cómo llegaste a tenerla, pero estoy dispuesto a negociar contigo para que me la devuelvas. Ponle un precio y te será pagado.

-Ya te lo he dicho: la mujer que buscas es mi esposa. No importa cómo llegó a mí. Es mía y no quiero venderla.

-Te daré por ella cien palos de fuego y municiones por ella, y otros tantos barriles de agua de fuego -ofreció Gabriel, con insultante ignorancia, sin comprender que algunas cosas no podían comprarse con dinero-. Sin duda es más de lo que vale. Después de todo, para ti es sólo una squaw.

- No prestas atención, Ojos Blancos -señaló Wolf suavemente, en voz baja y engañosa en su suavidad. Quienes lo conocían bien comprendieron que estaba conteniendo la ira, pues los comanches no usaban la palabra "squaw", deformación hecha por los blancos de una palabra empleada por los indios de la costa Este. -Mi esposa no está a la venta por ningún precio.

-¡Maldito mestizo cabrón! -escupió Gabriel, perdiendo estúpidamente los estribos.

Y se arrojó contra Wolf a través de la fogata.

De inmediato Atacante de la Luna y Soldado Loco sujetaron al ranchero, presionándole los puñales contra el cuello, mientras sus compañeros indios hacían otro tanto con los otros blancos. Todos se humedecieron los labios, nerviosos, mirando a Gabriel con ojos dilatados por el horror. Por un terrible momento el aire estuvo tenso como cuerda de arco. Gabriel, que se consideraba hombre importante, no podía comprender su peligro. ¿Cómo se atrevían esos demonios incivilizados a amenazarlo?

-Matadnos y todo el ejército de Estados Unidos se encargará de castigaros -barbotó-. Seréis masacrados como ganado.

-La mujer que buscas será una de las masacradas por tus Soldados Azules -observó Wolf sin preocuparse, con sentido práctico.

Los dos hombres se miraron sin flaquear, duros los ojos, comprendiendo que habían llegado a un punto muerto.

"Soltadlo, hermanos míos. -Wolf hizo un gracioso movimiento con la mano. -El y sus hombres vinieron en paz y han fumado la awmawtawy con nuestro pariabo. Es un jefe de gran importancia entre los tejanos y, por motivos particulares, quiero que siga con vida. Ara -dijo, mirando a Masitawtawp, ya aflojada la tensión-, que Ojos como Lluvia de Verano venga al tipi de Ekakura. De sus propios labios sabremos si desea o no irse con este... narabuh.

Los comanches rieron ante la despectiva palabra. Gabriel, aun sin saber qué significaba, captó la intención. Su semblante furioso tomó un tono rojo abigarrado y estuvo a punto de ahogarse de ira. Por Dios, si salía vivo mataría a ese maldito pistolero hijo de puta, aunque fuera el último acto de su vida.

Cuando apareció el tío de Wolf, Storm estaba paseándose por el suelo apisonado de su vivienda.

-¡Masitawtawp! -Corrió hacia él con un leve sollozo.- ¿Qué está ocurriendo?

-Nada que deba preocuparte, pequeña, si en verdad amas a mi ara como has dicho -respondió él suavemente, pues había llegado a amar mucho a la esposa de Wolf. Era comanche en espíritu, aunque no llevara su sangre. Su sobrino había elegido bien, en verdad. -Ven, Ojos Como Lluvia de Verano, que Hermano del Lobo pide por ti.

Como Storm había previsto que la mandarían llamar, tenía puesto su atuendo de bodas, el mejor que poseía. Se envolvió en la manta de búfalo albino que su esposo le había regalado (uno de los dos que matara en su vida) y siguió a Masitawtawp hasta el tipi de Ekakura, haciendo con las botas suaves ruidos en el suelo helado.

Cuando entró en la vivienda, detrás de Masitawtawp, Gabriel la miró con incredulidad, pues no estaba preparado para encontrarla tan cambiada; su nuevo aspecto lo dejó atónito. ¡Parecía una salvaje! La cascada de rizos revueltos, dividida en el centro, estaba peinada en dos gruesas trenzas que se apoyaban en sus pechos y llegaban hasta las caderas. Vestía blusa, falda y perneras de piel de venado. ¡Hasta llevaba un tiento alrededor de la frente y flecos en las botas! Después de su impresión inicial empezó a notar otras diferencias. Aunque la muchacha aún era delgada, sus curvas se habían redondeado con una plenitud madura y excitante, que antes no tenían; la inocencia aniñada de sus ojos había desaparecido para no volver.

"iDios mío! No sólo se ha acostado con ese maldito mestizo", comprendió súbitamente, "sino que le ha hecho un hijo." Estaba seguro.

Tras arrojar un discreto vistazo al ranchero texano, Storm avanzó sin llamar la atención y fue a sentarse en la parte izquierda del tipi, como correspondía a una mujer comanche. El corazón le latía en el pecho con demasiada celeridad y su pulso se estremecía en el hueco de la garganta. Ese era el hombre con quien habría debido casarse, a no ser por Wolf. Era el hombre que había vuelto a André-Louis contra ella, arrebatándola de su hogar y provocando la muerte de su bienamada Mammy. Ese era el hombre que la había arrojado a los brazos de Wolf, alterando para siempre el curso de su vida.

"Gabriel no ha cambiado", pensó: "es tan estúpido y perverso como siempre. Oh, ¿por qué tuvo que venir y qué quiere de mí?"

-Paraibo -dijo Wolf, observando con atención su rostro inclinado hacia abajo-: ¿conoces a este Ojos Blancos, a quien los Itehta'o llaman Pelo de Fuego y los tabeboh, Gabriel North?

-Sí, kumaxp mío -replicó ella, en voz tan baja que él casi no la oyó. -¿Es cierto que le fuiste prometida por esposa? -Sí.

-¿Pero el matrimonio no se efectuó?

-No.

-¿Por qué?

Storm levantó hacia su esposo una mirada extraña y confundida.

-Tú sabes la respuesta a eso, kumaxp mío. ¿Por qué preguntas, pues?

-Quiero que me lo digas otra vez, para que los presentes sepan la verdad de este asunto.

Lentamente, con voz desprovista de toda emoción, Storm comenzó por el principio, como lo había hecho tantas noches antes, en la pradera texana, y relató la historia de cómo había llegado a comprometerse con Gabriel North y por qué acabó casándose con Wolf. Al terminar hubo silencio en el tipi. Gabriel carraspeó, incómodo en la callada quietud, lamentando que sus hombres hubieran escuchado el relato, porque en verdad lo dejaba muy mal parado. Obviamente, la muchacha todavía lo odiaba, pero era suya y estaba decidido a llevársela.

-Usted la ha pasado muy mal, señorita Lesconflair -observó, haciendo girar de prisa las ruedecillas de su cerebro en busca del mejor modo de convencerla-. Sin embargo, quiero hacerle

saber que no la culpo por lo ocurrido. Es joven y ha cometido errores. Tal vez yo también. Pero aún pienso que usted es la joven más bonita a este lado del río Grande. Quiero que venga conmigo a Tierra Rosa. Nos casaremos tal como estaba planeado. ¡Por el amor de Dios, señorita Lesconflair! juró súbitamente, al notar que ella no respondía-. ¡Usted es blanca! ¡Este no es su lugar!

Entonces ella levantó la cabeza para mirarlo. ¡Oh, Dios, sus ojos! Eran como bruma, como volutas de gris que lo incitaban, lo provocaban y lo eludían con destreza, dejándolo perdido entre sus sombras asediantes. ¡Y su boca! ¡Oh, Cristo, qué boca! ¡Qué cosas deseaba hacer con esos labios invitantes, como botones de rosa, que temblaban apenas en las comisuras! Con sólo pensarlo se endureció su virilidad. Esa mujer tenía que ser suya, cualquiera fuese el precio.

-Se equivoca usted, Monsieur North. Este es justamente mi lugar.

-Vea, señorita Lesconflair -gruñó él, pues empezaba a enojarse otra vez-: teníamos un trato. He gastado mucho dinero en usted y su familia. Por si lo ha olvidado, aún tengo varios pagarés de su tío -agregó, amenazador-. Le sugiero que recoja sus cosas y se prepare para salir de aquí.

-Mi tío nunca se preocupó por mí; ¿qué obligación tengo yo de venderme para protegerlo? Le digo que no. Ya no soy una muchacha confusa y desdichada, como antes. Oh, de nada serviría tratar de explicárselo, Monsieur North -afirmó con seca impaciencia, al reconocer que él no captaba lo que ella estaba diciendo-. No podría comprender ni en un millón de años. No regresaré con usted.

Se fue antes de que el ranchero tuviera tiempo de protestar, de entender que ella había tomado una decisión en contra de él. Estupefacto, miró a sus hombres, sin poder aceptar que había viajado hasta tan lejos sólo para ser rechazado. ¡El, Gabriel North, uno de los rancheros más ricos en el estado de Texas!

Se levantó de un salto.

-¡No, no puede hacerme esto! -chilló.

Trató de seguirla, pero los comanches lo retuvieron, mostrándose hostiles una vez más.

-Ya tienes tu respuesta, narabuh -se burló Wolf, fríamente-. Ahora llévate a tus hombres y vete mientras puedas.

~¡Ya pagarás por esto, bastardo! Por Dios que te lo haré pagar, maldito ladrón. No eres más que un salvaje, ¡peor aun! Te perseguiré hasta matarte, condenado mestizo pagano, aunque sea lo último que haga en mi vida.

-Bueno, mientras me buscas, recuerda con quién comparto mis mantas -lo desdeñó Wolf. Luego escupió justo entre los pies de Gabriel-. Mira cómo me preocupas, narabuh.

-¡Vuelve aquí, cabrón! ¡Vuelve y pelea como hombre, maldito hijo de puta! -aullaba Gabriel.

Pero Wolf, sin prestarle ninguna atención, se alejó a grandes pasos. Si no se alejaba pronto, temía acogotar al ranchero a mano limpia.

El corazón le latía tan horriblemente en el pecho que parecía a punto de reventar. Hasta las manos le temblaban por el odio terrible que le circulaban por las venas, devorándolo vivo. Lo envolvían oleadas de náusea. Por un momento espantoso temió desmayarse.

"Lo voy a matar, lo voy a matar", rabiaba, ciego.

Pero aun al concebir ese pensamiento brutal, Wolf supo que no podría hacerlo en ese lugar ni en ese momento. Asesinar a Gabriel North sería firmar la condena a muerte de los quince hombres que lo acompañaban. Una masacre como esa haría que el ejército norteamericano cayera sobre los Kwerharehnuh como patos sobre los insectos en el verano, y Wolf no quería cargar también con la sangre del Pueblo. Por demasiadas muertes tendría que rendir cuentas algún día, cuando se encontrara ante el Gran Espíritu.

Aspiró hondo, tratando de calmarse antes de entrar en busca de Storm.

Ella estaba acurrucada en la cama, llorando. Sin decir palabra, él la tomó en sus brazos para estrecharla con fuerza, meciéndola para tranquilizarla.

-Oh, Wolf, lo siento, lo siento mucho -sollozó la joven-. Nunca... nunca pensé que me buscaría, que vendría por mí después de tanto tiempo. Sainte Marie -gimió, volviendo al francés como cada vez que se ponía nerviosa-, Sainte Marie, ¿qué vamos a hacer? Es tan rico, tan poderoso... Jamás me dejará en paz, lo sé.

-Calla, pequeña, calla. Todo está bien. Todo saldrá bien, te lo prometo. No debes alterarte así, Storm. Es malo para el bebé.

Obediente, ella trató de cortar el raudal de lágrimas y logró esbozar una trémula sonrisa.

-Así me gusta.

-Volverá, Wolf. Con más hombres. Bien lo sabes.

-No, Storm, no volverá. Después de lo que ha ocurrido hoy, le costará conseguir que algún tonto se enfrente al Llano Estacado y al Pueblo. Todos podrían haber muerto, ¿sabes? Habría bastado con que yo diera una señal. -¿Y por qué no lo hiciste?

-No lo dices en serio, pequeña. Yo puedo matar, pero no soy un asesino. -Lo sé. Perdona.

¿De veras crees que nos dejará en paz?

Wolf suspiró. No quería asustarla, pero tampoco darle demasiadas ilusiones.

-No. Lo hemos hecho pasar por tonto, Storm. Ese hombre no perdona ni olvida. No descansará hasta vengarse de nosotros.

-iMon Dieu!

-Eh -exclamó él, levantándole la cara mojada de lágrimas-, hasta ahora te he protegido bien, ¿no? Para llegar hasta ti tendría que matarme, pequeña. Y matar es lo que mejor hago, ¿no te parece?

-No. Lo que mejor haces es amar. Abrázame, Wolf pidió ella, susurrante-. Hazme el amor. Quiero saber que eres mío por un ratito más.

Con los ojos oscurecidos por la pasión y el tormento, él la tendió en las untas y la poseyó fieramente, desafiando a Gabriel North a interponerse entro ellos.

Storm pasó todas esas largas noches invernales protegida entre los fuertes brazos de Wolf, adormecida en una falsa seguridad. Decidió que Gabriel no tenía intenciones de llevar a cabo esas terribles amenazas. Había hecho inútilmente un viaje largo y agotador; estaba cansado, furioso y muy desilusionado; eso era todo. Ella le había visto leves arrugas de tensión en los ojos pardos; parecía más viejo, más flaco. Una vez que pasó la impresión inicial, Storm descubrió que casi le tenía lástima. Era un hombre orgulloso y ella lo había rechazado. Desde luego, el hombre había querido desquitarse. Pero ya no, sin duda. Storm había ganado. Y se dedicó de lleno a su trabajo, apartando de su mente a Gabriel North.

Participó en la cacería invernal de búfalos, avanzando a duras penas por la nieve, junto con El Pueblo, en extraños artefactos que Wolf llamaba "zapatos de nieve", ideados para no caer en acumulaciones traicioneras. Sus gritos de "A:hehí Lo reclamo!" se entremezclaron a los otros, cada vez que ella se adelantaba, con las otras mujeres, para tomar posesión de algún búfalo que Wolf hubiera matado con su arco y sus flechas.

A diferencia de los blancos, que con frecuencia arrancaban las pieles y dejaban podrir las reses en la pradera, los comanches no desperdiciaban un solo pedazo de las bestias que mataban. Los sesos y los intestinos delgados eran cocinados de inmediato, pues no se podían conservar, y comidos en celebración de la cacería. Las pieles y la carne, que se podía secar en el campamento, se cargaban en trineos, junto con los huesos de los animales. Sólo dejaban los corazones sembrados en el suelo nevado, pues los indios creían que de esas ofrendas surgiría un nuevo hato.

En el trayecto de regreso Storm estaba cansada y con frío, pues el trineo estaba colmado y ella se veía obligada a caminar. Wolf le prestaba todo el apoyo posible, en tanto guiaba al tiro de perros enganchados al trineo, sin que le importara la callada diversión con que lo miraban los otros hombres. De cualquier modo, nadie se burló de la pareja, pues Storm se había ganado la simpatía y el respeto de todos. Si bien no estaba todavía a la altura de sus propias mujeres, trabajaba mucho y rara vez se quejaba. Lo más importante era que había dado felicidad a Hermano del Lobo, que por fin retornaba a los vverharehnuh.

Todos esperaban satisfechos la primavera; ese año de 1849 llegó tarde a las planicies de Texas. La estación de los nuevos comienzos se deslizaba lentamente por el territorio, como temiendo que su predecesor regresara para expulsarla. Sólo el gradual deshielo y los brotes verdes que asomaban con valor aquí y allá demostraban que, hacia mayo, había llegado la primavera.

Por entonces Storm estaba en el quinto mes de embarazo; aunque las descomposturas iniciales habían quedado muy atrás, la espalda empezaba a dolerle como nunca. Al caminar se sentía tan torpe como si tuviera puestos los zapatos de nieve; sólo la chispa de deseo que oscurecía los ojos de Wolf, cada vez que se posaban en ella, le impedían sentirse fea y sin gracia.

Tal como él le había advertido, con la llegada de la primavera los kwerharehnuh abandonaron el campamento de invierno, en las alturas de Palo Duro y Tules, para volver a las praderas y a las suaves colinas. Sin embargo, Wolf no hablaba de abandonar al Pueblo; a Storm la complacía que respetara sus deseos de establecerse. La trataba muy bien; parecía comprender sin preguntar los efectos del embarazo en su temperamento, que pasaba del malhumor o la sensibilidad a los caprichos y las lágrimas. Por la noche, después de hacer el amor, la estrechaba contra sí, le cepillaba la cabellera negra y masajeaba sus músculos doloridos, susurrándole al oído palabras sedantes. En la intimidad del tipi, aliviaba su carga efectuando personalmente muchas de las tareas que los comanches consideraban cosas de mujeres. También alegraba sus días de otras maneras, trayéndole pequeños regalos. Cierta vez fue una cuchara tallada por él, sabiendo lo mucho que en secreto le disgustaba comer con las manos. Con frecuencia Storm encontraba sobre sus mantas, al despertar, una cinta nueva para el pelo o un hermoso collar de cuentas. Le costaba creer que esos pequeños tesoros fueran creación de Wolf, pero sabía que él los fabricaba en secreto, para que los otros guerreros no se rieran de él. Sólo La que Busca Sabiduría sonreía para sus adentros, al ver los objetos, adivinando que eran regalos de Wolf y no obra de Storm, pues la madre reconocía los diseños que ella había enseñado a su hijo tantos años antes. Pero no decía nada a nadie, para no herir el orgullo viril de Wolf.

Tanto ella como su hermana, Mujer del Viento fuerte, se tomaban grandes molestias para cuidar de que Storm no trabajara demasiado; también la protegían de los males que, según sus creencias, podían afectar a una embarazada, dañando a su hijo.

-Debes tener cuidado, Ojos Como Lluvia de Verano, de no mirar a un conejo cara a cara, o tu tua puede nacer con orejas largas -aconsejaban a la muchacha, con solemnidad.

A Storm se le contraía la boca, pero no reía, comprendiendo que ellas eran sinceras en sus advertencias.

-¡Alee, pabi! -chillaba La que busca Sabiduría-. Nuestro indigno tua ha olvidado las plumas de cuervo para la cuna de su hijo.

-iHu! Tienes razón, hermana mía -reconocía Mujer del Viento Fuerte, frunciendo el ceño-. Hablaré con él de inmediato, no sea que nuestro nieto sufra alguna desgracia.

Wolf fue debidamente castigado; obtuvo las plumas de cuervo y las puso cuidadosamente alrededor de la cuna. Storm dijo que parecía un casco de guerra.

-Así debe ser -respondió Mujer-del-Viento-Fuerte-. Tu hijo se convertirá al crecer en un guerrero valiente y feroz, como su padre. ¿No es ese tu deseo, Ojos como Lluvia de Verano?

-¡Sí, oh, sí! Quiero que sea igual que Wolf. Pero ¿cómo sabes que va a ser varón, madre de mi esposo?

-¡Alee! -chillaba La-que-Busca-Sabiduría-. ¡El primero de tus pequeños debe ser un hombrecito, por supuesto! ¿Cómo no? ¿Acaso tu kumaxp no es un potro entre las mantas?

Storm se ruborizó furiosamente ante la desenvuelta pregunta.

-Bueno, sí -admitió por fin-. Pero Wolf amará a este hijo aunque sea niña. Así me lo ha dicho.

-Tal vez, pero de todos modos se desilusionaría -observó Mujer del Viento Fuerte-. Siempre pasa. Si el ona es una niña, anunciarás suavemente a tu kumaxp: "Ersamopma. Es una niña" -explicó a Storm-. Pero si el ona es varón, dirás a tu kumaxp, en voz alta y con orgullo: "Eh-haitsma. Es tu íntimo amigo." Tal es la costumbre del Pueblo, Ojos como Lluvia de Verano.

Storm asintió.

-Todo se hará como habéis dicho, madres de mi esposo. Lo prometo. -Bien -repitió Mujer del Viento Fuerte, parca-. Mi tua ha elegido bien a su paraibo. Ven. Basta de seriedad. Busca a La-que-ríe-como-arroyo-de montaña, hermana mía, y jugaremos juntas al juego de la lezna.

Gabriel había abandonado el campamento de los kwerharehnuh al galope furioso, con la boca convertida en una apretada línea de ira. ¡Nunca en su vida se había enojado tanto! ¿Cómo se atrevían esa Storm Lesconflair y ese sucio mestizo a dejarlo cómo tonto ante sus hombres? ¿Cómo osaba la muy ramera desdeñarlo, con todo cuanto él le ofrecía y pese a su cuerpo impuro, por un salvaje que no era nadie ni tenía nada? ¿Cómo podía rechazarlo, la muy zorra, tal como lo había rechazado todo el Sur? Era insoportable y Gabriel no lo soportaría. Al fin y al cabo, había sabido abrirse paso en el mundo, pese a había sido desheredado por su padre, creando un imperio por el que cualquier mujer habría caído de rodillas, implorando que él la tomara por amante. El había tenido todas las que habría podido tener, él quería a Storm Lesconflair y estaba allí dispuesto a tenerla, a cualquier precio. Sí: sería el dueño de la mujer que representaba a todo lo que el Sur le había negado; antes de acabar con ella latfa humilde y humillada, de rodillas. ¡Ramera orgullosa! Sería el golpe de gracia contra todo lo que ella simbolizaba. Llegado el verano, tras la cría de-vera y la yerra de su vasto ganado, reuniría una vez más a sus hombres para atacar a los kwerharehnuh y recuperar lo que le correspondía por derecho.

- -Ishatai, Padoponi, Herkiyani -llamó Storm a los niños, que estaban jugando a nanip'ka, versión comanche de las escondidas-: no os alejéis mucho del campamento. Atacante de la Luna, vuestro padre, ha dicho que se ha avistado a indes apaches en esta zona; ya sabéis que son mucho peores que Sehkw sit-Puhitsit o Piamennpits. Storm disimuló una sonrisa al mencionar a los Hombres de Barro y al Gran Búho Caníbal, los cucos con que los comanches asustaban a sus hijos cuando se comportaban mal.

-Oh, Ojos como Lluvia de Verano... los indes no nos atacarán, ¿verdad? -La hermosa carita de Herkiyani se arrugó como a punto de llorar.

-Claro que no, naibi tonta -replicó Ishatai, desdeñoso, pavoneándose un poco-. ¿No es El Pueblo el más poderoso de todos los que vagan por las vastas planicies de la Comanchería? ¿No es tu padre un guerrero valiente y feroz? Los indes son cobardes. No se atreverán a atacar nuestro campamento. Y si lo hicieran, yo los mataría, les arrancaría el cuero cabelludo y contaría muchas muertes. -El niño blandió amenazadoramente una lanza imaginaria.

-¡Y yo, lo mismo! -intervino Padoponi, agregando su desafío al de su hermano-. No tienes nada que temer, Herkiyani. -De pronto su atención se desvió del posible ataque apache.- ¡Mirad, mirad! Es Kusehtehmini. ¡Atrapadlo, rápido! ¡Atrapadlo! Debemos llevárselo inmediatamente a ap'.

Los niños corrieron apresuradamente tras el sapo cornudo, que se alejaba a saltos por la maleza, presintiendo que el encarcelamiento estaba próximo. Padoponi se arrojó hacia la bestia y

cayó boca abajo en el polvo.

-¡Lo tengo! -croó, triunfal.

El y sus hermanos corrieron hacia el campamento, victoriosos, llamando a gritos a su padre. ¡Esa era medicina grande, sí!

Storm meneó la cabeza, riendo, al verlos correr hacia los tipis. Los comanches creían que el sapo cornudo les indicaría dónde estaban los hatos de búfalos. Si era cierto, partirían en la primera cacería grande de la nueva temporada. Siempre sonriendo y balanceando sus sacos de agua, Storm continuó hacia el arroyo. Algún día su hijo estaría entre quienes jugaban a nanip'ka y perseguían a Kusehtehmini. La muchacha apoyó una mano en el vientre; el bebé comenzaba a patalear.

-Ah, pequeño mío -dijo con suavidad-. Serás tan temerario como los otros, ¿verdad?

La primavera ya estaba en plena flor sobre la tierra. Storm contempló las suaves lomadas a la distancia, donde pastos duros y mesquites achaparrados ondulaban al viento, donde las coloridas flores de los cactos brillaban como manchas de pintura contra la arcilla roja y la arena dorada. El arroyuelo burbujeante en cuyo ribazo se arrodilló reflejaba la interminable amplitud de un cielo de azur. Las nubes, como algodón de azúcar, avanzaban con la brisa; un maduro sol amarillo observaba sus dominios con el primer calor de la temporada. El agua estaba fría, legado de la nieve que se había fundido algo antes. Storm se estremeció un poco al sumergir los sacos en el arroyo.

En cierta oportunidad levantó la vista, intranquila por la sensación de que la estaban observando, pero no vio a nadie. Aun así apresuró la tarea, pensando en los indes apaches; de pronto lamentaba haber ido sola por agua. Cuando estaba atando el tiento del último saco, alguien la asió reciamente desde atrás. Una mano fuerte le cerró la boca, para apagar sus gritos. La arrastraron a la maleza cercana y la arrojaron al suelo. La muchacha levantó los ojos aterrorizados hacia su captor, suponiéndose robada por una banda de apaches.

-¡Caminante del Fuego!

La miraba con lasciva crueldad, los ojos llenos de hambre y odio. Cuánto había esperado ese momento. Meses, había esperado, observando a la esposa de Hermano del Lobo, deseándola, deseando sentir cómo se debatía contra él, deseando clavarle el cuchillo en la carne al terminar con ella. Había esperado, sí. Y ahora sería suya. La haría suya, usándola, y después la mataría. Una vez más, Hermano del Lobo tendría que llorar la muerte de un ser amado, cortándose el pelo y tájeándose la piel; tendría que derramar lágrimas amargas por otra esposa... y por otro hijo que jamás vería la luz. Sí, Caminante del Fuego volvería a tomar venganza por aquel día, tantos años antes, en que Hermano del Lobo lo había avergonzado delante del Pueblo.

Caminante del Fuego sacó lentamente el acero. Esa mujer no era como Bienamada de la Selva, que había llorado en silencio, temblando bajo él, implorándole por su vida y la de su hijo. No: esta mujer se resistiría sin suplicar misericordia. Se le veía en los ojos de humo.

Tenía razón. Storm no esperó a que él le cayera encima. Sabía lo que él buscaba. Había visto antes esa expresión en los hermanos Barlow. Con una pequeña exclamación, una vez recobrada de la sorpresa inicial, levantó el saco de agua que aún tenía en la mano y golpeó con ella a Caminante del Fuego, en plena cara. Las costuras del recipiente estallaron, cegándolo con el agua que brotó de pronto. Por un momento breve él quedó aturdido por la fuerza del golpe, pues no había calculado la fuerza de la muchacha. La buscó a tientas, entre gruñidos iracundos, en tanto ella se apartaba rodando; las extrañas prendas interiores que usaba lanzaban destellos blancos bajo el ruedo desigual de la falda. El la sujetó por un tobillo y tiró de ella hacia atrás, sin darle tiempo a levantarse. Storm lo pateó con el pie libre, golpeándolo de lleno en el pecho. El la soltó para incorporarse sobre las rodillas, aspirando bruscamente. Un momento después, Storm había desenvainado un cuchillo amenazador del peplo que llevaba a la cintura. iHu! ¿Dónde había aprendido ella esas triquiñuelas? En verdad era como si la poseyeran espíritus malignos. Se movieron cautelosamente en círculos, lanzándose puñaladas y esquivando; la muchacha estiraba los labios en una mueca casi feral. Sin embargo, el embaMm la entorpecía. Pronto se encontró una vez más tumbada de espaldas, forzando desesperadamente con Caminante del Fuego, los pechos sacudidos el jadeo. El le sujetó la muñeca y se la golpeó contra la tierra hasta hacerle soltar el cuchillo. Luego le inmovilizó los brazos por encima de la cabeza y rió la afilada punta de su acero contra el cuello de la muchacha. -No grites, herbi - gruñó como advertencia, entre dientes apretados. Storm lo fulminó con una mirada silenciosa; el odio hacía astillas de sus grises.

Bastard!-escupió en francés, olvidando que el comanche no comprendería-. ¡Sucio canaille! ¡Suéltame!

El no reconoció sus palabras, pero captó el desprecio de su voz. -Obedece, Caminante del Fuego.

Wolf acababa de aparecer como salido de la nada, con la cara contraída de rabia. El otro levantó la vista, con el semblante asombrado, pero no se movio.

-No des un paso más, Hermano del Lobo, si no quieres que mate a tu paraibo.

-No lo creo. -La voz de Wolf tenía ese engañoso matiz de seda. Hizo gesto con la mano. De inmediato los tres quedaron rodeados por un grupo de guerreros comanches, pétreas las caras.

- Pueblo mío -dijo él-: habéis visto con vuestros propios ojos que este más indigno que un inde apache, iba a tomar por la fuerza a mi paraibo.

Pon tu precio, pues, Hermano del Lobo -dijo Caminante del Fuego, dio a Storm de un tirón antes de soltarla. -Tu vida es demasiado. Ella es sólo una herbi de Ojos Blancos.

-Es la paraibo de Hermano del Lobo, cualquiera sea su sangre -bramó de pronto Atacante de la Luna.

-Y no estaba dispuesta a compartir tus mantas -intervino Soldado Loco. El precio es justo.

Escoge tus armas, grandísimo muwaw -desafió Wolf, una vez tomada la y que el tabebekut caiga sobre ti.

Los guerreros ahogaron una exclamación. Hasta el irredimible Camiel luego palideció al oír eso, pues el tabebekut era una temible maldición. Aun así se enfrentó con audacia al desafío de Wolf. -Muy bien. Elijo el werpitapu'ni y el escudo como armas.

Los guerreros presentes intercambiaron una mirada especulativa. Era bien sabido que Caminante del Fuego manejaba su hacha de modo mortal. Pero Wolf no pareció preocuparse.

Yo elijo el pianer'erpai'i -dijo-. Es lo que merecen los perros como tú.

-¿Estás mal, hermano? -inquirió Atacante de la Luna, asiendo a Wolf por el brazo, furioso-. No tendrás la menor posibilidad contra él.

-Atacante de la Luna tiene razón -apuntó Soldado Loco-. Elige otra cosa, hermano.

-¡No! -exclamó Caminante del Fuego-. El desafío está hecho y las armas, escogidas. No hay más que hablar.

-¿Qué... qué pasa, Naukwahip? -preguntó Storm, afligida, pues no conocía el largo nombre del arma elegida por Wolf-. ¿Con qué va a combatir mi kumaxp?

-No conozco la palabra inglesa, Ojos como Lluvia de Verano. Disculpa. -Al ver que los ojos grises se oscurecían de miedo, se volvió hacia su hermano. -Sombra del Halcón, ¿puedes traducir para la paraibo de nuestro primo?

-Sí, pero tal vez ella prefiera no enterarse. -No, por favor, dime.

-Significa "látigo grande", Ojos como Lluvia de Verano.

-Oh, Dios -gimió Storm, mordiéndose el labio-. Oh, Dios.

-¿Te refieres al Gran Espíritu Blanco de los tabeboh? -inquirió Naukwahip, frunciendo las cejas.

-Sí.

-Eres la paraibo de un guerrero comanche, Ojos como Lluvia de Verano -le recordó Sombra del Halcón, seco-. Si amas a Hermano del Lobo, rezarás al Pájaro de Trueno para que tu kumaxp se imponga en la inminente batalla.

-Sí, Sombra del Halcón.

-Ahora ve a tu tipi y prepárate. La lucha es a muerte. Tú pertenecerás al vencedor.

-Sí... comprendo.

Storm corrió a su vivienda, para que los guerreros no pudieran ver las lágrimas que le habían subido a los ojos; Wolf tendría que combatir por ella, una vez más.

"Oh, Santa María, ten piedad", oró al arrojarse sobre sus mantas.

¿Por qué, por qué? ¿Por qué causaba tantas aflicciones a su esposo, si ella sólo quería darle felicidad? ¿Qué mal había hecho? Vio su semblante surcado de lágrimas en el pequeño espejo que Wolf le había comprado en San Antonio. Y de pronto lo supo. Era su cara lo que tentaba a los hombres, provocándole tanto deseo que desafiaban a Wolf por ella. Su cara estaba maldita, sí. Storm, sin pensarlo dos veces, quiso echar mano del puñal que llevaba a la cintura, pero encontró la vaina vacía. Por supuesto. En su prisa por alejarse lo había dejado entre la maleza. Frenética, comenzó a revisar la vivienda, en busca de algo que sirviera para sus propósitos. Sus dedos se cerraron sobre un hueso de búfalo bien afilado. Sí, serviría. Se lo acercó a la cara, decidida a convertirla en cintas.

-¿Qué demonios estás haciendo? -chilló Wolf, furioso, lanzando un puntapié al hueso, que salió volando de entre sus manos.

-Iba... iba a cortarme la cara, para que ningún hombre volviera a mirarla con lujuria -susurró Storm.

-¡Cristo! Si vuelves a intentar algo así te mataré. ¿No se te ocurrió pensar que tu cara me pertenece, pequeña? ¿O que me gusta tal como está? Oh, Storm... -Se inclinó para acunarla con ternura, en tanto ella volvía a llorar. No fue culpa tuya que Caminante del Fuego te atacara. Es a mí a quien a herir, pequeña. Tú ibas a ser sólo el instrumento de su venganza. Hace años reñimos y él nunca olvida ni perdona que yo fuera el vencedor. Anda, sécate los ojos y sonríeme. Sabes que detesto verte llorar.

La muchacha levantó la cabeza y trató de sonreír, trémula, pero su intento fue patético.

-Oh, Wolf, ¿y si te mata? ¿Cómo puedes ganarle armado sólo con un látigo? -El sonrió con malignidad para levantarle el ánimo.

¿Alguna vez me has visto usar el látigo, pequeña?

-Bueno... no.

¿Alguna vez te he fallado? -No.

-Pues trata de tener un poco más de fe en mi capacidad. -Está bien.

-¿Quieres hacer otra cosa por mí? -¿Qué?

-Toma. -Wolf le entregó el puñal que ella había dejado caer en la mata- Si por alguna remota casualidad Caminante del Fuego logra matarme, quiero que uses esto contra ti misma, inmediatamente. A manos de él morirás... de un modo muy desagradable. Y no quiero que sufras, ¿comprendes?

-Sí

-Bien. Ven, que todos están esperando.

Storm lo siguió lentamente al centro del campamento, donde los comanches habían formado un círculo para presenciar el inminente combate. El discreto murmullo se apagó súbitamente. Ekakura había levantado una mano.

-Pueblo mío: hay un desafío lanzado y aceptado entre dos de los nuestros. Hermano del Lobo y Caminante del Fuego: adelantaos. Hermano del Lobo. ante testigos, descubriste a tu hermano Caminante del Fuego con tu paraibo Ojos como Lluvia de Verano. Se habían encontrado sin conocimiento ni permiso tuyo y tú has reclamado nanehwokuh; estás en tu derecho. Sin embar-#N en vez de pedir caballos u otros bienes mundanos, pides la vida de Camitdg~ del Fuego. Es un alto precio por una herbi, Hermano del Lobo. ¿Por qt lo reclamas?

Porque Ojos como Lluvia de Verano no estaba dispuesta a yacer con Caminante del Fuego, ap' mío; aunque él lo sabía, trató de obligarla a compartir sus mantas. Entre el Pueblo, semejante delito se castiga con la muerte.

-Ojos como Lluvia de Verano: ¿ocurrió como ha dicho tu kumaxp? Rehusaste a Caminante del Fuego y él trató entonces de tomarte por la fuer za

-Sí, Ekakura.

-Caminante del Fuego: has escuchado los cargos contra ti. ¿Los refutas?

El joven paseó una mirada astuta alrededor del círculo, pero las caras de quienes habían presenciado su despreciable acto le dijeron que no había modo de defender su actitud. Quienes habían sido amigos suyos lo despreciaban: si era capaz de tomar por la fuerza a la esposa de un hermano, ¿no podía tomar la de cualquier otro de la misma manera?

-No, ap'. No refuto los cargos -dijo, audaz.

-¿Aceptas, pues, el desafío?

-Sí.

-El combate será a muerte. Si alguno de vosotros da muestras de cobardía durante la lucha, yo mismo lo mataré de inmediato. ¿Queda entendido?

Los dos adversarios asintieron, sabiendo que el anciano no vacilaría en cumplir con su amenaza, aunque era el tío paterno de ambos.

-Bien. Ojos como Lluvia de Verano: ¿estás preparada para pertenecer al vencedor?

-Sí, Ekakura -replicó Storm, tratando de no estremecerse bajo la cruda mirada de Caminante del Fuego. Al recordar las palabras de su esposo, apretó con fuerza el mango del cuchillo.

-Sea -declaró Ekakura-. Que el Gran Espíritu camine junto a ti y te dé fuerzas. Que comience el combate.

Ante eso los tomtoms empezaron a batir lenta, hipnóticamente, entre el suave cántico de los guerreros. Wolf se adelantó a grandes pasos hacia el sector donde esperaba su padre. Tabenanika le entregó un látigo enrollado, en tanto Kwasia daba a Caminante del Fuego el hacha de combate y el escudo que usaría. Tabenanika se cruzó de brazos y, sin parpadear, cruzó una mirada con su hermano Kwasia; ambos sabían que uno de los hijos moriría antes del anochecer. Un momento después se inició el duelo.

Los dos adversarios se enfrentaron con cautela, moviendo sin ruido los pies en un deliberado círculo, inexpresivos los semblantes. De pronto Caminante del Fuego lanzó un grito salvaje y se arrojó hacia Wolf. Este lo esquivó con gracia, desenrollando su látigo con un seco movimiento de la muñeca, y lo hizo girar en torno del tobillo de su adversario. Caminante del Fuego tropezó y cayó de bruces en el polvo. De inmediato rodó hacia un costado, levantando el escudo para detener el golpe, en tanto Wolf liberaba su látigo y lo hacía restallar otra vez. Antes de que pudiera asestar el tercer azote, Caminante del Fuego estaba de pie y había puesto alguna distancia con su enemigo. Con un grave gruñido, Wolf dio un salto hacia adelante, como un animal, blandiendo repetidamente el látigo. Caminante del Fuego trató de defenderse con el escudo, pero aquella serpiente era demasiado rápida para él y le desgarró la carne, dejándole varias marcas rojas en el pecho y en los antebrazos. Con un bramido, Caminante del fuego arrojó el inútil escudo y cogió la punta del látigo que se enroscaba a su muñeca. Tiró con fuerza y descargó sobre él su tomahawk.

Wolf soltó el largo tiento y se lanzó contra su adversario. En pocos segundos ambos se debatían en el suelo, rodando una y otra vez, enredados en el látigo. Caminante del Fuego levantó

su hacha. Wolf se torció para esquivar el golpe que le hubiera partido la cabeza en dos y el hacha le rozó el hombro derecho. El soltó un gruñido de dolor, en tanto Storm ahogaba una exclamación y se apretaba los nudillos contra la boca, para no gritar al ver la sangre que brotaba de la herida.

Caminante del Fuego levantó el tomahawk para golpear otra vez. Wolf aIzó el cuerpo hacia arriba, haciendo que su enemigo rodara cabeza abajo por el polvo, y recobró su látigo, que estaba a un costado. Se levantó de una y, una vez más, desató una andanada de brutales azotes contra Caminante del Fuego. Esta vez le dejó la espalda cruzada de heridas profundas. Caminante del fuego se levantó con dificultad y, jadeando, escapó de los mortíferos golpes. Una vez más levantó el hacha y, con un chillido escalofriante, saltó sobre Wolf. Una fracción de segundo después este caía a tierra. Caminante del Fuego tropezó contra su cuerpo y siguió rodando. Luego se levantó con celeridad. Esta vez mantuvo el hacha en alto por un segundo, calculando, y lanzándola en un movimiento giratorio. El arma cruzó el aire como un relámpago, lo que hizo que los espectadores se dispersaran entre aullidos. Pasó junto a Wolf rozándole la sien y se estrelló contra un tipi, a la distancia. Storm estuvo a punto de atravesarse el dedo que se mordió para apagar los gritos de miedo. Sintió en la boca el sabor agridulce de la sangre, pero no desvió su atención.

Wolf volvió a descargar salvajemente el látigo, enroscándolo al cuello de Caminante del Fuego. Tensándolo con una brusca aspiración, hizo que su adversario cayera de rodillas y tiró más y más. Caminante del Fuego empezó asfixiarse, manoteando frenéticamente el tiento que lo ahorcaba, pero Wolf dio varias vueltas más y volvió a tensarlo. -¿Qué... esperas? -jadeó Caminante del Fuego-. ¡Acaba! Para horror de Storm, su marido vacilaba. Ella echó una mirada despavorida a Ekakura, bruscamente atento a cualquier señal de cobardía.

Wolf aflojó apenas el tiento.

-Quiero saber si tú fuiste el cerdo que violó a mi paraibo y la asesinó o con mi hijo.

-¿Estás posa? Tu paraibo está sana y salva, y también el ona que lleva se su vientre.

-Hablo de Bienamada de la Selva, ¡bien lo sabes! -siseó Wolf, amenazante. Con la cara contraída de ira, volvió a cortarle la respiración con el látigo.

Caminante del Fuego sonrió con una mueca terrible, burlona.

-Sí. La poseí muchas veces. Y cuando estuve harto de ella, la maté junto con el ona que cargaba.

Las manos de Wolf, deliberadamente, apretaron con más fuerza los extremos de la serpiente que sostenía, estrangulando a Caminante del fuego con elegancia. Hecho eso, levantó en brazos el cuerpo de su enemigo y se volvio a Kwasia, que esperaba en estoico silencio, para depositar suavemente el cadáver a los pies del padre.

-¿Escuchaste? -preguntó.

-Escuché, tua mío -pronunció Kwasia, sin que su rostro expresara el dolor que sentía. Levantó a su hijo muerto y se volvió.

Poco a poco, el círculo empezó a romperse. Storm avanzó hacia Wolf, pese a caminar con serenidad, orgullosa, alta la cabeza, según la costumbre comanche, aunque nada deseaba tanto como correr a esos brazos que Csperaban. La-que-busca-Sabiduría estaba también allí, para atender el tajo que su hijo tenía en el hombro y la rozadura de la sien. Reservó una mirada tranquilizadora para Storm, que se detuvo a su lado.

-Las heridas no son graves. No necesitarán pianahuwait, gran curación. Ven a mi tipi y te daré algunas hierbas con que hacer un bálsamo que aleje los malos espíritus.

-Gracias, madre de mi esposo.

Cuando estuvieron solos en su propio tipi, Storm dijo:

-¿Por qué obligaste a Caminante del Fuego a admitir que había asesinado a bienamada de la Selva, Wolf? ¿No era su vergüenza lo bastante grande a los ojos del Pueblo?

-Sí, pero yo quería saber la verdad. Además, Kwasia se habría sentido obligado a matarme por la muerte de su hijo. Vida por vida. Es la costumbre comanche. Ahora he vengado la muerte de bienamada de la Selva. Que su espíritu descanse en paz

-Vida por vida -repitió Storm, suavemente-. Comprendo, Kumaxp mío.

Sin decir más, comenzó a limpiarle las heridas, preguntándose qué otras sombras lo perseguían aún desde el pasado.

El ataque apache llegó cuando las primeras vetas pálidas de la aurora que se escurrían en volutas rosadas por el cielo azul grisáceo, pues los odiados indes rara vez actuaban de noche, como los comanches.

Storm despertó con los gritos lejanos y el golpeteo de cascos en el suelo duro; aturdida por el sueño, no comprendió lo que ocurría hasta que Wolf gritó con rudeza; su voz grave y gutural estaba llena de una urgencia autoritaria que la hizo incorporarse de inmediato en la cama, asustada. -¿Qué pasa?

-Apaches -respondió él, ceñudo, levantándose los pantalones de piel de venado-. Armate -ordenó a Storm, que recogía sus ropas- y ve con las mujeres.

Le dio un beso rápido en los labios y desapareció. Storm se dio prisa con sus órdenes, abriendo el nat'sakema que le había regalado Mujer del Viento-Fuerte para retirar sus pistolas y las cartucheras. No veía sino una mancha de polvo a la distancia, a través de la pradera. De pronto, una tropilla de animales silvestres se lanzó directamente hacia el campamento, desde todos lados. Casi simultáneamente se inició una serie de chillidos ensordecedores. El ruido de las escopetas acabó de aturdirla. Storm dio un grito y se dejó caer al suelo. Entre el polvo y el humo arremolinados vio que las mujeres corrían rápidamente hacia los matorrales, en busca de escondrijo, alzando en brazos a los niños caprichosos y esquivando a los guerreros comanches, que habían montado a caballo y galopaban hacia los apaches. La muchacha rodó hacia un lado para no ser arrollada en el alboroto; luego empezó a zigzaguear por la arena y la hierba hacia su vivienda. No tenía tiempo de reunirse con las otras.

Jadeante, frotándose los codos raspados, se acurrucó dentro del tipi, aterrorizada y con el corazón palpitando. El bebé parecía percibir su inquietud, pues empezó a patalear dentro del vientre. Ella apoyó una mano trémula contra su panza, tratando de calmarlo.

-Chist... Todo está bien, pequeño. Todo está bien.

Abrió un poquito la solapa para mirar hacia afuera. El campamento era un caos de cascos al galope, caras terroríficamente pintadas, miembros agitados, armas que se entrechocaban, plumas pisoteadas y sangre. A poca distancia, dos guerreros forcejeaban en el polvo por un hacha de combate. Una mujer comanche gritaba en los brazos cobrizos de un fuerte guerrero apache, que la estaba cargando en el lomo de su pony. Una criatura, patéticamente acurrucada, ahogaba sus sollozos junto a un tipi. Era Herkiyani, la hija de Atacante de la Luna.

Sin pensar siquiera, Storm se abrió paso desde su vivienda, tratando de llegar hasta la niña histérica. Cayó al tropezar con un cadáver despatarrado, pero en un momento volvió a ponerse de pie y echó a correr, entorpecida la marcha por el embarazo. Un inde apache se lanzó hacia ella; su semblante oscuro resultaba tanto más horrible por la escalofriante pintura de guerra. A ciegas, Storm le apuntó con un revólver y disparó. El hombre cayó de su caballo, con un pie enganchado en el tiento que servía de brida. El pony se lanzó al galope, arrastrando al guerrero por la tierra, hasta estrellarse contra un tipi, que se derrumbó entre postes astillados. Storm agachó la cabeza para esquivar los trozos de madera, pero estuvo a punto de ser alcanzada por un hacha de guerra lanzada por el aire. Jadeando con pesadez, demasiado asustada para gritar y con la vaga idea de que había matado a un hombre, avanzó a tropezones hacia la hija de Atacante de la Luna.

-iHerkiyani! ¡Herkiyani!

Asió a la asustada niña y la acunó por un momento contra el pecho, tratando de proteger sus jóvenes ojos del horrible espectáculo.

-¡Oh, Ojos como Lluvia de Verano! -La niña se aferró desesperadamente a ella.

-Escúchame, Herkiyani. No podemos quedarnos aquí, ¿comprendes? No podemos quedarnos aquí. Tómame de la mano.

Medio agachada, Storm volvió a iniciar el cruce del campamento, encogiéndose ante las balas y las flechas que zumbaban a su alrededor; caballos sin jinete galopaban temerariamente de un lado a otro. Un apache se inclinó hacia ella, tratando de arrebatarle a Herkiyani. Storm, petrificada, aferró a la niña que gritaba y tiró de ella con todas sus fuerzas. El ángulo de su presión arrancó al guerrero de su pony. El alargó una mano amenazadora hacia ellas, pero inesperadamente cayó hacia adelante, muerto y con una lanza clavada en la espalda.

Storm, horrorizada, arrastró a Herkiyani por sobre el cadáver del inde y junto a otro más, que las miraba con ojos vidriados.

-¡Mira! ¡Soldado Loco! -exclamó la niña.

Storm echó un vistazo hacia donde ella señalaba, suponiendo que el tío

Herkiyani habría muerto. No: estaba de pie en medio del campamento, canturreando para sus adentros, al parecer invulnerable a la batalla que se desencadenaba a su alrededor.

-Dios mío, ¿ha perdido la razón?

-No. Está posa, chiflado -respondió Herkiyani-. Por eso le dieron ese nombre.

-¡Soldado Loco! ¡Soldado Loco! -llamó Storm, frenética, pensando que las ayudaría. Pero él no respondió.

-No te oye, ojos como Lluvia de Verano -observó la niña.

Y de pronto volvió a llorar.

¡Silencio! -le espetó Storm, con más aspereza de lo que deseaba. Y continúo arrastrando a la niña, estremecida de pies a cabeza. Por fin lograron llegar al tipi de Storm y se arrastraron adentro, bajando apresuradamente la solapa.

Después de un tiempo que pareció de horas se hizo el silencio. Storm volvió a levantar la solapa y vio que los apaches habían sido derrotados. La estremeció ver el número de los muertos. Se preguntó si Wolf estaría entre ellos y el corazón le dio un vuelco enfermizo en el pecho.

-¡No, Ojos como Lluvia de Verano! -Herkiyani le sujetó la mano y tironeó con fuerza.- ¡Van a volver, van a volver!

Storm iba a protestar, pero en ese momento se iniciaron otra vez los gritos salvajes. La niña tenía razón: esa breve pausa no había sido sino una oportunidad para que los atacantes reagruparan sus fuerzas.

El segundo ataque fue peor que el primero. En el aire pendía un humo acre, indicativo de que varios de los tipis estaban en llamas. Storm se apresuró a descolgar los sacos de agua que pendían de un poste y comenzó a mojar su vivienda, temiendo que las llamas se extendieran a su propio tipi. Sin embargo, la idea se le ocurrió demasiado tarde, pues una parte de la tienda ya estaba ardiendo. Mojó una de sus mantas para golpear con energía las lenguas anaranjadas y amarillas, casi sin sentir el calor que le ampollaba las manos, hasta que la manta chamuscada acabó por despellejárselas. Apagó las últimas llamaradas con los mocasines y luego sé detuvo, cansada, a secarse la cara sudorosa, apartando un mechón de pelo que se había desprendido de una trenza. Al volverse quedó petrificada: tenía frente a sí los ojos oscuros de un guerrero apache que acababa de escurrirse entre los cueros de su tipi. Herkiyani lanzó un grito y otro más, en tanto el inde la capturaba sin dificultades; acercando un puñal al cuello de la niña, indicó a Storm que arrojara sus armas y se acercara a él.

Ella obedeció lentamente, comprendiendo que había tomado a Herkiyani por su hija y pensaba matarla si ella se rebelaba. Cuando la tuvo a su lado, el inde soltó a Herkiyani, aprisionando en cambio a Storm. La obligó bruscamente a tenderse en el suelo, olvidando a la criatura. Aunque aterrorizada, Herkiyani logró levantar una de las pistolas de Storm y, por no saber cómo usarla, golpeó al apache en la cabeza con la pesada culata de nogal. El hombre se volvió, furioso y bramando. Eso dio a Storm la oportunidad de actuar.

Desenvainó rápidamente el cuchillo que llevaba a la cintura y lo hundió en la espalda del guerrero, quien cayó hacia adelante, entre las cenizas calientes del incendio que la muchacha había combatido minutos antes. El penetrante olor de la carne quemada llenó la nariz de Storm, dándole náuseas. Después de dominar su estómago revuelto, estremecida de terror y agotamiento, estrechó a Herkiyani contra sí, llorando en silencio.

Afuera continuaba la batalla. Los apaches llegaban oleada tras oleada, pero cuando Storm reunió coraje para levantar otra vez la solapa de su vivienda vio que el número de atacantes había disminuido. Ahora intentaban febrilmente recuperar a sus muertos.

Por fin el campamento quedó en silencio y Wolf volvió a su lado. A Storm le costó reconocerlo, debido a las manchas de pintura roja con que se había marcado el cuerpo y la cara, las vetas de pólvora quemada negra y gris y las nuevas heridas sanguinolentas que le cubrían el torso. La del hombro se le había vuelto a abrir y sangraba en abundancia. Los ojos azules parecían cansados, tensos e inescrutables al apreciar la expresión horrorizada de Storm, el modo en que se aferraba a la niña asustada y el cadáver del apache despatarrado en el polvo.

-No te hizo daño, ¿verdad?

-No. Estás herido. Deja que te atienda. -Alargó los brazos hacia él, aliviada de verlo con vida.

Sin protestar, él se dejó quitar los pantalones, el taparrabo y los mocasines, tendido en las mantas. Storm lo lavó con una esponja, obligándose a mantener la calma, y le limpió con cuidado las múltiples heridas. Por suerte, sólo la que le había hecho Caminante del Fuego con su tomahawk tenía mal aspecto. Ella se la untó hábilmente con las hierbas que le había dado La-queBusca-Sabiduría y le puso un vendaje apretado. El se levantó a buscar ropas limpias en su nat'sakema. Cuando estuvo vestido, arrastró afuera el cadáver del apache. Storm comprendió entonces que aún quedaba mucho por hacer.

-Herkiyani, ahora buscaremos a tus padres. Deben de estar preocupados por ti.

La muchacha caminó por el campamento, buscando alguna señal de Atacante de la Luna o de Ehkaraw'ro, la esposa principal y madre de Herkiyani.

-Ehkaraw'ro. -había visto a la frenética mujer.

-Oh, Ojos como Lluvia de Verano... y Herkiyani! ¡Herkiyani!

-Pia, pial Ojos como Lluvia de Verano me salvó la vida. -La niña corrió hacia su madre, llorando.

-Calla, pequeña, calla. Oh, ¿cómo puedo agradecértelo, Ojos como Lluvia de Verano? Estaba tan preocupada...

-Herkiyani ya me ha devuelto el favor -aseguró Storm. Y comenzó a explicar lo ocurrido.

-Qué terrible -cóncordó Ehkaraw'ro cuando ella hubo terminado-. Mi tipi es uno de los que ardieron.

-Oh, Ehkaraw'ro... -Storm se solidarizó en seguida, sabiendo que la esposa de Atacante de la Luna era huérfana y no tenía familia a la que recurrir. -El mío está dañado, pero con gusto te haremos sitio.

-Te agradezco el ofrecimiento -replicó Ehkaraw'ro, gravemente-, los de Pequeña Nube y Topsannah también están destruidos. -Se refería las otras dos esposas de Atacante de la Luna.- Por ahora ellas están con sus propias familias.

Storm se alegró de contar con la compañía de Ehkaraw'ro, pues la vivienda de Mujer-del-Viento-Fuerte también había sido presa de las llamas y La que-busca- Sabiduría estaba atareada ayudando a su hermana a rescatar lo posible de entre las cenizas. A no ser por Ehkaraw'ro, Storm no habría tenido a de nadie.

Al caer la tarde el orden estaba más o menos restablecido en el campamento. Los cadáveres indes que el odiado enemigo no se había llevado consigo fueron cremados en una gran pira funeraria. Los muertos propios fueron preparados para la sepultura. Eran relativamente pocos: siete guerreros, cuatro mujeres y dos niños. Los apaches se habían llevado a cinco cautivas y ya se ha planeando un ataque para rescatarlas. Storm se maravilló de ver milagrosamente intacto a Soldado Loco. Al parecer, contaba con una fuerte medicina. Las familias se amontonaron en los tipis que seguían en pie. Storm dio alojamiento a Ala Roja, la segunda esposa de Sombra del Halcón, y a su peo Tasura.

Los comanches habían capturado a tres guerreros indes. Esa noche se les sometería a una lenta tortura. También tenían muchos caballos de los apaches con que aumentar sus tropillas. Storm quedó atónita al ver aparecer en id vivienda a Atacante de la Luna, llevando de las riendas a diez ponies.

-Son para ti, Ojos como Lluvia de Verano, por salvar la vida a mi hijita.

-Me honras con tu regalo, Atacante de la luna -respondió ella formalmente, sabiendo que entre los comanches era grosería protestar por un regalo

-Una vez más eres una mujer con bienes propios, pequeña -apuntó el-. Si crías bien a esos caballos, podrás ganar mucho dinero cuando llegue verano y vayamos a la feria de Santa Fe.

-¿Hay una feria en Santa Fe?

-Sí, todos los veranos. Asisten los indios que habitan la planicie en varios kilómetros a la redonda. Pero este año no iremos. Después de este ataque, el Pueblo necesita reponer su provisión de alimentos.

Storm estudió con aire experto sus nuevos caballos. Parecían de buena estampa; decidió de inmediato seguir el consejo de Wolf y comenzar a formar una buena tropilla, como hacían muchas de las mujeres comanches. Era señal importancia, de riqueza y del éxito del correspondiente marido. A diferencia de algunas tribus y de los Ojos Blancos, los comanches consideraban que mujer era dueña de sus propiedades y podía hacer con ellas lo que deseara; en caso de divorcio, el esposo no podía quitárselas.

Esa noche todo el campamento se reunió a celebrar su victoria sobre los apaches. Pese a la pérdida de varios tipis, los comanches habían contado las muertes y tomado muchos ponies y cueros cabelludos. Wolf indicó a Store que se pusiera el atuendo de boda, que ahora le servía como traje ceremonial para los ritos religiosos. Por su parte, vistió sólo los pantalones de cuero y el taparrabos, pero se pintó ferozmente con pintura de guerra colorada de sus tunawaws. Varias impresiones en negro de su palma, en el pecho amplio, indicaban que había matado a un enemigo en combate mano a mano; se puso muchas plumas, alhajas y amuletos, el escudo y el bastón simbólico. Storm vio que los otros guerreros lucían atuendos similares, cada uno con marcas diferentes que indicaban las victorias logradas en la batalla de ese día.

Primero hubo un festín y mucha danza. Luego cada guerrero se levantó y, con voz rítmica, relató sus valientes hazañas. Si nadie disputaba los honores que él reclamaba, le eran otorgados sin cuestionamiento. Pero cuando había una discusión se llamaba a testigos que verificaran o desmintieran el relato del hombre; si había mentido, caía en desgracia por haber contado hazañas falsas. Sin embargo, cuando se hizo desfilar a los tres prisioneros, Storm descubrió que no tenía estómago para la tortura y se escabulló sin que nadie la viera. Sólo Wolf adivinó que no se quedaría, después de todo lo que había pasado ese día, y salió tras ella en cuanto pudo. De algún modo sabía dónde buscarla.

El río centelleaba como si tuviera diamantes incrustados bajo el halo de plata de la luna llena: una luna comanche. Storm, al recordarlo, pensó en la noche en que había sido de Wolf por primera vez. La superficie del arroyo onduló apenas cuando ella se sumergió, después de quitarse las prendas. El agua estaba fresca y tentadora, apacible y sedante, después del horrible alboroto de la jornada. La muchacha deshizo con destreza sus largas trenzas negras y se sumergió entre las ondas que la tocaban suavemente, purificándole cuerpo y espíritu. La masa de pelo flotó en las aguas como una nube de ébano, hasta que el río la fue cargando de peso y los mechones descendieron poco a poco. Storm echó la cabeza atrás, dejando que la corriente se apoderara de ella y la levantara con suavidad. Cerró los ojos.

Había matado a dos hombres, dos indes apaches, pero también dos seres humanos creados por Dios. Por algún motivo no la consolaba pensar que, de no defenderse, la muerta habría sido ella. Oh, Dios, ¿dónde estaba esa muchacha que, apenas un año antes, coqueteaba, reía y bailaba con un vestido rosado de hilo y encaje? Los pies de Storm tocaron el frío fondo arenoso. Abrió los ojos para contemplar su reflejo bajo el claro de luna. Aquella muchacha había desaparecido, tal como ella esperaba, remplazada por Ojos como Lluvia de Verano.

Wolf la estudiaba silenciosamente desde la orilla, entre las sombras, adivinando sus pensamientos. ¿No se había planteado él las mismas preguntas, después de matar a un hombre por primera vez? Quitar una vida no era fácil. No conocía modo de calmar su pena. ¿Cómo decirle que jamás dejaba de ser difícil, que cuando uno era decente y honorable perdía parte de sí con cada vida tomada? Sus ojos azules se llenaron de una breve tristeza, pues conocía el precio terrible a pagar por eso, la pequeña muerte que había llegado con cada muesca hecha en sus revólveres.

"Oh, Storm, Storm, cómo quisiera ahorrarte esto... Eres demasiado joven e inocente para llenarte de odio y dureza. Parece una Virgen", pensó súbitamente, recordando la estatua que había en la capilla de la misión donde él estudiaba cuando niño. ¡Qué lejano parecía ahora todo aquello!

Tocó el rosario que llevaba al cuello y, por un momento, las palabras de arias olvidadas se le atropellaron en los labios, en tanto sus dedos acariciaban las cuentas pulidas, contando las décadas. Apretó los dientes y se obligó a cesar, a cortar los recuerdos que invadían la esencia misma de su ser. No quería ver al niño que se arrodillaba ante el altar para recibir la bendición del sacerdote. No quería verlo hincado junto al cadáver de su madre, para retirar de entre sus dedos el rosario que ella había apretado desesperadamente es el último segundo. No quería verlo arrodillado ante la tumba de su padre, derramando lágrimas calientes y amargas. Ni rezando solo en la pradera, pidiendo la muerte. Pero por mucho que Wolf se esforzara, por su mente cruzaban imágenes dispersas que se borroneaban y confundían; los colores se entremezclaban, tan reales y vívidos como si ese niño hubiera existido hasta el día interior.

"Parece una Virgen", pensó otra vez. "Volví la espalda a Dios y oré pidiendo la muerte, y El me envió una Virgen para aliviar mi dolor. Oh, Dios, ¿donde estabas cuando murieron mis padres?" Habría querido gritar de angustia, pero no lo hizo. Ellos habían muerto mucho tiempo antes.

Storm salió del agua, con la piel suave y brillante donde la luna se reflejaba en las gotitas adheridas a la carne. Los pechos se le habían redondeado con el embarazo; las crestas rosadas eran ahora más oscuras. El bebé de Wolf le hinchaba el vientre. El la vio poner las manos en el bulto y susurrar algo a la noche.

Lentamente, en silencio, marchó hacia ella. Había una sola manera de eliminar el dolor que los asolaba a ambos: con otro tipo de muerte, la petite mort, como la llamaba Storm. Esa que brotaba de la creación de vida y no de su destrucción.

Con ternura, la tendió en la hierba primaveral, al abrigo de un álamo suspirante, y le enseñó ese otro tipo de muerte.

El verano llegó una vez más, con su sol abrasador, que dejó las altas hierbas de la pradera con el color de la paja vieja. Cathleen North, de pie en la galería delantera de la amplia mansión paterna, se llevó una mano a la frente para protegerse los ojos del resplandor. A la distancia, más allá de las suaves lomadas que se extendían en el terreno desértico, veía un remolino de polvo danzando en el horizonte, un rojo derviche. Dilató apenas la nariz al captar el olor extraño y sofocante de la arcilla caliente, convertida en esa nube giratoria. El aire estaba denso; era obvio que se incubaba una tormenta de verano. La atmósfera asfixiante casi crepitaba de ominosos presagios. Por las venas le corrió una rara excitación. Abruptamente marchó hacia los establos.

Aunque Gabriel había dado a los peones órdenes estrictas de no permitir que "Cathy cabalgara sola por la pradera (le parecía peligroso e indecente para una mujer de su posición), nadie trató de detener a la muchacha. Ella cruzó al galope el alto arco de entrada abierto en la empalizada que cerraba los terrenos de la casa, sin que a nadie se le ocurriera tampoco seguirla. Lo habían intentado algunas veces, pero ella no dudaba en hacer algunos disparos de advertencia, asegurando que las próximas balas harían blanco en los que no la dejaran en paz. Y como nadie dudaba de que la advertencia iba en serio, ese era el único punto en que los peones del rancho desobedecían al patrón, conspirando tácitamente para que él no lo descubriera.

Por otra parte, se decían, si alguien era capaz de cuidarse bien esa era ella. Era capaz de hacer blanco en el ojo de un topo a cincuenta de distancia y era peligrosa como una serpiente de cascabel. ¿Acaso no usaba pantalones y montaba a horcajadas, como los hombres? Así aliviaban los peones su conciencia culpable. ¿No tenía siempre un cigarro entre los dientes? Y sus juramentos ¿no hacían enrojecer al mismo papá Daniels? Sí, y una vez, en ausencia de Gabriel, desafió a Lester Jones a ver quién mascaba más tabaco y lo venció. Caray, no era decente que una mujer pudiera escupir como ella. No, señor, no había ningún motivo para tener a rienda corta a la hija del patrón. Había que estar medio loco para enredarse con esa gata que parecía un hombre. Nunca una sonrisa dulce, nunca una mirada tierna para los hombres de la vecindad. No, señor, Gabriel no tenía que preocuparse por esa hija solterona y seca. A nadie le interesaba lo que tuviera en los pantalones, por muy bonitas que fueran sus largas piernas. Caray, pero si la señorita Cathy ya tenía veintiún años y nunca la habían besado, probablemente. ¡Era tan poco atractiva! Uno quería tener algo suave y cálido en la cama. Hacer el amor con Cathleen North hubiera sido como acostarse con una tabla. Sí, señor; por lo que a ella concernía, era preferible buscar un agujero en un árbol.

Librodot

Sin embargo, los peones del rancho se equivocaban. A Cathy le dolía profundamente que la consideraran insensible y asexuada, pero no podía culparlos por pensar así. Nunca recibía visitas; como era rica, su falta de belleza importaba; debía de haber otro motivo para esa falta de pretendientes. Era frígida e inflexible, fría y sin corazón: esa era la explicación lógica. Al menos, eso pensaban los peones del rancho. Nadie quería una esposa que actuara como los hombres, una mujer de cara agria y lengua afilada, que en la cama estuviera rígida como una vara.

Lo que no sabían los peones era que Cathy tenía mucho amor acumulado en sí y ardía por entregarlo. Pero nadie en Tierra Rosa lo deseaba. Gabriel jamás habría consentido en casarla con un simple peón. Y sus propiedades eran tan vastas que los vecinos más próximos estaban a ciento cincuenta kilómetros de distancia. Los pocos solteros disponibles, hijos de terratenientes como su padre, no despertaban una sola chispa de interés en su pecho. Eran todos pomposos y dominantes, como Gabriel; hablaban de ganado y de Ovejas hasta que Cathy tenía ganas de gritar, convencida de que se había acicalado para nada. Ninguno reparaba en las estrellas que se extendían en el cielo infinito, como una cascada de fuegos artificiales; ninguno le decía que era bonita. Se limitaban a holgazanear en el corredor, con sus cigarros y sus vasos de julepe, comentando lo práctico de unir las vastas propiedades, de crear dinastías y construir imperios. Prestaban tanta atención a Cathy como si fuera una yegua para cría. Por eso ella los había despachado a todos sin ceremonias, dando a entender claramente que no debían volver. Marionetas: eso eran. Su padre los usaba como a marionetas, tal como había tratado de usarla a ella. Sólo que Cathy no lo permitió. Ahora hacía lo que se le antojaba, disimulando su dolor bajo una quebradiza fachada, que se habría derrumbado al menor descuido; pero ella no se descuidaba nunca. Se obligaba a mantenerse fuerte, ocultaba sus ansias y sus debilidades con decisión y no derramaba una sola lágrima por esos sueños juveniles que jamás se harían realidad.

Una y otra vez se decía que los hombres eran brutos, qué la usarían con el indiferente salvajismo exhibido por su padre al matar a aquel pobre mexicano y violar a su indefensa mujer, tantos años atrás. El horrible recuerdo estaba indeleblemente grabado en la mente de Cathy. Por mucho que se esforzara en olvidarlo, aún recordaba hasta el menor de los espantosos detalles: la sangre que manaba de la herida mortal, entre los ojos del mexicano; los patéticos alaridos de la mujer, cada vez más débiles, hasta cesar misteriosamente; el niño que temblaba de terror, vomitando silenciosamente en tierra; Gabriel, abrochándose los pantalones, antes de retirar la escritura del bolsillo del muerto.

No, Cathy no quería un hombre en su vida; al menos, ninguno como su padre. Por eso erguía la columna con orgullo y fingía ser lo que no era, para que los hombres como Gabriel y sus peones la dejaran en paz. Y soñaba con un caballero galante que la tendiera en la dulce hierba del verano para poseerla con suavidad, con amor, sin la brutalidad que recordaba de aquel día lejano; un hombre que no pidiera nada a cambio, salvo su ser. No le interesaba construir una dinastía ni un imperio. Detestaba a Tierra Rosa y todo lo que representaba, con una pasión que ardía bajo su calma exterior y su actitud brusca. Era tierra malhabida, tierra que había sido robada y bautizada con sangre de inocentes, como si eso pudiera purificarla. Cathy creía percibir el olor de las hogueras infernales y la podredumbre que acechaba bajo la superficie de rica arcilla, como si la tierra supiera que había sido mal usada y esperara el momento, aguardara la venganza.

Algún día, cuando Gabriel hubiera muerto, Cathy dejaría que la tierra se tomara venganza. Dejaría que su parte retornara a lo que había sido, antes de que el padre la domesticara, doblegándola a su voluntad. Sí: se cruzaría de brazos para ver cómo se derrumbaba todo lo construido por Gabriel, tal como había visto caer sus propios sueños, como si nunca hubieran existido siquiera.

La nube arremolinada a la distancia era un desafío. Una sonrisa secreta iluminaba el rostro de Cathy, en tanto galopaba hacia el viento salvaje. Gabriel comenzaba a descubrir lo que era la derrota. Había hallado a su prometida francesa, sólo para que ella lo desdeñara a él y a todo lo que le ofrecía. ¡Qué furioso se había puesto! ¡Cómo se habían burlado a sus espaldas, Cathy y Joe Jack, mejorando su opinión de la novia!

-Te apuesto dos a uno a que él acaba por recuperarla o se mata en el intento -había dicho Joe Jack-. Por Dios, papá no tolera que lo derroten. Recuerda lo que te digo: antes de que esto termine se armará un gran embrollo.

-Puede ser -había respondido Cathy-, pero yo apuesto por la chica. No puede ser tan mala, si prefirió enredarse con un pistolero mestizo antes que con papá. La muchacha tiene agallas. Hay que reconocerlo.

-¿Un guerrero con faldas? Bueno, bueno. -Joe Jack silbó.- Me parece muy interesante, ¿sabes? comienzo a desear que el viejo la recupere, sí.

-¡,Quieres matar dos pájaros de un tiro, hermano? -Cathy enarcó fríamente una ceja, adivinando el razonamiento del muchacho.- Eso es muy digno de una comadreja como tú. El golpe de gracia: meterte bajo las faldas de la joven esposa en vida del viejo, para poder arrojárselo a la cara. Así lo tendrías todo, ¿no? Tierra Rosa, la novia, todo lo de papá, como siempre has deseado.

-Serás fea, hermana, pero tonta no. Andate con cuidado si no quieres perder tu parte -le había advertido Joe Jack, antes de alejarse con una gran sonrisa.

Al recordar la pequeña escena Cathy tuvo un terrible presentimiento. La mente se le colmó de imágenes en las que veía a su astuto hermano y a la conocida belleza del Sur acostados en la gran cama de Gabriel. Se estremeció con desasosiego pese al calor ominoso. Joe Jack aún sonreía al acariciar los pechos de la francesa, listo para apoderarse de ella y de Tierra Rosa.

"¡No, no! ¡Es mía! ¡Tierra Rosa es mía!", pensó Cathy, enloquecida. *Sería capaz de matar por ser su dueña y dejar que se destruya. Oh, Dios", rezó, "no dejes que papá la traiga. No dejes que papá traiga a su novia. Ocurrirá algo espantoso. ¡Lo sé!"

Como para acentuar eso, el viento cambió súbitamente y el remolino Cathy perseguía giró hacia ella. Como si la persiguiera el demonio, galopó hacia Rosa Pequeña, un cobertizo levantado en los barrancos lejanos. Había otros dos campamentos mayores: Rosa del Río y Rosa del Sol, donde los peones del rancho solían pasar la noche cuando no podían llegar a Tierra Rosa, pero Rosa Pequeña era el escondrijo especial de Cathy. Mientras galopaba por las áridas planicies estalló la súbita tormenta de verano, que estuvo a punto de cegarla con la furia de la lluvia desatada. Ella azuzó a su palomino Sunny Doy por la cuesta rocosa que llevaba al cobertizo. Allí le quitó la silla. Luego entró en la cabaña, cerrando la puerta con violencia.

No había nadie allí, por suerte. Tras una pausa para recuperar el aliento se quitó la ropa mojada, en tanto el diluvio castigaba el techo, haciéndola sentir a salvo y abrigada en su capullo privado. Ya desnuda, se tendió en la cama con los ojos cerrados, suspirando. Al cabo de un rato comenzó a deslizar las manos lánguidas por todo su cuerpo dorado. Tocó los pechos pequeños y provocando los pezones oscuros hasta que formaron rígidos picos. A Cathy le gustaban esos bultos pequeños, insolentes, como le habían dicho una vez. Gimió por lo bajo, recordando cómo los acariciaba Sam bajo la camisa, usándola con ternura, como ella deseaba. Y ella había impulsado la cadera hacia él, en el lecho de heno, sin protestar cuando él le desabrochó los pantalones de montar. Estaba segura de que él sería gentil. ¿No le había dicho, que nada le importaba de Tierra Rosa? ¿No le había suplicado que huyera con él, dejándolo todo? Qué maravilla, tener dieciséis años y estar enamorada.

Pero entonces había entrado Gabriel para arruinarlo todo, tal como siempre le arruinaba todo en la vida. Abrió la puerta del establo con un gesto brioso, se lanzó por la escalerilla del henar y golpeó a Sam hasta dejarlo sin conocimiento. Luego le gritó que recogiera su paga y se marchara. Pese a las súplide Cathy, Sam se fue; tenía diecisiete años y estaba petrificado. Después azotó a Cathy con el cinturón hasta que su camisa quedó hecha jirones ensangrentados. Ella no gritó, no derramó una sola lágrima. No hizo sino mirar a su padre, con los ojos pardos llenos de odio y disgusto. Jamás volvió a ver a Sam.

Desde entonces iba a Rosa Pequeña, tratando de recobrar la sensación experimentada con los besos suaves y vacilantes de Sam, que le borraban de la mente el ataque de Gabriel a la mujer del mexicano muerto. Así había descubierto que el acto sexual no era siempre así: feo, brutal. Pero nunca halló a otro hombre que no estuviera cortado con las mismas tijeras que su padre. Al menos, eso pensaba. Tal vez era porque ella no les daba ninguna oportunidad. O quizá Gabriel elegía siempre a hombres que eran copias de sí mismo.

Cathy suspiró una vez más. No importaba. Nada importaba, en tanto la lluvia caía tempestuosamente y su cuerpo desnudo se arqueaba contra las manos delgadas, súbitamente frenéticas.

Cólera. La palabra pendía pesadamente en el aire desde que Tabenaika había llamado a Storm a su tipi, para mostrarle a un guerrero enfermo al que no podía curar.

-He hecho todo lo que sé, Ojos como Lluvia de Verano -le dijo-, pero mis poderes no son suficientes para derrotar a este mal espíritu de los tabeboh, ¿Sabes tú qué es esto que los Ojos Blancos han traído al Pueblo, como trajeron antes el Mal de las Manchas?

Y Storm, impresionada, respondió: -El cólera.

Se expandería entre los comanches como incendio de hierbas, asolándola pues los indios no tenían inmunidad contra las enfermedades llevadas a América por los blancos: el cólera, la fiebre amarilla, la sífilis, la viruela.

El guerrero gruñó, doblándose en dos en la manta. Storm volvió a revisarlo, con la esperanza de haberse equivocado; pero estaba frío al tacto, su era débil y su piel estaba marchita. Contraía la cara por el fuerte dolor los calambres estomacales. Mientras ella lo examinaba, el hombre levantó débilmente la cabeza para vomitar una vez más; luego se pasó la lengua por los tibios resecos, antes de caer nuevamente en el estupor.

-Es preciso mantenerlo abrigado, Tabenanika, bajo muchas mantas, no importa el calor que haga afuera. Y que beba mucha agua, toda la que pueda. De contrario morirá deshidratado.

-Des ...hidra ...tado -repitió lentamente Tabenanika-. ¿Qué es eso, Ojos como Lluvia de Verano?

-Es como secarse. Su cuerpo perderá demasiado líquido por la enfermedad. Es necesario

remplazárselo. También habría que darle un poquito de sal -indicó Storm, al recordar aquella noche en que se había desmayado, en el campamento de Wolf, por sed y falta de sal-. Un tónico de menta salvaje hervida aliviará las náuseas y los calambres. Por lo demás, Tabenanika, no sé qué podemos hacer por él, salvo orar. Lo siento, padre de mi esposo, pero debes prepararte para que otros contraigan la enfermedad. El cólera es, en verdad, un espíritu maligno. Se expanderá rápidamente por el campamento. Morirán muchos.

Tabenanika escuchó la noticia con el rostro serio.

-Gracias por tu sinceridad, Ojos como Lluvia de Verano. Iré a comunicar al Pueblo lo que tú has dicho.

La lluvia había cesado; el remolino de polvo se había disipado largo rato antes. Cathy se vistió silenciosamente y salió, desaparecida ya la tensión acumulada en su cuerpo con la tormenta. Sonriendo suavemente para sí ensilló a Sunny Boy e inició el regreso por el sendero, hacia su casa.

Había salido el sol, que incendiaba el cielo crepuscular con matices de anaranjado, rosa y gris, pálidos y aguados como la tierra húmeda, en la que las herraduras del caballo se hundían suavemente al trotar. Hacía más fresco. Se había levantado una leve brisa que hacía ondular los pastos altos de la pradera, a los que el diluvio había golpeado sin poder quebrar. Al día siguiente la tierra humearía, pero Cathy la amaba sobre todo así, suave y mojada como estaba en el ocaso; callada, quieta, como si esperara sin aliento a que algo perturbara su placidez; sólo el grito de un halcón solitario rompía a lo lejos el silencio.

Un sonido extraño interrumpió las ensoñaciones de Cathy: un leve quejido. Detuvo bruscamente a Sunny Boy y aguzó el oído. Con un rápido movimiento, retiró su escopeta de la silla y desmontó para arrastrarse hacia los matorrales de donde había surgido la queja.

Un desconocido yacía en tierra. Mientras Cathy avanzaba lentamente hacia él, volvió a gruñir. Como no se le veía herida alguna, ella le apoyó una mano en la frente. Ardía de fiebre. El hombre abrió los ojos ante el contacto, pero estaba delirante y no parecía verla. ¡Qué azules eran esos ojos! Azules como el pálido cielo de verano, antes de cerrarse una vez más. Cathy llamó con un silbido a Sunny Boy, desató su cantimplora y levantó la cabeza del hombre para introducirle un poco de agua entre los labios resecos. El oscuro pelo de caoba, con una sugerencia de cobre, aún estaba mojado por la lluvia; el bigote bien recortado le rozó los dedos como una pluma. Estaba empapado hasta los huesos. Aunque su ropa era la de un trabajador migratorio, Cathy comprendió que moriría si lo dejaba allí. Afortunadamente era una mujer fuerte y su palomino estaba bien adiestrado.

-Echate, Sunny, échate -ordenó.

El caballo se tendió en el suelo, sobre un flanco. La muchacha arrastró desconocido hasta el animal y logró ponerlo sobre la silla. Luego ordenó a y Boy que se levantara y el potro obedeció de un brinco. El hombre no esa cómodo en esa posición, pero al menos Cathy podría llevarlo a Tierra Rosa. Montó también e inició el lento trayecto de regreso, tratando de no sacudir al enfermo más de lo necesario.

Ya estaba oscuro cuando llegó a Tierra Rosa, pero la casa y los terrenos circundantes estaban iluminados a pleno; allí pululaban los peones del Mocho, montados o ensillando sus animales, en tanto Gabriel daba órdenes a pulmón. Con leve sorpresa, Cathy cayó en la cuenta de que su padre estaba organizando una partida para buscarla.

-¡Por Dios! ¿Dónde diablos te habías metido? -Joe Jack galopó hacia y sofrenó muy cerca a su potro.- El viejo está furioso. No me sorprendería que te despellejara la espalda a latigazos. -Me sorprendió la tormenta y tuve que refugiarme en Rosa Pequeña que pasó. Habría regresado más temprano, pero encontré a este hombre tendido en la maleza. Tiene fiebre. Ayúdame a llevarlo adentro, Joe.

-¡Buen Dios, Cath, no es de los nuestros! Tiene pinta de ser un vagao o algo así. ¿Por qué no lo dejaste en el camino? Podrías haber mandado a dos peones del rancho que fueran a traerlo. -¿No me has oído? Está enfermo. Necesita ayuda. Podría haber muerto allí, a la intemperie.

-iCathy, Cathy! ¿Dónde demonios estabas? -tronó Gabriel, furioso-.Te das cuenta, jovencita, de que llevas horas fuera de casa sin haber dicho palabra a nadie? ¡Y por añadidura, desobedeciendo mis órdenes más estrictas! ¡Te dije que no salieras sin hacerte acompañar por uno de los hombres! ¿Tienes idea de los problemas que me has causado? ¡Ya estaba por enviara todos los peones a buscarte! ¿Crees que estos hombres no tienen nada hacer, aparte de buscarte por todos los rincones?

-No dudo que tienen muchísimo que hacer, papá. Y no sé por qué te te. Tengo edad suficiente para cuidarme sola. Al fin y al cabo, soy la mejor tiradora de Tierra Rosa, incluyéndote a ti.

-¡No me contestes, jovencita! Todavía tienes edad para unos buenos azotes. ¿Qué cuernos es lo que traes colgando de tu silla? -Un hombre. ¿No se nota?

-No sea impertinente, señorita. ¿Está muerto?

-No, sólo enfermo. Lo encontré tendido en la maleza, cerca de Rosa. Voy a llevarlo adentro.

Necesita atención. -Hazlo llevar al galpón. Pop Daniels le echará un vistazo; es más de lo merece, el condenado vagabundo. No es uno de mis hombres. ¿Qué diablos estaba haciendo en Tierra Rosa?

-¿Cómo quieres que lo sepa, papá? Por amor a Dios, apártate. Puede estar agonizando. Como yo lo encontré, mía es la responsabilidad. Me lo llevo.

Cathy apretó los dientes con terquedad, aunque no habría podido de qué se debía su repentino interés por el desconocido ni por qué estaba decidida a cuidarlo personalmente. De pronto se encontró recordando el color de sus ojos y la suavidad de su pelo de caoba. Gabriel notó su gesto empecinado y apretó los labios. Ella era muy capaz de hacerlo pasar por tonto con una discusión delante de sus hombres. Decidió no darle el gusto. ¡Zorra burlona! A veces Gabriel odiaba a su hija tanto como se sabía despreciado por ella.

-Hilton, Lester. Den una mano a mi hija. Los demás, vuelvan a lo que estaban haciendo.

-Sí, patrón -respondieron ellos a coro, en tanto Cathy arrojaba a su padre una mirada satisfecha y triunfal.

El le volvió la espalda, ceñudo, y clavó espuelas a su caballo. Una vez adentro, Cathy levantó la voz:

-¡Abel, Abel! Quiero que hagas preparar inmediatamente el cuarto vecino al mío. Este hombre está enfermo y va a necesitar de mis atenciones.

-Por Dios, señorita Cathy. -Abel puso los ojos en blanco, fastidiado. - Ese no es uno de los caballeros del amo North. ¿Sabe él de esto? ¿Qué va a decir cuando se entere de que usted ha traído a ese vagabundo a la casa?

-Cierra el pico, Abel, y haz lo que te digo. Hilton, tú y Lester llevarán a este hombre arriba, pronto. ¡María, Luisa, Isabel! Vengan aquí. Traigan agua fría, varias jarras y una buena cantidad de mantas y toallas.

Abel precedió a los peones por la escalera, gruñendo por lo bajo, encendió las lámparas en la alcoba indicada y abrió la cama.

-Usted me ha herido en lo vivo, señorita Cathy. Esto no es un hotel barato para basura como esa. Y yo no soy un sirviente indigno para estar atendiendo a un vagabundo. Este hombre es inferior a mí. Sí señor. Soy el mayordomo y el ayuda de cámara del señor North. A él no le va a gustar que usted me use de criado para ese don nadie que viene ardiendo de fiebre. Caramba, señorita Cathy, ¿para qué lo ha traído a esta casa? No se sabe qué enfermedad puede traer.

-Hay que desvestirlo y ponerlo en la cama -dijo Cathy a los dos peones, ignorando con práctica facilidad las quejas de Abel.

-Por Dios, señorita Cathy, su papá me va a despellejar si se entera de que he dejado desvestir a ese hombre delante de usted. Salga inmediatamente, ¿me oye?

-¡Oh, Abel, por el amor de Dios! Después de tanto potro como he visto en este rancho, ¿crees que no sé cómo son los hombres? -le espetó la muchacha, impaciente.

Ante eso, Abel tragó saliva con dificultad y huyó de la habitación, mientras Hilton y Lester intercambiaban una mirada especulativa, preguntándose si, después de todo, no habrían pasado algo por alto en la señorita Cathy. Si era tan frígida como ellos pensaban, ¿por qué miraba cuando se servía a las yeguas?

También notaron que, si bien se volvió estudiadamente de espaldas mientras ellos desvestían al desconocido, no dejaba de echar un disimulado vistazo a su desnudez, por entre las pestañas doradas; al ver la buena estampa del hombre se ruborizó un poco. Era alto y de constitución corpulenta, músculos duros y piel bronceada. Una mata de pelo color caoba le cubría el amplio pecho, ahusándose a lo largo del vientre plano hasta los muslos firmes. Cathy que, aunque tenía las manos encallecidas por el trabajo pesado, las uñas limpias y bien recortadas. De súbito imaginó esas palmas ahuecadas abarcar sus pequeños pechos y soltó un suspiro entrecortado.

-Echenle encima todas esas mantas, muchachas -dijo, con más aspereza de la que pensaba-. Habrá que hacerle sudar esa fiebre.

Dos horas después el forastero comenzó a vomitar. Mientras le enjugaba la cara y le sostenía la cabeza sobre el cuenco, Cathy temblaba con desacostumbrado miedo.

Joe Jack entró en el cuarto, fastidiado.

. -¿Piensas pasarte la noche entera sentada aquí? Papá quiere verte en estudio.

-Oh, Joe, esta vez el viejo me va a matar, sí -susurró Cathy, con los ojos dílatados.

-¿Por qué? ¿Qué pasa?

-Oh, Joe, creo que... creo que este hombre tiene cólera.

Tal como Storm había predicho, la enfermedad se extendió rápidamente entre los kwerharehnuh, pasando por alto a algunos, pero atacando a muchos más. Para ella era más penoso aún ver enfermar a los niños. Contra todas lascreencias de los comanches, que consideraban a las lágrimas como cosa a la que no se debía ceder, se derrumbó en llanto el día en que murio la pequeña Herkiyani. ¿Por qué dios había salvado a la niña de los apaches, para dejarla caer presa

del cólera? No era justo, ¡no era justo!

Pese a su embarazo, Storm atendía al Pueblo sin pausa, día tras día, noche tras noche. Por fin Wolf le ordenó descansar, pues estaba mental y físicamente exhausta y él temía que enfermara también.

Algunos se recobraron, pero muchos otros murieron. Entre ellos, los hijos de Masitawtawp: Sombra del Halcón y Naukwahip. Storm ayudó a las esposas a prepararlos para la sepultura en los altos barrancos, donde se los dejaria sentados contra las paredes del cañón, mirando hacia el sol naciente y sus tesoros terrenales a mano, a la espera de que el Gran Espíritu viniera a buscarlos. Recordó la primera vez que había visto a Naukwahip. Cuánto había reído él, irritando a Atacante de la Luna con la sugerencia de que le iban a cortar la lengua a la muchacha... Oh, Dios, había visto apenas veinticinco inviernos. Sombra del Halcón, el que le había recomendado rezar al Pájaro del Trueno para que diera fuerzas a Wolf en el combate, tenía sólo veinte. Masitawtawp, alto y orgulloso pese a sus cuarenta inviernos, tenía ahora aspecto de un anciano, viejo antes de tiempo. El día en que enfermó La que Ríe como Arroyo de Montaña, Storm insistió en que Wolf se lo dijera.

-Se le partirá el corazón, Wolf; la ama mucho. Yo... no puedo decírselo. Hazlo tú.

A la muerte de su paraibo, aunque él no había contraído la enfermedad, Masitawtawp recogió sus pertenencias más queridas y subió a las tierras altas, donde murió tras varios días de ayuno, con el espíritu quebrado; su voluntad de vivir había sido sepultada con sus hijos y su esposa principal. Storm pensó que su desaparición mataría a Wolf, pues Masitawtawp era quien lo había criado, prácticamente, y ella sabía cuánto amaba su esposo al ara, su "amigo especial y maestro". Wolf se tajeó la carne y se cortó el pelo en señal de luto, al igual que Storm, al estilo comanche. Sin embargo, los golpes finales y más penosos aún no habían sido asestados.

Mujer-del-Viento-Fuerte fue la siguiente; murió tan estoicamente como había vivido, sin quejarse, aunque al final sufrió terribles dolores. Al día siguiente, La-que-Busca-Sabiduría siguió a su hermana a la tumba. Wolf le cerró los ojos en silencio y la llevó en brazos desde el tipi, con el oscuro semblante vacío de las emociones que había encerrado en sí. Storm sufría por él, pues adivinaba que estaba recordando también la muerte de su verdadera madre.

-Es un guerrero fuerte, Ojos como Lluvia de Verano -trató de consolarla Atacante de la Luna, mientras lo seguían con la mirada-. Ha conocido mucho dolor en esta vida. El tiempo curará también estas heridas. No temas.

Pero Storm ya no estaba tan segura, pues los familiares y los amigos de su esposo iban cayendo uno a uno. Sólo Soldado Loco, con sus extraños poderes, la medicina posa de que lo había investido su espíritu guardián, parecía inmune al cólera y al pesar que causaba, y canturreaba para sus adentros, en su propio mundo peculiar. A veces la muchacha lo observaba con desesperación, como si fuera posible adivinar de dónde sacaba esa paz interior. Pero no había respuesta en sus ojos oscuros e inexpresivos.

Una mañana Storm despertó con la sensación de que había algo diferente. De súbito notó, con horror, que faltaban los cánticos de Tabenanika y el repiqueteo de sus calabazas.

"¡No! ¡Oh, no, Santa María, Madre Luna! ¡Ten misericordia! Wolf no podrá soportarlo. Yo tampoco puedo soportarlo. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Storm corrió al tipi del anciano chaman, olvidando en su prisa anunciar su presencia antes de entrar. Tabenanika yacía en sus mantas, con sus calabazas esparcidas en el polvo. Wolf estaba de rodillas a su lado, apretando una mano de su padre entre las suyas. Al oírla entrar levantó la vista, sin decir una palabra. Con un rápido movimiento de la mano, le indicó que se retirara. Storm respetó en silencio los deseos de su esposo. Comprendiendo que el puhakut agonizaba y que Wolf quería estar solo con su padre en esos últimos instantes.

Cuando la muchacha se hubo ido, Wolf se volvió hacia Tabenanika y le levantó un poco la cabeza, para que su padre pudiera hablarle. -Tua mío.

-Sí, ap', aquí estoy.

-Tua mío -repitió el puhakut, lentamente-. Mi espíritu no recorrerá la Tierra por mucho tiempo más.

-No, ap'...

-No trates de ocultarme la verdad, Hermano del Lobo. Uno sabe cuándo llega el momento de que su espíritu se reúna con el Gran Espíritu. Y los comanches no tememos a la muerte como los tabeboh.

-Mis padres, ¡mataron a mis padres!

-Tus padres no han muerto, Hisusanchis. La muerte no es sino la puerta que conduce al Gran Espíritu y a la vida eterna. Es la puerta por la que todos deberemos pasar algún día.

-Tengo miedo, Ap.

-No temas, Hisusanchis. ¿Acaso el Gran Espíritu que nos da el invierno no nos trae también la primavera?

-Sé que no temes morir, ap' -replicó Wolf, solemne-, pero eso no me hace más fácil la

separación.

-La vida no tiene por qué ser fácil, tua mío. Las cosas que vienen con demasiada facilidad son vacuas y sin significado, como lo es el hombre cuyos mocasines han seguido ese camino. No llores por mí, Hermano del Lobo. Mi vida ha sido dura y estuvo colmada con las recompensas de mis esfuerzos. Soy anciano y las viejas costumbres están muriendo. Está bien que yo muera ellas. Mis ojos han visto el futuro, tua mío, y mi espíritu no podría tener en la Tierra que he visto. He luchado larga y duramente, pero los Ojos cos son demasiados y tienen mucho poder. Pronto la Tierra no será ya del Pueblo, sino de los tabeboh.

-No, ap'.

-Sí, Hermano del Lobo. En el fondo sé que es así. Me apena, tua mío, porque soy un hombre orgulloso, pero así es la vida. Todo debe cambiar. Todo debe morir.

El pájaro ha muerto, Rafael.

Pero ¿por qué, padre Francisco, si anoche estaba mucho mejor?

"Pues hay una estación para todo y un tiempo para todo lo que existe el cielo." Así lo ha decidido Dios, Rafael. Y no debemos cuestionar al Señor.

-¿Por qué, ap'? ¿Por qué deben cambiar las cosas? ¿Por qué deben morir?

-Para que cada hombre pueda cumplir con su destino, Hermano del Lobo. ¿Te acuerdas de cuando llegaste a los kwerharehnuh, tua mío?

-Sí, ap'.

-Tú habías perdido a tus padres y yo, a mis hijos. Si tus padres no hubieran muerto, nunca habrías tenido que huir de tu hogar. Si mis hijos hubieran sobrevivido yo no te habría adoptado. El Gran Espíritu vio esto y supo lo se debía hacer para que nuestras vidas se entremezclaran.

-Pero ¿por qué, ap'?

-Porque los vientos del cambio están barriendo la Tierra. El Pueblo necersitará que uno de los suyos lo ayude a comprender las costumbres de los tabeboh. Tú, que has sido uno de nosotros sin serlo, le enseñarás esas costumbres tal como El Pueblo te ha enseñado las costumbres de los kwerharehnuh hermano del Lobo: cuando llegue el momento, tanto El Pueblo como los Blancos necesitarán de hombres como tú para que la Tierra sobreviva. Es lo que vio el Gran Espíritu, y por eso te envió a nosotros. Ayuda al Pueblo tal como él te ha ayudado, tua mío. No te aferres al pasado, permitiendo tu amargura te ciegue al futuro. Así como el Gran Espíritu te quitó a unay a un hijo, así te ha dado otros, tal como nos reunió en nuestro dolor.

Ojos como Lluvia de Verano es una buena mujer. Te ama profundamente. Sé bueno con ella, pues el amor de una buena mujer es algo que debemos cuidar como un tesoro. Pronto serás el padre de su hijo, Hermano del Lobo, y criarás a ese niño como yo te crié a ti. El y los otros de su generación serán la esperanza de los kwerharehnuh para la Tierra, el futuro y el nuevo mundo en que vivirán. El Gran Espíritu te ha dado el conocimiento, tua mío. Construye un lugar para el Pueblo, para que no perezca y pueda sobrevivir; un lugar donde tus hijos y los hijos del Pueblo puedan aprender las costumbres antiguas, para que no se olviden y sigan vivas en el corazón y el espíritu del Pueblo, cualquiera sea la senda que siga su calzado. Hazlo por mí, Hermano del Lobo. Es el último deseo que te encomiendo a ti, que has sido mi hijo, tanto como lo fueron los de mi propia sangre. A ti, que has sido mi gozo y mi consuelo en esta hora, que alguna vez temí pasar a solas, viejo, vacío y privado de cuanto conocía. Si nunca antes te lo dije, te lo digo ahora: te amo, Hermano del Lobo, tua mío. Ahora vete. Que el Gran Espíritu camine a tu lado y te dé fuerzas.

Te amo, Hermano del Lobo, tua mío.

¡Cuánto tiempo había esperado Wolf para oír esas palabras! Lágrimas ardientes le hirieron los ojos, cegándolo, borroneando la imagen de la cara orgullosa y serena de su padre. "Te amo..." Wolf perdió la noción del tiempo que pasó arrodillado en ese sitio, hasta que al fin notó que la mano de Tabenanika se había enfriado entre las suyas. Con los hombros estremecidos por mudos sollozos envolvió a su padre en el manto de búfalo albino que había regalado a Tabeliaúika, tantos años antes.

-Y yo te amo a ti, ap', pues fuiste mi padre tanto como lo fue don Diego Ramón Delgados y Aguilar -susurró con la voz quebrada. Luego apoyó la cabeza en el pecho del anciano chaman y lloró.

Muchos de los peones del rancho cayeron víctimas del cólera que se abatía sobre Texas en proporciones epidémicas. El cementerio de Tierra Rosa estaba lleno de tumbas recién cerradas, pero la del forastero no estuvo entre ellas. Gracias a la incesante vigilia de Cathy y para secreto placer suyo, el hombre sobrevivió.

Ross Stuart. Ella repetía ese nombre para sus adentros, una y otra vez, mientras subía la escalera hacia su cuarto, llevando una bandeja de plata con sopa caliente y nutritiva. Ross Stuart. Era un nombre bonito, un buen nombre. Y recordó el modo en que sus ojos azules la habían contemplado, al recobrar finalmente la conciencia, y el destello de sus blancos dientes al darle las gracias con una débil sonrisa. Cathy se estremeció de anhelos; de pronto deseaba que ese nombre fuera suyo. "¡Basta de esto!", se amonestó con severidad. "Ese hombre es un vagabundo; no sabes

nada de él." Pero en el fondo de su corazón se alegraba de que, en sus horas de delirio, el forastero no hubiera clamado por una persona especial.

Después de dar un suave golpecito a la puerta, hizo girar el pomo y entró. El estaba incorporado contra las almohadas de la inmensa cama. Esa mañana se había lavado y afeitado; era aun más apuesto de lo que ella recordaba. Se había cepillado hacia atrás el pelo oscuro, con tintes cobrizos; su boca, debajo del bigote, era sensual e invitante. -Buenos días, señorita Cathy.

Ella supo que, si levantaba la vista en ese momento, lo vería sonreír con un brillo chisporroteo en los ojos de cielo y la simpática validez de los hoyuelos a los costados de la boca. Tendría la expresión de un pirata despreocupado, con una vaga sugerencia de la férrea fortaleza que se escondía bajo su encanto. Con el corazón palpitante, Cathy le dejo la bandeja en el regazo y le ahuecó las almohadas. -Buenos días, señor Stuart. Le he traído algo de comer. Nada sólido me temo. El doctor dijo que esperáramos algunos días más. Espero que le guste la sopa de pollo. La... la preparé yo misma.

Se interrumpió, pues estaba divagando de puro nerviosismo.

El tomó con firme suavidad una de esas manos que temblaban apenas.

-Eh, ¿no habíamos acordado que me llamaría Ross? Sí, me encanta la sopa de pollo, sobre todo hecha por una persona tan bonita como usted. Cathy levantó poco a poco los ojos. -Es la primera vez en mi vida que me dicen bonita -comentó en voz baja. Ni siquiera Sam se lo había dicho.

-Caramba, señorita Cathy, supongo que los muchachos de su padre llevan tanto tiempo cabalgando por la llanura que se les han llenado los ojos de polvo. Ya no reconocen a una muchacha bonita aunque la tengan bajo sus mismas narices. -De pronto le soltó la mano, volviendo la atención a la bandeja.

Vaya, vaya, esto sí que huele bien, señorita Cathy. Recién sacado de la cacerola ¿eh?

-Sí... temía que se hubiera enfriado, pero no. Tenga cuidado, no vaya a quemarse la lengua. -Con demasiada ansiedad, le ató al cuello la generosa servilleta y reacomodó un poco los cubiertos, tratando de disimular su falta de dominio. Sólo consiguió hacerlo más evidente.- También le traje un periódico. Se me ocurrió que podía entretenerlo, aunque es un poco viejo. Lo compramos sólo cuando alguien va a San Antonio en busca de provisiones.

Caramba, ¿qué le pasaba, que estaba tartamudeando y ruborizada como una colegiala, revoloteando alrededor de él como una gallina clueca? ¿Qué pensaría él? Calló abruptamente, una vez más, mortificada por su conducta.

-Bueno, señorita Cathy, no soy muy bueno para la lectura, pero me gustaría que usted se quedara y me contara las partes más interesantes mientras como.

Feliz de poder hacer algo con las manos, que súbitamente parecían tener voluntad propia, Cathy acercó una silla, se sentó y desplegó el periódico. Después de carraspear un poquito, comenzó a relatar los artículos que le parecían interesantes para él, levantando de vez en cuando una mirada vacilante para asegurarse de que él estuviera escuchando de verdad, no sólo por cortesía. La aterrorizaba la posibilidad de aburrirlo. El, como si lo adivinara, intercalaba ocasionalmente un comentario. A juzgar por sus observaciones, era mucho más inteligente de lo que dejaba entrever. Poco a poco Cathy se fue relajando, sin darse cuenta de que él la manejaba como a una potranca recelosa y recién domada, pues bajo su fachada cálida, pero elusiva, y su carácter suspicaz por naturaleza, era un hombre bondadoso. Se había encariñado con Cathy desde el principio y, sobre todo después de conocer a su padre y a su hermano, percibía por instinto lo que había bajo la imagen proyectada por ella; no le costaba comprender por qué ella custodiaba tanto sus sentimientos más íntimos: tenía un profundo miedo de sufrir, de que la rechazaran y se rieran de ella. Como el mismo Ross solía emplear esos recursos por idénticas razones, reconoció en ella a un espíritu afín.

Mientras ella leía en voz alta, él estudiaba los hombros pequeños y esbeltos, el corte empecinado de la barbilla. Lo maravilló la delicadeza oculta bajo esa fortaleza exterior; los de Tierra Rosa debían de estar ciegos si no la veían. Aunque fuera una pequeña furia, siempre a la defensiva, él estaba dispuesto a apostar que, en el fondo, no deseaba otra cosa que hallar a algún hombre capaz de protegerla de ese padre prepotente, de la astuta comadreja de su hermano; a estos dos los descartaba como a personas egoístas e insensibles.

Como suele ocurrir con los forasteros, Ross veía el cuadro de Tierra Rosa con mucha más claridad que sus habitantes; por eso se solidarizaba con Cathy. Aunque no era dado a tomar decisiones precipitadas, en ese momento resolvió quedarse en el rancho. Un establecimiento de ese tamaño siempre necesitaba trabajadores experimentados y Ross era bueno en lo suyo. Sí: por el momento se quedaría en Tierra Rosa, a ver qué pasaba.

Las grandes planicies se extendían interminablemente ante. A Storm le pesaba el corazón en el pecho. Hacía ya varias semanas que se habían separado de los kwerhaiehnuh y Wolf casi no decía una palabra. Era como si entre ambos hubiera crecido un muro. El la dejaba afuera una vez más, pues no estaba habituado a compartir su dolor. Y ella no podía alcanzarlo.

"Yo también los amaba", habría querido exclamar. "Compartamos la carga del pesar."

Pero en esos días hablaba muy poco con su esposo, que había vuelto a serle casi un desconocido. Su humor era demasiado negro. Recordando cómo se había vuelto contra ella en San Antonio, ella decidió a franquear el abismo de su silencio.

Se sentía perdida y sola, pues extrañaba mucho al Pueblo. Pasado el Cólera ella no quería abandonarlos, pero una mañana Wolf entró a su tipi sin decir nada y Storm comprendió que debían partir. No hacía falta que él lo dijera. Sus prendas de seda negra y las pistolas enfundadas a la altura de las caderas lo expresaban todo.

Al principio viajaron a buen ritmo rumbo a Fredericksburg, donde vendieron los caballos de Storm, pues los animales eran demasiada carga para manejarlos sin ayuda durante el viaje. Aunque la entristeció desprenderse de ha bestias, pues tenía grandes planes para la tropilla, la actitud sombría de Wolf le impidió protestar. Además, él le entregó el dinero obtenido, indicándole glacialmente que lo guardara, pues podía hacerle falta. Storm, llena de malos presentimientos para el futuro, no protestó por la pérdida de los ponies. ¿Qué significaba ese críptico comentario? Lo analizó por varios días, preocupada. A la noche, tendida junto a él en las mantas, sin tocarse, ponía las manos sobre el vientre redondo, enferma de miedo al pensar que Wolf pudiera abandonarla con el niño.

Desde entonces vagaban sin meta. A veces Storm se daba cuenta de que, al mirarla, él sólo veía el color de su piel. Estaba segura de que la despreciaba por ser de la raza que había traído el cólera a Texas. Cierta vez le dijo:

-No es culpa mía ser blanca, Wolf. -Pero él se limitó a clavarle una mirada y le dio la espalda sin hablar.

Y así seguían viaje, sin saber que Gabriel North y sus hombres habían atacado el campamento de los Kwerharehnuh poco después de su partida; al no encontrarlos allí, el ranchero contrató a una banda de pistoleros y exploradores indios para que los rastrearan. El comisario Martin, horrorizado, adujo que a su destacamento le correspondía buscar a la novia del señor North, pero Gabriel perdió los estribos y se burló del hombre, diciéndole con arrogancia que, como había echado a perder su oportunidad, lo mejor que podía hacer era ocuparse de sus propios asuntos.

-Señor North -se quejó el comisario Martin-, me considero en el deber de recordarle que El Lobo no ha cometido ningún delito. Su prometida ha decidido quedarse con él por propia voluntad. Si estos rufianes por usted contratados matan al marido de esa muchacha sin actuar de buena ley, todos ustedes serán culpables de asesinato. Y si ella quiere presentar cargos contra usted, me veré obligado a arrestarlo.

-Haz lo que te parezca correcto, Lonnie, y deja que yo haga lo mío -bramó Gabriel, a manera de advertencia-. Y no olvides que soy hombre importante en esta zona. Tengo buena memoria y mi brazo llega lejos.

El comisario Martin tragó saliva y decidió que sería mejor hacer la vista gorda en lo que a Gabriel North y su prometida concernía.

Sin embargo, Wolf parecía intuir que lo estaban siguiendo; viajaba de prisa y sin una meta discernible, de modo que los hombres de Gabriel no hallaban nada ni tenían qué informar.

-Oye, papá, ¿cuándo piensas olvidarte de esa tontería? -le espetó Joe Jack, un día-. ¡Esos hombres te están costando una fortuna!

Gabriel lo miró con dureza, entornando los ojos.

-Mi dinero no es tuyo todavía, Joe Jack -apuntó secamente.

Algo después, Joe Jack comentó oscuramente a Cathy que, esta vez, el viejo había perdido la chaveta de verdad. Pero la muchacha, envuelta en sus sueños sobre Ross Stuart, había olvidado sus ominosos presentimientos de aquel día de tormenta y no le prestó atención.

El otoño había estallado en la tierra con su brillante esplendor. Refrescada por una leve brisa, Storm contemplaba el vasto territorio desierto. Sí: era un buen día y un buen lugar para que naciera su hijo. Detuvo a Madame Bleu, al abrigo de un grupo de mesquites, y desmontó con ligera mueca, pues otra punzada de dolor le recorría el cuerpo.

-Ha llegado el momento, esposo mío -dijo a Wolf, que la miraba con interrogador.

El asintió ceñudamente, sorprendido de que la muchacha se las hubiera arreglado para continuar por tanto tiempo, considerando que había roto fuentes varios kilómetros atrás, al detenerse para el almuerzo. Iniciaron calladamente los preparativos: encender una fogata, poner a hervir y preparar los paños limpios que necesitarían. Sus miradas se encontraron por un instante al desenvolver la cuna que había hecho Wolf. Los de Storm se llenaron de lágrimas al recordar a Mujer-del-Viento-Fuerte, la que-Busca- Sabiduría y La que Ríe como Arroyo de Montaña, que tanto querido ayudarla con el alumbramiento de ese bebé. Wolf le estrechó mano, comprendiendo su muda angustia.

-Están aquí en espíritu, Storm, aunque no estén en persona -le dijo.

Por primera vez mencionaba a su desaparecida familia comanche desde que abandonaran el

Librodot

campamento de los Kwerharehnuh. Ella se conmovió, sabiendo lo mucho que le había costado.

-Gracias, esposo mío.

Storm llevaba sus prendas indias, pues no había podido abrocharse los pantalones de montar sobre el vientre hinchado. Se quitó los calzones y la falda que se había puesto después de romper aguas, la blusa de piel de y el peplo. Ya desnuda, comenzó a caminar decididamente para calor el dolor, como le habían enseñado las madres de Wolf; la dura tierra estaba caliente contra sus pies descalzos. Wolf se agachó para extender las manos sobre la hierba de la pradera; luego desenvainó su cuchillo y lo acercó a las del fuego.

Era como si su actitud solitaria no hubiera existido nunca. Ayudó a Storm a pasar por todo aquello: la ayudó a mantenerse de pie, la sostuvo, le masajeó la espalda dolorida cuando las contracciones se convirtieron en un tormento y las piernas ya no pudieron sostenerla. Al fin ella se puso en cuclillas sobre las mantas, abrazada al tronco de un mesquite, y Wolf se puso ante ella, listas las manos para recibir al bebé que ella estaba expulsando de su vientre. El sudor corrió hasta los ojos de la muchacha, que tenía su rostro contraído de dolor y concentración. Se mordió el labio con tanta fuerza que le arrancó sangre, tratando de no gritar, pues las mujeres comanches acostumbraban ser fuertes y silenciosas cuando daban a luz.

Por fin apareció la diminuta cabeza, con su pelusa negra. Wolf tomó con cuidado la carita arrugada; su semblante oscuro se llenó de respeto y maravilla.

-Todo va muy bien, Storm -la alentó en voz baja, en tanto ella hacía una pausa, jadeando con fuerza por un minuto.

Storm pujó una y otra vez; al fin el cuerpo del bebé se deslizó fuera del suyo. Wolf acarició diestramente el pecho diminuto, introduciendo aire en los pulmones. La criatura lanzó un grito potente. Sonriendo, él puso al recién nacido en los brazos extendidos de la madre, que lo acarició con amor, maravillada de su pequeñez; luego le limpió de moco la nariz y los ojos, le contó los dedos de las manos y los pies. Wolf, a manera de prueba, apoyó un dedo en la mano del bebé. El puñito se cerró con fuerza y el infante se tranquilizó, haciendo leves ruidos de succión, en tanto Storm y Wolf lo exploraban poco a poco, como si apenas lograran convencerse de que entre ambos habían creado ese milagro, ese manojo de júbilo nacido de la apasionada unión amorosa.

"Es como dijo Tabenanika", pensó Wolf. "Yo he tomado su lugar; mi hijo, el mío. Para todo hay una estación... Cuánto quiero amar y proteger a este niño, como Tabenanika lo hizo conmigo..."

Storm levantó una mirada tímida hacia su esposo, preguntándose qué estaría pensando.

-Eh-haitsma. Es tu íntimo amigo. -Lo dijo con orgullo, brillantes los ojos de felicidad y lágrimas sin derramar.

-Lo llamaremos Chance-the Autumn-Wind (Desafía el viento otoñal), pues nos ha llegado en las alas del viento.

-Es un buen nombre, esposo mío.

Wolf cortó el vital cordón umbilical y lo ató con un trozo de cordel. Bañó al bebé y lo envolvió en una de las pieles de venado que le servirían de pañales. Cuando Storm hubo expelido la placenta, la enterró y rezó una oración sobre el montículo, pidiendo al Gran Espíritu que cuidara de su hijo recién nacido. Hecho todo eso como la muchacha lo había indicado, ella acunó al niño contra su pecho y se quedó dormida.

Fue como si la llegada del bebé infundiera vida nueva en Wolf, pues gradualmente su dolor comenzó a cicatrizar y su negro humor se fue aliviando. El Gran Espíritu se había llevado a su familia india, pero sin tocar a su esposa y dándole un hijo varón para que llenara el vacío de su vida, tal como él había sido dado a Tabenanika con un propósito similar. A veces contemplaba a Storm y a Chance, como llamaban al pequeño, y le parecía imposible que le pertenecieran. El amor por ambos desbordaba su corazón y se vertía sobre todo aquello en lo que posara los ojos. El oscuro pasado parecía haber quedado muy lejos, olvidado.

Pasaron el invierno en San Felipe del Río, sin que Wolf hiciera intento alguno de viajar al Llano Estacado. Storm no lo mencionó, sabiendo que el viaje habría vuelto a abrir las heridas. Llegaría el día en que él deseara reunirse con el Pueblo, pero debía ser él quien eligiera el momento. Ella sabía que los kwerharehnuh, con su profunda sensibilidad, comprenderían por qué motivos él no había vuelto ese año al campamento de invierno. Sabrían perdonar su ausencia, tal como habían comprendido y perdonado su partida. En su corazon, pasara lo que pasare, Wolf era y sería siempre uno del Pueblo. Sólo eso importaba.

En la primavera siguiente llevó a Storm al interior de México. Allí, en pequeña parcela que ella bautizó Fin Terre, "fin del mundo", le construyó casa de adobe con una cerca de palos. Allí la muchacha sembró un huerto e instaló un gallinero con los pollos que adquirió en el mercado de una población cercana. En los dos años siguientes se preguntaría muchas veces cómo había llegado a eso; la bella de cinco condados era feliz en cabaña con techo de paja. Si hubiera observado su hogar con los ojos de elegante sureña, lo habría desdeñado como a una choza cualquiera; pero la mujer en que se había convertido no quería otro lugar que ese donde, en una esquina clavada sobre

la chimenea, Wolf había colgado sus pistolas para asentarse por fin. Y la vida era buena.

Todas las mañanas, al despertar, Storm se bañaba en el río que serpenteaba por el pequeño valle, en cuya suave cima Wolf había construido la casa. Cuidaba a los pollos y, más adelante, a los animales que su esposo fue comprando: cerdos, cabras y una vaca. Regaba su huerta, arrancaba la hierba mala y cosechaba hortalizas frescas para las comidas del día. Hecho eso pasaba la cocina para amasar el pan y batir la mantequilla. A veces, si durante la semana iban al mercado, había un pastel de frutas horneándose lentamente sobre el fuego. Y a Wolf se le hacía agua la boca al observarlo, sabiendo que esa noche lo tendría en la mesa, caliente y sabroso.

Por la noche Storm encendía la lámpara de aceite para emparchar las ropas gastadas de Wolf o coser ropa nueva para el pequeño Chance, quien crecía como la hierba. Pronto supo decir maman, ap' y muchas otras palabras en cuatro idiomas diferentes, pues Storm y Wolf se comunicaban en una extraña mezcla de francés, inglés, comanche y español, según el humor del momento.

Festejaron con risas los primeros pasos vacilantes de Chance y la consiguiente caída; el niño arrugó espantosamente la cara, pero había aprendido a no llorar nunca. Wolf era enérgico al respecto: el llanto de un bebé era un peligro para los comanches, pues daba aviso de su presencia a los enemigos y los animales de caza por igual. Las primeras veces que Chance armó alboroto Wolf indicó a Storm que lo llevara a la maleza y lo dejara allí, en su cuna, que callara. Al principio ella se negaba a obedecer, horrorizada por la orden de su esposo, pero él fue inflexible. Alguna vez volverían a Llano Estado donde Chance tendría que ser como los otros niños comanches; más aun por ser mestizo, lo que se notaba claramente en sus facciones. -Debe ser todo lo que yo soy... y más -había dicho Wolf-, si ha de sobrevivir como yo he sobrevivido.

Storm, contemplando a su precioso hijo, se preguntaba qué sería de él.

Lo amaba ferozmente. El vínculo entre ambos se fortaleció aun más por hecho de que ella lo amamantó por un año entero. Las mujeres indias solían amamantar a sus hijos por períodos aun más largos, como método de anticoncepción natural, pero Storm rechazaba esa idea. Quería dar hijos a Wolf. El era un hombre orgulloso y así lo deseaba; recibiría con júbilo cada nuevo nacimiento, como prueba de su virilidad.

Hacían el amor todas las noches, como antes del nacimiento de Chance. El la tomaba en sus brazos y le susurraba extrañas palabras de amor, envolviéndose el cuello con la cabellera negra, ligándola a sí para siempre. Si a veces miraba con nostalgia sus armas y luego desaparecía por un rato en sus lúgubres cavilaciones, Storm nunca le hacía preguntas. Sólo cabía esperar que su amor y su hijo fueran más fuertes que el poder de su pasado misterioso y su sangre inquieta.

-Amame -susurraba él, en la oscuridad-. Te necesito, pequeña. Dios, cómo te necesito.

Y ella lo estrechaba contra sí, febril, deseosa de alejar a los sombríos demonios del pasado y las muertes que tanto lo atormentaban.

-Son sólo fantasmas, Wolf, y todos debemos vivir con ellos. Tu padre y tus madres no querrían que sufrieras tanto por ellos.

-Y ya no sufro, porque sé que están con el Gran Espíritu. Son los otros los que me acosan, Storm; los otros, que no descansan en paz. Los he abandonado por ti y por la promesa que hice a Tabenanika.

-¡.Qué otros? -preguntó ella, estremeciéndose hasta los huesos-. ¿Los que has contado con muescas en tus pistolas? ¡No puedes culparte por esas muertes!

-No, no las lamento, aunque esas también pesan sobre mi espíritu. Es por los otros.

Storm no pudo hacerle decir más. Despierta en la negrura, se preguntó a quiénes habría abandonado por ella y por su promesa.

El crepúsculo se posó en la tierra con un silencio de mortaja, convirtiendo el horizonte en una masa de fuego. A la distancia los álamos temblones susurraban con su murmullo quejoso; el ganado gemía dulcemente. Aquí y allá gorjeaba una alondra. Por lo demás, sólo el latir del corazón de Cathy rompía el silencio.

Dos años. Ross se había quedado dos años y ahora se iba. Ella tragó saliva con dificultad, tratando de desatar el nudo que tenía en la garganta, temiendo que la ahogara. Por primera vez en su vida sintió en los ojos el escozor de las lágrimas, pero levantó la barbilla con ese gesto empecinado que Ross conocía tan bien y se negó a dejarlas caer.

,Que él no sepa cuánto me duele", se dijo, decidida. "Al fin y al cabo ha sido franco conmigo. Nunca dijo que me amaba, nunca trató de esperanzarme. Oh, si no se me hubiera dado por soñar..."

-Te voy a echar de menos, Ross. Has sido un buen trabajador y un buen amigo -le dijo, contemplando el infinito cielo azul del verano, la asombrosa firmeza de sus manos en las riendas... cualquier cosa, menos a él.

-El trabajo que me ofrecen es bueno, señorita Cathy: capataz del Chaparral. Es un rancho grande, casi tanto como el de su padre, y el señor Kingston me ha ofrecido un estupendo salario. Calculo que si ahorro, dentro de cinco años tendré dinero suficiente para comprarme una finca

Librodot

propia. Claro que voy a sentirme algo solo en la casa.

-Sí, supongo que sí -respondió Cathy, pensando contra su voluntad en y, la bonita hija de Frank Kingston.

-Señorita Cathy... -sin previo aviso, Ross detuvo a su caballo y le tomó la mano-. Tengo algo que decirle. Le agradecería que desmontara de ese pony caminara un trecho conmigo.

-Bueno.

Respondió en voz tan baja que Ross casi no la oyó. Cathy, con la cara hacia el otro lado, pedía a Dios que él no llegara a oír los latidos de su corazón. Ross ató los caballos a un mesquite y la tomó del brazo. Pasearon un rato en silencio. Por fin él se detuvo y encerrándole la cara entre las manos, la miró con súbita seriedad en los ojos azules.

-Soy hombre orgulloso, señorita Cathy. Mi papá se fugó cuando yo era un bebé, mamá nos crió a los nueve en una choza de dos cuartos. Me he abierto en el mundo como he podido, sin pedir nunca nada a nadie. Pero llega el momento en que todo hombre tiene que ceder un poco, si desea algo con todas sus fuerzas. Cinco años es mucho tiempo, señorita Cathy, pero... le pido que me espere. -Hizo una pausa para aspirar profundamente.- Nunca le he dicho nada, porque usted era la hija del patrón y todo eso, y yo no tenía mucho que ofrecerle. Todavía no tengo nada, pero me parece que a usted eso no importa. No está hecha para el tipo de vida que lleva aquí. Vamos, señorita Cathy, que usted necesita un hogar propio y un par de críos colgados de las faldas, y un hombre que la ame por lo que usted es y no por lo que tenga su papá. Ya sé que no soy gran cosa, señorita Cathy, pero la amo. Me encanta ver cómo se le ablandan los ojos cuando me mira y cómo le chisporrotean las pecas de la cara cuando ha estado al sol, y esa boca demasiado grande para un aura tan pequeña, y esos malditos cigarros que tiene siempre entre los dientes. Quiero verla todas las mañanas al despertar, con ese pelo dorado revuelto de haber hecho el amor y la piel reluciente donde la he tocado. ¡Dios mío! No sirvo para decir cosas bonitas y aquí me tiene, parloteando como un tonto. En resumidas cuentas, señorita Cathy, quiero casarme con usted y no quiero un poquito de tierra de su papá. Por eso le pido que me espere. ¿Me... esperará, señorita Cathy?

-Oh, Ross, es como si te hubiera esperado toda la vida. Supongo que puedo esperar un poquito más -exclamó ella, antes de arrojarse en sus brazos.

Un momento después estaban desnudos. El la apretó, con la boca hambrienta contra la de ella, acariciándole los pechos y los pezones oscuros, rígidos bajo sus palmas. Sus labios encontraron pequeños pimpollos rígidos y succionaron con suavidad, en tanto deslizaba los dedos para acariciar el rubio triángulo entre los muslos. Las piernas se abrieron como por decisión propia. El acarició lentamente su feminidad, tomándose su tiempo, seguro de que ella era virgen. Estaba mojada y caliente en ese sitio. Bajó la boca para probarla.

-Oh, Dios, Ross, no... ¡No!

Pero él no le hizo caso.

-Chist... Quiero conocer todo lo tuyo, tesoro, en todo sentido. Y esto tiene nada de malo.

Le separó los muslos un poco más y la buscó con la lengua, haciéndole ahogar un grito. Cada vez más rápido, la movió sobre el montículo palpitante, hasta que un dolor sordo se inició en la entrepierna de Cathy y viajó como un incendio por sus venas. El sitio secreto entre sus flancos latía más y más, hasta que al fin ella arqueó las caderas, con un sollozo entrecortado, y se mordió los nudillos de una mano para no gritar. De pronto, la vara de Ross la atravesó, descendiendo hasta el centro mismo de su ser. El le asió las piernas para envolvérselas a los hombros, hundiéndose en ella una y otra vez. Sus brazos musculosos ondulaban con los movimientos del cuerpo, hasta que por fin se estremeció sobre ella y quedó quieto.

Rato después sacó su cantimplora y, mojando el pañuelo que llevaba al cuello, lavó cada centímetro de la carne femenina, que aún ardía a fuego lento, demorándose en esos lugares que aún vibraban por el acto de amor.

-Te amo -le dijo-. Quiero que te acuerdes de eso esta noche, cuando estés acostada en esa casa grande y vieja, porque yo estaré en los galpones, pensando en ti.

-Así será -susurró Cathy-. ¡Oh, Ross, así será!

La mañana rompió sobre Fin Terre tan suavemente como solía hacerlo valle que se extendía a la distancia, más allá de la vasta Sierra Madre. Storm aspiró profundamente el aire fresco, abriéndose de brazos como abarcar al mundo entero y estrecharlo por un segundo contra su pecho, una carcajada. Chance, que iba a su lado, levantó hacia ella una mirada de extrañeza. Siempre sonriendo con alegría, Storm lo tomó de la mano y comenzó a cantar una balada francesa, mientras caminaban juntos hacia el río. Contagiado de su buen humor, se apartó bruscamente de ella y echó a correr.

-Te juego una carrera hasta la orilla, maman -exclamó.

Con los ojos grises llenos de orgullo, Storm contempló sus piernecitas as que subían y bajaban con entusiasmo. Después de darle una buena ventaja saltó tras él, que chillaba de placer. Luego fingió que lo estaba alcanzan y, con un grito, se arrojó sobre el niño. Rodaron juntos por la suave hierba, hasta el borde del agua.

Por un momento Storm lo acunó contra sí, hasta que se desprendió de sus brazos, con los ojos chispeantes, y empezó a quitarse los pantalones de piel de venado. En pocos minutos el cuerpecito moreno estaba desnudo en el agua; su piel lanzaba destellos como los peces bajo el fulgor del sol matutino. Storm se desvistió con más tranquilidad y se sumergió tras él, tratando vanamente de mantenerse seria cuando él la salpicaba desde atrás y escapaba de inmediato.

-No olvides lavarte las orejas, jovencito -recomendó-, si no quieres que te atrape Piamermpits.

-El Gran Búho Caníbal no me asusta -se jactó Chance-. Si lo veo, le dispararé con el arco y las flechas que me hizo ap'.

-¿Y qué me dices de los Sehkwit Puhitsit?

-Los hombres de Lodo tampoco me asustan -aseguró él, tratando de pavonearse en el agua, con lo que sólo consiguió chapotear, para gran diversión de Storm-. Soy un paradadeha y algún día seré tuthuhyet.

-Conque quieres ser un gran jefe guerrero, ¿eh, muchacho grande?

-¡Oh, oui, maman! Voy a dirigir muchos ataques y a contar muchas muertes, seguro.

Chance comenzó a bailotear como si montara un fiero potro, entre aullidos y ululares, haciendo vibrar la mano contra los labios en el extraño grito de combate característico de los indios.

-Un pequeño salvaje pagano, ¿verdad?, ese chico tuyo. Igual que el papá, ¿no, señora?

Storm quedó petrificada al oír esa voz detrás de ella, ese tono agudo y sibilante que ya no esperaba oír en su vida. Sin poder creer a sus oídos, giró lentamente para enfrentarse a Billy Barlow.

-Mon Dieu -susurró. Luego, frenética: -¡Corre, Chance, corre!

El niño levantó la vista, bruscamente alarmado por su grito. De inmediato, sin vacilación, se sumergió bajo las ondas. Ese hombre extraño y desaliñado, montado a caballo junto al río, venía hacia él por el agua. Algunos metros aguas abajo, Chance salió a la superficie para tomar aire y se impulsó rápidamente hacia la costa, aterrorizado; los gritos de su madre le resonaron en los oídos por un momento, antes de que se hiciera un silencio todavía más ominoso. El niño echó a correr, casi sin sentir la mordedura de la áspera hierba de la pradera, entremezclada aquí y allá de arena gruesa y espinas de cactos.

-¡Maldito malcriado! -juró Billy, mientras perseguía a Storm sin desmontar y levantaba la silueta desnuda y forcejeante para ponerla en la montura, delante de él. Volvió grupas y se lanzó al galope por entre los álamos, pinos y mesquites que salpicaban el valle, tratando de atrapar al niño que escapaba. Storm no dedicó un pensamiento más a su propia situación. Preocupada sólo por su hijo, lanzaba puntapiés, zarpazos y mordiscos a Billy Barlow, tironeando salvajemente de las riendas que él sostenía en una mano, con lo cual obligaba al caballo a desviarse temerariamente de un lado a otro. Las ramas bajas le castigaban la cara, dejando arañazos urticantes; el forajido aferró su masa de pelo mojado y tiró de ella hacia atrás, procurando inmovilizarla. Por fin, viendo que no podía dominar a Storm y capturar a su hijo al mismo tiempo, volvió a jurar en voz alta y, volviendo grupas, clavó las espuelas al animal, que ya tenía los flancos cubiertos de espuma.

La muchacha no sabía cuántas horas, cuántos kilómetros llevaban. El sol había caído largo rato antes y le dolían todos los huesos del cuerpo. Como no recorría trayectos largos desde hacía mucho tiempo, se sentía letalmente exhausta, aturdida de cansancio e impresión nerviosa. Aún no a dar crédito a lo ocurrido; todo había sido tan rápido... Tenía las piernas y doloridas; los músculos de las pantorrillas, acalambrados de tanto aferrarse al caballo. La carne desnuda se le había despellejado allí donde rozaba la silla. No tenía idea de dónde estaba ni hacia dónde la llevaba ese aninal. Apenas tenía una vaga conciencia de que las suaves lomadas del itorio habían sido remplazadas por terreno más montañoso. Billy aún la sujetaba con fuerza, con un brazo en torno de su cintura. De en cuando le sobaba los pechos, el vientre y ese sitio suave entre los muslos susurrándole comentarios lascivos al oído. Reía infantilmente cuando trataba de esquivar su contacto.

-Seguro que te habías olvidado de mí, ¿no, tesoro? ¡A que creías haber olvbidado de Billy para siempre, después de lo que ese mestizo cabrón hizo mis hermanos! Pero yo no me olvidé, no, señora. ¡Cómo iba a olvidarme de una muchacha como tú! Eso sí: me costó un poco encontrarte. Nadie ha visto a ese salvaje bastardo desde hace un siglo. Debe de haberte costado lo tuyo hacer que sentara cabeza y se ocultara así.

-Estás loco -dijo Storm, cansada, seca-. Sabes que Wolf vendrá por mí. Probablemente viene pisándote los talones. Y cuando te alcance, te matará. -Pero esta vez no me va a alcanzar, tesoro. Te voy a llevar tan dentro de que no podrá encontrarnos.

-Eres un tonto, Billy Barlow. Mi marido es comanche, ¿recuerdas? Los comanches no dejan escapar a sus mujeres. Jamás dejará de perseguirte. Y si preciso, puede perseguirte sobre la roca pura.

Después de eso Billy cayó en el silencio, pero Storm se dio cuenta de sus palabras lo habían

Librodot

puesto nervioso. Envalentonada, continuó con horribles relatos de lo que hacían los comanches con sus cautivos. Por fin él volvió a asirla por la cabellera y la sacudió con rudeza, para que cerrara la boca.

Ella habría querido que se detuvieran, pero sabía con certeza lo que sucedería cuando lo hicieran, de modo que le permitió continuar ininterrumpidamente la marcha sin protestar. Prefería morir de cansancio antes que someterse a ese criminal demente. A esas horas Storm estaba convencida de que se había vuelto loco de lujuria y hambre de venganza. Tenía que ser. De otro modo no habría pasado más de dos años rastreándolos. Se estremeció en la oscuridad, un poco de ira y medio, otro poco de frío. El aire fresco la noche le castigaba el cuerpo desnudo.

En pocos minutos quedó atrás el verde valle que Storm consideraba suyo desde hacía dos años. Una vez más era prisionera de Billy Barlow.

-Cuanto menos, podrías darme una manta para abrigarme -dijo, glacial-. No te serviré de mucho si me pesco un resfrío o una fiebre.

Aunque murmurando por lo bajo, Billy sofrenó el caballo y desenrolló un poncho.

-Es una lástima tapar tanta piel bonita -sonrió al arrojarle la prenda-. Pero supongo que, desde ahora en adelante, puedo echarle un buen vistazo cuando se me antoje. ¿Cierto, señora?

Storm se negó a contestar. Con una risita burlona, él la ayudó a montar otra vez.

-Es curioso, pero ya no pareces tan altanera y orgullosa, grandísima zorra. Si la primera vez me llamaste tanto la atención, debió de ser por esa ropa fina que tenías puesta. Ahora no eres sino la ramera de un condenado indio, qué joder. -Deslizó una mano bajo el poncho para pellizcarle otra vez los pechos.- ¡Juuuu! Seguro que te ha enseñado muchos trucos de pagano, ¿eh? Bueno, siempre tuve antojo de procurarme una squaw, además de una dama. Ahora tengo las dos cosas al precio de una. ¡A la mierda! Eso sí que está bueno. ¡Cristo, si se me levanta con sólo pensarlo!

La muchacha, tiesa, sintió que le apretaba la virilidad henchida a través de los pantalones. Billy volvió a reír.

-Lástima que no tenemos tiempo para que me enseñes cómo lo hacen esos demonios rojos. Pero no importa. Una vez que nos saquemos de encima a ese comanche loco, tendremos un montón de noches para pasar juntos sin que nadie nos moleste. ¡Sí que la pasaremos de maravillas! ¡Juuuu! ¡No veo la hora...!

Y siguió parloteando, sin que le importara la falta de respuesta. Storm suspiró, cerrando los ojos y tratando de cerrar los oídos para no oír ese relincho de voz. Al fin se quedó dormida, cabeceando contra el hombro del forajido. Cuando despertó el sol se abatía ardoroso contra ellos; habían pasado la noche cabalgando. Con el correr del día empezó a asarse bajo el poncho que tenía puesto, pero prefirió pescarse una insolación antes que dejarse observar tan crudamente por los ojos de Billy Barlow. Por fin, a mediodía, sin poder soportar un segundo más ese sol abrasador, cayó desmayada.

Cuando recobró la conciencia, tenía un trapo mojado en la frente y alguien le estaba levantando la cabeza para acercarle una cantimplora a los labios. Aún aturdida, la muchacha no trató de moverse, contenta con relajarse y suspirar de alivio. En cualquier parte habría reconocido esos brazos fuertes, ese limpio olor viril, esa voz grave y sedosa. Wolf había acudido, como siempre.

-¿Te sientes bien, pequeña?

-Ahora que estás aquí, sí.

-¿Te—?

-No, ¡oh, Wolf!

Se aferró a él por un segundo, pero sin llorar. Aquellos días de histeria femenina habían quedado muy atrás. Tomó otro sorbo de agua y sonrió débilmente.

-¿Agua, Wolf? ¿Sabes cuántas cosas he tenido que soportar por un sorbo de tu curalotodo comanche?

El niño sonrió con orgullo, en tanto Wolf descorchaba la botella con los dientes para entregársela a Storm.

Después de tomar un par de sorbos, la muchacha logró incorporarse y enterarse de lo ocurrido. Descubrió que ya no estaba envuelta en el sofocante poncho, sino en una camisa de Wolf. Billy Barlow yacía muy quieto, a algunos metros de distancia. Storm descubrió con horror que aún estaba vivo; gemía demente, completamente desnudo y estaqueado al sol. Supo, sin necesidad preguntar, que Wolf le había cortado los párpados.

- Sacrebleu -susurró-, Wolf...

-Se lo buscó.

Su esposo había hablado con dureza y ella tuvo la prudencia de no proar, por cruel que le pareciera el castigo del criminal. Tragó saliva con dificultad y se volvió para no seguir mirando al delincuente. -Vamos a casa, Wolf, por favor. -No. Esperaremos -declaró firmemente su esposo. Billy Barlow tardó dos días en morir. Antes de que ocurriera había quedado ciego por el sol que ardía implacablemente contra los ojos que no podía cerrar; la lengua se le hinchó de sed, acallando

Librodot

por fin sus gemidos suplicantes cada vez más débiles. Storm estaba horrorizada por esa agonía lenta, pero Wolf no se dejó conmover por sus quejidos. Hasta la carita de Chance se mostró curiosamente severa y estoica a lo largo de toda la prueba. Storm comprendió que su pequeño tenía ya la marca de los comanches.

Por fin, ceñudo el semblante, Wolf cortó las ataduras de Billy y arrojó cadáver sobre el caballo del criminal, atándolo con firmeza. Storm observaba con nerviosismo los movimientos de su esposo. Un presentimiento enfermizo iba creciendo en ella.

-¡Déjalo! -rogó-. ¡Déjaselo a los buitres!

-Nada de eso, tesoro. Hay una recompensa por él, vivo o muerto. Eran las palabras que la joven temía oír. La fiebre inquieta que ella había creído aplacada para siempre volvía a correr por la sangre de su esposo. ¡Oh, maldito Billy Barlowi ¡Ojalá estuviera en el infierno por haber hecho que Wolf volviera a calzarse las pistolas y recordara su pasado! Durante todo el trayecto hasta Fin Terre le suplicó que no la abandonara, que pensara en la vida que compartían allí, en México; en el hogar que habían creado del páramo, en el refugio que construirían para los Kwerharehauh cuando llegara el momento, una tierra que los Ojos Blancos no pudieran quitarles. Pero Wolf no respondía, su pasado habían vuelto a abrirse por obra de Billy Barlow. Ni Storm ni su promesa a Tabenanika tenían potencia suficiente para curarlas. Nada podría detenerlo en Fin Terre.

El le devolvió la sonrisa. En sus ojos azules se aliviaron las sombras al probar que estaba en condiciones de bromear.

-Chance -llamó-, trae a tu maman esa botella de mescal.

El niño, que había estado de pie a un lado, en nervioso silencio, corrió a alforja de su padre y revolvió el contenido. Luego volvió apresuradamen junto a su madre, feliz de verla indemne. Por un momento Storm lo abrazó con fuerza, revolviéndole el pelo.

-Eres un buen niño, Chance -dijo ella-. Hiciste exactamente y sin vacilo lo que maman ordenaba. Le salvaste la vida con tu reacción rápida y valiente.

Antes de irse la poseyó una sola vez.

La cópula fue salvaje, apasionada, desesperada, como si fuera la última vez. La boca de Wolf se cerró contra la de Storm con hambre, posesiva y furiosa. Ella habría querido negarse, llena de miedo y dolor, pero temblaba al recordar lo que él le había dicho una vez: "Nunca te niegues a mí." ¿A qué intentarlo? El era demasiado fuerte; siempre había tomado lo que deseaba y esa vez no fue la excepción. Con un lento gruñido, le arrancó la ropa con ojos centelleantes y la recorrió con una mirada chispeante. Luego envolvió las manos en la nube de la cabellera suelta, para mantenerla inmóvil, y volvió a buscarle los labios. Como un hierro al rojo, marcaron un surco en la cara de Storm, chamuscándole las mejillas, los párpados, las sienes, antes de descender por un costado del cuello, hasta el sitio blando en que la nuca se une al hombro. Las crestas rosadas de los pechos se endurecieron bajo el fuego de sus dedos y su lengua, al igual que la ola de su femineidad al ser tocada; el deseo creció hasta la fiebre.

Ella gimió en señal de rendición, despreciándose por la debilidad que no podía evitar. Así sería siempre, aunque él la abandonara mil veces. Se había entregado a Wolf en cuerpo y alma y aun ahora, sabiendo que se le escapaba, no podía dejar de desearlo; lo necesitaba, lo amaba. Sin embargo, le dolía el corazón al arquear las caderas para recibirlo, sintiéndolo descender en espiral en su dulce calor, y se aferró a la espalda musculosa como si pudiera, con sus brazos, atarlo a ella para siempre, impedir que se fuera.

Pero no pudo.

Mucho después de que Wolf le borrara con suaves besos, sin palabras, las lágrimas silenciosas, ella seguía despierta, grabándose en la menté hasta el último detalle de la cara dormida. Aún estaba despierta cuando el alba se escurrió por el horizonte y él se levantó sin ruido para vestirse, sin enfrentarse a los ojos desolados que lo observaban. Storm era demasiado orgullosa para rogarle otra vez que se quedara, pero al final, en un último intento desesperado por retenerlo, se le escaparon de los labios palabras que lamentaría por el resto de su vida:

-¡Si te vas, no vuelvas a esta casa! -exclamó.

Los ojos de Wolf se clavaron entonces en los de ella de extremo a extremo de la l{habitación, momentáneamente oscurecidos por algo que ella no pudo sondear. Un momento después se había ido.

Una vez más, Cal Tyree esperaba en el majestuoso vestíbulo de Tierra con el maltrecho sombrero en la mano. Pero en esa oportunidad no tuvo que aguardar: casi de inmediato lo hicieron pasar a presencia de Gabriel.

Por un momento Cal se estremeció incontrolablemente bajo la mirada ranchero. Esos ojos pardos no eran sólo duros e implacables, sino que rebraban con una luz extraña, penetrante, medio loca, que asustó mucho al Asistente del comisario. Gabriel se encorvó hacia el escritorio, nervioso.

-¡La hallaste! -dijo el ranchero.

Cal no necesitaba preguntar a quién se refería. Aunque sólo había do algunos rumores, como todo el mundo, era bien sabido en toda la zona Gabriel North nunca se había recobrado de la

Librodot

pérdida de su bonita nofrancesa. Había gastado miles y miles de dólares en intentos de recuperarla, cada vez más obsesionado por la idea, dejando que las riendas de su o imperio pasaran poco a poco a las manos codiciosas de Joe Jack. Nadie se atrevía a decir directamente que Gabriel había perdido la cordura (aún era un hombre muy poderoso), pero eran muchos los que lo sospechaban. Cal frotó los pies contra el suelo, nervioso, retorciendo el ala del sombrero tre los dedos.

-No... no... no, señor North -tartamudeó, recordando los secretos rumores de lo que había ocurrido a quienes desilusionaban al ranchero por no recobrar a su prometida-. Pero... Pero le traigo buenas noticias, señor. ¡De veras!

-Bueno, Tyree, ¿de qué se trata? No te quedes así, como un idiota, haciéndome esperar. ¡Habla, hombre!

-Se trata... se trata del Lobo, señor. Hace dos semanas vino a Goliad con el cadáver de Billy Barlow. Cuando el comisario le hubo pagado la recompensa, se lió en un juego de póquer en la taberna de Miss Lily. Hubo un alboroto... parece que alguien agregó algunos naipes al mazo y...

-¡Termina de una vez, Tyree! -ordenó Gabriel, impaciente y con el pulso acelerado.

-Bueno, señor, el caso es que el comisario Yancey acusó al Lobo de disturbios en sitio público, lo encerró en el calabozo y me dijo que viniera volando a informarle que tenemos arrestado al cabrón, como usted dijo que hiciéramos la próxima vez que asomara las narices por la ciudad. ¿Qué hacemos con él, señor North? No podemos retenerlo por más de treinta días. Y el comisario ya está un poquito nervioso por lo que pueda hacer ese pistolero mestizo cuando esté suelto.

-Deja que yo me encargue de eso, Tyree. -Gabriel abrió una caja y contó cuidadosamente un fajo de billetes.- Esto es para ti, Tyree. El resto, para el comisario Yancey. Los dos os habéis portado muy bien. No voy a olvidarlo. Di al comisario que, si necesita algo, no tiene más que hacérmelo saber y... eh... Y lo mismo tú, Tyree.

-Sí, señor North. Gracias, señor. Muchísimas gracias.

Cal se encasquetó el sombrero, tironeando vigorosamente del ala. Una vez fuera del cuarto corrió hacia su caballo o poco menos, lanzando un grito de entusiasmo. Después, muy sonriente, galopó hacia la ciudad.

El comisario Yancey levantó lentamente la cabeza del pecho al oír el portazo y el tintineo de espuelas en el suelo. Luego observó astutamente a su asistente por debajo del ala del sombrero. Cal quiso hablar, burbujeante de noticias, pero el comisario le hizo un gesto imperceptible, ordenándole que dominara la lengua. Sus ojos lo interrogaron en silencio. A manera de respuesta recibió un leve y sonriente ademán afirmativo. Con toda deliberación, Yancey bajó los pies del escritorio, escupió una mascada de tabaco a la salivadera del rincón y lanzó un juramento, pues había fallado. Luego se levantó para descolgar un llavero de la pared y echó a andar por el breve pasillo hasta la celda donde tenía prisionero a Wolf. Las llaves tintinearon en la cerradura.

-Ya te puedes ir, Lobo. No me des más problemas. Y te quiero fuera de la ciudad antes de que caiga el sol.

-¿Este es año de elecciones, comisario? -inquirió Wolf, con una mirada que hizo correr escalofríos por la espalda del hombre.

-Eso no es asunto tuyo. Haz lo que te digo si no quieres estar aquí otros treinta días.

-No, gracias.

Wolf se encasquetó el sombrero. Luego hizo una pausa en el cuarto principal para recobrar sus pistoleras y las armas. -Vamos, Peterson, muévete.

Oyó que el comisario liberaba a los otros participantes de la riña (a quienes el comisario había tenido la prudencia de arrestar junto con Wolf, para acallar cualquier sospecha que el pistolero pudiera tener). -Date prisa, Bates, o la próxima vez que te emborraches te dejaré a de tu mujer y su palo de amasar.

-Oh, comisario -protestó el hombre, manso.

Wolf no esperó más.

-Adiós, Tyree -saludó al salir.

El sol era deslumbrante tras la relativa oscuridad de la celda. Wolf entorno los ojos por un momento antes de ir a retirar su caballo. Casi mecánicamente, revisó al animal para asegurarse de que lo hubieran tratado bien durante su encarcelamiento. Como todo estaba en orden, incluidas sus pertenencias y el rollo de mantas, montó a la bestia y lo azuzó hasta hacerlo

-Bueno, Cal -dijo Yancey, al verlo partir-, creo que no vamos a verlo un tiempo.

-No, señor. Creo que nunca jamás. El señor North... está esperando a mestizo con veinte hombres más, en las afueras de la ciudad. Cuando acacon él quedará poco para los buitres.

-Sí, bueno. Este asunto está fuera de nuestras manos, Cal. ¿El señor te dio mi parte del dinero?

-Claro, comisario. -Cal buscó el fajo de billetes en el bolsillo de la ca

-Qué bien. Qué bien, Cal. -El comisario dio una lamida a sú pulgar y los dólares con eficiencia.- Ven, te invito a una copa. -Cristo, qué amable, comisario.

Los dos cruzaron la calle hacia la taberna, aliviados de haberse librado Lobo, de una vez por todas.

Wolf estaba a quince kilómetros de Goliad, camino a Fin Terre, cuando los rufianes contratados por Gabriel cayeron éi. No estaba preparado para la emboscada. Al fin y al cabo, habían pasado más de dos años desde que el ranchero amenazara con matarlo. Aunque Wolf nunca había olvidado el anuncio, lo tomaron por sorpresa.

Observó con cautela al grupo de hombres que lo rodeaban. Reconoció que eran pistoleros como él... o peores, capaces de hacer cualquier ,por un dólar. Como era realista, Wolf no trató de engañarse en cuanto a oportunidades de sobrevivir. Eran demasiados como para que pudiera enfrentarlos a solas. Estaba acabado y lo sabía. Si trataba de desenfundar lo matarían al instante. Si esperaba... Bueno, qué diablos, él siempre había sido un jugador.

Se inclinó tranquilamente hacia el pomo de la montura, sin que su cara reflejara una sombra de miedo, y dio un leve papirotazo a su sombrero para mirar mejor a Gabriel North. Pese a su expresión triunfal por haber capturado al pistolero, el ranchero se estremeció al enfrentarse con los fríos ojos de medianoche. Una vez más se preguntó qué veía en ese hombre que pudiera perturbarlo tan profundamente. Era casi como si lo conociera de antaño. Sin embargo, estaba seguro de que sólo lo había visto aquel invierno, en el Llano Estacado.

Por fin decidió que debía ser efecto de la intensidad con que lo miraba y, desechando la idea, esbozó una sonrisa burlona.

-Bueno -recordó-, te dije que volveríamos a encontrarnos. Y si algo no se puede negar es que yo soy hombre de palabra. -De pronto dejó de sonreír.¿Dónde está Storm?

-Averígualo, si puedes.

Gabriel lanzó un juramento furioso. Luego ordenó, cortante: -Arránquenle la respuesta a golpes, muchachos.

En pocos segundos Wolf fue quitado de su caballo y golpeado sin misericordia. Ya estaba más muerto que vivo cuando el ranchero, por fin, dio la voz de alto. Aun así no había revelado el paradero de Storm.

-Mira, mestizo, eres más terco de lo que te conviene. -Gabriel levantó rudamente la cabeza ensangrentada de Wolf.

El odio que vio en la cara maltrecha del pistolero, arrodillado en el polvo, lo hizo retroceder involuntariamente un paso. Sus ojos parecían arder como brasas vivas. Los labios amoratados y partidos se abrieron en una mueca. Como si Wolf fuera un animal terrorífico y pútrido, el ranchero le soltó el pelo y apartó bruscamente la mano.

-¡Colgadlo! -ordenó con voz ronca-. ¡Colgadlo!

Librodot

LIBRO CUARTO

Oh, dulce dolor

Librodot

México, ISP

Chance llevaba tres meses oteando las montañas lejanas por sobre la curva del valle, buscando alguna señal de su padre. Se volvió con un suspiro angustiado y azuzó a su pequeño pony para que iniciara el regreso al hogar. Allí desmontó y, esforzándose por no llorar, caminó lentamente hacia la cama. Al ver la pequeña silueta deprimida, a Storm se le estrujó el corazón. Se arrodilló por un instante para estrecharlo con fuerza. Sabía cuál era su plegaria, pero no tenía palabras de consuelo que ofrecerle.

-Maman. -El niño contempló gravemente su cara adorable y triste, con diminutos hombros bien cuadrados en un gesto viril, como si esperara un doloroso desenlace.

-¿Sí, Chance?

-Ap' no va a volver, ¿cierto?

Hubo silencio por un momento, mientras Storm luchaba con su conciencia y propio miedo. Por f n decidió que para ambas era mejor enfrentarse a la verdad -No, hijo -respondió-, no volverá.

-¿Por qué, maman?

-No... no lo sé, Chance. No lo sé. Le dije... le dije... ¡Dios mío, perdóname ¡No fue en serio! -sollozó la muchacha. Luego oprimió la cara contra el rostro de su hijo, sollozando desgarradoramente.

-No llores, maman, por favor. -el niño le dio unas palmaditas torpes. - Yo cuidaré de ti. De veras.

-Claro que sí, hijo. -Storm se puso de pie, tratando de secarse los ojos. De pronto llegó a una decisión. No podían continuar así.- ¿Te gustaría salir de viaje, Chance?

-¿Adónde, maman?

-Oh, tal vez a San Francisco. Dicen que la ciudad está prosperando mucho desde que descubrieron oro en Sutter's Mill. Y nosotros necesitamos cambiar de escenario. Nos hará bien salir de aquí.

-Lo sé. Esto, sin ap, es demasiado solitario, ¿verdad?

-Sí, hijo. Ven. Vamos adentro a preparar tus cosas. Nos iremos inmediatamente: ¡hoy, ahora mismo! -Storm parloteaba animosamente, pues necesitaba acción por miedo a cambiar de idea.

En un rato muy corto recogieron sus pocas pertenencias. Storm soltó a los animales de corral para que pudieran defenderse solos. Montó a Madame Bleu, llevando por la brida a Asenap. Cuando hubieron llegado a la cima del valle no pudo resistir la tentación de volver la vista hacia Fin Terre, donde había sido tan feliz con Wolf y su hijo, aun sabiendo que eso acarreaba mala suerte.

"Adiós", dijo para sus adentros. "Adiós. En pocos meses volverá a ganarte la espesura y desaparecerás para siempre, igual que Wolf. ¡Oh, amor mío, amor mío! Lo que dije no era en serio. ¿Por qué has abandonado el hogar, a nuestro hijo, a mí?"

No hubo más respuesta que el quejoso susurro de los pinos y los álamos temblones. Con el corazón pesado en el pecho, la joven clavó los talones a los flancos de su yegua y partió al galope. Para Storm y su hijo fue un período triste y solitario. La sombra de Wolf estaba siempre entre ambos, aunque ya no lo mencionaban. Durante el día, cuando se detenían a tomar un sorbo de agua de las cantimploras y a comer un poco, no podían dejar de recordar lo que él les había enseñado. Por la noche, cuando Chance yacía junto a su madre en la oscuridad, Storm estudiaba el perfil del niño dormido y le dolía el corazón al pensar que Wolf hubiera podido abandonar a esa miniatura de sí mismo.

Mientras contemplaba las estrellas en el cielo negro, brillantes borrones vistos entre lágrimas, buscaba en su alma respuestas que no venían. Apenas tenía veinte años y ya le parecía haber vivido toda una vida.

A veces, si despertaba en medio de la noche larga y vacía, tenía la certeza de haber oído el roce del carruaje de su padre en el camino de grava que conducía a Belle Rive. Y en sus sueños se veía niña, corriendo por la alta casa de columnas blancas, bajo el dosel de las dulces mimosas que cobijaban el sendero. El padre descendía del carruaje y la alzaba riendo, para estrecharla con un hombro mientras besaba a su bonita maman. En otros sueños (pesadillas) escena cambiaba; la niña se convertía en una joven que huía frenéticamente por las calles enmarañadas de Nueva Orléans, con el olor azufrado de brea encendida en la nariz, buscando a sus padres en la muchedumbre - enloquecida. Luego se veía de pie en el cementerio, con la cara surcada de lagrimas bajo el tul de ébano. El cementerio se convertía en los jardines de aillance; el sombrío vestido de luto, en el níveo vestido de novia que nunca a llegado a usar. Y bailaba con André-Louis, luego con Gabriel, finalmente con Wolf. Se aferraba con fuerza a su esposo, sólo para descubir de pronto los hermanos Barlow o Caminador del Fuego habían ocupado su lugar. Y a verse corriendo por las calles, hacia el querido refugio de los brazos de Mammy. Sólo que, cuando llegaba a ellos, la vieja negra había muerto y eran los carnosos miembros de mamá Barlow los que la rodeaban. Storm se desasía para huir hacia la calle, donde Wolf la alzaba en vilo y la llevaba Llano Estacado, a la distancia. Al levantar la mirada, agradecida y a la luz de la luna comanche, veía que el oscuro

semblante de Wolf se contraía de rabia asesina y los colores de su pintura de guerra se fundían hasta convertirlo en un bravo apache. Ella caía del caballo, desmayada; entonces, aturdida, cobraba conciencia de haber olvidado algo; entonces se levantaba de un salto y se aferraba desesperadamente al niño que él tenía en los brazos, sólo descubrir que su bebé había muerto.

Era entonces cuando Storm despertaba siempre, bañada en sudor frío con gritos silenciosos desgarrándole la garganta. Más de una vez abrazaba desesperadamente a Chance, para asegurarse de que estuviera vivo y fuera de verdad. Acabó por tener miedo de dormir durante la noche, debido a las terribles pesadillas que asolaban sus sueños; unas ojeras purpúreas comenzaron sombrearle los ojos, causadas por las noches en vela y las preocupaciones. Se tornó pálida y flaca; se cansaba con mucha facilidad y con frecuencia se sorprendía dormitando en la silla de montar.

Un mes después, Storm y Chance, exhaustos, llegaron por fin a Laredo y pidieron alojamiento a la señora Ramírez. La mujer, al enterarse de su historia, se mostró feliz de recibirlos.

-Oh, señora Lobo... -La bondadosa mexicana sacudió la cabeza y se retorció las manos.- A su apuesto caballero tiene que haberle ocurrido algo para que no volviera junto a usted, ¿no? ¡Siendo la señora tan bonita y estando tan enamorado! Oh, sí, me acuerdo de cómo bailaron ustedes aquella noche. ¡Cómo la miraba el señor, tan orgulloso de que le perteneciera sólo a él. No: un hombre como ese no abandona a la mujer amada, señora, ni al hijo que ella le ha dado. No lo puedo creer.

-Fue culpa mía, señora Ramírez. Estaba... estaba dolorida y furiosa porque él nos dejaba. Le dije que no volviera nunca más. -Ah, señora... -La mujer sonrió.- ¿Cree usted que un hombre como ese prestaría atención a unas pocas palabras, si los quisiera a usted y a su hijo? No, algo le ha ocurrido, estoy segura.

-Se equivoca. --Storm se rehusaba a aceptar eso.- Es demasiado hábil con sus pistolas. Nos ha abandonado, señora, eso es todo. Tenemos que aceparlo.

La tendera no dijo más, comprendiendo que la muchacha estaba decidida. Pese a todo, estudió con ojos compasivos a Storm, notando lo mucho que esa dificil prueba la había afectado.

-Usted necesita descanso -afirmó-. Me llevaré al muchachito a la tienda para cuidarlo. No será ninguna molestia -agregó, levantando una mano para acallar las protestas de Storm-. Puede jugar con mi nieto. En el camino pasaré por el jacal de mi hija, que se alegrará de librarse por hoy de Manolito. ¡Es terrible, el pequeño! Ven, Chance. Tu madre está muy cansada. Deja que duerma un rato. Yo te llevaré a mi tienda y te enseñaré a romper una piñata.

-¿Qué es eso?

-¡Dios mío! ¿Nunca has tenido una fiesta para tu cumpleaños?

-Sí, pero muy pequeñas, señora. En nuestra casa de Fin Terre, con maman y... y con ap'.

-Cielos, criatura, ¿cuántos idiomas hablas? Pareces la Torre de Babel. Nada, nada. -La señora Ramírez agitó las manos, meneando la cabeza ante la expresión interrogante del niño.- Si no te han criado con la Biblia, no quiero enterarme. Una piñata es como un arcón de tesoros lleno de sorpresa. ¿Te gustaría una, Chance?

-Oh, sí, señora.

-Bueno, pues ven conmigo.

Pasaron casi dos semanas con la señora Ramírez. En ese tiempo Storm recobró gran parte de sus fuerzas, aunque su espíritu seguía depresivamente caído, por mucho que se esforzara en disimularlo. Aun así estaba decidida a continuar con su plan de acción, que consistía en continuar hasta Corpus Christi y luego a Galveston, donde se embarcarían para viajar a San Francisco rodeando el Cabo de Hornos. El trayecto era mucho más largo por mar, pero sería menos cansador que la ruta terrestre. Storm no habría podido explicar por qué se había decidido por San Francisco, pero algo en ella pedía a gritos un sitio nuevo, un nuevo comienzo, y el Oeste ya se le había metido en la sangre.

Al recordar la hostilidad con que los tabeboh trataban a los indios, compró ropas nuevas para Chance y para ella; eran ropas de Ojos Blancos, cosas que no usaba desde que había abandonado a Nueva Orléans, tantos años antes. Estudió su imagen en el espejo y no pudo reconocer a la muchacha que la miraba tan majestuosamente. Del audaz sombrero emplumado que coronaba su pulcro peinado hasta las elegantes botas de cabritilla, abotonadas a los costados, pasando por el adusto traje de montar, se vio desconocida. En Chance el cambio era aun más dramático. Storm le había cortado la desaliñada melena que le llegaba a los hombros, obligándolo a ponerse un traje limpio, pese a sus forcejeos y sus aullidos de disgusto.

-Tienes que aprender a ser hombrecito, Chance -le dijo ella, severa. -¡Un Ojos-blancos! -le espetó él.

-Ahora nuestro mundo es el de ellos. Tienes que aceptarlo, para que podamos abrirnos paso en él. ¿Entiendes? -preguntó en un tono áspero que él nunca le había oído.

Eso lo asustó. No reconocía a la madre que reía con él, persiguiéndolo por la ribera. Quedó carilargo.

-Oui, maman.

-Bon. Además, Chance, maman es Ojos Blancos.

-Antes no lo parecías -protestó él, nuevamente ofendido y desafiante. -Pero lo soy. -Storm dio un último tirón a la corbata de lazo. -Listo.

Así nadie adivinará que tienes una parte de indio.

-Oh, por cierto, señora -aseguró la señora Ramírez-. Caramba, si parece casi de la nobleza, como un aristócrata español, ¿no?

-Sí -reconoció Storm. De pronto miró a su hijo, súbitamente sobresaltada.

Lo que la mexicana le decía era cierto. El aspecto de Chance no tenía de indio. En verdad habría podido pasar por un español o un francés puro con su pelo negro y su piel morena. Los ojos azules se destacaban sobre sus pómulos altos; su mentón era arrogante, como si hubiera nacido en cuna oro. Casi mecánicamente, como si temiera los resultados, Storm despojó mentalmente a Wolf de su pelo largo y sus vestimentas indias para superponer la imagen a la de su hijo.

"Su madre era una castellana pura. En otros tiempos, su familia era tan querida y respetada como la mía en el país viejo. " "Cielos, Wolf no es mestizo en absoluto", pensó. "Sólo lo parece por su ropa y por su actitud, al igual que Chance. ¿Se castiga por algo de su pasado? Ya no importa. Jamás volvere a verlo."

Se volvió rápidamente, para que el niño no le viera las lágrimas que brillaban; sin anunciarse en los acosados ojos grises. Corpus Christi no había cambiado mucho desde la última visita de aunque estaba más grande y próspera. Varias construcciones nuevas brotado aquí y allá; el aire se llenaba con el golpe de los martillos. Los carros pasaban, cargados con materiales de construcción, balanceándose precariamente cada vez que una rueda se deslizaba en los numerosos baches que sembraban la ruta.

Storm sofrenó a Madame Bleu ante un hotel pequeño y tranquilo. No lujoso, por cierto, pero la muchacha estaba administrando su dinero con prudencia, pues no sabía cuánto costaban los pasajes a San. Francisco. Una mujer que viajara sola, sin más compañía que un niñito, no podía sino provocar extrañeza, pero Storm estaba preparada para las preguntas que sin duda le harían. En voz baja, algo trémula, explicó al posadero que su esposo había muerto por una picadura de serpiente de cascabel, en viaje de Laredo a Corthristi. Como llevaba consigo a Asenap, el caballo de carga que Wolf dejado en Fin Terre, la historia resultaba creible.

-Usted es una mujer valiente, señora -dijo el posadero-. Muy pocas habrían sabido sobrevivir en la planicie sin ayuda, sobre todo tratándose de una dama como usted. Ha tenido suerte de poder llegar hasta aquí con su hijo. Habitación número siete, señora. Por esa escalera, a la izquierda. Si necesita algo no tiene más que avisar. Haré que uno de los muchachos lleve a sus animales a las caballerizas.

-Gracias, monsieur. Es usted muy amable -replicó Storm-. Vamos, Chance.

Una vez dentro del cuarto, Chance miró de frente a su madre.

-¿Por qué mentiste a ese hombre, maman? ¿Por qué dijiste que ap' había muerto? Bien sabes que no es verdad.

-Lo sé, hijo, pero las blancas decentes no viajan solas. -No estás sola. Me tienes a mí.

-Lo sé, hijo -repitió Storm-. Pero no es lo mismo que contar con la protección de un esposo.

-¡Pero si tú tienes más puntería que muchos hombres, maman! Eso decía ap'. Eres muy capaz de cuidarte sola.

-Sí, Chance, pero se supone que las mujeres blancas no saben cuidarse solas.

-Eso es una tontería -apuntó el niño, con seriedad-. Creo que no me gustan las costumbres de los tabeboh. Son estúpidas. Usan demasiada ropa. Esta cosa que me has puesto al cuello... la... la corbata... es inútil e incómoda. ¿Y por qué quieren que sus mujeres sean ignorantes? Las mujeres deben saber muchas cosas. De lo contrario ¿cómo pueden cuidar de sí mismas y de sus hijos cuando su hombre sale a cazar o a atacar un campamento?

-Las señoras blancas tienen sirvientes o esclavos que las atienden, Chance.

-La esclavitud es mala. -El niño frunció el ceño.- Eso decía ap'. -Basta, Chance. El mundo no siempre es como nos gustaría. Debes aprender a aceptarlo o te convertirás en un renegado como tu padre. -Re-ne-gado. ¿Qué es eso?

-Una persona que no tiene raíces; alguien que desafía al mundo en el que ha nacido.

-Si siendo renegado me libro de usar esta cosa horrible al cuello, quiero serlo.

Storm suspiró, sin saber qué más decir. ¿Por qué las cosas eran siempre tan sencillas para los niños, que lo veían todo en blanco y negro, sin matices de gris?

Mimi La Roche miraba con atención a la mujer y al niño que esperaban abordar la diligencia. La propietaria de la taberna tenía buena memoria para las caras; aunque la muchacha había cambiado drásticamente de aspecto, ella estaba segura de que era la misma que El Lobo había traído consigo aquella vez. Jamás olvidaría su porte altanero, sus modales arrogantes ni el aristocrático acento francés que en ese mismo instante estaba oyendo. Mimi entornó especulativamente los ojos, pues ahora sabía que la joven era la desaparecida novia de Gabriel North; según algunos rumores, había sido raptada primero por los hermanos Barlow y luego por el Lobo;

otros aseguraban que la prometida había desdeñado al ranchero texano para casarse con otro. Gabriel North acudía ocasionalmente a su establecimiento; ella estaba segura de que el astuto ranchero había oscurecido los datos reales, para impedir que nadie supiera la verdad. Con ojos chispeantes de codiciosa expectativa, Mimi giró en redondo y cruzó la calle hacia la oficina del comisario.

Storm continuó dando instrucciones al conductor sobre los dos baúles que había comprado esa mañana, ignorando que había sido maliciosamente observada e identificada.

-Listo, señora. Creo que así estarán seguros -dijo el conductor, dando un último tirón a las sogas que sujetaban los baúles al techo de la diligencia. Luego bajó a tierra. -Permítame ayudarla, señora. Cuidado, ¿eh? Y ahora tú, hijo -subió a Chance después de Storm-. Saldremos dentro de algunos minutos, señora -agregó, levantándose cortésmente el sombrero.

-Gracias, conductor. -Storm se acomodó en el acolchado asiento. - Aquí, Chance. Quiero enderezarte esa corbata.

El niño se limitó a mirar por la ventanilla sin contestar, esforzándose por no llorar. Storm suspiró, notando lo parecido que era al padre cuando estaba de malhumor.

-Lamento lo de tu pony, hijo, pero no había remedio. Aunque hubiéramos viajado a caballo hasta Galveston, habríamos tenido que venderlos allí. No podíamos llevarlos a San Francisco, Chance.

El niño siguió en silencio, Storm, con otro suspiro, abandonó el intento de levantarle el ánimo. Al fin y al cabo, ella también había llorado al separarse de la fiel Madame Bleu, pero no podía hacer otra cosa. Storm necesitaba más del dinero que de los caballos.

Cerró los ojos, fatigada y lamentando sentirse tan deprimida. En ese momento la diligencia dio una súbita sacudida y partió de Corpus Christi.

San Francisco de California, 1853

El viaje en diligencia a Galveston y a San Francisco en Galveston se produjo sin incidentes. Ahora Storm y Chance estaban en la cubierta del navío que entraba lentamente a puerto, maniobrando con cuidado alrededor de los barcos abandonados que aún taponaban la bahía, restos de la Carrera del Oro. El capitán había contado a Storm que en 1851 había más de ochocientas embarcaciones ancladas en la ensenada y- abandonadas por su tripulación. Muchos habían desaparecido, pero quedaban varios que cabeceaban inquietos cuando las olas castigaban sus cascos vacíos.

El muelle en sí, cuando la muchacha y su hijo desembarcaron, era una sucia masa de toscas construcciones que se agrupaban al azar a lo largo de las calles holladas. Allí pululaban gentes de todas las nacionalidades: ingleses, alemanes, irlandeses, españoles, franceses, italianos, chinos y, de vez en cuando, un negro. Las voces se elevaban en todos los idiomas imaginables, discutiendo de negocios. Para Storm y Chance hubo apenas alguna mirada sin interés. La muchacha comprendió, sorprendida, que tampoco habrían llamado la atención con sus atuendos indios. Nadie reparaba en nada.

Miró a su alrededor, indefensa y horrorizada, en tanto descargaban sus dos baúles. No era eso lo que esperaba. Llegaba con la impresión de que San Francisco era una próspera metrópoli. Por lo que podía discernir, no pasaba de villorrio demasiado crecido. Chance se aferraba con fuerza a su mano, asustado por la inmensa actividad de alrededor.

Storm los miró fijamente, pues era la primera vez que veía a un chino. Dos usaban extraños sombreritos y llevaban el pelo tan largo como ella, en pulcras coletas a lo largo de la espalda. La parte de piel que no oculta por los pliegues de coloridas túnicas tenía un tinte amarillento; ojos oscuros se inclinaban como ranuras hacia arriba en una cara entusiasta y sonriente.

-i.Señolita viaje? -inquirió uno-. ¿Señolita tiene dinelo pala hotel? Ute señolita y pequeño muy buen lugal. Chop Chop. Sólo quince dólales...

-Yo lleva señolita -intervino el segundo-. Cuesta sólo doce dólales.

Se apoderó del baúl de Storm y comenzó a tirar de él hacia su vehículo. Primer chino protestó con indignación, jalando de la otra asa. Los dos hombres empezaron a discutir rápidamente en su propio idioma, tironeando del Storm, confusa y desconcertada, temía que en cualquier momento estallara una riña. Por fin comprendió que nadie tenía intenciones de acudir en su entonces acordaron que el primer chino los llevaría hasta el hotel, as el segundo los seguía con el equipaje.

Pese a todos sus regateos, acabó pagando diez dólares a cada uno. El costo la horrorizó, pues aún no era todo. Sabía que ese costo abrumador era relativamente barato en San Francisco, donde los huevos se vendían a un dólar cada uno. Preocupada, contó el dinero que le quedaba en el bolso; ya no estaba segura de tener lo suficiente para un cuarto de hotel. Se inclinó hacia adelante para decir al chino que había cambiado de idea y que los llevara a un depósito de carretas, pero el hombre limitó a sacudir la cabeza, sonriente.

-No lugal pala damas, señolita.

El vehículo se sacudía colina arriba, entre el alboroto, esquivando con habilidad a otros

vehículos y a transeúntes. Storm observaba con preocupación a Chance, que se apretaba los oídos con las manos.

-Ya nos acostumbraremos al ruido, hijo -manifestó con firmeza, para disimular que el bullicio la afectaba tanto como a él. Todo allí parecía más ruidoso: el repiqueteo de los cascos y las ruedas de los coches, el golpe de los martillos, las voces que gritaban en tantos idiomas diferentes, el trajinar de la gente en las calles, las riñas que estallaban aquí y allá, los portazos en las tiendas y las tabernas. Era horrible... ¡y cuánta suciedad! Hordas de hombres mugrientos y sin afeitar poblaban las calles; eran miles de aspirantes a mineros que habían llegado a San Francisco demasiado tarde para hacerse ricos y ahora vagabundeaban aturdidos, con los sueños hechos trizas y las esperanzas aplastadas, ya sin dinero. Muchos acampaban en tiendas donde aún no se habían levantado edificios. Algunos ofrecían en venta sus pocas pertenencias restantes a los costados de las rutas. Storm oyó pregonar cacerolas de hojalata por cinco dólares o más, palas por doce, cuanto menos. El costo de un caballo o una mula era increíble; la muchacha se horrorizó al pensar en el precio que habría podido obtener allí por Madame Bleu, Asenap y hasta el pequeño pony de Chance. Aferrada a su retículo, se negó a pensar en el asunto. A lo hecho, pecho. Había aprendido mucho tiempo antes que de nada servía llorar por lo pasado.

El ricksahw se detuvo ante un hotel que, si bien ruinoso, parecía bastante decente. El primero de los chinos los ayudó a descender, mientras el segundo retiraba los baúles de su vehículo. Storm pagó a ambos. Luego entró, después de indicar a Chance que se quedara cuidando el equipaje. Tal como temía, no tenía dinero suficiente para un cuarto. Momentos después estaba de nuevo en la calle, completamente afligida y desalentada.

-¿Qué pasa, maman? ¿No quieren darnos un cuarto? ¿Es... es porque saben que tengo parte de indio?

-No, Chance. No creo que eso importe aquí -le respondió ella, cansada, sin molestarse en explicar que, según sus conclusiones, él no tenía una gota de sangre india en las venas-. Creo que aquí nada importa, salvo el dinero, y temo que de eso nos queda muy poco.

-Bueno, entonces debemos hacer lo que hace ap'.

-¿A qué te refieres, hijo? -preguntó Storm, distraída y preocupada. -Matar a un hombre malo.

-¡Mon dieu, Chance!

-Oh, no te preocupes, maman. No debe de ser tan difícil. Aquí tiene que haber muchos. Mientras estabas en el hotel vi apuñalar a dos.

-¡Santa María! juró otra vez Storm, horrorizada.

¿A qué clase de lugar acababa de traer a su hijo? Hasta las mujeres eran vulgares y baratas. Una de ellas acababa de ser arrojada de la taberna, con el maletín en la mano. En ese momento se volvía con el puño en alto, lanzando rudos epítetos al caballero bien vestido que la había seguido a la calle. El sonrió, extendiendo las manos en un gesto encantador, pero la mujer continuó insultándolo en voz alta. Por fin el hombre se encogió de hombros y volvió al interior de la taberna. La mujer se agachó para levantar una piedra y la arrojó, furiosa, contra la figura que se retiraba. El proyectil se estrelló ruidosamente contra las puertas de la taberna, pero el hombre no volvió a aparecer. La mujer vaciló por un momento; luego recogió su maletín y se marchó a grandes pasos, sin prestar atención a los vítores y silbidos que le dirigían algunos de los mineros vagabundos.

Storm la siguió con la vista. Mordiéndose los labios, volvió su atención a la taberna, demorando la vista sobre el gran cartel clavado al piso alto. Decía: LA BON TON. Al cabo de un momento cuadró los hombros, decidida. No podían pasarse el día en la calle; algunos hombres comenzaban ya a reparar en ella y en el niño y evaluaban con ojos lujuriosos la esbelta silueta de Storm. Además, necesitaba fondos desesperadamente. La muchacha abordó a un hombre que le pareció algo más decente y le pagó cinco dólares para que llevara los baúles al otro lado de la calle, hasta la taberna. Una vez más indicó al niño que cuidara el equipaje y entró.

La Bon Ton era tan bulliciosa como el resto de la ciudad; no se parecía a la Gulf Coast de Corpus Christi, sino a la taberna de Gorda Vaca donde Storm había conocido a Wolf, pues era un estercolero. Contaba con el acostumbrado mostrador (cuyo espejo estaba quebrado en varios sitios), un inalterable pianista y un escenario, donde una ramera grotescamente gorda cantaba unas estrofas pícaras, para gran diversión de los clientes. La entrada de Storm hizo que varias cejas se enarcaran con sorpresa, pero ella levantó el mentón con altanería, sin parar mientras en las súbitas miradas libidinosas que la siguieron hasta la mesa del rincón, donde se estaba jugando una partida de póquer.

-¿La partida es privada? -preguntó ella-. ¿O puede participar cualquiera?

Los jugadores levantaron la vista con interés. Algunos sonrieron. Sólo uno se opuso a que ella participara y los otros lo acallaron de inmediato; dos de los hombres se levantaron de un salto para acercarle una silla. Ella tomó asiento y, con cierto nerviosismo, presentó su apuesta.

"TÚ sabes de esto", se dijo, tratando de calmar su nerviosismo. "Wolf te enseñó a manejar las cartas, como te enseñó tantas otras cosas. Conoces todas las trampas del juego, Storm."

Pese a todo tuvo que aspirar hondo, pues Wolf sólo le había enseñado aquellas triquiñuelas para que estuviera alerta a ellas cuando jugara. El mismo las empleaba muy rara vez y le había advertido que no lo hiciera, diciendo que nadie era tan odiado como el jugador tramposo: "Calculo que en el Oeste mueren más hombres ante una mesa de póquer que en ninguna otra parte, pequeña."

"¡Pero no me importa!", pensó Storm, enloquecida. ¡Tengo que ganar! De lo contrario ¿qué será de Chance y de mí?

Cautelosamente, con disimulo, sacó de su retículo la pequeña pistola que había comprado en Laredo para defensa propia; luego recogió sus cartas. Sabía de eso; sabía muchísimo; tanto, en verdad, que sólo un hombre entre todos los que la observaban notó que estaba haciendo trampas y cómo lo hacía. Estaba reclinado contra el mostrador, sonriente y sin decir nada; al fin y al cabo, sabía apreciar el trabajo experto y no era él quien estaba perdiendo dinero a manos de la muchacha.

Las horas pasaban lentamente; ante Storm crecía el montón de billetes y monedas. De vez en cuando ella levantaba la vista para mirar a través de las puertas, asegurándose de que Chance y los baúles estuvieran a salvo; por lo demás, no prestaba atención a cuanto la rodeaba, concentrada en el juego. Apenas reparó en el interés que comenzaba a despertar la mesa de póquer. Ignoraba que estaba a punto de vaciar los bolsillos a uno de los hombres más perversos y peligrosos de San Francisco: el minero que se había opuesto a que ella participara en la partida. Cuando el hombre arrojó sus últimos billetes a la mesa, su fea cara la miró con una sonrisa maligna. Sin esperar a que Storm mostrara sus cartas, puso las propias en la mesa.

-Cuatro señoras, señora -se burló, alargando la mano hacia el dinero de las apuestas.

-Cuatro caballeros, señor. -Storm deslizó deliberadamente los ojos por la sucia figura y puso sus reyes sobre las reinas de él.

-¡Maldita zorra! -rugió el minero, levantándose de un salto-. Me hiciste trampa. No sé cómo, pero aseguro que me hiciste trampa.

El hombre del mostrador dejó de sonreír y se preparó para actuar. Los ojos grises de Storm, duros como diamantes, miraban fríamente a su feo acusador, aunque por adentro temblaba como una hoja. Claro que ningún hombre era capaz de balear a una mujer, sobre todo delante de testigos.

En el mortal silencio que se había hecho en el salón, la muchacha replicó con suavidad:

-Y yo aseguro que usted es mal perdedor.

-¿De veras? -pronunció el hombre, encendiendo calculadamente un cigarro.

No apartes los ojos de los míos, pequeña. Yo puedo sonreírte, echar una pitada a mi cigarro, aplastarlo en el suelo, cambiar deposición y enganchar los pulgares en el cinturón. Y mientras tú miras todo eso, puedo matarte. Pero los ojos te denuncian siempre, Storm. Cuando alguien está por atacarte, sus ojos cambian de pronto por una fracción de segundo. ¡Es entonces cuando debes desenfundar!

Con el corazón palpitando en la garganta, casi ahogada, Storm mantenía los ojos fijos en los de su acusador. El minero dio otra pitada a su cigarro y lo arrojó bruscamente. Sus ojos cambiaron.

"¡Ahora, Storm, ahora!"

Su adversario echó mano del revólver. El hombre del mostrador hizo lo mismo. Storm también... y fue la más veloz de los tres.

... mantén la espalda contra una pared o contra el mostrador y vigila los espejos con el rabillo del ojo. ¡Muévete, pequeña! ¡Muévete mientras disparas!

Disparó y volvió a disparar, en rápida sucesión, moviéndose, lanzándose al suelo, rodando. Segundos después el minero estaba despatarrado en el suelo, manando sangre por los agujeros de bala que ella le había abierto en el vientre. La muchacha se levantó de un salto, de espaldas contra el muro, trémula y con los ojos muy grandes, enfrentada a la taberna terriblemente callada, sobrecogida.

Por una eternidad, al parecer, nadie se movió. Por fin el hombre del mostrador, viendo que su intervención no hacía falta, guardó su pequeño y mortífero Derringer en el bolsillo de la chaqueta y gritó:

-¡Li Kwan! ¡Li Kwan!

Un chino entró corriendo y bamboleando la coleta. -¿Sí, señó Brett?

-Saca a ese hombre a la calle y déjalo por allí. Chop Chop. -Sí, señó Brett.

Bueno, muchachos -continuó el hombre, en tanto el chino arrastraba el cadáver hacia la calle-, se acabó el espectáculo. -Giró hacia el mesero.- Sirve una copa a todos, Riley. La casa invita.

-Sí, señor Brett.

Los parroquianos gritaron de júbilo, agolpándose frente al mostrador para recibir una copa gratuita, olvidándose del tiroteo. El hombre del mostrador se acercó a Storm; ella, viendo que no habría más problemas, estaba ahora apoyada contra la pared, temiendo que en cualquier momento se le aflojaran las rodillas. Se sentía muy descompuesta; tragó con dificultad el vómito que le subía a la garganta.

"No puedo vomitar", se dijo. "¡No puedo vomitar delante de toda esta gente!"

-¿Se siente bien, señora? -preguntó el hombre.

Ella lo miró con aire estúpido por un momento, sin registrar la pregunta. Reparó vagamente en su pelo, prematuramente plateado (pues no parecía tener mucho más de treinta años), peinado hacia atrás; vio los ojos renegridos chispeantes, la nariz aguileña y el bigote planeado que pendía hacia abajo, ando una boca sensual, para enroscarse audazmente en las puntas. Vestía traje gris a rayas finas, de paño costoso; sobre el chaleco, una camisa blanca almidonada, Storm fijo su mirada en el alfiler de corbata, cuyo diamante parecía hacerle guiños. Ese era el hombre que había visto salir de la taberna sonriendo a la ramera pintarrajeada que le chillaba con tanta iracundia. Aturdida, la muchacha cayó en la cuenta de que él le había preguntado algo y miraba esperando respuesta.

-Dis... disculpe. ¿Qué... qué dijo usted, monsieur?

-Le pregunté si se sentía bien, señora -repitió él.

Ella asintió lentamente.

-Sí... creo que sí.

-La veo algo alterada... lo cual es comprensible, dadas las circunstan. -Galante, apartó una silla para ella.- ¿No quiere sentarse? -Sí... gracias. Es usted muy amable, monsieur. -En absoluto. Es un placer. Permítame hacerle servir algo. ¿Un coñac?

-Sí, gracias. -Storm trató de recobrar la compostura.- Un coñac me caería muy bien.

-Un coñac para la señora, Riley -pidió el hombre. Y cuando llegó la bebida le dijo -A ver, tome algunos sorbos de esto. El fiero líquido ambarino quemaba; Storm lo bebió de prisa. Gradualmente fue recobrando en parte el color. -¿Se siente mejor? -preguntó su benefactor. Ella volvió a asentir con la cabeza. De pronto levantó una mirada nerviosa.

-¡Mi hijo!

-¿El pequeño de afuera? Está con Li Kwan. ¿Lo ve? -Señaló hacia las de la taberna, donde se veía al chino que conversaba amigablemente Chance; el niño estaba radiante. -Li Kwan debe de estar contándole un cuento de dragones. Permítame presentarme, señora. Brett Diamond, propiede este establecimiento, a sus órdenes. . -Storm... Lesconflair, monsieur -replicó la muchacha, alargando la mano.

El le rozó apenas los nudillos con los labios, a la manera cortesana.

-Perdone usted, señora, pero su mamá debería haberla llamado Rayo. Los suyos fueron los disparos más veloces que he visto en mi vida!

-Es que... tuve un buen maestro -explicó Storm. De pronto se sentía al borde del llanto. Trató de no pensar en Wolf, pero era difícil; las rápidas lágrimas de los últimos tiempos volvieron a sus ojos. Echó mano de su retículo y Un pañuelo limpio. -Tendrá usted que disculparme. Creo que todavía estoy algo alterada.

-Es muy comprensible, señora.

Pocos minutos después, ya más serena, Storm cayó en la cuenta de que aún tenía el revólver fuertemente apretado en las manos; lo dejó caer en su bolso y recogió cuidadosamente sus ganancias.

-Ha sido muy amable, señor Diamond. Si me permite importunarlo por un momento más, ¿podría indicarme dónde está la oficina del comisario, para que pueda informar lo ocurrido y pagar el funeral de ese hombre?

-Caramba, qué actitud tan decente... Pero usted ha de ser nueva en San Francisco, señora. Aquí no tenemos representantes de la ley. En cuanto a los funerales. ¡Por Dios! Con los asesinatos que hay en esta ciudad, creo que los cadáveres se arrojan a la bahía, simplemente.

-¡Pero eso es horrible!

El se encogió de hombros.

-Así es la vida.

-En ese caso, le agradecería mucho que buscara a alguien para que me ayudara a trasladar mi equipaje al hotel de enfrente. Debo... debo confesar que mi hijo y yo llegamos a San Francisco esta misma mañana; temo que todo esto ha sido algo excesivo para mí. Estoy muy cansada.

-No quiero ser entrometido, señora, pero... ¿no ha venido con su esposo?

-No, monsieur. Mi esposo ha... -Storm vaciló antes de lanzarse: -Nos ha abandonado, a nuestro hijo y a mí. Vinimos a San Francisco para iniciar una vida nueva. Usted ha de preguntarse por qué entré a jugar en esta taberna. No fue algo muy digno de una dama, ahora lo comprendo, pero... Estaba desesperada. No conozco a nadie en la ciudad... y nuestros pasajes fueron bastante caros... y tampoco tenía idea de lo costoso que sería vivir aquí.

-Perdone, señora, pero ¿me equivoco al interpretar que usted está en San Francisco sin fondos ni amigos?

-Oui, monsieur. Por favor... ya le he hecho perder demasiado tiempo con mis problemas.

-Un momento, señora. -Al ver que Storm se levantaba, Brett la detuvo poniéndole una mano en el brazo.- San Francisco es una ciudad violenta. No puedo permitir que usted se vaya así, sin amigos ni dinero.

-Ahora tengo dinero, monsieur. "

-Sí, pero eso no le durará mucho tiempo, se lo aseguro.

-Ya me las compondré de algún modo. ¡Tengo que irme!-Bueno, señora... si le interesa, podría hacerle una propuesta.

Los ojos de Storm se convirtieron en hielo. Su voz se tornó glacial. -No me interesa, señor Diamond. Disculpe usted si mi conducta indecorosa le ha dado motivos para pensar que...

-Soy yo quien debe pedir perdón, señora Lesconflair. -Lesconflair es mi apellido de soltera, señor Diamond. -Pues disculpe usted, señora...

-Lobo -informó Storm, preguntándose por qué no lo había dicho desde un principio.

-...Señora Lobo, pero mi proposición no tiene nada que ver con lo que usted pueda haber imaginado. No tuve la menor intención de ofenderla. Está muy a la vista que usted es una dama hecha y derecha. Ocurre que mi encargada abandonó el empleo esta mañana. Yo iba a ofrecerle a usted ese puesto, si le interesa. El sueldo es de cien dólares por semana, más alojamiento y comida, tanto para usted como para su hijo. Creo que el niño no ocupará mucho espacio ni comerá demasiado. -Brett le sonrió.- Además, me parece que se ha encariñado mucho con Li Kwan.

Storm miró otra vez hacia las puertas del salón, donde Chance seguía garlando con el chino, muy entusiasmado. La joven hizo una pausa para pensar. Tenía ante sí una salida a su dilema. Era una tontería no aprovecharla. No a nada de San Francisco y lo que llevaba visto no era alentador. Sólo Dios a qué otras perspectivas tendría. Cuanto menos, el señor Diamond era un caballero y le había ofrecido un trabajo decente, aunque fuera en una taberna. Respiro hondo, elevando a Dios una silenciosa plegaria de gratitud por su salmición.

-¿Cuáles serían mis funciones, señor?

-Saludar a los parroquianos, cuidar de que a todos se les sirvan bebidas, manejar a las chicas, distribuir naipes... ese tipo de cosas. No es difícil y al establecimiento cierta distinción.

-Yo no soy prostituta, señor Diamond.

-Nunca pensé que lo fuera, señora Lobo. No pretendo que reciba en el alto. Para eso tengo a otras mujeres.

-En ese caso, monsieur, acepto su ofrecimiento, pero con dos condiciones La primera es que me dé rienda libre para limpiar su taberna. Este lugar barato y sus muchachas, muy vulgares. No permitiré que mi hijo se críe en semejante tugurio. Si lo que desea es distinción, yo me encargaré de dársela. Segunda es que... tampoco seré su amante.

Brett volvió a sonreír.

-Muy justo, señora Lobo.

-Por favor, llámeme Storm -indicó ella, lamentando haberle dicho su estado de casada, al fin y al cabo-. No quiero pensar en mi esposo. -¿.Y si la llamara Rayo Francés? Todas las muchachas tienen apodos y me gusta.

-Está bien.

-¿Bebemos algo para celebrar? Riley, una botella de coñac y otra copa, favor. -Cuando llegaron las bebidas, él levantó su copa.- Brindo por una relación mutuamente satisfactoria. Eso sí, Rayo: cuando trabaje para mí y le toque dar cartas, use el mazo comenzando por arriba. Esa noche Store y Chance gozaron de una comida caliente y durmieron con un techo sobre la cabeza, para gran alivio de la joven. Tras la pulla de sobre sus trampas temió, por un momento, que él tuviera intenciones de delatarrla. Contuvo el aliento por largo rato, sintiendo mentalmente que una mano le ceñía el cuello... pues no dudaba que los amigos del feo minero muerto se apresurarían a ahorcarla, dadas las circunstancias. Sin embargo, Brett se limitó a reír y le dijo que no se preocupara.

-Admiro a las mujeres de agallas, Rayo -le dijo-. Si usted no hubiera sido tan veloz con la pistola, yo mismo habría matado a Hawkins. Un hombre no debe disparar contra una mujer, cualquiera sea la provocación... cuanto menos en mi establecimiento.

Storm le agradeció su protección y subió al cuarto que compartiría con Chance. El niño estaba profundamente dormido, con una sonrisa curvada en la cara apacible: en el puño apretaba un diminuto dragón tallado. La muchacha sonrió suavemente para sí.

"La Bon Ton no es nuestro hogar y Brett no es Wolf", se dijo, "pero aquí Chance y yo construiremos una vida nueva. Juntos hallaremos el modo de ser felices; lo juro."

A la mañana siguiente Storm inició sus tareas como encargada de la taberna. Lo primero que hizo fue cerrar el establecimiento. Sobre las protestas del adormilado personal (que no estaba habituado a despertar tan temprano) y la indiferencia con que Brett se encogió de hombros ante las quejas, la muchacha hizo que Riley colgara un enorme cartel en la fachada: CERRADO POR REMODELACION. Luego reunió a todos los empleados para explicar las nuevas normas y procedimientos de la Bon Ton. Muchos la miraban con hostilidad; algunos levantaron la voz para preguntar qué derecho tenía ella a darles órdenes, pero pronto callaron: Brett, sonriendo divertido con una comisura de la boca, los brazos cruzados contra el pecho, no hacía ademán alguno de desautorizar a Storm.

La joven ignoraba cómo se maneja una taberna, pero se la había educado para administrar

una enorme plantación y aplicó de inmediato sus conocimientos a la Bon Ton, pensando que las cosas no podían ser muy diferentes. Siempre había cuentas a llevar, tareas que hacer y gente que supervisar. Se enfrentó directamente a los empleados de Brett, aspiró hondo e inició su discurso.

-Como todos sabéis, la encargada de Monsieur Diamond -lo señaló respetuosamente con la cabeza- renunció ayer mismo. Yo soy su remplazante: Rayo Francés.

Ante eso hubo un par de sonrisas, pues todos sabían cómo había adquirido ese apodo.

-Magnífica puntería, señora -comentó un hombre, entre aplausos.

Storm sonrió, agradeciendo el cumplido, pero volvió a ponerse seria.

-No sé ni me importa cómo manejaba esto Sally Pimienta. Monsieur Diamond me ha dado carta blanca para efectuar todos los cambios que considere necesarios y, desde ahora en adelante, las cosas se harán a mi modo. Quienes no crean poder satisfacer mis exigencias pueden solicitar su paga para irse ahora mismo. Monsieur Diamond se encargará de liquidarles los sueldos adeudados.

Sólo una mujer se adelantó hacia Brett, que esperaba con la caja en la mano. Para Storm fue un alivio notar que era la grotesca ramera gorda que cantaba canciones picarescas, pues había pensado despedirla. Los otros se quedaron.

-Desde ahora en adelante -continuó-, el lema de la Bon Ton será:”distinción y limpieza." No voy a tolerar la dejadez en el aspecto personal ni en la conducta. Eso es algo que atrae a la chusma como a las moscas, y no esese el tipo de clientela que este establecimiento quiere atraer en el futuro. Para hacer de la Bon Ton uno de los salones más exclusivos de San Francisco abierto sólo a la créme de la créme de la ciudad. Allí está el dinero de verdad. Si tenemos como clientes a esas personas, en La Bon Ton habrá más dinero para gastar, naturalmente, y todos vosotros recibiréis los correspondientes aumentos de sueldo, cada uno según su desempeño. Los que actúen bien serán recompensados. A los que fallen se los despedirá inmediatamente. No habrá segunda oportunidad para quien no esté dispuesto a ejecutar su trabajo como debido. Si hay entre vosotros otras personas que no crean poder cumplir mis exigencias, pueden recoger su paga y retirarse.

Otros cuatro se fueron, gruñendo por lo bajo. Storm los ignoró impertérritamente y prosiguió.

-Ahora bien: lo primero que haré esta mañana será entrevistar personalmente a cada miembro del personal, inspeccionar los cuartos y los guardarropas y hacer una lista de las necesidades que vea. Cuando hayan terminado las entrevistas cada uno se pondrá su ropa más vieja y se presentará a trabajar. Pasaremos los próximos días restregando este salón con trementina, de arriba abajo. He descubierto que está infestado de piojos y pulgas. Todas las prendas que pasen la inspección serán inmediatamente entregadas a Li Kwan pata que las hierva en la cocina. Además, todos vosotros os bañaréis escrupulosamente para liberar el pelo y el cuerpo de esos insectos. No dudo que algunos de vosotros estáis plagados de ellos.

"Cuando todo eso haya sido cumplido, pondré a los hombres a hacer las reparaciones necesarias y a las mujeres, a coser. Cuanto más trabajéis y menos tiempo perdáis en quejaros, antes reabrirá la Boa Ton. ¿Alguna pregunta? No hubo ninguna.

-Bien. Comenzaremos inmediatamente. Annie Whisky -llamó Storm,

Dando un vistazo a su lista de nombres. -Hablaré primero contigo; después, con Muñeca China, Ligas Doradas, Rita Flamenco, Kate CoS de Bronce y así hasta acabar con la lista, que estará clavada sobre el mostrador. Adelante, señoras y señores.

En el curso de dos meses Storm puso a la Bon Ton en forma. La noche de la gran reinauguración bajó graciosamente la escalera desde los cuartos del alto y, después de estudiar el salón, se enorgulleció de su logro. El Bon ha relucía. Storm había aprovechado a fondo lo que viera en lo de Mimi, allá Corpus Christi. En las ruedas de carreta que colgaban del techo brillaban lámparas de bronce. No había una sola mancha en el espejo con vetas doradas que había reemplazado a su antecesor sobre el bar; las copas alineadas los estantes chisporroteaban a la suave luz. El mostrador, a su vez, había sido lijado, teñido y lustrado con cera de abejas hasta relumbrar con un pulido Oscuro, igual que el suelo de maderas duras, el escenario y los muebles. Los Muros estaban recubiertos de papel dorado claro. En las dos ventanas delanteras pendían elegantes cortinas de seda roja, iguales a las del escenario, que complementaban las alfombras de pana roja de la escalera y el piso alto. Plantas verdes en tiestos y salivaderas de bronce completaban el cuadro de la planta baja. Storm sabía que el piso alto lucía igualmente bien.

-Es una belleza, maman -susurró Chance, a su lado.

-Estoy de acuerdo -manifestó Brett. Pero miraba a Storm.

Ella se ruborizó graciosamente, muy segura de que esa noche estaba encantadora. El vestido amarillo, con los volantes del cuello y las pequeñas mangas que caían de los hombros, tenía un escote escandaloso y exhibía con atrevimiento los pechos maduros, que habían vuelto a tener la piel de crema, pues la joven ya no pasaba sus días bajo el recio sol de Texas. La cintura encerrada en el corsé, tan estrecha como la de una jovencita, lucía un corselete con un lazo a la espalda y una rosa de satén amarillo. El ruedo del vestido se recogía en frunces aquí y allá, dejando entrever las espumosas enaguas de encaje blanco. Había enhebrado finas cintas amarillas a la masa de sus

Librodot

negros rizos sueltos. Un abanico pintado a mano completaba el conjunto.

-Corre a la cocina, hijo, y di a Li Kwan que ya debe darte la cena. Luego te acuestas. Más tarde subiré a arroparte.

-Oui, maman.

-Es un buen niño -dijo Brett, adelantándose para ofrecer el brazo a la muchacha, en tanto Chance se alejaba correteando. -Es bueno, sí.

-Has hecho un trabajo estupendo, Rayo. Me cuesta creer que sea el mismo lugar. Estoy orgulloso de ti -susurró él, mirándola con ojos centelleantes Luego le estrechó la mano. -Cenemos juntos esta noche, para celebrar. A Storm se le aceleró el corazón al responder: -De acuerdo.

Habría debido rechazar esa invitación, pues en las semanas transcurridas Brett había dejado bien en claro que la deseaba, que trataría de seducirla a la primera oportunidad. Y ella todavía amaba demasiado a Wolf como para permitirlo. No obstante, le pareció grosero rechazar la cena. Brett había sido muy amable con ella al recibirla y ofrecerle protección. Y tampoco le impondría sus atenciones, pues era demasiado caballero para eso. En realidad, Storm no confiaba en sí misma. Brett era muy apuesto, muy culto y pulido; le recordaba demasiado a todo lo que había dejado en Nueva Orléans. Y ella estaba demasiado sola. En el fondo de su corazón, la joven sabía que sólo se interponía entre ellos su amor por el hombre que la había abandonado. A no ser por la sombra de Wolf, a esas horas habría sido la amante de Diamond. Toda San Francisco creía que lo era y ella no desmentía el error. Una mujer sola era presa fácil para cualquier hombre; al menos, eso creían todos. Aunque Brett era apostador profesional, no le faltaba celeridad con el revólver y se comentaba que tampoco tenía reparos en demostrarlo. El rumor de que eran amantes servía para mantener a Storm a salvo de atenciones masculinas indeseables, pues eran muchos los que no la creían hábil con las armas, pese a la anécdota de su enfrentamiento con el minero feo.

-Rayo, Rayo, ¿dónde estás? -preguntó Brett, volviéndola bruscamente a la realidad.

-De pie a tu lado -respondió ella en tono ligero, para evitar la pregunta-. ¿Abrimos?

-Cuando consideres que todo está listo.

-Primero me gustaría decir algunas palabras al personal. Todos han trabajado mucho.

-Por supuesto.

Storm se aproximó lentamente al escenario, donde estaban todos los empleados reunidos a la espera de instrucciones. Ella sonrió con orgullo al verlos. Ya no había allí mujeres baratas y pintarrajeadas ni hombres sucios y sin rasurar. Al tratarlos como a damas y caballeros, no como a rameras e inútiles, Storm les había devuelto el orgullo y la autoestima. Las muchachas estaban -ahora artísticamente maquilladas para realzar su belleza natural. En vez de los vulgares vestidos hasta la rodilla que usaban antes, cada una lucía el atuendo típico de sus orígenes. Muñeca China se había convertido en una belleza exótica, con su colorido kimono de seda, su ancho obi y su abanico pinado a mano. Rita Flamenco estaba deslumbrante con el tradicional traje de volantes que usaban las bailarinas españolas. También los hombres estaban acicalados hasta las uñas; todos vestían una correcta camisa con ligas en las mangas y pantalones oscuros, aunque no había atuendo tan costoso ni complicado como el traje de paño que lucía Brett. Los únicos llamativos eran los dos gemelos, primos de Li Kwan, a quienes Storm creía miembros dealgún tong chino: tenían el torso desnudo y las piernas cubiertas por pantalones orientales, sujetos a la cintura con un corselete. El efecto era impresionan
te y bastaría para disuadir a los alborotadores, pues los gemelos flanqueaban la puerta como dos dragones chinos. Hasta cierto punto, asustaban a la misma Storm con sus caras impasibles y los musculosos brazos cruzados sobre el pecho amplio; cada uno llevaba en el corselete una pistola y una daga de aspecto maligno.

La joven carraspeó.

-Sólo quiero tomarme un momento para deciros a todos lo maravillosos que estáis esta noche y cuánto os agradezco lo mucho que habéis trabajado en estos dos meses. El éxito del Bon Ton se deberá en gran parte a vuestros esfuerzos.

Todos aplaudieron. Storm esperó algunos minutos a que se apagaran los vítores; luego levantó una mano para pedir silencio. -Quiero recordar a las señoritas que no tienen ninguna obligación de acompañar al piso alto a un cliente que no les agrade. Si algún parroquiano se pone intratable, pedid ayuda a uno de los señores o a los custodios. Esto vale también para ti, Pequeña Italia. Nada de clavar estiletes en nuestros huéspedes, ¿entendido?

La muchacha mencionada enrojeció; luego se recogió mansamente las medias para retirar el puñal que llevaba en la liga.

-Disculpe, señorita Rayo -pidió, entregándole el arma.

Storm volvió a sonreír.

-Maintenant, mes amis, hagamos el orgullo de Monsieur Diamond.

Joe Jack miró la lanza india clavada en uno de los postes del corral y juró: -¡Malditos comanches!

Con otra fuerte palabrota arrancó el arma ofensiva, la partió contra una rodilla y la arrojó al

polvo.

-Ojalá no hubieras atacado nunca a esos condenados indios, papá. Desde el recuento de anoche nos faltan seis cabezas más. ¡Cristo, se ponen más audaces con cada incursión! En cuanto nos descuidemos incendiarán la casa... con nosotros adentro.

-Estás diciendo idioteces, como de costumbre, Joe Jack -replicó secamente Gabriel-. Con tantos hombres como tenemos custodiando el lugar, esos demonios rojos no se acercarán ni a dos kilómetros.

-¿No? ¿Y cómo hicieron para llevarse seis cabezas de ganado bajo nuestras narices? -Para eso Gabriel no tuvo respuesta. -Qué demonios, papá -continuó Joe Jack, impaciente-. Ya llevamos más de cuatro años así, todo por culpa de esa maldita novia que nunca te quiso.

-¡Cierra el pico, mocito!

-No me voy a callar, papá. ¡Qué joder! Esos comanches nos están costando una fortuna. Calculo que nos han robado quinientas cabezas de ganado desde aquel verano en que les atacaste el campamento, por no hablar de los caballos que se llevaron, algunos de ellos de muy buena raza. ¿Cuándo piensas ponerle fin a esto, papá?

-Cuando esté listo. Ni un segundo antes. Tengo otras cosas en que pensar, aparte de este asqueroso ganado.

-¡Bueeeeno! ¡Que me aspen! ¡Nunca creí que te oiría decir eso! ¡Al diablo! Parece que es cierto lo que se dice por ahí. Te has vuelto loco de atar, papá; así es. Esa condenada francesa te ha hecho perder la chaveta.

-¡Te dije que te calles, Joe Jack!

-Bueno, ¡qué demonios! Eso es lo que dice la gente. ¿Y qué otra cosa puedo pensar, si pierdes el tiempo tratando de hallar a una francesa que nunca te quiso, en vez de usarlo en proteger los intereses de Tierra Rosa? -iNo te refieres a tus propios intereses, mocito? ¡Je! -resopló Gabriel. Hizo una mueca burlona-. El rancho todavía no es tuyo, Joe Jack; no sé cuantas veces tengo que decírtelo para que te entre en esa cabeza dura. Y te voy a decir algo más, grandísimo lengua larga: te conviene andarte con cuidado, desde ahora en adelante, porque estás pisando hielo delgado, mocito. Pase cuando yo vuelva de San Francisco bien puedes haberte caído al agua. Joe Jack entornó astutamente los ojos. -¡.Qué quieres decir con eso, papá? -Te he intrigado, ¿eh? ¿Por qué crees que esta vez no llevo el ganado a los mataderos de Nueva Orléans, sino a los de San Francisco?

-Caramba, no lo había pensado. Supongo que la carne se paga mejor en California que en Louisiana.

-iJa! ¡Qué poco informado estás! Mira, no eres tan sagaz como crees. He localizado a mi futura esposa en San Francisco -pronunció Gabriel, triunfante-. Y cuando vuelva a Tierra Rosa voy a organizar la fiesta de bodas más grande que se haya visto en este estado.

-¡Por Dios, papá! No te das por vencido, ¿eh? No puedes darte por vencido.

-Nadie vence a Gabriel North, mocito. ¡Nadie! Y acuérdate bien de eso.

-¡Estás loco! -gritó Joe Jack, furioso, a la silueta de su padre, que se retiraba-. ¡Ella no te quiere! ¡Oh, diablos! -juró. Luego dio tal puntapié al poste de la cerca que estuvo a punto de quebrarse un dedo del pie.

La reapertura del Bon Ton fue un gran éxito. Asistió todo el que era alguien en San Francisco, aunque sólo fuera por curiosidad. Se había divulgado la historia de la notoria pelea a balazos y eran muchos los que deseaban echar un vistazo a la mujer que, según rumores, había liquidado al malvado Colemanwkins y era ahora la amante de Brett Diamond.

-Tengo que reconocerte algo, Brett -dijo un hombre, observando apretativamente a Storm desde lejos-: tienes un gusto estupendo en cuestiones de res.

Brett se limitó a esbozar su extraña y enigmática sonrisa; luego siguió jugando a las cartas como de costumbre. Y como de costumbre, sus ojos renegridos siguieron vigilando el salón como los de un halcón. Hasta entonces lo había hecho porque Sally Pimienta era una encargada poco fiable, en el mejor de los casos; con frecuencia se embriagaba y permitía que los clientes le hicieran trampas. Storm, en cambio, no tenía nada de incompetente; la vigilancia de Brett nacía en el deseo de protegerla. De pronto frunció el ceño. Hacía mucho tiempo que no se interesaba realmente por una mujer, aunque siempre trataba a sus amantes con amabilidad y las dejaba con una sonrisa cuando se cansaba de ellas.

"¡Qué ironía!", se dijo. "Ni siquiera he besado a esta mujer, aunque toda San Francisco cree que es mi nueva amante. Me he prendado como un tonto de alguien que está enamorada de otro hombre. Me gustaría saber qué clase de hombre es, por qué la abandonó si ella lo amaba tanto y lo ama todavía. Sólo un tonto podría cansarse de Rayo Francés. Y sólo un pillo pudo dejarla sin recursos, sin amigos ni fondos, para que se las arreglara por el mundo con el hijo que él le hizo. Ah, todos somos tontos, los hombres. Nos idiotizan una mirada, un beso y nuestros propios deseos."

Bajó la vista a sus cartas y se encogió de hombros al ver que había ganado la mano.

Librodot

Siempre ganaba. Recogió sus ganancias al descuido, decidiendo que Rayo Francés también acabaría por ser suya.

Storm se movía con gracia; sólo una vez se escabulló para arropar a Chance, tal como había prometido. Luego continuó paseándose entre las mesas; saludaba amablemente a los clientes con la cabeza y, de vez en cuando, se detenía a conversar con los pocos que había conocido al salir con Brett, en busca de muebles nuevos. Todo marchaba muy bien. Sólo se había producido un incidente: un parroquiano se puso a molestar con Red la Forajida, una muchacha irlandesa que, según rumores, había huido de su patria después de matar a un hombre. Bastó una rápida mirada a los gemelos, Li Chang y Li Fang, para que ellos se encargaran del asunto. El hombre involucrado no sería admitido nunca más en el Bon Ton.

Segura de que todo se desarrollaba sin inconvenientes, Storm relevó a Kate Corazón de Bronce, que estaba dando cartas en una de las mesas, e indicó por señas a Riley que le llevara una pequeña medida de coñac.

Por fin llegó la hora de cerrar. La muchacha se levantó para dar las buenas noches a todos. Luego se deslizó por el pasillo hasta la oficina de Brett, donde Riley entregaría la caja después de cerrar. Minutos después se le unió Brett, con una botella y dos copas en la mano.

-¿Qué es eso? -preguntó Storm.

-Champaña francés para Rayo Francés. -El descorchó la botella.- Lo mejor de lo mejor. Por tu éxito, querida.

-Y por el tuyo -respondió la muchacha, bebiendo el burbujeante contenido de su copa-. Al fin de cuentas el salón es tuyo.

-Ah, sí, pero eres tú, querida, quien le ha dado realmente bon ton.

La miró con fuego en los ojos. Storm se ruborizó, deseando que el corazón dejara de palpitarle así. El tomó de sus manos la copa vacía. Sus dedos se tocaron sin apartarse. En la habitación se hizo un extraño silencio. Se abrió la puerta, quebrando el hechizo del momento.

-Bueno, Riley -dijo Brett, soltando la mano a Storm-, ¿ya se han ido…?

-Sí, señor; ya salió el último. Por mi fe, ha sido una noche inolvidable... más de un sentido, señor. -Riley depositó la pesada caja registradora en el escritorio de Brett. -Apostaría que esto pesa más que la Roca de Blarney.

-Bueno, contemos y se verá.

Los finos dedos de Brett repasaron con práctica los billetes, mientras y formaba pulcras pilas con las monedas y Storm hacía cuidadosas anotaciones en el libro contable. En los dos últimos meses había descubierto que Brett, al ganar el dinero con tanta facilidad, le daba poco valor y era muy descuidado con sus libros; por eso había asumido personalmente esa fastidiosa tarea. Dos horas después llegaron a una cifra definitiva.

-Mon Dieu. -Storm se reclinó en la silla, cansada y exuberante. -Ganastee miles de dólares.

Nunca en su vida había visto tanto dinero.

-Veinticinco mil, para ser exactos. Y mañana nos irá aun mejor -aseó Brett, guardando los fondos en su caja fuerte-. Vamos, Rayo. Apuesto a que estás famélica. Y te prometí una cena.

Cenaron comida china, meticulosamente preparada por Li Kwan, con un poco de champaña. Storm suspiró al saborear el último bocado.

-Hummm. Eso estuvo delicioso. Gracias.

-Ha sido un placer.

La muchacha levantó la vista con sorpresa ante su tono, inesperadante caviloso.

-Esta noche estás muy callado, Brett. ¿Hay algo que te preocupe?

-No, en absoluto. -El hombre reaccionó.- Disculpa. Estaba pensando.

-¿En qué?

-¿No lo imaginas? -Los intensos ojos negros la quemaron como brasas; sus misteriosas profundidades había un parpadeo de fuego. El alargó una mano para atraerla hacia sí, envolviendo los dedos en la maraña de cintas y rizos.- Te quiero, Rayo -susurró.

Su boca se apoyó en la de ella, caliente. El suave bigote le hizo cosquillas cuando le entreabrió los labios con la lengua. Pareció besarla por una eternidad antes de levantarla en brazos para llevarla a su cama. Allí la depositó ternura. Storm no protestó, mareada por el champaña y llena de nostalgia por el contacto de un hombre.

"Wolf se ha ido", dijo a su doliente corazón, "y jamás volverás a verlo. La vida tiene que seguir. Y Brett ha sido tan bondadoso..."

El le encerró los pechos por sobre el fino satén del vestido, acariciándola hasta que los pezones se irguieron rígidamente, recortándose con claridad o la tela suave y brillante. Luego, con lentitud, entre caricias, deslizó las diminutas mangas del vestido a lo largo de los brazos, hasta dejar expuestos los duros montes a su mirada hambrienta. Bajó la boca para cubrir con los labios un pimpollo rosado, en tanto la muchacha gemía por lo bajo; la champaña y el lánguido acto de amor habían hecho lo suyo. Aturdida, susurró:

-Wolf, oh, Wolf...

De Inmediato, Brett se puso rígido y se apartó de ella. Storm ni siquiera reparó en su equivocación. Se había quedado dormida, con las mejillas surcadas de lágrimas. Brett le reacomodó el vestido en silencio. Salió del cuarto, cerrando suavemente a sus espaldas.

Pasaron varios meses, pero tras la noche de la reapertura Brett no volvió a intentar hacerle el amor. A veces ella lo sorprendía observándola con ansias y comprendía que él aún la deseaba, que la estaba esperando. Pero la sombra de Wolf se interponía entre ellos y estaría siempre allí. Ahora la muchacha lo sabía. Aquella mañana, al despertar sola en el cuarto de Brett, había recordado el nombre patéticamente murmurado en la oscuridad. Brett nunca tocó el tema ni le hizo reproches, pero Storm lo sabía profundamente herido. No intentó disculparse, porque no sabía cómo explicar. Así, en tácito acuerdo, nunca mencionaron lo de aquella noche. Sin embargo los preocupaba a ambos, nunca tanto como cuando se daban las buenas noches en el pasillo del piso alto, para retirarse a sus respectivas habitaciones. Con frecuencia Storm se quedaba despierta en la oscuridad, escuchando la suave respiración de Chance a su lado, y se preguntaba por qué no podía acudir a los brazos de Brett. Y siempre encontraba la respuesta en el oscuro semblante de Wolf, en sus ojos azul medianoche que ardían de pasión al poseerla en sueños.

Gabriel miró a su alrededor con curiosidad, pues era la primera vez que viajaba a San Francisco. De cualquier modo, no encontró mucho de interés. La ciudad era una pocilga llena de extranjeros despreciables. Al ver a un chino obviamente adinerado, que pasaba en su rickshaw, bufó para sus adentros. "¡Malditos advenedizos!", pensó, meneando la cabeza. Muy mal debían de estar las cosas, si los que no eran de la raza blanca olvidaban el sitio que les correspondía en el mundo. ¡Cristo! ¿Adónde iría a parar todo eso?

Bueno, al fin de cuentas había vendido todo su ganado y por mejor precio que en Nueva Orléans. En cuanto hallara a Storm Lesconflair abandonaría esa ciudad.

Murmurando por lo bajo echó a andar por la calle; de vez en cuando detenía a los transeúntes o entraba en una tienda para preguntar por su novia. Al parecer, nadie había oído hablar de Storm Lesconflair, Gabriel acabó por volver a su hotel, enfurecido. Si Mimi La Roche le había dado una pista falsa, la haría sacar de Corpus Christi montada en un riel de ferrocarril.

"Galveston", había dicho Mimi. "Tu francesita tomó la diligencia a Galveston. Dijo al conductor que iba a San Francisco..."

¡Tenía que estar allí! En algún rincón de esa condenada ciudad estaba la mujer que él esperaba y buscaba desde hacía más de cinco años. Y Gabriel esaba decidido a llevársela. Storm Lesconflair no escaparía de él nunca más.

-¿Mal día, Gabriel? -lo saludó Montgomery Niles, al verlo entrar en el yestlbulo.

North había olvidado que estaba invitado a cenar esa noche con varios compradores de ganado.

-Disculpa, Monty. ¿Cómo estáis, Dawson, Ed? -Estrechó la mano a los pies. ¿Os he hecho esperar?

-En absoluto, Gabriel, en absoluto -respondió Monty, muy sonriente-. Caramba, supusimos que tenías miedo de dar la cara, después de habernos engañado de ese modo con tus vacas. Caray, en mi vida he visto hacer semejante negocio. Dawson se ha pasado la tarde llorando.

Todos rieron.

-¿Mis muchachos os han atendido bien? -preguntó el ranchero.

-Por supuesto, Gabriel. -Quien hablaba era Ed Wilkins.- Tienes muy buenos peones. No hemos tenido ningún problema.

-Me alegro de saberlo -replicó Gabriel, obligándose a presentar una cara jovial, aunque por adentro estaba tascando el freno. ¡Demonios, cómo se arrepentía de haber aceptado cenar con esos tres, que eran muy importantes en san Francisco! Ahora que había concluido su negocio quería encontrar a Storm Lesconflair. -Bueno, caballeros, ¿vamos? -sugirió Dawson Sinclair. -Cuando gustéis -respondió Gabriel.

-Estupenda comida. -Monty se respaldó en la silla, dando una pitada a cigarro, y guiñó el ojo a la camarera que le servía el café.- En ningún lugar se come como en el Golden Nugget. Bueno, Gabriel, ¿arreglaste tus otros asuntos?

-Por desgracia, no. -La cara del ranchero se oscureció.

-Oye, querida. -Ed lanzó un manotazo al trasero de la camarera. -Trae otra ronda de bebidas.

-Sí, señor Wilkins.

-¿Qué problema tienes, Gabriel? -preguntó Dawson. -Busco a una mujer.

-Como todo el mundo -rió Monty.

-Que no se entere tu esposa, hombre -bromeó Ed-. Es capaz de cortarte los cojones.

-Oh, Fanny es buena mujer, aunque algo salvaje, supongo. ¿Qué tipo de potranca quieres, Gabriel? El amigo Dawson las conoce a todas. ¿Verdad, Dawson?

-Cuanto menos, a las que vale la pena conocer.

-Basta, muchchos. -Gabriel frunció el entrecejo. -Storm no es de esas.- "Y aunque lo sea",

pensó para sus adentros, nadie lo sabrá sino yo. Tierra Rosa tendrá a su belleza sureña, esa zorra francesa de alta cuna que compré, aunque sea lo último que haga.

-Qué joder -pronunció Ed-, todas tienen su precio. Algunas se venden un poco más caras que otras. Eso es todo.

-¿Sí? Bueno, esta ya me ha costado bastante y todavía no he recibido aquello por lo que pagué.

-Storm -musitó Dawson-. ¿Storm qué más, Gabriel? Dime el apellido y veré si puedo ayudarte.

-Lesconflair.

-Storm Lesconflair. No. -Dawson sacudió la cabeza.- No me suena. ¿Alguno de vosotros ha oído ese nombre, muchachos? -preguntó a los otros. -No, no creo -respondió Monty.

-Yo tampoco -agregó Ed.

-Dime, Gabriel: ¿tiene algún apodo? -quiso saber Dawson, al ver la expresión desconcertada del ranchero.

-¡Qué diablos sé yo!

-Bueno, ¿cómo es la muchacha, Gabriel? -insistió Ed-. Dawson se ha pasado a tantas que no recuerda ni la mitad de los nombres. ¿Verdad, Dawson?

Los tres compradores de ganado volvieron a reír.

-Dudo que a Storm le gustara Dawson -pronunció el ranchero, irritado-. Es de esta estatura -indicó con las manos-, menuda, con una silueta que os dejaría ciegos, pelo largo y negro, ojos grises... y una boca escarlata que se frunce en las comisuras. A ver... aquí tengo un retrato suyo, ya que tanto os interesa.

Metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó el maltrecho daguerrotipo que llevaba siempre consigo.

-¡Dios bendito! -juró Dawson, con un silbido-. ¿Por qué no lo dijiste? Es Rayo Francés, la amante de Brett Diamond.

Llevaba un vestido rosado que recordó a Gabriel la primera vez que la viera, en la barbacoa de los Robitaille, y la fiesta de compromiso en los jardines de Vaillance. El pelo negro azulado le pendía por la espalda en una cascada de rizos y cintas. Los ojos grises chispeaban como rocío matutino al mezclar las cartas; las esparció en la mesa y volvió a recogerlas con aire práctico. La sonrisa hizo asomar hoyuelos en las comisuras de su boca tentadora. Después de entregar el mazo al caballero de su derecha para que cortara, comenzó a dar.

"Por Dios", pensó Gabriel, con renuente admiración, "¡los talentos de esta ramera no tienen fin!"

-Hagan sus apuestas, caballeros; hagan sus apuestas -la oyó decir.

-Y bien, Gabriel... -Monty le plantó una mano en el hombro.- ¿Es ella?

-Sí, es ella, sin duda.

-Bueno, ¿qué esperas? -intervino Ed-. Acércate a saludar. -Antes quiero saber cuál es Diamond.

-Ese hombre bien vestido, de pelo plateado. -Dawson señaló el rincón. Gabriel le echó una larga mirada.

-Muy elegante, ¿no?

-No te dejes engañar. Lleva una Derringer en el bolsillo de la chaqueta lo maneja con mucha celeridad -le advirtió Dawson-. Por esa francesita ya matado a tres hombres.

-Sí, bueno... yo tampoco soy malo con la pistola. Y la muerte es una vieja amiga. Tabernero, sirva a estos hombres una copa por cuenta mía. -ordenó Gabriel a Riley. Luego se volvió para estudiar nuevamente a la mujer.

Rayo Francés. La amante de Brett Diamond. Las palabras de Dawson le martilleaban en el cerebro al contemplarla. ¡condenada buscona! ¿Cómo se a atrevido a desdeñarlo, con todo cuanto le ofrecía, por ese maldito mestizo que él había ahorcado? Todo para venir a San Francisco y ser la prostituta de un jugador acicalado, en vez de recurrir a él, que era el ranchero más rico de todo Texas? Bueno, por Dios que lo pagaría. El se lo haría pagar, que no hiciera otra cosa en su vida. La vería de rodillas, suplicándole misericordia.

Storm no prestó ninguna atención a los cuatro hombres sentados ante el mostrador; en realidad, ni siquiera reparó en ellos. El Bon Ton estaba antes como como de costumbre, y ella estaba demasiado concentrada en la partida.

-Hagan sus apuestas, caballeros, hagan sus apuestas-repitió.

Para sorpresa de la muchacha, alguien arrojó un sombrero de vaquero a la mesa, entre los billetes de a dólar y las monedas de plata. Storm levantó vista irónicamente, con intención de ahuyentar al travieso, pero las palabras huyeron en sus labios y el corazón le dio un vuelco. Aturdida, cerró con fuerza los ojos y sacudió la cabeza para despejarse, creyendo que había bebido demasiado alcohol. Pero cuando volvió a mirar por entre las negras pestañas el ranchero seguía allí. Se llevó una mano al cuello. Los ojos grises se dilataron. -¡No puedo creerlo! -susurró-. ¡No puedo

creerlo! Allí estaba Gabriel North, sonriendo con audacia.

-Sigo pensando, señorita Lesconflair, que usted es la muchacha más lista de este lado del río Grande.

La mente de Storm era un torbellino que se desgarraba entre tres hombres: el que la había abandonado, el que la buscaba incesantemente y el que le había ofrecido su protección, sin pedir nada a cambio. Así era desde la noche en que Gabriel North cruzó por primera vez las puertas del Bon Ton; Storm sabía que, tarde o temprano, se vería obligada a elegir entre ellos, pero la perspectiva no le agradaba. Su corazón era de Wolf, pero Wolf ya no estaba; jamás volvería a verlo y la cabeza le dictaba soluciones prácticas. El pasado era demasiado doloroso. La herida causada por la traición de Wolf se tornaba más amarga con el correr del tiempo. Bajo la quebradiza fachada de alegría, en el fondo ardía de dolor y resentimiento. Por fin comprendió que no podía seguir así. Corría peligro de destruirse.

La llegada de Gabriel a San Francisco le hizo reconocer que su vida en el Bon Ton era como un tiovivo que girara frenéticamente en una feria de locos; se había arrojado a eso con patética desesperación, para no tener que pensar... ni recordar. Llenaba sus días con el trajín de los negocios y las noches con risas y luces, naipes y coñac: cosas frívolas que servían para mantener el mundo a raya y la soledad fuera de sus velas. No era cierto que hubiera buscado una vida nueva; de lo contrario habría construido una con Brett. Sólo quería mantenerse en marcha, encontrar un sitio donde todo fuera ilusión y la realidad no pudiera entrometerse.

Ahora comprendía que no había hecho sino engañarse a sí misma. Sólo había un modo de escapar de la vida... y esa era definitiva. En ese momento Storm odiaba a Wolf y todo lo que él representaba.

Sacudió la cabeza, desafiante. Sus ojos grises ardían sordamente, lo retó los labios. El la había usado, despertándole el corazón y el cuerpo con susurros de amor, con las fieras caricias de sus manos, sólo para desdeñarla o, arrojándola a un lado junto con el hijo de ambos, sin pensarlo dos veces. Ella debía forzarse a ser igualmente dura e indiferente, apartar a Wolf de mente con tan fría crueldad como la que él demostraba. No volvería a pensar en él. De lo contrario se volvería loca.

Storm bajó la vista al papel que tenía en el escritorio, donde había escrito ociosamente los tres nombres.

Deliberadamente tachó el de Wolf. Contempló los dos restantes. "Brett" y "Gabriel". Mascó lentamente la punta de la pluma, en tanto los analizaba. "Señora Diamond." ¿No había acaso un toque de ostentación en la elegancia de Brett? Porque la desenvoltura de Brett era adquirido. Había nacido ilegítimamente de un jugador borracho y de una moza de taberna; se sentía tan a gusto en la pocilga que era su antigua taberna como en el Bon Ton reformado por Storm. No daba importancia al dinero.

Ganaba y perdía verdaderas fortunas en las mesas de póquer. Claro que le gustaban las cosas finas, pero si no las tenía se limitaba a encogerse de hombros, con su habitual despreocupación, y se conformaba con lo que tuviera.

La niñez tan pobre habría hecho de otro un hombre implacable y ambicioso; Brett había dejado la idea de que la vida continuaba, cualesquiera fuesen circunstancias, y que sólo la muerte debía ser evitada a cualquier costo. Era bondadoso y quería a Storm, de una manera lánguida, pero jamás le haría perder la cabeza en un salvaje deslumbramiento de pasión, como Wolf. No el amor de Brett sería perezosamente sensual, tierno, sin prisa. En Brett no había odio. Era demasiado blando para eso; Storm sabía que, si ella lo abandona al día siguiente, el jugador lamentaría su pérdida, pero encontraría fácilmente a alguna otra que ocupara su sitio. No la buscaría con ceñuda determinación, como Wolf, como Gabriel.

"Señora North." ¡Qué sólido y respetable sonaba! Pero ¿no era algo un poquito rancio? Se imaginó sentada a la mesa de Gabriel, sonriendo sosamente a sus relaciones comerciales, charlando cortésmente con las esposas.

Su jornada comenzaría con una bandeja de plata en la cama, un baño caliente y la elección de un vestido adecuado. La mañana pasaría en aprobar el menú y escribir notas decorosas en delicado papel, sobre un escritorio de frágiles patas. La tarde se iría en tés y paseos de compras; las veladas, asistiendo a esas funciones sociales en que hacía falta exhibir a "gente bien". Y las noches. Ella y Gabriel tendrían dormitorios separados, por supuesto, pero él iría a sus habitaciones como quien sabe que es su derecho. Y el deber de ella sería someterse a sus deseos. A diferencia de Brett, Gabriel no sabía de amor; sólo había en él una obsesión abrumadora y brutal de tomar y poseer, conquistar plenamente, dando a cambio lo menos posible.

Sólo Wolf comprendía esa extraña necesidad femenina de mantenerse erguida sobre los propios pies junto al hombre, pero sintiendo también el brazo fuerte alrededor de sus hombros, protegiéndola cuando el mundo se tornaba demasiado cruel. Sólo Wolf comprendía la profunda ansia de veracidad y confianza de la mujer, sin anhelo de saber que su hombre valuaba demasiado la

Librodot

intimidad de ambos como para compartirla con otra. Sólo Wolf comprendía la desesperada fragilidad de la entrega femenina y había adivinado que, si el hombre lo tomaba todo sin atesorar sinceramente ese regalo de sí misma, acabaría por destrozar su amor.

Oh, si hubiera podido ser nuevamente Ojos como Lluvia de Verano, siquiera por un ratito...

A ciegas, Storm rasgó en dos el trozo de papel y, arrugando los dos fragmentos en las manos trémulas, apoyó la cabeza en el escritorio y lloró amargamente por el pasado perdido y el incierto futuro que la miraba de frente. Era tarde y Brett Diamond estaba intranquilo. No podía regresar al Bon Ton, donde lo tentaba la altanera proximidad de Storm, su perfume de rosas, las curvas maduras de sus pechos asomando por el escote. Sintió que la ingle se le aceleraba al pensar en ella y aspiró profundamente.

Los olores del muelle le atacaron la nariz, pero no sintió repugnancia ante la desagradable mezcla de pescado, humo y agua marina. Le hacía pensar en las dársenas de Nueva Inglaterra donde se había criado, de algún modo lo conmovía por su familiaridad.

Caminó por las planchas de madera, con el bastón en la mano. Su lascivia, teñida de coñac, aumentaba al pensar en la mujer a la que apodaba Rayo Francés. Desde la llegada de ese tal Gabriel North a la ciudad, ella se mostraba diferente, más elusiva que nunca. Gabriel le había pedido que se casara con él (de eso Brett estaba seguro), pero Storm lo rechazaba. Pero el ranchero texano era persistente y, en los últimos días, a Storm se la veía vacilar, como si comenzara a comprender que la vida con Gabriel sería mucho más adecuada para su hijo que cuanto Brett podía darle. Suspiró. Storm conocía su actitud despreocupada con respecto a las posesiones mundanas. Tal vez hasta la compartía. Pero ¿qué mujer no deseaba más para su hijo de lo que ella misma había tenido?

Brett volvió a suspirar. No quería perderla. No sólo deseaba a Storm, sino que ella resultaba inapreciable para sus negocios. Había convertido su mal administrada taberna en un verdadero éxito; por primera vez en su vida, Brett ya no se acostaba preguntándose si despertaría en la alcantarilla de la que había salido a gatas, una y otra vez. Aunque eso no era esencial para su bienestar, cabía admitir que resultaba agradable. Brett se decidió: le pediría que se casara con él. Aunque se negaba a ser su amante, tal vez aceptara convertirse en su esposa. Ya había pasado demasiado tiempo añorando a su mamán.

El dolor por su abandono empezaba a convertirse en odio y su cuerpo añoraba cada vez más el alivio físico del sexo al que su esposo la había despertado. Ya avanzada la noche, mucho después de cerrar el Bon Ton, Brett la oía arrastrarse por su cuarto y sabía cuál era su malestar, aunque Storm se negara a admitirlo siquiera ante sí misma. Necesitaba sentir a un hombre en ella. Era demasiado sensual para no desearlo.

Sí, Brett le propondría casamiento. Habría debido preveer que una mujer como Storm jamás consentiría en ser su amante. Pese a los golpes sufridos, era aún una dama orgullosa, muy orgullosa. Sin duda lo preferiría a él antes a un toro jactancioso como Gabriel North. Brett sonrió. Claro que sí. La había visto estremecerse ante la proximidad del ranchero, aunque disimulaba sus sentimientos. La horrorizaba venderse a Gabriel North por el bien de su hijo.

Seguro de que el triunfo acabaría por ser suyo, Brett continuó su camino por el muelle. Su mente ya estaba tranquila, pero su cuerpo no. Recordó entonces a cierta joven china que había visto algo antes, en uno de los prostíbulos del puerto. Apretó el paso en esa dirección, pero ya era tarde. Los hombres que venían tras él lo sujetaron con rudeza. Brett se maldijo mil por haberse distraído tanto, al punto de no vigilar el deplorable ambiente que lo rodeaba. Trató de defenderse con el bastón, pues no había tiempo extraer la pistola.

El pesado puño de plata abrió el cráneo de uno de sus atacantes con un agudo y satisfactorio crujido, pero momentos después Brett se encontró domina por los otros dos. El corazón le dio un vuelco al ver el gran saco de tela anaranjada que el hombre caído traía consigo, pues eso le dijo que no se trataba de un mero asalto, como había sospechado, sino de un secuestro. Renovó con valentía sus forcejeos, pero resultó inútil. Al recibir un golpe demoledor en la sien, cayó a las planchas de madera, desesperado, sabiendo que le esperaba un lento viaje hacia el infierno.

El Bon Ton era un caos cada vez mayor con cada día que duraba la ausencia de Brett. Storm estaba segura de que algo horrible le había pasado a su gallardo apostador; se estremecía sin poder dominarse al pensar en los multiples asesinatos que ocurrían diariamente en San Francisco y en el despreocupado comentario de Brett: que los cadáveres se arrojaban simplemente en la bahía. ¡Buen Dios, qué horror! Era un horror vivir en una ciudad sin ley ni orden. Hasta Texas, pese a su violenta muchedumbre, tenía sus comisarios, sus Rangers y algún alguacil federal. Allí la gente tomaba la ley en sus manos. Cualquiera mataba a un forastero por una mirada torcida. Era horrible, y el miedo de Storm aumentaba con cada día transcurrido.

Con la desaparición de Brett la atmósfera del Bon Ton cambió sutilmente, la clientela empeoraba sin pausa. Pese a la vigilante presencia de Li Chiang y Li Fang, rudos mineros y matasietes habían vuelto a infiltrarse en el salón. Ya habían provocado varias riñas y tres asesinatos; un grupo de hombres bastos, arrojados a la calle por los dos custodios chinos, llegó a

hacer trizas las costosas ventanas de la fachada. Storm tuvo que cerrarlas con tablas cuatro veces, pues la chusma que ahora tenía la entrada prohibida iba a arrancar los maderos para hacerle muecas insultantes. Más aun: había comenzado a recibir notas amenazantes. Sabía que ya no estaba a salvo en San Francisco, pese a su habilidad con los revólveres. En la seguridad que le daba el pasar por la mujer de Brett, había desdeñado a demasiados hombres. Ahora Brett ya no estaba y su reputación no bastaba para protegerla. ¡Santa María! ¿Qué habría sido de su gallardo jugador?

-Ya ve usted que no puede continuar así, señorita Lesconflair -le repetía Gabriel North-. El Bon Ton es demasiado para usted sola, aun con esos guardianes chinos.

Pero Storm persistía; aún no estaba dispuesta a aceptar la derrota y casarse con el hombre que la perseguía implacablemente desde hacía seis años. Aún ahora había en los ojos de Gabriel algo frío y duro que la importunaba, haciéndola estremecer cuando él le rozaba la mano con los labios. Las cosas marchaban tan bien antes de que él llegara a San Francisco... Ahora, súbitamente, todo salía mal. Por un instante ella se preguntó si el hombre no tendría algo que ver con la extraña desaparición de Brett.

Esa noche alguien prendió fuego al salón. La cocina, la despensa y la oficina de Brett quedaron destruidos antes de que ellos lograran apagar las llamas. Gracias a Dios, la caja fuerte era de metal grueso y no ardió. Cuanto menos Storm no quedaba en la ruina. No obstante, ese último incidente los asustó tanto que varias de las muchachas empacaron sus pertenencias y se fueron a pedir empleo a la competencia.

-No nos gusta irnos, señorita Rayo -dijeron, nerviosas, cuando Storm, suplicante, les ofreció un aumento de sueldo para que se quedaran-, pero la vida no se paga con todo el dinero del mundo. Y desde que el señor Brett desapareció alguien la tiene contra usted. No podemos arriesgarnos más. Sólo Dios sabe qué puede pasar la próxima vez.

Storm no pudo discutir, porque el mismo miedo asolaba su propia mente. Con un suspiro renuente, las dejó ir deseándoles lo mejor. A la mañana siguiente se acercó a Li Kwan para decirle que necesitaban ayuda.

-Si estuviéramos bajo la protección de un tong y la gente lo supiera, nos dejarían en paz, Li Kwan. ¡Tú sabes que es cierto! Por favor, Li Kwan, no hay otro remedio. Tú debes de conocer a alguien que esté dispuesto a ayudarme a cambio de dinero.

Los ojos negros eran insondables, pero al fin asintió.

-Muy bien, señolita. Voy y aleglo cita, pelo no plometo nada. ¿Entendido?

-Sí, sí. Haz lo que puedas.

Al día siguiente Li Kwan enganchó el tiro de Brett a la calesa (misericordiosamente, no habían sido robados en su ausencia) y dijo a Storm que la llevaría al Barrio Chino. Ella aferró el retículo abierto, envolviendo en los dedos la pistola escondida adentro. No iba a correr ningún riesgo. Las cosas se habían vuelto demasiado violentas y estaba muy asustada. Chance, a su lado, tenía una expresión preocupada en la carita y se mordía los labios. El vehículo partió colina abajo, esquivando al ruidoso tránsito.

Como de costumbre, el estruendo los abrumó a ambos. Carros y coches se abrían paso por la calle, combatiendo entre sí por el limitado espacio abierto en las calles surcadas. Los conductores tiraban de sus riendas y gritaban a caballos y peatones por igual. Restallaban los látigos, se rozaban las calesas y los vehículos se astillaban con los impactos. Más adelante había tumun carro cargado de cerveza; varios toneles rotos vertían el espumoso mido a la ruta. Storm rogó que no fuera la entrega para el Bon Ton, pero un hueco en la boca del estómago le decía que era el mismo. Horrorizada, contempló el líquido amarillo que se perdía en el suelo, burbujeando. El tiro de caballos relinchaba y trataba de liberarse, en tanto los barriles seguían rodando y estrellándose, despidiendo espuma como géiseres. Por fin los animales se soltaron de las varas y partieron al galope por la calle, atropellando a los estupefactos peatones y aumentando el pandemonio. Ante el petrificado espanto de Storm, alguien eligió ese momento para disparar contra ella. La explosión resonó por sobre el bullicio. Al principio la joven apenas supo que había sido un disparo, pero luego sintió que la bala pasilbando junto a ella, casi rozándole el cuello. Un momento después, Li agitaba espásticamente los brazos y caía de costado en el asiento de alante. La sangre que salía a chorros de su espalda salpicó a Storm y a Chance, caliente y pegajosa.

La muchacha gritó una y otra vez, en tanto el tiro de Brett se alzaba e iniciaba una carrera incontrolable, entre agudos relinchos, amenazados por caballos del carro cervecero. La calesa de Brett dio una sacudida y subió a la arrojando el cadáver de Li Kwan a la calle. Una vez enderezado, el vehículo descendió al galope furioso por las planchas de madera. Los horrorizados peatones se diseminaron a la carrera, gritando a todo pulmón. Storm perdió su retículo al asir ciegamente a Chance, para que no cayera a la calle. Su revólver voló hasta chocar contra un edificio y dispararse. Hubo más gritos y alguien cayó. No pudo saber si la desdichada mujer había sido alcanzada por el ensordecedor disparo del revólver o si había tropezado al escapar del coche. Pero no tuvo tiempo de compadecerla, pues sus aprietos empeoraban considerablemente.

El tiro de caballos vió una abertura en el largo torrente de palenques y entró precariamente

Librodot

por ella. El vehículo dio un salto hacia adelante, se estrelló contra un poste y aterrizó en la calzada con un golpe seco, haciendo volar barro y estiércol. La columna cayó a tierra. El techo que sostenía se derrumbó, haciendo volar astillas. El aterrorizado tiro continuó su marcha desafiadora, arrastrando consigo a la indefensa calesa.

Por fin los arneses se rompieron y los caballos desbocados pudieron librarse del vehículo, que colisionó por un momento con el carrito de un vendedor ambulante. Ollas y cacerolas volaron por el aire, para golpear la acera con estruendo. Storm sintió que una pesada sartén de hierro le golpeaba , en tanto el vehículo continuaba su carrera colina abajo, rozando a un carro abandonado. Los edificios pasaban en un borrón y el coche iba ganando velocidad, sacudiéndose en los baches, con los ejes ya astillados.

Ya completamente horrorizada, Storm vio que una carreta muy cargada salía de una calle lateral, al pie de la colina, bloqueando directamente el camino de la calesa. Entonces estrechó a su hijo, escondiéndole la cabeza contra su pecho.

Ambos iban a morir.

-¡Salta, Storm, salta! ¡Por el amor de Dios, salta!

Era Gabriel, que galopaba peligrosamente junto a ellos, agitando con crueldad las riendas de su petrificado potro. El caballo relinchó con los ojos en blanco, obligado a acercarse más y más al vehículo. La boca de Gabriel era una línea ceñuda y decidida; por primera vez en su vida, Storm dio gracias por esa fuerza bruta y autoritaria que le permitía dominar al animal.

Sólo disponían de unos segundos. Aterrorizada, ella desasió a Chance y lo arrojó con todas sus fuerzas hacia el cuerpo de Gabriel. Vio con alivio que los brazos extendidos del ranchero se cerraban en torno de su gemebundo hijo. Pese al miedo, el niño tuvo el buen tino de aferrarse al cuello del ranchero, dejándole las manos libres para que asiera a Storm. El coche rodaba sin pausa hacia el desastre seguro. La muchacha aspiró hondo y saltó. La fuerte mano de Gabriel sujetó con fuerza uno de sus brazos agitados, que estuvo a punto de desprenderse de la articulación. Storm se estrelló contra el potro, lanzando manotazos desesperados al pomo de la montura, para no caer bajo los mortíferos cascos del animal.

El vehículo chocó contra la carreta en el preciso instante en que Gabriel se desviaba para evitar la terrible colisión. Sofrenó poco a poco al animal, permitiendo que Storm se deslizara hasta quedar de rodillas, maltrecha, cubierta de rasguños y jadeando. Temía vomitar en cualquier momento. Y casi lo hizo al ver cómo se desprendía la mitad superior de la calesa, un segundo antes de que todo el vehículo se hiciera pedazos. El estómago le dio un vuelco espantoso. Luego, misericordiosamente, se desmayó.

-¿Qué fue lo que hiciste? -chilló Storm, incrédula.

Y volvió a caer contra las almohadas, mareada y gemebunda.

-Dije que he vendido el Bon Ton -repitió Gabriel con calma, sin dejarse perturbar en absoluto por esa mirada furiosa-. Reconozcámoslo, Storm: tarde o temprano habrías tenido que deshacerte del establecimiento. Era demasiado para ti sola. Y dudo seriamente que Brett Diamond tenga intenciones de regresar.

Muy satisfecho de sí, el ranchero recordó la astucia con que había logrado librarse de su rival. Era de esperar que a Diamond le gustara la comida china, si había sobrevivido al penoso viaje, a esas horas iba camino a Macao; en su opinión, eso era mucho mejor que haberlo matado, sólo para que el cadáver apareciera y Storm comenzara a hacer preguntas desagradables.

-No tenías ningún derecho a hacer eso, Gabriel. -Las palabras de la joven sonaban cortantes de ira, pues en la última semana, desde el accidente, el ranchero parecía haber tomado por completo el mando de su vida. Aunque estaba viva sólo gracias a su audaz intervención, a Storm le disgustaba ese dominio.- El Bon Ton no era tuyo. Y la gente no desaparece así no más. Brett está vivo en algún sitio. Lo sé.

-De cualquier modo, no había otra solución, Storm. El médico dijo que necesitabas reposo absoluto. Eso no incluye la administración de un salón. Es más, cuando llegué aquí encontré el establecimiento hecho un desastre. Todos los empleados huyeron al enterarse de tu accidente. Naturalmente, los vándalos de esta ciudad hicieron su agosto llevándose todo lo que no estaba clavado al suelo. Diamond se lo merece, por abandonarte como lo hizo. Ahora ¿cuándo piensas dejarte de rodeos y casarte conmigo? Tengo que volver a Tierra Rosa antes de que Joe Jack me robe hasta los ojos.

-Ya te he dicho que no quiero casarme contigo, Gabriel -dijo Storm-. No estoy enamorada de ti. Además, ya estoy casada. -¡Ja! -bufó el ranchero-. Con uno que te abandonó con un hijo.Además, como ya te he dicho, tu casamiento con ese salvaje no era legal. Y aunque lo fuera, ya no existe.

-¿Por qué? ¿Qué quieres decir? -Nada.

-No, anda, dime.

-¡Oh, Storm, qué diablos! He estado tratando de ocultártelo por no hacerte sufrir, pero todo Texas sabe que ese pistolero tuyo se enredó en una pelea por una morena arrogante y esa vez salió

perdiendo. Dicen que lo ahorcaron informó Gabriel, veraz-. Ha muerto, Storm. Lo siento.

-¿Que ha muerto? ¡No, no es cierto! ¡No puede ser!

El ranchero se encogió de hombros, apartando el rostro para que ella no le viera los ojos.

-Es lo que dicen, pero puedes creer lo que quieras, Storm. Tú decides.

Bajo al comedor para cenar. Cuando vuelva, quiero que me des tu respuesta definitiva, porque no quiero volver a proponerte casamiento. No soy paciente y ya te he esperado por seis años. Creo que es tiempo suficiente.

Con esas palabras ominosas y proféticas, Gabriel la dejó.

El silencio pareció ensordecedor. Retumbaba en la cabeza de Storm, sonaba en sus oídos. ¡Muerto, muerto, muerto! No, no podía ser cierto. Wolf era demasiado vital; vibraba de vida; ningún verdugo podía haberle robado esa vida.

¡Y menos por una mujer!

Una mujer. Storm se preguntó qué rostro tentador habría ocupado el lugar del suyo. Qué labios trémulos habían besado aquella boca. Qué suaves formas se habían moldeado contra el cuerpo de Wolf, en las noches de luna. Se le ocurrió pensar que la mujer había sido ella, sólo ella, siempre ella. En cambio imaginó la cabeza de una desconocida en el hueco del hombro de su hombre, otra cascada de pelo negro contra su pecho de cobre. Ahora comprendía por qué no había vuelto a ella: tenía a otra que ocupara su corazón. Eso era amargo, más amargo que el abandono. Por un momento Storm se alegró de que él hubiera muerto.

Sólo más tarde, mucho más tarde, la abrumó la realidad de esa muerte.

Entonces lloró sin poder dominarse: por Wolf y, quizá, por la muchacha que ella había sido entre sus brazos.

Al cabo de un rato se obligó a levantarse. La sorprendió descubrir que el mareo había desaparecido con el llanto. En su lugar sólo quedaba un dolor sordo y palpitante... y también en su corazón. Se frotó las sienes y fue hacia la cómoda para mojar un paño en agua fresca. Luego se lo aplicó a los ojos enrojecidos e hinchados. Eso la calmó. Al cabo de un minuto se miró al espejo. Apenas reconocía a la asolada mujer que allí se reflejaba. Tenía veintidós años, pero se sentía centenaria. El mundo parecía haber plantado todo su peso en sus pequeños hombros vencidos. Storm hizo un valeroso intento de erguir la espalda, pero estaba demasiado fatigada, demasiado agotada en lo emocional, y sus hombros volvieron a encorvarse.

Echó una mirada a la lujosa suite de hotel que Gabriel le había conseguido después del accidente. Los cuartos estaban decorados en rosa, llenos de satén y terciopelo. Si se negaba a casarse con él, el ranchero era capaz de hacer que el gerente le presentara a ella la factura por esas habitaciones... y por el cuarto vecino donde estaba Chance. Storm volvió a apretarse las sienes. ¿Cómo pagar semejante factura? Pensó en la caja fuerte de Brett, llena de dinero, pero comprendió en seguida que los vándalos la habrían abierto para robar su contenido. Era posible que Gabriel se negara a darle el dinero de la venta. Al fin y al cabo, el salón tampoco era de ella. ¿Y de qué valía su palabra contra la del ranchero? Toda San Francisco la tenía por una mantenida, por la amante de Brett Diamond. ¿Y desde cuándo las amantes tenían algún derecho?

¡Oh, Dios, Dios! ¿Por qué Wolf la había abandonado para irse con otra? ¿Por qué había muerto? ¿Qué había sido de Brett y qué sería de Storm y de su hijo?

La muchacha volvió a la cama, tambaleante, enferma de dolor y desesperación. Una vez más el destino trazaba el curso de su vida, sin dejarle alternativa. Tendría que casarse con Gabriel North sin tener en.cuenta sus sentimientos. El era rico. Cuidaría de ella y de Chance. Jamás tendrían que preocuparse por el futuro. Por el momento, convertirse en la esposa de Gabriel parecía poco precio a cambio de esa seguridad.

-¿Puedo tomar uno de esos, maman, por favor?

-No señales, Chance; es mala educación -reprendió Storm, automáticamente, mientras echaba un vistazo a la mesa vecina. Dos pequeños, sentados con sus padres, hundían afanosamente la cuchara en pequeños cuencos de helado. -¿Te molestaría, Gabriel? -rogó a su prometido.

-En absoluto -respondió el hombre, cortés, aunque hervía por dentro. Camarero...

Cuando llegó el helado, Chance agradeció al ranchero en español: -Gracias, señor North. Hummm, esto es muy rico, trés bon.

-Papá, Chance. Debes decir "papá" al señor North -le recordó Storm, con suavidad-. Y habla siempre en inglés. El señor North no entiende el español ni el francés.

-No me explico por qué. Ap' hablaba cuatro idiomas, con el francés le enseñaste. ¿Y por qué te casas con él, al fin de cuentas, maman? Sé bien que ap' no ha muerto, pese a lo que diga el señor North. -¡No seas impertinente, Chance! -le espetó Storm, con más aspereza que deseaba-. El señor North no tiene necesidad de otro idioma que el suyo. Y tu verdadero padre ha muerto. Está con el Gran Espíritu. ¿Entendiste?

-Sí, maman. -Chance quedó carilargo. Le temblaba el petulante labio inferior. Revolvió el helado con aire deprimido, convirtiendo el costoso postre en un desastre.- ¿Puedo retirarme?

-Sí.

El niño bajó de su silla y dio algunos pasos, pero de pronto se volvió, desafiante.

-¡Ojalá ap' y Li Kwan y Brett estuvieran aquí! ¡Ya te ajustarían cuentas por tratarme tan mal! ¡Chop chop! Te odio, ¿me oyes? Os odio a ambos. ¡Y no pienso seguir usando esta estúpida corbata! -Se quitó de un tirón el ofensivo lazo y lo arrojó al suelo.

-¡Chance the Autumn Wind! Sube inmediatamente a tu cuarto y no bajes hasta que estés dispuesto a pedirnos disculpas por esa grosera conducta. -Cuando el niño se hubo ido, Storm se volvió hacia su novio.- Lo siento, Gabriel. Creo que todo esto ha sido demasiado para él. Se diría que no puede adaptarse.

-Bueno, Storm, por Dios, ¿cuánto tiempo va a necesitar? Hace más de nueve meses que partimos de San Francisco.

-Lo sé, pero durante el viaje pasó mucho tiempo descompuesto, ¿recuerdas? Reconozco que deberíamos haber viajado por tierra con tus peones, como tú sugerías. Pero yo no recordaba cómo se descompone Chance con las olas y pensé que por mar el viaje sería más fácil. Tenía tantas cosas en la cabeza... Oh, Gabriel, trata de tener un poco de paciencia con el niño. Ya sé que para ti es sólo.., un bastardo mestizo. Pero es mi hijo y lo amo profundamente.

-Está bien, Storm. Lo intentaré. Ahora será mejor que subas a empacar. Calculo que los muchachos llegarán hoy para escoltarnos a casa. La muchacha suspiró.

-Es demasiada molestia para ellos, venir por nosotros desde Tierra Rosa. No sé por qué no tomamos la diligencia a San Antonio, simplemente.

-Nada de eso. No pienso correr el riesgo de que te me vuelvas a escapar. Además, con los salarios que pago, esos idiotas deberían estar dispuestos a ir por mí hasta la luna, qué demonios...

-Me gustaría, Gabriel, que cuidaras un poco tu lenguaje -dijo Storm, levantándose-. No olvides que ahora hay una dama en tu vida. Tienes que abandonar tus costumbres de soltero.

Lo besó fríamente en la mejilla y cruzó con gracia el comedor hacia el vestíbulo del hotel, inmune a las miradas admirativas que le echaban otros hombres.

"¡Qué zorra!", pensó Gabriel, iracundo. "¡Qué grandísima hipócrita! ¡Qué dama ni ocho cuartos! No es otra cosa que una ramera: la mujer de un indio mestizo, la amante de un fullero. ¡Y se atreve a hacerse la dama! ¡Por Dios, qué audacia la de esa mujerzuela! Bueno, después de la boda pienso poner bien en claro que el papel de dama es sólo para cuando estemos en público. En privado quiero a Storm, la prostituta. ¡Y voy a cobrarme el dinero que puse! Cristo, si se me pone dura con sólo pensarlo... Y esa cerda no me permitió siquiera tocarla durante todo el viaje. Bueno, ya ajustaré cuentas con esa ramera orgullosa. ¡Ya la veré humillada! Hicimos un trato y la obligaré a cumplirlo. Pero debo andarme con cuidado. Desde que la conocí, allá en Nueva Orleans, ha aprendido muchas cosas, aparte de sus triquiñuelas de prostituta. En San Francisco mató a un hombre a balazos, con toda tranquilidad, porque él la acusó de hacer trampas con los naipes. Sería capaz de hacer mismo conmigo, si llegara a descubrir que fuimos yo y mis hombres quienes ahorcamos a su pistolero. Y yo también, el que le envió esas notas amenazantes. Y el que le disparó en San Francisco, matando a ese chino. ¡Cristo, qué peligro! Pero ¿cómo diablos iba yo a saber que esos malos caballos se desbocarían? Sólo quería asustarla un poco, para que no fuera tan terca, la maldita... Oh, bueno, a esa zorrilla la mantendré engañada. o al niño..."

Al pensar en el hijo de Storm Gabriel sintió que cesaba el palpitar de su miembro viril, que se redujo poco a poco al tamaño normal. "Al niño no lo he engañado. El sabe. De algún modo lo sabe. Se lo veo en los ojos, esos ojos fríos y duros, azul de medianoche, como los del condenado indio que lo engendró. ¡Ese bastardo mestizo! Cada vez que me mira me acusando de asesinato. Me odia. Querría matarme como yo maté a la basura de su padre. Tengo que deshacerme de él. ¡De algún modo tengo que deshacerme de ese crío!

El cegador sol anaranjado castigaba con implacable furia la calesa que circulaba por la vasta extensión de la meseta Edwards, rumbo a Tierra Rosa. Storm cerró los ojos por un momento para huir del fulgor y se humedeció los labios con la lengua. Se había ablandado; había olvidado lo inmisericorde del sol de Texas. Con un suspiro, abrió los ojos una vez más, ajustó su sombrilla y se inclinó hacia adelante para mojar el pañuelo en agua de su cantimplora. Se tocó las sienes y las muñecas con el trocito de encaje húmedo, quizá por centésima vez en ese día. El vehículo continuaba su traqueteo. Los tramos boscosos, más frescos, habían cedido paso a los pastos altos .fue cubrían la ondulante planicie. Ahora también ellos se veían obligados a dejar su sitio a otros, en tanto las suaves lomas se aplanaban, dejando a la distancia un horizonte árido e infinito. "Tierra de fuego", pensó Storm. Los únicos rastros de verdor eran los resistentes cactos y los achaparrados mesquites elevaban sus siluetas contra el azul del cielo. Por lo demás, el territorio era una brillante y abrumadora fusión de arcilla roja y arena dorada. -¡Parad! ¡Para, Hilton! -ordenó Gabriel, trotando hacia la calesa, que el obediente capataz había detenido.

-¿Qué pasa, Gabriel? ¿Algún problema? -preguntó Storm, algo inquieta. -No. Sólo quería verte la cara cuando echaras el primer vistazo a Tierra Rosa.

-¿Ya estamos cerca? Muéstrame dónde comienza tu propiedad, Gabriel. Quiero verla.

-¡Caramba, Storm, hace dos días que viajamos por mis tierras! Me refería a la casa en sí:

Tierra Rosa propiamente dicha, como solemos decir. Mira allá -agregó, señalando con una mano.

-¿No dijiste que señalar era mala educación, maman? -apuntó Chance, con una inocencia calculada que no logró engañar a su madre.

-Calla, hijo -dijo la joven, conteniendo una sonrisa.

Y se volvió para observar la casa que se levantaba más allá.

La majestuosa mansión centelleaba en el calor estival como una rara joya blanca. Las altas columnas montaban guardia como centinelas en el gran porche frontal. Detrás de ellas relucían hileras de ventanas con parteluces, con los ojos grandes y alertas en sus puestos. Por sobre ellas se encaramaban negros balcones de hierro forjado, como nidos de cuervo, para otear a lo lejos. A cada lado la casa estaba flanqueada por pulcras alas simétricas, pues en Tierra Rosa no había desequilibrio ni desorganización. La casa había sido bien proyectada y construida con exactitud, hasta el último detalle. Era sobrecogedora, imponente y deslumbrante, pero aun así tenía algo que perturbaba.

-Es encantadora, Gabriel -murmuró Storm, sin poder determinar qué le molestaba de ella, pues no había visto en el sur una mansión más hermosa.

-Está mal -afirmó secamente Chance, echando a perder la expresión triunfal de Gabriel-. Está fuera de lugar. No forma parte de La Tierra.

Storm comprendió que debía reprender una vez más al niño por su hosca conducta, pero esa vez no dijo nada. Chance, con su profunda sensibilidad, había acertado: la casa estaba fuera de lugar en ese ambiente salvaje donde antes vagaban los búfalos, donde los indios habían muerto por su libertad.

-Sigue, Hilton -ladró Gabriel secamente.

Y se adelantó al galope, dejando que Storm y Chance terminaran el viaje en silencio.

-¡Viene el patrón, viene el patrón! -aulló Petey desde su asiento, en el alto arco de entrada de la cerca-. ¡Y trae a su novia!

Joe Jack encendió deliberadamente dos finos cigarros pardos; entregó uno a Cathy y echó una profunda pitada al suyo, estudiando la distancia con ojos especulativos.

-Bueno, bueno -zumbó-, no lo puedo creer. Conque esta vez el viejo ha logrado traer a su futura esposa.

-Espero que sea fea como una cerda, con dientes capaces de comer choclos a través de una cerca de palos.

-Vamos, Cath, vamos -rió Joe Jack.

-Es la verdad.

-¿Por qué? ¿Temes que tu pretendiente te olvide por ella?

-¿Qué pretendiente? -preguntó Cathy, a la defensiva.

-¿Qué pretendiente? -Joe Jack imitaba burlonamente su voz aguda. - Sabes muy bien de qué pretendiente hablo. De Ross Sturat, el capataz que Kingston tiene en el Chaparral. Caramba, Cath, deberías tener mejor criterio. El viejo saltará hasta el techo si descubre adónde has estado yendo y para hacer qué. No va a permitir que te arrojes a los brazos de un peón cualquiera. ¡Cristo! -silbó-. Me gustaría saber qué tiene Stuart en los pantalones, que se ha metido así en los tuyos.

Cathy enrojeció.

-¡Eso no es asunto tuyo! ¿Y cómo es que sabes tanto del asunto, Joe Jack? ¿Me has estado espiando? ¡Si es eso, te juro que te voy a matar! ¡Eres el cabrón más asqueroso que Dios haya puesto en la tierra!

-Bueno, bueno, hermana. No tienes por qué alterarte tanto. Uno tiene que cuidarse y vigilar sus intereses. En eso no hay nada malo. ¿Como va uno a progresar si no sabe quién está ganando dinero, quién se revuelca con quién y quién ha estirado la pata?

-¡Maldita comadreja! ¡Si llego a pescarte espiándome serás tú quien vaya a mirar las margaritas desde abajo! Lo digo en serio, Joe Jack. Di una sola palabra al viejo sobre Ross y yo le diré que Nathan Davies tenía razón: que sedujiste a su hija, que la embarazaste, que aun sabiéndolo te negaste a casarte con ella y que por eso se suicidó. Papá y Nathan son amigos desde hace mucho tiempo, Joe Jack. Al viejo no le gustaría descubrir la verdad sobre la muerte de Ellie May.

-Bueno, Cath, qué diablos... ¿Pretendías que me conformara con esa dote de mierda que Davies daba a Ellie May? ¿Teniendo posibilidades de alzarme con Vanessa Granville?

-Estás soñando, Joe Jack. El papá no te soporta. Se lo oí decir en la barbacoa del Lazy W. Y su rancho es tan grande como Tierra Rosa. Los Granville no te necesitan. -Cathy dejó escapar un bufido de desprecio.- Tus perspectivas de heredar al viejo no te servirán de nada con esa damisela pretenciosa.

-Por el momento, creo que mis posibilidades de heredar al viejo son bastante oscuras -replicó Joe Jack, con la cara convertida en una fría máscara calculadora, mientras contemplaba la calesa que cruzaba el alto arco de entrada.

De inmediato se puso la mejor sonrisa y se adelantó para saludar a la futura esposa de su padre. Había muchos caminos para llegar a Roma. Y tras echar un vistazo a su futura madrastra, a

Joe Jack no le molestó en absoluto cambiar de planes. Esa noche la cena estuvo cargada de tensiones. Gabriel fue el único que disfrutó. Durante toda la comida hostigó a sus hijos sin misericordia -comentaba ladinamente que después de la boda debería hablar con sus abogados, pues quería hacer algunos cambios en su testamento. Los jóvenes, obviamente mortificados, no podían dejar de culpar a Storm por eso. Ella lo sabía perfectamente y deseaba con todas sus fuerzas que Gabriel dejara de fastidiar a sus hijos, con lo que sólo empeoraba las cosas. Cathy la detestaba a primera vista y no hacía nada por disimular, pues Storm era todo lo que ella, secretamente, habría querido ser. Storm se esforzaba por trabar con ella alguna conversación agradable, pero sólo recibía a cambio miradas frías y respuestas monosilábicas.

Por el contrario, Joe Jack parecía ocultar como un experto el desprecio que pudiera inspirarle la novia de su padre. Storm empezaba a sospechar que le había inspirado demasiado cariño, un cariño que no era el correcto en un hijo por la prometida de su padre. Durante toda la cena la entretuvo burlonamente, sin apartar la mirada admirativa de su escote, devorando con los ojos pardos los maduros montículos que el apretado corpiño empujaba hacia arriba. La insultaba repetidamente con oblicuas referencias a su pasado y con groseras frases de doble sentido, pero al hacerlo sonreía con tal encanto que ella no podía saber si lo hacía con la expresa intención de ofenderla... o de incitarle el interés.

-¿Monta usted a caballo, señorita Lesconflair? -Monto, sí, Joe Jack.

-¿Sí? -Una ceja enarcada.- ¿Y qué tipo de caballo está acostumbrada a montar, señora?

-Tuve una yegua árabe, pero me vi obligada a venderla. En la actualidad no tengo monta. Pero su padre ha mencionado que piensa darme uno de sus caballos como regalo de bodas. Tengo entendido que Tierra Rosa es famosa por sus palominos.

-¿Por qué conformarse con un caballo castrado, señora, si podría ser la dueña de un potro? -preguntó él, intencionadamente.

¡Gracias a Dios, Gabriel estaba en el otro extremo de la mesa y no oía esos diálogos!

"No me dejaré alterar por Joe Jack", se dijo Storm, furiosa. "No le demostraré lo incómoda que me hace sentir. ¡Por Dios, que deje de mirarme así! Parece que... que estuviera desvistiéndome con los ojos. ¡Es horrible! Un hijo debería respetar un poco más a su padre."

Como único consuelo, Storm se sentía ahora menos culpable por la actitud de Chance para con Gabriel, pues los hijos del ranchero se comportaban de manera igualmente espantosa. Para la joven fue un alivio escapar del comedor, al terminar la comida, dejando a los hombres con el coñac y los cigarros. De algún modo logró soportar el incómodo silencio que reinaba en el salón, junto a Cathy, hasta que los hombres se reunieron con ellas. En cuanto la cortesía lo permitió, dio las buenas noches a todos y corrió a la intimidad de su propia alcoba. Se le partía la cabeza como si fuera a desprendérsele.

Cerró firmemente detrás de sí y echó el cerrojo con dedos trémulos. Luego se acercó a la puerta intermedia, para asegurarse de que Chance estuviera bien. Dormía profundamente; como de costumbre, tenía apretado en el puño el pequeño dragón tallado que le había regalado Li Kwan. Gracias a Dios, Gabriel había insistido en que era demasiado pequeño para cenar con ellos. La atmósfera tensa del comedor no habría hecho sino aumentar su resentimiento contra su nueva vida. Había cenado allí, en la habitación infantil.

La cara de Storm se ablandó al estudiar al niño dormido. Ultimamente lo había tratado con demasiada dureza. Al fin y al cabo, era sólo una criatura. Salió en puntillas de la alcoba, resuelta a desempeñarse mejor en el futuro.

Su cuarto era el que habría correspondido a la institutriz, si Gabriel la hubiera contratado. Storm se alegró de haber exigido dormir allí para estar cerca de su hijo, pues estaba situado en el ala oeste, lejos de los otros. Después de la boda tendría que mudarse a las habitaciones que se comunicaban con las de Gabriel, en el ala este, pero por ahora resultaba consolador saber que Joe Jack dormía en el otro lado de la casa. Se estremeció al pensar en lo que haría el ranchero si se enteraba de que su hijo le había estado haciendo insinuaciones descaradas durante la cena.

"Lo mataría", pensó Storm, "porque no hay amor entre ellos. Tampoco entre él y Cathy, en realidad. Pobre Gabriel. Ha de ser terrible saber que sus hijos lo desprecian y le desean la muerte. Pero quizás a él no le importa. Al fin cabo, va a casarse conmigo sabiendo que tampoco lo amo. ¡Sacrebleul, o me arrepiento de haber venido! En esta casa hay algo maligno. Lo siento. Tendré que estar en guardia constantemente. Cathy me odia. Y Joe Jack no se detendrá ante nada con tal de apoderarse del rancho de su padre, aunque para eso tenga que apoderarse de mí. Lo que no imagino es de dónde sacó que Gabriel va a dejarme Tierra Rosa. Gabriel me tiene tan poco amor como yo a él. Sólo me desea."

La joven se estremeció al imaginar súbitamente las manos y la boca del ranchero apoderándose de su cuerpo. ¿Cómo haría para soportarlo? Bueno, había remedio. Gabriel North no iba a darle su apellido y sus riquezas sin pedir nada a cambio. Era algo que ella sabía al aceptar casarse con él. Además, le había salvado la vida. Al menos ahora ella y Chance tenían un techo -

decente. ¿Qué más podía pedir?

Pensó en Wolf y en el amor... y lloró.

Eran sólo las ocho de la mañana, pero Storm, que no podía dormir, estaba levantada desde hacía dos horas. En el hermoso día de verano, la intensa luz del sol entraba a raudales por las puertas ventanas, formando diseños de oro en el rico azul de la alfombra. Las paredes blancas relumbraban; los muebles, oscuros y lustrados, refulgían allí donde los tocaban los rayos.

En el aire pendía la primera insinuación del otoño inminente, que ablandaría al fiero sol de Texas hasta que el invierno descendiera desde el Llano Estacado, trayendo los amargos vientos del norte en su estela. Sin embargo, ese día el verano reinaba todavía supremo; su balsámico calor inundaba el cuarto y el cuerpo desnudo de Storm, que salía de su baño. Se detuvo delante de una ventana, inmóvil por un momento, para dejar que los rayos le acariciaran íntimamente la piel, suspirando de placer ante el calor que irradiaba sobre su carne.

Ese era el día de su boda, pero la idea no le provocaba entusiasmos juveniles. Había recorrido un largo trecho desde los frívolos sueños románticos de su infancia. Echó un vistazo hacia la cama, donde esperaba su vestido de novia, planchado y listo, rígidas las sedas y los pliegues de encaje. Había sido hecho para ella siete años atrás. ¡Pensar que Gabriel lo había conservado cuidadosamente envuelto por todo ese tiempo! Obviamente, entonce tenía mucha fe.

El traqueteo de unas ruedas, abajo, la devolvieron a la realidad con un pequeño respingo. ¡Santa María! ¿Qué estaba haciendo allí, deslumbrada como una tonta? Varios de los invitados a la boda estaban en Tierra Rosa desde día anterior, cuanto menos, e iban llegando muchos más. Tenía poco tiempo, pero se puso la camisa y las bragas sin apresurarse en absoluto. Luego llamó a la criada que le había proporcionado Gabriel.

-¡Pilar! ¡Pilar!

-Sí, patrona. Voy, voy. -La joven mexicana llegó sin aliento.

-Todavía no soy tu patrona, Pilar -le recordó Storm, tratando de sonreir, pues la muchacha le gustaba.

-Todavía no, pero será pronto, pronto.

-No tanto, a menos que me ajustes el corsé. ¡Rápido, por Dios! No me cuenta de que se estaba haciendo tan tarde. -Me daré prisa, señorita. Sujétese del poste de la cama y aspire hondo. Storm obedeció, arrugando un poco la frente. ¡Sainte Marie! Ese vestido había sido hecho cuando ella tenía sólo dieciséis años, y ya había gestado a un hijo. ¿Y si Pilar no podía estrecharle la cintura lo suficiente como para que entrara en el vestido de novia? La criada tironeó vigorosamente de los cordones y por fin el corsé quedó cerrado.

-Ah, ya está, señorita. -Pilar sonrió con satisfacción y se volvió con una de las tres vaporosas enaguas que Storm usaría bajo la falda. Se la pasó la cabeza, con eficiencia, y la afirmó en su sitio antes de agregar la segunda y luego la última. Por fin cubrió a Storm con el vestido de novia.- Ahora quiere sentarse, señorita, por favor? La peino, ¿no?

Pilar le cepilló con aire práctico las largas guedejas negras. Luego formó diestramente una masa de rizos enmarañados, con ayuda de una tijera de rizar, y al terminar enhebró en la cascada varias cintas blancas; después le colocó el velo sembrado de perlas, acomodando el tul de modo que formara pliegues junto al rostro de la muchacha. Por fin dio un paso atrás inspeccionar su obra, con aire radiante.

-Perfecto, señorita. ¡Qué orgulloso se pondrá el patrón!

Oh, señora Lobo, usted rompió anoche muchos corazones, se lo aseguro. Estaba tan hermosa con su vestido negro, bailando como una gitana. Ysu esposo tan apuesto, tan orgulloso...

"¡No! No pensaré en Wolf. ¡No, no!"

Los ojos de Storm se llenaron de lágrimas. Las enjugó rápidamente.

-Oh, está bien llorar un poco, señorita. Este es el día de su boda, ¿no? día para lágrimas de felicidad.

-Sí, Pilar. ¡Oh, ya es la hora! -exclamó Storm, mirando súbitamente el de la repisa-. Todo el mundo me estará esperando.

Echó una última mirada al espejo y, con los hombros cuadrados y el mentón en alto, inició el lento descenso por la escalera hasta la galería trasera donde Gabriel la esperaba con impaciencia.

Un instante después, según la impresión de Storm, él le alzaba el velo besarla entre los vítores de los espectadores, que habían llegado desde cientos de kilómetros a la redonda para presenciar la boda. Ese habría debido ser el día más feliz en la vida de Storm, pero se estremeció al sentir en la cara la barba y el bigote de su esposo, su mano fría en la de ella. Aspiró hondo para reunir coraje y se obligó a sonreír ante esos triunfantes ojos pardos.

Los violinistas iniciaron un animado baile escocés; antes de que Storm pudiera reaccionar, Gabriel la llevaba escalones abajo, haciéndola girar bajo el alegre dosel blanco que sombreaba el césped. Los invitados empezaron a silbar, a batir palmas y a golpear el suelo con los pies al compás de la música, dejando que Storm y su esposo dieran algunas vueltas solos antes de unirse a la danza. No pasó mucho tiempo sin que otro bailarín se la llevara; luego otro y otro más. El resto de

la mañana se esfumó en un borrón con la embestida de la tarde.

Por fin, ya sin aliento, Storm insistió en que le permitieran tomarse un respiro y se alejó hasta un sitio sombreado, bajo un mesquite. Alguien le entregó un vaso de dulce julepe de menta. Mientras lo sorbía, agradecida, recordó por un momento a Belle Rive. Le dolía el corazón. ¡Qué lejana parecía su infancia!

Las vastas parrillas para la barbacoa, donde el fuego ardía desde el anochecer anterior, eran ahora largas zanjas de brasas centelleantes. Los jugos de la carne tierna goteaban sobre las ascuas, haciéndolas sisear y despidiendo bocanadas de humo acre, que se arremolinaban hacia el azur del cielo. El aroma penetrante de las volutas grises recordó a Storm que aún no había comido. En cuanto lo mencionó, varios caballeros la rodearon, ofreciéndose a llenarle un plato. Años antes ella habría sonreído con guiño de hoyuelos, estudiándolos coquetamente por entre las pestañas, para luego dar un golpecito de abanico en el brazo del elegido. Ese día, en cambio, el enjambre de admiradores que la rodeaba no significaba nada para ella. Ni siquiera reparó en la desilusión que alargó aquellas caras cuando ella se levantó para alejarse.

Storm subió de mala gana las escaleras hacia sus habitaciones del ala este, adonde sus pertenencias habían sido trasladadas algo más temprano. Todo había salido bien y Gabriel estaba muy complacido: Storm desempeñó su papel a la perfección y nadie se atrevió a poner en tela de juicio la historia que el ranchero había contado para explicar su pasado. La joven habría debido estar mareada por la emoción del éxito, pero sólo sentía en la cabeza una sorda palpitación, causada por el pesar y por el licor que había bebido. Sus pies se demoraban en los peldaños; aunque estaba exhausta y ansiaba acostarse a descansar, habría preferido que ese día agotador no terminara. Tenía ante sí el momento de la verdad y ahora descubría que no iba a poder enfrentarlo. Giró hacia su esposo, vacilante, y abrió la boca para suplicarle que la excusara, pero no llegó a pronunciar sino su nombre:

-Gabriel...

-Me ha enorgullecido mucho tu actuación frente a nuestros invitados, Storm -apuntó él, desenvuelto, como si supiera que ella quería eludirlo-. Espero que no me desilusiones con tu exhibición privada.

La muchacha se ruborizó y el corazón le dio un vuelco; no podría escapar esa noche ni nunca más. Gabriel era su esposo y tenía intenciones de ejercer sus derechos maritales.

Por algún motivo, no lograba verse como esposa del ranchero, pese a que se había arrodillado junto a él, con el correspondiente vestido blanco, para recibir la bendición del sacerdote. Bajó la vista al pesado anillo de oro que él le había puesto en el dedo, algo que Wolf nunca había hecho. Entonces comprendió que Wolf estaba en lo cierto: no son los atavíos exteriores los hacen un matrimonio, sino lo que uno siente en el corazón. Con una súbita sensación de pánico, cayó en la cuenta de que estaba casada con un hombre del que no sabía casi nada, pese a los nueve meses que habían pasado en el barco, en el viaje de San Francisco a Galveston: un hombre al que no amaba ni quería. Esa noche iba a compartir el lecho con un extraño. La idea le horrorizó.

-Necesito... necesito algo de tiempo, Gabriel -murmuró, vacilante, lamentando no ser una virgen asustada, cuyos temores pudieran demorar por noches el momento de la posesión. -Naturalmente, querida. Llamaré a tu puerta dentro de... ¿media hora?

De algún modo, aquel término cariñoso pareció una burla. Ella se irguió.

-Te estaré esperando -dijo.

-Como yo a ti -respondió el ranchero, con ojos centelleantes de expectación.

Lentamente, con la ayuda de Pilar, la muchacha se bañó y se puso el fino camisón blanco que la criada había preparado en la enorme cama adoselada.Después Storm apagó todas las lámparas, menos una, y se deslizó entre las sábanas de hilo, tan tentadoras para su cansado cuerpo. ¡Cómo habría deseado no tener que compartirlas con Gabriel! La idea la estremeció. "Es tu esposo, Storm", se dijo con firmeza, tratando de calmar sus temores ¿Qué esperabas? Y... y sin duda será gentil contigo..."

-Qué encantadora se te ve, querida.

El había entrado sin llamar (Storm estaba segura de eso), como si supiera que estaba en su derecho. Vestía un batín de satén pardo, apenas sujeto a la cintura; sus ojos oscuros la recorrieron con un hambre extraña, enigmática, que la joven no pudo sondear. Era casi como si estuviera... regodeándose con la idea de poseerla. Storm volvió a estremecerse un poco, en esos ojos no había amor, amor tal como ella lo había conocido.

La mirada del ranchero, algo despectiva, la hizo sentir de pronto mal. Se inclinó para apagar de un soplido la última lámpara. -No. Quiero verte, querida -ronroneó él-. Quiero ver cada centímetro de blanca piel por la que tanto he esperado. Deliberadamente, casi amenazador, caminó hacia ella para retirar poco a poco el cubrecama y las sábanas, revelando el cuerpo de Storm.

-¡Cuánto pudor, querida! -cloqueó con reprobación al verla encogerse. Esperaba encontrarte completamente desnuda. La cama crujió al recibir su peso. El se puso a horcajadas sobre el cuerpo

de Storm y se inclinó hacia ella con una sonrisita peculiar, en tanto desataba las cintas que cerraban el camisón. Ella notó vagamente que sus dedos temblaban de entusiasmo contenido al manosear los lazos de seda. Por fin apartó la fina tela, exponiendo la carne desnuda a su mirada apreciativa. Al cabo de un minuto Storm cerró los ojos con fuerza, pues no podía soportar más esa lenta evaluación.

Esperaba que él la besara, como Wolf lo había hecho siempre, pero Gabriel le apresó los pechos con sus palmas, estrujándolos posesivamente, y frotó los pezones con sus pulgares hasta que las puntas rosadas enrojecieron y se pusieron rígidas por voluntad propia. Entonces bajó la boca hasta ellas para succionar con ansias. Poco a poco la joven cobró conciencia de que su miembro viril, ya hinchado, asomaba entre los pliegues del batín, apretado contra su vientre. Gabriel, como si percibiera que ella lo había notado, se irguió sobre las rodillas para quitarse el batín.

Storm abrió los ojos.

El ranchero era robusto, tal como ella esperaba: brazos potentes, gruesos y carnosos, y una panza que empezaba a llenarse de grasa por tantas ricas gratificaciones. Más abajo asomaba su palpitante virilidad, entre una mata de pelo rojo y áspero. La joven se estremeció otra vez, sin poder evitarlo, al comparar ese cuerpo con la carne dura, delgada y musculosa de Wolf. Tragó saliva con dificultad y apretó los dientes, reuniendo valor para aceptar sin protestas lo que sobrevendría.

Gabriel rió entre dientes al observar su breve escrutinio.

-Ahora ya sabes por qué mis amigos me llaman "el toro", querida mía. -Guiñó un ojo.- Aunque tenga mis años, ¡sigo siendo el macho más potente del corral!

Se deslizó un poco hacia abajo, introduciendo las manos bajo las rodillas de Storm para levantárselas; así quedó en cuclillas entre sus piernas. Lánguido, como si estuviera analizando los puntos favorables de una vaquilla premiada, estudió la vaina de rizos negros, tan cruda y vulnerablemente expuesta ante él. Luego hizo correr los dedos por la cara interior de aquellos muslos. Storm se estremeció involuntariamente.

-Esto te excita, ¿eh, querida? -inquirió él, observándole la cara.

Como ella no respondía, rió por lo bajo una vez más y le encerró la entrepierna con una mano, acariciando los suaves pliegues con el pulgar. Lentamente, sin dejar de observarla y sin interrumpir el rítmico movimiento, comenzó a explorar con los dedos la dulzura interior, penetrando profundamente en ella. Gruñó de satisfacción.

-Cielos, no sabes cuánto tiempo he esperado para hacerte esto, querida. ¿Te gusta, Storm? -jadeaba pesadamente, sin que le importara la falta de respuesta. Había empezado a acariciarse con la mano libre. -Dentro de un ratito será mejor aún -prometió, indicando su dureza.

Al cabo de un rato se inclinó hacia adelante para sobarle los pechos una vez más, siempre observándole la cara. Todo eso ponía muy nerviosa a Storm, que lamentaba no poder apagar la lámpara. Resultaba aun más horrible que él pudiera ver sus reacciones ante lo que le hacía, inspeccionándola libidinosamente, hurgando en ella, denigrándola.

Gabriel lanzó un gruñido y, sin retirar sus dedos de ella, se tendió a su lado y le sujetó la cabellera para desviarle los labios hacia él. Le hundió profundamente la lengua en la boca, invadiéndola hasta casi sofocarla. De pronto rodó sobre su espalda, arrastrándola consigo, y le indicó que se arrodillara junto a él. Vacilante, medio temerosa por esa manera de hacer el amor, que la atoraba tanto, Storm obedeció.

Las manos del ranchero buscaron nuevamente su órgano y la carne de ella.

-Quítate el camisón -exigió, ronco.

Ella movió los hombros, dejando que la prenda cayera.

-Ahora tócate.

Storm se limitó a mirarlo, afligida y perpleja.

-Oh, vamos, Storm. Bien sabes a qué me refiero. -Gabriel frunció el impaciente al ver que ella continuaba mirándolo sin comprender.- Ya que ese mestizo tuyo no te enseñó tantas cosas como yo pensaba. Al fin de cuentas, querida, parece que voy a tener el placer de domarte. Ponte las manos en los pechos, como hice yo. Quiero mirarte.

Storm aspiró bruscamente al comprender; esas palabras la habían cado, por fin, de su estado de aturdimiento. El espanto le hizo dilatar los ojos ¡Pero si Gabriel pretendía que ella se... se estimulara ante sus ojos, mientras él la invadía con sus dedos y manipulaba su miembro viril. Y... y después de eso...

-¡No... no puedo, Gabriel! ¡No puedo! -sollozó, atónita y horrorizada, como él esperaba.

-¡Oh, qué diablos! Déjate de comedias, Storm. En privado no hace falta que representes el papel de dama. No es eso lo que deseo, por cierto. Quiero que me diviertas con tus tretas de ramera. ¡Qué te pasa, mujer? Antes eras provocativa... con esos ojos de alcoba que prometían todo y no daban nada. ¡Cristo! Aquella noche en Vaillance, cuando te besé, casi me volviste loco.

-¿Qué... qué quieres decir? ¿Qué... qué tretas de ramera? Yo nunca te provoqué. ¡Nunca te

prometí nada! Oh, Gabriel, no te comprendo -exclamó la muchacha, abandonando el silencio de aceptación-. ¿Por qué me haces esto?¿Por qué me pides esas cosas, como si yo fuera... una mujerzuela de la calle?

-¿Y qué? -El enarcó una ceja.- ¿Acaso no lo eres? Oh, no creas que me quejo, querida. No entiendas mal, por favor. La virginidad nunca me pareció muy interesante, aunque me habría gustado cosechar la tuya. Pero estoy seguro de que habrá compensaciones. Al menos, eso esperaba. Después de todo no te han faltado abundantes oportunidades de aprender..

Dejó morir la voz significativamente.

-Jésus,Jésusl

-Haz lo que te digo, Storm -ordenó él suavemente, sonriendo ante su mirada de consternación-. Hazlo, maldita seductora. No voy a permitir que me niegues lo que diste a los Barlow, a tu mestizo y a ese condenado apostador.

-¡Ninguno de ellos me tocó, salvo Wolf! Oh, Gabriel...

-¿Y esperas que me trague eso? ¡Cristo! ¿Tan tonto me crees, Storm?

-¡Es cierto, lo juro! Oh, Gabriel, ¿por qué no me crees?

-Está bien, te creo. Al fin y al cabo, no importa. Hayas sido de uno o de cien, ahora eres mía y eso es todo lo que importa. Te compré a buen precio, zorra, y quiero gozar de lo que pagué. Ponte las manos en las tetas, antes de que se me ocurra algo aun más interesante.

-iNo lo haré!

-Hazlo, o por Dios que te arrepentirás de no haber obedecido.

Santa María, si al menos hubiera tenido una pistola o un cuchillo... Pero no podía matarlo. Estaba completamente a su merced, pues no había en Tierra Rosa una sola persona que acudiera en su socorro si ella presentaba resistencia. Y si huía, ¿adónde ir?

Por las mejillas le corrían lágrimas de cólera y humillación. Storm se mordió los labios e hizo lo ordenado, jurando en silencio que se lo haría pagar algún día, de algún modo, cuando la vergüenza acabara.

-Maman, maman! ¡Ayúdame, maman! Ven pronto, s'il vous platt!

Los alaridos perforaron horriblemente la noche y los oídos de Storm, levantando ecos en toda la casa.

-¡Chance! -gritó la joven, tratando frenéticamente de desasirse de su marido-. ¡Chance!

-¡Maldito sea ese condenado bastardo! -juró Gabriel, sintiendo que su virilidad se ablandaba y empequeñecía, como aquel día en Galveston al pensar en la fría mirada acusadora del niño. ¡Por Dios, ese crío no podía haber elegido peor momento para interrumpir! Era casi como si supiera lo que el ranchero había estado haciendo con su madre.

-¡Anda, ve! -espetó, puesto que por el momento estaba impotente-. Ve a ver qué quiere ese malcriado y vuelve pronto.

Sin vacilar, Storm se levantó de un salto, cubriéndose con la bata, y corrió por el largo pasillo que conectaba las alas este y oeste.

-¡Chance! ¡Ya voy, Chance! ¿Qué pasa, hijo?

Cuando irrumpió en el cuarto del niño lo encontró sentado en la cama, temblando y con los ojos dilatados.

Piamermpits -susurró, petrificado-. Piamermpits ha venido a llevarme. Oh, por favor, no dejes que me lleve. -Su voz se convirtió en un gemido.¡No dejes que me lleve, maman! ¡No es ciérto que te odie! ¡No lo dije en serio! Me voy a portar bien, te lo prometo.

-Ya lo sé, hijo. ¿Dónde está?

-Allí afuera. -Chance señalaba su balcón con mano trémula.- ¡Oh, mamah, ten cuidado.

Sigilosamente, con un dedo contra los labios, Storm avanzó hacia la puerta ventana abierta y lanzó un suspiro de alivio. Había un búho posado en la barandilla de hierro forjado; sus ojos oscuros la estudiaron con curiosidad.

-Juuuu -dijo-. Juuuu.

-¿Es Piamermpits? -preguntó Chance, deslizándose tímidamente hasta ella.

-No, hijo. Es Dohate -le aseguró Storm, tranquilizadora-. El Búho Profeta, que viene a decirte algo.

Los ojos del niño chisporrotearon.

-¿De veras, maman?

-Por supuesto, Chance. Ahora vuelva a la cama, jovencito. Ha despertado usted a toda la casa, sin duda.

-Lo siento, maman.

-Yo no -dijo Storm, revolviéndole el pelo-. Dame un beso, como niño bueno. Buenas noches, hijo. Que sueñes cosas bonitas.

Cerró calladamente la puerta. Luego informó a las afligidas personas reunidas en el corredor que su hijo había tenido una simple pesadilla. Todos volvieron a las habitaciones de los sirvientes, medio gruñendo, mientras Storm volvía a recorrer el pasillo, dando gracias a Dios por la

intervención de su hijo en la noche de bodas. Eso le había dado tiempo para ordenar sus ideas y reunir coraje. ¿Cómo había podido pensar en someterse a Gabriel North, aun a cambio de salvar la vida? ¡Era una locura! El no se limitaba a desearla; quería humillarla en cuerpo y alma. Bueno, ella no pensaba tolerarlo; no soportaría las indignidades con que él la había atormentado esa noche, aunque fuera su deber conyugal. Había cometido un error. Por la mañana pediría a Gabriel el divorcio. De algún modo se abriría paso con Chance, aunque se viera obligada a restregar suelos para vivir.

-Te dije que no te conformaras con un caballo castrado, mamastra -le dijo Joe Jack, impertinente, desde su puerta. -¿Qué haces levantado? -susurró Storm, alarmada. Y se ciñó la bata, pues el muchacho paseaba una mirada apreciativa por su esbelta silueta. -Oí los gritos del crío, por supuesto, como todo el mundo. ¡Por Dios, creí que nos atacaban los indios!

-Bueno, pues no es así. Vuelve a la cama. -¿No quieres acompañarme, mamastra?

-iNo! ¿Cómo te atreves a sugerir semejante cosa, pedazo de... de...? Joe Jack se encogió de hombros, muy sonriente. -Cuando te canses del caballo castrado, avísame. -Y desapareció. Algo más allá, Cathy cerró su puerta sin ruido. El corazón le palpitaba en el pecho. Los ominosos presentimientos que había tenido el día de la tormenta de polvo regresaban para acosarla con sus sombrías imágenes.

Gabriel North comenzó por maldecir al Todopoderoso; lo amenazó, negoció con El y acabó por suplicarle... pero de nada servía. Por mucho que prorrumpiera en juramentos o amenazas, por más que prometiera o rezara, el hecho no cambiaba: estaba impotente, incapaz de consumar sus votos matrimoniales.

Rechinaba los dientes de ira y frustración al recordar el regreso de Storm a sus habitaciones, la noche del casamiento. Después de echar un vistazo a su achicharrada virilidad, había reído burlonamente:

-¿Qué pasa, Gabriel? ¿También tú te asustaste de Piamermpits? -Luego entornó peligrosamente los férreos ojos grises y le espetó:- ¡Lárgate! ¡Lárgate, triste remedo de hombre, antes de que grite hasta derrumbarte la casa alrededor de los oídos! ¡Jesús! ¡Pensar que te burlabas de Wolf!

Miró intencionadamente el laxo miembro del ranchero y volvió a reír, con una carcajada breve y sarcástica. Fue como si el concubino mestizo estuviera en el cuarto con ellos, mirando triunfalmente a Gabriel por sobre el hombro de Storm:

-¡El era mucho más hombre de lo que tú serás en tu vida!

¡Dios, cómo le habría gustado matarla! Quería echarle las manos al cuello hasta ahogarle esa vida desdeñosa. Pero no lo hizo, por supuesto. Ni siquiera él era lo bastante rico como para asesinar sin consecuencias a una mujer blanca. Pero lo deseaba; quería verla de rodillas, implorando misericordia, antes de que él la violara y la matara.

A la mañana siguiente la joven le pidió fríamente el divorcio. Como él se negara, sonriendo sardónicamente ante la inquietud de la muchacha, ella le dijo:

-Muy bien, pues. Será como tú quieras. Pero te lo advierto: si vuelves a golpearme usaré mi cuchillo para castrarte como a uno de tus caballos viejos. El no tomó la amenaza en serio, desde luego. Aun así, cada vez que tocaba el pomo de su puerta, decidido a forzarla pese a la mala voluntad de la muchacha, Gabriel descubría que su miembro masculino se negaba a responder a sus deseos.

"Es por el niño", se dijo irracionalmente el ranchero, por centésima vez. Cada vez que pienso en violar a esa mujerzuela con la que me casé veo los ojos de ese crío. Lo oigo aullar, como en nuestra noche de bodas. Y sé que él sabe... lo que le hice al padre, lo que traté de hacer con su madre... Es casi como si hubiera estado allí, en el ahorcamiento, en el cuarto de Storm, mirándome desde ojos de su padre, esas astillas azules, glaciales, acusadoras.

"Dios, ¿qué tenían los ojos de ese mestizo, que aún ahora me importunan, me persiguen por medio de su bastardo? El hombre era sólo un pistolero, un hijo de perra al que ahorqué; nada más. ¿Por qué demonios sigo pendo en él, al punto de no poder siquiera levantar esta maldita verga mía? ¡Mierda!

"Es por el niño", pensó Gabriel otra vez, furioso, frustrado, humillado e paz de admitir la traición de su propio cuerpo. "Si no estuviera aquí ese condenado crío, haciéndome pensar en ese indio que manoseó a Storm antes que yo lo colgara, no tendría ninguna dificultad para acostarme con esa ramera francesa con la que me casé. De algún modo tendré que librarme de ese crío y hacer que su puta madre lamente el día en que se rió de amenazó con cortarme los cojones. Y tengo que hacerlo pronto, antes de esa maldita zorra me traicione con mi propio hijo. Sé que Joe Jack le declaro su interés. Ya sé lo que se trae entre manos cuando la ronda así, olfateando sus faldas como un perro en celo. Nada le gustaría tanto como acostarse con mi propia mujer. ¡Maldito cabrón! Si trata de revolcarse con ella es que yo, voy a despellejarlo. Y la muy zorra le sigue el juego, lo provoca, trata de hacerme pasar por tonto y de enfurecerme para que la deje ir. ¡Pues no lo haré! Es mía y por Dios que seguirá aquí. Si llega a abrirse de piernas para Joe Jack y... pues la estrangulo.

Librodot

¡Maldita sea! ¿Adónde diablos se han metido ahora, esos dos?

-¡Maldita sea!

-¿Qué pasa, Joe Jack?

-Esos condenados comanches han hecho otra incursión por nuestras tierras. Mira esas huellas. Son de caballos sin herrar: ponies indios. ¿Cuántas cabezas de ganado habrán robado anoche esos ladrones?

-¿Qué importa? Tienes más que suficiente.

-Claro que importa. Ya le he advertido a papá que, si esto continúa, acabarán por incendiar la casa... con nosotros adentro.

-Oh, Joe Jack, cómo te pones... -rió Storm-. Tierra Rosa está muy bien custodiada.

Pero se puso seria y los ojos se le empañaron al pensar en los hombres que Gabriel había puesto a vigilarla, para que ella y Chance no pudieran escapar. Así estaban las cosas desde que había pedido el divorcio a su esposo. Aun en ese momento un peón la seguía desde lejos, fingiendo buscar vacas extraviadas, pero Storm sabía que estaba espiándola para informar a Gabriel sobre cada uno de sus movimientos.

La muchacha sacudió la cabeza y se acercó un poquito más a Joe Jack.

-Sí, puede ser -estaba diciendo él-. De cualquier modo, lamento que el viejo haya atacado a esos demonios rojos. Desde entonces no hemos tenido más que problemas.

-¿Gabriel... Gabriel atacó a los kwerharehnuh? --Sí, hace mucho tiempo, buscándote.

-Por lo visto... me buscó mucho. Tal vez me ama a su manera, después de todo.

-iOh, Storm, deja de embromar! Si crees eso eres capaz de creerte cualquier cosa -dijo Joe Jack, disgustado-. Papá no ama a nadie: ni a mí ni a Cathy, mucho menos a ti. El viejo no soporta que, lo derroten. Eso es todo.

-Sí, supongo que tienes razón. -La muchacha suspiró, preguntándose cómo había podido enredar tanto su propia vida.

-Oye... -Joe Jack se puso de pie y la ayudó a levantarse.- ¿Por qué no te olvidas de papá y me das una oportunidad? Sé perfectamente que él no va a tu cuarto por la noche.

-iMerde, Joe Jack, Cathy tiene razón! ¡Es cierto que espías a la gente! Debería darte vergüenza.

-También a ti, mamastra. -El mozo sonreía con malignidad.- ¡Dejar que ese hermoso cuerpo joven se vuelva hielo, cuando yo me muero por prenderle fuego! Oh, vamos, tesoro -arrulló con calor, tomándola en sus brazos para apretarle besos quemantes a lo largo del cuello. Luego le sujetó la cabellera, buscándole la boca. -¡Cristo, me moría por hacer eso! -murmuró, besándola apasionadamente una vez más.

A Storm le daba vueltas la cabeza. Su cuerpo ardía de súbito deseo. Sintió el torrente de humedad que le mojaba los rizos entre los muslos trémulos y recordó que llevaba mucho tiempo sin hombre.

-¡Basta, Joe Jack! ¡Basta ya! -exclamó. Por fin logró apartarlo. -Lester nos verá y se lo dirá a tu padre.

-¿Y qué? Yo no le tengo miedo a papá. ¿Y tú?

La joven no respondió. Estaba espantada por los actos del muchacho y mortificada por su propia reacción, pues no había tenido intenciones de permitir que las cosas llegaran tan lejos. Sólo quería coquetear un poco con él... para irritar a Gabriel y aliviar su propia soledad, su angustia. Como si pudiera erradicar lo que había pasado entre ellos, se limpió la boca con una mano que temblaba visiblemente.

-Eso no te servirá de nada, tesoro. -Los ojos de Joe Jack se habían vuelto súbitamente serios.- Ya te he puesto mi marca. Oh, Storm, qué diablos. Estás hecha para el amor y lo sabes. De lo contrario no estarías aquí conmigo. Te advertí que no te conformaras con un caballo castrado, ¿verdad? Cometiste un error al casarte con el viejo. Y ahora estás atada a él, sin salida posible, con un montón de años amargos y vacíos mirándote a la cara. ¿Cuánto tiempo crees que podrás soportar, Storm? ¿Un mes, un año? Papá puede vivir veinte o treinta años más. ¿Cuánto tiempo pasarás dando vueltas en esa cama fría, ardiendo por sentir a un hombre entre los muslos? Al besarte, hace un momento, te sentí caliente y estremecida como una yegua en celo. Nadie puede darte lo que yo, tesoro. Papá mataría a cualquiera que tratase de tocarte. Mierda, si hasta es posible que me mate a mí, pero qué me importa. Por ti vale la pena arriesgarse, Storm. Nunca he deseado a una mujer te deseo a ti. Y sé que tú también me quieres. ¿Cuánto más vas a hacer esperar, mamastra, antes de permitir que te rasque esos escozores?

Hasta que pongan los clavos a la tapa de tu ataúd -le espetó la muchacha horrorizada por ese lenguaje vulgar, sus lascivas sugerencias y, sobre todo por el hecho de que él la hubiera interpretado tan bien.

Oh, ¿por qué se había acercado a él? Si no se hubiera sentido tan desesperada e infeliz por culpa de Gabriel... Si al menos ella y el ranchero hubieran podido hacer algo de su matrimonio... Entonces Storm nunca se habría vuelto a Joe Jack, atraída por sus miradas hambrientas y su

bamboleo confiado. Pero en Tierra Rosa él era su único amigo. Y ahora le había despertado el cuerpo con caricias y besos ardientes; él quería excitarla y complacerla, no humillarla como Gabriel.

-¿Sí? Bueno, por el momento no tengo intenciones de abandonar, mamastra. -Joe Jack volvió a sonreír, como si percibiera su confusión interior.- Tu espera va a ser larga y solitaria. Yo puedo esperar. Cuando el escozor sea muy fuerte, no tienes más que llamarme.

Por un momento la muchacha se sintió tentada. Hacía tanto tiempo... instintivamente sabía que con Joe Jack sería agradable. ¿Por qué vacilaba, ? El recuerdo de Wolf la había apartado de Brett Diamond, pero Wolf había muerto. Y antes de morir la había abandonado por otra...

-Gabriel nos mataría a ambos -susurró, con el corazón palpitante en el pecho. Luego giró en redondo y echó a correr, huyendo del deseo demasiado penetrante que veía en los ojos oscuros de Joe Jack.

El otoño llegó y se fue. El invierno se aposentó temprano sobre la tierra trayendo consigo los intensos vientos del norte, que bajaban con gélida furia desde el Llano Estacado.

Exteriormente los North parecían, para quienes los conocían, una familia perfecta: el triunfador ranchero de edad madura; su segunda esposa, mujer elegante y arrebatadora; el hijo, esbelto y atractivo; la hija fea, pero garbosa. Todos eran un orgullo para Tierra Rosa y Texas.

Sin embargo, por adentro la casa ardía a fuego lento. Gabriel y Storm se habían convertido en dos extraños cautelosos, falsamente corteses, que intercambiaban sonrisas delante de los invitados, pero por la noche se retiraban a cuartos separados sin hablarse.

La joven dormía con su puñal bajo la almohada y se había asegurado de que Gabriel lo supiera. Ignoraba que, si el ranchero no iba a su cuarto, no era por su amenaza; le bastaba con que la dejara en paz. Si hubiera adivinado que su esposo había quedado impotente y lo mucho que lo afectaba su falta de virilidad, si hubiera sospechado que Gabriel culpaba irracionalmente a Chance por la no consumación del matrimonio, Storm habría alzado a su hijo para huir de Tierra Rosa, de cualquier manera. Pero no sospechaba hasta qué extremos llegaría Gabriel para restaurar su virilidad y hacerla suya. Por eso seguía en la casa, ajena a la inminente tragedia que parecía cernirse sobre todos ellos.

Sólo Cathy sabía que volaba hacia ellos, como el remolino de polvo durante aquella tormenta de verano. La veía en la mirada ceñuda que Gabriel posaba en Chance; en los ojos hambrientos con que Joe Jack devoraba a la esposa de su padre; en la creciente temeridad con que estaba empezaba a responder a su hijastro.

-¡Oh, Ross, Ross! ¿Cuánto más debemos esperar? -exclamó Cathy un día, en Rosa Pequeña, aferrándose a su amante-. Algo terrible va a pasar en Tierra Rosa. ¡Lo presiento!

-Bueno, sabiendo lo sensible que eres, supongo que tienes razón. Pero en este momento no puedo dejar el Chaparral, querida. Estamos en pleno invierno y no hay nadie buscando empleo. Además, con la primavera llegará la época de la crianza y de la yerra, la temporada de más trabajo. El señor Kingston se ha portado bien conmigo, Cathy, y no puedo dejarlo plantado. ¿No puedes esperar un poquito más, tesoro? Te prometo que cuando llegue el verano me casaré contigo y te llevaré lejos.

-¡Oh, Ross, estoy muy preocupada! Papá buscará algún modo de detenernos. Estoy segura.

-No, nada de eso, querida. Y no quiero que martirices esa bonita cabeza pensando esas cosas, ¿me entiendes? Eres mayor de edad y él no puede hacer nada.

-Habrá un escándalo, bien lo sabes. Que la hija de un hombre rico se fugue con un capataz no es cosa de todos los días.

-¿Te importa, Cathy? Yo tengo mucho orgullo, pero sé que con eso no basta. No cuento con mucho dinero. Y tampoco tanto estudio como tú.

-¡Oh, Ross! ¿Crees que eso puede importarme? ¿Por quién me tomas? ¿Por una señorita engreída como Vanessa Granville? Tú te has abierto paso saliendo de la nada; sólo por eso mereces mucho más respeto que cualquier tonto rico e instruido. Mientras pueda estar contigo, Ross, nada me importa. Tú eres mi fortaleza, mi puerto en la tempestad. Sé que, cuando el mundo me castiga, puedo venir a apoyar la cabeza en tu hombro y todo volverá a estar bien. Eso es lo único que me interesa, Ross: tenerte a mi lado, que me ames, que compartamos la vida, que pasemos la noche abrazados, conversando, conversando de verdad, y riéndonos juntos de nimiedades. Eso no se compra con todo el dinero ni con toda la instrucción del mundo, Ross. Eso viene directamente del corazón y es gratis... para los que quieran tomarlo y darlo a a su vez. Eso es lo único que le he pedido siempre a la vida.

-Es hermoso, Cathy. Tú eres hermosa. Y yo también quiero vivir contigo y amarte por tanto tiempo como me quieras contigo. -Por siempre es mucho, mucho tiempo, Ross. Abrázame un ratito más, hasta que podamos estar juntos por siempre.

Habían sido tres días largos y cansadores. Primero, el largo viaje al Chaparral; luego, la cena y el baile de disfraces, que se prolongó hasta las primeras horas de la madrugada; por fin, el prolongado trayecto de regreso a Tierra Rosa. Storm suspiró de cansancio, cambiando de posición

Librodot

la carga de Chance, que dormía en sus brazos. La desaparición de Cathy durante la fiesta de los Kingston había empeorado las cosas, si acaso era posible. Storm recibió una iracunda reprimenda de Gabriel por su falta de competencia como chaperona. Desde entonces tenía un horrible dolor de cabeza.

-¡Oh, Gabriel, por Dios! -había exclamado finalmente, desesperada-. Cathy tiene veintisiete años y no quiere ni necesita mi vigilancia. Además, ¿sabes cuántas mujeres vinieron vestidas de bataclanas?

No obstante Gabriel persistió. Storm se vio obligada a interrogar ásperamente a Cathy, sin recibir respuestas satisfactorias. Dondequiera hubiese estado, era obvio que no tenía intenciones de revelarlo a su madrastra.

Las cosas fueron de mal en peor. Joe Jack siguió a Storm a los preciosos jardines de los Kingston para tratar de imponerle nuevamente sus atenciones. Como los árboles habían perdido ya todas sus hojas, Storm se puso furiosa con su hijastro, temiendo que alguien pudiera verlos a través de las ramas desnudas. Logró deshacerse de él antes de que los descubrieran, pero se daba cuenta de que no podría rechazarlo por mucho tiempo más. Peor aun: no quería hacerlo. Joe Jack la atraía físicamente y ahora aseguraba estar.enamorado de ella. Sin embargo, Storm sabía que la situación no tenía remedio mientras viviera Gabriel. Si aceptaba como amante a Joe Jack, el ranchero lo descubriría tarde o temprano; no había modo de saber cómo se vengaría entonces de los dos.

"¡Oh, si Gabriel muriera súbitamente de algún ataque al corazón!", se mordiéndose con petulancia el labio inferior. De inmediato se arrepintió. y le había advertido muchas veces que traía mala suerte desear el mal a alguien, por mucho que se lo odiara. Nunca desee nada horrible a una persona señorita Storm, porque es probable que le ocurra a usted. "Qué cierto", pensaría Storm más tarde. Porque fue entonces cuando aparecieron los indios.

Al principio la muchacha no entendió lo que estaba ocurriendo. La primera flecha que se clavó en el costado del coche le provocó un respingo instintivo. De pronto fue como si todo ocurriera al mismo tiempo. Los comanches empezaron a dar el grito de guerra que ella recordaba tan bien. Estallaron alaridos entre los jinetes que escoltaban el coche hacia Tierra Rosa. Los disparos se sucedían en breves ráfagas entrecortadas, en tanto los caballos se alzaban de manos, levantando nubes de escarcha. El ranchero fustigó al tiro con su largo látigo. Muy pronto el vehículo se sacudía precariamente en el suelo helado.

-¡La casa está demasiado lejos, papá! -chilló Joe Jack, para hacerse oír por sobre el estruendo-. ¡No llegaremos!

Al parecer Gabriel estaba de acuerdo, pues lanzó una palabrota y detuvo a los caballos. Con voz atronadora ordenó a todos que bajaran. Luego él y su hijo desengancharon al tiro y tumbaron la calesa de costado, para que les sirviera de protección.

Storm se acurrucó entre los asientos acolchados, trémula y estrechando a Chance contra su cuerpo, mientras flechas, lanzas y balas pasaban silbando. De vez en cuando un caballo saltaba por sobre el vehículo, obligándolos a agachar la cabeza para no ser golpeados por los cascos. Los hombres del ranchero se habían refugiado donde pudieron; Gabriel y Joe Jack estaban apoyados en el estribo, disparando rápidamente contra las siluetas oscuras y pintadas de los indios. Al cabo de un rato el ranchero arrojó al suelo su rifle y sacó la pistola.

-¡Por Dios, Storm! -maldijo-. ¿Ese condenado mestizo tuyo no te enseñó nada? ¡Deja de acurrucarte allí como una idiota! ¡Toma esas cartucheras y encárgate de recargarme las armas!

Storm superó en parte su estupor e hizo lo que se le ordenaba, algo exasperada por no haberlo pensado ella misma, sobre todo al ver la serenidad con que Cathy estaba recargando ya la carabina de Joe Jack.

Después de eso no hubo tiempo de pensar ni discutir, pues Gabriel y Joe Jack estaban muy ocupados en disparar una y otra vez, hasta que los cañones de las armas les quemaban las manos y las cámaras sonaban a vacío; entonces las arrojaban a un lado. Una y otra vez, mientras Storm luchaba con los proyectiles en la oscuridad, veía a Gabriel hacer blanco. Cada vez que caía un guerrero comanche, ella trataba desesperadamente de no preguntarse si era Atacante de la Luna, Soldado Loco o alguno de los bravos que conocía y amaba. Se obligó a no pensar en eso. Dolía demasiado.

"Son enemigos", se dijo. "Si Gabriel y Joe Jack no los matan, ellos acabarán contigo."

Pero eso no servía de nada.

En cierta oportunidad vio que Cathy la miraba con renuente admiracion.

-Te reconozco una cosa -dijo la muchacha; limpiándose el polvo de la frente-: tienes agallas. A estas horas cualquier belleza sureña se habría desmayado.

Storm le agradeció con una sonrisa irónica, pero no hubo tiempo para desarrollar aquella amistad: en ese momento Chance dio un grito salvaje, saltó del sitio en que estaba agazapado y corrió hacia la planicie abierta.

-¡Chance, Chance! -aulló Storm, dejando caer el rifle de Gabriel para ir a por el niño. En la prisa se torció un tobillo, pero apenas sintió el dolor. - Vuelve, Chance!

Librodot

La noche era un caos. Le hizo pensar en el ataque de los apaches al campamento de los Kwerharehnuh, tantos años antes. Temibles guerreros montados a caballo galopaban junto a ella, lanzando su peculiar grito de batalla a todo pulmón. Storm apenas tenía conciencia de estar abriéndose paso entre ellos, esquivando un tomahawk que pasaba peligrosamente cerca, eludiendo unos brazos cobrizos que se inclinaban hacia ella.

-¡Chance!

El claro de luna descendía a torrentes desde el cielo estrellado, lanzando rayos de plata sobre la tierra. Storm notó apenas que había luna llena... luna comanche, luna para atacar o hacer algo juntos. Oh, Dios, ¿por qué tenía que pensar ahora en eso? -¡Chance!

Por fin divisó su pequeña silueta. Sus piernas regordetas subían y bajaban rítmicamente, abriéndose paso entre el bullicio hacia un potente potro pinto. Fue entonces cuando Storm cayó en la cuenta de lo que el niño había dicho antes de abandonar a la carrera la protección del vehículo.

"¡Ap'!" Eso era lo que había gritado: "¡Ap'!"

-Santa María-murmuró Storm-. Vio ese caballo y creyó que era su padre. ¡Chance!

Corrió hacia el niño, sin aliento, y lo arrebató en sus brazos en el momento en que llegaba hasta el guerrero montado en el potro overo. Aterrorizada, levantó la vista hacia el feroz rostro pintado y estuvo a punto de desmayarse. El la miraba con fríos ojos de diamante... esos ojos azul medianoche que Storm no esperaba volver a ver por el resto de su vida.

¡Buen Dios! ¡Era Wolf!

Librodot

LIBRO QUINTO

Amor, acaríciame

Librodot

Wolf miró a Storm y a su hijo por una eternidad, o así lo pareció. Fue como si los viera sin verlos, como si su mente estuviera muy lejos...

¡Ahórquenlol ¡Ahórquenlo!

Manos rudas lo sujetaron por todos lados, arrancándole los restos de la camisa de seda negra, poniéndolo salvajemente de pie. No importaba que tubiera las rodillas demasiado débiles para sostener su peso. Las manos lo sostuvieron en volandas, lo arrastraron rudamente por la pradera apenas boscosa, a un roble cercano que se erguía aparte de los otros árboles. Partículas de abrojos le desgarraban las piernas, clavándole agudas espinas en la piel, pero él apenas sentía los rasguños y los pinchazos.

Los peones despojaron al potro pinto de montura y arreos, para que Wolf no pudiera poner los pies en ningún estribo. Luego lo dejaron en pantalones, quitándole hasta los calcetines de seda negra y las botas con espuelas de plata, y le ataron las muñecas a la espalda. Al terminar pasaron una cuerda por una rama fuerte, hizaron a Wolf al ancho lomo de Pahuraix y le pasaron el nudo por el cuello, ajustándolo a tal punto que estuvieron a punto de sofocarlo. El tomó aliento en jadeos entrecortados.

Despacio. Cuando tengas miedo, respira despacio y profundamente; así se te pasarán el mareo y las náuseas. No te avergüences, Hermano del Lobo. Todo hombre siente eso muchas veces en la vida.

Wolf se obligó a mantener la calma, a aspirar profundamente y con lentitud. La sensación de ahogo se alivió. Pasaron el mareo y las náuseas.

Los peones quitaron las bridas a su caballo overo. Wolf moriría en cualquier momento. Cerró los ojos, vaciando el cuerpo y el alma de miedo y dolor. Era un guerrero comanche y como tal moriría.

La mente se le llenó con imágenes del pasado que se movían a cámara lenta; algunas, nítidas y limpias; otras, borroneadas en los bordes, como viñetas neblinosas. Los matices intensos se tornaron transparentes, como el pentimento que a veces se encuentra en las telas antiguas, esfumándose en tintes más suaves que corrían juntos como acuarelas bajo la lluvia.

Se vio niño, arrodillado, en tanto a su alrededor se cernía la oscuridad de la muerte, como en esos momentos. Se vio jugando una carrera contra Masitawtawp para recobrar las flechas caídas. Se vio guerrero joven, cabalgando en el viento con su esposa comanche, Bienamada de la Selva. Se vio hombre, inclinado hacia Storm con fiera ternura, al hacerla suya bajo una luna comanche. Se vio sollozando contra el manto de búfalo blanco con que había amortajado a Tabenanika. Se vio nuevamente arrodillado, esta vez en las planicies barridas por el otoño, con las manos extendidas para recibir a su hijo. Y todo era dulzura y luz.

Esos eran los momentos atesorados que Wolf recordó mientras esperaba que la muerte lo encerrara en su puño. Eran recuerdos queridos que la negrura arremolinada para tragarlo no podría quitarle.

Abrió los ojos, preguntándose por qué los peones no habían golpeado todavía a su potro, para que huyera dejándolo en el aire, por qué no jalaban de la soga para liberar su espíritu de ese cuerpo maltrecho que lo encadenaba a la tierra.

Y entonces comprendió.

¡Oh, crueldad, crueldad! Los peones envolvieron el otro extremo de la cuerda al cuello del animal y lo ataron. Wolf no moriría instantáneamente, a menos que el potro echara a galopar de súbito. No: el final llegaría poco a poco, con insoportable tormento, según cada movimiento del caballo fuera jalando de él hacia la rama y, por fin, por encima de ella, para que su cuerpo muerto (si Dios era misericordioso y estaba muerto por entonces) fuera arrastrado por el suelo como última indignidad.

Los peones lo dejaron. A solas, Wolf esperó que el más antiguo de sus enemigos viniera a reclamarlo.

Esperó... pero no con resignación. Tenía una oportunidad, una oportunidad que Gabriel North, el odiado ranchero, no había previsto. Pahuraix estaba bien adiestrado. El caballo no se movería sin una orden de su amo. Wolf tironeó de la soga atada a su cuello e inclinó lentamente el cuerpo hacia adelante, hasta que el nudo estuvo a punto de ahorcarlo. Volvió a la posición original.

Repitió el movimiento una y otra vez, para que la áspera corteza de la j ma raspara el esparto de la soga, debilitándolo. Los minutos parecían horas; las horas, días; los días, años. El sol ardiente lo castigaba implacablemente. El sudor le corría hasta los ojos, cegándolo. Las gotas descendían hasta la boca. El entreabría con gratitud los tibios labios resecos, para lamer con la lengua esas pocas gotas de humedad salobre que se demoraban allí. Una y otra vez, en tanto el potro inquieto y sediento golpeaba el duro suelo con los cascos, Wolf susurraba en comanche la misma orden áspera:

-Quieto. Quieto. Quieto.

Una y otra vez se adormeció en el calor, sólo para despertar con una sacudida. No podía quedarse dormido o moriría. Su mente empezó a divagar. Wolf la devolvió dolorosamente a la

realidad. Habría sido mucho más fácil dejar que se desprendiera. Desesperado, se obligó a concentrarse en el movimiento oscilante que estaba aserrando la soga allá arriba. Era su única posibilidad...

Cayó la oscuridad y él seguía con vida. El rítmico movimiento se había vuelto automático. Inclinarse hacia adelante; volver atrás; con cuidado, ¡con cuidado! Resbala una sola vez y eres hombre muerto. ¡No te duermas, maldición! ¡No te duermas! ¡Quieto, Pahuraix, quieto!

La noche fue interminable. Wolf se sentía degradado. Gabriel North lo había despojado del orgullo, de la dignidad, dejándolo menos que hombre. Gimió.

Llegó la mañana. ¿La segunda mañana? ¿La tercera? No lo sabía. Wolf comprendió que su mente divagaba otra vez. Se volvió una vez más a la realidad, perdiendo el férreo control que había tenido sobre su cuerpo. Fue entonces cuando ocurrió. Fue entonces cuando sufrió lo que, para él, era la peor de ha humillaciones. La vejiga que había contenido dolorosamente por tanto tiempo se vació, vertiendo su contenido a lo largo de una pierna. Sintió que el fluido le empapaba los pantalones y su odio hacia Gabriel North se intensifico. En silencio, Wolf juró que, si sobrevivía a esa prueba de fuego, mataría al despreciado ranchero muy lentamente, con torturante furia. Al anochecer el tercer día llovió. Los músculos anudados del cuello se tensaron contra la soga; echó la cabeza atrás para tragar las gotas que se estrellaban contra él, empapándolo. El aguacero concluyó tan de pronto como había comenzado, dejándolo estremecido y febril. Le castañeteaban los dientes.

Pahuraix se movió.

Wolf trató en vano de retenerlo con las rodillas. Sus labios se entreabrieron futilmente para graznar una orden, pero ya era demasiado tarde. Se bamboleó hasta perder la conciencia, implorando la muerte.

Despertó al séptimo día; estaba tendido en la tierra. Lanzó un gemido. Estaba vivo! ¡Había triunfado! De algún modo aún estaba vivo. Aturdido y descompuesto se examinó con dificultad. Estaba cubierto de vómito, sucio de excrementos. Tenía un tajo en la frente, allí donde había golpeado con la rama justo en el momento en que la soga cedía, raída por sus esfuerzos, dejándolo caer al suelo. Había tres costillas fracturadas y uno de los brazos le colgaba en un ángulo extraño; estaba quebrado. En la pierna derecha descubrió un corte largo y profundo. Se había distendido el tobillo izquierdo. Su cuerpo era una masa de rasguños, cortes y cardenales. Wolf no pudo explicar-se cómo había sobrevivido. Sólo el milagro de que se cortara la soga antes que su cuello le había salvado la vida.

Pahuraix relinchó suavemente a poca distancia. Wolf levantó dolorosamente la cabeza aturdida. El potro, percibiendo que el hombre había despertado, se acercó a hociquearlo, despidiendo astillas de tormento por todo su cuerpo. Wolf trató de incorporarse pero cayó otra vez, gimiendo, y la negrura volvió a envolverlo.

Pasaron tres días antes de que recobrara la conciencia. En esa oportunidad no trató de incorporarse. Sabiendo que necesitaba agua, se arrastró hasta el borde de un arroyo que serpenteaba tentadoramente entre los árboles. Le llevó casi una hora cruzar aquellos seis metros, moviendo el cuerpo como un gusano medidor. Bebió débilmente con la lengua, como los perros. Cinco minutos después, el estómago vacío rechazó su contenido. Vomitó, pero al menos la sed estaba saciada.

A la mañana siguiente volvió a beber y en esa oportunidad logró retener el agua. Ya algo mejorado, se dedicó a liberar sus muñecas atadas frotando la soga contra una roca afilada. Cada movimiento era una verdadera tortura. Cada vez que movía el hueso roto le aguijoneaban el brazo punzadas de dolor al rojo blanco, poniéndolo al borde del desmayo. Apretaba los dientes y seguía trabajando. Por fin sus dedos sintieron que las hebras empezaban a deshilacharse. Con una sacudida final, separó las manos. La sangre corrió como alfileres hasta las muñecas entumecidas, por entonces despellejadas por sus esfuerzos. Trató de retirar el nudo corredizo que le colgaba del cuello, pero descubrió que estaba demasiado ceñido como para poder aflojarlo con un solo brazo. Tiró débilmente del trozo de soga y, sujetando entre los dientes la parte aflojada, comenzó a roer decididamente. Tardó dos días en cortar la cuerda, pero al fin obtuvo el trozo que necesitaba. Entonces se arrastró ceñudamente hasta uno de los álamos temblones que se arracimaban a la orilla del arroyo. Allí pasó un extremo de la soga alrededor del tronco, atándolo con tanta firmeza como pudo, y envolvió el otro a la muñeca de su brazo fracturado. Apretando con fuerza los dientes, torció el hombro con una áspera sacudida, tensando la soga. El hueso quebrado se acomodó con un chasquido ensordecedor.

Wolf lanzó un solo grito, con la frente cubierta de sudor. Después de pasar algunos minutos respirando en jadeos entrecortados, con el cuerpo convulsionado por el dolor y el alivio, dejó que la cuerda se aflojara poco a poco y soltó el extremo atado a su muñeca. Sosteniéndose el brazo herido, volvió a la orilla del arroyo. Esperó cuatro horas; por fin, un trozo de madera apropiado se acercó a la orilla, bamboleándose torpemente. Wolf le echó un manotazo desesperado, pero la'madera mojada se le escapó entre los dedos. Un momento después volvía a la ribera; en esa oportunidad el hombre tuvo éxito. Puso el trozo de rama en el suelo, a su lado, y volvió torpemente

Librodot

al álamo, donde se incorporó para apoyar la espalda contra el tronco. La cabeza le dio vueltas por un instante, haciéndolo sentir muy débil. Cerró los ojos hasta que pasó la sensación. Luego desgarró en largas tiras las perneras de sus pantalones. la tosca tablilla a lo largo del brazo fracturado y la ató, ciñendo tanto copudo. Tras asegurarse de que estuviera firme, se vendó las costillas y el tobillo distendido. Sólo entonces trató de levantarse. Le temblaban las rodillas. El tobillo dolía endemoniadamente al apoyar peso en esa pierna. Pero de algún modo logró mantenerse de pie y renquear el arroyo. Allí se desvistió con dificultad para lavarse hasta el último rincón del cuerpo mugriento y lo que restaba de sus pantalones. Después durmió.

Al día siguiente se sentía más fuerte y pudo desenterrar algunas raíces con la mano sana; las comió, pero le volvieron a la boca casi de inmediato. Comprendió que aún estaba enfermo y que, además de la fiebre y los espasmos, la náusea y la disentería, que persistían, probablemente sufría los restos de una ligera conmoción cerebral. Revisó la zona en busca de las plantas medicinales que pudieran ayudarlo a recobrarse: menta silvestre para el estomago revuelto, milenrama para los cortes y cardenales, nabo indio para el dolor de cabeza y diminutas piñas para la horrible irritación de garganta. También descubrió una cuesta llena de placamineros y cerezos silvestres. Con eso y las raíces logró subsistir hasta que estuvo en condiciones de cazar pequeños animales con una trampa armada con el trozo de soga. Resultaba comico, en verdad, que el supuesto instrumento de su muerte le sirviera de modos diferentes para conservar la vida.

Pasaron semanas. Wolf no sabía cuántas, pues había perdido toda noción del tiempo en su batalla por la superviviencia. No le importaba. Era como un animal herido: necesitaba tiempo para lamerse las heridas, como el lobo abrumado que fuera en otros tiempos, solo y subsistiendo gracias a la tierra. Sólo que esta vez no tenía siquiera un cuchillo de caza. Tampoco lo necesitaba. Ahora llevaba La Tierra en su sangre. Wolf era La Tierra. Su vista aguda era como la del halcón que vuela en el cielo nocturno, buscando una presa. nariz aspiraba el aire e identificaba en el viento cada uno de los olores. Su cuerpo sabía deslizarse entre los pastos de la pradera como una serpiente, haciéndolos susurrar apenas en la oscuridad. Sí, él era La Tierra. Y como La Tierra volvería a ser fuerte.

Con el correr del tiempo su cuerpo curó. Sólo quedaba (una vez retirado el nudo corredizo) una terrible cicatriz en torno del cuello, allí donde la soga le había quemado la carne, para recordarle su espantosa prueba. A la luz cada de la luna comanche, Wolf montó en Pahuraix y puso al caballo hacia el sur, rumbo a México, rumbo al hogar, a Storm y el niño que ella le había dado.

El aspecto de Fin Terre lo dejó estupefacto; si había un sitio más desolado, existía sólo en su corazón. Ya no existía el refugio hacia donde había viajado tan de prisa. No estaban allí los brazos de Storm, ansiosamente extendidos para estrecharlo con fuerza y aliviar la angustia de su tormento. No estaba la carita de Chance, ante la ventana, esperando su llegada con entusiasmo. No quedaba nada, salvo la casa desierta, vacía del menor rastro de una familia.

Su primer pensamiento fue que Gabriel North, tras haber descubierto su paradero, se los había llevado. Pero Wolf no encontró señales de lucha. ¡Y Storm no se hubiera ido sin luchar! Se paseó por la casa, observándola con una extraña curiosidad objetiva, como un forastero. Estaba deshabitada desde hacía tiempo, a juzgar por la capa de polvo que cubría todo. Allí estaba la mesa donde comían los tres; la tina en la encimera, donde Storm lavaba los platos; la camita de Chance a un lado. Detrás de la cortina que dividía la única habitación, la cama hecha por Wolf, donde había dormido y hecho el amor con Storm. Posó la mirada en sus pertenencias, pulcramente acomodadas en un rincón. Y entonces supo.

¡Si te vas, no vuelvas!

Ante su tardanza, Storm había creído que él tomaba en serio sus palabras y, considerándose abandonada, se había ido con Chance. El alma torturada de Wolf se resistió por largo rato a aceptar esa conclusión; luchaba contra ella, ideaba otros mil motivos para la ausencia de su familia. Pero en el fondo él sabía la verdad. ¡Oh, Dios, Dios! ¿Cómo podía ella haberle hecho eso?

Al cabo de un rato, Wolf se quitó los pantalones harapientos y se puso sus prendas indias. Luego abandonó silenciosamente la casa.

Las huellas que le habrían indicado dónde buscar a su esposa y a su hijo habían sido borradas por el tiempo y la naturaleza, mucho tiempo atrás. Con el corazón destrozado, viajó hacia el único lugar donde siempre lo estarían esperando, el único sitio adonde Storm iría a buscarlo si todavía lo amaba. Viajó hacia La Tierra, hacia El Pueblo.

Allí le dieron la bienvenida que Storm le había negado, abriéndole los brazos sin hacer preguntas. Bastaba con que estuviera allí. Si él deseaba contarles qué causaba ese tormento en sus ojos, lo haría a su modo y a su debido tiempo.

Cuando Wolf hubo descansado halló palabras para explicar su agonía. Descubrió entonces que Gabriel North, su enemigo, era también el enemigo del Pueblo. Ekakura y Kwasia habían muerto, asesinados por el jefe blanco Pelo de Fuego, muchos inviernos antes. Atacante de la Luna y Soldado Loco tenían sed de venganza, tanta como Wolf. Presa del frenesí, se arrojó de lleno a organizar ataques contra Tierra Rosa. El se encargaría de que el odiado ranchero, que le había costado una esposa y ún hijo, fuera destrozado pedazo por pedazo.

Librodot

Las doncellas del campamento, que con gusto habrían compartido sus mantas con él, descubrieron que les volvía la espalda sin dedicarles más que una mirada sin interés. Wolf sólo deseaba a una mujer. Y esa lo había abandonado. Clavó la vista en los ojos grises de Storm, alelados e incrédulos, y en los de su hijo, a quien ella estrechaba entre sus brazos.

¡Oh, Dios! encontrarlos allí, en ese momento, en esa tierra, en la propiedad de Gabriel North, defendiendo todo aquello que Wolf había jurado aniquilar, asesinando al Pueblo...

-¡Storm! -susurró, un momento antes de que ella girara en redondo y huyera de él, como quien ha visto a un fantasma.

Storm se las compuso para llegar al vehículo tumbado, temblando de pies a cabeza. Jésus, Jésus! ¡Wolf estaba vivo! ¡Vivo! Oh, Dios, era él, sin duda. Sainte Marie! ¿Y si se equivocaba al pensar que él los había abandonado, a ella y al niño? ¿Y si Wolf, tras haber vuelto a Fin Terre, los había buscado a ambos, después de todo? No, por supuesto. Estaba allí, en Tierra Rosa, sólo para atacar junto con los comanches, con El Pueblo. Claro, eso era todo. Oh, buen Dios, ¿qué habría pensado al encontrar a su esposa y a su hijo allí, justo allí? Peor aun: ¿qué haría?

-Maman, maman... -La voz de Chance devolvió a Storm a la realidad, con un respingo.- Era ap' ¿no?

-Sí, Chance, era él. ¡Sacrebleu! -La muchacha habló rápidamente en francés, para que los otros no entendieran.- No debes decir nada a nadie, Chance. ¿Comprendes? No digas a nadie que ap' está vivo. El señor North, papá... lo mataría, ¿me oyes?

-El señor North no es mi papá -dijo el niño con calma, hablando también en francés. -Mi papá es ap'. Y ap' tiene mucha más puntería que ese viejo horrible. Te dije que ap' estaba vivo, maman. ¿Por qué no me creíste? Yo sabía que él vendría a buscarnos. ¡Estaba seguro! Me lo dijo Dohate, pero tú no quisiste creerme. Ap' volverá por nosotros, ¿verdad, maman? Ahora sabe donde estamos. Sí, Chance- respondió Storm. De algún modo tenía la certeza de que era así, pero la idea le daba escalofríos.

¡Oh, por Dios, Wolf la mataría! ¡Con cuánta frecuencia le había dicho lo que le haría si la encontraba con otro!

-¿Qué pasa, maman? ¿No quieres que ap' venga por nosotros? ¿Ya no?

-No sé, no sé. Calla, Chance, y déjame pensar. Oh, ¿cómo pudiste escapar así de maman, enloqueciéndola del susto? ¡Podrían haberte matado! -Oh, no, maman. El Pueblo no mata a los de su propia sangre. Así decía Tabenanika.

-¿Y cómo se te ocurrió que los kwerharehnuh iban a reconocerte, niño perverso? -Storm alzó histéricamente la voz.- ¿Porque ap' les dijo que miraran? ¡El se preocupa muy poco por ti! Te abandonó, ¿me oyes? ¡Ya no te quería! No te amaba, no me amaba a mí... ¡Y ahora no sigas hablando de él. No quiero saber más de él, ¿me entiendes? Chance le volvió la espalda, destrozado, incapaz de comprender las hirientes palabras de su madre. Los diminutos hombros se encorvaron.

-Oh, Chance, Chance. Perdona, hijo. Lo siento mucho -se disculpó estrechándolo con fuerza-. Esas cosas horribles que dije no son verdad. Claro que ap' te ama. Es a maman a quien no quiere...

-¿Por eso estás llorando?

-No. Me... me entró algo en el ojo, una mota de polvo.

-Estamos en invierno, maman. El suelo está helado y no hay viento -apuntó suavemente, demasiado sabio para su edad.

-¡Maldita seas, Storm! ¡Deja de mimar a ese crío y dame una mano gritó Gabriel.

Con un torrente de lágrimas silenciosas en las mejillas, la joven recogió el arma de su esposo, preguntándose si serviría para matar a Wolf.

Los comanches se retiraron tan de súbito como habían llegado, llevandose consigo a sus heridos y sus muertos. Una sólida carreta enviada desde Tierra Rosa llevó a los North y a los jinetes heridos hasta la casa. Los que habían perdido la vida en el ataque fueron atados a sus caballos y llevados a los establos. Allí se los acostó en las mesas para almuerzos campestres, a fin de prepararlos para la sepultura. Storm se estremeció al pensar en las barbacoas del pueblo; jamás podría sentarse a comer ante esas largas tablas que se habían manchado con los muertos de Tierra Rosa.

. La noche era silenciosa. Storm apenas se atrevía a respirar en la quietud de su cuarto. Envuelta en la bata que se había echado sobre la negligée, como si pudiera servirle de protección contra lo que sobrevendría, aguardaba oscuridad, con el corazón palpitante. Dentro de una hora, tal vez menos, cuando todos durmieran, Wolf volvería a ella; estaba segura. No tenía importancia que los hubiera abandonado, a ella y a Chance; aún la consideraba suya, aún la mataría por atreverse a iniciar una vida nueva con otro hombre.

La joven aferró convulsivamente el cuchillo.

¡Qué cerdo arrogante! ¿Acaso pensaba que Storm no tenía orgullo? ¿La creía tan complaciente como para esperar a un hombre que no tenía intenciones de regresar, desde el

momento en que había vuelto a calzar sus armas? Ella le había visto una mirada extraña en los ojos al decirle que no volviera jamás; entonces supo que Wolf había elegido su vida sin sosiego por sobre ella... y su hijo. Esa decisión estaba tomada mucho antes del grito final que la desesperación arrancaría de los labios de Storm. Ella y Chance se habían convertido en una carga; desviaban su fuerte voluntad, imponiéndole un tipo de vida que él no deseaba.

Te dije que no cambiaría, pequeña; ni siquiera por ti. Tengo en la sangre una fiebre inquieta. Me gusta vagar. Es todo lo que sé.

"Muy bien. ¡Maldito seas, Wolf! Trataste de buscar un término medio para estar conmigo y no pudiste. Lo acepto. Buscaste tu propio camino. ¡Ahora deja que mi hijo y yo busquemos el nuestro!"

Pero no sería así. Storm lo sabía. Lo había leído en los ojos de Wolf en las heladas planicies de Tierra Rosa. El volvería... ¡esa misma noche!

La joven lo imaginó reptando entre la maleza para deslizarse al interior por una de las ventanas de la planta baja. Se deslizaría por los pasillos, subiría la larga escalera curva e iría abriendo sigilosamente puerta tras puerta, buscándola. Apretó el oído a la madera, alerta a cualquier susurro de mocasines que le anunciara su llegada. Abría y cerraba los dedos alrededor del mortífero puñal que sostenía en la mano.

¡Allí! ¡Estaba segura de haber oído algo!

Un segundo después Wolf la sujetaba con rudeza, cerrándole la boca con una mano antes de que ella pudiera gritar. Le quitó el cuchillo con una torsión. El acero relumbró, frío y plateado, en el claro de luna que entraba a raudales por la puerta-ventana del balcón, ahora abierta. ¡No había cruzado la casa! Wolf le apretó la punta del cuchillo contra el cuello.

-Veo que aún tienes predilección por los cuchillos, pequeña -le murmuró al oído-. ¿Te mato ahora, perra adúltera, o bastará con que te corte la nariz como castigo?

Ella forcejeó, aterrorizada, sólo para que la detuviera el pinchazo del acero afilado.

-¿Y bien? -preguntó Wolf. Y lanzó un juramento, comprendiendo que ella no podía responder con la boca tapada-. Si gritas una sola vez, Storm, será tu último sonido -le advirtió.

Como ella hiciera un gesto de asentimiento, la soltó poco a poco y la hizo girar para mirarla de frente. Siempre sujetando el cuchillo de la joven, le puso las manos a los costados, para que no pudiera escapar, y la apretó contra la puerta. Storm se estremeció al sentirlo tan cerca, ante el calor que emanaba su cuerpo.

Wolf había cambiado. Si antes era callado, contenido, ahora se lo veía tenso, letal, listo a saltar en cualquier momento, como una pantera peligrosa y ágil, recién liberada de una jaula. Storm notó como nunca la violencia asesina que habitaba en su interior.

-¿Y bien? -reiteró, en voz baja y sedosa, con ese dejo engañoso que ella conocía tan bien.

La joven tragó saliva con dificultad.

-¿Cómo... cómo me hallaste? El se encogió de hombros.

-Es bastante simple determinar la distribución de una casa como esta. El cuarto de al lado es el dormitorio principal; obviamente este debía ser el tuyo. No trates de ganar tiempo, pequeña, y responde a mi pregunta. Que era:

¿Qué prefieres: la muerte o la desfiguración? -Indicó sombríamente el acero tenía en la mano.

-Ni... ninguna de las dos cosas, por supuesto.

-Por supuesto. -El sonrió burlonamente, relajándose apenas para calmar la desconfianza de la muchacha.- ¿Quieres decirme qué estás haciendo aquí?

-Oh, Wolf... te creía muerto. Gabriel me dijo que te habían...

-¿Y le creíste? ¡A un cabrón traicionero! -Wolf volvió a apoyar el cuchillo contra el cuello de Storm.

-No... no tenía motivos para no creerle. Además... -Le falló la voz. - ¿Qué importaba, al fin y al cabo?

El entornó los ojos de un modo aterrorizante. -¿Qué quieres decir?

-¿Y me lo preguntas, después de haberme abandonado con nuestro hijo ¡Mon Dieul ¿Sabes lo que hemos sufrido esperándote? ¿Y acaso te importó que Chance iba todos los días en su pony hasta lo alto del valle, a ver si venías? Era yo la que debía verle la angustia en los ojos.

-También fuiste tú quien me dijo que no volviera jamás.

-Debiste comprender que no lo decía en serio, ¿no?

-iNo levantes la voz, maldita! -le siseó Wolf ásperamente, pinchándola con el cuchillo-. ¿Quieres despertar a tu amante?

Storm no necesitó preguntar a quién se refería.

-No es mi amante -respondió, rezando por que Wolf le creyera.

-¿No? -una ceja se enarcó burlonamente. -¿Y qué es, entonces?

-Es mi... mi... Gabriel es mi marido.

Wolf aspiró bruscamente, aturdido.

-iNo puede ser! ¡Zorra mentirosa!

-¿Para qué mentir, dime?

Hubo un tenso silencio. Storm estaba segura de que Wolf iba a matarla. Veía contraerse un músculo en su mandíbula en tanto él trataba de dominarse.

-¿Cómo? -le espetó secamente, obligándola a encogerse de miedo-. ¿Por qué? ¡Maldita seas, Storm! Habría podido soportar cualquier cosa, menos eso.

Pálida y temblando por la ira petrificante que le veía en los ojos, ella le contó lo ocurrido desde que abandonara Fin Terre: cómo había viajado a San Francisco, cómo había llegado a casarse con Gabriel, todo.

-¡Por Dios! duró él, cuando Storm hubo terminado-. Debería matarte.

Cortarte la nariz es demasiado poco castigo para ti, zorra. ¿Cuántas veces... cuántas veces te has acostado con ese maldito cabrón? ¡Respóndeme!

-Nunca.

-¡Cristo! ¿Por quién me tomas? ¡No me mientas, ramera!

La sacudió con rudeza. La joven se acobardó ante su ira, pues nunca lo había visto tan furioso y él era el único hombre del mundo que podía asustarla más allá de lo razonable. Podía ser tan frío, tan letal... Y ella era tan vulnerable a él...

-¡Por el amor de Dios, es la verdad, Wolf! Gabriel no pudo... no pudo... nunca ha sido capaz de... de...

-¿De montarte? -completó él, ruda y cruelmente.

-Eso -replicó ella con serena dignidad, ciñéndose la bata en un intento de proteger el cuerpo a aquellas miradas de medianoche.

-Bueno, bueno -pronunció Wolf. De pronto arrojó a un lado el cuchillo y le puso una mano en el cuello, posesivamente. Luego la deslizó hacia abajo, hasta unirla a la otra para apartar los bordes de la bata, desnudando la suave curva de los pechos cremosos a su vista hambrienta. -Qué suerte para ambos que no sea preciso matarte, después de todo.

Storm ahogó un grito al comprender lo que él estaba diciendo... y deseando. ¡Cielos! Era difícil no recordar el roce de sus labios en la cascada de rizos negros, el murmullo ronco de su voz al oído, el sabor de su boca carnosa contra la suya, el toque de sus dedos acariciándola íntimamente, el sedoso ondular de los músculos en la espalda, bajo sus manos, la sensación del cuerpo duro y fibroso pesando sobre ella, metiéndosele en los sentidos, llenándola de anhelos. Aun en ese momento, el deseo chisporroteó dentro de ella y alzó llama, quemando sus sitios más secretos.

Temblaba de fogosidad. Los ojos de Wolf se oscurecieron; entornó perezosamente los párpados para velar sus pensamientos. Storm comprendió que él también recordaba.

"iNo, no dejaré que me toque!"

Su mente se rebeló contra la idea, aunque ella se obligaba a recordar que él la había abandonado por otra mujer.

-¡Quítame las manos de encima! -siseó, enfurecida por la presunción de que ella estaba a sus órdenes-. ¿Crees que voy a permitir que me toques, pedazo de bátard, después de que nos abandonaste a Chance y a mí, para meterte entre las sábanas de otra?

-¿Qué otra? Desde la noche en que nos casamos, paraibo, para mí no ha existido otra mujer que tú.

Por un minuto, la familiar palabra de cariño le llenó los ojos de lágrimas. Pero la muchacha las borró con un gesto iracundo.

-¡Mentiroso! -exclamó-. No, no quiero escuchar exclamaciones estúpidas -prosiguió, descartando lo que él iba a decir-. ¡Eres como todos! ¡Sólo quieres usarme! No me explico qué te vi. No eres sino un mentiroso lleno de engaños. ¡Sucio mestizo!

Fue lo peor que pudo haber dicho.

Oh, si Storm le hubiera dicho que lo amaba... Si se hubiera arrojado de buen grado en sus brazos, admitiendo que había cometido un gran error al casarse con Gabriel North... Si hubiera rogado a Wolf que los llevara consigo, a ella y al niño... Pero no lo hizo. Su orgullo y su dolor por haber sido rechazada eran demasiado grandes, tan grandes como el de Wolf al saber que, en verdad, lo creía capaz de abandonar a su familia. ¡A él, que los amaba a ambos más a la vida misma!

Oh, si él se lo hubiera dicho... Si hubiera hablado obligándola a escuchar, a saber todo lo que Gabriel North le había hecho... si le hubiera mostrado la horrible cicatriz de su cuello... ¡Qué diferentes habrían podido ser las cosas. Pero no lo hizo.

Eran como dos desconocidos, dos personas que sólo fingían ser duros indiferentes, dos personas que se amaban y se alejaban trágicamente, porque ambos temían sufrir aun más si revelaban sus verdaderos sentimientos. si ambos hubieran sabido qué terrible precio tendrían que pagar por ese tonto orgullo, por ese silencio... Si al menos... ¡Cuántas vidas de dolor habrían podido evitar no ahorrándose esa pequeña frase de arrepentimiento!

-¿Me estás diciendo que ya no me quieres, Storm? -preguntó Wolf, herido, encolerizado, amargado al saber que ella lo había amado tan poco-. ¿Es eso?

Le dio otra salvaje sacudida. Quería lastimarla por lo que ella le había hecho.

-¿Cómo voy a quererte, si tú no me quisiste a mí?

-Oh, Dios, ¿dónde estaba el amor que me tenías cuando pensaste eso?

-No existía -afirmó ella, fríamente-, tal como no existía el tuyo por Chance y por mí. ¿Dónde están tus pistolas, Wolf? ¿Dónde están esas frías piezas de acero por las que nos cambiaste?

-Quiero ver al niño -pronunció él, ignorando su pregunta, pues comendía que era inútil tratar de explicarse.

-iNo! Ya has hecho demasiado daño.

-Quiero ver al niño -repitió él, con los dientes apretados y marcando mucho las sílabas-. Llévame ahora mismo, Storm, si no quieres que te mate ahora limpiamente.

Ella vaciló por un instante. Luego asintió.

-Está bien, pero no lo despiertes. Ya se ha hecho a la idea de que lo abandonaste -mintió- y no quiero que vuelva a alterarse. La mirada que Wolf le clavó le habría provocado un desmayo de puro error, si no hubiera estado tan decidida a proteger al hijo. Aun así temblaba cuando abrió la marcha por el pasillo, callada y descalza, hasta abrir suavemente la puerta de Chance. Giró en redondo, bloqueando la entrada con su cuerpo, de un modo tan desafiante que Wolf se vio obligado a mirar por sobre su hombro para ver al niño. Storm no creía que Wolf quisiera llevarse al niño, pues el sitio de una criatura comanche estaba junto a su madre, pero no estaba segura y no quería correr ningún riesgo.

Chance dormía con el pequeño dragón tallado en un puño, como de lumbre. Storm y Wolf lo contemplaron por un rato; ambos recordaban aquel caluroso día de otoño en que el niño había nacido en la planicie; el parto compartido; la maravilla de contar los dedos de pies y manos, riendo al ver que había cinco en cada miembro; cómo lo habían bañado con el agua de una cantimplora, antes de envolverlo en suaves pieles de venado. Y Wolf se había acostado junto a Storm, mientras ella le daba el pecho. Sus miradas se encontraron, desnudas y suplicantes por un momento fugaz. Oh, Dios, ¿qué había sido del amor que compartieran aquel día tan especial? Storm apartó la cara, acordándose de la mujer que la había reemplazado en el corazón de Wolf, y sacudió la cabeza con aire desafiante. Lo que habrían podido decirse quedó sin pronunciar.

Volvieron en silencio a las habitaciones de la joven.

-Ahora quiero que te vayas, Wolf. Déjame en paz. Ya tienes lo que venías a buscar.

-¿Te parece, pequeña? -preguntó él en voz baja. Y echó a andar hacia ella, con los ojos nuevamente llenos de deseo. -Te quiero, bruja, ¿comprendes?

Storm retrocedió con el corazón palpitándole en el pecho. -No -susurró-. No.

Wolf se limitó a esbozar una sonrisa extraña, sin prestar atención a las súplicas gemebundas, y la atrajo bruscamente hacia sí.

-No, Storm, no grites -ronroneó, con aire engañosamente simpático-. No te gustarán los resultados, te lo aseguro.

E inclinó la cabeza para besarla.

Oh, ¿cómo se atrevía a hacerle el amor, después de haberla abandonado por otra? La muchacha forcejeó enfurecida, debatiéndose entre arañazos y puntapiés. Wolf, tomado por sorpresa, retrocedió para esquivar los golpes, al tiempo que trataba de contenerla. De algún modo giraron abrazados hasta tropezar y caer despatarrados en la cama. Storm aspiró con fuerza al sentir el peso caliente de Wolf contra el cuerpo. Su bata se había abierto en la lucha, dejando ver la carne cremosa. Se estremeció al ver el hambre que expresaba el semblante cobrizo de Wolf al recorrerle el cuerpo. Se fijó en su rostro furioso y asustado. Por un momento los ojos azul de medianoche parecieron suavizarse, pero debió ser un efecto de la luz, pues un instante después eran tan duros e inmisericordes como nunca.

-¡Suéltame! -exclamó la joven.

-Hubo un tiempo en que no te oponías a compartir mis mantas, Storm. -Wolf enarcó una ceja en burlona expresión de sorpresa. -Pero ya no.

-Lástima grande, porque pienso poseerte igual, pequeña. Pero aquí no. -Señalaba la cama. Asiéndola con la fuerza de una morsa, la arrastró al suelo, inmovilizándole las manos por encima de la cabeza. -Las camas siempre chirrían, no? -observó, con una sonrisa odiosa que no le llegó a los ojos-. Y no quiero que nos interrumpa tu... marido. Qué curioso. No sé por qué, pero estaba convencido de que tu marido era yo.

-iNo nos casó ningún sacerdote, grandísimo cochon! ¡Suéltame!

-Y con Gabriel sí, ¿verdad? Apuesto a que te pusiste un bonito pitsikwina blanco, aunque no eras virgen -se burló él-. ¡Pedazo de tonta! ¿Crees que unas cuantas palabras en latín te convierten en la esposa de Gabriel North a mis ojos? Eres mía, Storm, ¡mía! Y ahora voy a poseerte para demostrarlo.

Librodot

-No, no puedes. No tienes ningún derecho.

-¿Que no tengo derecho? Eres mi esposa, pequeña, aunque no lo creas. ¡Cristo! Tienes suerte de que no te haya matado por lo que hiciste. La ley me lo permite, ¿sabes? La ley prohibe la bigamia, Storm, por si no lo sabes. Y ahora deja de resistirte, pequeña. Lo deseas tanto como yo.

-¡No es cierto! -exclamó la muchacha, mortificada—. ¡No me toques!

Wolf se limitó a reír por lo bajo.

-Calla, mentirosa, si no quieres que te corte el cuello -amenazó suavee, desenvainando el cuchillo que llevaba a la cintura. Esbozó otra vez esa esa horrible sonrisa despectiva-. Supongo que sería inútil mostrarme cortés y pedirte que te desvistieras -comentó con perversidad, antes de cortar con destreza las prendas. Luego descartó su propia ropa.

Desnudo, con excepción de un collar indio hecho con muchas cuentas le colgaba contra el pecho, mezclándose con el rosario de costumbre, el cuerpo de Wolf cubrió el de Storm. Ya no hubo nada, salvo su boca contra la ella, dura y posesiva, y una mano envuelta dolorosamente en su cabellera para inmovilizarla, y la otra encerrándole los pechos, acariciándolos sucesivamente, sin que él dejara de besarla con salvajismo. Storm le pegó con los puños el pecho y en la espalda, hasta que él se cansó de ese inútil forcejeo y afirmó dedos en su cascada de rizos, jalando hacia atrás.

-¿Quieres que te rompa el cuello? -gruñó contra sus labios. De inmediato ella se relajó. -Ya me parecía.

Su voz era presuntuosa. Storm sintió ganas de matarlo.

-¡Te odio!

-¿Crees que me importa... ahora?

Los ojos de medianoche la miraban con fría diversión. Sin embargo algo nublaba sus profundidades, algo parecido al dolor. Por un momento Storm sintió anhelos de acariciar amorosamente aquella cara cobriza, para borrar el sufrimiento.

-Wolf... -susurró.

Pero ya era demasiado tarde. El la estaba besando otra vez con severidad, disfrutando la dulzura interior de su boca, que exploraba con provocativos de lengua y suaves mordiscos. La besó una y otra vez, hasta que ella empezó sentirse acalorada y aturdida de pasión. Un ardor lento se inició en el centro de su vientre, aumentando, mientras él continuaba atacándole los senos. Por fin ansió que él la tocara allí, entre los muslos. Pero él no lo hizo. Sus labios le cruzaron una mejilla, dejando un rastro de fuego hasta la oreja, donde murmuró en comanche y en español palabras de amor y sexo; su voz densa y su aliento cálido le provocaron pequeños escalofríos de expectativa a lo largo de la espalda. Se estremeció involuntariamente, indefensa y vulnerable en esos brazos, como si él pudiera hacer con ella lo que quisiera. Wolf percibió su extraña mezcla de miedo y deseo, que lo excitó de un modo extraño y atractivo. Era suya, estaba a su disposición... Y Dios, cómo la deseaba.

Soltó poco a poco los rizos enredados, sabiendo que ella ya no podría resistírsele. El cuerpo la había traicionado, respondiendo a sus besos y a sus abrazos. Se moría por recibirlo dentro de ella. Storm gimió por lo bajo, en tanto él le frotaba los pezones oscuros hasta hacer que se pusieran rígidos. Se demoró un rato para jugar con ellos, pues quería excitarla hasta la fiebre. Deslizó los labios sobre los pimpollos rígidos, los chupó, los tomó entre los dientes para rozarlos con la lengua. Y mientras tanto no dejaba de mover las manos por su carne. Una pierna cabalgaba entre los flancos de Storm, atormentándola, sabiendo que ella estaba anhelando que esa rodilla subiera a separarle los muslos, sus dedos siguieron torturándola hasta encontrar la suave curva del montículo palpitante. Acarició rítmicamente los rizos mojados, para sentir la humedad de miel.

Levantó la mirada hacia la cara de Storm, preguntándose qué pensaba. Los ojos grises estaban cerrados; la respiración entrecortada le entreabría los labios. Como si ella sintiera su mirada, abrió los párpados.

-No -suplicó suavemente-. No.

Wolf se limitó a sonreír, pues sabía que, al mirarla le hacía sentir que le estaba invadiendo el alma y no sólo el cuerpo. Pero preguntó.

-¿Por qué no? -Quería oírla admitir que no había parte de ella fuera de su propiedad.

-Bien sabes por qué.

-¿Lo sé, pequeña?

Como ella no respondiera, rió de nuevo y volvió a besarla en la boca. -Bruja -susurró-. Bruja.

Y volvió a lamerle los pechos, devorándola vientre abajo hasta la suave pelusa que se enredaba entre sus muslos. Lamió hasta que ella se retorció bajo él, arqueando las caderas contra su boca y sus dedos.

IMon Dieu, mon Dieu! -jadeó Storm.

Se le deshacían los huesos, como si se convirtieran en metal fundido que corriera por sus venas. Y de pronto estalló una y otra vez, como un barril de pólvora negra al que él hubiera arrimado un fósforo. Momentos después Wolf descendía por su terciopelo, con una tierna furia que

la hizo gritar; Wolf apagó sus gemidos con los labios. Una y otra vez, el duro miembro se hundió en ella, cada vez más rápido. Ella ya no podía pensar. Su mente estaba en blanco, girando en una salvaje negrura llena de Wolf, de su olor, de su contacto. La esencia de Wolf se arremolinaba en torno de ella, devorándola con una marea de fuego. Las cuentas del collar indio y el rosario se le clavaban en los pechos, pero no le importó. Temblaba de pasión bajo él, ardiendo más y más, hasta que temió morir por el éxtasis de esa llamarada súbita. Luego no quedó sino rendirse, aferrada febrilmente a él, dejando que las llamas la envolvieran.

Loco de deseo, con ese cuerpo cálido y dócil modelando a sus músculos, acicateado por la respiración entrecortada del orgasmo femenino, Wolf se hundió poderosamente en ella, hasta lograr su propia liberación triunfal, y la llenó con su simiente.

Poco a poco, aun jadeando, levantó la cabeza. Por mucho que ella lo odiara, le había dejado su marca. La besó en la boca una vez más, largamente, antes de levantarse con los ojos velados. No se dijeron nada. No quedaba nada por decir. A paso silencioso, él se acercó hasta la jofaina y el aguamanil. Mojó un paño, lo estrujó y fue a limpiar el sudor que brillaba en la piel de Storm. Le apartó de la cara los mechones mojados. Luego de lavarse, se vistió.

Por fin giró hacia ella.

-Buenas noches, señora North -dijo, sonriendo sardónicamente-. Ha sido un placer.

Era como si entre ellos no hubiera pasado nada. Storm esperaba cualquier cosa menos eso. Cualquier pequeña esperanza de que él pudiera amarla quedó aplastada en ella. ¡La señora North! ¡Sólo eso era para Wolf! Se estremeció al pensarlo, recordando lo que había pasado en San Antonio, al descubrir él que estaba comprometida con el despreciado ranchero. Volvió a sentir todo su odio hacia Wolf, por haberla abandonado. Ahora, además, la desdeñaba. Oh, Dios, ¿qué había hecho? Se había dejado poseer, follar... Se levantó de un brinco, tironeando del cajón de la mesilla para sacar la detestable pistola que allí guardaba, y la apuntó al pecho de Wolf.

-No vuelvas nunca más a este sitio, sucio mestizo, si no quieres que te mate -le advirtió febrilmente, medio enloquecida por el dolor, como un animal acorralado.

-¿De veras? -el entornó los ojos, que centellearon como acero. - Ya veremos, Storm -prometió-. Lo veremos cuando vuelva.

Y desapareció.

Tal como había prometido, Wolf regresó. Entró como la vez anterior, en las alas de la noche, cuando Storm menos lo esperaba. Al retirarse a su cuarto, una noche, lo encontró esperándola en la oscuridad para imponerse a su cuerpo y su alma más dispuestos. Se rió de sus es esfuerzos por impedirlo, pues pese a su amenaza, la joven descubrió no podía matarlo. El era más fuerte y había hallado el medio de imponer silencio: Chance.

Wolf había llegado cuando el niño aún estaba despierto; jugó con él en habitación infantil y le dejó un pequeño regalo para que no olvidara su estirpe india. Al descubrirlo Storm se sintió furiosa y aterrorizada, pero Chane extrañamente, había aceptado con calma el gozoso reencuentro secreto; no hacía falta decirle que nadie debía saber de la tardía visita de su padre.

-¿Cómo te atreviste? -exclamó la joven, al enterarse-. ¡Te dije que no acercaras al niño! Es mío. Y si vienes a verlo no harás sino alterarlo y confundirlo. No puede comprender... Oh, maldito seas, Wolf...

-Escúchame, pequeña -bramó él, envolviendo la mano en su cabellera al obligarla a levantar la cara-. Chance es mi hijo y vendré a verlo cuando se me antoje, así como voy a poseerte cuando me dé la gana. No, pequeña, no grites ni trates de rechazarme. No harás sino empeorar las cosas, te lo aseguro.

Le deslizó una mano dentro del corpiño para apoderarse posesivamende un pecho. Storm se estremeció apenas, ruborizada, al sentir que el pezón erguía contra su voluntad. Wolf, muy sonriente, continuó sobándola.

-Caramba, Storm -agregó en tono amenazante-, ¿cómo osas obligar a hijo a llamar "papá" a esa mierda con quien te casaste? Debería cortarte la después de todo. ¿Qué pensará Gabriel North, cuando vea desfigurada a su costosísima esposa?

-¡No serías capaz...!

-¿Que no? Quítate la ropa, Storm.

-Si crees que puedes obligarme con amenazas a que te haga de ramera, Wolf, te equivocas. No me importa que me mates. Te odio. No voy a dejar que vuelvas a tocarme.

-Oh, claro que me dejarás, pequeña. Es extraño, pero todavía deseo tu cuerpo, pese a que ahora le falta el corazón. Amor, odio... -Se encogió de hombros. -Una vez te dije que no me importaba. Quítate la ropa, Storm.

-¡Te digo que no lo haré!

-Lo harás, pequeña. Harás todo lo que yo te diga y te callarás la boca. De lo contrario no verás nunca más a Chance.

-iSainte Mane! ¡Por eso no has tratado de quitármelo! No me lo dejas porque la ley

comanche te lo ordene, sino para usarlo como amenaza para satisfacer tus deseos! ¿Cómo puedes ser tan cruel? Descarga tu lascivia con una de tus mujerzuelas de taberna, Wolf, y déjame en paz! Si no te conformaste conmigo antes, ¿por qué cambiar?

-Digamos que me gusta la idea de acostarme con la mujer de Gabriel North -pronunció él, insultante-. Ahora quítate la ropa, Storm, o voy a usar mi cuchillo para desvestirte, como lo hice en mi primera visita.

Ella obedeció, muda de enojo y humillación.

Una y otra vez Wolf se presentó a ella por la noche, obligándola a acostarse con él. Siempre hacía que su cuerpo respondiera a su boca y a sus manos. Siempre le susurraba "Bruja, bruja" contra el cuello. Se reía de sus forcejeos, de su odio y de su miedo. La aterrorizaba con una mirada intimidante cuando ella lo trataba de mestizo. Storm no podía sino someterse. Si avisaba a Gabriel, Wolf le quitaría a Chance sin que ella pudiera impedirlo. No era posible vigilar al niño constantemente. Y los comanches eran famosos por sus incursiones. Como prueba de eso, allí estaba Wolf, que entrabá en la casa sin ser descubierto.

Además, Gabriel jamás creería que Wolf la tomaba por la fuerza. No: el odiado ranchero pensaría que Storm lo había traicionado una vez más con su "amante mestizo". Y esta vez la mataría, enceguecido por la furia. Joe Jack tenía razón: Gabriel no soportaba que lo derrotaran. Por eso se había casado con ella. Para Gabriel lo único importante era ganar, sin que importara lo que debiera hacer para lograrlo.

No, Storm no podía contarle lo de Wolf. Habría sido como firmar su propia condena a muerte. Por eso se sometía a Wolf, guardaba silencio y lo despreciaba por ese modo de tratarla.

Oh, si él no los hubiera abandonado, a ella y a Chance... Si al menos la amara todavía... Si al menos...

-Bueno, ¿qué opinas, Joe Jack?

-Opino que eres perverso, papá; perverso y desalmado. Hasta ahora no sabía cuánto.

-No me interesa la opinión que tengas de mí, muchacho. Quiero que se haga algo. Te lo he pedido a ti. Y a cambio te he ofrecido la mitad de Tierra Rosa.

-¡Mierda! ¡Eso no es nada! De cualquier modo esa mitad será mía... si no más.

-En tu lugar, yo no estaría tan seguro, Joe Jack. Yo podría dejarla toda a Storm.

-¡Cualquier día! -Joe Jack sonrió perversamente.- ¿A quién quieres engañar, viejo? Sé muy bien cómo están las cosas entre esa preciosidad y tú. ¡Qué demonios! Si te casaste con ella fue sólo porque no soportabas que te dieran de calabazas. No la amas. Ni ella a ti. Es a mí a quien quiere. Anda, papá, deja el rancho a Storm. Mira qué poco me importa. De un modo u otro acabará siendo mío. Sí, hazlo, viejo. Y mientras Oakley te redacta los documentos, imagíname arriba, en tu cama, demostrando a tu rica viuda que uno de los North, cuanto menos, tiene cojones.

-¿Y por qué piensas que yo no los tengo? ¡Maldito seas, Joe Jack! Te sientes muy seguro de ti mismo, ¿no?

-Sí.

-No sé por qué.

-Porque tengo algo que a ti te falta, papá. -¿Sí? ¿Y qué es?

-Una verga que funciona.

La ira tiñó la cara del ranchero de un abigarrado matiz rojo. ¿Cómo diablos hacía su hijo para saber todo lo que ocurría en Tierra Rosa?

-¡Por Dios que me las vas a pagar, Joe Jack! -aulló Gabriel-. Espera y verás. Dejaré este condenado rancho a Cathy. ¡Eso es lo que voy a hacer! Si algo conozco a esa machorra, ella se encargará de que no eches mano a un solo centímetro de mis tierras.

Joe Jack dejó abruptamente de pavonearse. Por un momento pensó en revelar a su padre lo de Cathy y Ross Stuart, pero comprendió que aun así el viejo le dejaría todo a Cathy, sólo para fastidiarlo, por haber descubierto que Gabriel era impotente.

El ranchero soltó una breve carcajada.

-Eso te tocó, ¿no, mocito? ¡Eso te tocó a fondo! Bueno, ¿estás dispuesto ahora a hablar de negocios o no?

-Sí, estoy dispuesto, pero no me muero por hacerlo. ¿Por qué demonios no lo encargas a alguno de tus peones o a cualquiera de tus matones a sueldo?

-¿Para que me extorsione por el resto de mi vida? Anda, Joe Jack. No convertí Tierra Rosa en uno de los mejores ranchos de Texas sólo para que me lo quite poco a poco un pistolero cualquiera. Una cosa es matar a un mexicano, a un negro, a un indio mestizo. No hay en Texas un tribunal capaz de condenar a un blanco por eso. Pero esto... es otra cosa. A la gente no le caería bien, sobre todo a las mujeres, aunque se trate de un bastardo miserable.

-¿Y por qué no lo haces tú mismo? De ese modo no lo sabría nadie más que tú. ¡Y qué embromar! Aun si te descubren, eres lo bastante rico como para zafarte del asunto, si quieres...

-No puedo. Eso es todo. Esta vez no puedo. Ese condenado bastardo no confía en mí. No podría acercármele. Es demasiado astuto; eso debo reconocerlo.

-Bueno, pues no voy a arriesgar el pellejo por nada, te lo aseguro -entonó ladinamente Joe Jack, tan codicioso y calculador como siempre-. Si lo hago, me encargaré de que parezca un accidente. Y a cambio quiero el rancho entero. Tendrás que desheredar tanto a Storm como a Cathy.

"De ese modo", pensaba Jack, "Storm tendrá que entregárseme para no quedar en la ruina. Y Ross Stuart puede encargarse de Cathy, ya que de cualquier modo jode con ella."

-Haz esto por mí, Joe Jack -dijo Gabriel, inclinándose hacia adelante en su silla giratoria-, y te prometo dejarte hasta el último pedazo de Tierra Rosa.

El joven sonrió.

-Dalo por hecho, papá.

Haz esto por mí, Joe Jack, y te prometo dejarte hasta el último pedazo de Tierra Rosa.

A Cathy le palpitaba horriblemente el corazón ante las palabras que había oído desde el pasillo, ante la puerta del estudio. ¡Buen Dios! ¿Qué era lo que Joe Jack iba a hacer? ¿Tan terrible sería para que Gabriel le hubiera prometido a cambio todo el rancho?

"¡Tengo que averiguarlo!", pensó Cathy, frenética. "De algún modo debo averiguar de qué se trata e impedirlo, antes de que esa comadreja de mi hermano se apodere del rancho de papá. ¡Esto acabará con todos nosotros, estoy segura! ¡Sea lo que fuere, nos destruirá a todos!

-Hermanos míos: ha llegado el momento de atacar el gran albergue blanco del que llamamos Pelo de Fuego -dijo Atacante de la Luna, duros los ojos negros al contemplar la distancia, reflexivo-. Ahora volvemos a ser fuertes... y muchos. Nuestros tuibitsis crecen como jóvenes águilas, orgullosos y bravos. Mirad a wanah. -Se volvió para señalar al mestizo que escuchaba atentamente sus palabras.- Sólo ha visto diez inviernos y ya está sediento de guerra contra los tabeboh, sediento de venganza contra los Ojos Blancos por profanar La Tierra con sus extraños tipis y sus barreras, por matar al Pueblo con sus varas de fuego y sus enfermedades. ¡Semejante expoliación no puede quedar sin venganza!

Hubo fuertes murmullos de enojo y asentimiento entre los guerreros y jovencitos reunidos para escuchar a Atacante de la Luna, el jefe guerrero levantó las manos para acallarlos, pidiendo silencio; luego dio una palmadita en el hombro a Wolf.

-Es algo que debemos hacer, hermano mío, por tu padre y por el mío. Hemos esperado mucho tiempo para ver de rodillas a Pelo de Fuego. Daré ordenes de que tu esposa y tu hijo sean tomados prisioneros siñ sufrir daño alguno. ¿Eso te satisface, desvanece las dudas que te nublan los ojos y el miedo por ellos que llevas en el corazón? Los amas mucho.

-Sí, Atacante de la Luna. Eso me satisface.

-Bien, pues. -Atacante de la Luna elevó un poquito la voz. -Hermanos míos: habéis oído mi solemne promesa a Hermano del Lobo. Que ninguno haga daño a la esposa de nuestro hermano, Ojos como Lluvia de Verano, ni a su hijo, Chance-the-Autumn-Wind, so pena de muerte. Pelo de Fuego los tiene cautivos, pero el lugar que le corresponde es este, entre el Pueblo. Id ahora, hermanos, y preparaos para atacar el gran albergue blanco de nuestro enemigo. Esta vez tendremos suficientes varas de fuego, como los Ojos Blancos, y podremos imponernos.

Storm despertó de un sueño pesado. Una mano le cerraba la boca. Aturdida, se debatió contra el intruso hasta que la áspera voz de Wolf le ordenó quedarse quieta.

-Levántate y vístete -ordenó él, imperioso, antes de soltarla.

Aún asustada y confusa, Storm apretó convulsivamente los cobertores contra su pecho, con los ojos llenos de aprensión. -¿Por qué? ¿Qué pasa?

-El Pueblo en pleno va a atacar Tierra Rosa. Matarán a todos los tabeboh que vean y quemarán la casa hasta los cimientos. -Mon Dieu!

Wolf le arrebató el cubrecama de entre las manos y le espetó, furioso: -¿No oíste lo que acabo de decir? ¡Levántate y vístete! Tenemos sólo unos minutos.

La arrancó a tirones de la cama y marchó hasta el guardarropa. Después de abrir las puertas, se dedicó a revolver su contenido. Maldiciendo por lo bajo, se detuvo a encender una lámpara y continuó inspeccionando las prendas de Storm.

-Toma. -Le arrojó un lujoso atuendo de montar. -Ponte esto. ¡Y date prisa, por Dios!

Con dedos trémulos, la muchacha se quitó el camisón para ponerse la ropa interior que Wolf le arrojaba, después de revolver su cómoda. Luego vistió el conjunto de montar y se puso medias y botas.

Viéndola ya vestida, Wolf la asió de la mano para arrastrarla con impaciencia por el cuarto y a lo largo del corredor que conducía hacia el ala oeste; la prisa le impedía aplicar su cautela habitual.

-Oh, qué lata con las mujeres -canturreó Joe Jack, que subía borracho las escaleras-. No hay ninguna de fiar... -Se tambaleó contra la barandilla y rió como una criatura, entre hipos. -En el fondo son todas iguales... ¡Eh! -Interrumpió abruptamente la canción, levantando un poco la lámpara. -¿Qué diablos...? ¿Qué pasa aquí?

Wolf retrocedió desde el descansillo al corredor, estrellando a Storm contra una pared, pero

Librodot

era demasiado tarde. Joe Jack ya los había visto.

-¡Indios! -aulló a todo pulmón-. ¡Los malditos comanches atacan la casa! ¡Te lo advertí, papá! ¡Se están llevando a Storm!

Luego sacó el revólver y disparó varias veces.

Como a una señal, los indios de afuera iniciaron el ataque, entre gritos salvajes, y estalló el infierno. Gabriel salió rugiendo, abrochándose la pistolera. Algo más allá apareció Cathy con su carabina. Wolf echó una mirada sombría al corredor en sombras y lanzó una palabrota. En ese mismo instante oía a Joe Jack que subía la escalera a grandes pasos. Si no actuaba de prisa quedaría atrapado. No se le ocurrió utilizar a Storm como rehén para escapar sin peligro. Gabriel North no amaba a la muchach, probablemente no le importaría que la mataran. Le soltó la mano y se lanzó a través del descansillo, cuerpo a tierra y rodando para esquivar los disparos del odiado ranchero. Gabriel no podía reconocerlo en la oscuridad, pero aun así quería matarlo. Storm gritaba histéricamente, apretada a la pared, en tanto las balas pasaban junto a ella levantando ecos,. para hundirse en la madera del muro. ¡Eso no podía ser real!

Wolf no tuvo tiempo para ir en busca de su hijo. Murmurando un juramento más, irrumpió en la habitación más cercana y, después de hacer trizas el vidrio de la puerta ventana, se dejó caer desde el balcón al corredor de abajo arriesgando la vida.

Afuera los comanches ya se habían trabado en furioso combate con los hombres de Gabriel, a quienes los disparos habían hecho salir del dormitorio colectivo. El aire nocturno vibraba con los horribles sonidos de la batalla, arrojó su hacha de guerra y la clavó en la nuca de un peón. Luego desenfundo su cuchillo y degolló a otro, mientras llamaba a Pahuraix con un silbido para escapar montando a pelo, decidido a unirse con los que rodeaban la casa.

Atacante de la Luna, al ver que estaba desarmado, le arrojó un rifle que Wolf atrapó en el aire con destreza.

Dentro de la casa, Gabriel, Cathy y los sirvientes ya estaban rompiendo vidrios de las ventanas para devolver el fuego de los indios. De Joe Jack no había señales. "Debe de haberse desmayado en algún rincón", pensó Storm fugazmente, mientras recargaba una carabina vacía para devolverla a su propietario. Recargar las armas era su única contribución al combate, pues no podía disparar contra los comanches. Entre ellos estaba Wolf. Eso no habría debido importarle... pero le importaba.

Pasaban las horas y la batalla continuaba. Storm oía los gritos aterrados de las criadas mexicanas, capturadas por ardorosos guerreros que las llevaban a caballo. Se estremeció, pues eso significaba que los indios habían logrado invadir la cocina, donde estaban acurrucadas casi todas las mujeres. Gabriel también debió de imaginarlo, pues de inmediato mandó a unos hombres que investigaran. Pocos minutos después entró Pilar, tras haber escapado de quienes querían capturarla; apareció en el salón a la casa, gritando que la casa estaba en llamas. Storm pensó en las enormes cocinas de leña de la cocina, que nunca se apagaban, y se estremeció al pensar en lo ocurrido: los comanches las habrían abierto para esparcir las llamas. Oh, Dios, ¿por qué Gabriel no había tenido el buen tino de construir la cocina aparte de la casa, en vez de encapricharse en que estuviera conectada con el comedor por un pasillo, para que no se le enfriara la comida?

-Vosotros: Smith, Benteen -decía el ranchero a algunos peones que habían buscado abrigo dentro de la casa-, id a ayudar a Timothy, Pop y Lesa apagar ese incendio.

Los hombres corrieron a cumplir la orden, pero Storm notó que en la frente de Gabriel había gotas de sudor. El y los suyos estaban perdiendo la batalla. No podrían resistir mucho más. Otros gritos les anunciaban que los coches habían penetrado en distintas partes de la casa. Dos lograron llegar al salón. Storm ahogó un grito al sentir que unas manos rudas la asían por la Cabellera, torciéndole la cabeza hacia atrás para degollarla. -¡Gamo Cojo... no! ¡Soy ojos como Lluvia de Verano! -exclamó. Y estuvo a punto de desmayarse al caer en la cuenta de que había hablado en inglés. El indio no podía comprender una palabra.

Sin embargo Idahi, su compañero, comprendió y lo detuvo justo a tiempo con una seca orden en idioma comanche. Dijo rápidamente a Storm, en el mismo lenguaje:

-Busca a tu hijo y ven pronto, Ojos como Lluvia de Verano. Hermano del Lobo te está esperando.

Pero Storm no tuvo tiempo de hacer lo que se le ordenaba, pues en ese momento Gabriel sorprendió a los dos indios que la ayudaban a levantarse y disparó varias veces. Los comanches cayeron al suelo, en charcos de sangre. Storm lanzó un grito de horror. Gamo Cojo e Idahi habían perdido la vida tratando de salvarlos, a ella y a su hijo.

El ranchero corrió agachado hasta ella y se levantó, apartándola bruscamente de las ventanas destrozadas, donde serían blancos fáciles. Sus ojos pardos tenían un extraño brillo triunfal al estudiar su cara manchada de pólvora y lágrimas.

-Te quieren con vida, ¿no? -ladró, victorioso-. Por algún motivo te quieren con vida.

Entonces ocurrió. Gabriel no podía creerlo. Sintió que el miembro se le hinchaba en los

pantalones, cada vez más duro. Lo apretó contra el cuerpo trémulo de Storm.

-Cristo -gruñó-, ¿por qué tenía que ser ahora?

No pudo resistir. Bajó la boca para cubrir la de ella, hambriento, mientras le hurgaba en el corpiño hasta que pudo meter una mano y sobarle un pecho.

-iNo! -Storm se resistió furiosamente, golpeándolo en el pecho con sus menudos puños.

Esa resistencia pareció devolver la cordura al ranchero, que juró por lo bajo y, aunque jadeando con fuerza, abandonó el intento.

-Ya verás, mi dulce zorra -susurró-. Todavía me darás un heredero.

-Tu heredero soy yo, papá. ¿O lo has olvidado? -Joe Jack entró pavoneándose, con una expresión sobria y especulativa en los ojos oscuros. Su borrachera no podía haber sido tan grande. -Hicimos un trato, ¿recuerdas? Y yo he cumplido con mi parte.

-¿Está hecho? -preguntó Gabriel, ansioso.

-Está hecho -asintió Joe Jack-. Pero de nada nos servirá si no salimos de aquí ahora mismo. El fuego se está extendiendo. Antes que freírme aquí adentro, prefiero enfrentarme a esos endemoniados indios.

-iChance! -exclamó Storm, recordando súbitamente a su hijo, que dormía en el piso alto.

Se recogió las faldas para correr, pero Joe intervino: -Pilar fue por él.

Storm iba a lanzarse por la escalera, de cualquier modo, pero Gabriel la sujetó por la muñeca.

-Te necesito afuera, querida.

Y le inmovilizó rudamente el brazo a la espalda, empujándola hacia adelante. Cuando llegaron al porche de entrada le plantó el revólver contra la sien. -¡Gabriel! ¿Qué haces, Dios mío?

-Salir de este desastre, querida. No voy a permitir que arrasen mi casa ni que mi cuero cabelludo acabe colgando de una lanza comanche. Tienes que hablar bien fuerte, querida, en el idioma de esos demonios. Diles que si no se van ahora mismo te voy a atravesar la cabeza con una bala.

Storm hizo lo ordenado, temblando de pies a cabeza. Por fin los indios oyeron sus gritos por sobre el estruendo. Uno a uno los guerreros se fueron calmando y se volvieron hacia Atacante de la Luna y Hermano del Lobo, en espera de instrucciones.

-Ojos como Lluvia de Verano es tu esposa, hermano mío. A ti te corresponde decidir. ¿Qué hago, Hermano del Lobo? -preguntó Atacante de la Luna- Retira a tus bravos -respondió Wolf sin vacilar-. El que llamamos Pelo de Fuego es capaz de matarla. Ya habrá otras lunas comanches.

-Sea.

Atacante de la Luna giró hacia los otros con la lanza en alto y les hizo señas de que se alejaran de la casa en llamas.

Todo el piso bajo del ala oeste estaba ya ardiendo, aunque los hombres Gabriel trabajaban frenéticamente para apagar las llamas. Para horror de Wolf, que iniciaba la retirada, vio que el incendio se había extendido a la planta superior. El corazón le dio un vuelco extraño en el pecho. ¡Chance! Espeso humo brotaba del cuarto de Chance! Oh, Storm habría sacado al niño. Lo amaba - mucho.

-¡Patrona, patrona! Oh, que Dios nos ayude. ¡Patrona!

Los gritos de Pilar llegaron claramente a oídos de Wolf.

-¡Pilar! ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? Oh, Sainte Marie... -Storm sollozó, comprendiendo súbitamente. -¿Dónde está Chance? ¿Dónde está mi hijo?

-Oh, patrona, la puerta de su habitación... ¡Está atascada! Oh, perdóneme, pero no pude abrirla!

-¡Mon dieu! -Los ojos de Storm volaron hacia el piso alto del ala oeste que ya ardía. -¡No, no! ¡El fuego no puede haberse extendido tan pronto! No es posible! ¡Jesús, Jesús!

Se desprendió bruscamente de Gabriel y corrió hacia la casa. Joe Jack la detuvo.

-¡Suéltame! ¡Suéltame! -La joven se debatía como loca.

-¡Por Dios, Storm! ¡No puedes volver a entrar! ¡La casa es un infierno! IMilton, Benteen, Joes! ¡Traed una escalerilla!

Los tres hombres corrieron hacia los establos, mientras Joe Jack arrastraba a Storm hacia el prado, pese a sus violentas protestas. La joven miraba el balcón de Chance, buscando alguna señal del niño.

-Mon Dieu -gemía.

Joe Jack ahogó una exclamación.

El niño golpeaba con los puños la puerta ventana, tratando desesperadamente de salir. Storm vio que tosía y se asfixiaba, tironeando inútilmente de los picaportes y castigando los vidrios sin resultado. Se lo veía pálido y patético, petrificado por el miedo, pero se limpiaba virilmente las lágrimas que le corrían por las mejillas.

-¡Las puertas! -aulló- Socorro ¡No puedo abrirlas!

-Jesús! ¡No puede abrir las puertas -sollozó Storm.

-¡Jesús, abrir las puertas! ¡Rompe los vidrios, Chance! ¡Rompe los vidrios! -gritó hasta quedar ronca. Luego, frenética- ¡Por dios, por dios! ¡No puede respirar...!¡Timothy, Storm! Venid a decir a esos idiotas que se den prisa con la escalerilla -bramó Joe Jack.

Hubo un ruido de vidrios rotos. Una súbita nube de humo brotó del cuarto de Chance, que apretó la cara contra el panel destrozado, entre horribles boqueadas. Las maderas de la casa crujían ominosamente. Alguien gritó:

-¡Por Dios! ¡Toda el ala oeste se viene abajo!

Storm volvió a lanzar un grito histérico, en tanto Chance exclamaba: Maman! Maman!

Hubo una gran sacudida crujiente y el piso bajo cedió en un estallar de fuego. La planta alta se derrumbó.

-¡Oh, Gran Espíritu, no! ¡No! -Wolf dejó escapar un grito atormentado y clavó salvajemente los talones en los flancos de Pahuraix, para galopar de regreso a Tierra Rosa, antes de que Atacante de la Luna o Soldado Loco pudieran impedírselo.

De algún modo, en el fondo del corazón, Storm lo supo entonces. Pero no pudo creerlo. Se negaba a aceptarlo. Continuaba esperando contra toda esperanza, rezando para que se produjera un milagro antes de que ella alcanzara la pequeña silueta de Chance, patéticamente despatarrada en el suelo escarchado, allí donde el derrumbe lo había arrojado.

Se quedó inmóvil por una eternidad. Su corazón dejó de latir. Su cuerpo quedó frío como la muerte y el estómago le dio un vuelco, como si la tierra hubiera desaparecido sin aviso bajo sus pies. Se apoderó de ella una extraña sensación de irrealidad, como si el mundo hubiera dejado súbitamente de girar. Parecía verlo todo en un deslumbramiento, igual que las personas atacadas de fiebre.

"¡No puede ser!", pensó, furiosa e irracional, tratando de quitarse de las entrañas esa sensación de vacío. "¡No puede ser! ¡No lo voy a permitir! De algún modo haré que el reloj retroceda algunas horas, algunos minutos, unos pocos segundos y todo será como antes. Dios tiene que comprender. Por esta vez puede hacer una excepción. Tengo que obligarme a creer eso. Sí, tengo que creerlo o me volveré loca. Voy a gritar otra vez. Empezaré a gritar otra vez y no pararé jamás. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! Haré cualquier cosa, lo que sea. Oh, Dios, por favor. Pídeme cualquier cosa, pídeme cualquier cosa menos esto..."

Chance estaba frío, muy frío, pese al calor del incendio que se iba apagando. Storm lo acunó tiernamente en los brazos, tratando de calentarlo, tratando desesperadamente de devolverle la vida con la suya misma.

"Pero si sólo duerme", pensó, mientras le apartaba un mechón de la mejilla. No tenía marca alguna, exceptuando las manchas de hollín que oscurecían su piel. No se había quemado. Sólo un leve tinte azul le teñía la carne, sobre todo alrededor de la diminuta nariz. "Es eso. Se ha lastimado, pobrecito, y tiene la cara amoratada. En cualquier momento despertará y todo será como antes..."

Lo estrechó contra su seno, meciéndolo con suavidad, en tanto lo arrullaba con aquella suave canción de cuna comanche que a él tanto le gustaba. Una gota de cristal cayó sobre la piel del niño. Storm vio la cuenta brillante con los ojos empañados. La limpió con ternura; no podía permitir que el niño se mojara y pillara un resfriado, estando ya tan helado. Cayeron más gotas. Storm levantó la vista al cielo, donde un pálido sol de rosa barría el horizonte, aclarando la pizarra opaca del firmamento.

"Pero si no llueve. No comprendo..."

Lenta, dolorosamente, comprendió que las gotas cristalinas eran sus propias lágrimas. Chance había muerto. Su hijo había muerto y nada podría devolvérselo.

Seis años. Seis años demasiado fugaces eran todo lo que había podido compartir con su hijo. ¡Qué injusto parecía, cuando habría debido ser toda la vida para verlo crecer y hacerse hombre! Recordó los meses en que llevaba su peso en el cuerpo, acariciándose el vientre redondo y lleno; recordó los sueños que había tejido sobre la cuna, los dolores del parto, el cuerpecito se deslizaba afuera y la imagen de Wolf que se inclinaba hacia él, introduciéndole las primeras bocanadas de aire en los pulmones. Recordó su sobrecogimiento al tocarlo, al tenerlo en brazos, y cómo le había contado los dedos de los pies y de las manos, y el contacto de esa boquita preciosa contra su pecho, mamando con firmeza. Recordó la presión del puño pequeñito apretado a su dedo, la primera sonrisa de verdad, los primeros pasos torpes. Recordó lo más torturante: la primera palabra que había dicho... y la última: Maman.

¡Oh, Chance, Chance!

Trató de impedir que siguieran llegando los recuerdos, pero aun así le manaban de los abismos de la mente mil imágenes brillantes, nítidas, con todos detalles. La primera cabalgata en pony. El primer arco. Su risa dulce y sus juegos, cuando ella lo perseguía por el ribazo del río, rodando con él; su figura diminuta, caliente contra ella. Cómo sonreía mientras la salpicaba, para sumergirse rápido como un pez bajo la superficie. Con qué valentía había echado a correr para

cumplir su orden mientras Billy Barlow la secuestraba. Con cuánta calma había contado a su padre lo sucedido. Y la hombría con que tratara de soportar el abandono del padre, y el inicio de una vida nueva en San Francisco. Y el dragón tallado que apretaba en la mano por la noche...; lo llamaba Li Kwan También, para provocar a un amigo chino. Y su grito en la noche, asustado por Piamermpits, dándole tiempo para recobrar el tino y evitar que Gabriel North la usara como pretendía. Y el modo en que había gritado: "iAp', ap'!", abandonando la calesa para correr a los brazos de su padre, sin dudar de su regreso ni por un instante. Qué entusiasmo le iluminaba la cara ante cada descubrimiento. Y recuerdo más doloroso: el cariño con que la besaba todas las noches, diciendo - Te amo, maman. Eres la mejor maman de todo el mundo."

Oh, ¿cómo podía Dios ser tan cruel y quitárselo? Esos seis años de bendición parecían tan breves... ¡Pero si era apenas un niño! ¡Demasiado pequeño para morir! ¡No era justo!

"Oh, Dios, ¿por qué no me llevaste a mí?", pensó Storm, con vehemencia. "Yo he vivido cien vidas. Chance, en cambio... Chance apenas comenzaba vivir."

Con el corazón deshecho, Wolf caminó entre la multitud callada y atónita que rodeaba a su esposa y a su hijo. Marchaba erguido, orgulloso, como desafiando a Gabriel North y a los peones que lo detuvieran. Cosa extraña: nadie lo hizo. El odiado ranchero estaba estupefacto al ver sano y salvo al indio que creía haber ahorcado. Los otros temían que los comanches reanudaran el ataque si su guerrero sufría algún daño.

Con las lágrimas brillándole en las mejillas, Wolf se arrodilló junto a ella.

-Ha muerto, paraibo -dijo suavemente-. El pequeño ha muerto.

¡Cómo habría querido abrazarla, amarla, compartir con ella su terrible dolor! Se la llevaría ahora mismo. Nadie podría detenerlo. Enterrarían juntos a Chance, juntos llorarían por el hijo que habían creado y amado. Y tal vez algún día, de algún modo, pudieran recuperar lo que habían perdido. Así se calmaría un poco el dolor causado por la muerte del niño. Wolf alargó una mano hacia Storm, sabiendo que ella comprendería. Ahora podría perdonar y olvidar lo pasado.

-¡No me toques! -le espetó.

-Devuélveme a mi hijo. Tú lo asesinaste, sucio mestizo. -¿Qué? -La miró con incredulidad.

-Devuélveme a mi hijo. Tú lo asesinaste, sucio mestizo -repitió ella con los dientes apretados, entornando los ojos grises como astillas de acero.

El corazón de Wolf dio un vuelco desesperado.

-Storm... no... no sabes lo que dices. El incendio no pudo extenderse tan pronto. Algo ocurrió... Aquí hubo algo raro. ¡Oh, pequeña, pequeña! ¡Sabes que no sería capaz de hacer daño a Chance!

-Oh, sí, sí, claro que sí. Lo matasteis, tú y el Pueblo... ¡Y jamás te perdonaré por eso, mientras viva! ¡Y ahora devuélveme a mi hijo!

Los ojos de medianoche eran insoldables. Cuando habló por fin lo hizo con voz seca, inexpresiva.

-Señora -dijo fríamente-, usted no tiene hijo... ni esposo. Retiró el cuerpo del niño de entre los brazos ciegos y giró para alejarse lentamente, con el cadáver del niño apretado contra el pecho, dejando sola a Storm, sola con el dragón chino que Chance había usado para romper el vidrio.

Vacía. Storm se sentía vasta, vacía, ya vieja, tan vieja... Supo que pasaría muchísimo tiempo antes de que pudiera volver a reír, antes de que se opacara el dolor ardiente de ese amargo amanecer, y pudiera volver a la vida. ¡Qué extraño le parecía, que la sangre siguera circulando, que el corazón no dejara de latir, que los pulmones respiraran aún! No comprendían que ella había muerto; se había cometido algún error espantoso; su cuerpo interpretaba mal las señales de su cerebro y continuaba funcionando en vez de cesar, mantenía viva su cáscara hueca, en vez de dejarla morir como ella deseaba.

Y en ese mismo instante sus miembros insensibles se movieron; la pusieron de pie, enfrentándola a la muchedumbre que la rodeaba y a la aurora silenciosa, donde sólo se oía el sisear de las ascuas que aún ardían aquí y allá.

El ala oeste se había quemado por completo. Los maderos que aún permanecían erguidos se recortaban contra el rubor del cielo, oscuros y feos dentro de lo que había sido la perfecta joya blanca de Gabriel North.

El ranchero dio un paso hacia adelante para ofrecer el brazo a Storm, atento a su posición social, pero ella se lo apartó con un golpe iracundo.

Gabriel no había hecho nada por salvar a Chance. Había sido Joe Jack el que mandara traer una escalerilla y el que habría subido al piso alto, de no haberse derrumbado la planta baja. El brazo que Storm buscó fue el de Joe Jack, volviendo la espalda a Gabriel North.

En ese año de 1856 la primavera llegó temprano a Tierra Rosa. Llegó con un viento suave y suspirante, que hacía ondular las hierbas altas de la pradera y agitaba las hojas de los mesquites, arracimados en las orillas del río Nueces. Su sol dorado lanzaba un calor perezoso a la tierra, como si acabara de despertar tras el largo sueño invernal, y animaba calladamente los coloridos pimpollos de los cactos, instándolos a florecer. Los animales salieron de sus escondrijos y, tras

Librodot

olfatear cautelosamente para asegurarse de que la primavera estaba realmente allí, iniciaron sus alegres retozos en las planicies y sus intrincados ritos de acoplamiento, como graciosos bailarines. Al avanzar la estación, orgullosas madres dieron a luz delicados pichones de patas trémulas y cachorros gordos y rozagantes. En los corrales de Tierra Rosa correteaban potrillos nerviosos, en tanto los terneros pisaban torpemente la pradera.

A Storm le dolía el corazón al ver esas crías que mamaban junto a sus madres; por primera vez en la vida, la primavera la deprimió. En esos días cálidos y florecientes estaba quizás algo loca, pues era una mujer de emociones apasionadas. Sus alturas eran gloriosas; sus descensos, tormentosos. Y la muerte de Chance la había afectado profundamente. A veces tenía la sensación de haber muerto con el niño: se movía a ciegas, aturdida como un sonámbulo, como si el mundo no existiera en derredor.

Tomó la costumbre de montar a caballo para alejarse cada vez más de la casa, galopando sin rumbo por el vasto territorio, silueta doliente y solitaria contra el cielo de azur. Con frecuencia regresaba con la cara enrojecida, las mejillas manchadas de lágrimas y el pelo convertido en una masa por el viento que lo había azotado a voluntad. Sus ojos grises tenían un brillo extraño, como - si viera cosas que otros no podían ver; a veces le curvaba los labios una semisonrisa melancólica, que provocaba ademanes sombríos entre los peones, cuando la veían pasar.

De cualquier modo, en esos días Storm no se preocupaba en absoluto su aspecto; tampoco le importaba que la gente susurrara a su espalda y dijera que estaba algo tocada de la cabeza. Se había retirado al interior de sí misma; Dejó que Cathy retomara el manejo de la casa y volviera a oficiar de anfitriona en las grandes fiestas, a las que ella se negaba a asistir, por mucho que Gabriel la regañara por su ausencia. En cierta oportunidad, como el ranchero se mostraba demasiado insistente, Storm bajó vestida con el atuendo comanche que había usado para su boda. En el salón de bailes se hizo un horrible silencio; los sorprendidos invitados dejaron de charlar para volverse a mirarla. Ella les dedicó a todos esa sonrisita extraña, miró a Gabriel con intención y desapareció en silencio. Después de eso el ranchero la dejó en paz, sin saber cómo actuaría próxima vez. En ocasiones casi temía que la joven lo matara. Desde la muerte de Chance ya no era impotente. Sin embargo, cuando intentó ejercer sus derechos maritales Storm lo atacó con el cuchillo, tal como había amenazado. El acero se le clavó en el muslo, casi rozando sus órganos genitales. Gabriel quedó estupefacto, pues nunca había pensado que la amenaza fuera en serio. A partir de entonces, al encontrar la puerta de Storm cerrada con llave, no hizo ningún intento de entrar por la fuerza, temeroso de recibir una bala en el corazón en cuanto traspusiera el umbral. Storm le había dicho que así ocurriría y que no le importaba vivir o morir. Prefería ser ahorcada por asesinato antes que dejarse tocar nunca más por el odiado ranchero.

Por lo tanto, continuaban como antes, con Gabriel doblemente frustrado pues su esposa no sólo se negaba sexualmente, sino también en el plano social. Al cabo de un tiempo comprendió que esto último no importaba: pese a comentarios, la gente compadecía a Storm y simpatizaba con él, interpretaban que la trataba con bondad y comprensión por su trágica pérdida. Gabriel creció en la estima de muchas mujeres; algunas que lo trataban con fríaldad desde su casamiento querían ahora "consolarlo" en su aflicción. El ranchero sonreía, sobrador, y aprovechaba ese estilo de hospitalidad. Después de haber sido reconfortado por las que más deseaba, eligió como amante a Maggie O'Brian, sólo porque su esposo había tratado de sacarle ventaja en cierto negocio. Era pelirroja, de ojos verdes y curvas generosas; le daba satisfacción, pero no era Storm. Por más que le aliviara el dolor de ingles, Maggie no podía calmar la creciente ira que Gabriel sentía al verse burlado por su mujer.

Divorciarse de Storm habría significado a admitir su derrota. Por lo tanto, con cada día transcurrido se decidía más y más a verla de rodillas y destruida.

Storm se detuvo en el trayecto a los establos y echó un vistazo a los corrales, con la primera muestra de interés en la vida que revelaba desde la muerte de Chance. Era época de yerra; los peones, intercambiando gritos provocativos, perseguían a los huidizos terneros entre los límites de las cercas. Cada vez que un animal lograba liberarse de su captor se levantaban estruendosas carcajadas. Resonaban vítores y aplausos por cada bestia que rodaba finalmente por tierra.

Joe Jack, desnudo hasta la cintura, con la piel bronceada reluciente de sudor bajo el sol del verano, se encargaba de marcar. Storm lo estudió con atención, reparando en los músculos que ondulaban en la espalda y los brazos cada vez que se arrodillaba junto a un ternero, aplicándole la marca TR en el pellejo. Por un momento la muchacha sintió un fugaz destello de olvidado deseo. ¡Qué apuesto era Joe Jack! Uno de los peones le hizo algún comentario; el muchacho sonrió, con un destello de blancos dientes, y levantó la cabeza con los ojos arrugados por el fulgor del sol. Fue entonces cuando vio a Storm.

La sonrisa desapareció de su cara. Se levantó y, después de entregar el hierro a uno de los hombres, caminó hacia la cerca donde ella se apoyaba.

-¡.Sales a cabalgar? -preguntó, quitándose el sombrero para peinar con los dedos el pelo rubio, veteado por el sol.

Storm asintió con la cabeza.

-Si esperas un minuto iré contigo.

-No -repuso ella de inmediato. No estaba dispuesta a dejarse acompañar por él, después de haberse excitado al verle el pecho desnudo-. Estás muy ocupado.

-Sólo cuido que no haya ningún "maverick" suelto por allí. Hilton puede hacerse cargo. Por hoy, ya hice mi parte. -cogió la camisa y pasó por sobre la cerca-. Dame tiempo a lavarme un poco, que ya vuelvo.

Storm esperó, sin saber cómo rechazar su compañía sin ser ofensiva. No pudo dejar de observarlo disimuladamente mientras él se lavaba, para luego ponerse la camisa, abotonarla y meter los faldones bajo el cinturón. Por algún motivo, lo firme de ese vientre plano, las manos que se deslizaban bajo los pantalones, tensando la entrepierna, hicieron que la muchacha ahogara una exclamación y le volviera bruscamente la espalda. Joe Jack ajustó la hebilla y se puso el sombrero, ignorante del efecto que estaba causando.

-Listo -dijo, tomándola del brazo.

-¿Por qué se llama "maverick" al ganado sin marcar? -preguntó ella, tratando de entablar conversación para disimular su nerviosismo. Era la primera vez que se encontraban a solas desde la muerte de Chance.

-En realidad, es una especie de broma -explicó él, para calmar la inquietud que percibía en ella-. La palabra se origina en un tipo llamado Samuel A. Maverick. Había un hombre que le debía dinero y no podía pagarle la deuda; el viejo Sam aceptó que le pagara con algunas cabezas de ganado. Pero Sam era un pillo despreocupado, como yo. -Joe Jack sonrió.- Como no sabía qué hacer con el ganado, lo puso al cuidado de un negro que conocía. Ahora . bien: el negro, que sabía tanto de ganado como un gallo de locomotoras, no se acordó de marcar los terneros. Todos los vecinos del viejo Sam eran rancheros meticulosos y se divertían mucho con eso. Como broma, cada vez que veían un ternero suelto y sin marca gritaban: "Eh, amigos, ahí va uno de Maverick!".La cosa fue creciendo, hasta que la palabra "maverick" acabó sirviendo para designar a cualquier animal sin marca.

Storm se echó a reír. Era la primera vez que reía desde la muerte de Chance. Al parecer, el día estaba lleno de primeras veces.

-Pobre Sam Maverick. ¡Imagínate, que tu nombre quede inmortalizado de ese modo! ¿No será uno de tus cuentos texanos, Joe Jack?

-Claro que no. Y aunque lo fuera, te lo habría contado igual. Te hizo reír. -Sus ojos, que chispeaban de diversión, se oscurecieron en súbita seriedad.-Me gusta oírte reír, Storm. Echaba de menos el sonido de tu risa. Echaba de menos tu compañía.

-Yo... quería estar sola -replicó Storm con suavidad, mirando a lo lejos para que él no le viera la cara.

Joe Jack suspiró.

-Lo sé, tesoro. Pero estás en el mundo y tienes que seguir viviendo. Con todas las lágrimas del mundo no lograrás que ese niño vuelva.

-Lo sé, lo sé, pero... ¡Oh, Joe Jack, qué difícil es aceptarlo! -Storm se mordió los labios.- Ni siquiera puedo llevar flores a su tumba. No... no sé donde está enterrado.

Las lágrimas le escocieron los ojos. De pronto el muchacho comprendió el motivo de aquellas solitarias cabalgatas: ella buscaba la sepultura de su hijo. No había modo de saber dónde habría enterrado el maldito mestizo a su bastardo; los indios tenían costumbres extrañas. Joe Jack no tenía mucho cariño a Chance, pero sufría por Storm y le habría gustado que ella superara ese dolor que lo hacía sentir tan incómodo.

-Te propongo algo -dijo amablemente-: paseemos hasta encontrar un sitio que te guste, un sitio especial, y yo pondré allí algún tipo de recordatorio con el nombre del niño.

-¡Oh, Joe Jack! ¿De veras? -exclamó Storm, pues Gabriel nunca se había ofrecido a solicitar un oficio religioso o a poner una lápida en el cementerio de Tierra Rosa.

-Sí. Es lo menos que puedo hacer. -Su voz sonaba extraña, como sobrecogida por la emoción, y la muchacha se conmovió.- Más aún: conozco un buen sitio.

-Gracias, Joe Jack -murmuró ella.

El lugar al que la condujo era tranquilo, apacible y encantador. Storm nunca lo había visto antes, pues estaba en lo alto de una loma, a cierta distancia de la casa y protegido por un bosquecillo de mesquites. Desde allí se veía una vasta extensión de la tierra y su belleza rosada, realzada por el sol poniente, varios kilómetros a la redonda.

-Es un sitio especial de verdad, Joe Jack. Yo no podría haberlo elegido mejor -musitó Storm. Y luego-: Pero ya hay tumbas aquí.

-Sí. Por eso se me ocurrió.

-¿De quiénes son? ¿Por qué no están en el cementerio de Tierra Rosa? Joe Jack se encogió de hombros.

-No sé. Nadie lo sabe. Están aquí. Eso eso es todo.

Librodot

-Tal vez eran personas especiales, como... como Chance. -La joven contemplaba las tres cruces amorosamente talladas que marcaban las sepulturas. Por eso no reparó en la expresión peculiar de su compañero.- Sí, me gusta la idea: un sitio especial para gente especial. Me gustaría pensar que Chance descansa aquí, de algún modo.

Recogió algunas flores silvestres y se arrodilló a disponerlas pulcramente en las tumbas. Luego rezó en silencio una pequeña plegaria por los desconocidos que reposaban en el suelo, bajo ella... y por su hijo.

Durante todo ese verano Joe Jack fue el constante compañero de Storm. Ella no correspondía al amor que él aseguraba sentir por ella, pero a su lado volvía a reír, llenando el vacío que se había rehusado a compartir con Wolf. Wolf... Ya casi no pensaba en él. Wolf había matado a su hijo y por eso ella lo había expulsado. Y él no regresó nunca más, como si presintiera que el amor compartido estaba aniquilado para siempre. Sólo quedaba Joe Jack. Y Gabriel, que observaba a su esposa y a su hijo, esperando con nerviosismo el momento en que lo traicionarían. Todavía no eran amantes; de eso estaba seguro por los informes de los peones encargados de espiar a Storm. Les echó un vistazo disimulado, escondido tras su periódico. Estaban sentados a la mesa, jugando al póquer. Gabriel frunció el ceño, disgustado, pues ambos estaban haciendo trampas descaradamente y reían a carcajadas al descubrirse. Joe Jack inclinó la cabeza hacia la de Storm y le susurró algo al oído. Ella se ruborizó.

-Anda, Storm -ronroneó el muchacho en voz muy baja, para que Gabriel no pudiera oír por mucho que se esforzara-. Bien sabes que lo deseas. Te has pasado el verano haciéndome esperar.

-Es que todavía no estoy lista -siseó ella, lanzando una mirada encubierta a su esposo-. Es demasiado pronto y... no me parece que esté bien. Además, si Gabriel se enterara nos mataría a los dos.

-¡Por Dios! ¿Es eso lo que te preocupa? Caramba, hija, yo puedo disparar mucho antes que el viejo.

-Joe Jack! ¡Es tu padre!

-Bastante mal padre, por cierto. Oh, anda, Storm -arrulló una vez más- Yo haré que disfrutes. Lo sabes. Y en estos momentos necesitas de un hombre que te abrace y ahuyente las sombras que te acosan, ¿verdad?

Oh, qué agradable sería apoyar la cabeza en el pecho de Joe Jack, dejar que él cargara una parte de su terrible dolor, dejarse amar como merecía ser amada, como Wolf la había amado una vez. ¡Oh, Wolf, Wolf! ¿Cómo, en qué momento se había echado todo a perder? Por fin Storm sacudió la cabeza.

-No... no puedo, Joe Jack. No puedo.

-Te propongo una cosa -sugirió él, ladino, mal dispuesto a aceptar la negativa-: ¿Por qué no dejamos que las cartas decidan? Cortaremos el mazo. El que saque la carta más alta gana. Si ganas tú, te prometo que te dejaré en paz hasta que tú lo decidas.

-¿Y si pierdo?

-Me esperarás mañana en Rosa Pequeña.

Storm ahogó una exclamación y volvió a menear la cabeza. No se decidía a hacerlo.

-¡Cobarde! -se burló Joe Jack, sonriente.

-¡No soy cobarde!

-Corta, pues.

La muchacha aspiró hondo. Iba a negarse una vez más, pero se dijo: "¿Y por qué no?" Gabriel y Wolf la habían ganado en una partida de naipes. ¿Por qué no ser ella misma la que apostara, por una vez? Al fin y al cabo, ¿qué podía perder? No era sino una cáscara vacía. Tal vez Joe Jack lograra hacerla sentir viva otra vez, tal como había conseguido hacerla reír. Puso los dedos algo trémulos en el mazo y sonrió.

-Reina de corazones -anunció, poniendo la carta en la mesa.

-Esa eres tú, Storm. Pero yo soy el rey, mi dulce amante futura -dijo Joe Jack, triunfal. Y cubrió su reina con el rey de corazones.

Storm ahogó una exclamación.

-¡Me hiciste trampa!

El seguía sonriendo.

-Sí, pero en el amor y en la guerra todo vale, tesoro.

Storm no olvidaría en toda su vida ese verano, pero no sabía eso cuando partió a caballo hacia Rosa Pequeña, con el corazón palpitante de miedo y entusiasmo. Sólo sabía que Joe Jack la estaba esperando para hacerla suya.

El horizonte plano y sin límites, quebrado aquí y allá por colinas henchidas y por salientes melladas a la distancia, extendía ante ella su belleza salvaje, limpia y despejada, exceptuando las altas yucas coronadas, los achaparrados mesquites y algunos álamos desolados. El sol castigaba desde el cielo azul, como si tratara de marchitar los coloridos pimpollos de los cactos que había hecho florecer algo más temprano.

Storm esquivaba con cuidado las matas de agaves y plantas de abrojos; esa flora espinosa solía dejar baldados a los caballos.

Pronto se encontró subiendo por el sendero serpenteante que conducía a Rosa Pequeña. Vaciló por un momento, jadeante por el esfuerzo de trotar en el calor. Se humedeció los labios con nerviosismo, limpiándose el sudor de la frente. Al cabo de un rato apretó los dientes e hincó talones a los flancos de su potro dorado. Si había llegado hasta allí, no era cuestión de echarse atrás.

King's Ransom soltó un relincho de bienvenida al verla aproximarse a la cabaña. Joe Jack, adentro, irguió las orejas con expectativa al oír a su caballo. Levantó la cortina de una ventana, dando gracias a Dios por la arrogancia que había inducido a Gabriel a poner costosos vidrios en todos los edificios, en vez de utilizar cueros crudos, más baratos y prácticos. Al menos, así se podía mirar hacia afuera. ¡Ella había venido! Estaba allí, cumpliendo con su promesa. Sintió que se le aceleraban las ingles al verla. Le costaba creer que, en pocos minutos Storm sería suya. ¡Por Dios, cuánto la deseaba, cuánto la había cortejado! Nunca una mujer se le había resistido tanto. Y por primera vez en su vida, Joe Jack comprendió que estaba enamorado. Ahora comprendía la obsesión de su padre por ella. El también estaba dispuesto a cualquier cosa poseerla.

Por un momento se le ensombreció la cara y sus ojos se nublaron. No le gustaba ver a Storm llorando por su hijo. Joe Jack quería verla feliz, hacerle el amor y darle otro hijo... que fuera de él. Se le iluminó el semblante. Sí: le daría hijo para reemplazar al que había perdido. Entonces todo estaría bien.

Pensó en el vientre de Storm, suave y lleno, con su bebé adentro, y sonrió. Era lo que podía hacer para no violar a la muchacha en cuanto entrara.

Se acercó rápidamente a ella para tomarla en sus brazos.

-¡Has venido!

-¿Temías que no viniera? -preguntó Storm, agresiva, para disimular su nerviosismo.

-No sabía. Oh, Storm, por Dios. No sabes lo mucho que te he deseado, mucho que esperaba esto...

Inclinó la cabeza para besarla con fervor, separando con la lengua los labios por sorpresa, mientras le arrancaba el sombrero y las hebillas del pelo.

Al principio Storm se resistió, pero gradualmente, mientras la boca de Jack continuaba cubriendo insistentemente la suya y explorando la dulzura interior de sus labios, se relajó en el abrazo; un súbito palpitar de deseo le recorrió el cuerpo. Gimió con suavidad. El la soltó por fin, jadeante, con los oscuros de pasión y triunfo.

Había descubierto, mucho tiempo antes, que las mujeres siempre se muestran un poco nerviosas con un nuevo amante; era mejor no darles tiempo a pensar. Storm tenía la respiración agitada y su intranquilidad anterior había desaparecido. El le sirvió una copa, sonriente, y la muchacha la vació entera. Luego extendió el vaso para pedir más. Joe Jack volvió a llenárselo y comenzó a desabotonarse lentamente la camisa

Storm lo observaba, hipnotizada, recordando el ondular de sus delgados músculos en la espalda desnuda, mientras marcaba al ganado. El se quitó la prenda, la dejó caer en una silla y se pasó los dedos por el pelo rubio, echando la cabeza atrás para apartar los mechones que le caían sobre un ojo. Luego se desabrochó la pistolera para colgarla de un poste de la cama. Estaba a punto de quitarse los pantalones y las botas, pero decidió que aún no era tiempo. Girando bruscamente, volvió a rodear a Storm con los brazos.

Sin decir palabra, la besó con fuerza.

-Oh, tesoro -suspiró, levantando la cabeza para estudiarle la cara. Apartó de las sienes los enredados mechones de ébano, acariciando la masa oscura y revuelta, como si fuera preciosa para él-. Eres hermosa, simplemente hermosa -dijo.

Deslizó las manos hasta sus hombros y buscó los pechos, para frotar suavemente los pezones hasta que, rígidos, se recortaron claramente contra la fina tela de su traje de montar. Movió con destreza los dedos sobre el cuello para desabotonarle la chaqueta. Los botones eran muy pequeños, pero logró desabrocharlos sin dificultad; obviamente, tenía mucha habilidad con la intrincada ropa femenina. Luego deslizó la chaqueta hacia atrás y la arrojó a un lado. Con un gemido ronco, sin previo aviso, levantó a Storm en brazos para llevarla a la cama. Allí la acostó con ternura, sin apartar los ojos del semblante súbitamente vulnerable.

"Oh, tesoro -susurró-, quería hacer bien las cosas, pero no veo la hora de desvestirte y sentir tu cuerpo desnudo contra el mío.

Dicho eso, asió el cuello de encaje de la blusa y tiró hacia abajo, desgarrándolo en dos para descubrir las maduras curvas de los pechos por sobre la camisola.

"Gracias a Dios no te has puesto uno de esos malditos corsés" -murmuró, antes de tironerar febrilmente de las cintas que le ocultaban los montículos, de carne.

Luego apretó la boca hambrienta contra una cima firme y rosada.

Cathy miraba por la ventana de su dormitorio, mordiéndose los labios en un gesto de nerviosa indecisión. Primero Joe Jack, luego Storm, habían montado a caballo para perderse a la

Librodot

distancia. ¡Iban a Rosa Pequeña! Tenía que ser así; no tenían otro sitio. Y allí traicionarían a su padre. Cathy estaba segura. Hasta entonces nunca habían partido al galope por separado, en la misma dirección y con poco tiempo de diferencia. Era obvio que trataban de evitar sospechas, de despistar a los hombres de Gabriel. Y eso significaba que habían decidido ser amantes. Hasta entonces solían pasear juntos abiertamente, porque no tenían nada que ocultar. Pero ahora...

Cathy se estremeció. ¡Era preciso impedirlo! ¡Impedirlo de inmediato, antes de que fuera demasiado tarde! No podía permitir que Storm se convirtiera en la amante de su hermano, por mucho que ella le disgustara. No era correcto. ¡No era correcto! Storm era la madrastra de Joe Jack, y por otra parte...

Cerró con fuerza los ojos pardos, recordando sus ominosos presentimientos del día de la tormenta, tantos años antes, y la horrible conclusión a la que había llegado poco antes. Al principio no quería creerlo. El corazón se le apretaba de miedo.

¡Oh, Dios, Dios! ¿A qué los habían llevado papá y Joe Jack? Si lo que Cathy sospechaba era cierto, todos ellos iban hacia la destrucción. Y Storm... Si Storm llevaba a cabo sus planes de ese día y después descubría aquello, ¡cómo se odiaría así misma! Cathy no podía permitir que ocurriera. No estaba bien. ¡No era correcto!

Ya decidida, bajó corriendo a los establos y espoleó cruelmente a Sunny Boy para imponerle un galope temerario hacia Rosa Pequeña, rezando llegar a tiempo.

Storm dio un grito y trató frenéticamente de cubrirse los pechos desnudos. Cathy acababa de irrumpir en la cabaña, jadeando por el largo galope. -iStorm! -chilló- ¡No puedes hacer eso! ¡No Puedes! ¿Me oyes?

-¿Qué diablos...? -Joe Jack levantó bruscamente la cabeza, apartándose del cuerpo de su madrastra para ponerse de pie.- ¿Qué mierda haces aquí, hermana? -gritó, furioso.

-Escúchame, Storm -continuó Cathy apasionadamente, sin prestar atención a su hermano-. No puedes seguir con esto. -iLárgate de aquí, Cathy! -ordenó Joe Jack, avanzando amenazadoramente hacia ella-. No vengas a meter las narices en.., Cathy se apartó de él, nerviosa, pero sin interrumpir el torrente de palabras que le brotaba de los labios.

-iNo puedes hacer esto, Storm! ¡El mató a tu hijo! -barbotó, antes de que su hermano pudiera acallarla-. Joe Jack asesinó a tu hijo.

-¡Cierra esa maldita boca, Cathy! No le prestes atención, Storm. -Joe Jack se volvió hacia su madrastra, frenético. Ya ves que ha perdido la chaveta.

-Por amor a Dios, escúchame. Los oí hablar, -¡Estoy cuerda! Oh, Storm, a papá y a Joe Jack. Papá odiaba a Chance. Quería deshacerse de él, pero no podía hacerlo con sus propias manos porque el niño desconfiaba de él. Por eso... prometió a Joe Jack que, si él mataba al niño, recibiría toda Tierra Rosa...

-¡Que el diablo te lleve, Cathy! ¡Cierra el pico, maldita! -rugió Joe Jack, aferrando con crueldad a su hermana para darle varias bofetadas-. Eres una lunática delirante. Papá tendrá que internarte en alguna parte.

-iNo! ¡Es la verdad, es la verdad! -exclamó Cathy. Y siguió hablando, pese a los salvajes golpes y a las lágrimas que le corrían a raudales por las mejillas. -La noche en que los comanches atacaron Tierra Rosa te vi subir al cuarto de Chance. Ya había comenzado el incendio. Llevabas... llevabas en la mano una lámpara de aceite. ¡Oh, Joe Jack, por Dios! ¡Somos hermanos! ¿Crees que no me costó creerlo?

La cabeza se le bamboleó dolorosamente con las brutales sacudidas de Joe Jack. El la golpeó una y otra vez, maldiciéndola a todo pulmón. Pero Cathy no callaba.

-Cuando bajaste ya no tenías la lámpara de aceite. Pensé que se la habías dejado a Chance para que... para que no tuviera miedo. Y luego te vi... te vi hacer algo con su picaporte. Pero nunca.. nunca se me ocurrió que pudieras estar encerrándolo. ¡Oh, Dios, Dios! ¡Perdóname, Storm, perdóname! ¡No quería decírtelo! ¡No quise creer que fuera cierto!

-¡Por Dios, Storm, no le creas! ¡Está loca! ¡Te digo que está loca!

Storm temblaba de pies a cabeza. Sus manos convulsas aferraban los bordes desgarrados de la blusa. Unos sollozos terribles le cerraban la garganta. Con los ojos quemados de lágrimas, miró a Joe Jack, horrorizada.

-¿Es cierto? ¿Es cierto eso? -su voz se elevó, penetrante.

-¡Oh, Storm, te amo! ¡Te amo! -repitió él, como si por eso ella pudiera pedonarle cualquier cosa-. ¡Ya tendrás otros hijos! ¡Yo me encargaré de que los tengas!

-¿Es... cierto... eso? -grito ella, histérica.

-¡Sí! ¡En nombre de Dios, sí! ¡Pero lo hice por nosotros, para que el viejo nos legara Tierra Rosa! Qué demonios... el chico era sólo un mestizo bastardo...

...sólo un mestizo bastardo.

Las palabras martillearon implacablemente el corazón y la mente de Storm. Recordó la patética figura de Chance, despatarrada en el suelo escarchado, y su carita amoratada junto a la nariz, los ojos azul oscuro cerrados para siempre. Maman! Chance, su hijo; Wolf, el único hombre

al que había amado de verdad en su vida. Wolf, que le había dado a ese hijo para llevárselo en ese amargo amanecer, sin regresar jamás... Maman! Maman!

Entonces enloqueció. Se arrojó contra Joe Jack como una demente, lanzándole horribles zarpazos que le dejaron rasguños sangrientos en una mejilla y en el pecho desnudo, hasta que él le aplicó varias bofetadas resonantes. Ella cayó dolorosamente al duro suelo de madera, manando sangre de un labio.

Trató de levantarse, aturdida, y logró incorporarse sobre manos y rodillas. Fue entonces cuando vio la pistolera de Joe Jack colgada al pie de la cama. Se levantó a ciegas para retirar la pistola de su funda.

Eso era lo último que recordaría con claridad en el futuro. A partir de entonces todo pareció borronearse, moverse con lentitud. Levantó el revólver y disparó, una y otra vez, hasta que el chasquido seco del percutor le indicó que las cámaras estaban vacías.

Tuvo una vaga impresión de que Cathy gritaba, en tanto los disparos atravesaban el cuerpo de Joe Jack, arrojándolo contra la otra pared de la cabaña. El cuerpo dio varias sacudidas espasmódicas, abriendo los brazos; luego se aferró el vientre, tratando de detener la sangre que le brotaba de las entrañas. El líquido espumante era caliente, colorado, pegajoso bajo el calor del verano. Salpicó la cara y las manos de Storm hasta que, por fin, Joe Jack se derrumbó en un montón informe.

Cathy miró fijamente el cadáver de su hermano. Luego, a su madrastra, horrorizada, tratando dificultosamente de respirar, abrumada por sus violentas emociones. Por fin giró en redondo y salió corriendo de la cabaña, gritando y llorando una vez más, llena de espanto e incredulidad.

Al cabo de un rato Storm se dejó caer en la cama; el arma se desprendió de entre sus dedos y cayó al suelo.

Así estaba aún, sentada e inmóvil, cuando la encontraron Gabriel y sus hombres.

Llevaron a Storm a Santa Rosa. Allí la encerraron en la diminuta choza de adobe que servía de calabozo. La única habitación estaba a oscuras; tras el fulgor del sol estival, la muchacha tardó algunos segundos en acostumbrar los ojos a la falta de luz. Luego contempló sin interés lo que la rodeaba. La celda era sofocante en el calor de agosto, pues sólo tenía una ventana pequeña y alta, con barrotes que apenas permitían la entrada del sol, mucho menos de la brisa. Las cuatro paredes encaladas estaban grises de mugre; en el suelo de tierra, cubierto de vómitos y excrementos viejos, pululaban las sabandijas. Dos estrechos camastros de madera ocupaban un lado de la habitación; las toscas tablas no tenían el más mínimo jergón. Muda y aturdida, Storm se sentó en el de abajo. Sus manos tocaron la madera astillada.

Esa sería su cama hasta que la ahorcaran. Sí, la ahorcarían, sin duda alguna. Había asesinado a Joe Jack, disparando contra él a sangre fría por haber matado a su hijo. Y Gabriel había insistido en llevarla a Santa Rosa, donde la única ley era la que él imponía. La ciudad era tan pequeña que ni siquiera tenía comisario. Sólo contaba con el viejo Luis, que había entregado nerviosamente la llave de la celda, bajo la mueca triunfante del odiado ranchero.

Storm se estremeció un poco al recordar la expresión de su marido. No había llorado por su hijo, como ella por Chance. Gabriel se había limitado a regodearse con las circunstancias de esa muerte, circunstancias que le permitirían poner a Storm de rodillas y aniquilarla.

La joven miró una vez más la puerta cerrada, los cuatro muros grises que la aprisionaban y la ventana enrejada. No, no habría salida para ella. Allí permanecería hasta que la condenaran el juez del circuito, llamado por Gabriel para que presidiera el juicio, y el jurado elegido por el ranchero. ¡Culpable! ¡Culpable! ¡Culpable! El veredicto no podía ser otro. El odiado North se encargaría de eso; Storm estaba indefensa contra su poder y sus riquezas. No importaba que Joe Jack hubiera asesinado a su hijo. No había modo de probarlo; de cualquier modo había hecho justicia por su propia mano en vez de permitir que el sistema legal castigara a Joe Jack. ¡Castigar a Joe Jack! Storm estuvo a punto de soltar una carcajada demencia!. Ningún tribunal de Texas habría condenado al hijo legítimo y blanco de un respetado ranchero por matar al bastardo de un mestizo. No: si Storm no lo hubiera matado, Joe Jack habría salido en libertad, pese a su horrendo crimen, y la muerte de Chance habría quedado por siempre sin venganza.

"¡No lo lamento!", pensó Storm, enloquecida. "¡No lo lamento! ¡No me importa que me ahorquen! ¡No me arrepiento de lo que hice! ¡Oh, Chance, Chance! Lo hice por ti, hijo, por ti... ¡y por Wolf! ¡Oh, Wolf, cómo te agravié! A ti, a quien amé, a quien amo todavía, a quien siempre he amado. ¡Oh, Dios, Dios! ¿Qué nos pasó? ¿Qué fue de nuestro amor, de la vida que compartíamos? Oh, Wolf, Wolf, mi amor, mi vida. Daría cualquier cosa por ser otra vez Ojos como Lluvia de Verano, siquiera por un ratito..."

Storm oyó la turba que venía por ella mucho antes de que llegara a la horrible cárcel de adobe, pero al principio no comprendió lo que sucedía. No se le ocurrió que Gabriel, en vez de esperar a que la juzgaran legalmente, incitara sutilmente a sus hombres a lincharla, sin darle la oportunidad de revelar la orden dada por él y ejecutada por Joe Jack. Sólo comprendió cuando le

llegaron a los oídos las voces furiosas de la muchedumbre y sus pullas vulgares. Entonces corrió a la ventana y se irguió en puntas de pie para mirar hacia la noche.

El corazón le echó a palpitar frenéticamente al ver las antorchas... y los hombres que las portaban.

-Todos hemos visto cómo rondaba al hijo del patrón, coqueteando con él y provocándolo, ¿no, muchachos? -clamó Hank Hilton.

-¡Sí, claro que sí! -aullaron los hombres.

-Le hacía promesas con los ojos, porque el patrón no le bastaba, ¿no? -rabió Lester Jones-. No, señor. ¡A ella nunca le importó un comino el patrón! Era a Joe Jack a quien quería. Y como él tuvo el buen tino de desdeñarla, porque era la mujer de su papá, ella lo mató. ¡Cerda de sangre azul!

-¡De sangre azul, mi abuela! -gritó Farley Smith-. ¡De sangre fría, diría yo! Nunca entendí por qué el patrón estaba tan embobado por ella. ¡Lo engañó como a una criatura! Igual que a todos, nosotros. ¡Mierda! ¡No es más que mierda! ¡La puta de un indio! ¡Todos vimos al indio piojoso que vino a buscar a su bastardo, aquella noche!

A Storm se le revolvió el estómago. Oh, ¿qué sabían ellos de Chance y de su muerte? ¿Ni de Wolf y el amor que le había dado, el que Gabriel no le había dado nunca?

-¡Una asesina de sangre fría! ¡Eso es! -gritó Dirk Benteen-. ¡Mató a Joe, Jack con su propio revólver, esa!

-¡Sí! ¡La señorita Cathy lo vio todo! ¡Y ha quedado tan mal que desde entonces no puede decir una palabra! -intervino el joven Timothy Williams, que estaba encariñado con Cathy.

-¿Para qué vamos a esperar el juicio? ¡Todos sabemos que esa ramera desalmada es culpable! ¡Culpable como el diablo! -instó Hank Hilton a la turba-. Para eso no necesitamos a un jurado. ¡Vamos a colgarla! ¡Colguémosla ahora mismo!

-¡Sí, sí! -entonaron los hombres.

-Farley -ordenó Lester Jones-, despierta a ese cerdo viejo de Luis. Dile que venga pronto con la llave de la cárcel. Dirk: tú y Timothy, id a traer un trozo de cuerda para ahorcar a esa ramera.

-Mon Dieu -susurró Storm, pálida, mientras la muchedumbre enloquecida marchaba hacia la cárcel-. Mon Dieu!

Buscó frenéticamente alguna manera de escapar. Pero no la había. Al fin bajó la vista a su desgarrado traje de montar. Sentía una extraña indiferencia. Iba a morir. En cuestión de minutos moriría. Y sólo podía pensar en que no quería irse con las prendas que Joe Jack había desgarrado para descubrirle los pechos. Sintió asco al recordar el deseo que le había corrido por el cuerpo al sentir la boca de él en sus pezones duros. ¡Buen Dios! ¿Cómo había podido dejarse tocar por el asesino de su hijo? ¡Pensar que había estado a punto de entregarse a él, que sólo la llegada de Cathy lo había impedido!

De pronto eso dejó de importar. Ya nada importaba, pues la muchedumbre abrió la puerta de la cárcel, sonriendo con aire triunfal.

-Hermano del Lobo es buen hombre -dijo el joven Kwanah a su hermano Pecos, caviloso-. Pese a su dolor, se ha tomado tiempo para remendar mi arco y colocar las plumas a esta flecha.

-Eso es porque tú eres uno de sus tuibitsis favoritos -observó Pecos, sin equivocarse-. Y porque tú... porque nosotros -se corrigió- somos como él. Somos mestizos.

-Hermano del Lobo no es mestizo. -Kwanah clavó en su hermano una mirada de disgusto. -Es como los Túnicas Negras. El me lo dijo. El Pueblo lo tomó prisionero, como a nuestra madre, cuando sólo había visto doce inviernos. Por eso parece más comanche que blanco.

-Sí -asintió Pecos-. Pia también es así. Sólo había visto nueve inviernos cuando la capturaron. Por entonces se llamaba Cynthia Ann Parker y era sobrina de un gran jefe blanco. Por eso nuestro padre, el jefe de nuestra familia, Peta Nawkoni, la eligió por esposa.

-Sí, sí, todo eso lo sé. -Kwanah frunció el ceño, impaciente. -Pero te olvidas de lo más importante.

-¿Qué?

-Pia es feliz. Ap' la ha hecho feliz. Hermano del Lobo, no. El que llamamos Pelo de Fuego le ha robado a su paraibo, Ojos como Lluvia de Verano, y mató a su tua, el pequeño tuinerp.

-Sí. Para todos nosotros es un gran dolor.

-Pecos... -Los ojos de Kwanah relumbraban de audacia y entusiasmo. -Debemos tratar de ayudar a Hermano del Lobo, para agradecerle sus bondades. Ve a buscar tu dios-perro. Cabalgaremos hasta el gran albergue blanco de Pelo de Fuego. Tal vez si hablamos con Ojos como Lluvia de Verano, para contarle lo mucho que Hermano del Lobo sufre por ella y el tua muerto, ella vendrá a buscarlo y lo hará feliz otra vez.

-iNo! Ap' se pondrá furioso si descubre que salimos del campamento para eso. Ha dicho que Pelo de Fuego es un espíritu maligno, como el que trató de matar al lobo en la tierra de fuego que vio Hermano del Lobo. Ap' ha dicho que, de todos los tabeboh que vinieron a La Tierra, Pelo

de Fuego es el peor y debe ser destruido. Aventurarnos solos hasta el gran albergue blanco de ese sería mala medicina, por cierto. No debemos ir.

-¡Debemos, sí! Diremos que vamos a cazar, para que nadie sospeche nuestro verdadero destino. Oh, muy bien. Si tienes miedo, iré solo.

-iNo, Xwanah! -Pecos vaciló por un momento, indeciso. Luego:- Está bien. Iré contigo, pero debemos tener cuidado. Pelo de Fuego nos matará si nos atrapan sus guerreros.

-No nos atraparán. -Kwanah bufó despectivamente.- Nos moveremos como serpientes en la hierba y sólo su ondular revelará nuestro paso.

Los dos jovenes indios montaron en sus ponies y partieron al galope hacia la meseta de Edwards, donde se extendía Tierra Rosa, vasta y sobrecogedora, sobre siete mil quinientas hectáreas. El sol del verano brillaba sobre los muchachitos, caluroso; el viento les revolvía las largas melenas renegridas en tanto volaban por las planicies áridas, calentándoles la cara cobriza. Reían juntos, alegremente. Los primeros temores de Pecos desaparecieron en la sensación de expectativa y coraje que chispeaba en los ojos pardos de su hermano; las piernas bronceadas se abrazaban al lomo desnudo de los animales. Como todos los comanches montaban con gracia, seguras las manos en el trozo de cuerda que les servía de brida, guiando a las monturas con las rodillas.

El tiempo volaba como los cascos de los ponies. Pronto llegaron a las lindes de Tierra Rosa. Lo supieron sin entender cómo. Simplemente, veían y percibían por instinto la marcha de los tabeboh en La Tierra. Sus ojos agudos y adiestrados repararon en las huellas profundas de los caballos herrados y los rebaños. Las sensibles narices distinguieron el olor a estiércol que no era de búfalo, sino del ganado de Gabriel North. Sus finos oídos percibieron el vago mugir de una vaca a la distancia; luego, el rápido staccato de un caballo al galope en el suelo recocido.

Rápidos, silenciosos, los jóvenes indios desmontaron para ocultarse con sus ponies, tras un grupo de rocas. Ocultos a la vista, se arrastraron hacia adelante para ver mejor la extensión de tierra y el jinete que galopaba temerariamente hacia ellos, desde el este.

-Es sólo una mujer -dijo Pecos al fin, algo aliviado-. Y no puede ser Ojos como Lluvia de Verano, porque ella tiene el pelo negro como una noche sin luna. El de esta mujer es dorado como la hierba alta de la llanura cuando el sol lo seca.

-De cualquier modo, la seguiremos -decidió Kwanah, con firmeza-. Debe de ser la beht de Pelo de Fuego. Ella nos conducirá hacia Ojos como Lluvia de Verano.

Los dos volvieron a montar y partieron con rápido sigilo tras aquella mujer.

-¡Mira, Kwanah! -señaló Pecos, después de perseguirla por algunos kilómetros-. Va hacia ese tipi de madera.

-Sí, hermano mío, tienes razón. Y mira: adelante hay otros dos dioses perros. Esperaremos aquí. Tal vez descubramos algo.

Observaron a Cathy (pues era la hija de Gabriel, tal como suponían), que entraba en Rosa Pequeña, al parecer muy agitada. Minutos después la oyeron gritar. Ambos azuzaron a sus ponies para acercarse, con la esperanza de echar un vistazo al interior de la cabaña, pero las cortinas les impidieron ver nada.

-Vámonos, hermano. Cuando una blanca grita siempre hay dificultades. Y no veo rastros de Ojos como Lluvia de Verano -entonó Pecos, algo nervioso.

Kwanah estaba abriendo la boca para contestar cuando oyeron los disparos.

-¡Por el Gran Espíritu! ¿Qué ha ocurrido? -susurró.

-Hermano mío -repitió Pecos, con más urgencia-, salgamos de aquí ahora mismo, antes de que nos caigan encima los guerreros de Pelo de Fuego.

-¡Mira! -exclamó Kwahan, sin prestar atención a su hermano-. Ha salido la mujer. Y veo a Ojos como Lluvia de verano por la solapa del tipi. Iré a hablarle.

-iNo, hermano! Los ruidos del palo de fuego resonaron por las colinas. Los guerreros tabeboh deben de haberlos oído. ¡Escucha! ¡Apoya la oreja contra el suelo, como te ha enseñado nuestro ara! ¿No oyes, no sientes el trueno de los dioses-perros que se aproximan? Debemos irnos..

-iNo! Esperemos para ver qué significa esto.

Los muchachitos permanecieron inmóviles sobre sus ponies. Al cabo vieron aparecer a Gabriel con sus hombres.

-Es Pelo de Fuego con sus guerreros. -Kwanah entornó los ojos contra el sol -Se llevan a Ojos como Lluvia de Verano. Debemos impedirlo.

-No, Kwanah. Somos sólo dos, y ellos son muchos, y no tenemos armas. Mira, ahora sacan a un hombre. Debe de estar enfermo.

-No. Su espíritu ha abandonado su cáscara. ¿No ves la sangre, Pecos? Ojos como Lluvia de Verano debe de haberlo matado con el palo de fuego. Sí, por eso gritaba la otra, la dorada, y por eso Pelo de Fuego se lleva a Ojos como Lluvia de Verano. -Los ojos de Kwana se llenaron de orgullo y odio al mirar a los hombres de allá abajo. Lanzó para sus adentros una horrible maldición. -No tiene derecho a tocarla. Es la paraibo de Hermano del Lobo, un guerrero comanche.

Algún día seré un poderoso jefe guerrero, Pecos; entonces conduciré al Pueblo a la batalla contra los Ojos Blancos, para expulsarlos de toda la comanchería . Aprenderé las costumbres de los tabeboh y sus palos de fuego, y pelearé para mantener libre a La Tierra. Vamos, hermano mío. Debemos regresar inmediatamente al campamento y contar a Hermano del Lobo lo que ha ocurrido.

Los jóvenes indios volvieron grupas y galoparon velozmente por la interminable planicie. Al llegar al campamento llamaron a gritos:

-¡Hermano del Lobo! ¡Hermano del Lobo! ¡Ven!

Wolf, al oírlos, cruzó a grandes pasos el campamento hasta llegar a los ponies cubiertos de espuma.

-¿Qué pasa, Kwanah, Pecos? -preguntó.

Sofocados, encendidos por el esfuerzo y la excitación, los niños explicaron lo que habían visto. Wolf escuchaba atentamente, sombrío el semblante oscuro.

Storm había matado a alguien, decían, y Gabriel North había llegado con sus hombres para llevársela. El corazón de Wolf dio un vuelco enfermizo al escuchar la noticia. ¡Buen Dios! ¡Un asesinato! ¿Contra quién habría disparado... y por qué? ¡Oh, cielos! ¿Por qué le habría enseñado a disparar?

-Deben de haberla llevado a Santa Rosa. -Expresó el pensamiento en voz alta, con el pulso acelerado y un músculo contraído en su mandíbula.

-Tienes que estar junto a ella, hermano mío -le dijo Atacante de la Luna con gravedad, apoyándole una mano en el hombro-. Si aún la amas debes estar junto a ella.

Sí, iré.

-Te matarán -observó Soldado Loco.

Wolf se encogió de hombros.

-Es un riesgo que debo correr.

-Y que nosotros correremos contigo, hermano -estableció Atacante de la Luna, tranquilamente..

Al cabo de un momento Wolf agradeció con un gesto mudo. Luego, con el semblante, petrificado en líneas firmes, volvió rápidamente a su tipi para cambiarse de ropa. Se puso las prendas de seda negra que usaba cuando no estaba con los Kwerharehnuh y revisó, casi mecánicamente, sus revólveres, su rifle y su carabina. Luego montó en Pahuraix y se encaminó hacia el sur... hacia Tierra Rosa.

Storm luchaba valerosamente contra la muchedumbre, pero no podía resistirse a la fuerza de acero y las demenciales intenciones de esos hombres. sacaron a la rastra del camastro donde se había acurrucado, sollozando, y empujaron hacia adelante, riendo al verla caer despatarrada en el polvo. Se quedó por un momento tendida en la ruta, aturdida, aspirando tierra y espiendo entre arcadas. ioh, Dios! ¿Cómo podía haber llegado a ese final? Entonces los hombres la levantaron bruscamente, burlándose de ella y desatándole las prendas para manosearle los pechos, en tanto se la pasaban de uno a otro.

-Ahora no te muestras tan altanera, ¿eh, zorra? -¡Sucia puta de indio!

-¿Por qué no nos dejas probar lo que ibas a dar a Joe Jack antes de matarlo?

-Sí... ¡Cristo, mirad esas tetas! ¡Cómo me gustaría echarles mano!

-Pasadla, muchachos. Estoy tan duro que voy a reventar la bragueta.

-¿Sí? Pues tendrás que esperar turno, porque pienso ser el primero, ¿entiendes?

¡Oh, Dios! Era horrible, ¡horrible! Storm habría querido morir. Le apretaban los labios manchados de tabaco, metiéndole en la boca lenguas de sabor asqueroso; le estrujaban los pechos, pellizcándole los pezones, sin dejar de reír constantemente. Sacrebleu! Hasta el viejo Pop Daniels estaba entre los que la humillaban tan implacablemente. Y Gabriel North observaba todo desde las sombras, sonriendo con toda la cara ante el terror de la muchacha.

-¡Pasadla, pasadla, mierda! ¡No dejéis que se os escape, idiotas!

-¿A quién tratas de idiota?

-No se va a escapar, qué diablos. ¿Verdad, zorra? Ven aquí y dame un beso, ramera. Si Joe Jack no te quiso, yo sí.

Acostadla, muchachos, y abridle las piernas.

-¡Maldita zorra! ¡Me ha dado una patada en los cojones!

Una vez recuperado, el herido le dio varias bofetadas y la arrojó a la senda arenosa, mientras los otros aullaban vítores y frases de aliento.

-¡Que alguien le sujete las piernas y los brazos! ¡Cielos, parece una gata furiosa!

-¡Levántale las faldas!

-Ven, zorra. Deja de luchar. Te daremos algo para que te acuerdes de nosotros mientras te colgamos.

Fue entonces cuando resonó un disparo. El sobresalto los hundió a todos en un pétreo silencio de incredulidad. Wolf los miraba con expresión asesina, desde el ancho lomo de Pahuraix.

-¡Es el mestizo! -siseó alguien.

-Sí. -Los labios de Wolf se curvaron despectivamente, en una semisonrisa burlona: Y os doy un minuto para que soltéis a esa señora, cabrones. -¡Señora! ¡Una mierda, la señora! ¡Es una puta cualquiera! -Desabrochad las pistoleras y dejad caer las armas. Bien despacio. Nada de movimientos bruscos -prosiguió Wolf, sin prestar atención al comentario-. Retroceded todos. Sin prisa, como niños buenos. Así tal vez salgáis todos con vida.

Alguien rió, pero fue un sonido nervioso. Todos habían perdido el aire bravucón y se miraban mutuamente, intranquilos. Gabriel North, entre las sombras, buscó la culata de su pistola.

-En su lugar no lo haría, "señor" North -advirtió Wolf, sin apartar la vista de la muchedumbre-. ¿O quiere dejar una viuda? Gabriel bajó la mano.

-¿Crees poder salirte con la tuya? -le espetó secamente, enfurecido y maldiciendo para sus adentros a ese pistolero importuno, que parecía destinado a acosarlo-. ¡Te atraparemos antes de que te hayas alejado un kilómetro de esta ciudad!

-Sí, lo sé. Por eso no pienso ir a ninguna parte. Se acabó el minuto. Diga a sus hombres que arrojen las armas y retrocedan. De lo contrario lo mataré a usted y correré el riesgo junto con Storm. Esta noche me escuece el dedo en el gatillo.

Por un momento reinó otro silencio tenso. Por fin Gabriel dijo a sus hombres que hicieran lo que Wolf ordenaba.

-Storm -dijo fríamente el pistolero, cuando la turba se hubo dispersado a cierta distancia, dejando las armas sembradas en el suelo-, arroja hacia aquí las llaves de la cárcel. Luego recoge una de esas pistolas y vuelve a la celda.

-Pero... ¿por qué? -exclamó ella, horrorizada.

-Porque no quiero que me disparen en la espalda mientras te ayudo a escapar. Haz lo que te digo.

Temblando de susto y desesperación, la muchacha obedeció.

-Ahora -continuó Wolf, levantando la voz glacial para que los hombres lo oyeran- voy a cabalgar hacia esas colinas, donde esperan mis amigos, los comanches. Desde allí montaremos guardia sobre esa cárcel. En cuanto alguno de vosotros dé un solo paso hacia allí, le volaremos la cabeza. ¿Dónde está el carcelero?

Luis se adelantó, temblando. Había permanecido acurrucado en un rincón desde que lo sacaran de la cama para exigirle la llave de la celda. -Aquí... aquí estoy, señor -tartamudeó. -¿Sabes quién soy?

-Oh, sí, sí, señor. Usted es el que llaman El Lobo, el... el bandolero.

-En efecto. -Wolf arrojó al suelo la llave de la choza.- Quiero que tomes eso y encierres a Storm de nuevo en su celda. Luego le entregarás la llave por, la ventana. ¿Entiendes?

-Si señor. -Luis asintió vigorosamente con la cabeza.

-Bien. Cuando le traigas la comida, ella te dará la llave de la misma forma. Tú se la devolverás después de cerrar la puerta. ¿Comprendido? -Sí, sí, señor.

-Mejor así. Porque si algo le ocurre a esa mujer te haré personalmente responsable. Si no te veo salir para llevarle comida tres veces al día, te mataré. Si otra persona se acerca a esa celda, te mataré. Si tratas de abandonar la ciudad, te mataré. Y si no puedo encontrarte, mataré a tu familia. Ahora recoge esas armas y llévalas a tu casa. Estos... cabrones -Wolf escupió la palabra entre dientes apretados- pueden retirarlas más tarde. Si alguien trata de impedirte obedecer mis órdenes, será mejor que dispares contra él, porque tu vida la de tu familia dependen de que hagas exactamente lo que te he dicho. ¿Comprendes?

-Sí, sí, señor.

-Adelante, pues.

-¿Puedo... puedo llamar a mis hijos para que me ayuden, señor?

-Sí, pero no intentes nada sucio.

-Oh, no, señor. Antonio, Carlos, Francisco, Jorge, Miguel, Ricardo, Vicente, ¡venid! ¡Venid a ayudar a vuestro pobre padre! ¡Ahora, por favor!

Los siete hijos varones del mexicano acudieron corriendo desde la puerta del jacal, desde donde observaban todo desde que la muchedumbre había despertado a su padre. Luis suspiró de alivio al verlos. Luego corrió hacía choza de adobe y, tras encerrar allí a Storm, le entregó la llave por la ventana. Ella la apretó convulsivamente contra el pecho. Por fin comprendía que actitud de Wolf era la mejor. No habrían podido escapar de los hombres de Gabriel. Al menos de ese modo la juzgarían legalmente. Wolf se encargaría de eso.

Oh, ¿por qué lo había acusado de asesinar al niño, alejándolo de ella cuando tanto lo necesitaba? Y lo amaba, sí, pese a todo. ¡Qué horrible y odiosa había estado esa noche! Sin embargo, él venía en su auxilio cuando más desesperadamente lo necesitaba. ¡La amaba! ¡Había arriesgado la vida! Corrió a la ventana una vez más, empinándose sobre las puntas de los pies para asegurarse de que él escapara sano y salvo. Sí, allí iba, al galope. Y los hombres de Gabriel, estúpidamente inmóviles, lo seguían con ojos mal intencionados. Pero luego miraron hacia las

colinas, preguntándose si en verdad estarían allí sus amigos comanches, vigilando y esperando.

Al cabo de un rato, viendo que Gabriel ya se había ido, recuperaron sus armas de manos del nerviosísimo Luis y, murmurando por lo bajo, volvieron a Tierra Rosa.

En el silencio siguiente, Storm se tendió en el duro camastro de madera y lloró hasta quedarse dormida.

Era evidente que Luis temía más a Wolf que a Gabriel North. Contra las protestas intimidatorias de sus hombres, había retenido varias de las armas y permanecía plantado ante la cárcel, que sólo abandonaba para orinar. Lo custodiaban constantemente sus siete hijos varones, apostados en diversas atalayas alrededor de la ciudad, por si al odiado ranchero o a sus hombres se les ocurría matar al mexicano. Elisa y Natividad, sus dos hijas, llevaban a Storm tres comidas por día. Dejaban los cestos cubiertos en medio de la ruta y miraban con cautela a su alrededor, mientras el padre los recogía. Dolores, la esposa, había tenido la amabilidad de dar a Storm una muda de ropa, tras la dura prueba con la muchedumbre decidida a lincharla.

Dentro de la cárcel la joven se paseaba incesantemente, preguntándose si no convenía intentar la fuga. Pero no había modo de abrir la puerta desde adentro, aun teniendo la llave. Además, tenía la certeza de que, si ponía un pie afuera, los hombres de Gabriel le dispararían sin misericordia: todos los días venían algunos a la ciudad, para asegurarse de que ella no burlara al verdugo. Ya habían comenzado a construir el patíbulo, para lo cual llevaban a Santa Rosa carros cargados de madera y otros elementos. Storm los oía intercambiar órdenes en tanto descargaban las tablas. Después fueron los serruchos; por fin, el implacable martilleo. Los ruidos parecían tocar a difuntos dentro de su propio cerebro. Aun por la noche, cuando los hombres ya habían dejado de trabajar, continuaba percibiendo en sus oídos los horribles crujidos y los golpes secos.

Sentía pena por sí misma y por Santa Rosa, cuya existencia callada y apacible había sido destrozada por la mortal batalla entre Wolf y Gabriel North. Storm sabía que los habitantes de la pequeña población la culpaban a ella por el desorden y el miedo en que ahora vivían todos. Si de algún modo lograba sobrevivir, pasaría mucho tiempo antes de que pudiera volver a mostrar la cara en Santa Rosa.

Lanzó un suspiro y se enjugó el sudor de la frente con aire cansado. No parecía posible que hubieran pasado sólo dos semanas desde la muerte de Joe Jack. Era como si hubiese transcurrido un año entero. Al cabo de un rato se levantó del camastro para reanudar su incesante caminata. No tenía otra cosa que hacer. Contó mentalmente los peldaños. No podía ir muy lejos: el calabozo medía sólo un metro ochenta de lado.

Luis dio unos golpecitos a la reja de la ventana. Ella levantó ansiosamente la vista: eso significaba que era hora de comer y las comidas eran el único punto destacado de sus jornadas. La esposa y las hijas de Luis se tomaban grandes molestias para prepararle platos tentadores.

-Soy Luis, señora. Le traigo el almuerzo. -Ella le pasó rápidamente la llave. Pocos momentos después él ponía el cesto adentro.- Hoy tenemos arroz con pollo, señora. Mi esposa mató uno; era flaco -se disculpó-, pero mejor que nada, ¿no?

-Sí, Luis. Déle las gracias a su esposa en mi nombre, por favor. Es muy amable. Sé que voy a disfrutar mucho de este almuerzo.

-Señora... -Luis vacilaba.

-¿Sí?

-Hay... algo más. Vino... vino una dama. Al menos, creo que era una dama, porque hablaba muy fino, aunque fumaba cigarros y vestía camisa de hombre y... y pantalones.

-iCathy! -exclamó Storm.

-Dis... disculpe, señora. No sé cómo se llamaba, pero me pidió que le entregara esto.

Le tendía una nota plegada. Storm echó un rápido vistazo a su contenido. Luego levantó la vista.

-Por favor, Luis, no diga a nadie que me ha dado esto ni de quién lo recibió.

-No, oh, no, señora. La dama... me pagó muy bien para que no dijera nada. Tengo... tengo que irme, señora. Los hombres del señor North... se ponen furiosos si paso mucho tiempo con usted.

-Comprendo, Luis. Gracias.

En cuanto el hombre le hubo devuelto la llave por la ventana, después de cerrar la puerta, Storm se sentó a releer la carta de Cathy.

15 de agosto de 1856 Querida Storm:

Sé por qué mataste a Joe Jack y desde entonces la conciencia me martiriza. En muchos sentidos me siento responsable por lo que ocurrió, por haberte revelado de ese modo lo que él había hecho. Pero no quería verte cometer un error que lamentaras por el resto de tu vida. Lo siento.

Papá está decidido a que te ahorquen, lo sé. Por eso insistió en que te llevaran a Santa Rosa, donde todo el pueblo le teme, y no a San Antonio, donde habrías podido ser juzgada con imparcialidad. El juez del circuito que va a atender tu caso es también un viejo conocido suyo.

Sé que no sirve de mucho, pero me he tomado la libertad de contratarte a un abogado. Se llama Elijah Randolph, antes de dedicarse a la práctica particular fue un respetado legislador estatal. Dentro de pocas semanas irá a verte. Espero que le permitas ayudarte en lo que sea posible. Quédate tranquila en cuanto a sus honorarios, porque yo me he hecho cargo de ellos.

Sé que en el pasado no hemos sido amigas, pero si hay algo más que yo pueda hacer por ti, no dudes en hacérmelo saber.

Cathy

Con los ojos llenos de lágrimas, Storm plegó la nota. Si las cosas hubieran sido diferentes, ella y Cathy habrían podido ser amigas, pero no lo eran. Comprendía las dificultades que la muchacha habría encontrado para conseguir un abogado y hacerle llegar esa carta sin que su padre se enterara. Si Gabriel North descubría la perfidia de su hija, a Cathy le esperaba un mal rato.

Por primera vez, en el pecho de Storm se encendió una chispa de esperanza. Con un buen abogado tal vez tuviera una oportunidad, aunque fuera leve.

Pasaron varios días. A la semana siguiente llegó Elijah Randolph. Era un caballero de pelo gris, muy elegante y con un bigote dolorosamente parecido al de Brett Diamond, según pensó Storm al verlo por primera vez, erguido con impaciencia en el medio de la ruta, con el rifle de Luis apuntado a su corazón.

-Por Dios, hombre -dijo el señor Randolph, exasperado-, he venido a ayudar a la señora North. ¿Cómo voy a hacerlo si no puedo siquiera entrar para dialogar con ella en privado?

-Lo siento mucho, señor, pero tengo órdenes -respondió Luis con firmeza, negándose a apartarse.

-¡Cuanto menos, deja que me acerque a la ventana del calabozo! -insistió el abogado.

-No, señor. Lo siento mucho, pero no puedo. El Lobo, el famoso bandolero, nos está mirando y puede matarnos a los dos.

-Luis, Luis -llamó Storm desde la ventana, al oír el alboroto-. ¿El caballero es Monsieur Randolph?

-Sí, señora.

-Oh, caramba, y no hay modo de que entre, ¿verdad?

-¡Caramba, señora North! -se indignó Randolph, ante la cara apenas visible por sobre el antepecho de la ventana-. He recorrido varios cientos de kilómetros para prestarle asistencia, sólo para que me impidan acercarme a su ventana, bajo amenaza de ser blanco de algún rufián. ¿Quién es ese pistolero, al fin de cuentas? La señorita... eh... ¡nadie me habló de él!

-Es... es mi... mi... Oh, cielos, qué difícil de explicar. Debo hallar el modo de que usted entre. Luis, ven a buscar la llave y abre la puerta.

-Pero... pero... señora...

-Por favor, Luis.

Storm se apresuró a arrancar un jirón de la blusa destrozada, que había arrojado a un rincón tras ponerse la ropa prestada. En cuanto Luis hubo abierto la puerta, se aproximó cuidadosamente a la entrada, sin atreverse a poner un pie afuera, pues los hombres de Gabriel habían cesado el torturante martilleo del patíbulo y la miraban especulativamente. Storm levantó el jirón blanco tan alto como pudo, agitándolo de lado a lado, para que se lo viera bien al flamear en la leve brisa que agitaba el calor sofocante.

-Ahora camine lentamente hacia mí, Monsieur Randolph -ordenó la muchacha, intranquila, mientras observaba las colinas lejanas preguntándose si Wolf podría ver su señal y comprender su sentido-. Y por lo que más quiera, no haga ningún movimiento brusco.

Perplejo y preocupado, el abogado echó un vistazo hacia los barrancos, en tanto seguía las instrucciones con cierto temor. Cuando al fin entró en el calabozo sin inconvenientes, los hombres de Gabriel lanzaron un gruñido furioso; se habían pasado esas semanas escrutando inútilmente aquellas lomadas, en busca de Wolf y los comanches. Con maligna intención, arrojaron serruchos y martillos para encaminarse decididamente a la choza de adobe. De inmediato varios disparos de advertencia se clavaron en la ruta, rebotando en todas direcciones. Dos de los hombres fueron alcanzados; aunque las heridas no eran graves, cayeron sin dar un paso más, temerosos de que los mataran.

Storm lanzó un enorme suspiro de alivio al descubrir que Wolf no la había abandonado, después de todo.

Se apartó apresuradamente, para que el señor Randolph entrara en la celda. Luego indicó a Luis que cerrara la puerta y le alcanzara la llave. El abogado observaba todo aquello con incrédulo asombro.

-¿Puedo preguntarle, señora North, por qué está usted en poder de la llave de este... este patético calabozo? -inquirió, arrugando la nariz ante el hedor que reinaba en la choza.

Storm enrojeció de bochorno, desviando la vista hacia el viejo cántaro de madera que se había hecho traer, para que sirviera de bacinilla a falta de algo mejor. Aunque el mexicano lo vaciaba todos los días y había retirado a paladas lo peor de la mugre, persistía el fuerte olor de los

anteriores ocupantes del calabozo.

-Debo disculparme por el mal olor, Monsieur Randolph. Usted no debe de estar habituado a esto. Yo tampoco, por desgracia, pero... -Se encogió de hombros, descartando el asunto.- C'est la vie. ¿Quiere usted sentarse? -Señaló el camastro de abajo.- En cuanto a su pregunta, monsieur, la llave está en mi poder por mi propia seguridad.

-Temo que no entiendo nada, señora North: cómo llegó usted a asesinar a su hijastro, si acaso lo hizo; por qué una dama de su categoría ha sido encarcelada en este... tugurio; por qué los hombres de su esposo tratan, a ojos vista, de matarla antes de que se la pueda juzgar como manda la ley...

-Por favor, Monsieur Randolph, permítame explicarle. Lo que voy a contarle es una historia muy triste, sorprendente y, en muchos sentidos, escandalosa.

Storm comenzó por el principio y fue relatando todo. Tardó casi cuatro horas en terminar. El señor Randolph se quitó las gafas con un suspiro y se frotó la cara con las manos. Luego limpió con un pañuelo las pequeñas lentes y volvió a ponérselas.

-No sé si puedo ayudarla, señora North. Usted no tiene pruebas de que Joe Jack North haya asesinado a su hijo. Aunque me inclino a creer que lo hizo, cumpliendo órdenes de su padre, el caso de la defensa es muy débil por falta de pruebas. A menos que Cathleen North acepte declarar en su favor, el juez y el jurado sólo tendrán la palabra de usted contra la de Gabriel North, hombre muy rico y poderoso en estas partes. Más aun, el caso se complica por varios factores contributivos.

"En primer lugar, usted no se casó con Gabriel North por amor, sino por dinero. Al parecer, los trabajadores del rancho estaban bien enterados de que había desavenencias conyugales. Segundo: también era obvio para ellos que usted instigaba o tenía ya relaciones amorosas con su hijastro. Tercero: su hijo era hijo ilegítimo de un pistolero y cazador de recompensas, que puede ser (o no, según cuenta usted) un comanche mestizo. Que el señor Lobo tenga o no mezcla de sangres es algo que no viene al caso. Por desgracia, todo el mundo cree que sí y que, por lo tanto, su hijo también la tenía.

"Aunque lamento decirlo, señora North, en el estado de Texas imperan los prejuicios raciales, sobre todo contra los indios. Aun si pudiéramos convencer a la señorita North para que, faltando a la lealtad familiar y a la memoria de su hermano, declarara que Joe Jack North asesinó al niño en complicidad con su padre, bien podríamos despertar muy poca simpatía pública por usted o por la muerte de su hijo. Debe usted entender, señora North, que durante el juicio saldrán a relucir las circunstancias de su compromiso original con Gabriel North y los hechos de su pasado, escandalosos para muchos, que impidieron la boda durante siete años hasta el verano pasado. Es muy posible que usted acabe marcada como adúltera, para goce de todos los chismosos de Texas. Y a la luz del respeto que muchos tienen a la familia North, bien puede producirse un clamor público exigiendo que se la ejecute.

"Por añadidura, aunque comprendo muy bien por qué usted actuó de ese modo, el hecho es que usted tomó venganza por su propia mano, en vez de denunciar legalmente a Gabriel y a Joe Jack North. Eso, por sí solo, puede ser condenatorio en su caso, cualquiera sea la opinión pública. Muchos tejanos recuerdan los tiempos en que no había ley ni orden en Texas y la mayoría de los ciudadanos decentes no quieren volver a esos días."

-Comprendo. ¿Quiere usted decir, Monsieur Randolph, que casi seguramente voy a ser ahorcada?

-No. Simplemente trato de señalarle las dificultades que presenta su defensa. Naturalmente, haré lo que pueda por usted. Siempre existe la oportunidad de que surja algo inesperado o pasado por alto. No pierda las esperanzas, señora North. El juez Valerian es también un antiguo conocido mío y lo sé justo. Puedo asegurarle que se guiará por su propia conciencia y no por los dictados de Gabriel North, aunque su esposo piense lo contrario.

-Monsieur Randolph, a usted... no le gusta mi esposo, ¿verdad?

-Si he de serle franco, señora North... no, no me gusta. Desde mis tiempos de legislador sé que es un bandido, una oveja negra. Más aun: un viejo y querido amigo mío, que había sido juez, me contó antes de morir que Gabriel North adquirió Tierra Rosa de una manera muy despreciable; sin lugar a dudas asesinó a sus legítimos propietarios, aunque nunca se pudo probar nada. Ahora, señora, si quiere usted hacer abrir la puerta de este despreciable calabozo, le daré las buenas tardes. Anímese, señora North. Usted es una joven de gran coraje, por lo cual la estimo y admiro. Si existe algún modo de impedir que caiga en manos del verdugo, no permitiré que ocurra semejante tragedia.

Seis semanas después llegó el juez Valerian y se inició el juicio de Storm. Se llevó a cabo en la humilde iglesia de Santa Rosa, que constaba de un solo cuarto construido con adobe, pues no había otro edificio adecuado para los procedimientos. Los bancos estaban llenos de gente que venía desde muy lejos para echar un vistazo a la notoria esposa de Gabriel North, la mujer que había asesinado a su hijastro, la concubina de un mestizo.

La muchedumbre hizo silencio cuando entró Storm, acompañada por el señor Randolph, ambos fuertemente custodiados por Luis y sus siete hijos varones. La muchacha aspiró hondo y, con la cabeza en alto, caminó lentamente por el pasillo, entre los murmullos especulativos que pronto volvieron a empezar. Su cara velada no se desviaba a un lado ni a otro. Mantenía el cuerpo rígido como una vara bajo el vestido, un hermoso conjunto gris diseñado por ella misma, que Cathy le había procurado con grandes gastos.

El gentío se enfadó ante la imposibilidad de observar el rostro pálido y encantador de la acusada; también los desilusionó el buen gusto de su ropa, pues en verdad esperaban encontrarse con una mujerzuela barata y descarada, vestida como ramera. Sin embargo hubo un leve susurro de expectativa cuando la muchacha inclinó la cabeza hacia Cathy, sentada junto a Ross Stuart, el capataz del Chaparral... ¡Con ese tipo! ¡Qué bajo habían caído los North! Luego se produjo otro silencio ansioso, pues Storm miró sin parpadear a Gabriel y a su abogado; luego les volvió la espalda. Sin embargo, como no ocurriera nada escandaloso, los asistentes dejaron escapar otro gruñido desencantado y volvieron a comentar en voz baja su disgusto.

En cuanto Storm tomó asiento en el primer banco de la izquierda y el señor Randolph hubo acercado la mesa para sus papeles, Luis anunció al juez Valerian. Todos se levantaron respetuosamente y permanecieron de pie hasta que él ocupó su sitio en el banquillo alto, detrás del púlpito. Luego el juez Valerian hizo sonar con fuerza el martillo pidiendo orden e inició la sesión.

El señor Randolph y Ulysses Oakley, el abogado de Gabriel, tardaron tres días en ponerse de acuerdo con respecto a los miembros del jurado. Por fin el defensor quedó satisfecho, pues contaba siquiera con algunos ciudadanos decentes para juzgar a Storm, y se dio comienzo al proceso en sí.

A partir de entonces los procedimientos se prolongaron de un modo horrible. Todas las mañanas, al levantarse y vestir su traje gris y negro, Storm se preguntaba si podría soportar otra jornada de penosas humillaciones. Todos parecían insaciables en su apetito por jugosos chismes sobre ella y su pasado. Los testigos de Gabriel desfilaban por la silla del altar, uno tras otro, para presentar testimonios que la perjudicaban.

-Ahora bien, comisario Martin: ¿está usted seguro que fue la banda de los hermanos Barlow la que asaltó la diligencia donde viajaba la señora North... por entonces señorita Lesconflair? -preguntó el señor Oakley.

-Oh, sí, señor. No tengo la menor duda. Seguimos las huellas hasta el escondrijo de los hermanos, ¿no? Y el señor North encontró algunos recortes de diario que hablaban de ellos. Estaban en un armario.

-Y esos recortes ¿describían sólo las actividades de los hermanos Barlow, como si fuera un álbum de recuerdos, se podría decir? -continuó Oakley.

-Sí señor.

-¿Qué hizo el señor North?

-Oh, trató de pagarnos a todos para que siguiéramos buscando a su pequeña prometida, porque estaba muy prendado de ella. Pero nosotros, por supuesto, imaginamos que los Barlow habían ido a Gorda Vaca. Y ninguno estaba dispuesto a pisar ese infierno.

-¿Fue entonces cuando el señor North le indicó que anunciara una recompensa de cinco mil dólares por su prometida o cualquier información sobre su paradero?

-Sí señor.

-Gracias, comisario Martin. Eso es todo.

-¿Alguna pregunta, Elijah? -inquirió el juez Valerian. -No, Su Señoría.

-El testigo siguiente.

Oh, cómo recordaba Storm el terrible asalto a la diligencia, el cuerpo ensangrentado de Mammy tendido en el polvo, los buitres que volaban en círculos bajo el sol caliente, el brazo de Billy Barlow ciñéndole la cintura, el puñetazo de mamá Barlow, Gorda Vaca y Wolf, que levantaba hacia ella los ojos azul de medianoche...

-...es decir, comisario Yancey: la primera vez que usted vio a la señora North, por entonces señorita Lesconflair, ¿estaba ella en compañía de ese pistolero mestizo, El Lobo?

-Objeción -interpuso el señor Randolph-. La fiscalía no ha probado el señor Lobo sea un mestizo.

-Bueno, qué diablos, todo el mundo lo sabe -pronunció el comisario Yancey.

-Se acepta la objeción -dictaminó el juez Valerian-. Temo, Ulysses, deberás reformular tu pregunta. Y usted, comisario, limítese a responder preguntas.

Storm se abanicaba suavemente. Por un momento fue el viento lo que le agitaba los rizos negros, en tanto ella y Wolf partían de Gorda Vaca hacia Goliad, con el cadáver de Elijah Barlow bamboleándose sobre el caballo de carga. Y salían de la oficina de Yancey, y Wolf le entregaba su parte la recompensa, para luego levantar cortésmente su sombrero.

-...la segunda vez que vio a la señora North, comisario Yancey, ¿aseguró ella ser la esposa del pistolero?

Librodot

-Sí, señor. Desde luego, dudo que hayan pasado por una iglesia, sabiendo que él es pagano y...

-¡Objeción! -interrumpió el señor Randolph-. La validez del casamiento de la señora con el señor Lobo es pura especulación del testigo.

-Comisario: no quiero volver a amonestarlo por estas opiniones suyas que nadie le ha pedido. Se acepta la objeción. El jurado no tendrá en cuenta las últimas declaraciones del testigo -indicó el juez Valerian.

-¿Fue entonces cuando usted notificó al señor North sobre el paradero de su prometida? -continuó el señor Oakley, sin dejarse alterar, pues había logrado su objetivo.

-Sí, señor.

-Gracias, comisario Yancey. -¿Alguna pregunta, Elijah? -No, Su Señoría. -El testigo siguiente.

-La fiscalía llama a Arthur Quigley. Luis se adelantó lacónicamente.

-Levante la mano derecha y apoye la izquierda sobre la Biblia -entonó-. ¿Jura usted solemnemente decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, con la ayuda de Dios?

-Lo juro.

El señor Oakley se abrió la chaqueta para echar un vistazo al reloj. Luego volvió a guardarlo en el bolsillo del chaleco. Era casi la hora de cenar y tenía hambre.

-Sírvase informar al jurado su nombre completo y su ocupación.

-Arthyr Nelson Quigley. Soy propietario de un almacén de ramos generales en la ciudad de Goliad.

Storm cerró los ojos. Una semisonrisa le curvó los labios bajo el fino velo negro. Volvía a ver en sus recuerdos el leve rictus de Wolf, sólo uno, ante la balbuciente explicación que ella había dado al impertinente tendero sobre la supuesta fuga amorosa.

Pasó una semana y otra más. El proceso se prolongaba, como si Gabriel hallara un placer inmenso en avergonzar a Storm ante toda Texas, para ponerla de rodillas antes del golpe de gracia.

-¿Para qué perder tiempo?

-¡Eso! ¡A qué oír tanta mierda, si todos sabemos que la ramera es culpable! ¿Verdad, muchachos?

-iSí, más culpable que el diablo! ¡Acabemos con esto! ¡Colguemos a la ramera!

-¡Cierra el pico! ¡Hay damas presentes!

-iQue alguien traiga una soga!

-¡Un momento! ¡La señorita Cathy se desmayó! Es por el calor. ¡Atrás, atrás! Dadle aire. ¡Que le deis aire, digo!

-¿Dónde está esa maldita soga? ¡Vamos a colgar a la puta! -iSí! ¡Ahorquémosla, ahorquémosla!

-¡Orden! -El juez Valerian hacía tronar su martillo. -¡Orden! Mientras sea yo quien esté a cargo de esto, no habrá ningún linchamiento. Quiero orden en la sala o mandaré salir a todo el mundo. ¿Entendido? ¿Se siente bien, señorita North?

Cathy asintió débilmente.

Bien. Ulysses, llama a tu testigo siguiente.

Entre exclamaciones de mortificación y secreto placer, Mimi La Roche marchó por el pasillo, con su pelo teñido de rojo y los párpados pintados de verde, luciendo un escotadfsimo vestido de color rosado subido. Explicó que Storm y Wolf habían dormido juntos en su prostíbulo, donde apuñalaron brutal y salvajemente ("...Oh, sí, muy salvajemente; lo dijo el comisario", juró Mimi, pese a las acaloradas objeciones del señor Randolph contra ese comentario de segunda mano) a cierto Zeke Barlow, al que luego arrancaron el cuero cabelludo.

El señor Randolph hizo lo posible por señalar que Zeke Barlow era un criminal avezado, asaltante a mano armada y asesino, al que se buscaba vivo o muerto. Pero la declaración de Mimi ya estaba hecha, aunque fue borrada de las actas, y agregó combustible a la hoguera contra Storm. Cuando la madama del burdel de Corpus Christi abandonó el estrado, pavoneándose vanidosamente, Gabriel arrojó una mirada triunfal a Storm, seguro de que la joven ya tenía la soga al cuello.

-El testigo siguiente.

-...usted dice, Gabriel, que mostró al señor Sinclair un daguerrotipo de la señora North, en la que ese caballero reconoció inmediatamente a la notoria mujer conocida come Rayo Francés, anfitriona del salón Le Bon Ton y amante de Brett Diamond, su propietario.

-¡Objeción! -rugió el señor Randolph, levantándose de un salto-. La fiscalía no ha probado que la señora North fuera amante del señor Diamond.

-Objeción aceptada. Te recuerdo, Ulysses, que debes limitarte a los hechos.

-Disculpe usted, Su Señoría. Gabriel... -El abogado se volvió hacia él. -Si usted sabía todo esto sobre su esposa, ¿por qué se casó con ella? -Es que... no podía creerlo. La amaba y no podía creerlo. -¡Eso es una asquerosa mentira! -espetó Storm, levantándose acalorante con los puños

apretados. Era la primera señal de emoción que exdesde el comienzo del juicio.

La multitud rugió de gozo, en tanto Gabriel enrojecía. El señor Randolph tiró de Storm para sentarla y le susurró algo al oído. -¡Orden! ¡Orden en la sala! -El juez Valerian hizo sonar su martillo por décima vez. -Señora North -agregó, mirando con severidad a la joven-, otro arrebato como ese y tendré que multarla por desacato. Prosigue, Ulysses.

Al día siguiente quedó concluido el testimonio de Gabriel. El señor Randolph lo contrainterrogó extensamente, pero sin éxito. Por fin, después de mirada furiosa del ranchero, el fiscal se levantó para protestar.

-Objeción, Su Señoría. La defensa está acosando al testigo. El señor North ya ha respondido a esa pregunta.

-Se acepta la objeción. Si no tienes nada más que preguntar, Elijan, la corte te agradecerá que des el contrainterrogatorio por terminado. Es casi la del almuerzo... y hay algunos a los que les cuesta esperar.

Miraba fijamente a Luis, que se estaba metiendo cucharadas de frijoles la boca. Eso provocó una carcajada general. El señor Randolph se puso tieso.

-Muy bien, Su Señoría.

-La corte entra en receso hasta la una.

Cuando volvieron a reunirse, a la hora citada, el juez Valerian indicó Oakley que llamara a su último testigo. La muchedumbre se inclinó sobre el borde de los bancos, tensa de excitación.

-Su Señoría, señores del jurado: la fiscalía desea convocar a su principal testigo, una mujer que vio a la señora North disparar contra su hijastro a sangre fría...

-¡Objeción! -aulló el defensor, arruinando la elaborada presentación Oakley-. La fiscalía aún no ha probado que la señora North hizo semejante cosa.

-Se acepta la objeción. El jurado no tendrá en cuenta el último comenrio del fiscal. Adelante, Ulysses. No tiene sentido prolongar el suspenso cuando todos sabemos a quién vas a llamar.

-Sí, Su Señoría. Ofrezco mis disculpas a la corte. La fiscalía llama a Cathleen North.

Cathy tragó saliva con dificultad y se levantó, nerviosa. Ross le estrechó mano en un gesto reconfortante y ella le respondió con una tímida semisonrisa. Luego caminó hasta el estrado. Se la veía incómoda de faldas y zapatos cabritilla. Luis alargó la Biblia y recitó el juramento. Ella respondió en voz baja que los presentes debieron aguzar el oído. Luego se sentó en la silla altar.

-Bien, Cathy -comenzó el señor Oaldey-, no hay por qué tener miedo.. quiero que levante la voz y relate a la corte, con sus propias palabras, lo que ocurrió el día en que murió su hermano.

Cathy estaba en medio de un horrible conflicto, sin saber qué decir, qué hacer. Se mordió los labios, revolviendo febrilmente en su cerebro. Tal como marchaba el proceso, lo más probable era que Storm fuera condenada a la horca, aunque ella declarara la verdad. Gabriel se había ocupado de ennegrecer a fondo el nombre y la reputación de su esposa, sacando a relucir su escandaloso pasado. Cathy sepultó la cara entre las manos. No era justo. ¡No era justo! Joe Jack había asesinado al hijo de Storm, un indefenso niño de seis años. ¡Dios, Dios, no era justo que ahorcaran a Storm por disparar contra Joe Jack! Lo había hecho sólo por un ciego amor materno y porque ningún tribunal de Texas habría castigado a Joe Jack por ese horrible crimen. ¡De eso se habrían encargado el poder y las riquezas de Gabriel! Pero ¿qué podía ella decir o hacer para salvar a su madrastra del patíbulo? ¡Oh, Dios, Dios! Necesitaba más tiempo para pensar. No había podido pensar con claridad desde la muerte de su hermano.

-Cathy... -La voz del señor Oakley parecía llegarle desde muy lejos. -

Cathy, cuente a la corte lo que ocurrió el día en que murió su hermano. Y Cathy, sin saber qué otra cosa decir o hacer, exclamó: -¡No... no me acuerdo!

Y cayó desmayada de la silla.

Al día siguiente el señor Randolph hizo que Storm ocupara el sitio de los testigos. No tenía otra posibilidad, puesto que su palabra era su única defensa. Ante el desmayo de Cathy se había llamado a un médico, quien le diagnosticó una amnesia histérica. Nadie sabría cuándo estaría en condiciones de atestiguar, si acaso podía hacerlo, y sólo Storm sospechaba que esa pérdida de memoria era fingida. Pero ¿por qué? ¿Por qué Cathy guardaba silencio sobre lo ocurrido aquel día horrible? ¿Y qué esperaba lograr negándose a contarlo? Storm casi no dudaba que, de un modo u otro, la ahorcarían. Era Gabriel North quien manejaba los naipes y todo estaba contra ella. Ni siquiera la verdad podría salvarla: Gabriel había mancillado su nombre hasta tal punto que ya nadie le creería.

Aun así, Storm hizo lo posible por escapar del patíbulo. Serena, fría, como la estatua de mármol que había representado durante todo el proceso, descontando su único arrebato de emoción, se levantó lentamente el velo, para que los reunidos pudieran ver por primera vez su semblante pálido, pero de llamativa hermosura. Los que no la conocían ahogaron una exclamación admirativa; luego guardaron silencio, en la primera muestra de respeto que le concedían,

permitiéndole iniciar su increíble relato.

Ella comenzó con su infancia en Belle Rive, pintando el cuadro de una vida lenta, lánguida y elegante, que muchos de los presentes recordaban de su propio pasado. Su voz se quebró de dolor al narrar la muerte de sus padres y su mudanza a Vaillance. Palpitó de enojo al explicar que su tío, tras malgastar su herencia, había jugado su futuro a los naipes frente a Gabriel North, un hombre para ella desconocido, y que a raíz de eso André-Louis la había hecho a un lado. Lloró sin pudores por la muerte de Mammy, no hubo en la sala una mujer que no sintiera el terror de ser secuestrada por los hermanos Barlow, el espanto de verse ante la madre de los bandidos. Storm describió la cabalgata hasta ese infierno llamado Gorda Vaca, donde Billy había vuelto a apostarla ante El Lobo, el pistolero, y el intento de asesinarla por parte de los otros Barlow. Levantó el mentón en gesto desafiante al explicar por qué había preferido irse con Wolf antes que permanecer en la taberna, con ese montón de matasietes, y sus ojos grises se llenaron de esperanza al notar que ninguno de los presentes la condenaba por su elección.

-Estaba sola e indefensa, descontando a Wolf -dijo, con voz calma-. El era lo único que yo tenía, lo que tendría jamás. El me aceptó y me enseñó a sobrevivir en el Oeste. Me hizo reír otra vez, me dio fuerzas para continuar viviendo. Gabriel North había destruido todo lo que yo amaba. Me era imposible volver a su lado, porque el tiempo aún no había cicatrizado las heridas que él me causara.

El ranchero, al oír eso, se movió incómodo en su banco, consciente de que la muchedumbre comenzaba a mirarlo con aire caviloso y especulativo. Susurró algo urgente al oído del señor Oakley, pero el abogado meneó la cabeza, negándose a presentar una objeción.

Storm prosiguió con claridad. Explicó que ella y Wolf se habían visto obligados a hospedarse en el burdel de Mimi La Roche porque ningún hotel decente permitía el ingreso a los indios. Narró el intento de violación de Zeke Barlow y el coraje con que Wolf había defendido su honor.

Pasaban los días y la muchacha continuaba testimoniando. Todos los que habían ido a Santa Rosa escuchaban... y descubrían algo nuevo.

Descubrían una vida de la que no sabían nada: la de un hombre sensible y solitario, que se había hecho pistolero y cazador de recompensas debido a su trágico y misterioso pasado.

Cuando Storm describió la batalla entre Wolf y Rickie Lee Halfhand, los presentes casi pudieron verla. Tuvieron la sensación de haber espiado en algo muy íntimo y especial cuando ella habló de su apasionado amor por Wolf y su unión definitiva bajo una plateada luna comanche. Vieron que su rostro se llenaba de gozo al rememorar el vestido de satén rojo y el baile en la fiesta de la señora Ramírez. Ahogaron un grito de mortificación al saber que los dos Barlow restantes habían seguido persiguiéndola para terminar lo que comenzara su hermano Zeke. Hasta hubo vítores en la sala al saberse que Wolf había hecho pedazos a Luther con pólvora negra.

Con el correr de los días Gabriel North se mostraba cada vez más intranquilo. La marca de la opinión pública empezaba a volverse contra él, pues las mujeres pensaban en lo que habrían hecho ellas mismas en lugar de Storm e importunaban a sus esposos para que se compadecieran de la pobre joven.

Por primera vez, los presentes comprendían lo que significaba ser indio en el mundo de los blancos, al ver con los ojos de Storm a los Kwerharehnuh: a Tabenanika con sus dos esposas, a Masitawtawp, a Atacante de la Luna y a otros. Bajaron la cabeza, llenos de vergüenza y culpa, cuando la muchacha habló de las enfermedades y la muerte llevadas por los tabeboh al Pueblo, que tanto amaba La Tierra y tanto luchaba para conservarla libre.

Todas las madres del cuarto se tocaron los ojos con el pañuelo al compartir con Storm la maravillosa experiencia del nacimiento de Chance: el amor con que el supuesto salvaje masajeaba la espalda dolorida de su mujer y le prestaba apoyo al iniciarse el alumbramiento, la ternura con que bañaba al recién nacido y lo ponía ante el pecho de su madre.

Ni una sola persona vio con malos ojos lo que Wolf había hecho a Billy Barloes; el tormento de Storm fue el de todos cuando ella explicó su dolorosa decisión de abandonar Fin Terre y viajar a San Francisco. ¡Buen Dios! ¿Era cierto que los huevos valían allí un dólar cada uno? No era de extrañar que la pobre muchacha hubiera aceptado trabajar en una taberna. ¿Qué? ¿Que no había ley ni orden? ¿Que los cadáveres se arrojaban simplemente a la bahía? ¡Horrible, realmente horrible! ¿Y qué había sido del elegante Brett Diamond, tan amable para con la joven? ¡Espantoso, espantoso! ¡Hasta habían intentado asesinar a la señora North a plena luz del día! Y los caballos desbocados, ¡qué susto! ¡Lo extraordinario era que la pobrecita no hubiera muerto de miedo!

Gabriel North se relajó un poco, pues la opinión de los reunidos se volcó nuevamente en su favor al saberse con qué valentía había rescatado a Storm y a su hijo, llevándolos a Tierra Rosa. Allí también vaciló el testimonio de Storm; la muchacha no se decidía a revelar lo que el ranchero le había hecho en la noche de bodas.

-Descubrí... descubrí que no podía amarlo, pese a todo. -Storm se retorció las manos en el regazo, nerviosa.- Por eso... no convivimos como... como marido y mujer.

-Creo que la corte comprende lo que usted quiere decir, señora North -apuntó amablemente el señor Randolph, con una sonrisa alentadora-. Continúe, por favor.

-Me... me sentía muy sola -prosiguió ella-. Aunque más tarde descubrí que Wolf no había muerto, como Gabriel aseguraba, entre nosotros ya no había nada -mintió. No podía decir a la muchedumbre que Wolf había ido a visitarla tantas noches, imponiéndose sobre su cuerpo y su alma mal dispuestos. -Sé... sé que hice mal, pero busqué compañía en Joe Jack, que parecía ser mi único amigo en Tierra Rosa. Pero nunca hubo otra cosa. No éramos amantes, como se ha dado a entender en esta sala.

Por fin llegó al punto en que los comanches atacaban la casa, incendiándola, y a la muerte de Chance. Entonces Storm se derrumbó en llanto. Una vez más, los presentes simpatizaron con su dolor. No hubo una mujer en la sala que no derramara lágrimas por la patética silueta de Chance caída en la tierra escarchada, apretando en el puño su pequeño dragón tallado.

"Tras la muerte de mi hijo quedé... quedé algo loca. Vino la primavera, con sus flores y su vida nueva. Me deprimió. Hacía... cosas extrañas; sé que la gente murmuraba. Sólo Joe... Joe Jack parecía comprender, preocuparse por mi gran sufrimiento interior. Pasamos todo el verano conversando y paseando juntos a caballo.

-¿Y entonces? -la instó el señor Randolph, suavemente.

-Entonces... -Storm aspiró hondo y los presentes se inclinaron hacia el borde de los bancos.- Un día, el primero de agosto, me pidió que me encontrara con él en Rosa Pequeña. Estábamos jugando al póquer y él prometió que, si ganaba yo, me dejaría en paz. Porque solía hablarme de amor y se mostraba cada vez más insistente. Le recordé varias veces que era mi hijastro, que Gabriel era mi esposo, pero... no sirvió de nada. El insistía en sus requerimientos. La cosa es que perdí la partida. El me hizo trampa. Entonces le dije... le dije que me encontraría con él en Rosa Pequeña.

-Prosiga, señora North.

-Y... y allá fui. Cathy debe de haber adivinado lo que ocurría, adónde íbamos, porque nos siguió. Abrió la puerta gritando algo así como: "¡Storm! ¡No puedes hacer eso!" Joe... Joe Jack empezó a gritarle, realmente furioso y a ordenarle que saliera. Pero ella no callaba. Comenzaron... comenzaron a discutir.

Allí Storm volvió a derrumbarse. Fue entonces cuando Wolf abrió la puerta de la iglesia de adobe. Todos los ojos se volvieron hacia él, muy abiertos. Cayó un súbito silencio sobre la multitud alelada. Alguien susurró:

-Es el mestizo.

El murmullo corrió por el gentío, como un viento fuerte. -Es el mestizo.

Cathy quedó petrificada al ver al amante de Storm, pues algo había en él que la importunaba, igual que a su padre. Algo se agitaba en el fondo de su mente, algo que no podía determinar...

-Continúe, por favor, señora North. Cathy y su hermano discutían. ¿Qué pasó entonces?

-Entonces Joe Jack la golpeó, tratando... de hacerla callar. Pero ella... seguía hablando. Decía... decía que...

-¿Qué decía, señora North?

-Que... que Gabriel odiaba a mi hijo, que deseaba hacerlo matar, y que había prometido dejar a Joe Jack toda la propiedad de Tierra Rosa si mataba al niño...

-¡Esa es una puerca mentira, condenada zorra! -chilló Gabriel, levantándose de un brinco. Y se volvió hacia la muchedumbre, que de pronto rugía. -¿No os dais cuenta de lo que está haciendo? Trata de ganar simpatía y apoyo manchando mi buen nombre y la memoria de mi hijo. Todos vosotros me conocéis, todos conocisteis a Joe Jack. ¿Creéis que hubiera llevado al niño a mi casa si quería matarlo? ¿Creéis a Joe Jack capaz de matar a un niño indefenso?

-¡Ni pensarlo!

-¡De ningún modo, patrón!

-Os digo que mi esposa mató a Joe Jack a sangre fría -siguió gritando el ranchero, para incentivar el desorden- porque él, honorablemente, había rechazado sus insinuaciones.

-¡Qué estamos esperando, mierda! El juicio se terminó. ¡Colguémosla! -¡Que alguien traiga una cuerda!

-¡Orden, Orden! ¡Quiero orden en esta sala!

¡Oh, Dios, Dios, si al menos Gabriel no hubiera hablado! Storm tenía al público en la palma de su mano y ahora... ahora jamás creerían que Joe Jack había asesinado a Chance, que Gabriel había prometido a su hijo toda la propiedad a cambio de ese crimen. Haría falta un milagro para salvarla.

Y de pronto, en medio del alboroto, se produjo el milagro.

Cathy se levantó gritando:

-iMe acuerdo! ¡Me acuerdo! ¡Ahora recuerdo lo que pasó!

La multitud, que había enloquecido ante las palabras de Gabriel, quedó súbitamente tan silenciosa que se habría podido oír la caída de un alfiler. Aun así el juez Valerian hizo sonar el martillo una vez más, para lograr efecto.

-Llamo a Cathleen North al sitial de los testigos -dijo, ceñudo.

Cathy ocupó la silla, temblando de pies a cabeza, arrojando una mirada extraña, reconfortante, a la confundida Storm.

-Bien, señorita North -prosiguió el juez Valerian, al parecer decidido a prescindir de la formalidad de los abogados-, ¿por qué no cuenta a esta corte exactamente lo que acaba de recordar?

Cathy enfrentó desafiante a la multitud, con los ojos iluminados por un fulgor antinatural.

-Es cierto que papá prometió a mi hermano dejarle toda Tierra Rosa por matar a Chance -afirmó secamente-. Y Joe Jack mató al niño.

-¡Esa es una sucia mentira y tú lo sabes, Cathy! -aulló Gabriel-. ¡Has perdido la chaveta, estás loca!

-Qué curioso, papá. Eso es lo que Joe Jack dijo antes de admitir la verdad.

El gentío volvió a estallar en gritos.

El juez Valerian descargó su martillo con tanta violencia que Storm temió ver desplomarse el púlpito.

-¡Orden, Orden! ¡Quiero orden en esta sala! ¡Un arrebato más y todos iréis a la cárcel!

Una vez más se hizo el silencio en la iglesia de adobe, en tanto Cathy volvía a hablar.

-Ese día todo ocurrió como Storm lo ha dicho. Los seguía a ella y a... a Joe Jack hasta Rosa Pequeña. Le dije lo que él había hecho. Mi hermano empezó a pegarme, es cierto, para hacerme callar, pero yo continué revelando la verdad. Storm enloqueció, por supuesto. ¿Qué madre no hubiera enloquecido? Se lanzó contra Joe Jack entre gritos, rasguñándolo como una loca, pero... ella no disparó contra mi hermano...

Corrió un murmullo de espanto, aunque muy bajo, porque todos querían escuchar a Cathy. Storm miró con incredulidad a su hijastra. Gabriel encorvó los hombros y sepultó la cara en sus manos, como si supiera lo que sobrevendría y no pudiera soportarlo.

-Joe Jack abofeteó a mi madrastra con crueldad, enfurecido -prosiguió Cathy-. De repente, me di cuenta de que... su intención era matarla. Porque ella iba a hablar, ¿comprendéis?, iba a contar a todos los que papá y él habían hecho. ¡No pude permitirlo! Vi la pistolera colgada a los pies de la cama. Saqué... saqué la pistola y... Dios me perdone -sollozó-. Disparé una y otra vez hasta que... hasta que murió.

Por un momento reinó el silencio. Los presentes trataban de absorber las palabras de la muchacha. Por fin, aun sollozando, Cathy se volvió calladamente hacia su padre.

-¿Quieres ahorcarme a mí también, papá?

Ross Stuart llevó a Storm y a Cathy en el coche hasta Tierra Rosa. Era tarde; la noche había caído hacía rato. Las dos muchachas guardaban silencio, sin saber qué decirse. Storm no preguntó el por qué de esa súbita decisión de recordar lo ocurrido (pues sabía que la "amnesia histérica" era fingida), para mentir a la corte culpándose del homicidio, a fin de salvar a su madrastra de la horca. Cathy tampoco lo explicó. Bastaba con que el proceso hubiera terminado y con que ambas estuvieran con vida.

-Buenas noches, Ross. Hasta mañana.

-No te preocupes, querida. Vendré bien temprano.

Cuando Cathy cerró la puerta la casa quedó en silencio. Storm subió lentamente la escalera para recoger sus cosas. Sólo quería llevarse unos pocos

recuerdos de su pasado: el traje de boda comanche, el dragoncillo de Chance... Los envolvió con amor en un pequeño atado y bajó al salón, donde Cathy

permanecía sentada en la oscuridad, inmóvil. Storm encendió una sola lámpara.

-Me voy de Tierra Rosa -dijo. Cathy suspiró.

-Sigues siendo la esposa de mi padre. -Lo sé.

Hubo un instante de silencio. Luego Cathy preguntó: -¿Adónde irás?

Storm sacudió la cabeza, vacía, desolada, súbitamente exhausta. -No lo sé.

En la confusión con que acabara el juicio había buscado a Wolf, pero él había desaparecido sin esperarla. Le dolía el corazón al comprender que él la dejaba tras comprobar que estaba a salvo. ¿No la quería? ¿Acaso no la había amado nunca?

Afuera, en algún lugar de la oscuridad, aulló un lobo solitario. Cosa extraña: fue Cathy la primera en reconocerlo por lo que era.

-Mira, Storm -pronunció suavemente, al cabo de un momento-: tú y yo somos como el amanecer y las lágrimas. Pueden ser tristes... o gozosos... según el camino que elijas en la vida. Allí afuera hay un hombre -señaló la interminable pradera tras los paneles de la ventana- que te está esperando en algún sitio. En tu lugar, me pondría los mocasines para seguirlo hasta el confín de la

tierra.

El lobo aulló tristemente una vez más. De pronto Storm comprendió que era Wolf. El orgullo le impedía acercarse a ella, temiendo que todo su amor hubiera muerto en aquel amargo amanecer, junto con Chance. Sus ojos desbordaron al apagarse lentamente el sonido.

-Qué triste, Cathy-sollozó-, que nunca hayamos sido amigas. -Y ya no podremos serlo jamás.

En un mudo acuerdo, al principio vacilante, las dos mujeres se abrazaron, reteniéndose con fuerza por un momento, como si desafiaran al mundo a interponerse entre ellas. Habían compartido algo especial, una dura prueba de orgullo y fortaleza, y salían de ella por el coraje y el valor de sus corazones. Por fin se separaron, con los ojos brillantes de lágrimas sin derramar por lo que pudo haber sido en otras circunstancias.

-Ve con Dios, Storm -suspiró Cathy-. Jamás te olvidaré. -Ni yo a ti, Cathy. Te debo la vida.

-Y yo a ti, la libertad. Ahora vete. ¡De prisa!

Storm cuadró con orgullo los menudos hombros y abrió la puerta principal de Tierra Rosa. Luego se puso los mocasines y echó a correr.

Hilton carraspeó. Detestaba molestar al patrón, pero sabía que era necesario.

-Se va, señor North -dijo-. ¿Quiere usted que la detenga? -No, Hank. Deja que se vaya.

Gabriel se levantó, cansado, y caminó hasta la ventana de su estudio. Desde allí pudo ver la ligera silueta de Storm, que corría como enloquecida por la interminable llanura. No llevaba consigo más que un hatillo, sin duda con sus ropas de comanche. No había querido nada de Gabriel North, el odiado ranchero: ni siquiera un caballo. El suspiró, apretándose los ojos con una mano.

Su esposa, Storm, rumbo al encuentro con su amante mestizo.

Un sollozo entrecortado le estranguló la garganta. Hilton abandonó respetuosamente el cuarto.

¡Dios, qué hermosa era! Aun ahora, después de todo lo que había pasado, el deseo de ella le desgarraba la ingle. Se había quitado la cofia, soltando la cabellera, y sacudía la cabeza gozosa, sensualmente, en tanto el viento fresco de la noche acariciaba la masa negra. Llevaba los labios entreabiertos (Gabriel veía el destello de sus dientes perfectos a la luz de la luna) como si esperara ansiosa los besos del amante.

En su mente, el ranchero imaginó a su esposa corriendo a los brazos extendidos del mestizo; vio al pistolero salvaje estrujarla con fervor contra su pecho de roble, con los ojos de medianoche hambrientos de deseo. La besó con fuerza, exigente, invadiéndole la boca con la lengua, apretándola contra el dulce pasto moribundo. Luego abrió los ojos para fijarlos en el rostro lánguido de Storm. Con una sonrisa triunfal, comenzó a desabotonarle el vestido de seda gris y satén negro. La joven tenía la cabeza echada hacia atrás, con las guedejas de ébano amontonadas a su alrededor como una nube. Y El Lobo sepultaba el rostro en esa maraña reluciente, inhalando profundamente la dulce fragancia de rosas.

Gabriel aspiró bruscamente. ¡Qué bien recordaba esa fragancia! Aun ahora lo perseguía, como si llegara tentadoramente a su nariz.

El mestizo había descubierto los pechos de Storm. Los pálidos montículos relumbraban suavemente bajo la plata de las estrellas. Los rosados pezones enrojecieron, endureciéndose al provocarlos el salvaje pistolero con los dedos y con la boca.

¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!

Storm ya estaba desnuda y El Lobo descendía con los labios por su suave vientre, abriéndole los muslos invitantes. Y la besaba allí, en la meliflua curva de su femineidad, lamiéndola con lentitud. Y Storm gemía y se retorcía bajo su boca y sus dedos exploradores. Sus manos se enredaban en la oscura melena del mestizo, tirando de él hacia sí, entre jadeos entrecortados. Y el pistolero se acomodaba sobre ella para penetrarla, empujando hacia adentro con quemante éxtasis cegador...

-¡Maldito sea! -juró Gabriel-. ¡Que el demonio se lo lleve mil veces!

-¿Que se lleve a quién, papá? -preguntó Cathy serenamente, cruzando el estudio en sombras para detenerse junto a su padre.

-iA ese mestizo! ¡A quién, si no! El cabrón me ha derrotado. Ella y ese hijo de puta han ganado. Oh, Cathy, Cathy. ¿Por qué, por qué? En el nombre de Dios, ¿por qué mentiste hoy por ella en la corte?

-No lo hice por ella, papá. Lo hice por él.

-¿Por quién?

-Por su amante.

-Pero ¿por qué? No comprendo. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¿Quién es ese hombre? ¿Por qué me acosan así sus ojos azul medianoche? Atormentándome, volviéndome loco...

Con voz extrañamente triunfal, como si hubiera esperado mucho tiempo para oír esa pregunta de labios de su padre, Cathy se lo dijo. Luego abandonó el cuarto, cerrando con firmeza tras ella, y se inclinó contra la madera por un momento, trémula. Luego se alejó a paso lento por el

pasillo.

Treinta minutos después, como sonámbulo, Gabriel North abrió cuidadosamente el cajón de su escritorio que mantenía bajo llave, sacó su revólver Patterson Colt e hizo estallar sus sesos por todo el estudio.

Storm encontró a Wolf de pie, contemplando silenciosamente a Tierra Rosa bajo el claro de luna. Su rostro era insondable; los ojos de medianoche permanecían nublados y distantes, como si vieran algo sólo perceptible para él. La joven se acercó insegura, pues él no se volvía a mirarla, aunque debía de haber notado su presencia. Vacilando, le puso una mano en el brazo.

-¿Wolf?

-Conque has venido -dijo él, sin mirarla.

-Sí.

-¿Por qué?

Storm tragó saliva. ¿Se habría equivocado? ¿Y si él no la amaba, al fin y al cabo?

-Para... para pedirte perdón, cuanto menos, y para agradecerte lo que hiciste por mí aquella noche, en Santa Rosa. Cometí un terrible error con respecto a Chance. Ahora lo sé, aunque tal vez sea demasiado... demasiado tarde para nosotros. Tal vez siempre fue demasiado tarde para nosotros; tal vez nuestro amor no bastaba. No sé...

Se interrumpió, incómoda, y en la noche volvió a hacerse el silencio.

El corazón le palpitaba extrañamente al levantar hacia él una mirada implorante. Apenas sentía la fresca brisa otoñal que hacía ondular la hierba en la llanura y susurraba en las hojas de los mesquites. A la distancia cantó un búho; un ternero llamó quejumbrosamente a su madre. Los ojos de Storm se llenaron de lágrimas al oírlo. Maman. Maman.

Wolf fue el primero en hablar.

-Cathy mintió, ¿no? Fuiste tú quien mató a Joe Jack, ¿cierto? -Sí.

-¿Por qué?

-"Vida por vida", me dijiste una vez. ¿No es esa la costumbre de los comanches?

El aspiró bruscamente.

-Si, esa es la costumbre de los comanches -respondió por fin, en voz baja-. ¿Lo amabas, Storm? Me refiero a Joe Jack.

-No, no. Nunca he amado a nadie sino a ti. ¡Oh, Wolf! ¿Podrás perdonarme las cosas que dije, las cosas que hice? ¿Podrás perdonarme todo eso? ¿Puedes... puedes volver a amarme y... -Se mordió los labios. Era una mujer orgullosa, pero el amor no tiene orgullo y su deseo de Wolf estaba más allá de la vergüenza.- ¿Me aceptas otra vez? -rogó suavemente.

Por fin él se volvió a mirarla.

-¿Por qué?

-Porque te amo. Nunca dejé de amarte. Te amaré hasta que el cielo y la tierra se unan y las estrellas caigan al mar.

-Es mucho tiempo, Storm.

-Esperaré. Esperaré todo el tiempo que necesites para quererme otra vez. Y seguiré amándote siempre, sin que importe lo que digas o hagas. -¡Eres la esposa de otro hombre! -gruñó él de pronto. -Antes fui tu esposa. ¿Recuerdas?

Le tomó la mano para volverle la palma hacia arriba, revelando la leve cicatriz del cuchillo que había sellado sus votos matrimoniales indios. Luego tomó su propia palma, marcada de igual modo, y la apoyó allí. Los ojos de Wolf se oscurecieron.

-Recuerdo -susurró-. Yo no he cambiado, Storm -advirtió. -Quizá yo sí.

-¿Cierto? -Sí.

El se volvió para apoyarle las manos en los hombros.

-No te prometo nada. No sé si puedo perdonar y olvidar. Te amo. Dios sabe que te amo. Pero tal vez no baste con eso. Tal vez nunca bastó para nosotros, como dijiste. No sé.

-No te pido nada, Wolf. Déjame tan sólo estar contigo. Por favor. No me eches.

Wolf lanzó un juramento. De pronto apretó a Storm contra la dulce hierba moribunda, tal como Gabriel North había imaginado. Envolvió los dedos en su cabellera de ébano. Su aliento cálido tocó la cara de Storm. Después de besarla fiera, posesivamente, murmuró con voz ronca contra su cuello: -Bruja, bruja.

Cathy, orgullosa y sin miedo, entró a caballo en el campamento de otoño de los Kwerharehnuh, junto a los vastos límites de Tierra Rosa. Mantenía la espalda erguida como una vara y la vista fija hacia adelante. Los curiosos y estoicos comanches la estudiaron en silencio, con respeto casi religioso, sin que nadie tratara de impedirle el avance. Al llegar junto a Wolf y Storm, sofrenó lentamente a su potro y desmontó. Con los ojos llenos de lágrimas, alargó una mano para acariciar con extrañeza la cara de Wolf. Storm contempló aquello confundida, asombrada de que Wolf permitiera ese toque entre investigador y maravillado. Luego él tomó suavemente la mano a la muchacha y se la besó.

Tantos años... -sollozó Cathy en voz baja-. Tantos años atrás, aquel día horrible. Ese niño

eras tú.

-Sí -dijo Wolf, suavemente-. Ese niño era yo.

-Creo... creo que has esperado esto por mucho tiempo. -Le entregó un papel enrollado, muy viejo y amarillento.

-Mucho tiempo, sí. -Wolf observó con atención el pergamino descolorido, pero no lo desplegó para leer su contenido. Cathy vaciló por un instante.

-Papá ha muerto -dijo por fin- Se dio muerte la noche en que se fue Storm. El lo supo. -Respondía así a la pregunta que leía en los ojos de Wolf. Al final lo supo. Yo... yo se lo dije. -Cathy hizo una pausa antes de anunciar, desafiante: - Voy a casarme con Ross Stuart. Ya he sacado de la casa lo que me interesaba. -Se mordió los labios.- Ya todo acabó. Todo acabó, ¿verdad?

-Sí, todo acabó.

-Y los dos... los dos somos ahora libres, ¿no?

-Los dos libres, sí.

Impulsivamente, Cathy se arrojó a los brazos de Wolf para estrecharlo con fuerza por un momento.

-Ve con Dios, Lobo -susurró, con la voz ahogada por los sollozos.

-Que el Gran Espíritu camine a tu lado y te dé fortaleza, Cathleen North -respondió él, solemne.

Y Cathy se fue tan orgullosamente como había llegado.

Wolf y Storm la siguieron con la vista, en silencio. Galopaba loca y libremente por las planicies del otoño, tocadas por el sol. Luego Storm se volvió hacia su compañero.

-¿Qué quiso decir con eso de que ese niño eras tú? ¿Qué es lo que te dió?

Sin echar siquiera un vistazo al envejecido pergamino, Wolf respondió con voz densa de emoción:

-La escritura de Tierra Rosa.

-Pero... pero ¿por qué Cathy te ha dado semejante cosa?

-Porque es una dama de verdad. Una gran dama de verdad -repitió él, en un murmullo.

Calladamente, condujo a Storm a un sitio recogido en las colinas y le contó lo que había ocurrido en Tierra Rosa veintitrés años antes, en aquel caluroso día del veranillo indio.

-Yo era al nacer Rafael Bautista Delgados y Aguilar -comenzó, como si llevara muchísimo tiempo sin pronunciar ese nombre. Luego tomó la mano de Storm entre las suyas-. Era hijo único de un noble aragonés, don Diego Ramón, y de su bella esposa castellana, doña Ana María. Mi padre despertaba mucha admiración y respeto; mi madre, amor y adoración. Eramos felices en España, donde nací y pasé los primeros años de mi vida. El Aguila, mi primo, vivía entonces con nosotros, pues su padrastro no soportaba verlo. Todas las mañanas montábamos nuestros pequeños ponies andaluces para ir a las montañas o a la playa, junto al mar. Poco sabíamos de los disturbios políticos de nuestro país, que se había dividido en dos facciones: los que apoyaban al rey Fernando Séptimo y los que deseaban que don Carlos, su hermano, heredara la corona. Mi padre era uno de los últimos, pues veía en Fernando a un mal rey.

El padrastro del Aguila, don Manuel Victorio de Zaragoza, siempre había envidiado a mi padre por su poder y sus riquezas; ambos eran enconados enemigos. Con el tiempo don Manuel aprovechó los disturbios políticos del país para conspsirar contra mi padre y destruirlo. Injustamente y sin honorabilidad, don Manuel denunció a mi padre ante el rey Fernando por cargos amañados e hizo que nuestra familia fuera expulsada de España.

Orgullosos, doloridos, iracundos, en la ruina, llegamos al Nuevo Mundo, trayendo sólo la ropa que nos cubría y las pocas pertenencias que logramos rescatar en nuestro aprieto. -Los ojos azul medianoche de Wolf parecían distantes al recordar la huida a través del océano.- Recuerdo lo amargo de mi llanto al separarme del Aguila, pues su padrastro le prohibió acompañarnos. Pensé que jamás lo volvería a ver.

Hizo una pausa.

-Pero no fue así -observó Storm, recordando los ojos oscuros del Aguila, centelleantes en la delgada cara de halcón.

-Sí. Se hizo hombre, mató a su padrastro para vengar lo que don Manuel había hecho a mi familia, entre otras cosas, y huyó al Nuevo Mundo. Pero esa es otra historia.

-Perdona. No quería interrumpir. Continúa, por favor -rogó la muchacha, profundamente conmovida al ver que, por fin, Wolf compartía con ella su misterioso y oscuro pasado.

El suspiró.

-¡Qué valiente fue mi madre al abandonar amigos y hogar, los jardines donde cultivaba sus rosas! ¡Y con qué honorable fortaleza soportó mi padre la desgracia caída sobre su antiguo y noble apellido! Los recuerdo juntos, amorosamente abrazados ante la barandilla del barco, mientras nuestra bienamada España desaparecía de la vista. Y pisaron con valor el Nuevo Mundo, decididos a triunfar pese a nuestra pobreza.

-Vinimos a Texas, que por entonces era parte de México, donde creímos estar a salvo del

largo brazo vengativo de don Manuel. Y allí nos instalamos, en una tierra vasta, salvajemente bella, que mi madre llamó Tierra Rosa.

Storm ahogó una exclamación, pero Wolf continuó tranquilamente, ignorándola:

-Mi padre, que nunca en su vida había hecho trabajos físicos, construyó para nosotros una pequeña casa de adobe. Mi madre plantó una huerta, que atendía con tanto amor como antes a sus rosas. Yo fui a la misión, a la iglesia de Santa Rosa, e inicié mis estudios para el sacerdocio. Tenía siete años el día en que Gabriel North llegó con sus hombres y nos expulsó de nuestra casa. Mi padre, furioso e indignado, juró presentar sus quejas contra el americano usurpador al mismo presidente de México, si fuera necesario. Acudimos buscando ayuda a todos los funcionarios del gobierno que quisieron escucharnos, pues mi padre era hombre adverso a la violencia y respetuoso de la ley. Pero todos desecharon nuestros pedidos. Santa Ana ya estaba reforzando el ejército mexicano para el primero de sus ataques contra los colonos nprteamericanos que Stephen Austin había traído a Texas y nadie tenía tiempo para escucharnos. Éramos sólo una entre los miles de familias que los usurpadores habían privado de sus propiedades. Por fin, cinco años después, descubrimos a un tal mayor Valdez, un oficial que accedió a ayudarnos. Nos redactó una escritura y le puso un sello legal, testimoniando que nuestros derechos sobre la tierra eran válidos.

Volvimos victoriosos a la casita que ocupábamos en Santa Rosa; ese verano viajamos a caballo a Tierra Rosa, para enfrentar a Gabriel North con nuestro triunfo. Pero nuestra escritura no tenía ningún valor para él. Nos escupió delante de sus hombres y dijo que mi padre era hijo de cualquier puta mexicana. Cerdo grasiento, lo llamó. ¡A mi padre! -Wolf apretó los labios y sus fosas nasales se dilataron, blancas.- ¡A mi padre, un caballero español, cuya noble sangre aragonesa no había sido diluida por siglos enteros! Y luego, antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría, Gabriel North sacó su pistola y lo mató.

-¡Oh, Dios mío! exclamó Storm. Por fin comenzaba a comprender los demonios que lo impulsaban. -¡Oh, Dios mío!

-Mi... mi madre... -A Wolf se le quebró la voz, pera se dominó virilmente.- Mi dulce madre corrió hacia Gabriel North para rasguñarle la cara como una histérica. El le sujetó los brazos a la espalda con rudeza. ¡Mujerzuela mexicana, le dijo! ¡A ella, castellana pura! Y entonces... entonces le vio los ojos. Oh, Storm, sus ojos... Mi madre tenía ojos bellísimos. Eran azules como zafiros. Gabriel North ignoraba que los españoles no siempre tienen ojos pardos, como los mexicanos. Pensó que mi madre era norteamericana, una ramera blanca que se había casado con un cerdo grasiento, y la arrojó al suelo.

-¡No! -exclamó Storm. Las lágrimas ya le corrían a raudales por las mejillas.- ¡No, no quiero oír! ¡No quiero oír!

Pero Wolf continuó sin escucharla.

-La arrojó al suelo y la violó brutalmente. Luego la... la pasó a sus hombres. Cuando acabaron con ella estaba... había muerto. Y yo, vomitando las entrañas de espanto. Cathy lo vio todo. Recuerdo que, al levantar la vista, me encontré con sus ojos aterrorizados. En ese instante los hombres de su padre preguntaron si debían matarme a mí también.

-No, es sólo un niño, -respondió él- ¿Qué puede hacer? ¿Contar lo que pasó? ¿Quién le creería a un pequeño bastardo mestizo?

-Mestizo -reiteró Wolf amargamente-. ¡Cristo! No quise olvidar nunca más esa palabra.

Por un rato guardó silencio. Por fin continuó.

-Al cabo de un rato logré cargar los cadáveres de mis padres en nuestra carreta. Mi... mi madre tenía su rosario apretado en la mano. Me lo quedé como recuerdo. Los sepulté en las colinas. A partir de ese momento no recuerdo gran cosa. Abandoné la carreta y debo de haber soltado al caballo, porque estaba a pie. Perdí la fe en mi Dios y huí, no hice sino huir hasta que me atraparon los kwerharehnuh.

Sacudió la cabeza, pensando en la trágica pérdida que había sido todo aquello.

-Fueron buenos conmigo y me criaron como a uno de los suyos. Con ellos estuve hasta la muerte de Bienamada de la Selva. Entonces los dejé para seguir mi propio camino en el mundo. Pensaba... pensaba que jamás volvería a amar hasta que te encontré. El día en que regresé a Fin Terre y descubrí que te habías ido...

-¿Regresaste? No me lo habías dicho.

-No me diste ninguna oportunidad, Storm -le recordó Wolf, sombrío-. Regresé, sí, después de que Gabriel North y sus hombres me colgaron y se fueron, dándome por muerto.

-¡Oh, no!

-Oh, sí, Storm -prosiguió Wolf, implacable.

Se quitó el collar de cuentas indias para que ella pudiera ver, por fin, la horrible cicatriz que le rodeaba el cuello.

-¡Santa María! ¡Perdóname, perdóname! ¡Yo no lo sabía, no lo sabía! Gabriel... dijo que habías reñido con alguien por una mujer y que te habían ahorcado por eso. Pero nunca soñé que...

-No, ya lo sé. Nunca se te ocurrió pensar que la mujer eras tú, sólo tú, siempre tú... y que el

otro hombre era Gabriel North. Tuve suerte de sobrevivir y me llevó largo tiempo recobrarme. Por eso no volví de inmediato. Y cuando lo hice ya te habías ido. No tenía modo de seguirte el rastro. Entonces viajé al norte para reunirme con El Pueblo, con la esperanza de que fueras a buscarme. Pero no lo hiciste. El resto lo conoces, Storm -concluyó, encogiéndose de hombros como si, en realidad, nada de todo eso importara.

-¡Oh, si yo hubiera sabido! -sollozó la joven-. ¡Ahora me explico por qué lo odiabas tanto! Oh, Dios, Gabriel North asesinó a tus padres, estuvo a punto de matarte, sobornó a Joe Jack para que... para que matara a nuestro hijo. ¡Oh, Chance, Chance!

Storm escondió la cara entre las manos, con el cuerpo estremecido por sollozos convulsos.

-Sí. -Wolf la estudiaba en silencio, pensativo.- Gabriel North nos ha causado a ambos mucho dolor. Pero ya pasó. Todo ha terminado. -La dejó llorar. Al cabo la tocó suavemente en el hombro.- Ven, Storm. Hay algo que quiero mostrarte.

De alguna manera, la muchacha lo supo mucho antes de que llegaran a la suave lomada desde donde se veía la vasta belleza de Tierra Rosa, bajo el sol de otoño. Supo adónde iban. Con un nudo en la garganta, retiró los brazos de la cintura de Wolf y, desmontando del ancho lomo de Pahuraix, caminó a paso lento hacia las tres tumbas especiales, con sus amorosas cruces talladas. Ahora sabía a quiénes correspondían: a los padres de Wolf y a Chance. ¡Qué ironía, que Joe Jack la hubiera llevado allí sin saberlo! ¿O lo sabía de algún modo?

-Yo quería que Chance descansara aquí, ¿sabes? -comentó en voz baja, arrodillándose en la hierba-. Solía venir con flores y fingir que estaba aquí. Ahora descubro que era cierto. ¿Crees que él siente nuestra presencia, Wolf? ¿Sabe acaso que aún lo amamos, dondequiera esté?

-Estoy seguro, Storm.

-Oh, Wolf, era tan pequeño para morir...

-Lo sé.

Callarón por un momento, recordando al niño concebido por amor y alumbrado en una salvaje planicie donde reinaba el otoño. Storm se preguntó si podrían volver a amar como habían amado entonces.

En la noche del reencuentro, Wolf había aceptado su presencia en la pradera; la estrechó contra sí para hacerle el amor con ferocidad, con ternura, igual que antaño, y permitió que ella se quedara a su lado, como había suplicado. Pero nunca más volvió a hablar de sus relaciones... ni de su futuro. Ella no sabía siquiera si él aún la consideraba su esposa. Temía preguntárselo, temía descubrir que él no había perdonado ni olvidado, al fin de cuentas, el agridulce pasado que yacía entre ambos.

El ha perdonado, maman. Ha olvidado. ¿No ves que ap' lleva el corazón en los ojos?

Era sólo el suspiro quejoso del viento otoñal, desde luego. Sin embargo... Sin embargo...

Storm se volvió; el corazón le dio un brinco de súbita esperanza al contemplar los ojos de medianoche.

"Oh, amor, acaríciame"

El le sostuvo la mirada. La vio arrodillada allí, junto a la tumba del niño. Sin previo aviso, una oleada de amor se abatió sobre él, tan dulce como la brisa que le tocaba la piel. Entonces supo lo que quería. Quería incendiar la casa de Gabriel North hasta que nada quedara de ella, para construir otra en su lugar, una que se correspondiera con La Tierra. Quería que el Pueblo tuviera siempre un lugar en su corazón y en su hogar, un sitio al que pudieran acudir, cumpliendo el sueño que Tabenanika había tenido para el futuro. Y por sobre todas las cosas, quería a Storm a su lado, compartiendo con él la vida que le restara. Sí, ya era hora... hora de dejar el pasado atrás, de colgar las armas para siempre y echar raíces, por fin, con la mujer que amaba.

-Paraibo -susurró, de una manera que henchía el corazón de la joven-, en Santa Rosa hay un sacerdote.

Los ojos de Storm se llenaron de lágrimas incrédulas al comprender lo que Wolf estaba diciendo. El le alargó los brazos, tal como lo había hecho aquella rosada aurora, tantos años antes, en la polvorienta ruta de Gorda Vaca.

-Gracias, Chance -susurró ella suavemente, al viento de otoño-. Gracias, hijo mío.

Luego corrió apasionadamente hacia él y le buscó la mano. Los dedos de Wolf se cerraron amorosamente sobre los suyos por toda la eternidad.

Nota de la autora

La historia de Texas, uno de los estados favoritos de la autora, es tan violenta como colorida. En la época en que transcurre esta novela, se hallaba en un estado de agitación casi constante. Las dificultades se iniciaron principalmente a principios de la década de 1830, cuando Antonio López de Santa Ana asumió la presidencia de México, tras encabezar un golpe victorioso contra el gobierno por entonces en el poder. Además de los apremiantes problemas internos del país, ya se estaban presentando escaramuzas en Texas entre los colonos norteamericanos (como los llevados al estado por Stephen Austin) y las tropas mexicanas, a las que Santa Ana envió inmediatos refuerzos en un intento de sofocar los alzamientos.

Desgraciadamente, muchos entre los primeros colonos norteamericanos de Texas robaron sus tierras a los pobladores mexicanos, que no pudieron exigir la compensación adecuada debido a la confusión que reinaba por entonces; también es cierto que las tropas mexicanas trataron a estos colonos norteamericanos de un modo muy restrictivo y tiránico. Puesto que tanto México como Estados Unidos reclamaban derechos sobre Texas, es probable que los pueblos de ambas naciones se consideraran eximidos de rendir cuentas al gobierno de la otra parte y, por añadidura, se sintieran justificados en sus mutuas agresiones, por erróneos que fueran estos actos. En todo caso, no hay dudas de que las abrasivas disputas entre ambos países contribuyeron mucho al aumento de los disturbios y los prejuicios entre los habitantes del estado.

La conmoción llegó a su punto culminante en 1836, con el famoso sitio de El Alamo, durante la revolución texana, en la que murieron Jim Bowie y David Crockett. "¡Acordáos del Alamo!": el grito no sería fácilmente olvidado en los años siguientes. Las continuas incursiones de México en la reciente República de Texas y la subsiguiente guerra mexicana, en 1846, tampoco

favorecieron las relaciones entre ambos pueblos.

Texas sufría también otra plaga: el problema de los indios, a los que blancos aterrorizados y/o ignorantes consideraban paganos salvajes. En esta novela, desde la horrorosa ignorancia de la señora Thatcher hasta el ciego prejuicio racial de Gabriel North, pasando por el extenso conocimiento y la profunda comprensión de Wolf, la autora ha intentado sinceramente retratar a los indios (primordialmente a los comanches) tal como eran en verdad: ni mejores ni peores que cualquier otra tribu de personas que haya pisado la tierra. Por añadidura, se ha tratado de proporcionar al lector una imagen adecuada de la religión, las costumbres y el modo de vida de los comanches, de lo cual, tristemente, la mayor parte se ha perdido o está groseramente distorsionada.

Contrariamente a la creencia popular, la espantosa práctica de arrancar el cuero cabelludo no se originó entre los indios, sino entre los blancos; estos pagaban a las tribus indias que guerreaban entre sí por los cuerpos de enemigos que les llevaran y, cuando los cadáveres menudearon demasiado, simplemente por el cuero cabelludo. También al revés de lo que se cree habitualmente, la mayoría de los indios no eran sexualmente promiscuos hasta la llegada de los blancos. Los comanches, sobre todo, daban gran valor a sus mujeres, que generalmente conservaban la virginidad hasta el casamiento. La esposa descubierta por su esposo en adulterio podía ser castigada con la muerte o la desfiguración; el otro hombre involucrado debía pagar una indemnización elegida por el esposo ofendido, siempre que este pudiera obligarlo. Ningún comanche ofrecía su esposa a un hombre blanco, por cierto. El incesto estaba estrictamente prohibido (excepto entre la banda Waw'ai, despreciada por los otros comanches debido a esa práctica) y la violación era casi desconocida; ambos delitos se castigaban con la muerte, al igual que el asesinato.

Es interesante apuntar que, en una época en que las mujeres blancas y su patrimonio eran, por ley, propiedad virtual dei esposo, las comanches recibían generalmente un trato respetuoso de sus maridos, contaban con una considerable protección de las leyes tribales y podían tener bienes propios.

Los comanches, como la mayoría de las tribus indias, no tenían lenguaje escrito, lo cual ha dificultado la transliteración. La autora ha preferido utilizar una escritura fonética. Cabe pedir disculpas por cualquier error que pueda haberse producido, pero ni siquiera los expertos están de acuerdo sobre el modo de escribir y sobre las definiciones de diversas palabras comanches. La autora ha preferido utilizar las traducciones que parecían más apropiadas para el contexto de su relato. Las páginas siguientes contienen un glosario de los términos comanches aquí empleados, que al lector puede resultarle interesante e informativo.

Una nota acerca de San Francisco: en 1856, el Sacramento Union comentaba que se habían producido "unos mil cuatrocientos asesinatos en San Francisco en el curso de seis años; sólo tres de los asesinos fueron ahorcados y uno de ellos era un mexicano sin amigos".

Las ciudades de Santa Rosa y Gorda Vaca, descriptas en esta novela, son ficticias.

Por último, la autora querría agradecer a las cámaras de comercio de las siguientes ciudades, localizadas en el estado de Texas, que muy amablemente le proporcionaron información sobre antecedentes históricos y descripciones físicas durante su larga investigación para esta novela: Brackettville, Kinney County, Del Río (San Felipe del Río en la novela), Val Verde County, Eagle Pass (Maverick County), Laredo (Webb County) y Uvalde

(Uvalde County).
Rebecca Brandewyne

Librodot